RONDA MORTAL

LA REINA Y LOS PEONES



LINA PEROZO ALTAMAR

Autora de Rendición y Eres Mío

Ronda Mortal: La reina y los peones

Lina Perozo Altamar

Contenido

Página del título
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
NO DEJES DE LEER
PLAYLIST
CONTACTA A LA AUTORA.

LINA PEROZO ALTAMAR

RONDA MORTAL

LA REINA Y LOS PEONES



Copyright © 2016 Lina Perozo Altamar
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Tania Gialluca
ISBN: 978-1-329-87588-3
Sello: Lulu.com
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

DEDICATORIA



Para Alessandro y Samantha, sin ellos esta historia no hubiera existido y a todas las personas que esperaron tanto tiempo para poder leerla, con todo mi cariño.

Lina Perozo Altamar.

AGRADECIMIENTOS



Agradezco primero a Dios por permitirme seguir desarrollando este hermoso regalo que me dio. A mis hermanos Lily y Omar por sus sabios consejos, por ayudarme a aclarar ideas, a mi amigo Carlos quien sin saberlo me dio mucho para esta historia y a mi amiga Yussy por estar allí siempre, por la complicidad y el cariño.

Todo mi agradecimiento a la maravillosa mujer que le da mayor coherencia y sentido al desorden que a veces son mis letras, mi querida Jessica Fermín Murray, mil gracias, amiga por dedicarle tanto tiempo a esta historia, por tu profesionalismo y tu tesón, eres la mejor.

A mi querida Tania Gialluca por desbordar su talento una vez más en esta portada, nos dio más trabajo esta vez, pero el resultado valió el esfuerzo, me enamoré en cuanto la vi.

A mis queridas Andrea, Celinés, Igzell, Yussy, María Fernanda, Karen, Meninas, Sandra, Danitza, Evelin, Gri, Dayana, Fátima, Kari y Pilarcita, al equipo de artes por entregarle su talento en tan hermosos artes que llevan su marca y su esencia. Al equipo de preventa por hacer posible que más chicas puedan acceder a los libros teniendo la satisfacción de comprarlos y apoyar mi trabajo, no tengo como agradecerles, son extraordinarias.

Gracias a Flowsil Bereisen por cederme su imagen para darle rostro a Diego Cáceres, eres un chico genial, amable y muy talentoso, te deseo todo el éxito del mundo, guapo.

Gracias a mi bella Liz Rodríguez por su valiosa ayuda para hacer que mi Diego tuviera un rostro oficial, y por todo el apoyo de siempre.

Mis queridas Georgina, Lore, María E. Lizyet, Liz Gabriela, María Fernanda y Karen, gracias por aguantar mis locuras y ser mis cómplices en este proyecto, por cada arte y por el apoyo incondicional que me brindan.

A los grupos de Hermanas Perozo y Sras. Garnett que unidos como una misma familia siempre han estado allí para vivir junto a mí cada aventura, a todas las personas que día a día llenan de vida ese espacio.

Mi más profundo e inmenso agradecimiento a quien hoy se dejan llevar a través de mis letras a una nueva aventura, gracias por darme la oportunidad de entrar en tu vida y llevarte a ser parte de esta RONDA MORTAL.

Lina Perozo Altamar.

"DISPARADO EN EL CORAZÓN
Y TÚ ERES LA CULPABLE...
YO CUMPLO MI PAPEL
Y TÚ JUEGAS TU JUEGO...
LE DAS AL AMOR
UN MAL NOMBRE."

BON JOVI



CAPÍTULO 1

La torrencial lluvia que esa tarde se apoderaba de cada rincón de los estados de Mississippi y Luisiana empañaba los vidrios de su camioneta, mientras que, en el interior, Gonzalo intentaba conseguir una mejor visibilidad, deslizando su mano por el cristal del parabrisas, que se nublaba a causa de la humedad dentro del vehículo. Sus ojos alcanzaron a ver las luces difusas de lo que parecía una estación de servicio. Suspiró, sintiéndose salvado, ya que necesitaba recargar combustible y moría de sed, pues olvidó comprar agua para el viaje y en ese instante, daría lo que fuera por una cerveza bien fría.

Había salido a las seis menos cuarto de la mañana desde Filadelfia, en un vuelo hasta Jackson, no consiguió uno directo hasta Nueva Orleans, por las fechas. Desde que entraba el mes de diciembre, todo el mundo enloquecía y los aeropuertos se volvían un caos.

Al llegar allí, tuvo que esperar al menos dos horas para que le entregaran la camioneta que alquiló, por suerte obtuvo la que deseaba y no una molesta SUV familiar. Cubrir el trayecto, que por lo general duraba solo tres horas desde el Aeropuerto de Jackson hasta Nueva Orleans, le estaba llevando demasiado, apenas había recorrido poco más de la mitad del camino y ya había transcurrido ese tiempo.

Miró su reloj con molestia y todo le indicaba que tardaría al menos dos horas más, para llegar al centro de la cuna del Jazz, debido a la fuerte tormenta, que menguaba unos minutos y después arreciaba, haciendo lento el tráfico en la I-55N. Giró el volante con un movimiento diestro, para tomar el canal de la derecha y salir de la vía principal.

Cuando llegó a la gasolinera, le pidió al despachador que le llenase el tanque, puesto que aún le quedaba bastante camino por recorrer, hasta llegar a aquel lugar perdido, donde se encontraba la casa que su padre le había heredado.

Bajó del auto y se cubrió con la cazadora negra de cuero que llevaba puesta, para correr hasta el pequeño supermercado.

—Buenas noches —saludó, entrando al lugar mientras se sacudía el agua de la chaqueta.

—Buenas noches —respondió el dueño de la tienda, levantándose del banquillo y dejando el libro de pasatiempos.

Gonzalo miró al hombre caucásico, de unos cuarenta años, que llevaba anteojos y le ofrecía una sonrisa amable. Se acercó hasta él, intentando mostrarle el mismo gesto, pero no lo consiguió; los golpes que le había dado la vida le habían hecho olvidar cómo se sonreía.

—Necesito que me dé por favor, dos botellas de agua sin gas y un frasco de *Tums* —pidió sin mucho protocolo.

—Por supuesto. —El vendedor se volvió para buscar las dos botellas de agua, las puso en la barra y después extendió la mano hasta el medicamento—. ¿De frutas tropicales, fresa, sin azúcar…?

—De menta —contestó sin siquiera mirarlo, mientras abría una de las botellas de agua y luego bebió casi la mitad.

—Aquí tiene —indicó el hombre, poniendo el frasco junto a la otra botella—. ¿Desea algo más? —inquirió, con la amabilidad que durante años había usado con todos sus clientes.

—No se preocupe, lo tomaré yo mismo. —Acto seguido, se llevó una pastilla del antiácido a

la boca y le dio la espalda.

Caminó por el pasillo, tomando algunos víveres al azar, que fueran de rápida preparación. La casa de su padre se encontraba en abandono desde que se lo llevó a Filadelfia, para que fuera tratado por el cáncer de próstata, que terminó matándolo un mes atrás. Seguía lamentando su pérdida, pero sabía que había sido lo mejor, después de luchar casi un año contra esa maldita enfermedad, Gaspar Dorta no era ni la sombra del hombre que fue ni él tampoco. El cáncer de su padre, también lo estaba consumiendo a él.

Metió todo en la bolsa de lona con el logo de la tienda y se encaminó hasta el fondo, hacia el refrigerador, pero cuando llegó, maldijo en pensamientos, pues no había de las marcas de cerveza que le gustaban, ni siquiera una parecida; las que quedaban sabían a orine. Resignado, regresó hasta el mostrador y puso la bolsa sobre el mismo, el vendedor comenzó a facturar los productos.

—¿Esas son todas las cervezas que tiene? —preguntó, sin poder disimular su molestia, mientras extendía la mano hasta el dispensador, donde se encontraban las cajetillas de cigarrillos.

—Sí, señor. El vendedor debía surtirnos hoy, pero se accidentó por la tormenta y no vendrá hasta mañana. —Dio una respuesta rápida, al tiempo que guardaba los artículos en una bolsa plástica.

—Anote esto también, por favor. —Gonzalo le pasó dos cajas de *Lucky Strike* y un encendedor, ya que había dejado el suyo.

El despachador lo hizo y le dio el monto, sonriendo, aunque se notaba a leguas que su cliente parecía no haber tenido un buen día, era su deber mostrarse cordial. Recibió la tarjeta y la identificación para realizar el cobro.

—Aquí tiene, que tenga un feliz viaje.

—Gracias —murmuró Gonzalo, tomando las bolsas en una mano y con la otra se acomodó la cazadora para cubrirse.

Salió de la tienda, acortando la distancia con rapidez, hasta llegar a la *Dodge Ram* negra, abrió la portezuela para dejar las bolsas en la parte trasera, después subió al puesto del piloto y extrajo de su billetera el monto que el despachador de gasolina le indicó.

—Quédese con el cambio. —le hizo saber al hombre, cuando encendía el motor.

Antes de tomar la vía principal, hacia Nueva Orleans, vio un restaurante de esos que también funcionan como bar, pasadas las seis de la tarde. Su estómago le recordó que no había probado alimento desde el emparedado que comió, cuando esperaba a que le entregaran el auto. Así que decidió hacer un alto; después de todo, ya se había hecho a la idea de dormir en un hotel en la ciudad, pues los caminos hasta la casa de su padre debían estar inundados por el mal tiempo.

Estacionó frente al lugar, que tenía la típica fachada de los restaurantes de carretera. La lluvia seguía siendo fuerte, por lo que repitió el proceso de cubrirse con la chaqueta y correr, para evitar terminar empapado. Entró, siendo recibido por el intenso olor a tabaco que impregnaba el aire; sus ojos se ajustaron a la oscuridad con rapidez, encontrándose con una atractiva rubia, que al instante le extendió el menú, mientras le dedicaba una sonrisa coqueta, mirándolo a los ojos.

—Bienvenido a *Bob´s House*, pida la hamburguesa de la casa y después de probarla, regresará por otra —pronunció el lema que ya sabía de memoria, sonriendo y admirando al portento de hombre parado frente a ella; quien, como la mayoría, le miró primero los senos.

—Muchas gracias. —Gonzalo desvió la mirada de los turgentes pechos de la rubia y la posó en su rostro, que, a pesar de estar exageradamente maquillado, no perdía atractivo.

Ella lo vio alejarse, deleitándose esta vez con la amplia espalda, enfundada en una cazadora negra de cuero y su mirada bajó hasta posarse en el perfecto culo masculino; se mordió el labio

inferior al verlo caminar y descubrir que era como le gustaban, redondo y firme. El tipo, sin duda alguna, le había salvado la noche, pues estaba cansada de ver camioneros panzones y sucios, quienes, además, la miraban como si fuera una prostituta, en lugar de una promotora.

Gonzalo observó a su alrededor, descubriendo que todas las mesas estaban ocupadas, al parecer había llegado a la hora pico. Caminó hasta la barra, donde se encontraban algunos puestos vacíos y lo primero que pidió fue una cerveza, exigiendo que estuviera helada y que fuera una *Yuengling*, su marca favorita. Después de darle un largo trago, buscó el menú, para escoger algo de comer. Todo le parecía lo mismo, solo que, con distintos nombres, así que optó por seguir el consejo de la rubia y pidió la hamburguesa de la casa.

Miró su reloj y el mismo marcaba la seis y diez, se puso de pie, terminando la cerveza de un trago, le indicó al hombre que atendía, que regresaba enseguida y se encaminó hacia el baño. Como era de esperarse, el piso parecía un chiquero, pero al menos lo urinarios se encontraban en un estado de limpieza aceptable; había tres hombres más, cada uno concentrado en lo suyo. El alivio se hacía mayor a medida que se descargaba, terminó dándose una sacudida, puso todo en su lugar, se cerró la cremallera y caminó hasta el lavamanos.

—Su pedido está a punto de salir, señor —le informó una de las meseras, cuando regresó a su sitio.

La mujer intentaba atender diez mesas a la vez. Gonzalo asintió con la cabeza, para mostrarse comprensivo y aligerar la carga de la pobre, sabía lo que era trabajar bajo presión. Le hizo un ademán al barman, pidiéndole otra cerveza.

Acababa de llevársela a los labios, cuando sintió que alguien lo empujaba desde atrás, haciendo que parte del trago se le derramase. De inmediato se encendieron sus alertas y con la mirada cargada de odio, se giró para buscar al culpable.

—Lo siento… lo siento, hombre —esbozó George, con la lengua enredada, a causa del alcohol que corría por sus venas.

Esquivó la mirada asesina del hombre con quien había tropezado y le dio un par de palmadas en la espalda, en plan amistoso. Lo último que deseaba ese día, era tener una pelea. Después, se dejó caer en la silla junto a él y elevó la mano para captar la atención del barman.

—Me da otro Jack seco y que sea doble —pidió, mostrando dos de sus dedos, por si el moreno tras la barra no lo entendía.

Gonzalo se llevó la botella a los labios, buscando distraerse con la bebida y olvidar la molestia que le había causado el borracho. Se hizo hacia su izquierda, para evitar cualquier roce con él; detestaba a las personas que bebían hasta perder la potestad de ellos mismos y se volvían una carga para los demás. Finalmente, vio a la mesera acercarse con su pedido.

—Aquí tiene señor, disculpe la demora. —Puso el plato sobre la barra, con cuidado y le dedicó una sonrisa—. Que la disfrute.

—Gracias —respondió, intentando ser amable y miró la hamburguesa que le despertó el apetito.

—Buen provecho —mencionó George, con cordialidad, tratando de borrar el episodio anterior.

Gonzalo solo asintió, para no ignorarlo por completo y se dispuso a darle un mordisco a la apetitosa hamburguesa; gimió, aprobando el sabor de esta y después de pasar el primer bocado, bebió otro trago de su cerveza. El celular del hombre a su lado comenzó a sonar, pero este no hizo amago de contestar la llamada y él se concentró en disfrutar de su comida e ignorar el molesto sonido.

—¡Maldita sea! No pienso volver a ese lugar… Cuando todo se descubra, será una maldita

locura y yo no pienso estar allí —exclamó George, mirando el teléfono, que mostraba la llamada entrante de Dominic Wallis.

Se bebió lo que le quedaba en el vaso de un solo trago y después lo golpeó contra la barra, para atraer la atención del barman; cuando la tuvo, lo miró por encima de los anteojos, haciéndole señas con sus dedos y el hombre lo miró sin esbozar palabras, antes de servirle otro trago igual al anterior.

Gonzalo terminó y se limpió los restos de salsa con la servilleta de papel, dejándola después sobre el plato; bebió lo que quedaba en la botella y su mirada se desvió a la televisión, que mostraba la sesión de deportes del noticiero; suspiró, sintiéndose frustrado al ver que su equipo había perdido de nuevo; se llevó la mano al bolsillo del pantalón, para sacar su billetera y pagar la cuenta.

—Deme otra, por favor —mencionó, alzando la botella vacía.

Sabía que era imprudente de su parte beber mientras conducía, nadie mejor que él debía saberlo, pero igual recibió la botella helada.

—Permítame que se la invite yo, por el tropiezo de hace un momento. —George mostró un rictus en los labios, que se suponía era una sonrisa, pero el alcohol ya no lo dejaba coordinar muy bien.

—No hace falta —indicó él, sacando los billetes.

—¡Vamos, hombre! —Intentó de nuevo el abogado, sujetándole la mano, para evitar que pagara.

Gonzalo sabía lo molestos que podían llegar a ser los borrachos si se les llevaba la contraria, así que decidió actuar de manera inteligente y dejar que el hombre pagara la cerveza; afirmó con la cabeza y se sentó, para disfrutar de la bebida que sería la última por esa noche.

El teléfono del hombre comenzó a sonar de nuevo y él arqueó una ceja, frunciendo los labios, en clara señal de fastidio; si no quería atender, por qué no apagaba el maldito aparato y ya. Al parecer le leyó el pensamiento, pues lo vio hacerlo segundos después y él dejó escapar un suspiro, sintiéndose aliviado.

—Por cierto, me llamo George Stevenson. —Le extendió la mano, presentándose.

—Encantado, Gonzalo Dorta —dijo, recibiendo el saludo.

—¿Latino? —inquirió, sospechándolo por el nombre, pues nada más delataba que lo fuese.

—Nacido en Venezuela, de padres portugueses… —Dio la respuesta automática, que daba cada vez que le hacían esa pregunta.

—No lo hubiera imaginado… No tiene el acento ni el estilo —esbozó George, sonriendo y detallándolo con la mirada.

Gonzalo respiró profundamente, para no mandarlo a la mierda. Siempre le hacían el mismo estúpido comentario, ¿acaso tenía la cara de un jodido duque o algo parecido? Le dio otro trago a la cerveza, para acabarla rápido y liberarse de la presencia del borracho.

—Mi bisabuela era francesa, llegó aquí escapando de la primera guerra mundial, se casó con un terrateniente y tuvo siete hijos con él, la ilustre familia Stevenson de Nueva Orleans.

La burla estaba impresa en la última frase; sin embargo, su rostro mostraba la amargura que sentía en ese momento y tuvo que esforzarse para no ponerse a llorar como un marica.

—Mis padres me trajeron a este país cuando tenía siete años, así que soy una mezcla de todo, del lugar donde nací, de las costumbres que ellos traían y de la ciudad que me vio crecer. —Dejó que esas palabras escaparan de sus labios, sin darse cuenta.

Tal vez era el hecho de que comenzaba a asimilar que se había quedado solo en el mundo. Su madre había muerto cinco años atrás, de un ataque al corazón, mientras dormía; su mujer había

perdido la vida tres años antes, a manos de unos malditos delincuentes, que asaltaron el banco donde trabajaba y su padre acababa de hacerlo, también. Tragó en seco, para pasar las lágrimas que le llegaron de golpe, inundándole la garganta y le dio otro trago a la bebida.

—Eres una mezcla, como lo somos todos aquí —acotó George, bebiendo su whisky—. Pero yo me iré, lo haré y no pienso volver nunca más, este lugar no me ha traído suerte; por el contrario, una desgracia con nombre de mujer pende sobre mi cabeza.

Pidió otro trago, para alejar la tensión que se había apoderado de su cuerpo al recordar a la causante de todos sus males; sintió como si el corazón se le viniera de golpe a la garganta, cuando la última imagen de ella y su amante le llegó a la cabeza.

—¿Problemas de faldas? —inquirió Gonzalo, para llevar el hilo de la conversación; no supo qué lo llevó a ser amable.

—Ojalá fuera solo eso. Es un asunto mucho más grave… Lo peor de todo, es que empezó siendo así, un asunto de faldas… —Se interrumpió, dejando escapar un suspiro y cerró los ojos un instante—. Me enamoré como un estúpido de una maldita manipuladora.

—No ha sido el único George, no se amargue por eso —comentó Gonzalo, de manera casual.

—Es que caí como un imbécil. Ya muchos me habían dicho que ella era peligrosa, que no debía confiar… pero no hice caso, no pensé con la cabeza, sino con los huevos, y ahora estoy jodido —dijo, bebiendo la mitad del licor—. Lo bueno es que no seré el único, ese malnacido que se cree su dueño y que piensa que tiene todo bajo control, no sabe nada, es solo un peón más de Deborah… Uno más. —Finalizó con amargura, acabando con la bebida y puso el vaso con un golpe seco.

—Ese tipo de mujeres son las que muchas veces nos atraen. El hombre siempre buscará el peligro, algo que lo rete a ir por más —acotó, disponiéndose a ponerse de pie—. Aunque la mayoría del tiempo sea algo estúpido.

—Y peligroso… Te aseguro que esa mujer, le puede traer la muerte a cualquiera. Es tan malvada como hermosa y está dispuesta a lo que sea, con tal de conseguir lo que se propone —mencionó, recordando aquel episodio en su departamento, cuando ella y su amante lo engañaron como a un pendejo—. Es capaz de matar y lo hará, estoy seguro de que ese es su objetivo… Matará al viejo Wallis, para quedarse con toda la fortuna. —Abrió mucho los ojos, para que su interlocutor viera la gravedad del asunto, y no quería estar involucrado.

George ni siquiera sabía qué lo estaba llevando a hablar con tanta libertad, de un tema que tenía prohibido, que era riesgoso. Tal vez era el licor que hacía estragos dentro de él, o quizás era un último acto de rebeldía contra Deborah Wallis.

—Acusaciones como esas, son muy graves George, no debería hacerlas a la ligera o llevado por el despecho. —El lado profesional de Gonzalo se hizo presente de inmediato.

—No son acusaciones a la ligera. Sé que lo harán —pronunció con desesperación.

—Y si eso es sí, ¿por qué no va con la policía y los denuncia? —preguntó, el borracho había captado su atención.

—No puedo hacerlo, estoy seguro de que ellos me implicarían de algún modo, y además… Están mis hijos de por medio —contestó, mientras negaba con la cabeza y las lágrimas una vez más inundaban sus ojos oscuros.

—Si está al tanto de la conspiración de un homicidio y no dice nada a las autoridades, usted se vuelve cómplice —indicó Gonzalo con tono severo, taladrándolo con la mirada.

—¿Acaso cree que no sé eso? ¡Soy un maldito abogado! —exclamó, sintiéndose frustrado—. Para hacer una acusación formal, necesitaría de pruebas y carezco de ellas… Mi testimonio no es suficiente y… No. No lo haré —murmuró, sintiéndose derrotado.

—En ese caso, no sé qué decirle George, solo que está metido en un grave problema. —Gonzalo se puso de pie.

Abrió su chaqueta, para extraer del bolsillo interior unos billetes de baja denominación y pagar lo que había consumido, dejando la billetera en su lugar.

Los ojos de George se abrieron con asombro, cuando vio el destello de la placa policial, colgada dentro de la chaqueta. Aunque el alcohol no lo dejaba detallarla bien, todo apuntaba a que el hombre era un detective; con rapidez bajó la mirada, encontrándose con el estuche, donde guardaba una *Glock*.

«¡Es un infeliz policía! ¡Carajo, George, ahora sí la cagaste! Eres un estúpido… No digas una sola palabra más.»

Se gritó en pensamientos. Tragó en seco, para pasar el nudo que le habían hecho los cojones, cuando se le subieron a la garganta y su mano temblorosa, buscó el vaso sobre la barra; por suerte, el barman lo había llenado de nuevo; bebió la mitad y después se volvió a mirar al hombre con quien había estado hablando de cosas que no debía.

Gonzalo vio la turbación del abogado, pero no le prestó mucha atención, pues el barman acababa de entregarle la cuenta y le hizo una señal a la joven que iba de prisa, de una mesa a otra, para que supiera que ya había realizado el pago y le dejaba su propina.

—Un gusto conocerlo, George. Espero que resuelva sus asuntos —mencionó, extendiéndole la mano para despedirse.

—El gusto fue mío y olvide todo lo que le dije, el whisky me hace decir estupideces… No se haga problemas por esto… Ni siquiera piense en ello. —Intentaba reparar la metida de pata.

—Tranquilo hombre, que para problemas ya tengo los míos y no necesito más, dándome vueltas en la cabeza. Gracias por la cerveza y buen viaje.

George hizo amago de decir algo más, pero prefirió guardar silencio; entre menos hablara del tema, mejor. Le dedicó una sonrisa al policía y le palmeó la espalda, en un gesto amistoso, para despedirlo. Después de verlo salir del local, se dejó caer en la silla y se giró, para apoyar los codos en la barra, mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—Ahora más que nunca debes largarte de aquí, George. —Se dijo, sintiendo el peso que se alojó en su estómago.

Miró su reloj y vio que ya iba retrasado. Si quería alcanzar ese vuelo, lo mejor era que se diese prisa. Se puso de pie, tambaleándose un poco; después de pagar, giró para salir de allí y olvidarse que alguna vez se topó con el tal Gonzalo Dorta.

◆◆◆

Cuando Gonzalo salió del restaurante, ya la lluvia había menguado, el cielo comenzaba a despejarse, asegurándole que el resto del viaje hasta Nueva Orleans sería más tranquilo, sacó un cigarrillo de la cajetilla, para llevárselo a los labios, lo encendió y después le dio una larga calada, manteniendo el humo, para que el narcótico hiciera efecto.

Vio salir al borracho, por lo que se ocultó tras el poste de madera, que sostenía el techo de la terraza, para evitar que volviera a robarle el tiempo, hablándole de esos delirios de persecución y de la supuesta Femme Fatale. Lo vio avanzar con dificultad hasta un Mercedes Benz negro, entró y un minuto después, salió a una velocidad poco prudente; solo esperaba que algún patrullero lo detuviese, antes de que fuera a causar un accidente y terminara muerto.

Apagó la coletilla contra el poste, lanzándolo luego al recipiente de la basura. Caminó de prisa hasta la camioneta y cuando se encerró en ella, fue recibido por el desagradable aire húmedo que

se había condensado.

—¡Mierda! —exclamó, sacándose la chaqueta.

La placa que colgaba de uno de los bolsillos cayó al piso, exasperándolo aún más; se dobló para recogerla y dejarla encima de la cazadora, en el asiento del copiloto; también se sacó la pistola de la funda y la guardó en la guantera. Siempre llevaba consigo esas dos cosas, lo hacía sobre todo por precaución, en caso de sufrir algún robo.

Su trabajo le había enseñado a ser un hombre desconfiado; después de tantos años de estar lidiando con delincuentes y situaciones que podían escandalizar al mundo entero, se podía decir que había perdido su capacidad de asombro. Encendió el motor del auto y de inmediato el reproductor de música también cobró vida, llenando el interior de la camioneta con la vibrante voz de *Mick Jagger*, el líder de *The Rolling Stones*, quien cantaba una versión en vivo de *Satisfaction*.

I can't get no satisfaction
I can't get no satisfaction
'Cause I try and I try and I try and I try
I can't get no, I can't get no.

Gonzalo subió el volumen de la canción; las cervezas habían mejorado considerablemente su humor y se sentía más relajado. Tomó de nuevo la vía principal, suponiendo que en menos de una hora se encontraría en Nueva Orleans.

Las palabras del tal George resonaron en sus pensamientos y aunque se prometió hacerlas a un lado, en cuanto salió de aquel lugar, su instinto policial lo animaba a investigar un poco más sobre ello; al menos, para asegurarse de que las acusaciones del hombre fueran falsas y que él no sería el testigo incrédulo de un asesinato anunciado.

CAPÍTULO 2

Nueva Orleans, cinco meses antes.

Eran pasadas las diez de la mañana, pero aún las cortinas de su habitación estaban corridas, manteniendo todo el lugar sumido en penumbras. Ella se removió entre las suaves sábanas blancas que envolvían su cuerpo y le brindaban la calidez de la cual carecía el ambiente en el exterior. Parpadeó lentamente y rodó sobre su costado, obligándose a seguir durmiendo; después de un minuto, su cuerpo le anunciaba que ya no necesitaba más descanso.

Hizo a un lado las cobijas que la cubrían y se incorporó, quedando sentada, al tiempo que mostraba una gran sonrisa y estiraba sus brazos. La noche anterior fue maravillosa para ella, como siempre, los hombres se desvivían por atenderla y tratarla como una reina, no dejaban de repetirle lo hermosa que era y mirarla con deseo.

Aunque amaneció sola, al no encontrar uno que mereciera dedicarle una noche completa, pues el único que logró captar su atención gran parte de la velada, resultó ser un fiasco. Al menos contó con el ingenio de averiguar qué tan buen amante era, antes de dejar que la llevara a su casa; pero lo que se suponía debía ser un encuentro excitante, ante el peligro de ser descubiertos teniendo sexo en el salón de té de Dinora Stevenson, no fue más que un encuentro aburrido y veloz; el hombre no estuvo tres minutos dentro de ella, cuando lo sintió correrse y aunque intentó hacerle alcanzar un orgasmo con sus dedos, ya había arruinado el momento.

—La próxima vez, procura no dejarte llevar solo por un físico atractivo, Deborah. —Se recordó en voz alta, al tiempo que se movía para apoyar los pies en el frío suelo de madera.

Estiró la mano, tomó la prenda de seda negra que hacía juego con la sexy picardía que llevaba puesto, mientras se ponía de pie. Caminó y retiró las cortinas, dejando que la luz entrara con fuerza a través de las puertas de cristal y hierro forjado, que iban del techo al piso, las abrió y salió hacia la terraza, para disfrutar de esa extraordinaria mañana de verano.

Su mirada se paseó por el jardín, admirando el espectáculo que representaba el mismo, inundado de colores vivos hasta donde su vista se perdía; respiró profundamente para que sus pulmones se llenaran del penetrante aroma que se desprendía de los imponentes robles que rodeaban la casa y que seguían siendo prueba de aquella época, en la que sus antepasados habían creado un imperio, gracias a las plantaciones de algodón y caña de azúcar.

Esos fueron tiempos de gloria y opulencia para la familia Wallis. Dejó escapar un suspiro cargado de resignación, pues ella nunca disfrutó de ese tiempo y dudaba mucho que pudiera hacerlo en un plazo cercano, no mientras el viejo Dominic siguiera respirando. Dos personas entraron al jardín, captando su atención, a uno ya lo conocía, era Roberto, el viejo jardinero que llevaba toda la vida trabajando para su padre, pero no logró reconocer a su acompañante, era un hombre joven y desde esa distancia, podía adivinar que tenía una buena contextura física, alto, de tez morena y cabello oscuro.

—¿Quién eres? —Se preguntó en voz alta, mientras lo detallaba.

Algo en ese hombre había despertado su interés, de inmediato decidió que debía averiguar de quién se trataba, regresó a la habitación y sin perder tiempo entró al baño, para darse una ducha.

Una hora después, admiraba su elegante figura en el espejo de cuerpo entero, dentro de su vestidor. Llevaba un ligero vestido, perfecto para el clima de ese día, maquillaje oscuro que

resaltaba el azul de sus ojos y el carmesí natural de sus labios, pero sin llegar a exagerar.

—Katherine, llévame un jugo de mora a la terraza, por favor —le ordenó a la empleada que alcanzó a ver, mientras bajaba las escaleras.

—Por supuesto, señorita.

Contestó la hermosa chica de piel oscura, dedicándole una sonrisa amable, pero en cuanto la vio alejarse, hizo una mueca de rechazo, pues la odiaba profundamente.

Deborah siguió hasta la terraza, con ese andar distinguido que la caracterizaba, mientras paseaba su mirada por el jardín, en busca del extraño. Ocupó una de las sillas con mullidos cojines beige y fingió posar la mirada en el diario sobre la mesa, estaba desordenado, así que no le resultó difícil adivinar que ya Dominic había estado allí.

—Señorita, aquí tiene lo que me pidió.

Fue sacada de sus pensamientos por la voz de Katherine, quien llegaba con su jugo, lo recibió y se lo llevó a los labios, dándole un pequeño sorbo, al ver que se alejaba, lo dejó de lado con rapidez y habló para detenerla.

—Katherine… ¿Quién es el hombre que estaba con Roberto hace un momento? —La interrogó, fijando su mirada en ella.

—Es su hijo. —Se sintió sorprendida ante la pregunta y su rostro no pudo disimular el asombro. Al ver que Deborah esperaba más, continuó—: Es su hijo menor, Diego. Según escuché, Roberto planea adiestrarlo para que sea su reemplazo. Su artritis cada día empeora más y ya no puede seguir trabajando… Así que le dejará el puesto a él —explicó, mirándola a los ojos.

—¿Mi padre está al tanto de eso? —inquirió de nuevo, sintiéndose algo molesta, porque nadie le consultaba esas cosas a ella y se suponía que era quien llevaba los asuntos de la casa, al menos en teoría.

—Sí señorita, fue él mismo quien le sugirió a Roberto que trajera a su hijo para que ocupara el puesto.

—¡Qué estúpida manía de escoger empleados por generaciones! —exclamó con desprecio y al ver que Katherine bajaba la cabeza, dejó escapar un suspiro, tampoco lo hizo por hacerla sentir mal—. Eso es todo, puedes retirarte, ah… y dile a tu madre que la estaré esperando para planear el menú. Espero que el viejo me deje hacer al menos eso —indicó, posando su mirada en el invernadero, al tiempo que agarraba el vaso con jugo y bebía un poco más.

Dominic Wallis tenía por costumbre reemplazar a sus empleados con los hijos de estos, no porque quisiera ayudarlos y brindarles un trabajo seguro a los chicos, sino porque era un desgraciado que solo buscaba tener a su alrededor, personas de su absoluta confianza o en todo caso, que se sintieran tan agradecidos con él, que nunca se les pasara por la cabeza traicionarlo, esa era su manera de comprar lealtades y recordarles siempre que ellos le debían todo a él.

Ella no escapaba de eso. El viejo, más que ser su padre, era un miserable que no perdía la oportunidad de humillarla, cada vez que le venía en gana, de nada habían valido sus esfuerzos por graduarse con honores en su carrera de finanzas, de intentar ser una hija abnegada e intachable, que se desvivía por complacerlo. Todo eso le valía mierda a Dominic y después de la muerte de su madre, a ella también empezó a darle lo mismo, cambió y se convirtió en lo que era en ese momento, su peor pesadilla.

Se levantó de la silla y con convicción, se encaminó hasta la habitación que está ubicada detrás del invernadero. Roberto y su hijo debían encontrarse allí. Empezaría a tomar parte en todas las decisiones; algún día ella sería la dueña de todo eso y no dejaría que el viejo de su padre siguiera relegándola en un rincón, mientras llevara su apellido y ante todo el mundo fuera

su hija, tenía el poder de tomar decisiones, ella era la heredera del emporio Wallis y lo haría valer.

—Buenos días, Roberto —saludó, entrando al lugar sin siquiera anunciarse, de inmediato posó la mirada en el joven que se encontraba de espalda y que, al escucharla, se volvió.

Lo primero que llamó su atención, fueron los ojos oscuros, que la miraron en principio con curiosidad y después con evidente deseo, ella se mostró impasible, mientras su vista lo detallaba, deteniéndose unos segundos en los labios que enseguida atraparon su atención. Tenía una boca muy apetecible, gruesa, con un tono carmesí intenso, pero que no le restaba ese toque masculino que poseía; nariz recta y cejas pobladas, las que, junto a la barba, acentuaban los rasgos fuertes y visiblemente latinos. Ese rostro hizo que algo en su interior se estremeciera con fuerza, por lo que apartó la mirada, posándola en el anciano a su derecha.

—Buenos días, señorita Wallis, permítame presentarle a mi hijo Diego. —Se apresuró a responder Roberto, ante la seriedad que mostraba la hija del dueño y le hizo un gesto a su muchacho, para que se presentara, debía crear una buena impresión.

—Encantado de conocerla señorita, Diego Cáceres —esbozó, extendiéndole la mano a la belleza ante sus ojos. Nunca había visto a una mujer como esa, al menos no en persona.

—Deborah Wallis. —Se limitó a decir, recibiendo la mano.

El tacto del hombre era caliente y áspero, pero no le resultó desagradable, por el contrario, se encontró deseando prologar esa sensación, esa de sentir el fuerte apretón de un hombre de verdad y no la que le producían los títeres con los que acostumbraba a relacionarse; sin embargo, se obligó a actuar de manera normal y la retiró, apartando también la mirada del recién llegado.

—¿Él será tu reemplazo? —preguntó, mirando a Roberto a los ojos con seriedad.

—Así es señorita, lo hablé ayer con su padre y él me autorizó a traerlo hoy, para que comience a entrenar. No pienso retirarme del todo por ahora, Diego comenzará como mi asistente —contestó con la voz vibrándole; aunque la había visto crecer, ya no la conocía.

Desde hacía un tiempo hasta la fecha, la señorita Deborah se había vuelto una mujer desagradable, trataba mal a los empleados y los humillaba cada vez que podía, dejó de ser la niña dulce y generosa, para volverse una mujer amargada y rencorosa. Todo comenzó después de la muerte de su madre. Desde que madame Christie murió, el odio se apoderó tanto del padre como de la hija, ambos se empeñaban en vivir en un infierno.

—Su padre es un excelente trabajador, espero que usted sea igual… Los Wallis carecemos de paciencia y no damos segundas oportunidades, así que le aconsejo que no desperdicie lo que Roberto le entrega —mencionó, mirando al hombre con recelo. Algo en él no terminaba de agradarle o quizás era esa manera en la que la miraba y la hacía sentir intimidada—. Roberto, me gustaría hablar con usted luego, cuando se desocupe aquí, vaya a la casa —dijo, dándose la vuelta para abandonar el lugar.

—Señorita Wallis. —La detuvo Diego, dando un par de pasos para acercarse hasta ella, no dejaría que lo ignorara así.

Roberto se tensó sin saber qué esperar de su hijo, Diego era orgulloso y rebelde, debió mantener la boca cerrada. Vio a la mujer detenerse, para después girar medio cuerpo y mirar a su muchacho por encima del hombro, como hacía con todos los trabajadores.

—Haré esto bien y no por lo que usted acaba de decir, sino porque se lo prometí a mi padre. No tendrá quejas de mí. —Su tono no mostró la sumisión que debía acompañar a esas palabras; por el contrario, era un claro reto para la hija del viejo Wallis.

—Eso espero.

Salió, dejando a los dos hombres solos en el lugar. Roberto tenía el ceño profundamente

fruncido y le dedicó una mirada de reproche a su hijo. Lo vio encogerse de hombros y caminar, para seguir acomodando las masetas que le había indicado subir a la carretilla.

—Debes andarte con cuidado con la señorita Wallis, no quiero problemas con estas personas Diego, te lo dije muchas veces antes de traerte aquí… —decía cuando el joven se irguió y habló.

—Ya sé que no quería que viniera a trabajar a este lugar, si no es por insistencia de mamá, no me trae, pero sepa que yo tampoco estoy a gusto… Me caga tener que ser su reemplazo, tener que dedicarme toda la puta vida a estar sirviéndole a otros, que siempre me mirarán como si fuera un pedazo de mierda —decía, dejando salir su molestia, no solo por las palabras de su padre, sino por cómo lo había tratado aquella mujer.

—Tú jodiste todas las demás opciones que te dimos, si hubieras aprovechado todo lo que tu madre y yo hicimos por ti, como lo hizo tu hermano Germán y no hubieras arruinado tu vida, juntándote con las personas equivocadas, no estarías aquí. Así que ahora cállate y agradece que al menos tengas un trabajo que te permita llevarte un pan a la boca —pronunció con severidad y caminó hasta otro de los armarios, para buscar unas bolsas de basura.

Diego tuvo que tragarse todas las palabras que pujaban por salir de su pecho, cada una de las verdades y los reproches que había callado durante años. Sus padres jamás le dieron lo mismo que a Germán, a él siempre lo relegaron a un segundo plano, era el segundo hijo del matrimonio Cáceres, en el sentido más literal de esa frase.

Continuó con sus cosas, ignorando a su padre, poniéndose de nuevo esa coraza que evitaba que los demás le hicieran daño, la misma que había comenzado a usar desde que era un chico y el resentimiento se instaló en su interior, al ver cómo todo el mundo veía solo lo malo en él y no lo bueno que tenía para dar, se cansó de intentar ser el chico ejemplar, pues de nada servía, ya Germán se había posicionado en ese lugar y nadie se lo quitaría; así que jugó el mismo juego de todos y se volvió el dolor de cabeza de la familia Cáceres.

CAPÍTULO 3

Deborah caminaba de regreso a la casa y no podía sacarse de la cabeza al tal Diego, ni alejar de ella esa sensación que la recorrió cuando estrecharon sus manos, era algo que nunca le había pasado con otro hombre y no podía decir que fuese desagradable, pero tampoco la hacía sentir cómoda. Era algo extraño y eso la ponía de mal humor, pues siempre le había gustado ejercer el control en todo, eso lo había heredado de su padre.

Estaba por entrar por la puerta que daba a la terraza, cuando sintió que unas fuertes manos masculinas la tomaban por la cintura, se tensó al instante, pero al volverse y descubrir la radiante y atractiva sonrisa de Maurice, se relajó de inmediato. Le devolvió el gesto de manera sensual, dejándose llevar por él a un lugar donde no pudieran verlos.

—Te queda bien ese uniforme… Me resulta muy excitante. —Le susurró Deborah, acariciándole la mandíbula con los labios.

—Pues a mí no me gusta, lo considero una humillación por parte del infeliz de tu padre y en cuanto pueda, lo lanzaré a la basura. —Le hizo saber, sin ocultar su molestia.

—¿Cuándo será eso Maurice? ¿Cuándo tengas tu título de ingeniero en la mano? Creo que para eso falta mucho todavía —esbozó, mostrando su sonrisa burlona.

—Quizás lo haga mucho antes de lo que crees y ese día, me daré el gusto de tirarle este puto uniforme de chofer a tu padre por la cara. —Le dijo, lleno de seguridad y la pegó a la pared, para arrinconarla entre la superficie cubierta con paneles de madera pulida y su cuerpo.

—Cuando ese día llegue, espero estar en primera fila para verlo; mientras tanto, déjame seguir cumpliendo mi fantasía de tener un amorío con el sexy chofer —pronunció contra los labios llenos y provocativos del hombre frente a ella y deslizó su mano en busca del miembro que comenzaba a mostrar una excitante tensión.

Maurice gimió, cerrando los ojos al sentir la caricia de Deborah, ella podía desarmarlo con solo un toque de sus dedos y hacer que le rogara por estar en su interior, llevó sus manos al cuello de ella, en una caricia lenta y sus párpados se abrieron pesadamente, para encontrarse con ese par de ojos azules, que creaban un poderoso embrujo sobre él.

—No se te ocurra dejarme como la última vez, porque vas a lamentarlo Deborah Wallis. —Le advirtió, antes de apoderarse de los labios de ella con un beso posesivo, con el que borró esa sonrisa mordaz que se había vuelto un gesto habitual en ella cada vez que lo tenía de esa manera.

Deborah dejó que Maurice hiciera lo que quisiera con su boca, le permitió entrar y jugar con su lengua a su antojo, pues así lo deseaba ella también. No podía negar que de todos los amantes que había tenido, siempre era placentero regresar a Maurice, no solo por haber sido el primero, sino porque era el único que la trataba con verdadero amor y aunque ella no era una mujer romántica y muchas veces esas cosas le fastidiaban, con él era distinto, con él le gustaba ser tratada así, sentir que podía inspirar algo más que deseo en un hombre.

Sus manos buscaron el nudo de la corbata, para tirar de éste hasta deshacerlo, después con destreza se encargó de la impecable camisa blanca, deshojando los botones, para exponer el pecho bronceado y tonificado de Maurice, el que, sin dudas, siempre era un deleite para sus ojos.

—Tu padre está en la casa… Vayamos mejor a otro lugar —habló en medio de besos, al sentir que la excitación crecía y solo conseguiría aliviarla haciéndola suya.

—Qué importa que el viejo esté o no… ¿Acaso le tienes miedo? —inquirió, retándolo con la mirada.

—No digas tonterías. —Se ofendido por la pregunta y al ver de nuevo ese gesto de burla en sus labios, el deseo comenzó a menguar, siendo reemplazado por el resentimiento.

—Le tienes miedo —aseveró Deborah, alejándose de él.

—Me importa un carajo lo que el viejo Wallis piense, solo quiero cuidarte y sé que, si se llega a enterar de que te acuestas conmigo, la vas a pasar mal… —decía, cuando ella lo interrumpió.

—Tal vez te preocupe más perder tu trabajo o que te pegue un tiro por estar cogiéndote a su hija.

—¡Odio este maldito trabajo, así que me importa una mierda si me echa de aquí! —exclamó, sintiéndose acorralado por Deborah, aunque se maldijo internamente al ver que ella se sobresaltaba ante su arranque—. Mi amor… lo siento. Debbie, no quise gritarte, es solo que a veces no sé cómo actuar contigo. —Se disculpó, mientras le acariciaba el rostro.

—Pues yo tampoco sé cómo comportarme contigo Maurice, dejaste de ser divertido hace mucho tiempo y la verdad, ya comienzo a aburrirme de todo esto —expresó con desprecio, soltándose del agarre y dándose media vuelta, para marcharse sin decir nada más.

—Deborah, espera por favor —pidió, tomándola por la cintura y pegándola a su cuerpo, para buscar una reconciliación.

—Déjame… Se me fueron las ganas.

—¡No! No hagas esto de nuevo Debbie… No me dejes así otra vez. —Rogó, besándole el cuello y acariciándole los senos, para convencerla de quedarse y seguir en lo que estaban.

—Tú te lo buscaste, siempre jodes el momento Maurice, así que ahora arréglatelas como puedas y a mí, déjame en paz.

Le dedicó una mirada, con la que le advertida que no intentara decir nada más y dándose media vuelta, lo dejó solo en el pasillo, mientras ella caminaba con ese andar de diosa sensual e inalcanzable que volvía loco a todos los hombres que tenían la fortuna o la mala suerte de cruzarse en su camino.

Deborah se alejó, sin volverse a mirarlo, no lamentaba en lo absoluto haberlo lastimado, se lo merecía por ser tan estúpido y dejar pasar la oportunidad de tener uno de esos encuentros que los dos disfrutaban tanto. Necesitaba liberar la tensión sexual que llevaba varios días acumulada dentro de ella o terminaría volviéndose loca.

Sin embargo, no podía pasar por alto la actitud de Maurice, la sacaba de sus cabales y la hacía sentir frustrada. Aunque le gustaba estar con él, no mintió cuando le dijo que comenzaba a cansarla; se había vuelto aburrido y predecible, ya no la trataba igual que antes, con desenfreno y deseo desmedido; ahora solo se limitaba a brindarle caricias tiernas y sexo convencional. El amor lo había vuelto blando.

—Tienes que buscar a otro amante que logre satisfacerte de verdad Deborah, eres demasiado mujer para estar desperdiciando tu tiempo con mequetrefes como Maurice, o como todos esos otros de los que ya no recuerdas ni el nombre. —Se dijo, mientras subía las escaleras con paso enérgico.

Entró a la habitación y su reflejo en el espejo le confirmó los estragos que hacía el mal humor en su imagen, se le notaba tensa y cansada, se llevó las manos al cuello, para masajearlo y alejar esa sensación de rigidez que la embargaba.

Necesitaba más que palabras bonitas y miradas de devoción, debía conseguir algo que le diera emoción a su vida, necesitaba a un hombre que fuera impulsivo, que no tuviera miedo de tomarla en un rincón y hacerla suya mientras el mundo se caía, que la hiciera sentir que por tenerla estaba

dispuesto incluso a perder la vida.

Caminó hasta la puerta de su balcón, la había dejado abierta y se disponía a cerrarla, descargando en ella su mal humor, cuando su mirada captó una vez más al hijo de Roberto, sintió que algo se movía dentro de su estómago y su intimidad se contrajo, humedeciéndose al verlo con el torso desnudo y bañado por una capa de sudor.

Los tatuajes que pintaban su cuerpo lo hacían lucir peligroso y muy interesante, su mirada recorrió cada relieve que marcaba a la perfección los músculos. La imagen hizo que media sonrisa se dibujara en sus labios y su cuerpo vibró, reconociendo en ese hombre al posible amante que estaba necesitando.

◆◆◆

Dominic Wallis llegó a su casa cuando el sol comenzaba a ocultarse; como de costumbre, el mal humor que le provocaba la jornada de trabajo se hacía palpable en él. Caminaba de prisa, dejando detrás a su asistente, quien seguía hablando sobre las cifras en rojo que estaba arrojando la procesadora de caña de azúcar y el daño que eso le hacía a la empresa.

—Por favor, cállate un minuto —pidió, parándose en seco, se volvió para mirarla y el movimiento hizo que sus cuerpos chocaran—. El contador debe ocuparse de toda esa mierda, no yo… Para eso le pago —acotó con el ceño fruncido.

—Dominic… —Dejó escapar un suspiro, para armarse de paciencia y mirándolo a los ojos continuó—: Si tú no autorizas a que se hagan las compras de las nuevas maquinarias, para comenzar a producir la azúcar dietética y darle un aire nuevo a la empresa, ni el contador ni ninguno de nosotros podrá hacer nada para evitar que te vayas a la quiebra. —Fue directo al grano, pues Dominic evidentemente no entendía si se le hablaba con sutileza.

—¡Tonterías! La empresa se ha mantenido estable por dos siglos, sin necesidad de caer en esas estúpidas modas que siempre han existido y lo seguirá estando, alguien tiene que seguir haciendo las cosas como a la antigua. Si todos nos ponemos a producir de la misma manera, vamos a terminar en el mismo hoyo —comentó, al tiempo que retomaba su marcha.

—Tus socios no opinan lo mismo —acotó Silvya, siguiéndole el paso, cosa que no era fácil, pues llevaba puesto unos tacones de diez centímetros y una falda de tubo muy ajustada.

—Mis socios pueden irse a la mierda. —Elevó la mano, haciendo un ademán despectivo.

Entró al lugar y dejó caer el pesado maletín sobre el escritorio, después de eso, se tumbó en su sillón favorito, el que no estaba detrás del escritorio, sino junto a las puertas de cristal que daban al jardín y desde donde podía apreciar el espectáculo que el atardecer le ofrecía.

—Dominic, lo quieras o no, vas a tener que ceder en esto o al menos aportar una solución, si no quieres que la empresa termine yéndose a la quiebra… —mencionaba, cuando él habló, interrumpiéndola.

—Silvya, ya tuve suficiente de este tema por hoy. Si lo deseas, mañana podemos seguir hablando de ello y hasta te prometo hacer una junta para discutirlo con los miserables socios… Pero ahora, lo único que deseo, es que me sirvas un trago de whisky, por favor y me des un masaje, porque siento que el estrés está a punto de matarme. —Su tono de voz se tornó más mesurado, así como su actitud menos hosca, le dedicó una mirada a la mujer, extendiéndole la mano.

—Pensé que tenías empleadas para que hicieran todo eso. —Apuntó, frunciendo el ceño, manteniéndose en su lugar.

—Tengo criadas para que me sirvan, pero lo que necesito ahora es que me atiendan de otra

manera… ¡Vamos! Ven acá y no te hagas de rogar. —Le pidió, suavizando su tono de voz y haciéndole un ademán, para que se acercara.

Silvya lo hizo a regañadientes, pues odiaba que él le ordenara algo, cuando no se encontraban en la oficina, había aceptado esa relación clandestina que llevaban, porque los años juntos, la habían llevado a descubrir, que detrás de ese carácter del demonio y todos los defectos que pudiera tener, existía un buen hombre.

Además, Dominic seguía siendo muy atractivo, a pesar de que ya algunas arrugas surcaban su rostro y las canas se habían apoderado de gran parte de su cabellera, que, por fortuna, continuaba siendo abundante. Sus ojos grises aún mostraban esa mirada seductora de la juventud y la sonrisa felina que se dibujaba en sus labios, conservaba el mismo atractivo.

Razón por la cual no aparentaba los sesenta años que tenía, ni en su apariencia, que siempre lucía impecable ni muchos menos en una cama, donde a pesar del tiempo que llevaban juntos, todavía conseguía hacerla delirar cada vez que tenían sexo.

Y, por último, porque él prometió tratarla de manera diferente cuando estuvieran solos, aunque la mayoría del tiempo no lo cumplía, pero se había ganado su aprecio y ella odiaba la soledad, así que accedió a ser la amante de Dominic Wallis y soportar que él viviese creyendo que cada persona que lo rodeaba, había venido al mundo para servirle.

—Tienes los hombros como piedras —comentó, mientras los masajeaba con los movimientos precisos para relajarlo.

—Culpa de ello a los miserables que desean manejarme como si fuese un títere —acotó, sin querer dejar de lado el tema.

—Me pediste que zanjara ese asunto, no comiences tú ahora.

Dominic se disponía a protestar, cuando escuchó la puerta abrirse y al ver de quién se trataba, se tensó de inmediato, sintió que Silvya se alejaba de él con rapidez, como si le hubiera lanzado ácido y no le extrañaba, pues la mirada que le dedicaba su hija Deborah podía ser más dañina que la sustancia.

—Parece que interrumpo algo —esbozó, manteniendo la mirada clavada en ellos y el pomo de la puerta en su mano.

—En lo absoluto querida, pasa por favor —pidió Silvya, con un tono de voz amable y una sonrisa nerviosa.

Siempre había buscado un acercamiento con Deborah, la conocía desde que era una niña y le tenía especial cariño; sin embargo, desde la muerte de su madre, ella cambió radicalmente y ahora parecía odiarla, casi tanto como odiaba a Dominic.

La verdad, no la culpaba por despreciar a su padre, pues él no era el mejor del mundo. La trataba de manera muy fría y hasta cruel. Cada vez que ella le reprochaba a Dominic por la manera en cómo trataba a su hija, él le contestaba que no era asunto suyo y terminaba como perro apaleado, lo mismo le pasaba con Deborah, cuando buscaba algún tipo de acercamiento, ni padre ni hija la dejaban avanzar; aun así, no desistía.

Deborah miraba con evidente desprecio a la zorra de su padre, odiaba a esa mujer con todas sus fuerzas, pues nadie le sacaba de la cabeza que Silvya también fue responsable de la muerte de su madre. Siempre se mantuvo agazapada, a la espera de que su padre quedara libre, para poder ponerle las manos encima y lo había conseguido.

No del todo, claro está. El viejo era difícil de atrapar, pero estaba segura de que la bruja ya tenía asegurada una buena tajada de la fortuna Wallis. La miraba con desprecio, pues era lo que se merecía, no tenía por qué seguirle el juego, no tenía por qué ser amable con alguien a quien apenas soportaba y se lo dejó claro cuando habló de nuevo.

—Solo vine para decirte que la cena está lista —contestó, ignorándola y dirigiéndose a su padre, su tono de voz era duro.

—¿Acaso no es ese el trabajo de la servidumbre? —inquirió Dominic, mirando a su hija con molestia.

—Deborah solo quiso ser amable. —Intervino Silvya.

—Pues no hace falta, cenaremos más tarde… Puedes retirarte —dijo él, haciéndole un ademán con la mano, para echarla del despacho.

Su sola presencia le incomodaba, no quería mirarla, porque cada día se le parecía más a Christie, no solo en lo físico, sino también en esa actitud arrogante y desinhibida, que fueran los mayores defectos de su difunta esposa.

Lo que se hereda no se hurta y justo eso quedaba demostrado con Deborah, había seguido los mismos pasos de la madre, convirtiéndose en la mujerzuela de medio Nueva Orleans y haciéndolo a él el hazmerreír de todos.

Ella se tragó su rabia, manteniendo la mirada fija en ese que se decía su padre, pues, así como él dudaba que lo fuera, ella también comenzaba a sospecharlo. No podía concebir que el hombre que según muchos la había engendrado, le tuviera tanto desprecio.

—No se imagina lo que me alivia escuchar eso, el solo hecho de pensar en compartir la mesa con usted, me quitaba el apetito.

Se dio media vuelta, sin esperar una respuesta y salió, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Mientras caminaba por el pasillo, se obligaba a ser fuerte y que la actitud déspota del viejo no la mortificara.

—Ojalá que la cena le caiga como una patada en el estómago y a la perra que lo acompaña también, por hipócritas y miserables —dijo, con los dientes apretados, mientras sentía un ardor instalarse en su pecho y supo que ella tampoco disfrutaría de la comida esa noche.

Minutos después, lo vio entrar en compañía de Silvya, seguramente la mujer se había esmerado en complacerlo, pues se les veía sonrientes. Eran tan descarados que le provocaban náuseas. Se puso de pie, lanzó la servilleta de lino y salió.

No se quedaría para darle el gusto de humillarla, le demostraría a su padre que ella podía ser más fuerte que él y que nada de lo que hiciera o dijera, tenía el poder de afectarla.

El tiempo de andar llorando por los pasillos ante cada desaire que él le hiciera había pasado, ya no era aquella niña tonta que él despreciaba a su antojo, ahora era una mujer con mucho poder y era su turno de hacerle vivir a Dominic Wallis un infierno.

CAPÍTULO 4

El reloj marcaba las diez de la noche y Diego no podía conciliar el sueño, se movía de un lado a otro, en la pequeña e incómoda cama que le habían asignado. Aún contra su voluntad, le tocó ocupar el cuartucho que fuera de su padre en la mansión Wallis, el mismo donde vivió varios años antes de traerlos a su madre, a German y a él de Argentina.

De eso hacían ya muchos años, ni siquiera recordaba cómo era su casa en el país que lo vio nacer, muy pocas veces hablaban de ello y sus padres solo conservaban la tradición de beber mate a diario y algún domingo hacer un asado, únicamente cuando las deudas les daban un respiro y el salario alcanzaba para ello.

La pieza donde viviría mientras fuese el jardinero de los Wallis, era pequeña, mal ventilada y con un desagradable olor a humedad. Le recordaba a la celda donde estuvo durante los tres años que pasó en prisión.

Exasperado, se levantó, quedando sentado y lanzó la escuálida almohada contra la pared, una vez más se sentía prisionero, había salido de aquel maldito infierno para internarse en otro igual o peor, al menos en la cárcel podía expresarse con libertad, pero en ese lugar tenía que andar como si estuviese en un jodido castillo de cristal, donde podía romper algo de un momento a otro y acabar con la intachable hoja de vida de su viejo.

—No me puedo quedar aquí, esto no es lo que deseo para el resto de mi vida. —Se llevó las manos a la cabeza, enterrándolas en el espeso cabello negro y cerró los ojos, deseando que todo eso no fuese más que una pesadilla.

Extendió la mano, para encender la lámpara de noche, ubicaba en la mesa junto a su cama y cuando la habitación se iluminó, su realidad lo golpeó mucho más fuerte. Liberó un suspiro, sintiendo que un enorme peso se instalaba en su espalda, pero como el guerrero que había sido desde chico, se puso de pie con rapidez, negándose a dejar que el mundo le pusiera el pie encima, manteniéndolo en tierra.

Caminó hasta el baño, completamente desnudo. Tenía por costumbre dormir sin ropa, cuando el calor era intenso y esa noche parecía que el diablo hubiese encendido las calderas del infierno.

Se lanzó agua en la cara, para aplacar el fuego que sentía le quemaba la piel y después se quedó cerca de un minuto, observando su imagen en el espejo sucio y corroído.

—Saldrás de ésta, saldrás de este maldito lugar y lo harás muy pronto, eso es tan seguro como que te llamas Diego Cáceres. —Se dijo, mientras fijaba los ojos oscuros en su reflejo.

Sacudió su mano, salpicando el espejo y su imagen se desfiguró, mientras las gotas se deslizaban pesadas por la superficie. De camino a la cama, para acostarse e intentar dormir, pensó que quizás si dejaba la puerta abierta, el calor disminuiría.

—Mucho mejor —esbozó, al sentir que el aire nocturno no solo refrescaba el lugar, sino que también sacaba ese olor a humedad que estaba a punto de volverlo loco.

Su mirada fue atraída por una luz que provenía de la tercera planta de la mansión, dedujo que debía ser una de las habitaciones y manteniendo medio cuerpo tras la hoja de madera, se estiró, para enfocar la mirada en la figura que vio atravesarse en la puerta de cristal que daba a la terraza.

—Señorita Wallis. —Sus labios formaron una sonrisa felina, que iluminó sus ojos al

reconocerla.

La vio salir hacia la terraza, llevando un sensual camisón negro, de seda. La suave brisa que comenzó a correr en ese momento, lo pegó a la formidable figura, mostrándole esas exquisitas formas femeninas que Deborah Wallis poseía y de inmediato se le aceleraron los latidos.

Definitivamente, nunca se había topado con una mujer como ella, tan hermosa y sensual, que lo hiciera admirarla como si se tratara de una estrella de cine y aunque su padre le había dicho hasta el cansancio cuál era su lugar en esa casa, se permitió soñar un instante con que esa mujer pudiera ser suya.

—Debe tener mucha suerte… o dinero, el cabrón que pueda decir que le perteneces —suspiró, recorriendo con su mirada los turgentes senos, que debían tener erguidos los pezones.

La vio estremecerse y envolverse con los brazos, para darse calor, pensó que con gusto él se lo daría, le daría mucho más que eso, la haría tener una noche caliente en verdad. Una corriente de aire llegó hasta él, haciéndolo temblar al igual que ella, su piel se erizó y sus tetillas se pusieron duras como piedras, oscureciéndose un poco más.

—Mierda, me pones caliente con solo mirarte… ¿Qué no daría por estar en este momento allí contigo? Seguro tu cama huele a perfumes caros y tus sábanas no son esas porquerías ásperas que me dieron a mí. —Detuvo sus palabras al ser consciente de que estaba soñando en voz alta, como un estúpido.

Se meció la espesa cabellera, que ya estaba necesitando un corte. Saber que no tenía dinero ni siquiera para eso, lo hizo sentir frustrado. Reconoció que aspirar a tener a una mujer como Deborah Wallis en medio de sábanas de seda, en las cuales seguramente dormía ella y rodeada de todos esos lujos, no era algo que el hijo del jardinero pudiera permitirse.

—Ahora no… pero algún día, algún día lo harás Diego, tendrás a una mujer como esa y la vida que mereces. Deja que el imbécil de tu hermano se rompa el culo todos los días en un maldito hospital y sea el preferido de tus viejos —esbozó con sorna y la sonrisa ladeada se hizo más amplia—. Tú harás el negocio de tu vida y en un par de años tendrás tanto dinero como el condenado Dominic Wallis y a todas las mujeres que te dé la gana.

Se aseguró, frotándose el pecho para alejar la sensación de escalofrío que lo recorrió al ser golpeado por la helada brisa que cada vez era más intensa, vio que ella también la había sentido, al notar el gesto de sobarse los brazos con las manos para entrar en calor y de pronto fue como si fuera consciente de su mirada.

La observó mover la cabeza hacia el jardín, tal vez buscándolo y se vio tentando a salir para que lo viera, pero se detuvo al notar que se encontraba desnudo, la verdad, no le importaba que una mujer como ella lo viera de esa manera, pero si alguien más lo hacía, podía perder el trabajo.

—Creo que está empezando a gustarme este lugar, me está gustando mucho, señorita Wallis.

Ella entró de nuevo a su habitación, llevándose también la fantasía de Diego, quien, resignado a pasar esa noche en soledad, entró al cuartucho y se tiró en la cama con desgano, pero la imagen de Deborah Wallis seguía instalada en su cabeza.

—Seguramente no seré el primero que se haga una paja en esta casa en tu nombre, belleza; con lo buena que estás, hasta mi viejo tuvo que haberse hecho una —expresó con malicia.

Su mano izquierda viajó hasta su entrepierna y se cerró en un puño alrededor de su miembro, que se encontraba duro y caliente, haciéndole recordar aquellos tiempos de adolescente, cuando se masturbaba viendo las revistas de Playboy que robaba junto a sus amigos de las tiendas del vecindario.

Dejó caer los párpados pesados, imaginándose a la pelinegra montada sobre él y a cada segundo que pasaba, aceleraba el ritmo; después de unos minutos, su cuerpo comenzó a tensarse

y una secuencia de gemidos roncos acompañó la expulsión del semen que se estrelló en su abdomen y lo dejó vacío, pero al mismo tiempo, satisfecho.

◆◆◆

Roberto llegó muy temprano a la mañana siguiente, saludó a todos en la cocina, como hacía siempre, pero no se entretuvo mucho, necesitaba comprobar que Diego no había hecho ninguna estupidez. Lo había dejado furioso la tarde antes, por tener que ocupar el cuarto detrás del invernadero, no podía culparlo, pues él bien sabía lo desagradable que era ese lugar, pero no le quedaba de otra, si quería conservar el puesto.

Esa había sido una de las condiciones de Dominic Wallis, que su hijo se quedara a tiempo completo, como lo hizo él en un principio, era una manía del viejo, pues a las plantas no les ocurriría nada durante la noche, y aunque Diego protestó en cuanto se lo dijo, él lo convenció, alegando que la paga era mejor si se quedaba de interno y que tendría dos fines de semanas libres al mes, en los cuales podía hacer lo que se le diera la gana.

Caminaba con toda la rapidez que los huesos resentidos de sus rodillas le permitían, la maldita artritis planeaba dejarlo en silla de ruedas; sin embargo, no la dejaría, le daría la pelea tanto como le fuera posible, con sesenta y cinco años, se consideraba un hombre joven.

—¿Cómo vas? —Le preguntó, al encontrarlo preparando abono para las plantas; su hijo ni siquiera lo miró y supo que seguía molesto. Caminó para buscar un delantal y ayudarlo con lo que hacía—. Por tu aptitud, veo que no pasaste buena noche.

—Este lugar es una mierda —dijo con tono hosco y se irguió para buscar la carretilla.

Estaba esperando a su padre para desquitarse la rabia que lo invadió apenas despertó en aquella pocilga, con el cuerpo empapado en sudor y con el espantoso olor a encierro cubriéndolo. El mismo que tantos años impregnó su piel, mientras estuvo en prisión.

Pensaba que después de pagar su condena, ya nunca más lo sentiría salir de sus poros, que se había librado para siempre de eso, pero al sentirlo de nuevo esa mañana, su estómago se revolvió y de inmediato las náuseas lo hicieron salir corriendo al baño, para devolver entre espasmos la cena de la noche anterior.

—Poco a poco te irás acostumbrando, eso es para que veas que a mí no me tocó fácil cuando llegué a este lugar y entiendas porqué me esforcé tanto en darles a Germán y a vos una buena educación, no quería que tuvieran que pasar por lo mismo —mencionó, en ese tono de sermón que usaba siempre.

—Pues el esfuerzo no le sirvió de mucho —replicó, mirándolo de reojo, mientras tomaba las bolsas.

—Con tu hermano Germán sí. —Contraatacó enseguida.

—¡Por supuesto! Olvidaba que Germán es el hijo perfecto, el orgullo de la familia Cáceres —dijo con resentimiento, lanzando las cosas en la carretilla.

Salió antes de que su padre pudiera detenerlo, para restregarle una vez más los logros del imbécil de su hermano y los errores que él había cometido.

Roberto se quedó mirándolo y preguntándose una vez más, en qué había fallado para que Diego se convirtiera en el hombre que era. Había tratado a sus hijos por igual, ofreciéndole las mismas oportunidades a ambos; quizás con Germán había sido un poco más condescendiente y le había festejado más los éxitos obtenidos, pero era que su chico mayor era mejor que Diego en muchos aspectos y no podía tapar el sol con un dedo.

—La culpa la tiene tu madre, porque siempre te consintió mucho, debió dejar que yo te criara

como a un hombre, que te diera responsabilidades desde chico… Ahora ya es muy tarde, solo espero que no acabes jodiendo esta última oportunidad que tienes Diego, porque dudo que tengas otra mejor.

Suspiró, armándose de paciencia y salió tras su hijo, le daría un chance para empezar desde cero, tal como le había pedido Matilde y confiaría en que Dios le diera la paciencia para soportar las bravuconerías de Diego.

Lo encontró echando el abono de mala gana a las plantas y supo que, si no le explicaba bien, terminaría arruinándolas. Se puso de rodillas a su lado, aguantando el dolor que la postura le provocaba en los huesos.

—Debes tantear hasta donde se extiende la raíz y cavar con cuidado a su alrededor, después depositas el abono en cantidades pequeñas —explicó en un tono de voz conciliatorio, mientras lo hacía él—. Que le eches más, no hará que tengas mejores resultados; por el contrario, puede terminar pudriéndolas… Son seres vivos y debes tratarlas con cariño.

Acarició las anchas hojas de la planta, como si fuese una mujer y después le dedicó una sonrisa a Diego, quien lo miraba manteniendo el ceño fruncido, le indicó con un ademán que lo intentara él y aunque al principio los movimientos de su hijo eran torpes, era un muchacho listo y aprendió la técnica después de un par de intentos.

—Necesito hacerle algunos arreglos a la pieza donde duermo, es imposible dormir con el calor que hace por las noches ahora, no quiero imaginar cuando llegue el verano —dijo, mirando a su padre a los ojos, para que lo ayudara en eso.

—Hablaré con el señor Wallis para que nos autorice. Por lo pronto, podemos destrabar la puerta que da al invernadero, se clausuró cuando me fui, pues la pieza quedó solo como un depósito y no se necesitaba esa entrada… pero ahora que tú estás aquí, podemos abrirla de nuevo —comentó, intentando ponerse de pie, pero le costaba mucho.

—Con eso y una buena limpieza, me bastará, por ahora. —Le extendió la mano a su padre, para ayudarlo a levantarse.

—Gracias. —Roberto lo miró a los ojos con cariño y llevó la mano libre a la mejilla para palmeársela—. Te vas a acostumbrar a esto rápido y vas a terminar agradeciéndolo, el trabajo es fácil Diego y la paga, aunque no es la mejor, alcanzará para cubrir tus gastos; además, tienes techo y comida.

Le vendió una vez más su puesto, como hacía desde que su mujer le pidió que lo llevase para que fuera su reemplazo y por primera vez, desde entonces, no lo vio rechazar la idea de entrada y pensó que eso era un avance.

Esa misma tarde se encargaron de acondicionar mejor el lugar, abrieron además de la puerta que daba al invernadero, dos ventanales que habían sido bloqueados y el ambiente dentro de la habitación mejoró considerablemente, cuando la suave brisa entró, colmando el lugar del dulce aroma de los rosales que se encontraban cerca.

Encontraron dos botes de pintura blanca, la suficiente para cubrir las paredes manchadas por la humedad de una vieja tubería que se había roto un par de años atrás, por suerte, ya se encontraba reparada, pero nadie se había preocupado por recubrir el daño que le había hecho al friso.

—¿Ves? Ya tienes casa nueva. —Roberto le palmeó el hombro a su hijo, sintiéndose satisfecho mientras sonreía.

—Esta no será mi casa, no pienso quedarme aquí toda la vida —acotó Diego con rapidez, dejando el rodillo de lado—. En cuanto tenga el dinero suficiente para montar mi propio negocio, me largaré de aquí.

—Me parece bien, pero mientras el momento llega, tendrás un lugar decente donde dormir —

mencionó con un tono de voz, que le hiciera creer que confiaba en su palabra.

La verdad, lo único que deseaba en ese momento era que Diego no se metiera en más problemas, que aquellas malas juntas del pasado, no regresaran para terminar de joderle la vida, esperaba que hubiera aprendido la lección, que sentara cabeza e incluso, rogaba porque se encontrara una buena mujer, que le hiciera pensar en enseriarse y formar una familia decente.

Ya no era un chico, estaba cerca de cumplir veintiséis años y él a esa edad, ya era cabeza de familia, ya velaba por el bienestar de dos hijos y una mujer.

Germán sí había seguido sus pasos, ya era padre de una niña y su mujer esperaba otro, era uno de los mejores doctores de Nueva Orleans y aunque a Diego eso le molestara, no podía evitar compararlos a los dos y ver que uno era mejor que el otro.

CAPÍTULO 5

Desde la terraza, donde se encontraba leyendo una revista, vio llegar el auto de su padre y supo por el semblante que traía, que sería una noche difícil; además, Silvya no lo acompañaba en esa ocasión, quizás habían discutido. Sonrió ante esa idea y lo ignoró por completo, cuando pasó como un huracán por su lado, fijándose apenas en su presencia allí.

—¿Qué le sucedió? —Le preguntó a Maurice, en cuanto su mirada se topó con la gris.

—No lo sé, su teléfono sonó durante todo el camino; sin embargo, él no lo tomó, creo que discutió con Silvya, ella intentó alcanzarlo en el estacionamiento, pero él me ordenó que arrancara y la dejó sin siquiera escucharla —contestó, sacándose el saco y aflojándose la corbata, había sido un día agotador.

—¿Problemas en el paraíso? —comentó Deborah con sorna.

—No lo sé, hoy tuvo varias reuniones, me tocó llevarlo a un montón de lugares y de todos, salía con un humor de perros… Odio cuando mi padre se toma su día libre.

Sabía que el viejo no saldría más, por suerte. Así que se quitó la corbata y se tumbó en una silla junto a Deborah, necesitaba de algunas caricias para aligerar la tensión y el malhumor que escuchar a Dominic Wallis quejándose todo el tiempo, le provocaban, extendió la mano y le acarició el muslo, por encima de la tela de la ligera falda negra que ella llevaba.

—¿Por qué no salimos a dar una vuelta y me das un poco de cariño? —sugirió, llevando la caricia al interior de la pierna de Deborah, subiendo en busca de ese rincón que lo enloquecía.

—Podemos hacerlo, si estás dispuesto a recibir un par de balazos —indicó, mirándolo con malicia.

Ella comprobó que no había nadie a su alrededor y se acercó para rozarle los labios con la lengua, gimiendo al sentir el suave apretón que Maurice le daba sobre el pubis. Sintió el toque posesivo de la mano de él en su nuca, cuando la atrajo con fuerza, para hacer el beso más profundo y se dejó llevar, porque estaba loca por sentir esos besos que le encantaban.

A pesar de haber tenido varios amantes, existía algo en Maurice que nunca le había dado ningún otro, por eso más allá de sus discusiones y de que le reprochara un millón de cosas, siempre regresaba por más. Era algo adictivo, algo en esa manera que tenía él de tratarla, que nada tenía que ver con el amor, al menos no de su parte, porque sabía que no lo amaba.

—Quiero que me saques de aquí… Ahora. —Le susurró al oído, mordiéndole el lóbulo con intensidad, hasta dejarle una marca allí.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Maurice, mirándola a los ojos, viendo cómo las pupilas dilatadas se tragaban el azul intenso del iris, revelando cuán excitada se encontraba.

—A donde sea… Donde podamos tener sexo con libertad, donde podamos olvidarnos del miserable de mi padre.

Maurice se puso de pie y la tomó de la mano, llevándola con él, caminaban hacia el auto, pero Deborah lo detuvo antes de que abriera la portezuela, para hacerla subir.

—No, si escucha el motor del auto y ve que yo no estoy, sabrá que salimos y después se descargará contigo… Mejor vayamos al invernadero, nunca hay nadie allí.

Deborah lo tomó de la mano, para llevarlo con ella hasta la enorme estructura de hierro, cristal y madera que resguardaba las plantas más preciadas de su padre. Sabía que corría el riesgo de

encontrarse con el nuevo jardinero, pero no le importaba, a lo mejor eso le aportaría algo de adrenalina al encuentro y era precisamente lo que había estado deseando en los últimos días; además, no podía sacárselo de la cabeza y saberlo cerca, mientras tenía sexo con Maurice, aumentaba su excitación.

—Debbie, espera… ¿Estás segura de que no vendrá nadie? —inquirió él, un tanto dudoso. Sabía que el viejo Wallis se internaba en ese lugar muy a menudo.

—Si lo que te preocupa es que mi padre llegue y nos encuentre, puedes estar tranquilo; ahora mismo debe estar sumergido en su bañera, con un vaso de whisky en la mano —contestó y mostrándose segura, abrió la puerta.

Lo primero que los recibió fue el intenso aroma de las flores que Dominic había enviado a importar de todas partes del mundo y las cuidaba incluso más que a Deborah, puesto que pasaba más tiempo con ellas y les prestaba más atención. Ese era el lugar que él más disfrutaba y el que ella más aborrecía, pues le recordaba lo poco importante que era para su padre.

La mirada nerviosa de Maurice se paseó en busca de la presencia de alguien más, pero no encontró a nadie y se relajó, mientras sentía los insistentes besos de Deborah en su cuello, la tomó por la cintura para dar media vuelta con ella y apoyarla en una de las escaleras de madera, que servían para regar las orquídeas que crecían colgadas de vigas que bajaban del techo y quedaban suspendidas a varios metros del suelo.

Separó las piernas de Deborah con su cuerpo y metió las manos bajo la tela de la falda, gimiendo al sentir el calor que brotaba del centro de su mujer y lo invitaba a hundirse en ella. Su lengua se movía con cadencia dentro de la boca femenina, arrancándole gemidos profundos y temblores que iban en aumento, a medida que la excitación crecía.

—Tócame —pidió Deborah en un susurro, al tiempo que su mano viajaba a la entrepierna de Maurice y la apretaba con fuerza, sonrió cuando él liberó un gemido, mezcla de goce y dolor—. Estás tan duro… Me encanta ponerte así.

—Y a mí me fascina que te mojes así, cuando te toco —murmuró él contra sus labios, hundió un dedo en ella, llegando muy profundo y al sentirla temblar, sumó uno más.

Con movimientos pausados, comenzó a invadir el interior de Deborah, rozando con el pulgar el nudo de nervios que a cada segundo que pasaba, se tensaba más. Atrapó entre sus dientes el labio inferior de ella, el que temblaba en cada penetración.

Deborah también entró al juego, deslizó con destreza la cremallera del pantalón negro y liberó la erección de Maurice del slip gris que llevaba, apretó con un par de dedos la punta del glande, que le regaló una perla de líquido preseminal, el mismo que usó para lubricar la sensible piel, haciendo círculos con el pulgar, lo vio cerrar los ojos y el placer reflejarse en su rostro, lo que la hizo sentir muy complacida.

El calor había aumentado considerablemente en sus cuerpos y la transpiración comenzó a empapar sus ropas, la impecable camisa blanca de Maurice se le pegaba a la espalda, mostrando bajo la tela los formados y a la vez estilizados músculos, hilos de sudor bajaban perlando su piel, hasta detenerse en la barrera que creaba el cinturón.

Deborah podía sentir la humedad, producto del calor de principios de verano deslizarse por su piel, para terminar, alojándose en su nuca, en medio de sus senos y en el interior de sus muslos, que a cada segundo que pasaba, se tensaba más y más, anunciándole lo cerca que estaba del orgasmo.

Él estaba a punto de despojarla del pequeño panty de encajes que llevaba puesto, cuando escucharon ruidos que provenían del fondo, se tensó de inmediato e intentó separarse de ella, pero Deborah se lo impidió, lo retuvo apretando con fuerza su erección y negó con la cabeza,

manteniendo los ojos cerrados.

—No te detengas, por favor. Sigue… sigue Maurice, necesito que me hagas correr —suplicó, con la voz transformada por el placer que la recorría.

—Alguien viene, Debbie —esbozó y el deseo había sido reemplazado por el temor.

—Date prisa entonces —susurró, después le lamió los labios, para terminar, mostrando una sonrisa malévola.

Se contrajo en torno al par de dedos que se encontraban en su interior y comenzó a mover sus caderas para ir tras su orgasmo, no dejaría que nadie se lo arrebatara y en su cabeza comenzó a dibujarse la imagen de Diego Cáceres. Deseaba con todas sus fuerzas que fuese él quien se acercaba y poder verse en esos ojos oscuros, mientras se corría.

Maurice sabía que iba a lamentar lo que estaban haciendo, si la persona que se acercaba era el viejo Wallis, podía terminar en la calle si era afortunado, pues con el malhumor que traía el padre de Deborah, se exponía a recibir un par de balazos; sin embargo, era tanto el embrujo que esa mujer despertaba en él, que no le importó nada de eso y siguió masturbándola, disfrutando de la secuencia de gemidos que ella ahogaba en su cuello y de los temblores que la recorrían, mientras sus dedos se hundían entre la humedad y la calidez que la desbordaba.

Deborah buscó la boca masculina y se apoderó de ésta con un beso rudo, ahogando allí el grito, producto del intenso orgasmo que se desató en su interior. Su cuerpo fue preso de una serie de estremecimientos que la recorrieron de pies a cabeza y cuando sintió que se quedaba sin aire, separó sus labios de los de Maurice, elevando el rostro al cielo.

—Este es mi estado perfecto —esbozó, mostrando una amplia sonrisa, sin abrir los ojos y al sentir que Maurice abandona su interior, protestó—: ¡No! Quédate un poco más.

—¿Acaso te has vuelto loca? En este lugar hay alguien más… Puede ser tu padre. —Reprochó él, tomándola del cuello, para hacerla reaccionar y que fuera consciente de peligro.

—¡Maldita sea, ya olvídate del viejo! —dijo furiosa y lo empujó con ambas manos para alejarlo de ella.

Maurice se tambaleó, quedando a menos de un metro de Deborah y la miró como si lo hubiera abofeteado. Estaba por reclamarle por tratarlo de esa manera, cuando escuchó de nuevo los pasos, esta vez estaban más cerca. Con rapidez, guardó su erección, la que había perdido firmeza y se la acomodó en el slip; después respiró profundamente, para calmar el latido desbocado de su corazón y buscó un pañuelo para secar sus dedos.

Ella lo miraba con resentimiento, mientras se acomodaba la falda, cubriendo sus muslos y bajó con cuidado de la escalera, pues aún sentía las piernas débiles a causa del orgasmo y su respiración agitada, se evidenciaba en el movimiento de sus senos. Dio media vuelta, dispuesta a salir de allí, cuando sintió sobre ella una mirada que la hizo detenerse.

—¿Está todo bien?

La profunda voz de Diego se dejó escuchar en el lugar y segundos después, su figura se presentaba ante la pareja, él había escuchado los murmullos, los gemidos y también el traquear de la escalera, no le fue difícil concluir lo que estaba sucediendo y aunque quizás podía meterse en problemas, por interrumpir las travesuras de la señorita de la casa con el chofer, no pudo contenerse y tuvo que dejarles ver que los había descubierto. A lo mejor podía sacar algún provecho de esa situación.

—Sí, váyase —contestó Maurice, en tono cortante.

La molestia en él se disparó, al saber que quien había arruinado su posibilidad de tener sexo con Deborah, era el imbécil del nuevo jardinero, sintió ganas de golpear al tipo por entrometido y si ya le caía como una patada en las pelotas, pues se las daba de bravucón, desde ese instante,

sintió que lo odiaba en verdad.

—¿Señorita Wallis? —preguntó una vez más, ignorando al chofer, el pobre diablo no le interesaba. Quería que Deborah Wallis lo viera a los ojos y supiera que la tenía en sus manos.

Ella se volvió lentamente, intentando que su respiración no la delatara, aunque sabía que era poco lo que podía hacer, porque su rostro sonrojado y su cabello desordenado debían gritar que se había corrido maravillosamente; sin embargo, adoptó una postura erguida y fijó la mirada en Diego Cáceres.

No esperaba la reacción que tuvo su cuerpo, al verlo con la parte superior de la braga de trabajo, colgándole de la cintura y su torso cubierto apenas por una camiseta sin mangas, que el sudor había transparentado, mostrando la oscura sombra de los tatuajes y las formas del musculoso pecho en todo su esplendor.

—Todo… todo está bien —expresó, con la voz ronca y no era producto del grito que liberó minutos atrás, sino del deseo que había resurgido en su interior y llevaba el nombre del jardinero. Se aclaró la garganta, obligándose a apartar la mirada del pecho de Diego Cáceres—. Puede seguir con sus cosas.

—Como usted ordene, señorita —mencionó, mostrando una sonrisa ladeada y se amarró las mangas de la braga, para atraer la mirada de la pelinegra a su entrepierna, que se había despertado.

Deborah supo lo que él hacía y lo complació, dirigiendo su mirada a esa zona de su cuerpo, comprobando que, así como el resto del cuerpo del jardinero estaba lleno de músculos, su miembro debía ser el más poderoso de todos, pues el bulto que formaba, lo gritaba a los cuatro vientos.

Sus pezones se tensaron de inmediato, ejerciendo presión contra la delicada prenda de encajes que sujetaba sus senos. Elevó la mirada, descubriendo esa sonrisa peligrosa y muy atractiva, que hizo que algo en su interior se contrajera con fuerza. Sorprendida, ante esa reacción de su cuerpo, apartó la mirada y apretó los labios, atajando un jadeo en su garganta.

—Vamos.

La voz de Maurice la sacó del estado al cual la había llevado Diego Cáceres. Sin siquiera poner resistencia, se dejó llevar por él del brazo y apenas le dio un vistazo al jardinero, quien se alejaba con un andar que demostraba seguridad.

Maurice sentía que su cuerpo estaba a punto de quebrarse, ante la tensión sexual acumulada en él, no podía soportar que Deborah lo dejara de nuevo de esa manera, así que caminaba para llevarla a un lugar donde pudiera al fin hundirse en ella y conseguir el jodido orgasmo que estaba necesitando como loco.

Llegaron hasta uno de los salones del piso inferior de la mansión, esos que habían permanecido casi en el abandono por muchos años, pero que se encontraban abiertos, pues siempre eran usados por Deborah y él, para tener sexo. No se detuvo en muchos preámbulos, solo los que necesitó para ponerse duro de nuevo, apenas le bastó verla separar las piernas, dándole la bienvenida, para enloquecer.

El acto fue rápido e incluso algo violento, pues aún se encontraba furioso por la interrupción de Diego Cáceres, esta vez no se esmeró en complacerla a ella, sino en ir en busca de su propia liberación; no obstante, su afán no hizo que le pasara desapercibida la actitud de Deborah, parecía como si no se encontrara en ese lugar o como si su cuerpo y su cabeza estuvieran en espacios distintos.

Ella se dejó ir de nuevo y él lo hizo con potencia, dejando libre todo el deseo acumulado en esas semanas sin estar con su mujer. Así consideraba a Deborah, pues antes que cualquier otro

hombre, había estado él y si ella siempre lo buscaba, era porque ningún otro la complacía de la misma manera.

Hacía oídos sordos a todos aquellos que querían hablarle mal de ella, sabía que no era una santa, que aparte de él había tenido más amantes; sin embargo, su amor era poderoso y era verdadero, sabía que le pertenecía, que, a pesar de todo, Deborah había sido y siempre sería suya.

CAPÍTULO 6

Diego no pudo sacarse de la cabeza la imagen de Deborah Wallis durante lo que restó de la tarde y cuando cayó la noche, le dio riendas sueltas a su imaginación, una vez más. Parecía un estúpido adolescente, que no hacía nada más que masturbase todas las noches.

Las ganas que le tenía a esa mujer crecían cada vez más y juraba que se volvería loco si no llegaba a tenerla, después de lo que vio comenzaba a tener esperanzas, a lo mejor Deborah Wallis no era un imposible, después de todo.

Tendido en su cama, miraba el techo, mientras recordaba lo hermosa y jodidamente excitante que lucía esa tarde, con los labios hinchados, las pupilas dilatadas, el cabello desordenado y esa mirada de deseo que le dedicó. Tenía que ser un idiota para no darse cuenta de que él le gustaba, que ella también le tenía ganas, pues más de una vez la había sorprendido mirándolo.

—Tal vez lo que descubrí hoy me sirva para traerte a mi terreno de juego, a lo mejor tienes por costumbre tirarte a los trabajadores de tu padre… —Se decía, mostrando media sonrisa—. Por lo que he escuchado no se llevan muy bien y quizás haces esto para retarlo, yo estoy dispuesto a ayudarte… Por una buena cogida contigo, sería capaz de jugarme la cabeza.

Sonrió, asegurándose que tenía posibilidad con la hermosa pelinegra, que antes de largarse de allí, se metería en la cama de Deborah Wallis, acomodó la almohada bajo su cabeza y cerró los ojos, suspirando, dispuesto a dormir plácidamente esa noche.

Al día siguiente, comenzó su rutina, como siempre, regando las jodidas orquídeas y todas esas flores de las que aún no se aprendía el nombre, para luego activar el sistema de riego que bañaba los árboles más altos del jardín y el rosal, que lucía esa belleza que atraía a cualquiera, incluso a él, que no era un tipo delicado ni admirador de esas tonterías, como lo era su padre.

—Buenos días, Diego.

Katherine lo saludó con una atractiva sonrisa, en cuanto lo vio entrar a la cocina, para reunirse con el resto del personal a tomar el desayuno. La morena también estaba en su lista de posibles conquistas. Desde que llegó, fue la primera en recibirlo y desde entonces, no dejaba de mirarlo como si quisiera que la desvistiera y le hiciera todo lo que su mente perversa imaginaba.

—Buenos días, belleza. —Sonrió con picardía y le rozó a propósito el culo, tenía que ir abonando el terreno.

La sonrisa de ella se hizo más amplia, así que no se disculpó por el tropiezo, en lugar de ello, le guiñó un ojo y disfrutó al verla sonrojarse. Tomó asiento, junto a los otros dos hombres que trabajaban en la casa, aparte de su padre, quien seguía viniendo un par de horas al día, para adiestrarlo, pero había recibido su último pago la quincena pasada.

Gaël era el padre de Maurice y a diferencia de Roberto, no podía retirarse, pues tenía dos niñas pequeñas de su segundo matrimonio, para las que debía reunir, si deseaba enviarlas a la universidad, así que seguía laborando para Dominic Wallis. Además, el viejo no deseaba soltarlo, porque era uno de los pocos hombres de confianza que tenía.

En cuanto Maurice vio entrar a Diego a la cocina, su apetito desapareció, había algo en ese hombre que no le agradaba y aunque estimaba mucho a Roberto, su hijo no le inspiraba confianza; la facha, la manera de desenvolverse, algo no le gustaba y desde el encuentro del día anterior en el invernadero, su rechazo se había hecho aún mayor.

—Buenos días.

La voz sensualmente ronca de Deborah se dejó escuchar en el lugar, todos los empleados a excepción de Diego y Maurice se tensaron de inmediato. Ella llegó con ese don de mando que había heredado de su padre, los miró, apenas fijándose en los que se habían sentado a la mesa.

—Buenos días, señorita Deborah.

Respondieron casi al unísono, como si se dirigiesen a una maestra de escuela. Martha la cocinera, se aproximó, adivinando que tal vez deseaba algo especial para desayunar.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—¿Por qué no está servido el desayuno? —preguntó con molestia, mirando a la mujer.

—Su padre no ha bajado aún… —decía, dándole una explicación, pero no pudo continuar.

—¿Y si mi padre no baja, en esta casa no se hace nada? —La respuesta de la mujer, solo aumentó su descontento.

—El señor Wallis es muy estricto con el estado de sus comidas, desea que se la preparen al instante. —Se excusó la mujer, bajando la cabeza.

—Pues yo soy quien da las órdenes de cómo se llevan los horarios de las comidas aquí y preciso que en este instante se sirva el desayuno en el comedor —dijo en un tono que no dejaba lugar a negativas.

—Como usted diga, señorita.

La mujer se volvió con rapidez, para preparar todo y dos chicas se le sumaron para ayudarla en la tarea, ninguna de las tres quería empeorar el humor de la hija del dueño.

Maurice la observaba con el ceño fruncido, odiaba esa actitud déspota de Deborah. Sabía que no era así, que algo debía haberla molestado; la verdad es que siempre buscaba justificar su comportamiento con los demás empleados, pues a él lo trababa de manera distinta y es que prácticamente se habían criado juntos.

Igual hizo una nota mental para reprocharle más tarde por ese gesto tan altanero, no lo hacía en ese momento, porque sabía que ella odiaba que le restaran autoridad, ya suficiente tenía con su padre, quien todo el tiempo se empeñaba en contradecir sus órdenes y hacer que fuera el hazmerreír de la servidumbre.

—¿Desea algo en especial, señorita? —preguntó una de las chicas, antes de que la pelinegra saliera.

—Solo quiero algo que se prepare rápido. —Intentó que la tonta pregunta no hiciera resurgir su molestia.

Su mirada se topó con la de Diego, quien la veía como si le hubiese pegado a alguien, tenía esa mirada que le gritaba que era una desgraciada y la retaba a que lo tratara a él como hacía con las demás, y pensó en complacerlo de inmediato.

—Diego, quiero que corte veinte rosas de las mejores, para un arreglo —esbozó con tono imperativo, mirándolo a los ojos.

—¿Que por favor qué? —contestó de inmediato el aludido.

—¿Cómo dice? —inquirió, desconcertada.

—Su frase, debería comenzar con un “por favor, Diego”.

—Déjeme aclararle algo. No le estoy pidiendo un favor, le estoy dando una orden, como la dueña de esta casa y su patrona. Usted solo limítese a obedecer sin rechistar —mencionó furiosa y asombrada por la desfachatez de ese tipejo—. Así que no se haga el gracioso, si no quiere que lo ponga en la calle. Busque las veinte rosas, las quiero en una hora en mi habitación.

—Como usted ordene, señorita Wallis —respondió, fingiendo un tono sumiso y tuvo que tragarse una sonrisa antes de continuar—: Solo hay un pequeño inconveniente, no podré llevarlas

a su habitación, me tienen prohibido el paso a otra área de la mansión que no sea la cocina —dijo, elevando una ceja, mientras disfrutaba de ponerla en ridículo.

—Esa orden la di yo y me alegra que la tenga presente, cuando tenga las rosas, se las entrega a Katherine, ella hará el resto. —Aunque intentó mostrarse impasible, el tono de su voz revelaba la furia contenida en su interior.

Diego asintió en silencio, mostrando una sonrisa arrogante, que a todas luces era un claro reto para la hija del viejo Wallis. Le mantuvo la mirada, hasta hacer que fuera Deborah quien la desviara, después de conseguirlo, continuó con su desayuno.

El silencio que se apoderó del lugar era tan denso, que ninguno de los presentes se atrevía a decir nada para romperlo, ni siquiera la cocinera, quien ya tenía listo el desayuno de Deborah. Pasó con sigilo por su lado, para ir hasta el comedor y disponer la mesa.

Angie la siguió, llevando una jarra con jugo de mora, excusándose en eso para escapar del lugar, antes de que la cocina fuera a estallar, por la tensión que se sentía.

Maurice se puso de pie, para interceptar a Deborah antes de que saliera, lo hizo para marcharse de allí junto a ella, pues de quedarse, le partiría la cara al desgraciado jardinero, no le gustó nada que la retara y menos que la mirara como lo hizo.

—¿Saldrás hoy? —Le preguntó en voz baja, deteniéndose tras ella, pero sin llegar a tocarla.

—No, no tengo ánimos —contestó Deborah, mirándolo por encima del hombro y saliendo del lugar, dejándolo con la palabra en la boca.

Se sentía furiosa con el miserable de Diego Cáceres, él no tenía ni idea de con quién se estaba metiendo y le importaba una mierda si era el hijo de Roberto, le haría pagar muy caro lo que había hecho, con ella nadie jugaba.

El mal humor con el cual se había despertado y que empeoró con el episodio con Diego Cáceres, la acompañó por el resto del día, incluso pensó en no bajar a cenar, pero como siempre, su afán por mostrarse superior e imperturbable ante los demás, la llevó a ocupar la mesa junto a su padre.

Él tampoco parecía estar muy contento esa noche, así que la cena transcurrió en silencio, con uno que otro monosílabo que compartieron al inicio de esta.

Deborah rechazó el postre que le ofreció la cocinera y se disponía a levantarse para subir a su habitación a descansar, cuando Dominic comenzó a atacarla.

—Mandas a hacer una jodida tarta de manzana, la cual sabes que detesto y de paso, tú tampoco la pruebas —mencionó, al tiempo que lanzaba la servilleta de lino sobre la mesa.

—Ya tuve suficiente, no deseo nada más. —No quería discutir con él y por eso le respondió con tono mesurado.

—¿Esa es tu manera de llevar la casa? ¿Para esto me pediste que te diera la libertad de manejarla? ¿Para desperdiciar comida? —Todos los reproches salieron en un torrente.

—Es solo una estúpida tarta. —Comenzaba a molestarse.

—Es dinero —pronunció, apretando los dientes.

—No seas tan miserable, no te vas a arruinar porque no nos comamos un estúpido postre —comentó con sorna.

—¿Miserable? ¿Ahora soy un miserable, por cuidar la fortuna que tanto esfuerzo le ha costado a los Wallis crear y que algún día tú heredarás, para despilfarrarla en un abrir y cerrar de ojos?

—Ya deja de cuestionar todo lo que hago y lo que digo, siempre estás buscando alguna excusa para hacerlo… —Intentó defenderse, poniéndose de pie.

—¡Lo hago todo el tiempo, sí, porque no haces nada bien! Ahora mismo la jodida empresa está pasando por una crisis y dónde estás tú, Deborah —inquirió, mirándola con rabia.

—Tú nunca me has dejado acercarme a la compañía, no confías en mí… —decía, cuando su padre la interrumpió.

—¡Porque no sabes hacer nada más que revolcarte con cuanto malnacido se te cruce en el camino! —gritó, haciéndola sobresaltarse y la furia que sentía era tanta, que no le importó ver cómo los ojos de su hija se llenaban de lágrimas.

Se había enterado esa tarde que ella se había fugado de una fiesta en la casa de los Stevenson con el hijo de su más fuerte competidor, el hombre era un maldito parásito, que vivía a costa de su padre y de vanagloriarse en que se llevaba a la cama a todas las mujeres de buena familia de Nueva Orleans.

Ya no podía seguir soportando que siguiera los mismos pasos de la madre, no tendría bajo su techo a una ramera más y si el precio para liberarse de ello, era echarla de la casa, quitarle su apellido y enviarla lejos, estaba dispuesto a hacerlo.

Sin embargo, carecía del valor para mirarla a los ojos y decirle todo eso, era por ello por lo que buscaba humillarla de otro modo, buscaba crear un resentimiento tan grande en su hija, que fuera ella quien terminara marchándose.

—Ya no soy una niña y hago con mi cuerpo y con mi vida lo que me dé la gana —esbozó, con los dientes apretados.

—No mientras vivas bajo mi techo. —La amenazó, tomándola con fuerza del brazo, para que viera que hablaba en serio y que esta vez no jugaba.

—¡Suéltame! A mí no me pondrás una mano encima, no me harás lo que le hacías a mamá… —Se liberó de un tirón del agarre y estaba por salir, aprovechando que el viejo había quedado atónito ante sus palabras, pero antes de hacerlo, volvió para decir algo más—: Y si quieres liberarte de mí, para quedarte con la maldita perra de Silvya, vas a tener que hacer mucho más que humillarme por una estúpida tarta o tratarme de ramera.

—¡Deborah, ven aquí! —gritó Dominic, saliendo del trance, al escuchar esas últimas palabras —. ¡Deborah!

Se puso de pie para detenerla, pero ya su hija había desaparecido, caminó con rapidez para escapar de las miradas de los empleados, que veían la escena con tristeza y algo de vergüenza ajena.

CAPÍTULO 7

Deborah salió casi corriendo de la casa, no subió a su habitación, pues sabía que su padre no la dejaría en paz y podía ir hasta ese lugar, así que buscó un sitio donde no pudiera encontrarla. Se adentró en el jardín, llegando al lugar más oscuro, mientras sentía las lágrimas bajar pesadas por sus mejillas y el pecho oprimido ante el dolor que le causaban las palabras de Dominic, las que se repetían una y otra vez en su cabeza, torturándola.

—¡Desgraciado! ¡Eres un miserable y un desgraciado! No puedes ser mi padre… no puedes ser mi padre —decía en medio de sollozos y se detuvo, sujetándose de un árbol, que evitó que se fuera de bruces sobre el césped.

Se volvió para apoyarse de espalda a la áspera corteza e intentar respirar, pues sentía que el aire se había escapado todo de sus pulmones, en medio de los sollozos que liberaba. Sentía que no podía más con tantas humillaciones y desprecios, su vida había sido un infierno, una mierda desde que era una niña.

—¡Toda la culpa es tuya!… ¡Toda es tuya! Por alcohólica, por escudarte en la maldita bebida y dejar que él me tratara mal siempre… —Su voz era cortada por el llanto, se dejó rodar quedando sentada y recogió sus piernas, pegándolas al pecho—. ¿Por qué mamá? ¿Por qué fuiste tan cobarde? ¿Por qué buscaste la solución más fácil y me dejaste sola? Fuiste una egoísta ¡Una maldita egoísta! —gritó, dejando salir el dolor que la consumía.

Hundió el rostro entre sus manos, apoyándolo en sus rodillas y dejó que el llanto corriera libremente, sintiéndose una vez más como esa niña de ocho años que era despertada en medio de la noche, por los gritos furiosos de su padre y la algarabía que hacía su madre, producto de las borracheras en las que siempre vivía.

Se quedaba despierta por horas, llorando y temblando, temiendo que en cualquier momento el odio de Dominic Wallis la alcanzara a ella y que, a su madre por estar borracha, no le importara nada.

Todo había sido tan distinto al principio. Tenía una familia maravillosa, un hogar lleno de felicidad y armonía, su padre volvía del trabajo con dulces y aunque estuviese cansado, por las largas jornadas, siempre la consentía, la llenaba de besos y pasaba horas llevándola sobre su espalda, jugando con ella.

Hasta aquella noche, cuando regresó de un viaje de negocios un día antes, para darle la sorpresa a su madre, ya que al día siguiente era su cumpleaños y él le había hecho creer que, por esta vez, no la acompañaría, pero su plan era otro. Le había organizado una gran fiesta sorpresa, como esas que Christie Wallis disfrutaba muchísimo, pues adoraba ser el centro de todas las miradas, como lo fue años atrás cuando era actriz, nunca dejó de necesitar de esas adulaciones que alimentaban su vanidad.

Deborah recordaba esa noche en especial, no solo porque fue la primera vez que vio a sus padres discutir de esa manera, sino porque también se desató la primera tormenta de la cual tenía consciencia, era una de esas que no parecían tener final nunca, que bien podían compararse con un diluvio. Y cada año cuando regresaban, apoderándose de todos los rincones de Luisiana, ella revivía aquella pesadilla.

◆◆◆

Deborah se encontraba envuelta por las gruesas cobijas lila y fucsia, con dibujos de princesas, que la resguardaban del viento frío que golpeaba con fuerza las ventanas, y aunque las mismas se encontraban cerradas, ella igual sentía que se colaba en la habitación, helándole los pies. Los frotaba uno contra el otro, para alejar esa sensación que le resultaba tan desagradable, mientras rezaba, pidiéndole a Dios que detuviera la tormenta.

Esa tarde, su madre había recibido la visita de un caballero muy elegante, era primera vez que ella lo veía, pero el mismo la trató como si la conociese de siempre, la sentó en sus piernas y la miró con ternura, le resultó agradable. El hombre se quedó a cenar con ellas y cuando estaba por irse, comenzó a llover.

—Es peligroso que regreses a la ciudad con este tiempo.

Le escuchó decir a su madre, dirigiéndose al invitado, después le ordenó a una de las empleadas que le acondicionara una habitación a su amigo y aunque él se negó en repetidas ocasiones, ella terminó convenciéndolo para que durmiera esa noche en la mansión.

—¿Me lees un cuento mami? —Le pidió Deborah, como siempre.

—Esta noche no querida, tengo que atender a Leonard, vino desde muy lejos a visitarnos —esbozó, mirándola con dulzura y al ver la desilusión en el rostro de su hija, le acarició las mejillas, sonriéndole—. Le diré a tu nana que lo haga, su voz es muy linda y sabe leer muy bien, seguro te gustará.

Deborah asintió con entusiasmo, aprobando la idea. Le caía bien la hija de la cocinera y algunas veces jugaban muñecas juntas. Siempre le decía que ella de niña no había tenido juguetes, porque sus padres no habían tenido dinero para comprarle, así que lo haría mientras estuviera allí, aunque ya fuese una mujer de diecinueve años y estuviera en la universidad.

Se despidió del caballero llamado Leonard con un abrazo y una sonrisa, el hombre la estrechó con fuerza y le dio un beso en la frente mientras la miraba a los ojos, después recibió el beso de buenas noches que su madre le dio en la frente y salió en compañía de Jacinta, quien ya esperaba por ella, dejando a los adultos solos en el salón de té.

El cuento logró distraerla y no fue consciente de cómo la tormenta a cada minuto cobraba mayor fuerza. Sin siquiera notarlo, el sueño terminó venciéndola a los pocos minutos de escuchar el final de “Vivieron felices por siempre”, con el cual acababan todas las historias que le leía su madre.

Despertó sobresaltada, por el aterrador sonido que hizo un trueno que cayó cerca de la mansión, se asustó, encontrándose sola en la habitación y con rapidez bajó de su cama, calzándose las esponjosas pantuflas, tomó su oso de peluche y salió rumbo a la habitación de su madre, para pedirle que esa noche la dejara dormir con ella.

Llamó un par de veces a la puerta de la habitación de sus padres, pero no recibió respuesta, así que pensó que quizás su madre estaría dormida, por suerte tenía la altura para alcanzar el picaporte, lo giró y empujó la hoja de madera, para entrar a la recámara, la encontró en penumbras.

—Mami… —esbozó, caminando hacia la cama—. Quiero dormir contigo, esta tormenta me da miedo.

Se detuvo en seco, al ver que no había nadie en la cama. Le pareció extraño, pues ya debía ser muy tarde y su madre no se encontraba durmiendo, pensó entonces que quizás había ido al baño, así que se encaminó hasta éste, al abrir la puerta, también lo halló vacío y eso la desconcertó mucho más.

El pánico poco a poco se fue apoderando de su pequeño cuerpo, tragó para bajar el nudo que

se había formado en su garganta y estaba por salir de la habitación, cuando unas luces que provenían del exterior iluminaron todo el lugar.

Ella corrió hasta la ventana, sintiéndose extrañamente esperanzada y cuando sus ojos vieron el auto de su padre estacionarse frente a la mansión, sintió una inmensa alegría llenarle el pecho, fue como si la tormenta cesara en ese instante. Se dio media vuelta y aferrada a su oso, caminó con rapidez, para ir a su encuentro, mientras sonreía.

El pasillo estaba oscuro, provocándole una sensación de miedo, que le apretaba el estómago; sus pequeños pies se desplazaban tan de prisa como le era posible, mientras se aferraba al pequeño oso de peluche, que era su fiel compañero.

Las luces de un relámpago iluminaron las escaleras de la segunda planta, sabía que debía bajar esas y las que la llevaban al salón, pues las habitaciones se encontraban en el tercer piso.

Escuchó algunos gritos que provenían de algún rincón de la casa, golpes de puertas al cerrarse y lo que parecía ser el sonido de objetos que se estrellaban contra el piso. Apresuró su marcha, bajando las escaleras, mientras el miedo cabalgada en su interior; al llegar al final de las primeras, un tropiezo la hizo caer de rodillas, pero ella se tragó las lágrimas, poniéndose de pie para seguir.

Intentó bajar con más cuidado las otras escaleras, mientras luchaba contra el temor que la estremecía. Para ese momento ya no podía controlar sus lágrimas y le bajaban copiosas por sus mejillas, haciéndole difícil respirar. Se encontraba en la mitad de la escalinata, cuando vio salir al hombre llamado Leonard del salón de té de su madre, llevaba el saco y la camisa en una mano y en la otra sus zapatos.

—¡Voy a matarte, maldito infeliz!

Escuchó la voz de su padre resonar en medio del resplandor de un relámpago, que iluminó todo el lugar y en su mano pudo apreciar un arma, como esas que usaban los villanos en las películas. Abrió mucho los ojos y el temblor en su cuerpo se hizo aún peor, apretó al peluche contra su pecho, buscando en el juguete algún tipo de protección.

—Tendrás que hacerlo, para impedir que me las lleve.

Contestó el hombre, volviéndose para hacerle frente, pero al ver el revolver en la mano de Dominic, palideció. Atajó las palabras antes de que salieran de su boca, viendo el horror reflejado en la mirada de Christie y en ese instante, temió verdaderamente por su vida, el pánico lo paralizó.

—¡Sal de aquí, Leonard! —exclamó la voz desesperada de la mujer, mientras seguía a su esposo—. Por favor… Dominic, baja el arma, él miente… baja el arma —rogó, aferrándosele del brazo que sostenía el revolver.

—¡Cállate, zorra! —Dominic le propinó un empujón, que la lanzó al piso. La ira lo tenía cegado.

—¡No la toques!

Leonard intentó acercarse de nuevo, dando un par de pasos, pero un disparo que retumbó en la oscuridad del lugar, lo hizo detenerse en seco, su mirada buscó de inmediato a Christie, para comprobar que ella estuviera a salvo.

Deborah liberó un grito, que alertó a los tres adultos de su presencia, acompañado después de un llanto desesperado. La bala no le había dado a ella, pero el sonido la había asustado, provocándole un ataque de nervios.

Dominic buscó la figura de su hija en medio de las penumbras, mientras su corazón latía frenéticamente, al sospechar que podía haberla herido, al verla en lo alto de la escalera y fuera de peligro, se sintió aliviado, pero la ira renació en él, cuando vio la misma preocupación en la

mirada del maldito que había encontrado cogiéndose a su mujer.

—Dominic… Por favor… por favor, cálmate, mi amor por favor, cálmate —pidió Christie, gateando hasta él y aferrándosele a una pierna, para que reaccionara.

—¿Mi amor? —Le preguntó, mirándola con furia y zarandeando su pierna, para intentar librarse del agarre—. Eres una maldita mentirosa, una hipócrita… ¿Desde cuándo me ven la cara de pendejo? ¡Dime, desde cuándo te revuelcas con él!

—¡No lo hago! No lo hago… Esto fue un error, solo fue un error… Por favor, mírame —suplicó, llorando.

—Mami… papi… —La voz de Deborah se escuchó débil y entrecortada por el llanto.

La mujer miró a su hija, recordando que se encontraba allí, era irresponsable someterla a una escena como esa, podía causarle algún trauma, la miró con dulzura.

—Todo está bien, cariño… Por favor, regresa a tu habitación —esbozó Christie, recomponiéndose.

Se puso de pie con dificultad y se encaminaba hacia su hija, cuando la voz de Leonard se dejó escuchar de nuevo.

—Tráela y salgamos de aquí, Christie… Ven conmigo.

—Lo único que te llevarás contigo será la bala que voy a meterte en la cabeza, malnacido. —Lo amenazó Dominic, blandiendo en alto el revólver, de nuevo.

—Por favor, Leonard. Vete… lárgate de aquí y deja de decir estupideces.

—No las dejaré con este imbécil… ¿Acaso no ves que está loco? —inquirió, sintiéndose desesperado ante su negativa.

—¡Y harás que nos mate a los dos! —Le gritó, sintiendo que la angustia iba a romperla en pedazos—. Dominic es mi esposo, el padre de Deborah… Él es mi familia ahora, todo lo que tengo… Márchate, hazlo y no regreses nunca más, no destruyas mi hogar —rogó, en medio de lágrimas de amor y dolor.

—Estás mintiendo… estás mintiendo, Christie —decía Leonard, mientras negaba con la cabeza.

—¡Vete! ¡Ya vete! —exclamó, temblando de pies a cabeza.

Dominic se había quedado congelado al escuchar ese intercambio de palabras, al oír esa verdad a medias que se escondía entre las mismas. Miró a su mujer y era más lo que su mirada gritaba, que lo que podía ocultar, después buscó a su hija y fue como si se la hubieran cambiado, ya no era su niña Deborah, se había convertido en la prueba de una traición.

Sintió que el corazón le estallaba dentro del pecho, su mundo perfecto se hizo pedazos en minutos, no tuvo ni siquiera fuerzas para seguir conteniendo las lágrimas, el dolor desató la ira, volviéndolo letal. Apuntó de nuevo a su rival, directo al pecho y haciendo a un lado su parte racional, se dejó llevar por el animal y accionó el gatillo.

—¡Dominic! ¡No!

Christie lo empujó, evitando así que la bala llegara a su destino, Leonard terminó recibiendo el impacto en el hombro izquierdo, lo vio tambalearse y palidecer, en el instante que la sangre comenzó a brotar de la herida.

Los empleados, quienes habían despertado al escuchar el primer disparo, hicieron acto de presencia en el lugar, miraron con horror y desconcierto la escena. Gaël y Roberto intentaron acercarse al perturbado señor Wallis, para quitarle el arma, mientras Jacinta corría para llevarse a Deborah de allí y las demás empleadas intentaron socorrer a la señora de la casa.

—Márchese de aquí, señor —pronunció Marcus, con un tono de voz frío, como el acero y le hizo un ademán hacia la puerta.

Leonard miró por última vez a Christie, quien se encontraba abrazada a su esposo y lloraba amargamente. El hombre parecía estar en estado de shock, pues no intentaba alejarla de él, no veía furia en su mirada ni dolor, era como si hubiera dejado de sentir y en ese instante, le provocó lástima.

Deborah no quería regresar a su habitación y quedarse allí sola, quería estar con sus padres, aunque no entendía nada de lo que acababa de suceder. El miedo la estaba carcomiendo por dentro, destrozándole sus frágiles nervios, solo quería que sus padres le aseguraran que todo estaría bien, que ellos seguirían siendo la familia feliz que siempre había sido.

◆◆◆

De esa noche habían pasado ya veinte años y sus peores miedos se habían hecho realidad. Su familia no se desintegró de manera literal, sus padres continuaron casados y viviendo bajo el mismo techo; pero lo que antes había sido un hogar dichoso, se convirtió en un infierno, uno del cual ella formó parte día tras día.

Fue condenada al igual que su madre al desprecio, las humillaciones y al odio del hombre que había sido para ella su Dios particular, pues de esa manera veía ella a Dominic Wallis.

Su madre lo destruyó todo en una sola noche, la confianza, el amor, el respeto. Todo lo lanzó a un barranco por unos cuantos minutos de placer, con aquel desconocido; ella le falló a su esposo y a su hija. Cientos de veces pidió perdón, pero su padre nunca olvidó aquella traición.

Y no solo cambió con su madre, también lo hizo con ella. Comenzó a mirarla con desprecio, cuando intentaba acercársele, le gritaba que no quería verla y la sacaba casi a empujones de su estudio. Tantas veces ella se arrodilló a llorar tras su puerta, pidiéndole que la dejara entrar, pero él nunca lo hizo, no se condolió ante su llanto y con el tiempo, el dolor, la decepción y el odio, comenzaron a hacer nido dentro de su corazón.

Deborah se olvidó de lo que era el amor de un padre y una madre, se olvidó de cualquier tipo de amor, pues ellos le hicieron ver que ese sentimiento no existía, que era una mentira. Quiso alejarse de ese mundo e intentó escapar un par de veces, pero Dominic siempre la descubría y la hacía volver al mismo infierno. Era como si quisiera lastimarla y condenarla por algo de lo que ni siquiera era consciente, no hasta que Christie murió.

—¡No podrás conmigo Dominic Wallis, no me vencerás!… No te daré el gusto de quitarme la vida, como lo hizo mi madre. Yo no soy una cobarde y te voy a hacer vivir el mismo calvario que pasaste con ella, conmigo será mucho peor… ¡Te lo juro! ¡Te lo juro! —Descargaba toda su rabia, golpeando con el puño cerrado el suelo bajo ella.

Se llevó una mano al rostro y comenzó a retirar con rudeza las lágrimas que seguían mojando sus mejillas, respiró profundamente para intentar calmarse y cerró los párpados trémulos, obligándose a alejar de su mente la imagen de su padre, cuando le gritó que solo servía para revolcarse con hombres que no valían la pena.

Sin embargo, al ser consciente de que él solo le había estrellado una gran verdad en su cara, rompió a llorar de nuevo, temblaba, sintiendo que su cuerpo no soportaría el peso de lo absurda y desdichada que era su vida, de lo vacía que se encontraba.

Ya no podía seguir fingiendo ante los demás que era fuerte y que las cosas malas que le ocurrían no la afectaban, sentía que no tenía fuerzas, pero tenía que liberarse de todo, o terminaría aplastándola.

◆◆◆

Diego se encontraba sentado en una mecedora de madera, fumando un cigarrillo, bajo el pórtico de la pieza donde dormía, cuando la vio salir completamente turbada de la mansión, se puso de pie para seguirla, llevado por algo más que la curiosidad, por algo que se negó a analizar en ese momento y caminó, manteniendo cierta distancia, para no ser descubierto.

Cuando la vio tropezar con una raíz, que estuvo a punto de hacerla caer, apresuró el paso para ayudarla, pero al ver que se sujetaba a uno de los fuertes robles y se recomponía, se quedó detrás de otro árbol.

—¿Qué te sucedió? —preguntó para él en voz baja, sin poder apartar la mirada de Deborah.

No vio en ella ni el rastro de la mujer que había conocido en esos días, esa chica no era la soberbia, decidida y elegante que lo había mantenido varias noches imaginándosela, mientras se masturbaba antes de dormir, o la que esa mañana había intentado humillarlo delante de los demás trabajadores.

En ese momento lucía tan frágil y desamparada, que fue como verse reflejado en ella, como todas esas veces cuando sus padres se olvidaban de él por estar dedicados en cuerpo y alma a su hermano Germán. Caminó despacio, para no delatar su presencia allí y la escuchó murmurar algunas palabras que no logró comprender del todo, pero aquellas que gritó, sí las entendió perfectamente y supo que Deborah Wallis y él, no eran tan distintos después de todo.

Acortó la distancia que lo separaba de ella y cuando quedó frente al débil cuerpo de la mujer que se estremecía a causa de los sollozos, no pudo mantenerse en silencio.

—Que no te haga llorar… No le des ese poder —mencionó, con un todo de voz autoritario.

Deborah elevó el rostro, sintiéndose aturdida al no reconocer la voz y cuando su mirada se encontró con los ojos oscuros de Diego Cáceres, irguió de inmediato sus murallas. Se secó las lágrimas con rapidez e intentó ponerse de pie, pero la postura en la cual se encontraba y los nerviosos, hicieron que se moviera de manera torpe, impidiéndole conseguirlo.

—Déjeme que la ayude. —Él le extendió la mano, dando un paso hacia el frente, para levantarla.

—¡No! —Deborah la rechazó, lanzando un golpe al aire, con lo que hizo que su mano se estrellara contra la del jardinero—. Estoy bien, no hace falta… ¿Qué demonios hace aquí? —preguntó, con tono altanero y tuvo que ponerse a gatas para poder levantarse, después se apoyó en el árbol.

—La vi salir y se le notaba mal, pensé que quizás le pasaba algo y necesitaba ayuda, así que la seguí —contestó con el ceño profundamente fruncido, a causa del rechazo de ella.

—Pues estoy perfectamente bien, ¿acaso Roberto no le enseñó a no meter las narices donde no lo llaman? —cuestionó de nuevo, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Creo que no tuve un buen padre… Al igual que usted.

Diego buscó herirla con esas palabras y hacerle pagar la manera en cómo lo estaba tratando, él había llegado con toda la intención de hacerla sentir bien y aunque no era un jodido caballero, que le iba a ponerle a su disposición el hombro para que llorara, tampoco merecía que fuera tan grosera.

—Usted no sabe nada, no sabe nada de mi padre ni sabe nada de mí… ¡Lárguese! Nadie le dijo que viniera. Atienda sus asuntos, que para eso se le paga —espetó, volcando en él todo el resentimiento que llevaba dentro.

Diego se la quedó mirando con rabia y después le dedicó una mirada de lástima, que la enfureció. Si había algo que ella no admitía, es que las personas la vieran de esa manera. Se irguió, mostrando una postura soberbia y lo miró con desprecio.

—Le he dicho que se largue ¡Váyase ahora mismo! ¡Ya! ¿Es que, no escucha? —preguntó,

con el rostro rojo por la ira.

Él quiso en ese instante pegarla al árbol, apretarla con fuerza para hacerla sufrir y que aprendiera que a los hombres no se les trataba de esa manera. Su molestia se sumó al deseo que sentía por ella y también se vio tentando a romperle la ropa y cogérsela allí como un animal; hacer que esos gritos que lo humillaban se transformaran en exclamaciones de placer, cuando la hiciera correrse y que terminara suplicándole que se quedara.

Sin embargo, no lo hizo, se dio media vuelta y se alejó, reprochándose por haber sido tan estúpido y por no saber ocupar el lugar que le correspondía en esa casa, tal como su padre le dijo, él no era más que el maldito jardinero.

CAPÍTULO 8

George Stevenson llegó a primera hora a la mansión Wallis, tenía una cita con su principal cliente y el más exigente de todos, el hombre no perdonaba los retrasos y lo sabía por experiencia, pues la primera vez que se vieron, Dominic Wallis le canceló la cita por llegar diez minutos tarde y le hizo regresar al día siguiente, alegando que a él no le sobraba el tiempo para estar perdiéndolo, esperando a un irresponsable.

Había heredado a ese cliente de su padre, quien, al retirarse, le había dejado toda su cartera y no tenía conocimiento de lo estricto que era Wallis, hasta que lo vio ese día. Él estaba recién llegado de Nueva York, donde había vivido durante quince años, desarrollando una carrera exitosa y un matrimonio fracasado, que terminó en un divorcio por diferencias irreconciliables.

Era padre de dos niños y aunque compartía custodia con su exmujer, desde que dejó la ciudad de los rascacielos, seis meses atrás, no había tenido más contacto con ellos, que el que tenían por las videollamadas que realizaba cada fin de semana.

Igual los extrañaba y no deseaba que su relación se viera afectada por el divorcio, pero debía reconocer que no había sido el mejor padre del mundo y que Melissa era una madre excepcional. Lo más conveniente era que su exesposa se encargara de ellos.

—Buenos días, señor Stevenson, llega usted temprano.

Lo saludó el mayordomo de los Wallis, en cuanto le abrió la puerta, dedicándole una sonrisa amable; él, por el contrario, mostró esa efusiva que siempre usaba, lo había aprendido de su padre, quien decía que una buena sonrisa abría muchas puertas y creaba aliados, que en su profesión, era algo vital.

—Buenos días, Marcus. Con tu patrón siempre se debe llegar temprano —respondió, siguiéndolo hasta el salón.

El hombre tenía todo el porte de aquellos mayordomos de las películas, de color, alto y con una contextura que demostraba fuerza y elegancia a la vez, a pesar de venir de una familia humilde, la cual había trabajado con los Wallis desde siempre.

—Tiene usted toda la razón. El señor Wallis debe estar por bajar, espere aquí mientras lo hace, enseguida enviaré a que le traigan un café —comentó, haciéndole un ademán con la mano, para que tomara asiento.

El hombre se alejó, dejándolo en el elegante salón de la mansión que pertenecía al hombre más poderoso de toda Nueva Orleans, quien era a consecuencia de ello, uno de los más envidiados y odiados también. Se relajó en el sillón, soñando con tener algún día tanto dinero y poder como el que poseía Dominic Wallis, pero no solamente deseaba eso, también deseaba tener a la hija del viejo, Deborah Wallis se había vuelto una obsesión para él, era la mujer más sensual y hermosa que hubiera visto, no dejaba de pensarla desde que la conoció.

—¡Vaya! Veo que no has olvidado la lección que te di el primer día que pisaste esta casa.

George se sobresaltó, al ser sacado de golpe de la burbuja donde se encontraba, por la voz de Dominic. Se irguió de inmediato, quedando tieso como una tabla, mientras le esquivaba la mirada al hombre que siempre terminaba intimidándolo; se recuperó de la impresión, poniéndose de pie de inmediato.

—Buenos días, Dominic —saludó, extendiéndole la mano.

—Buenos días, vamos directo al estudio. Necesito que esto sea rápido, porque tengo una reunión a las diez de la mañana en la empresa —indicó, dándole un veloz apretón de manos y después caminó hacia su despacho.

George ya estaba acostumbrado a ese tipo de trato, así que no le extrañó la actitud de Dominic, ni ese afán que mostraba por deshacerse de él rápidamente. La verdad era que lo agradecía, pues, aunque era su principal cliente, no podía decir que disfrutara de su compañía.

La reunión les llevó casi una hora, hubiera sido menos, pero lidiar con la terquedad de Dominic Wallis era tan difícil como escalar el Everest. Por suerte, llegaron a un acuerdo razonable y beneficioso para su cliente. Salió del estudio, sintiéndose agotado, pero satisfecho.

Sí, tratar con el viejo era como escalar hacia la jodida cima del cielo.

Pensó, a medida que avanzaba por el salón, tratando de seguirle el paso. Todo su panorama cambió, cuando ante sus ojos se presentó la figura de Deborah Wallis.

Ella parecía una diosa que se dignaba a mirar a un simple mortal como él, venía bajando la escalera y su cuerpo se movía con tal elegancia y sensualidad, que los latidos de su corazón se aceleraron de inmediato, su mirada se iluminó y en sus labios se mostró una sonrisa que le hubiera resultado imposible ocultar.

—Buenos días, señorita Wallis —saludó, caminando hasta ella, para extenderle la mano, ignorando la mala cara de su cliente.

—Buenos días, señor Stevenson.

Deborah recibió la mano y le devolvió el saludo, mostrándose seria. No soportaba al abogado de su padre, el muy morboso la mirada como si anduviera desnuda y llevara un cartel en su frente que dijera «Estoy desesperada por tener sexo contigo». No era el único hombre que la veía de esa manera y no le molestaría, si él fuera más joven y atractivo, pero no lo era y su actitud no la hacía sentir halagada; por el contrario, le resultaba desagradable.

—Señor, ya su auto está listo.

Le hizo saber Gaël a su patrón, en cuanto lo vio y de inmediato recibió el portafolio que éste le entregó, era una actividad que llevaba muchos años haciendo, casi un ritual entre los dos hombres que se conocían desde hacía mucho.

—George, quiero esos documentos en mi escritorio lo antes posible —indicó, mirando al hombre a los ojos y después se volvió hacia el chofer—. Vamos, Gaël, se nos hace tarde.

—¿No desayunará? —preguntó Deborah, quien había bajado temprano para hacerlo junto a él.

Tenía la esperanza de que su padre hubiera olvidado lo sucedido la noche anterior y hacer las paces o al menos, alejar la tensión que siempre se apoderaba de ambos cuando ocurrían ese tipo de episodios. Obviamente se había equivocado, una vez más y eso la hizo sentir estúpida.

—Tengo cosas que preparar antes de la reunión de hoy y no puedo perder el tiempo —contestó, sin siquiera mirarla y caminó junto al chofer, sin esperar una respuesta por parte de ella.

Deborah apartó la mirada de la figura de su padre, mientras sentía que el resentimiento dentro de ella cada vez se hacía mayor, se disponía a salir de allí y ahorrarse la mirada de lástima que le dedicaba el estúpido abogado, cuando éste habló.

—Yo no he desayunado, si no tiene problema en ello, podría acompañarla y así no se ve en la desagradable situación de hacerlo sola; para mí sería un placer hacerlo.

Deborah lo miró, mientras arqueaba perfectamente su ceja derecha y su semblante mostraba esa arrogancia que era innata en ella, se llevó una mano a la cintura y estaba a punto de decirle unas cuantas cosas, para ponerlo en su sitio, pero de pronto una idea surgió en su cabeza y de inmediato una sonrisa sugerente se dibujó en sus labios; la mirada fría fue reemplazada por una cálida y la emocionó ver el poder que tenía sobre el hombre.

—Por supuesto, acompáñeme a la terraza señor Stevenson, así me cuenta un poco el motivo que lo trajo aquí esta mañana. —Lanzó la condición que le pondría.

—Me encantaría hacerlo, señorita Wallis, pero son asuntos privados de su padre y no creo que pueda… —decía, caminando detrás de Deborah, casi hipnotizado con el balanceo de las caderas femeninas, ella se volvió para mirarlo.

—¿Es usted un abogado o un sacerdote? —preguntó ella con sarcasmo y antes de que él respondiera, dijo algo más—: Hasta donde sé, solo los curas tienen la obligación de guardar silencio.

—Los abogados también, no debemos ventilar los asuntos de nuestros clientes —acotó con una sonrisa, para no perder la oportunidad de compartir con ella.

—¿Incluso si esos asuntos pertenecen a mi padre?

—Señorita Wallis… Su padre es un hombre muy reservado —mencionó, intentando que ella comprendiera su negativa.

—Está bien, descuide… Usted solo hace su trabajo y me parece muy bien que sea así; después de todo, ¿quién confiaría en un abogado que ande por allí, contándole a todo el mundo los trámites que les piden sus clientes? —preguntó de nuevo, poniéndose una piel de cordero.

George asintió, mientras sonreía con efusividad al ver que ella lo comprendía, le hizo un ademán galante para pedirle que reanudaran su camino hacia la terraza, quedándose detrás de ella por supuesto, para disfrutar de su sensual andar.

Deborah aceptó las atenciones del abogado, pues estaba empeñada en sacarle información y sabía que no lo haría si se mostraba esquiva con él, le sonrió cuando rodó la silla y se la ofreció para que tomara asiento. En un movimiento casual, echó su cabellera hacia atrás, para despejar su escote y le entregó una sonrisa sugerente a George, al ver que su mirada se posaba en la abertura de la blusa de seda beige, que llevaba esa mañana.

El silencio se instaló en la mesa, mientras las empleadas hacían su labor, después que se fueron, el mutismo se volvió incómodo para George, quien se devanaba los sesos, buscando algo interesante para decir, pero antes de dar con algo, Deborah lo hizo primero, mostrándose casual, mientras untaba mermelada de mora en un panecillo.

—¿Sabes algo, George? —Se detuvo, elevando el rostro para mirar al abogado a los ojos—. Perdón… ¿Puedo tutearte o eso tampoco es permitido entre un abogado y la hija de su cliente? —inquirió con suavidad y le dio un pequeño mordisco a la tostada, para darle chance a él de responder.

—¡Por supuesto! Es decir… claro que puedes tutearme, puedes tratarme como gustes, como más te plazca —esbozó de manera nerviosa. Se reprochó internamente, pues seguramente le estaba dando la imagen de un estúpido adolescente.

—Me parece maravilloso, dejemos de lado también lo de señorita Wallis, me haces sentir como si fuera una maestra de escuela —comentó, mostrado una sonrisa y se inclinó un poco hacia él para continuar—: Sé que mi padre tiene problemas con la empresa, aunque es muy reservado con esos asuntos y busca todo el tiempo mantenerlo al margen, pero anoche no pudo evitar quedar al descubierto… Últimamente lo he visto preocupado y de mal humor, temo que eso pueda influenciar de mala manera en su salud. —Terminó dejando libre un suspiro pesado, que le diera más dramatismo a lo que acababa de mencionar.

George cayó mansamente en el teatro de Deborah, la vio tan afligida que incluso se sintió tentado a tomarle la mano para consolarla, pero su experiencia como abogado lo hizo reaccionar antes de hacerlo, sabía que era mejor ir despacio.

—No deberías angustiarte por eso, tu padre es un hombre joven y podría asegurar que su salud

es inquebrantable.

—Hombres más jóvenes que mi padre y con menos estrés del que él recibe a diario, han muerto de infartos, George. —Le hizo saber, contradiciendo su teoría.

—Estás en lo cierto, Deborah; sin embargo, dudo mucho que Dominic Wallis se deje derrotar por una mala racha en los negocios —aseguró, para que ella no se preocupara.

—Entonces, admites que sí tiene problemas —cuestionó, fijando su intensa mirada azul en la oscura de George.

—Como todos, no hay una sola persona en el mundo que no los tenga —respondió, mostrando una sonrisa.

—Siento como si estuvieras jugando al gato y al ratón conmigo, George y eso no me agrada. Me hace sentir como a una niña que se le ofrece un caramelo, que nunca se le da. —Le reprochó, se había prometido ser sutil con el estúpido abogado, pero su paciencia tenía límites.

—¡No! No, por favor… No pienses de esa manera, jamás te vería como una niña o jugaría contigo, Deborah. Tengo completamente claro que eres una mujer madura y muy inteligente… —Buscó reparar el impase rápidamente.

—Entonces… ¿Por qué no me dices lo que está sucediendo, George? Después de todo, hablamos de mi padre y también de mi herencia. En algún momento, la empresa pasará a ser mía y no me gustaría llevarme la sorpresa de que está en bancarrota —exigió, viendo que tenía el juego a su favor.

—Tu padre perdió a tres socios dentro de la empresa —soltó y al ver que Deborah esperaba más, dejó escapar un suspiro para proseguir—, los hombres le exigieron integrarse a las nuevas demandas del mercado, ampliar el negocio hacia nuevos horizontes, pero ya sabes cuán terco es Dominic.

—Se cerró a todas las propuestas que le hicieron. —No fue una pregunta, sino una afirmación por parte de Deborah.

—Efectivamente, tuvieron varias juntas y se sometió a votaciones. Los tres socios que hicieron la propuesta y votaron a favor de esta, se convirtieron de inmediato en enemigos de Dominic… La mayoría apoyó a tu padre y él se sintió el dueño del mundo nuevamente, así que empezó a hacerles todo cuesta arriba, a cuestionar el desempeño de los directivos y terminó por obstinarlos y hacer que pusieran en venta sus acciones.

Explicó de la manera más sencilla lo sucedido a Deborah, mientras la veía sumida en lo que le decía. Se le veía muy hermosa cuando se concentraba, fruncía ligeramente el ceño y apretaba los labios, que se tornaban más oscuros, por la presión.

—¿Qué hizo mi padre? —preguntó, sintiéndose intrigada.

—Retiró dinero de otras inversiones que tenía en la bolsa y compró las acciones él, alegando que vendería su alma al diablo con tal de poder tomar decisiones en su empresa, sin tener que estar pidiendo permiso a nadie.

Esas no habían sido las palabras usadas por Dominic Wallis, pero él las suavizó para no usar un lenguaje soez frente a ella.

—Y eso… ¿En qué medida representa un problema para la empresa? —inquirió ella, sin comprender del todo.

—Para la empresa en sí, ninguno, ya que los tres socios fueron reemplazados de inmediato por tu padre, quien por supuesto, asumió más responsabilidad, pero él se siente feliz con ello… El problema lo representa para la fortuna Wallis. El dinero para la compra de esas acciones se extrajo de otras inversiones que eran bastante rentables dentro de la bolsa de valores.

—Y ahora pasaron de recibir mejores ganancias, a ser capital muerto dentro de una empresa.

—Concluyó Deborah, sin tener que darle muchas vueltas. No en vano se había graduado con honores en la carrera de finanzas.

—En teoría, aunque igual siguen formando parte de la fortuna Wallis, solo que bajo una misma firma —aclaró, aunque al parecer, ella había entendido muy bien lo que ocurrió.

—Una misma firma que de irse a la quiebra, arrastraría todo. —Su voz no pudo ocultar la molestia que le causó la estúpida jugada de su padre—. Él lo sabe, es consciente de que pecó de arrogante, pero jamás lo admitirá, por eso ha estado tan irritado estos últimos días… Se dio cuenta que lo que creyó un triunfo, no es más que una estúpida derrota.

—Estás muy bien instruida en todo esto… ¿Por qué no tomas partido dentro de la empresa? —preguntó, mirándola.

—Porque él nunca me lo ha permitido —contestó.

—Perdona que lo diga de esta manera, pero no es necesario que él deba permitirte algo, eres una mujer adulta y, además, tu abuelo te dejó acciones en la empresa y puedes manejarlas cuando lo desees —mencionó en su papel de abogado.

—Lo sé —espetó Deborah, molesta por el tono que había usado el hombre, como si ella fuera una estúpida que no pudiera comprender eso. Tomó aire para calmarse, al ver que él se tensaba y continuó—: Las acciones que me dejó mi abuelo no son suficientes, al menos no para tomar decisiones importantes dentro de la empresa… Si llego a la empresa solo con eso, terminaría siendo solo un títere más de mi padre —añadió con amargura y le esquivó la mirada.

—Dudo mucho que tu padre pueda manejarte a su antojo, Deborah. No eres del tipo de personas que lo permitan ¡Por Dios, eres una Wallis! —exclamó para llenarla de confianza y también porque sabía que era de carácter fuerte. La vio dudar ante sus palabras y decidió esa vez arriesgarse, llevó su mano por encima de la mesa y cubrió la de ella con un gesto cálido, mientras la miraba a los ojos—. Si te decides a tomar parte de esas acciones, contarías con todo mi apoyo.

El tacto del hombre le resultó desagradable y soso, pero no hizo nada para retirar la mano; por el contrario, le dedicó una sonrisa de agradecimiento. La oferta le resultaba muy tentadora, aunque no hasta el grado de querer exponerse a llevar el infierno que vivía con su padre también a la empresa.

—No lo sé —dijo, mostrándose dudosa a consciencia.

—Anímate, estoy seguro de que terminarás descubriendo que tienes madera para esto, después de todo, algún día heredarás la fortuna y es mejor que estés preparada cuando el momento llegue. —La sonrisa en sus labios se extendió hasta su mirada.

Deborah asintió, pero no dijo nada más, decenas de ideas revoloteaban en su cabeza y debía ordenarlas primero antes de dar una respuesta. Desvió su mirada de los ojos café de George Stevenson, para hacerle ver que no le daría lo que deseaba, retirando con disimulo también su mano, con la excusa de seguir con el desayuno.

De pronto vio salir de la casa a Katherine, llevando en una bandeja una jarra con limonada y un vaso, la siguió con la mirada, descubriendo para quién era lo que llevaba. Diego Cáceres descansaba bajo la sombra de un frondoso arce, mientras se secaba con un pañuelo de algodón el sudor de la frente, bajando hasta la nuca y después al grueso cuello.

Le entregó a Katherine esa sonrisa ladina que poseía y ella pudo ver cómo la chica le devolvía el gesto con una estúpida timidez que le revolvió el estómago. El abogado le dijo algo que no alcanzó a escuchar y se volvió para mirarlo, mostrándose cortés, obligándose además a ignorar el coqueteo entre el jardinero y la mucama, pero no olvidó tomar nota para recordarles las normas de la casa más tarde.

Treinta minutos después, cuando terminó el desayuno que apenas probó, logró liberarse de la

molesta presencia de George Stevenson y todavía, Katherine charlaba con Diego. Se dirigió con decisión hasta donde ellos se encontraban, sintiendo que una extraña sensación de rabia se apoderaba de su pecho y su deseo de borrar esas sonrisas que mostraban, se hacía más grande a medida que avanzaba.

—Parecen más entretenidos en charlar, que en trabajar —pronunció, mirando primero a la chica y después a él.

—Solo… solo vine a traerle un poco de limonada a Diego, señorita Wallis, el día está muy caluroso hoy. —Se defendió de inmediato Katherine, agachando la cabeza.

Él no dijo nada para excusarse, solo se limitó a mirarla de manera retadora, sin moverse para ponerse a trabajar ni mostrarse intimidado ante la mirada autoritaria de Deborah.

—Deja eso allí y regresa a la casa a ocuparte de tus cosas, si él tiene sed, puede ir hasta la cocina a pedir algo de beber, ustedes están aquí para servirnos a mi padre y a mí, no a otros empleados —dijo, mirándola con rabia.

—Como usted diga, señorita. —Katherine se marchó, manteniendo la cabeza baja, en una actitud sumisa.

—Quiero que le quede algo claro, Diego —habló ella una vez que quedaron solos—. Usted fue contratado para encargarse del jardín, no para andar jugando al conquistador con las empleadas, recuerde lo que le dije el primer día que lo vi, no tiente a su suerte, porque nosotros no damos segundas oportunidades —mencionó, mirándolo con severidad.

No le permitió siquiera una respuesta, se dio media vuelta y caminó de regreso a la casa, tenía otras cosas en las cuales ocupar su tiempo, cosas mucho más importantes que él.

CAPÍTULO 9

Después de estar durante tres días analizando las palabras de George Stevenson y ver el riesgo que estaba corriendo su herencia, por el estúpido orgullo de su padre, Deborah tomó una decisión. Ese día solicitó la presencia de Maurice, poco después de que su padre se marchara a la empresa, se reunió con él en uno de los salones que siempre frecuentaban y se dedicó a dejarse consentir por su amante.

Necesitaba estar relajada y centrada para afrontar lo que haría esa mañana, había decidido dar el paso, se presentaría en la empresa y exigiría ocupar el puesto que le correspondía dentro de la misma. Después de tener sexo con Maurice, le contó sobre sus planes mientras se vestían, él se mostró sorprendido, pero no dudó un segundo en apoyarla, reforzando su confianza y sus ganas de hacer valer sus derechos, por primera vez en su vida.

Se despidieron entre besos dentro del estudio, él salió primero para regresar a su puesto, su labor consistía en estar en la casa para cualquier eventualidad que se presentase y estar a disposición de Deborah, eso era lo que hacía la mayoría del tiempo, pues era la que más ocupaba sus servicios, no solo como chofer, sino como amante también.

Igual procuraban ser lo más discretos posible, aunque su relación era un secreto a voces, pues la mayoría del personal estaba al tanto, incluso se atrevían a asegurar que Dominic también era consciente de la misma.

Deborah abandonó el lugar cinco minutos después, para subir hasta su habitación, tomó un largo baño, como acostumbraba a hacer y se esmeró en su arreglo de ese día, debía dar la imagen de la heredera de los Wallis.

—Te ves bellísima —pronunció Maurice, en cuanto la vio bajar las escaleras.

Su mirada quedó prendada de la figura de Deborah, se sintió orgulloso y más enamorado aún de la mujer frente a él, se veía sofisticada y hermosa, los años habían hecho maravillas en aquella joven, que lo deslumbró desde el mismo instante en que puso un pie en la mansión Wallis.

Deborah llevaba un elegante blazer negro, que se amoldaba perfectamente a su figura, el escote mostraba el costoso brasier negro de encajes, que le daba un toque sutilmente sensual al sobrio conjunto; el cabello lo traía recogido en un peinado poco elaborado, pero que le daba un aire distinguido; el maquillaje ahumado, resaltaba los preciosos ojos azules que eran uno de sus mayores atractivos y sus labios estaban pintados de un tenue rosa, para no restarle impacto a su mirada.

Ella le dedicó una sonrisa por el cumplido, le gustaba ser halagada de esa manera, que los hombres admiraran su belleza y no se limitaran a la hora de hacerla sentir como una reina.

—Gracias. —Lo miró a los ojos, buscando seguridad en ellos.

Aunque era una mujer de carácter fuerte y decidido, había momentos en los cuales necesitaba de alguien que le dijera que las cosas saldrían tal como ella esperaba. Maurice era ese hombre, lo sabía y por ello siempre buscaba tenerlo a su lado, era el único que le inspiraba algún tipo de sentimiento afectivo; no obstante, la traumática experiencia vivida con sus padres, le impedía llegar a amarlo como él esperaba. Se le hacía imposible imaginarse una vida junto a él, con niños y mascota.

Maurice contuvo sus deseos de besarla, sabía que no podía hacerlo en ese lugar, a la vista de

todos; sin embargo, no se limitó en apoyar su mano en la parte baja de la espalda de Deborah, para guiarla hacia la salida.

—Vamos, hoy conquistarás el lugar que te corresponde.

Ella se tensó en un principio ante el gesto de él, pero al ver la sonrisa que le entregó y escuchar sus palabras, se relajó; ignorando las miradas curiosas de las dos empleadas que se encontraban cerca. Caminó con ese andar desenfadado y elegante que la caracterizaba, mientras Maurice lo hacía a su lado erguido, demostrando el orgullo que sentía por estar junto a ella.

El lujoso Lincoln Continental negro, se detuvo frente a la imponente edificación de acero, cristal y concreto, cuya cima estaba coronada con el apellido Wallis en fuertes y nítidas letras doradas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí. Para ser más exacto, desde hacía diez años, cuando el testamento de su abuelo se leyó. En ese entonces ella tenía diecisiete años y aún el odio que sentía por su padre no había hecho tanta mella en su corazón, aún no se había desbordado.

Él logró manipularla en aquel entonces, para que le cediera las acciones que había heredado; seguirían siendo suyas, pero su padre sería su representante en todas las juntas, hablaría y tomaría decisiones en su nombre. Ella, con la esperanza de mejorar su relación, se las entregó con los ojos cerrados.

El día de recuperarlas había llegado, era ése.

Bajó del auto, ayudada por Maurice, quien le dio un suave apretón de manos, para infundirle confianza, mientras la miraba a los ojos. Habló, mostrándose casual ante el portero del edificio, quien miraba a Deborah con un mal disimulado asombro.

—Te esperaré, para llevarte de regreso a casa en la tarde. —Se sentía seguro de que ella ocuparía ese día un puesto en la empresa o al menos al viejo Dominic le tocaría hacer algún tipo de anuncio para integrarla a la misma—. Todo saldrá bien, amor —susurró, para que el hombre no escuchara.

Ella asintió, moviendo su cabeza en respuesta, no le dijo nada porque no hacía falta, Maurice sabía que era una mujer de pocas palabras. Entró con andar seguro en la recepción y aunque no frecuentaba el lugar, todo el mundo la conocía, así que en cuanto la vieron entrar, la recibieron como correspondía, la hicieron subir de inmediato hasta el último piso, donde funcionaban las oficinas de su padre y de los demás directivos.

—Buenas tardes, señorita Wallis.

La saludó la secretaria de Dominic, quien al igual que la mayoría, no pudo esconder su sorpresa en cuanto la vio allí, se puso de pie para acompañarla a la oficina. Sabía que, siendo la hija del dueño, no debía anunciarla, pero el hombre se encontraba reunido con Silvya y cuando la asistente se hallaba en su oficina, nadie entraba sin hacerlo.

—Buenas tardes, necesito ver a mi padre —ordenó, encaminándose hasta la gran puerta, detrás de la cual estaba la presidencia, sentía un nudo que le apretaba el estómago.

—Por supuesto, señorita. —Llamó a la puerta y esquivó la mirada de Deborah Wallis, mientras esperaba una respuesta.

Respiró aliviada al escuchar a su jefe darle la orden de seguir, así se libraría de la intimidante presencia de la hija del dueño, quien parecía tener el mismo carácter del padre. Con una sonrisa amable, abrió una de las hojas de madera corredizas e invitó a Deborah a ir ella primero.

—Señor Wallis, su hija vino a verlo —anunció con una gran sonrisa, como si fuese presentadora de televisión.

Dominic se volvió con un movimiento brusco, al escuchar las palabras de su secretaria, se encontraba de espaldas a la puerta, mirando a través el ventanal la hermosa vista del río

Mississippi, que tenía su oficina, al tiempo que buscaba en su cabeza una solución al conflicto que atravesaba la compañía.

No pudo encontrar su voz, cuando sus ojos se toparon con la imagen de Deborah, hasta llegó a pensar que había escuchado mal, pero verla allí le confirmaba su presencia, frunció el ceño y una alerta se activó dentro de él.

—Puedes dejarnos solos Julia. —Se dirigió a su secretaria.

—¿Desea algo de tomar, señorita Wallis? —preguntó la mujer, un tanto desconcertada por la actitud de su jefe, ni siquiera había saludado a su hija.

—No, así estoy bien, Julia —contestó Deborah, intentando ser amable con la mujer, a quien de inmediato llamó por su nombre, pues debía comenzar a buscar aliados—. Gracias.

Julia asintió en silencio y salió de la oficina, tomando aire fuera de la misma, pues dentro, el ambiente casi se había congelado, se encogió de hombros y regresó a su puesto.

—¿Qué haces aquí? —Demandó Dominic en cuanto su secretaria salió, dejándolos a los tres solos.

—¿No me invita ni siquiera a tomar asiento? —cuestionó Deborah, poniéndose enseguida la coraza que la protegía de los desplantes de su padre, sabía que eso no sería fácil.

—Es una sorpresa tenerte aquí, querida. Ven, siéntate por favor. —Silvya tomó el mando de la situación, al ver que esos dos ya iban por el mismo camino de siempre.

—Supongo que no muy grata, por la actitud de mi padre —mencionó, dándole apenas un vistazo a la mujer.

—Dominic está un poco tenso… —Silvya intentó justificarlo, como siempre.

—La verdad es que no te he invitado —comentó él, mientras miraba directamente a Deborah.

—¿Acaso necesito invitación para venir a la empresa de la cual soy socia? —inquirió, manteniéndole la mirada a su padre.

—¿Socia? —contestó con otra pregunta.

—Sí, ¿o acaso has olvidado que tengo acciones en esta compañía? —preguntó Deborah, arqueando una ceja.

Él se quedó en silencio, analizando esas palabras y como si un caballo le hubiera dado una patada en el estómago, la verdad le cayó encima. Caminó despacio hasta su escritorio y tomó asiento en el sillón, sin dejar de mirar a su hija, buscando intimidarla con esa actitud, para que saliera corriendo.

Sin embargo, Deborah no le dio el gusto, acortó la distancia que la separaba de la enorme mesa de roble oscuro y tomó asiento frente a su padre, sin escapar un segundo de su mirada.

—He venido para ocupar el puesto que me corresponde, creo que ya no necesitaré más de su representación.

—¿Y qué te hace pensar que yo te daré un puesto en esta empresa? —Dominic no le permitiría hacer ningún avance, ya suficientes problemas tenía para sumar uno más.

—No he venido a pedirle nada, le estoy exigiendo el trato y el puesto que merezco —contestó con tono seguro, a la pregunta grosera de su padre. Era evidente que él no quería un diálogo, sino una discusión.

Dominic soltó una carcajada estridente, que retumbó en las paredes de la oficina, se echó hacia atrás en el sillón, mientras miraba con sorna a Deborah, al verla fruncir el ceño y prepararse para contratacar, actuó primero, impidiéndolo.

—Levántate de esa silla y regresa a la casa, hoy no estoy para chistes, tengo cosas más importantes que hacer que perder mi tiempo contigo —indicó, poniéndose de pie, dispuesto a abrir la puerta y echarla de allí.

—Dominic —lo retó Silvya, quien nunca había terminado de comprender por qué él trataba así a su única hija.

—Ya Deborah se marcha, así seguiremos trabajando.

—No —replicó Deborah, de manera categórica, giró medio cuerpo, buscando la mirada de su padre—. No me voy a ir de aquí, hasta que me dé lo que he venido a buscar. Quiero un puesto en la empresa, quiero estar presente en las juntas y votar en la toma de decisiones —exigió, sin intimidarse por la furia que podía ver en la mirada de su padre.

—¿Y qué más deseas? ¿Tal vez ser la amante de todos los demás directivos? —cuestionó, dejando salir su ira—. Pues déjame decirte algo, no creo que sean tu tipo, la mayoría están viejos, gordos y calvos, a menos que hayas cambiado de gustos o hayas acabado ya con todos los hombres jóvenes de Nueva Orleans. No tienes nada que hacer aquí, más que perder el tiempo y hacérmelo perder a mí. —Lanzó cada una de esas palabras, llevado por la rabia que le provocaba la actitud retadora de Deborah.

—Dominic… Por favor —pidió Silvya, asombrada por la manera tan dura y grosera con la cual trataba a la chica.

—Silvya, no te metas en esto, no es asunto tuyo. —Le hizo saber él a su amante, mientras la señalaba con el dedo.

Deborah se había quedado congelada, no esperaba un ataque tan directo por parte de su padre, sentía que el dolor calaba muy profundo dentro de ella una vez más. Se aferró al odio para obligarse a no llorar. Liberó un suspiro trémulo, que le permitiese soltar la presión que sentía en el pecho y se puso de pie, no para marcharse, sino para estar a la misma altura de él. No dejaría que la siguiese humillando, no esta vez.

—Puede ofenderme todo lo que desee, intentar intimidarme o hacerme sentir mal, pero solo pierde su tiempo, ya nada de lo que haga o diga tiene el poder de afectarme. —Le aseguró, aunque mentía, por dentro estaba estremeciéndose de dolor, rabia y decepción; no obstante, le mantuvo la mirada y continuó—: y tampoco evitará que tome lo que es mío. Quiero mis acciones de vuelta y espero que lo haga por las buenas, porque de lo contrario, actuaré de manera legal para recuperarlas. —Sentenció, caminando para salir.

—¿Y se puede saber cómo piensas pagar a un abogado lo suficientemente bueno para que pueda llevarme a un tribunal? —preguntó con sorna, intentando no dar crédito a las palabras de su hija, no caería en sus provocaciones.

—Ya usted lo ha dicho, puedo convertirme en la amante del mejor abogado del estado, puedo venderle el alma al diablo si se me da la gana… Pero recuperaré lo que es mío. —Le dio la espalda y tomó la barra de metal de la puerta.

—Me limpio el culo con tus amenazas. Nadie va a querer enfrentarse a mí, pero si lo que quieres son tus malditas acciones, te ofrezco algo mejor. —Se interrumpió, al ver que ella abría la puerta. Notó que había captado su atención, cuando no la vio salir de la oficina, así que prosiguió—: te las compraré, obtendrás una buena cantidad por ellas y puedes largarte si te da la gana, ya no tendrás que vivir más bajo mi techo y así los dos nos libraremos de nuestras insoportables presencias.

—¿Tan estúpida me cree? —preguntó Deborah, volviéndose asombrada para mirarlo a la cara.

—Es la mejor oferta que te haré.

—Perfecto, mi respuesta es no.

—Deborah, tal vez debas considerar lo que tu padre te dice, el trabajo en la empresa es complicado y tú nunca te has desempeñado en nada parecido. —Silvya intentó aconsejarla.

—Siempre hay una primera vez para todo… —Le dijo a la mujer, dándole apenas un vistazo,

no la soportaba y ni siquiera sabía qué hacía en ese lugar. Debió salir junto con la secretaria, ¿acaso era la maldita sombra de su padre? Se volvió para mirar a Dominic—. Tiene hasta mañana para tomar una decisión.

Después de decir eso, salió de la oficina, sin darle tiempo a su padre a que insistiera en la estúpida idea de comprarle sus acciones, el orgullo lo tenía cegado tal como le dijo Stevenson. En ese momento se apoderó de ella la imperiosa necesidad de entrar a la empresa a como diera lugar y salvaguardar su fortuna, no dejaría que el viejo Wallis la dejara en la ruina.

CAPÍTULO 10

Deborah salió de la oficina, encontrándose con la sonrisa amable de la secretaria de Dominic, quien intentaba ocultar el desconcierto en el rostro, seguramente la mujer escuchó la discusión que tuvo lugar tras la puerta. Apenas le dio un vistazo, obligándose a ser cortés, pues como se había dicho, necesitaba aliados en ese lugar, por lo que les ordenó a sus labios sonreír.

—Hasta luego, Julia.

—Que tenga un maravilloso día, señorita Wallis —mencionó, ampliando su sonrisa, pero el aturdimiento hizo vibrar su voz.

Vio alejarse a la hija de su jefe, con andar elegante y decidido, escuchó un fuerte golpe dentro de la oficina, que la hizo sobresaltarse y después un par de gritos, pero no pudo entender las palabras, pues las paredes las amortiguaron, impidiendo que le llegaran con nitidez, se concentró de inmediato en lo que hacía.

—Intenta calmarte, Dominic… —decía Silvya al verlo así, pero él no la dejó continuar ni acercarse.

—¿Quién se ha creído que es? ¿Qué demonios pretende? —preguntó, con el rostro rojo de ira.

—Creo que tú mejor que nadie conoces la respuesta a esas preguntas —contestó, mirándolo a los ojos y ante el silencio de él, continuó—: Deborah es tu hija y está reclamando lo que por derecho le corresponde, ¿cuánto más crees que iba a esperar para venir a exigir la herencia que su abuelo le dejó? —Se cruzó de brazos, mientras lo miraba sin atreverse a llegar hasta él.

Dominic frunció aún más el ceño y se aflojó la corbata al sentir que lo estaba asfixiando, esquivó la mirada inquisitiva de Silvya. Caminó hasta el minibar, ubicado al fondo de la oficina, se sirvió un whisky seco y lo bebió de un trago.

—Deborah no es una niña, ya es una mujer Dominic, tiene veintisiete años y está cansada de que la trates como una incapaz. Tu actitud para con ella fue horrible. —Silvya siguió en su afán de hacerle ver que cada día cometía más errores.

—¡Ya deja el maldito sermón! ¿Estás de parte de ella o de la mía? —Se volvió con brusquedad para mirarla.

—Estoy intentando hacerte entrar en razón, ya no puedes seguir en esta eterna pelea con tu hija…

—¡Ella no es…! —Dominic atajó aquellas palabras que le dolían tanto, tanto que muy pocas veces se había atrevido a decirlas. Se recompuso, liberando un suspiro—. Ella no está capacitada para tener un puesto en la empresa, no sabe hacer otra cosa que gastar dinero, vivir de fiesta en fiesta… y acostarse con cuanto infeliz se le pasa por enfrente —pronunció con resentimiento y se llenó el vaso de nuevo.

—Dominic. —Silvya se detuvo para inspirar hondo—, por favor, ya deja de expresarte de esa manera de Deborah, deja de alimentar ese odio que llevas en el pecho, que los dos llevan. Es cierto que ella es una chica complicada, cuyo comportamiento no es el más adecuado, pero estoy segura de que, si le das una oportunidad, las cosas pueden cambiar —mencionó, con un tono de voz conciliatorio y se acercó a él.

—Nada cambiará Silvya, las personas no cambian y ni ella ni yo lo haremos… Así que no pierdas tu tiempo, tratando de convencerme. Deborah no tendrá un lugar en esta empresa. —

Sentenció, llevándose el vaso a los labios, bebiendo el licor de un trago y después puso el vaso con un golpe seco en la madera.

Silvya pensó que no había nada que hacer, cuando a Dominic se le metía algo en la cabeza, ni siquiera un milagro lo hacía cambiar de parecer. Suspiró, sintiéndose derrotada y caminó para salir de la oficina, pero antes de hacerlo, él la detuvo.

—¿A dónde vas? —inquirió, mirándola desconcertado.

—A mi oficina, no pienso quedarme aquí para ver cómo te emborrachas —respondió, sin volverse a mirarlo.

—Silvya, tenemos un montón de cosas que hacer, la empresa no se puede parar porque a la caprichosa de mi hija se le dio por venir y armar un berrinche… Necesitamos crear una estrategia, que nos haga recuperar las pérdidas de los últimos meses —indicó, caminando hasta la mujer.

—Las estrategias que necesitas, están ante tus ojos, pero te niegas a verlas. ¿Qué más deseas Dominic? Porque si son nuevas ideas lo que necesitas, no entiendo por qué acabas de dejar salir de tu oficina a una maravillosa economista, graduada con honores, que puede darte cientos.

Él sintió como si su amante le hubiera dado un golpe en el estómago, se quedó sin aire y su rostro debió haber reflejado la conmoción que lo embargó. Le rehuyó la mirada, sintiendo que de pronto el calor del whisky que acababa de tomar se expandía por su cuerpo, haciéndose más intenso, hasta el punto de ponerlo a sudar, se llevó las manos al cabello para mecerlo, en un gesto de exasperación.

—No tienes que decidir nada ahora… Analiza las cosas con calma, tienes toda la noche para consultarlo con la almohada y escoger lo que creas mejor. —Ella se acercó hasta él y le apoyó las manos en el pecho, mientras buscaba los hermosos ojos azules que la mantenían enamorada.

—Es una pésima idea —masculló, encontrando su mirada con la miel de Silvya, sintiéndose vulnerable ante ella.

—Solo piénsalo —pidió, sonriéndole con dulzura y le dio un suave beso en los labios.

Él buscó hacerlo más largo, deslizando sus manos por el esbelto torso de su mujer y se alegró al sentir que Silvya cedía ante sus demandas e incluso tomaba partido del beso, con su mismo entusiasmo.

Después de varios minutos, se separaron, con las respiraciones agitadas y Dominic apoyó la frente en el pecho de su amante, sintiendo que todas las ideas que revoloteaban en su cabeza tenían demasiado peso para que pudiera mantenerla erguida, ella lo dejó estar así y él lo agradeció en silencio.

◆◆◆

Deborah no podía comprender cómo sus piernas podían soportarla, sentía que a cada paso que daba, temblaban más y más. Ya la adrenalina que la embargó en el momento de enfrentarse a su padre había pasado y la debilidad que venía después de eso, comenzaba a apoderarse de ella.

Entró al ascensor, obligándose a mantener bajo control la marea de emociones que la azotaba, respiró profundamente y se miró en el espejo, su reflejo no mostraba un ápice de lo que llevaba por dentro. El aparato se detuvo en uno de los pisos intermedios y varios hombres entraron al mismo, la vieron sin poder esconder su sorpresa, pero de inmediato sonrieron.

—Buenas tardes, señorita Wallis. —La saludó Douglas, el jefe de personal de la empresa.

Conocía a Deborah, no porque la hubiera visto antes allí, sino porque ambos habían coincidido en algunas fiestas, aunque nunca habían intimado. Contrario a lo que su padre decía, ella no se

iba a la cama con cualquiera, la verdad es que era muy selectiva a la hora de escoger a sus amantes.

—Buenas tardes, señor Green —contestó en un tono que esperaba le dejara claro al hombre, que no deseaba hablar.

Él, al igual que todos los demás, pareció comprenderlo, pues se enfrascaron en la conversación que traían antes de subir al elevador, dejando que ella se sumiera de nuevo en sus pensamientos.

Las puertas se abrieron en el elegante lobby, con pisos de mármol negro, paredes blancas e imponentes columnas de acero, cuya fachada hecha completamente de cristal permitía el paso de la luz, evitando así que el lugar tuviera la apariencia de una cripta. Lo siguiente que captaron sus ojos fue la figura de George Stevenson, a quien de inmediato vio como su salvador.

Caminó, intentando no mostrar su ansiedad, mirando a otro lado, para que el hombre creyera que ella no había notado su presencia allí, ese siempre había sido su juego, no revelar nunca su interés en algo o alguien. De ser una jugadora de póker, sería extraordinaria, pues pocas veces mostraba sus emociones.

—¿Deborah?

El abogado se acercó a ella con una gran sonrisa y con ese brillo que mostraba el anhelo en su mirada; sin esperar una respuesta de su parte, le dio un beso en cada mejilla.

—George, ¿cómo has estado? —preguntó, correspondiendo al saludo y fingiendo el mismo entusiasmo.

—Bien, aunque ahora que te veo puedo decir que me va de maravilla. —Su sonrisa se hizo más amplia.

Deborah forzó a sus labios a emular el gesto, aunque las palabras del hombre le habían resultado tan trilladas y estúpidas, que hubiera preferido darle una respuesta que lanzara por tierra todas sus esperanzas, pero sabía que no podía hacerlo.

—Me alegra mucho —contestó, mostrando un gesto triste.

—¿Sucede algo? Te noto taciturna.

Vio el cambio en ella y de inmediato una urgencia por hacerla sentir bien se apoderó de él, sospechaba que tal vez el viejo Wallis tenía que ver con la constante tristeza que veía en Deborah y eso de alguna manera lo enfurecía.

—No es nada. —Ella le dio una respuesta esquiva, para aumentar el interés en George.

—Por favor, no digas que no es nada… Puedo ver que algo te afecta —mencionó y ante el silencio de ella, optó por algo más, le apoyó la mano en la espalda y movió su rostro para buscar la mirada de Deborah, quien le rehuía—. ¿Por qué no me acompañas a tomar un café y me cuentas lo que ocurre? —sugirió, mostrándole una sonrisa amable.

—George… No quiero meterte en problemas con mi padre, seguramente has venido para verlo y si te retrasas, se molestará contigo… —Se negaba, porque, aunque necesitara al hombre, no soportaba su compañía ni esa estúpida manera en la cual la trataba; sin embargo, al ver que el rechazo lo tensaba, suspiró y pensó en otra estrategia—. Tal vez podemos dejarlo para otro día, cuando no tengas un compromiso.

—Ciertamente tengo una cita con tu padre en media hora, siempre llego antes, para evitar su mal humor… Así que puedo tomarme unos minutos para compartir un café contigo. —Insistió, mirándola a esos hermosos ojos grises, que a momentos lucían de un azul intenso.

¡Por Dios, pero qué fastidio! ¡Qué hombre más insoportable!

Deborah luchó con todas sus fuerzas para no poner los ojos en blanco y obligándose a esbozar una encantadora sonrisa, asintió, aceptando la invitación de George Stevenson. Pensó que entre más rápido aceptara, más pronto se libraría de él. Caminaron hasta llegar al ascensor, George la

invitó a subir primero, mostrándose caballeroso y después lo hizo él, marcando el piso de la cafetería.

Salieron del elevador y el abogado no podía ocultar la sonrisa que adornaba sus labios, mientras caminaba hacia una de las mesas del salón, con paredes de cristal y decorado en un estilo muy elegante y minimalista, en tonos gris humo, negro y blanco.

—Bueno, ya estamos aquí… ¿Ahora sí me dirás por qué estás tan triste? —preguntó, después que la camarera se retiró con sus pedidos y quedaron solos.

—Tristeza no sería el sentimiento que me embarga, es más bien impotencia y mucho rencor. —Inició su actuación, elevando su rostro para posar su mirada en él—. Hice tal como me aconsejaste el otro día, vine a ver a mi padre, con la intención de solicitarle que me dejara participar de manera activa en la empresa, que me diera un puesto dentro de la directiva en calidad de socia, pues lo merezco. —Se detuvo, dejando libre un suspiro pesado, para darle más dramatismo a su discurso y desvió su mirada.

—¿Y él qué te dijo? —cuestionó interesado, aunque ya sospechaba cuál había sido la respuesta del viejo.

—¿En serio tengo que decírtelo? —Deborah hizo que la molestia fuera evidente en su tono de voz.

En ese instante llegó la mujer con las dos tazas de café que habían pedido y guardaron silencio, esperaron hasta que se retirara para continuar, nadie sabía dónde podía haber un espía de Dominic Wallis.

—Te rechazó —mencionó George al verse solos.

—Hizo más que eso. Me humilló… me dijo cosas espantosas, que no estaba hecha para esto. Él y Silvya prácticamente se burlaron de mí… Me sentí peor que aquellas mujeres de los años cincuenta, que debían vivir recluidas en sus casas… Fue tan desagradable, ni siquiera me dejó hablar —expresó y el recuerdo hizo que su voz se tornara ronca, por las lágrimas que le inundaron la garganta.

—Deborah… No te pongas así. —George de inmediato buscó un pañuelo en el bolsillo interior de su saco y se lo ofreció—. Me enfurece saber que él te hizo todo eso por mi culpa, te juro que me provoca ir hasta su oficina y decirle unas cuantas cosas —mencionó con evidente molestia.

—No ganarás nada con eso, solo que te despida y entonces quien terminará sintiéndose culpable seré yo… Igual no todo está perdido, le dije que tenía hasta mañana para ubicarme dentro de la empresa, que, si no lo hace, actuaré de manera legal. Estoy dispuesta a darle la pelea por mis acciones —indicó, adoptando una vez más su postura altiva.

—Me parece perfecto, pero… —Se detuvo, al ser consciente de que él no podía representarla de manera legal, no contra Dominic Wallis, porque el hombre era su cliente.

—No te preocupes, entiendo que no pueda contar contigo —mencionó ella, adivinado sus pensamientos.

Posó su mano en la de George, para hacerle creer que en verdad lo lamentaba; quizás tener en su terreno de juego al abogado defensor de su padre, sería su mejor ficha.

—Eso me molesta más aún —masculló y le acarició los nudillos con el pulgar, le encantaba la piel de esa mujer—. Permíteme hablar con él antes de que busques alguna asesoría legal, tal vez pueda hacerlo entrar en razón… —decía, cuando ella lo detuvo, mirándolo esperanzada.

—¿En serio crees que puedas ayudarme?

—Te prometo que haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte Deborah, me siento en deuda contigo y estoy seguro de que tenerte en la empresa, será el mejor acierto que Dominic

haga en años —pronunció con sinceridad y se llevó la mano de ella a los labios, para darle un beso en el dorso.

Deborah tuvo que apretar los dientes y obligarse a esbozar una sonrisa, para ocultar el desagrado que ese gesto por parte del abogado le producía; sin embargo, retiró la mano disimuladamente en cuanto tuvo la oportunidad.

—George, no tienes la más mínima idea de lo importante que sería para mí entrar en esta empresa y, sobre todo, hacerlo sin querellas con mi padre, después de todo, se supone que ambos vamos a trabajar por un bien en común, debemos ser un equipo y no vernos como enemigos —expresó, mirándolo a los ojos con una amplia sonrisa, la mitad de esas palabras eran verdad y la otra, era solamente para quedar bien con él.

—Créeme que lo sé hermosa, puedes contar con todo mi apoyo desde ya… —Se interrumpió al mirar su reloj de pulsera—. Bueno, ahora debo despedirme, pero te mantendré al tanto de todo, en cuanto salga de la reunión, te llamo a la mansión —mencionó, dando por hecho que la ayudaría.

—Muchas gracias, George, la verdad no sé lo que habría hecho hoy si no te hubiese encontrado… Fuiste mi salvador —dijo, poniéndose de pie, al igual que él.

—No tienes que agradecer, haría lo que fuera por ti.

Deborah sonrió con verdadera emoción, esas eran las palabras que más disfruta escuchar de boca de un hombre. Pensó que el abogado merecía al menos una recompensa, así que se acercó y le dio un suave beso en la mejilla, mientras apoyaba sus manos en el pecho, tuvo que controlar una carcajada en su garganta al sentir cómo el hombre se estremecía por su gesto.

Se alejó de él, sin desviar su mirada de los ojos oscuros y le dedicó una sonrisa, mezcla se timidez y sensualidad, la que había estudiado a la perfección por años y a esas alturas ya le salían con asombrosa naturalidad, solo le hacía falta sonrojarse, pensó riendo internamente.

—Mucha suerte, estaré esperando ansiosa tu llamada. —Se detuvo al recordar que Marcus era quien recibía cualquier solicitud en la mansión y era uno de los principales espías de su padre—, aunque creo que es mejor que lo hagas a mi teléfono móvil, te lo anotaré aquí. —Buscó con rapidez un bolígrafo en su cartera tipo sobre y lo escribió en una servilleta.

Él recibió el trozo de papel, como si fuera un trofeo, sacó la billetera para dejar el pago de los dos cafés y guardó el número de Deborah en la misma. Le indicó con un ademán que fuera delante de él, para escoltarla hasta los ascensores, ella llamó uno que iba bajando y él lo hizo con el que subía.

—Te llamaré al móvil entonces, ve tranquila y deja todo en mis manos… Fue un placer verte de nuevo, Deborah.

—Lo mismo digo, hasta luego George —esbozó, entrando al elevador que acababa de abrir las puertas.

Elevó una mano en señal de despedida, al tiempo que le entregaba una sonrisa radiante, después que las puertas se cerraron, relajó sus mejillas, tornándose seria de nuevo, sin importarle la presencia de otras personas en el lugar ni muchos menos que notaran que había fingido esa acción con Stevenson.

Buscó a Maurice en cuanto llegó a recepción y aunque éste se sorprendió al verla allí tan pronto, no le hizo preguntas, solo actuó su papel de chofer lo mejor que pudo y caminó para abrirle la puerta, ella subió en completo silencio, mostrando esa actitud soberbia que la caracterizaba.

Segundos después, el auto emprendía el regreso a la mansión Wallis.

CAPÍTULO 11

Maurice se mantuvo en silencio durante la mayor parte del camino, esperando a que Deborah se decidiera a contarle lo que había sucedido en la reunión con su padre. En ocasiones le molestaba que ella lo excluyera de su vida de esa manera, que no le permitiera ir más allá y creara un muro entre sus emociones y él, era como si no fuera digno todavía de ser el hombre que ella necesitara a su lado.

—¿Por qué tan callada? —preguntó, mirándola a través del espejo retrovisor.

Ella le dedicó una mirada, cargada de desconcierto, era evidente que ni siquiera planeaba compartirle alguna información, a él tampoco le importaba, porque a diferencia de lo que muchos podrían pensar, jamás se había interesado por el dinero de Deborah, no la veía como la heredera, sino como la mujer que amaba y era de esa de la que quería saber más.

—Pensaba —contestó ella, desviando la mirada al camino y liberando un suspiro pesado.

—Las cosas no salieron bien. —Maurice no formuló una pregunta, más bien dio por sentado que así había sido.

—Sabíamos que no iba a ser fácil lidiar con él —contestó ella, sin darle mucho énfasis a lo que había ocurrido.

—Pero tú eres una mujer decidida e inteligente, así que no te dejarás derrotar —mencionó, para subirle el ánimo.

Ella le dedicó una sonrisa radiante, le gustaba esa parte de Maurice, porque sus palabras la llenaban de fortaleza. Negó con la cabeza antes de responderle.

—No, no me daré por vencida tan fácilmente; por el contrario, le dejé claro que pelearía por lo mío y estoy dispuesta a ello… Quiero hacerlo Maurice, quiero tener el poder en mis manos —expresó, mostrándose entusiasmada.

—¡Esa es mi chica! Estoy seguro de que lo harás. —Soltó una de sus manos del volante y la llevó hacia atrás, para pedirle a Deborah la de ella; cuando la tuvo, se la llevó a los labios y le dio un beso cargado de amor en el dorso—. Estaré contigo siempre, sin importar lo que suceda.

Ella asintió en silencio, sin encontrar el valor para darle respuesta a esas palabras, a veces esas muestras de cariño por parte de Maurice la incomodaban, porque era algo que no podía manejar, ante lo cual no sabía cómo reaccionar, al menos no con él. No podía tratarlo como a los demás hombres, porque él no era igual a otros y odiaba no tener el control de la situación.

Maurice soltó la mano de Deborah, para hacer un cambio en la palanca de velocidades y aprovechó ese instante para buscar una canción en la lista de reproducción, deslizó su dedo por la pantalla, mostrando una gran sonrisa al dar con la perfecta. La música llenó el interior del vehículo y él le regaló un guiño a través del espejo, antes de comenzar a cantar.

—Think I'm in love with you… Didn't have to run, I knew it was love from a mile away, but I had to catch you, running through my mind all day baby. —Maurice no tenía la voz de *Justin Timberlake*, pero hacía su mejor esfuerzo para dedicarle la canción a Deborah.

Ella se sintió cautivada sin poder evitarlo y una sonrisa afloró en sus labios, al escuchar la letra de la canción que Maurice le dedicaba, se movió en el asiento para quedar más cerca de él y poder acariciarle el pecho, apoyando su barbilla en el espaldar del asiento del piloto.

Él sintió su corazón latir, colmado de emoción ante ese gesto de ella, sabía que Deborah no era

de las mujeres que hacían demostraciones cariñosas con frecuencia, pero las contadas ocasiones en las que se las entregaba, lo desarmaba por completo, lo hacía sentir el hombre más afortunado de la tierra.

—***They all say I'm crazy, cause anybody even when your father say.*** —Le guiñó de nuevo un ojo, después de hacer énfasis en la palabra "padre" y se ganó un suave beso en la mejilla, había alejado la tristeza de ella y eso lo hizo feliz también, así que siguió con la canción—: ***That I can't be with you, I don't hear what they say… Cause I'm in love with that girl.*** —Y fue recompensado por más muestras de cariño por parte de la mujer que adoraba.

Deborah deshojaba lentamente los botones de la camisa de Maurice, mientras le daba suaves besos en el mentón, sintiendo la aspereza de la barba corta y dorada, subió por la mejilla, dejando caer otro, jadeando al conseguir su objetivo de exponer la piel del pecho fuerte y cálido de él, para que su mano pudiera recorrerlo a su antojo.

—¿Quieres que nos desviemos? —preguntó Maurice, gimiendo al sentir la lengua de ella rozarle el lóbulo de la oreja.

No era una advertencia para indicarle que podía perder el control del auto si seguía con lo que hacía, solo era la pregunta clave que en ocasiones le formulaba, ya que era bastante común que tomaran rutas alternas a alguno de los parajes solitarios, para tener sexo dentro del auto.

Deborah se sintió tentada de decirle que sí, deseaba estar entre sus brazos y que le regalara uno de esos orgasmos que se llevaba toda la tensión de ella; sin embargo, recordó que debía esperar la llamada de George Stevenson.

—No, no podemos ahora… Debo regresar a la casa y prepararme para lo que me espera hoy en cuanto mi padre llegue, quizás tenga una respuesta al ultimátum que le di —respondió, deteniendo sus caricias.

—Eres tan malvada… Siempre me dejas así. —Maurice señaló con un gesto de sus labios el bulto que comenzaba a formarse en sus pantalones.

Ella liberó una carcajada sensual y ronca, le dio un beso en la mejilla, mientras le daba una rápida caricia al miembro de su amante, mimándolo por no poder darle en ese momento la atención que merecía.

Sabía que lo mejor era no estar cerca de Maurice cuando el abogado la llamase, quizás debía mostrarse cariñosa con el hombre y estando en presencia de alguien más, se le haría imposible, sobre todo si ese alguien era Maurice, porque una cosa era que ella no lo quisiese de la misma manera que él lo hacía y otra muy distinta era que buscara hacerle daño; por el contrario, a él siempre había tratado de cuidarlo y mantenerlo ignorante de sus otros amoríos, tal vez porque era el único hombre del que realmente podía fiarse y no quería perderlo.

◆◆◆

Dominic llegó a la mansión ya cayendo la noche y se fue directo a su habitación, ni siquiera dejó el maletín en el despacho, tampoco quiso bajar a cenar cuando una de las empleadas le anunció que la cena estaba por ser servida, que solo esperaban por él. Lo rechazó, diciendo que no tenía apetito y la despidió de inmediato, sin preguntar siquiera por Deborah.

Ella podía o no estar en la mesa, esperándolo, tal vez lo estaba, para seguir retándolo o quizás no, a lo mejor se encontraba escondida en su habitación al igual que él, porque, aunque no quisiera admitirlo, se estaba ocultando de ella, no quería verla esa noche y de ser posible, ninguna otra en lo que le restaba de vida.

Le fue casi imposible conciliar el sueño, pasó horas dando vueltas en su cama y golpeando las

almohadas para liberar la rabia que lo embargaba, haciéndolo sentir frustrado, por no poder sacarse de la cabeza las palabras de Deborah. Logró dormir un par de horas y solo fue para soñar con Christie, al despertar luchó por no volver a quedarse dormido, huyéndole al recuerdo de su difunta esposa.

Los primeros rayos del sol lo sorprendieron mirando los rosetones de yeso en el cielo raso de su habitación. Exasperado, lanzó las sábanas hacia un lado y se puso de pie, consciente de que ya no volvería a dormir; además, no podía perder el tiempo intentándolo, debía sacar a flote una empresa.

—¡Mierda, Dominic! Parece que hubieras envejecido diez años en una noche. —Se dijo, mirando su reflejo en el espejo.

Su cara se mostraba ajada, haciendo más evidente las arrugas, las ojeras eran pronunciadas y el leve enrojecimiento en sus ojos lo delataban, se llevó las manos al rostro, para frotarlo y alejar esa sensación de entumecimiento que tenía.

—Es culpa de ella, está dispuesta a hacer de tu vida un infierno, tal como lo hizo la madre… Pero no puedes permitírselo.

De despojó del pantalón de pijama y caminó con determinación hasta la ducha, solo le llevó veinte minutos bajo el chorro de agua caliente, para que sus ideas comenzaran a tener un orden. Salió y se vistió con rapidez, necesitaba actuar con inteligencia y mantener a raya sus emociones.

—Marcus, estaré en el invernadero un rato y regreso para desayunar después. Pide que vayan a despertar a Deborah y le digan que necesito hablar con ella, que me busque allá —ordenó al mayordomo y sin esperar una respuesta de su parte, salió hacia el jardín.

Entró a ese rincón, que era el único de esa casa donde verdaderamente sentía paz. Desde joven, su pasión habían sido las orquídeas; pero claro, un Wallis no podía exponer eso de manera pública, sin convertirse en el hazmerreír de toda Nueva Orleans, solo a dos personas le había compartido su gusto por esas exquisitas flores: A su madre y a Christie.

Se acercó hasta los troncos, donde crecían las Cattleyas blancas, que eran de las más preciadas que tenía en ese momento; su cuidado era tal, que no se atrevía a tocarlas, solo se complacía con admirarlas, disfrutando de la tonalidad morada en el centro de esta, que se mezclaba con un fuerte naranja, hasta irse disolviendo en un suave amarillo. Respiró profundamente, para embriagarse del dulce aroma de la flor y cerró los ojos, dejando que el mismo lo envolviera, transportándolo a otro espacio.

—Buenos días.

Una voz ronca y profunda, con cierto toque latino en el acento, se dejó escuchar, sacándolo del estado donde se encontraba, se volvió de inmediato, retomando su compostura.

—Buenos días, veo que tu padre te ha enseñado bien —contestó, desviando la mirada del joven con tatuajes, a las flores. No le gustaba ese aspecto de delincuente que tenía.

—La verdad es que sigue tratándolas él, son sus consentidas… pero ya me llevo bien con las otras —respondió Diego, acercándose hasta unas Lycaste amarillas, con la regadera en la mano, para iniciar su día de trabajo.

—Lo suponía, el trato para estas flores no se aprende de la noche a la mañana —esbozó, con tono despectivo y decidió caminar por el invernadero, necesitaba estar solo para pensar.

Diego no dijo nada más, le daba lo mismo si el viejo Wallis lo creía un inútil o no, para cuidar sus plantitas, después de todo, esperaba largarse muy pronto de ese lugar, no se quedaría toda la vida allí lamiéndole el culo, él no era su padre.

Dominic se alejó del hijo de Roberto, no solo porque le incomodaba tener a alguien cerca cuando se encontraba en compañía de sus plantas, sino porque ese hombre no le agradaba, había

algo en él que no terminaba de convencerlo y solo lo aceptó para hacerle un favor a su viejo jardinero.

Después de una hora, se encontraba tan sumido en sus pensamientos y en el encanto que ejercían en él las flores, que no sintió cuando Deborah entró al lugar. Lo sorprendió parándose justo delante de él, quedando separados únicamente por una larga maseta, donde crecían otras especies de orquídeas que necesitaban de tierra para crecer y no solo de un viejo tronco húmedo como las otras.

—Pidió verme. —Fueron sus primeras palabras.

—Buenos días. Se saluda primero. —La retó por su falta de educación y le desvió la mirada.

—Usted nunca lo hace, ¿por qué tendría que hacerlo yo? No me lo ha enseñado, padre —expresó con ironía.

—¿Y con esa actitud es que pretendes que yo te dé un puesto en mi empresa? —preguntó, mirándola a los ojos, pudiendo ver cómo se le iluminaba la mirada azul.

—Nuestra empresa. Recuerde que yo también tengo parte en ella. —Aclaró, manteniéndole la mirada.

—¿Parte? ¿Quince por ciento es acaso algo? ¡Eso no es nada, Deborah! Yo me limpio el culo con tu quince por ciento de acciones —mencionó, adoptado una postura defensiva al ver que ella seguía igual de altanera que el día anterior.

—Sea uno o quince, no me importa, igual las quiero de vuelta —dijo de manera determinante.

Él se quedó en silencio, mirándola y por un instante se dejó llevar por ese lado que a veces se negaba a creer la horrenda verdad que descubrió hacía tanto, al ver el carácter, la decisión y el empeño de Deborah, sintiendo que había tanto en ello de los Wallis; sin embargo, no dejó que las quimeras tomaran mucho vuelo y se aclaró la garganta antes de hacerle la propuesta, miró primero a todos lados para verificar que estuvieran solos.

—Te dejaré entrar en la empresa. —Se detuvo, sopesando la reacción de su hija, pero aparte de un leve brillo que se desprendió de su mirada, no encontró nada más, así que continuó—: pero tengo varias condiciones.

Deborah se esforzó en mantener sus emociones a raya, aunque la noche anterior al no verlo bajar a cenar, sintió que todas las esperanzas que habían crecido dentro de ella tras la llamada de George Stevenson, donde le aseguraba que su padre la dejaría entrar en la empresa, se derrumbaron. Esa mañana, cuando Katherine le mencionó que él deseaba hablar con ella, sintió que sus ilusiones resurgían.

Al parecer, el abogado tenía razón y su padre le daría lo que por derecho le correspondía, se dijo que debía recordar agradecerle después, quizás con una cena, pero nunca acostándose con él, no había hecho méritos suficientes para ello y, además, no le atraía en lo más mínimo. Se concentró de nuevo en el momento y antes de que Dominic continuara, habló.

—Por supuesto, no me esperaba que no intentara controlarme de algún modo, solo que ahora yo tengo la potestad para aceptar o negar, pero estoy dispuesta a escucharlo —mencionó, haciéndole un ademán para que comenzara y aunque por dentro estaba feliz, no lo demostraría tan rápido.

Dominic resopló, evidenciando su molestia y procedió a explicarle a Deborah cuál sería su papel en la empresa, las condiciones para conservar el mismo y, sobre todo, que debía asegurarle que las acciones seguirían dentro de la familia, no podía permitirse perderlas en ese momento tan crítico para la compañía, aunque eso último no se lo dejó ver por completo.

Ella hizo un par de objeciones y regateó para conseguir mejor algunos aspectos, su padre tuvo que ceder y al final terminó aceptando, debía ser más inteligente que Dominic Wallis, hacerle

creer que acataría cada una de sus órdenes y ya después, cuando estuviera dentro del terreno de juego, haría sus propias jugadas, antes necesitaba experiencia y aliados.

—¿Cuándo empezaría? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Veo que estás muy ansiosa.

—Necesito sentirme útil de algún modo o terminaré loca en esta casa, porque, aunque usted no lo crea, soy buena para mucho más que darles órdenes a los empleados —indicó, sin querer ser grosera, pero la actitud de él no la ayudaba.

—Hoy tengo algunas reuniones y no estaré en la empresa, mañana puedo hacer una junta directiva para anunciar tu ingreso… Eso sí, vete preparando, porque vas a tener que dar lo mejor que tienes para mantener esto que te estoy dando, no será de gratis Deborah, que te quede claro.

Él se marchó sin esperar una respuesta por parte de ella, quien quedó en medio de ese lugar siendo golpeada una vez más por el rechazo de su padre. Dejó escapar un suspiro trémulo, para liberar la presión que llevaba dentro del pecho y se obligó a no derramar una sola lágrima.

La molestia en el tono de voz de Dominic era tan evidente que no permitía que la felicidad de Deborah fuese completa, jamás alcanzaría a comprender por qué él la odiaba tanto. Se negaba a creer lo que le dijo después de la muerte de su madre y tenía la esperanza de que él en el fondo tampoco lo creyese.

Sin embargo, su manera de tratarla la lastimaba y eso parecía hacerlo feliz, era como si deseara hacerle pagar a ella la traición de su madre, como si fuese la verdadera responsable del fracaso de su matrimonio y no aquel infeliz intruso que lo destruyó.

—Vas a poder con esto Deborah, eres fuerte… eres fuerte. —Se repitió como un mantra y caminó para salir de ese lugar.

Iba distraía, mirando hacia el piso, cuando sintió su cuerpo tropezar con otro duro que casi la lanza al suelo, de inmediato la molestia se apoderó de ella y buscó con la mirada cargada de rabia al culpable, sus ojos se encontraron con los oscuros de Diego Cáceres y sin darse cuenta, sus manos se habían aferrado a los poderosos brazos cubiertos de tatuajes.

—Debería ver por dónde va y tener más cuidado —mencionó Diego, disfrutando de tener a la «señorita» de la casa así de cerca, sus rostros quedaron a centímetros uno del otro.

Deborah se sentía aturdida ante la cercanía de ese hombre, el calor que su piel desbordaba le calentó las palmas de sus manos y el olor que despedía él, a algún jabón barato, sudor y cigarrillo, pero que ella encontró sumamente masculino. De pronto se sintió perdida en la oscuridad de aquellos ojos que la veían con diversión y deseo.

—¿Disculpe? ¿Acaso me está reprochando algo? —cuestionó ella, mirándolo con rabia por sus palabras, pero, sobre todo, por la reacción que tuvo de quedarse mirándolo como una estúpida.

—No, solo es una recomendación… Después de todo, usted seguro salió más lastimada que yo en este choque —comentó, mostrando una sonrisa ladina, negándose a alejar sus manos de la delgada cintura de Deborah y liberarla.

—Ni que fuera una estúpida muñeca de porcelana —espetó, apartando sus manos de los brazos de él, los que le producían una sensación extraña de hormigueo en el cuerpo—. ¡Ya, suélteme!

—Como ordene, señorita. —Diego la soltó con brusquedad y ni siquiera se inmutó ante la mirada de asombro de ella.

Continuó con su camino, hasta el depósito donde guardaba el material de trabajo, mientras sus labios no podían esconder la sonrisa que le provocó la reacción de Deborah Wallis.

Ella se quedó mirándolo, con una extraña mezcla de perplejidad, rabia y en el fondo, con un

deseo que no se atrevía a reconocer. Había algo en él que la atraía con fuerza, un magnetismo que no había sentido con ningún otro hombre. Negó con la cabeza, al tiempo que retomaba su camino, ella tenía otras cosas en las cuales enfocarse en ese momento y no podía perder el tiempo con alguien como Diego Cáceres.

CAPÍTULO 12

Deborah apenas había logrado dormir la noche anterior, la ansiedad y los nervios le impidieron hacerlo con tranquilidad, se levantó incluso antes de que saliera el sol y tardó al menos una hora en decidirse qué lucir ese día. Sabía que su padre no perdería ocasión de criticarla por lo más mínimo, así que mientras menos motivos le diera para hacerlo, mucho mejor.

Optó por vestirse con un sobrio vestido negro, de cuello redondo y sin mangas, que le llegaba por debajo de las rodillas, el mismo se ajustaba perfectamente a su figura; zapatos cerrados de tacón fino y una cartera *Chanel*, se recogió el cabello en una cola alta, dejando su rostro completamente despejado, resaltando sus hermosos ojos con un maquillaje tenue.

—Buenos días —saludó a su padre, cuando se topó con él al bajar las escaleras, al parecer solo esperaba por ella—. ¿Salimos ya? —preguntó, intentando no mostrarse ansiosa.

—No, aún es temprano… La reunión es para las diez de la mañana y antes tengo algunas cosas que hacer, yo me iré con Gaël y a ti puede llevarte después Maurice —contestó, dedicándole apenas miradas fugaces, por no querer admitir que era igual de hermosa y elegante que Christie.

—Pensé que nos iríamos juntos —esbozó con desconcierto.

—Tengo asuntos que atender antes, Deborah.

—Bueno, tal vez yo pueda ayudarlo con eso, después de todo, es conveniente que vaya aprendiendo algunas cosas, ¿no le parece? —inquirió de nuevo y esta vez la rabia ganaba terreno.

—Por favor, no me hagas perder el tiempo ni arrepentirme desde ya, de la oportunidad que te estoy dando —indicó con fastidio y caminó para salir de la casa.

Ella tembló entera y se quedó mirando la espalda de su padre, sin atreverse a decir nada, mientras apretaba con fuerza los dientes, para retener las lágrimas que inundaron sus ojos; tragó para pasar el nudo en su garganta, que pretendía ahogarla.

—Ven aquí, ven conmigo —pidió Maurice, tomándola del brazo, sintiendo un deseo enorme de caerle a patadas a Dominic Wallis por tratarla de esa manera.

—Estoy bien, no hace falta que me mires de esa manera.

Se soltó del agarre de él, respirando profundamente para acallar el estúpido deseo que tenía de abrazarse a Maurice y ponerse a llorar como cuando era una niña. Se irguió, adoptando una postura soberbia y caminó hacia el comedor para desayunar, o mejor dicho, para obligarse, porque estaba segura de que nada despertaría su apetito esa mañana.

Maurice no terminaba de comprender ese afán de Deborah y su padre por maltratarse de esa manera, ni por qué se odiaban tanto; algunas veces le había preguntado a ella, pero siempre le rehuía al tema, nunca dejaba que él llegara hasta ese espacio en su alma que sufría y él deseaba sanar.

Dos horas después, el auto que conducía Maurice se detuvo frente al icónico edificio de los Wallis. Durante casi todo el trayecto, Deborah se mantuvo callada, ni siquiera los intentos por parte de su amante para hacerla hablar, con algún comentario casual, lograron sacarla del mutismo; cuando le preguntaba algo, solo le daba respuestas vagas y monosílabos.

—Suerte —dijo Maurice, mirándola a los ojos, deseando poder besarla y abrazarla con fuerza, al ver el miedo en esos hermosos espejos azules que tanto amaba.

—Voy a necesitar mucho más que eso… Sé que intentará humillarme delante de todos. —Su voz trémula reflejaba el pánico que comenzaba a apoderarse de ella.

—Vamos —ordenó Maurice, tomándola de la mano para llevarla adentro del edificio.

—¿Qué haces? —preguntó ella, aturdida por la actitud de él, mientras intentaba seguirle el paso—. Maurice detente, suéltame por favor, ¿acaso olvidas quiénes somos?

—No, no lo he olvidado, pero parece que tú sí —respondió, apretando el botón para llamar al elevador.

Deborah prefirió guarda silencio y ahorrarse el bochorno de seguir montando un espectáculo allí. Si esa era la manera de empezar en la empresa, iba camino al desastre.

—Solo subiremos, la señorita Wallis y yo —indicó al resto de personas que pretendían entrar al elevador cuando llegó.

Apretó el botón para que las puertas se cerraran, quedando en ese instante aislado junto a Deborah del resto del mundo, o al menos de los que no estaban en las cámaras de seguridad.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —Demandó ella.

Maurice no respondió con palabras, le sujetó el rostro y estampó sus labios contras los de Deborah, ella luchó al principio, pero su persistencia la hizo ceder y dar paso a un beso apasionado, que comenzó a hacerles difícil respirar.

—Te has vuelto loco —susurró con sus labios temblorosos, sin dejar de rozar los de él.

—Necesitaba hacerlo, necesitaba llenarte de confianza y recordarte que eres Deborah Wallis, que no eres una marioneta a la que tu padre pueda manejar a su antojo… Eres fuerte e inteligente y vas a hacer que hoy Dominic Wallis se trague todas sus palabras, ¿entendido? —preguntó, mirándola a los ojos.

Ella asintió en silencio y no pudo retener la lágrima que rodó por su mejilla ni el jadeo que soltó, haciendo que todo el aire que tenía atrapado en el pecho saliera de golpe. Se abrazó a Maurice con fuerza y después de unos segundos, se separaron, porque el elevador les anunciaba que estaban por llegar al último piso.

Se despidieron en el pasillo que llevaba hasta la oficina de presidencia, después de que ella entrara al baño, para calmar sus nervios y retocarse un poco. Ser consciente de lo que posiblemente planeaba hacerle su padre, en parte era bueno, pues así no la tomaría con las defensas bajas. Estaría preparada para repeler cualquier ataque.

—Buenos días, Julia —saludó a la mujer con una sonrisa.

—Buenos días, señorita Wallis. Es grato verla de nuevo —contestó la mujer, poniéndose de pie—. Por favor acompáñeme, su padre la espera.

Caminó delante de Deborah para guiarla, llamó a la puerta y al recibir la orden de seguir, se apartó para darle paso a la hija de su jefe, al tiempo que mostraba una sonrisa amable.

—Llegas puntual —mencionó Dominic, cuando la vio entrar.

—Es una de las pocas cosas que he aprendido de usted.

—Seguramente aprenderás muchas más, querida. Pasa, por favor —pronunció Silvya, poniéndose de pie para recibirla.

—Gracias. —Se limitó a decir Deborah, a la mujer que ciertamente parecía la sombra de su padre, nunca lo dejaba.

—¿Te sientes nerviosa?

Silvya había caminado hasta ella para saludarla con un beso en la mejilla, le acarició los brazos en un gesto maternal, mientras la miraba a los ojos. Ella no supo cómo actuar ante ese despliegue de ternura por parte de la amante de su padre, estaba segura de que la mujer fingía.

—Más le vale que no, para este negocio se necesitan nervios de acero —comentó su padre,

desde donde se encontraba.

—¡Por Dios, Dominic! Hablas como si fuéramos una agencia de la CIA o del FBI. No te preocupes Deborah, todo saldrá de maravilla, hoy solo será una presentación, pero el lunes estarás aquí trabajando. Ya tenemos el espacio que será tu oficina, tiene una vista hermosa al río —expresó con entusiasmo, queriendo ganarse la confianza de la chica, sabía que no era una mala persona, que solo estaba un poco desorientada.

—Bueno, dejemos esta charla para otro día, se nos hace tarde. —Dominic caminó hasta la puerta y salió sin esperar a las dos mujeres, como haría cualquier caballero.

—Siempre es así… Bueno, ya te acostumbrarás —mencionó Silvya, disculpando el comportamiento déspota de su amante.

—La verdad es que ya estoy acostumbrada, no olvide que soy su hija y convivo con él a diario. —Deborah le recordó algo que era vital y que la mujer parecía haber olvidado.

—Por supuesto. —Sonrió ella, descubriendo que padre e hija se parecían mucho en el carácter, no era nada fácil tratarlos.

La reunión no se llevó más de cuarenta y cinco minutos, se trataron temas puntuales. Había iniciado con una escueta presentación de Deborah por parte de su padre, expresándose con tal premura, que era como si le avergonzara hablar de ella; sin embargo, no la humilló como tanto había temido, solo se limitó a ignorarla después de haberles comunicado a los demás directivos que pasaría a formar parte de la plantilla.

Se sentía realmente aliviada, sobre todo porque en la sala se encontraba George Stevenson, quien le dedicaba miradas cargadas de admiración y la llenaba de confianza. En ningún momento tuvo la palabra, pues su padre no se la cedió. Pensó que, a esas alturas, ya no debía temer, pero antes de cerrar la sesión, él habló.

—En nuestra próxima junta que es el lunes, Deborah nos presentará varias propuestas para incentivar la producción y la comercialización de nuestros productos. Necesitamos de algo contundente, que nos posicione de nuevo en el primer lugar del mercado y estoy seguro de que podremos sacarle provecho a ese *Summa Cum Laude* del que tanto me alardeó para estar aquí —pronunció con sorna y se puso de pie en medio de las risas satíricas de los demás socios, no se atrevió a mirarla, porque supo que había sido un miserable al ponerla de burla.

Ella se sintió perdida al recibir ese golpe bajo de parte de su padre, se había confiado y allí estaba el pago a eso, inspiró profundamente, para soportar de manera estoica las burlas de esa cuerda de viejos malnacidos y también se levantó.

—Ha sido un placer conocerlos señores, solo espero que mis propuestas no sean demasiado arriesgadas para ustedes… y sus corazones. Que tengan buen provecho durante el almuerzo.

No esperó una respuesta, se volvió, dándoles la espalda y caminó con ese andar elegante y soberbio. Tampoco esperó a Dominic o a Silvya, se dirigió hasta la oficina de presidencia, para esperarlos en ésta.

—Pensé que te irías directo a la mansión después de salir —comentó Dominic, cuando entró a la oficina y la encontró allí.

—¿Cómo se supone que voy a construir propuestas si no sé nada de la empresa? —preguntó, mirándolo con rabia.

—Ese no es mi asunto, busca información, investiga, trabaja, ¿no es eso lo que querías? —inquirió con ironía.

—Sabe perfectamente que no está jugando limpio —dijo con los dientes apretados.

—Nadie en el mundo lo hace, vete acostumbrando a ello… Tienes cinco días para recopilar información y entregarnos al menos tres propuestas y procura hacerlo bien o de lo contrario,

pierdes tu puesto, eso es así, Deborah —pronunció, manteniéndole la mirada en un duelo.

—No va a derrotarme, le demostraré que puedo con esto y con cada obstáculo que ponga en mi camino —sentenció, con la voz vibrándole por la rabia que la recorría.

Se dio media vuelta y salió del despacho, lanzado la hoja de madera sin el menor reparo. Estaba demasiado furiosa para controlarse, de camino al ascensor tropezó con el abogado.

—¡Demonios! —Se quejó por el golpe que casi la lanza al piso y miró con rabia al hombre.

—Deborah… ¿Por qué estás así? —cuestionó preocupado, mientras la sujetaba por los brazos con ternura.

—No me pasa nada… Estoy bien —masculló, apartando las manos del hombre de su cuerpo.

—Pues no lo parece. —Insistió George.

Ella respiró profundamente, para controlarse y no mandarlo a la mierda, no estaba de humor para sus interrogatorios ni sus zalamerías, solo quería ir hasta su casa y descargar en algo toda la ira que corría por sus venas.

—Ven, acompáñame a la cafetería y charlamos un rato.

—No creo que sea el momento, no soy buena compañía para nadie ahora mismo, George —dijo, intentando no ser grosera.

—Estás así por lo que hizo Dominic. Sé que fue un miserable, pero yo puedo ayudarte… Quizás pueda darte información que te sea de utilidad, pero necesito que te calmes y te concentres —pidió, posándole una mano en la parte baja de la espalda, para guiarla hasta el ascensor.

Deborah se dejó guiar como un autómata. En cuanto las palabras de George entraron por sus oídos, las ideas comenzaron a revolucionarse dentro de su cabeza, sabía que él tenía razón, podía ayudarla y aunque eso significara ganar una deuda más con él, no le importaba, en ese momento tenía que hacer lo que fuera por demostrarle a su padre de qué estaba hecha y que no se saldría con la suya.

En la cafetería, George habló a grandes rasgos de los problemas que atravesaba la empresa, no se enfocó en uno en específico y Deborah sabía que estaba jugando con mucho cuidado sus cartas. Así que optó por arriesgarse.

—George… —Puso su mano sobre la de él y clavó su mirada en los ojos oscuros—, sé que lo que te voy a pedir es muy complicado para ti, pero necesito que me des alguna información financiera sobre la empresa.

—Deborah… Lo que me pides, no está del todo a mi alcance.

—Lo sé, lo sé… y no te pondría en una situación así, si no fuera realmente necesario. Puedo ir con el contador y pedirle algunas cosas, pero sé que no me dará mucho y lo que realmente necesito, está en tus manos —mencionó acercándose a él.

—Tu padre sabrá que te he facilitado información, si lo dejas ver en tus propuestas, lo sabrá… Es material confidencial —esbozó un tanto temeroso.

—No se enterará de nada, te prometo ser muy sutil con esa información, por favor… No tienes idea de lo importante que sería esto para mí —pronunció, apretándole la mano, en un gesto que le hiciera creer que dependía de él.

En realidad, así era, aunque no se lo dejaría ver del todo, solo necesitaba que accediera y ya después vería cómo agradecerle, en ese instante lo primordial era convencerlo.

—Hagamos algo, piénsalo… Analiza bien lo que puedas ofrecerme y yo me reuniré con el analista y el contador para recabar más información —dijo alejándose de él.

—Te daré lo que me pides —respondió de inmediato, al ver que podía perder lo que había avanzado con ella.

Deborah luchó por no esbozar la sonrisa de triunfo que la iluminó por dentro, solo le entregó una tímida y llevó su mano para acariciar el brazo de George, en un fingido gesto de agradecimiento, pero que sabía cómo hacerlo seductor.

—Muchas gracias, no te imaginas cuánto agradezco tu ayuda George, te has convertido en mi salvador —expresó, emocionada y para incentivarlo más, le dio un beso en la mejilla.

—No tienes nada que agradecer, te dije que haría cualquier cosa por ti, ahora no tengo conmigo lo que necesitas… pero tal vez podamos vernos en tu despacho o… —Se interrumpió, tensándose al ver que dos directivos pasaban junto a ellos.

—No quiero meterte en problemas George, sé que esto que haces por mí, es arriesgado —mencionó al ver el cambio en él, cuando entraron los socios de su padre. Se alejó, pero por debajo de la mesa le acarició la rodilla con rapidez—. ¿Qué te parece si cenamos juntos el viernes? *El Commander's Palace* me encanta.

—El viernes… el viernes sería perfecto. —Las palabras de Deborah encendieron la esperanza y la excitación en él.

—Maravilloso, ahora tengo que dejarte… Necesito buscar información donde el contador y el analista, también con el encargado de mercadeo, son los tres puntos que planeo resaltar.

—Yo también tengo que ir a hacer algunas cosas que me encargó Dominic. Te llamaré para acordar la hora en la que pasaré por ti —contestó, poniéndose de pie como ella.

—Claro, esperaré tu llamada. —Se acercó para despedirlo con un beso en la mejilla—. Gracias por todo George, estoy en deuda contigo —susurró, al oído del abogado.

Se alejó, dedicándole una sonrisa y después de eso se marchó, aguantando la risa al ver la cara de tonto que le había quedado al hombre, esa sensación de deslumbrarlos de esa manera la hacía sentir viva y poderosa, caminó derrochando sensualidad.

Esa tarde después de llegar a su casa, con un montón de información guardada en un disco duro externo, que consiguió con el contador de su padre, después de casi rogarle, tuvo que terminar amenazado al miserable viejo, para que le entregara lo que pedía. No cabía en sí de la emoción, al sentir que tenía las armas para demostrarle a Dominic que era capaz de superar cualquier reto que le impusiera y que, además, merecía verdaderamente un puesto dentro de la empresa, que también era suya.

Casi arrastró a Maurice hasta el salón, donde siempre se refugiaban para tener sexo; prácticamente se arrancaron la ropa y se dejaron caer en el viejo diván estilo *Luis XV*, de terciopelo negro. Ella quedó bajo el cuerpo de Maurice, quien de inmediato maniobró para hacerse espacio entre sus piernas, tomó una y la apoyó en el posa brazo del mueble.

Él gimió, hundiéndose en ella y comenzó a mover sus caderas con premura, porque el momento y la desesperación que veía en Deborah, así se lo exigían. Los besos eran tan profundos, que apenas le daban tiempo a respirar y de pronto se vio tumbado de espalda sobre el suave terciopelo.

Deborah se movió, quedando encima de él, ese encuentro desbordaba pasión, mucha más que la de costumbre, pues el sabor del triunfo la excitaba sobre manera. Sentía que podía superar el obstáculo que su padre le había puesto y eso la hacía irremediablemente feliz.

—Aquí… Este lugar será mi despacho —esbozó con entusiasmo, mientras se movía encima de Maurice.

Él la miró confundido, porque no sabía a lo que ella se refería, ya que en ese instante no pensaba, solo podía sentir las maravillosas sensaciones que lo atravesaban y eran provocadas por el exquisito ritmo de las caderas de Deborah.

—Abriré las ventanas para que entre luz y cambiaré todos estos muebles por unos nuevos,

mucho más modernos y acordes con mi personalidad. —Seguía hablando, pero sin dejar de lado ese movimiento que llevaba a Maurice a su interior.

—¿Estás hablando de decoración, mientras tenemos sexo? —inquirió él, un tanto divertido y se movió con premura, para hacer que se concentrara en lo que hacían.

Ella jadeó con fuerza ante el cambio de ritmo, que la hacía rebotar y buscó los labios de su amante para devorarlos en un beso, disfrutando de la humedad de la boca de Maurice y de sus caricias en la espalda, se aferró con sus brazos a los fuertes hombros de él y al segundo siguiente sus cuerpos explotaron en sensaciones placenteras, que los dejaron exhaustos.

CAPÍTULO 13

Deborah se miraba en el espejo de cuerpo entero y deslizaba sus manos por la suave tela del vestido verde oliva, comprobando su atuendo de esa noche. El escote era provocativo, pero sin ser vulgar y el largo por encima de sus rodillas, mostraba sus torneadas pantorrillas, que lucían mucho mejor por los tacones altos que calzaba.

Se ajustó el cinturón dorado que haría juego con su bolso estilo sobre y los accesorios que llevaría, al tiempo que se repetía que debía ser amable con George Stevenson, pero sin dejarlo atravesar los límites. Odiaba tener que tratar a los hombres con guantes de seda, pero en el caso del abogado, era necesario.

—Él es tu aliado, debes ser gentil, Deborah. —Se dijo en voz alta, para reafirmar su postura y se puso la elegante chaqueta blanca que completaba su atuendo.

Por suerte, su padre estaría fuera ese fin de semana. Como solía hacer, lo pasaría junto a Silvya en alguno de esos lugares donde frecuentemente se escapaba con su amante. Maurice tampoco estaba en la casa, debía presentar un examen muy importante en la universidad esa noche, por lo que se había retirado temprano.

—Buenas noches, Deborah. Qué hermosa luces —exclamó George, acercándose para recibirla a los pies de la escalera. Le tomó la mano para darle un beso en el dorso—. Esta noche seré el hombre más envidiado de todo Nueva Orleans. —Agregó, con una sonrisa que casi le dividía el rostro a la mitad.

—Muchas gracias, George. Tú también luces muy apuesto.

La verdad no le parecía nada atractivo, elegante quizás, pero no despertaba en ella un mínimo de deseo; sin embargo, tal como se había prometido, se mostró amable con él y recibió el brazo que le ofreció, para salir de la casa.

La noche apenas caía, cubriendo de oscuridad la extensa propiedad de los Wallis, él abrió la puerta para Deborah y ella le agradeció con una sonrisa, juraba que terminaría con las mejillas adoloridas esa noche, por tener que fingir delante del abogado. Lo vio subir y poner el auto en marcha, se le notaba nervioso y eso le resultó bastante patético, si tomaba en cuenta que era un hombre de más de cuarenta años, quizás en un chico le resultaría divertido, en Stevenson era realmente vergonzoso.

—¿Te gustaría escuchar algo de música? —preguntó, deteniéndose en la intercepción.

—Claro, me encantaría —mencionó ella, la verdad era que necesitaba algo con lo cual distraerse de su presencia allí.

—Espero que te guste *Tony Bennett*, es mi cantante favorito —confesó, mientras activaba la lista de reproducción que había preparado esa noche para ella.

Deborah asintió en silencio mientras sonreía, lo cierto es que no era de los cantantes que escuchaba con frecuencia, pero le gustaba, así que aprobó la elección. La primera canción comenzó a sonar, llenando el espacio con su suave melodía y ella no pudo evitar arquear una ceja, adivinando las intenciones del abogado, tuvo que controlarse para no soltar una carcajada y prefirió desviar la mirada al camino.

George tamborileaba los dedos en el volante a medida que la canción avanzaba, sabía que su voz no era buena y se limitó a escuchar nada más, para no arruinar el momento, aunque

internamente se la estaba dedicando a Deborah.

Love is funny, or it's sad
Or it's quiet, or it's mad
It's a good thing or it's bad
But beautiful
Beautiful to take a chance
And if you fall you fall
And I'm thinking I wouldn't mind at all.

Después de cuarenta minutos, llegaron hasta el restaurante, bajaron y él le entregó las llaves al valet, para que estacionara el auto, posteriormente caminó hacia el interior de la gran construcción, del más típico estilo sureño, en tonos blancos y celestes, llevando del brazo a la bellísima mujer a su lado, que se robaba todas las miradas, mientras él rebosante de orgullo, no dejaba de sonreír.

—¿Me permites? —George se ofreció a quitarle la chaqueta.

Ella asintió con una sonrisa y ladeó un poco su cuello, en un estudiado gesto de seducción, invitándolo a embriagarse con el dulce aroma de su perfume. Los dedos de George le rozaron la piel, pero no provocaron ninguna reacción en su cuerpo.

George había reservado una mesa en el segundo piso, de las más alejadas; las paredes de esa área eran de cristal y mostraban una hermosa vista al jardín, el que estaba iluminado por tenues luces doradas, dándole al ambiente un toque íntimo y romántico, que, sin duda alguna, él se proponía aprovechar esa noche.

No obstante, Deborah no era una chica ingenua, a la que pudiera engatusar, tenía la suficiente experiencia para adivinar todo lo que pasaba por la cabeza del abogado. Lo dejaría jugar al casanova, pero al final, no lo dejaría avanzar más allá de un roce de manos.

—Espero no haberte puesto en aprietos, por conseguirme la información que necesito —mencionó, entrando al tema de manera sutil, debía asegurar que no estaba perdiendo el tiempo.

—Por supuesto que no, es algo que hago con gusto —dijo, tomándole la mano, al tiempo que le sonreía.

El sommelier llegó para ofrecerles la carta de vinos y Deborah aprovechó de inmediato para retirar su mano, fingió concentrarse en la lista mientras escuchaba las recomendaciones del experto y sus sugerencias del vino que debía acompañar a las especialidades de la casa. Después de un minuto, ella sugirió un *Sauvignon blanc*, ya que deseaba cenar mariscos, también porque el vino blanco era más suave, podía manejar el alcohol bien, pero siempre era mejor pisar sobre terreno seguro.

Se enfrascaron de nuevo en una conversación trivial, donde ella tuvo que aguantar más de una insinuación romántica. Solo le sonreía, haciéndole crecer al estúpido, que eso la hacía sentir halagada. Antes del postre, tuvo que excusarse para ir al tocador y liberar un poco la frustración que sentía, empezaba a resultarle insoportable la presencia de George Stevenson.

—Te pedí *Coulant*, espero sea de tu agrado. —George señaló el postre, con una gran sonrisa.

—Es mi preferido, muchas gracias —dijo ella con una sonrisa, por primera vez el hombre había acertado en algo.

—También te he dejado un regalo en la servilleta —dijo, entregándole un guiño y una sonrisa efusiva.

Deborah levantó con disimulo la servilleta, encontrándose con un dispositivo de memoria plateado, la sonrisa que adornó sus labios fue la primera sincera en toda la noche, lo tomó como

si fuera una preciada joya, acariciándolo con sus dedos.

—Muchas gracias, George… En verdad no tengo cómo pagarte lo que estás haciendo por mí —esbozó, mirándolo a los ojos y se acercó para acariciarle el brazo.

—Es un placer ayudarte, Deborah. —Se llevó la mano de ella a los labios y le dio un beso prolongado, mientras la miraba a los ojos, dejando que fueran estos quienes expresaran lo que sentía.

Deborah mantuvo su sonrisa todo el tiempo, pues sentía que tenía en sus manos el arma necesaria para derrotar a su padre y aunque no le agradara ese contacto con George, el pobre diablo lo merecía, después de todo, era su primer aliado.

—Bueno, ahora disfrutemos del postre… Muero por probarlo.

Deborah le cortó las alas al abogado y tomó la cucharilla para probar el coulant, de inmediato el chocolate espeso y brillante brotó del ponqué y ella se llevó una pequeña porción a la boca; gimió, apreciando el exquisito sabor y la suavidad. Su mirada se encontró con la de George, quien se mostraba anhelante. Sonrió, decidiendo jugar un poco con él, tomó más del postre, pero esta vez dejó escapar un poco, para que le bañara el labio inferior.

—Se me escapó —esbozó, sonriendo y pasó su lengua para recoger el chocolate, lo vio inspirar ante ese gesto y casi suelta una carcajada al ver lo fácil que era seducir a Stevenson.

—Está realmente delicioso —comentó él, sin apartar su mirada de los labios de Deborah.

—¿Cómo puedes saberlo, si ni siquiera lo has probado? —preguntó, dejándolo en evidencia.

—Supongo que es así… Por tu reacción —contestó con nerviosismo y buscó el suyo para comer—. En verdad está muy bueno, es exquisito —continuó comiendo.

—Sí, así es —dijo Deborah, riendo realmente divertida.

George trató de alargar la velada en el restaurante, conversando de la empresa, que era el tema que había descubierto más atraía a Deborah. Ella le hizo saber de manera sutil, que ya no estaban haciendo nada allí y no le quedó más remedio que abandonar el lugar. Salió junto a ella, tomados del brazo, como habían entrado y la mantuvo así hasta que le dieron el auto, alegando que la noche estaba algo fresca.

—¿Te apetece ir a otro lugar? —inquirió él, tanteando el terreno—. No lo sé, ¿tal vez a tomar una copa a un sitio más animado, quizás a bailar? —Insistió, sin mirarla directamente.

Era consciente que no terminaría acostándose con Deborah esa noche, ella no era una de esas chicas fáciles que se iba a la cama en la primera cita, ya se lo había dejado claro en todas las insinuaciones que le hizo durante la cena; sin embargo, no perdía la esperanza de poder seguir disfrutando de su compañía un par de horas más. Le gustaba tenerla cerca.

—La verdad… Es que me siento algo cansada George, he estado trabajando mucho los últimos días y aún me falta analizar toda la información que me acabas de dar, para poder centrarme en el proyecto que debo presentar el lunes…

—¿El lunes? —preguntó él, un tanto desconcertado.

—Sí, el lunes. Mi padre dijo que tenía cinco días para hacer la presentación… Supongo que debes imaginar los niveles de estrés que tengo en estos momentos —contestó con seriedad.

—La junta directiva es para el miércoles —mencionó, elevando las cejas, mostrándose sorprendido.

La tensión se hizo visible en el rostro de Deborah, aunque no dijo nada, solo respiró profundamente, para no explotar en ese momento y maldecir en voz alta al miserable de Dominic, delante de George Stevenson. Necesitaba que el hombre, no del todo consciente de la guerra entre ella y su padre, pudiera ser un buen peón.

—Quizás Dominic te dijo eso para que las tuvieras listas y él pudiera verlas antes de que las

presentaras a la junta directiva. Siendo el presidente de la empresa, es lógico que quiera estar al tanto de lo que propondrás —comentó de manera casual, pues no le pasó desapercibida la reacción de Deborah.

—Seguramente. Bueno, no tengo ningún problema con ello, incluso me parece perfecto, así me apoyará ante la junta. —Fingió una sonrisa y posó de nuevo su mirada en el camino.

Esperaba que George entendiese con eso, que no deseaba ir a ningún lado y que perdía su tiempo si seguía insinuándole que la quería esa noche en su cama. No la tendría ni esa ni nunca, sencillamente porque ella no quería que eso sucediera.

◆◆◆

Diego se encontraba en la terraza de la pieza que ocupaba para dormir, sentado en una silla de madera, que apoyaba contra la pared, mientras fumaba un cigarrillo y esperaba a que las ganas de dormir lo atraparan, pues toda su vida le había costado conciliar el sueño; manía que por supuesto, terminaba pagando al día siguiente, cuando debía levantarse temprano.

La noche se encontraba bastante fresca, pero él estaba sin camisa, como ya tenía por costumbre, solo llevaba puesto un pantalón de chándal azul oscuro y unas sandalias. Su mirada estaba anclada en la inmensa mansión de los Wallis, cuyas luces en su mayoría estaban apagadas, haciéndola lucir tétrica.

—Si yo tuviera una casa como esta, haría fiestas todos los fines de semanas, que desperdicio que un viernes por la noche parezca una tumba —reprochó, apagando la colilla del cigarrillo contra la pata de la silla y arrojó la misma al macetero cerca, seguramente su padre moriría si lo viera hacer eso.

Se puso de pie, llevándose las manos a la nuca y entrelazó los dedos allí, mientras dejaba libre un suspiro, cerrando los párpados con un movimiento pesado. Escuchó el motor de un auto que se aproximaba y su curiosidad lo llevó a ver de quién se trataba; desplazándose entre las sombras de la noche, llegó hasta la entrada principal de la mansión.

Vio un Mercedes Benz clásico, de cuatro puertas, en color negro estacionarse frente a la mansión y supo de inmediato quién era, había visto el auto en varias ocasiones llegar a la casa. Una sonrisa se dibujó en sus labios, al ver bajar del mismo al abogado del viejo Wallis y caminar para abrirle la puerta a Deborah.

—Al parecer alguien no ha tenido suerte esta noche, pobre pendejo… Si supiera que ella prefiere cogerse al imbécil del chofer que, a ti, al parecer no todos los gustos de la señorita son tan refinados como aparenta —esbozó, sin apartar su mirada de la pareja, al tiempo que seguía sonriendo.

Era evidente que el abogado estaba renuente a dejarla escapar, se le notaba en el lenguaje corporal, buscaba la más mínima oportunidad para tocarla. La verdad le daba vergüenza ajena ver esa demostración tan patética, era un pobre diablo y ni siquiera él cuando novato se comportaba de esa manera, no podía comprender qué le veía Deborah.

Y ella era demasiada mujer para un hombre como ese, se le notaba dueña de la situación, hermosa, sensual y engreída, justo como le gustaban a él, que se convirtieran en un reto, en el que ya se había convertido Deborah Wallis, pues no podía sacársela de la cabeza y comenzaba a plantearse la manera de conseguir disfrutar de ese cuerpo, aunque fuera una vez.

◆◆◆

Deborah suspiró, sintiéndose realmente aliviada al liberarse por fin de la presencia de George Stevenson, el hombre era tan pesado y estúpido, que la tenía al borde de un ataque; buscó en su bolso, sacando la memoria que contenía la información que necesitaba y volvió a sonreír.

—Por lo menos espero que este sacrificio haya valido la pena, voy a derrotarte viejo estúpido… Mentirme con lo de la fecha de la junta será algo que pagues muy caro. —Sentenció, caminando hacia las escaleras.

Se detuvo al ver que una sombra se atravesaba en la luz que entraba por uno de los ventanales del salón, de inmediato la paranoia se instaló en ella y caminó para descubrir de quién se trataba, pues sabía que esa casa estaba llena de espías de su padre y no dudaba que le hubiera encargado a uno vigilarla.

Corrió la cortina, descubriendo al jardinero caminando hacia el invernadero, donde se ubicaba el dormitorio que tenía. Dudó unos minutos entre seguirlo y preguntarle por qué la espiaba o dejarlo pasar y no darle importancia, al final optó por enfrentarlo.

Salió y el aire parecía estar más frío en esa parte, quizás porque era la que estaba expuesta a las hectáreas que tenía de jardín la propiedad. Caminó con rapidez para alcanzar a la figura masculina que se desplazaba delante de ella a pocos metros, lo vio abrir la puerta del cuartucho y antes de que pudiera entrar, habló para detenerlo.

—¿Se puede saber qué hace despierto a esta hora y por qué estaba espiándome? —Lanzó la pregunta sin rodeos.

Diego se sorprendió al escuchar la voz de la mujer y más aún cuando se volvió y la vio caminar directamente hacia él. Se detuvo, manteniendo la mano en la hoja de madera y posó su mirada oscura en la hermosa hija de su patrón.

—Buenas noches, señorita Wallis —contestó, socarrón.

—Le he hecho una pregunta, responda. —Demandó, sin atender al saludo, pues sintió la burla en el mismo.

—Definitivamente, el dinero y la clase no siempre son sinónimos de educación —mencionó de nuevo, pero al ver la impaciencia en la mirada de ella, se dispuso a responder—. Estoy despierto porque acostumbro a dormir tarde y no la estaba espiando, sencillamente escuché el motor del auto, sentí curiosidad y fui a ver quién podía estar llegando a esta hora. —Se encogió ligeramente de hombros, para darle a entender que le daba igual si era ella o alguien más.

—Quien salga o quien entre a esta casa, no es asunto suyo, limítese a hacer su trabajo y deje de estar al pendiente de lo que sus patrones hacen…

De pronto se sintió estúpida por estar actuado de esa manera, debió dejarlo pasar y no hacer una escena tan patética como esa. Así que se dio media vuelta para marcharse, pero recordó algo más y volvió a mirarlo.

—Y otra cosa, usted no es nadie para cuestionar cómo me dirijo a las personas o si tengo educación o no. Si no le gusta mi forma, está en plena libertad para largarse de aquí y dejarle el trabajo a alguien que sepa hacerlo, a alguien que no ande inmiscuyéndose en la vida de los demás, ¿está claro? —preguntó, mirándolo a los ojos.

Diego se quedó mirándola en silencio, sin responderle. Su comisura derecha se elevó, mientras la detallaba de manera descarada y cruzó los brazos sobre su pecho, al ver la manera en la cual ella también lo miraba y el movimiento agitado de sus senos, que parecían querer saltar del provocativo escote.

—Lo que está claro aquí es otra cosa señorita Wallis, usted vino buscando lo que el imbécil del abogado no le dio esta noche, pero es tan orgullosa que no se atreve a pedirlo —expresó, deleitándose con el rubor que pintó ese rostro que parecía estar hecho de yeso como las estatuas.

Deborah disfrazó rápidamente la ira que la azotaba en ese momento y lo miró de manera despectiva, para después comenzar a reír, se llevó las manos a la cintura y caminó hasta él, demostrándole que no la intimidaba.

—No se equivoque conmigo, Diego. El papel de payaso se lo puedo aplaudir una vez, pero no dos.

Le dio la espalda para alejarse de allí, obviando el calor que la recorrió ante las palabras de Diego y los temblores que recorrieron su vientre. Mantuvo su postura erguida e imperturbable, porque no le daría el gusto de demostrarle que, de cierta manera, él la afectaba. Eso no podía ni quería permitírselo, porque sabía que ese hombre no era como los demás. Había algo que la perturbaba y aceleraba sus emociones. Tener sexo con él era algo que no podía encajar en sus planes.

Diego se quedó mirándola una vez más, en silencio, odiándose por no haber actuado en el momento que debió hacerlo y una vez más ella se marchaba, dejándolo allí, como un completo estúpido y eso comenzaba a cansarlo.

—La tenías justo donde querías imbécil, a un par de metros y la hubieras metido a la maldita pieza para cogértela como tantas veces has imaginado… Te estás comportando como un pendejo, Diego. —Se reprochó en voz alta.

Entró al cuarto, lanzando la puerta de manera, que se estrelló en un golpe seco, suspiró pesadamente, al ser consciente de la reacción que había tenido su cuerpo ante esa cercanía con Deborah Wallis. Una vez más, ella manejaba a su antojo el deseo en él; caminó hasta la puerta que lo llevaba al baño, dispuesto a aliviar el calor que le quemaba la entrepierna.

—Ahora te parezco un payaso, pero ya verás lo que voy a hacer contigo Deborah, cuando pueda tenerte como quiero. Voy a hacer que me pagues cada humillación y desprecio, vas a terminar rogando para que te haga correr, vas a rogarme… Y ese día, te veré aplaudiendo mi papel de jodido amante.

Abrió la regadera y se metió bajo el chorro de agua helada, dejando que la misma aplacara su excitación, pues se negaba a masturbarse una vez más pensando en la mujer que lo había dejado allí, haciéndolo sentir tan estúpido.

CAPÍTULO 14

La sensual silueta de Deborah se movía bajo las sábanas, mientras de sus labios brotaban gemidos y jadeos, en respuesta a las sensaciones que la recorrían en ese momento. Sus párpados cerrados, temblaban ligeramente y sus manos se deslizaban buscando algo a lo cual aferrarse, para soportar la tempestad de placer que la azotaba, elevándola cada vez un poco más.

En su mente, estaba la imagen nítida de un hombre sobre su cuerpo, quien besaba con absoluta maestría y dedicación sus senos, abarcando con su boca todo cuanto podía, mientras los dedos gruesos surcaban su interior con poderío, siendo incluso agresivo en su manera de tocarla. Ella se arqueaba, manteniendo los ojos cerrados y sintiendo bajo sus manos el calor de una piel bronceada, caliente y sudada, de la que brotaba un penetrante aroma masculino, que impregnaba todo el espacio.

Deborah enredó sus dedos en la espesa cabellera oscura, para elevar el rostro del hombre que le estaba dando tanto placer, quería verlo y descubrir quién era, porque no recordaba a ninguno que se le pareciera o la hubiera tratado de esa manera. Cuando consiguió hacerlo, su mirada se ancló en un par de ojos oscuros, que la hicieron temblar íntegra al reconocerlos.

—No… no…

Susurró, mientras intentaba negar con la cabeza y liberarse del peso del cuerpo sobre el suyo. Su mirada logró detallarlo mejor y pudo ver los tatuajes que le cubrían la piel y los músculos que se tensaban ante cada movimiento, haciéndose más visibles y atractivos; gimió con fuerza al sentir la presión de esos labios sobre su pezón, en respuesta a sus intentos por escapar.

El hombre reaccionó y la aprisionó, haciéndola sentir sofocada al tiempo que los movimientos en su interior se tornaban más rudos y rápidos. Ella intentó resistirse, pero sus caderas estaban en el interior de sus piernas, impidiéndole que pudiera cerrarlas.

Se encontraba complemente inmovilizada y no le valía de nada forcejear, porque la fuerza que él poseía era tres veces mayor que la suya; sintió que un nudo comenzaba a formarse en su garganta, producto de las lágrimas que subían en un torrente.

—Basta… No quiero, no quiero…

—¡Mentirosa! Sí lo quieres… lo quieres y te lo daré.

Rugió, llevándole una mano a la garganta, para impedirle que alejara el rostro y en un gesto totalmente lascivo, le acarició la mejilla con la lengua, dejando un rastro húmedo; después bajó, mordiéndole el cuello y ella sintió cómo su intimidad se empapaba, haciéndole más fácil que la siguiera penetrando con los dedos.

Sintió cómo él abría sus piernas, haciéndose más espacio y de un solo golpe entró en ella, penetrándola. Llegó tan profundo, que la sensación que la recorrió fue una mezcla de placer y dolor, haciéndola estremecer. Un alarido escapó de su garganta, mientras se corría con una fuerza que nunca antes había sentido, que la quebró a la mitad.

Despertó sobresaltada y en medio de sollozos, a los cuales no les encontraba explicación, estaba aturdida y respiraba con dificultad, mientras la sonrisa maliciosa y arrogante de Diego Cáceres, se apoderaba de su mente. Se llevó las manos temblorosas al rostro, para cubrirlo y sintió sus ojos colmados de lágrimas, las que aún no se derrababan del todo.

—¿Qué demonios me ocurrió? —preguntó con la voz ronca, por eso que le aprisionaba la

garganta.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor, para comprobar que se encontraba en su habitación y que allí no había entrado nadie. Aún sentía que las piernas le temblaban, por lo que se dejó caer de nuevo, consciente de que no soportaría ponerse en pie. Un suspiro trémulo escapó de sus labios, cuando cerró los ojos y la imagen del jardinero se apoderó de sus pensamientos una vez más, haciendo que su corazón se desbocara en latidos.

—No… no… ¡Esto es una maldita locura! Es una locura, Deborah. —Se dijo, negando con la cabeza, para alejar la imagen.

Se obligó a moverse para liberarse de los estragos que había dejado el orgasmo vivido, rodó sobre su costado y la húmeda sensación entre sus piernas trajo el recuerdo de esos dedos gruesos y largos que la masturbaron con tanta rudeza, que podía jurar que se sentía adolorida y a la vez con una extraña sensación de vacío que necesitaba llenar.

Apartó las sábanas con un movimiento exasperado y se sentó al borde de la cama, después de un minuto, ya se sentía más calmada, por lo que se puso de pie y caminó hasta el baño, necesitaba refrescarse para alejar esa sensación de su cuerpo.

Su mirada se encontró con el reflejo que le devolvía el espejo y lo que vio, la hizo sentir desconcertada, se suponía que ese sueño había sido prácticamente una violación, pero la manera en la cual lucía y el orgasmo que había experimentado, no lo dejaban ver de esa manera; por el contrario, era como si hubiera sido una experiencia placentera.

—Estás perdiendo la cabeza, Deborah… Por culpa de ese infeliz. Vas a tener que hacer algo al respecto. —Se aseguró en voz alta, mientras se despojaba del camisón.

La mancha de humedad en la prenda le estrellaba una vez más en la cara que había disfrutado de ese encuentro; que, en el fondo, a ella le había gustado que Diego Cáceres la tratara de esa manera. La había excitado que fuera rudo, que se impusiera y llevara el control.

—Eso no va a suceder, no puede suceder… Quien manda eres tú, siempre tú, Deborah.

Caminó con decisión hasta la ducha y dejó que el agua se llevara las sensaciones que aún le hacían vibrar el cuerpo, al tiempo que intentaba bloquear el recuerdo del jardinero, que se empeñaba en no dejarla escapar. Terminó de ducharse más rápido que de costumbre, pues no deseaba darles poder a sus fantasías y terminar tocándose, si era él quien la incitaba a hacerlo.

Tenía muchas cosas que hacer y no podía quedarse allí, intentando comprender por qué ese hombre se había metido en sus sueños ni todo lo que le había hecho sentir. Bajó, dirigiéndose hasta el salón, que había habilitado como su estudio y pidió que le sirvieran el desayuno allí.

Le hubiera gustado contar con la presencia de Maurice, pero él había pedido el fin de semana libre, para prepararse para sus exámenes de finales de semestre.

Una hora después, escuchó un par de golpes en la puerta, que la sacaron del estado de concentración donde estaba sumida.

—Adelante —ordenó, dando apenas un vistazo a la puerta, antes de que la persona que llamaba entrara.

Él entró, llevando en sus manos un florero alto con al menos doce rosas blancas, ni siquiera le dio los buenos días, simplemente buscó una mesa donde pudiera dejarlo y salir de allí de inmediato, aún se sentía molesto por la actitud de ella.

Deborah elevó la mirada, para ver quién había entrado, pues la persona no había saludado ni pedido permiso para hacerlo. Cuando sus ojos se encontraron con la figura de Diego Cáceres, sus latidos se desbocaron y un temblor se apoderó de su cuerpo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó, poniéndose de pie.

—Solo vine a traerle esto, Martha me pidió el favor de cortar unas rosas y traérselas a usted —

contestó con tono distante.

—¿Por qué no vino Katherine? —Demandó, mirándolo con rabia, sentía que debía poner un muro entre los dos.

—Y yo qué voy a saber, solo hice lo que me pidieron… ¿Acaso no es eso lo que siempre me ordena? ¿Que no me meta en los asuntos de los demás y haga mi trabajo? Pues bien, eso estoy haciendo, señorita Wallis —contestó, dejando el florero en la mesa que se hallaba en una esquina, cerca de ella.

Deborah se quedó observándolo, sin saber qué decir, nunca nadie se había atrevido a hablarle de esa manera, su paciencia había llegado al límite con ese hombre. Caminó, bordeando el escritorio de cristal templado, donde trabajaba y acortó la distancia entre los dos, pero cuando estaba por llegar, se detuvo.

—Vaya ahora mismo a recoger sus cosas, está despedido.

Él comenzó a reír, burlándose de ella y se cruzó de brazos, mostrándose muy seguro de sí mismo, dio un par de pasos y la vio retroceder, dejando ver el miedo en su actitud, en esos hermosos ojos azules que parecían dos luceros.

—El único que puede despedirme es su padre, pues fue quien me contrató, ya mucho hago con recibir órdenes suyas…

—¿Cómo se atreve…? —preguntaba, caminando hasta él.

—Da un paso más y le juro que saldré de aquí en una patrulla, porque voy a lanzarla en el piso y le enseñaré cómo se debe tratar a un hombre. Me gustan las mujeres altaneras, para enseñarles a respetar con un par de nalgadas, pero usted se está ganando muchas más. —La amenazó, mirándola a los ojos.

—Lárguese de aquí… ¡Ahora! —gritó, mientras temblaba.

Las palabras de ese hombre trajeron de inmediato el recuerdo de su sueño y un gran vacío se abrió espacio en su estómago, mientras su respiración se tornaba agitada y muchos músculos en su cuerpo se contrajeron, expectantes. Le dio la espalda, para no perderse en esa mirada oscura que la había perseguido desde que despertó, al tiempo que se obligaba a controlarse y no dejarse llevar por todas esas emociones que no lograba comprender y que, por ello, odiaba.

—¿A qué le tiene miedo? —preguntó él, reconociendo esa reacción que había visto muchas veces de cerca.

—Váyase, Diego. Salga de aquí y no vuelva a entrar a este lugar. —Le advirtió, sin volverse a mirarlo.

Él no respondió, ella solo escuchó el golpe de la puerta al cerrarse, no había sido fuerte que retumbara en el lugar, pero mostró una decisión que la hizo estremecer; se aferró al marco de la ventana, cerrando los ojos, mientras respiraba profundamente para calmar el latido acelerado de su corazón.

Lo vio salir hacia el jardín y su andar demostraba que estaba furioso, intentó alejarse de la ventana y apartar su mirada de él, pero no consiguió hacerlo. Estuvo allí al menos una hora, observándolo, trayendo a su memoria el recuerdo del sueño y todas las emociones de las que fue consciente al despertar en medio de ese orgasmo, que la dejó completamente aturdida.

Él trabajaba las raíces de los robles que se hallaban a varios metros del ala norte de la mansión, justo frente al lugar que ella había escogido para trabajar, por lo que podía verlo con total libertad. Recorría con su mirada cada espacio de la piel morena, que fue expuesta cuando él se quitó la parte de arriba de la braga verde militar y la dejó colgando de su cintura, después de un minuto, el calor le hizo despojarse también de la camiseta de algodón que cubría su torso.

Los músculos del jardinero se contraían de la misma manera en que lo hicieron en su sueño,

luciendo más poderosos gracias a los tatuajes que le pintaban la piel. Hilos de sudor le bajaban por la espalda y el pecho, mientras él cavaba la tierra negra que rodeaba al árbol.

De pronto, Deborah comenzó a sentir que el aire a su alrededor también se tornó caliente y que el espacio entre sus senos y sus piernas comenzó a humedecerse, así como su boca, cuando vio el camino de vellos oscuros, que se perdían tras el nudo que había hecho con las mangas de la braga. Sus pupilas se dilataron y sin poder evitarlo, la imagen de un miembro masculino de piel oscura, surcado por poderosas venas y un glande púrpura y vigoroso, se apoderó de su mente. Jadeó, apartándose de la ventana con rapidez y reprochándose por estar allí, viendo a ese hombre, cuando se suponía que deseaba estar lejos de él, que no podía permitirse perder el control.

—Acaba ya con esto, Deborah… acaba ya, o vas a terminar complicándote la vida. No puedes buscarte otro amante, teniendo tan cerca de Maurice, puedes terminar perdiéndolo. —Se dijo, encaminándose de nuevo a su escritorio.

Antes de posar la mirada en la elegante pantalla blanca de su computador, miró el ramo de rosas que el jardinero había dejado allí y una vez más, su estómago se encogía, anunciándole que debía tener cuidado con lo que estaba sintiendo.

◆◆◆

Tres días después, Deborah se encontraba sentada en la elegante silla de cuero y acero cromado de la oficina que ocupaba en la empresa Wallis, miraba la información en la que había trabajado todo el fin de semana, se veía tentada a ir hasta la oficina de su padre y dejarle el informe con las tres propuestas que presentaría en la junta del miércoles y así poder restregarle en la cara que había logrado cumplir con lo que le exigió; sin embargo, aún tenía dudas sobre el impacto que tendrían las ideas y necesitaba asegurarse de que resultaran atractivas para recibir la aprobación del pleno de la junta directiva.

Se sobresaltó y elevó la vista, al sentir que alguien abría la puerta sin llamar. Cuando sus ojos se encontraron con los azules de su padre, sintió que su corazón aceleraba sus latidos.

—Veo que ya estás instalada —comentó con sorna, entrando al lugar y paseando su mirada por el mismo.

No tardó mucho en darse cuenta de que la mano de Silvya había estado allí, seguía empeñada en la maldita idea de darle una oportunidad a Deborah en la empresa y procuraba hacerla sentir bienvenida, cuando él lo que quería, era todo lo contrario. Deseaba que su estadía allí fuera tan desagradable, que no dudara en largarse y dejarlo en paz.

—Creo que lo único que he aprendido de usted es a ser puntual. —Cerró el documento, guardando los cambios.

—¿Por qué no me esperaste para poder ocupar este lugar?

—No fue necesario, ya tu amante me lo había mostrado el otro día y me dijo que podía instalarme cuando quisiera —comentó, apoyándose en el espaldar, intentando relajarse.

—Silvya es mi asistente…

—¿Su asistente? ¿Y es política de la empresa que pasen los fines de semanas juntos, teniendo sexo? ¿O acaso lo hacen trabajando? —Lanzó una lluvia de preguntas, sin dejarlo terminar, al tiempo que lo miraba con desdén.

—Dentro de esta empresa, ella es mi asistente, así que te lo advierto Deborah, que sea la última vez que te dirijas a ella de esa manera —dijo, al tiempo que la señalaba con el índice.

—Perfecto, seguramente me resultará fácil mantener una mentira más; después de todo, es así

como llevamos nuestras vidas, ¿no? Fingiendo ser la feliz, poderosa e intachable familia Wallis —mencionó con ironía, dejando ver una sonrisa.

—Ya deja de decir estupideces y como veo que estás tan ansiosa por empezar, he venido a buscar el informe con las propuestas que presentarás a la junta directiva, tengo que evaluarlas antes, así que dámelo.

Deborah se puso de pie, lentamente y caminó hasta quedar frente al escritorio, para estar a la misma altura de Dominic, aunque gracias a los zapatos de tacón alto que llevaba, se podía decir que lo superaba por unos cinco centímetros.

—Deberá esperar hasta el miércoles.

—No lo tienes listo todavía —afirmó, mostrando una sonrisa de triunfo, al ver que ella había fallado.

—El informe está listo, pero usted deberá esperar, como todos los demás, para conocer su contenido. Según políticas de esta empresa, siendo el presidente, no debe tener acceso a algo que será discutido en la junta directiva, pues eso podría influenciar a la hora de dar su voto.

—Tú no vas a venir a darme clases ni a decirme cómo manejar mi empresa, te estoy solicitando algo, ahora. —Exigió, mirándola a los ojos.

—¿Su empresa? Me parece que está olvidando que tiene socios y que soy una de ellas —acotó, manteniéndole la mirada.

—Deborah, estás a punto de hacer que mi paciencia explote y te aseguro que lo vas a lamentar. —Le advirtió, acercándose a ella, con gesto amenazador.

—¿Y qué piensa hacerme? ¿Acaso va a golpearme como lo hacía con mi madre? —Lo retó, hundiendo el dedo en la herida.

Dominic la miró con gesto contrariado por esa acusación, retrocedió un paso, asombrado ante las palabras de Deborah, pues no sabía de dónde sacaba eso. Un recuerdo llegó hasta él como una ola que lo arrastró hasta hacerlo estrellarse contra filosas rocas, pocas veces le había alzado la mano a Christie, solo dos veces llegó a tocarla en verdad y ni siquiera él recordaba esos episodios con claridad, ¿cómo podía hacerlo ella?

Inspiró, alejándose como si hubiera recibido un golpe y le dio la espalda para salir de la oficina, mientras sentía que un fuerte dolor de cabeza comenzaba a taladrarle las sienes. Entró a su oficina y se encerró, pidiéndole a su secretaria que no fuera molestado por nadie, ni siquiera por su asistente.

Necesitaba pensar en algo para sacar a Deborah de la empresa, no podía tenerla allí para que actuara como le diera la gana y comenzara a ganar terreno. Mientras estuviera vivo, nadie le diría nunca cómo manejar su empresa ni cómo organizar su vida; mucho menos ella, quien no era nada suyo.

CAPÍTULO 15

George caminaba por el pasillo, saludando a todos con una gran sonrisa, con el pecho hinchado de emoción, pues en solo instantes, vería de nuevo a Deborah Wallis. Aunque se había mantenido en contacto con ella todo el fin de semana por medio de videollamadas, ya que se había ofrecido para asesorarla en el proyecto, nada se comparaba con verla personalmente.

Llamó con un par de golpes a la puerta de madera lacada en color negro y su corazón se aceleró cuando escuchó segundos después la voz de Deborah al otro lado, se irguió acomodándose el saco y se pasó la mano por la cabeza ausente de cabello, pues era una costumbre.

—Buenos días, ¿cómo está la mujer más hermosa e inteligente de esta empresa? —preguntó, mostrando una gran sonrisa, mientras caminaba hacia ella.

—¡George! Qué maravilloso es que hayas venido —mencionó Deborah, entregándole la mejor sonrisa fingida de todo su repertorio, al tiempo que se ponía de pie.

—Bueno, estoy convocado a la junta, pero hubiera usado cualquier excusa para no venir, si tú no hubieses estado presente. Estoy aquí para brindarte todo mi apoyo —expresó, tomándole ambas manos para llevárselas a los labios y besarlas, mientras la miraba fijamente a los ojos.

—Muchas gracias, la verdad es que me siento un poco nerviosa —confesó y liberó con sutileza sus manos.

—No tienes por qué estarlo, tus propuestas son maravillosas y si los directivos no lo ven, es que son unos ciegos. Debes confiar en ti, Deborah, mostrarte segura… ¡Eres una Wallis! Haz hoy que ellos se enteren, que quienes mandan aquí, son Dominic y tú —pronunció con una gran sonrisa, para llenarla de confianza.

—No perdamos tiempo entonces —mencionó con el mismo gesto y caminó para buscar su abrigo.

Cuando ella se dio la vuelta, para organizar algunas carpetas, George ladeó la cabeza, para poder apreciar con libertad, el perfecto trasero que se gastaba la hija de su cliente. Él caminó hasta ella, con la excusa de tomar el abrigo beige del espaldar de la silla y ayudarla. De paso, aprovechó que se encontraba entretenida, guardando la presentación en un dispositivo de memoria, para aspirar el dulce perfume que usaba. Esa mujer en verdad lo traía loco, nunca antes se había sentido tan atraído por alguien, ni siquiera por su exmujer.

—¿Me permites? —pidió, extendiendo la prenda de diseñador.

—Claro —mencionó Deborah, quien puso los ojos en blanco, consciente de que él no podía verla.

La estaba cansando el juego del estúpido casanova, que pretendía usar con ella. Lo seguiría utilizando, mientras pudiera obtener algún provecho de él, pero en cuanto se le presentara la oportunidad de liberarse, no lo pensaría dos veces para hacerlo.

Se limitó a sonreír, agradeciendo el gesto, para después ignorarlo; haciéndole creer que no tenía cabeza para nada más que la presentación. Después de un par de minutos, salieron rumbo a la sala de reuniones, donde tendría lugar la junta. Ella iba con la cabeza en alto e intentaba ocultar el temblor que la recorría.

—Buenos días, señorita Wallis. —La saludó la secretaria de su padre, en cuanto la vio.

—Buenos días, Julia. ¿Ya comenzaron? —preguntó, temiendo haber llegado tarde a la reunión.

—No, están esperando por el señor Wallis y la señora Bolton para iniciar, yo solo pasé a comprobar que todo estuviera bien… Su padre odia la incompetencia. —Julia mencionó las últimas palabras en un tono de voz más bajo.

—Lo sé muy bien —murmuró Deborah, esquivando la mirada de la mujer y dando un par de pasos, para entrar a la sala.

George se adelantó, abriendo la puerta para ella, mientras mostraba una sonrisa radiante. Para Deborah no era un secreto que el abogado la estaba luciendo, como a un maldito trofeo y eso en verdad la molestaba; sin embargo, hizo acopio de toda su educación y le agradeció con un leve movimiento de cabeza.

—Buenos días, señores —saludó a los demás directivos.

—Buenos días, señorita Wallis —habló el más joven de ellos y se puso de pie, para extenderle la mano—. Estamos todos ansiosos por conocer sus propuestas, creemos que nuevos aires le vendrían de maravilla a la empresa.

—Gracias… —Se detuvo, pues no recordaba el apellido.

—Peter Lowell, encantado —sonrió, extendiéndole la mano.

—Un placer señor Lowell, disculpe que haya olvidado su nombre, pero la primera vez que estuve aquí, solo fue durante unos minutos. —Se excusó por el olvido.

—No tengo nada que perdonarle; por el contrario, creo que hemos sido unos completos desconsiderados, por no habernos presentado en su oficina, para darle la bienvenida —esbozó, mirando a los demás hombres en la sala.

Ella siguió la mirada de Lowell y notó que algunos la veían con mal disimulada desconfianza, otros lo hacían de manera lasciva y para los otros dos, apenas parecía tener importancia. Comprendió en ese momento, que no lo tendría fácil, no solo su padre buscaría hacerle la vida un infierno allí, esos hombres tampoco parecían quererla entre ellos.

—No se preocupe, no tiene la menor importancia. Después de todo, no estamos aquí para entablar relaciones sociales, sino para trabajar en conjunto y hacer de esta empresa una de las más exitosas del país y por supuesto, para obtener mejor rentabilidad para todos, ¿no es así? —habló, paseando su mirada por cada uno, obligándose a no mostrar sus nervios.

—Por supuesto.

—Ese es nuestro objetivo.

—Es la visión que todos tenemos.

Mencionaron varios de ellos, en respuesta a sus palabras. Ella solo les dedicó un asentimiento, en señal de aprobación y ocupó el asiento junto a la cabecera. Sabía que quizás se exponía a una humillación pública estando cerca de su padre, pero de manera inconsciente buscó el apoyo de quien se suponía debía brindárselo, pues llevaba su sangre.

Dominic entró a la sala de juntas, mostrando la seguridad y el don de mando que lo caracterizaba, miró a cada uno de los presentes, posando por último su mirada en Deborah. Frunció el ceño al verla tan cerca de él, pero no dijo nada, simplemente se desabotonó el saco gris humo, dejándolo abierto y antes de tomar asiento en la cabecera de la mesa, respiró profundamente.

—Buenos días, señores, ahorrémonos todo el protocolo, ya todos sabemos que esta es una junta extraordinaria y los motivos por los cuales están aquí los jefes de varios departamentos, así que vamos directamente a los puntos que discutiremos… No cuento con mucho tiempo hoy. —Tomó asiento, recibiendo las carpetas de manos de Silvya.

Deborah recibió la carpeta que la asistente de su padre le extendía y odió que su mano temblara, dejándole ver que se encontraba nerviosa. La mujer le dedicó una sonrisa amable y un guiño para inspirarle confianza; ella solo asintió, agradeciendo que lo hiciera, a pesar de no sentir empatía por Silvya, debía reconocer que le estaba haciendo las cosas fáciles.

Revisó las hojas que contenía la carpeta, descubriendo que Dominic había dejado su propuesta para ser presentada de último. De inmediato un calor se apoderó de su pecho, encendiendo sus mejillas, que no lograron disimular su enojo; se tensó y los nervios fueron reemplazados por la rabia. Era evidente que lo que él buscaba, era distraer la atención y que los otros accionistas estuvieran fastidiados cuando llegara su turno y así no le dieran importancia a lo que propondría.

Los minutos pasaban y aunque intentaba estar atenta a cada uno de los puntos que se trataban, comenzaba a exasperarse, pues todos seguían el patrón arcaico que su padre pretendía mantener en la empresa, el mismo que los llevaría a la quiebra si no se hacía algo de manera urgente. La preocupación por su herencia comenzó a hacerse palpable en ese instante, debía actuar con inteligencia, pero nunca siendo pasiva.

—Bien, creo que hasta ahora todo lo que hemos escuchado es viable, lo primordial para esta empresa es mantener la calidad y la tradición que hemos venido trabajando por años, si seguimos así, el barco se mantendrá a flote y en buenas condiciones —decía Dominic, dando a entender que terminaría la junta en ese momento.

Vio de reojo a Deborah y cómo su semblante se tensaba, presintiendo lo que planeaba hacer. Con gusto le daría el tiro de gracia para que terminara decepcionándose y se marchara de allí; sin embargo, sabía que corría el riesgo de que ella tomara represalias y terminara vendiendo las acciones. Miró su reloj y después revisó la carpeta, dejando ver una mueca de desagrado.

—Aún nos queda un punto por discutir… Deborah, tienes diez minutos para tu exposición, intenta aprovecharlos.

El desdén en su voz fue tan palpable, que varios de los hombres rieron con disimulo, esquivando la mirada de Deborah, quien en ese instante se ponía de pie y los veía con seriedad, mientras les hacía entrega de las carpetas donde estaban sus propuestas. Caminó con seguridad y elegancia hasta el rincón donde estaba el equipo audiovisual y la portátil, introdujo la memoria y abrió la presentación.

—¿Lo harás como si estuvieras en la preparatoria? —preguntó Dominic con sorna, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y la miraba.

—Yo no tengo problemas con la tecnología, padre; por el contrario, sé usarla muy bien… a diferencia de ustedes, pero no se preocupe por ello, nunca es tarde para aprender —respondió, siendo irónica y procedió a iniciar con lo que había hecho.

Muchos de los presentes se removieron en sus asientos, incómodos ante el comentario de Deborah y clavaron la mirada en la hija de Dominic. Ella había pedido su atención y desde ese instante la tendría por completo, pero no para bien.

—Perfecto, en la carpeta que acabo de entregarles, están las tres propuestas que presentaré, todas acompañadas de estudios de mercado, balances contables y términos legales, que avalarían su aprobación… Comencemos con la primera. —Inició, mirando el esquema que ella misma tenía, inspiró y se aclaró disimuladamente para que su voz no vibrara—: Tenemos que atraer la atención de un objetivo con edades entre los quince y treinta años. En estos momentos no existe dentro de nuestros productos uno solo que vaya dirigido a ellos y es el grupo de personas con mayor potencial consumidor, así que crear un producto exclusivo para ese sector sería un acierto.

—¿Un acierto? ¿Quién asegura eso? Somos una empresa de tradición, Deborah. —La interrumpió Dominic.

—Yo lo aseguro, pero si lo que desea es que alguien más lo certifique, para usted comprobarlo, solo tiene que hacer su propio estudio de mercado y verá que tengo razón… Igual allí tiene uno que hice por mis propios medios —mencionó, viéndolo directamente a los ojos y al notar que iba a protestar de nuevo, no le dio tiempo—. La empresa no perderá su tradición, podemos seguir produciendo lo mismo que hasta ahora, pero aunado a ello, es necesario agregar más productos al catálogo.

—Me parece interesante la propuesta de Deborah —comentó Silvya, para respaldarla.

Ella no pertenecía a la plantilla de socios, pero se había ganado el mérito de opinar en las juntas por ser la mano derecha de Dominic, y porque en el fondo ninguno de los socios se animaba a ponerla en su lugar, recordándole que no debía intervenir, sabían que enemistarse con la amante de Wallis no era una idea muy inteligente.

—Yo pienso lo mismo —acotó George, mirándola.

Él tampoco tenía el poder para expresar su opinión, solo era el representante del departamento legal de la empresa, pero tratándose de Deborah se arriesgaría solo para apoyarla.

—Bien, se puede evaluar la posibilidad… Continúa —ordenó Dominic, haciendo un ademán con la mano.

—Una vez que tengamos una lista de estos nuevos productos, debemos hacer una campaña para darlos a conocer.

—Eso siempre lo hacemos —comentó el encargado de mercadeo, quien la vio como si fuera tonta.

—Pero esta vez será distinto, las vallas publicitarias son un medio obsoleto, la campaña para este nuevo producto deberá ser enfocada principalmente en el internet… Hoy en día las personas pasan más horas navegando por la web y pendientes de sus redes sociales que conduciendo en las autopistas, que es donde están sus inmensos e inútiles avisos.

Ella miró al hombre de manera retadora y apretó el botón del ratón para demostrar que no se equivocaba; en cada diapositiva, la mayoría de las personas tenían en sus manos algún dispositivo electrónico y estaban conectadas a la red.

—Eso requeriría de una inversión importante… —intervino el contador de inmediato, quien no era accionista, pero estaba allí porque uno de los puntos debía ser expuestos por él.

—Por supuesto, evalué todo eso y contamos con el capital para hacerlo; además, mi padre me ha enseñado que, si vamos a apostar por algo, debe ser en grande —esbozó, posando la mirada en Dominic, quien se mostraba impasible.

—Es una idea que ya había compartido con otros de los aquí presentes, creo que sería dar un paso importante —dijo Peter.

—Sigue Deborah, te quedan cinco minutos —indicó Dominic, mirando su reloj y pasó la hoja en la carpeta.

—Bien, este punto no solo se enfocaría en una campaña publicitaria en internet, sino también en crear cuentas en las principales redes sociales…

—Ninguno de los que estamos aquí tenemos tiempo para perder en esas tonterías y tú estás aquí por tus conocimientos como economista, no para que estés todo el día charlando con un montón de vagos en el internet —mencionó, negándose de entrada a esa idea.

—No he dicho en ningún momento que seré la encargada, para ello tendríamos que buscar a una persona… Puede ser un administrador web o algún pasante que sea capacitado.

—Eso acarrearía más gastos —acotó, mirándola.

—¡Por Dios! Ya deje de ver todo como gastos y pérdidas, estas son inversiones y le aseguro que verá resultados positivos en tres meses, después de que la nueva línea esté en el mercado. Si

eso no llega a ocurrir, pongo a su disposición mi puesto en esta empresa y una parte de mis acciones.

Deborah no pudo seguir conteniéndose, odiaba que le llevaran la contraria, eso lo había heredado de su padre y en ese instante la vena Wallis se hacía presente. Todas las personas en la sala se quedaron en silencio, ante la reacción de ella. Suspiró, intentando recuperar el control y pasó a la siguiente diapositiva, que mostraba a los principales rivales comerciales de su padre.

—Todos ellos tienen contacto directo con sus clientes, es eso lo que se estila hoy en día y empresas Wallis se ha quedado en el siglo pasado en ese aspecto, comprendo que deseen mantener su renombre y el prestigio que le dan los años que lleva funcionando, pero si no avanzamos, vamos a terminar desapareciendo, como han hecho muchas industrias más.

El silencio se prolongó en el lugar, después de que ella terminara y a cada segundo que pasaba, sentía que su boca se secaba y la tensión en su cuerpo crecía, un nudo le cerró el estómago, aun así, se esforzó por mantener su postura. Caminó de regreso a la mesa donde estaban todos y estaba por continuar con su discurso para intentar convencerlos, cuando Dominic habló.

—Acabaron los diez minutos, votemos por las tres propuestas de Deborah… ¿Quiénes aprueban la incorporación de nuevos productos al catálogo? —preguntó, mirándolos.

De los doce socios, incluidos su padre y ella, ocho levantaron la mano, lo que indicaba que tenía la mayoría de los votos, vio a su padre chasquear los labios y mirar de nuevo la hoja con la segunda propuesta.

—¿Publicidad en internet?

Esta vez siete aprobaron la idea y con su voto tendría la mayoría, Deborah empezó a sentir la tensión abandonar sus músculos; sin embargo, mantuvo oculta su sonrisa.

—¿Creación de cuentas en las redes sociales? —inquirió por último y cerró la carpeta, lanzándola después junto con las otras.

Una vez más obtenía siete votos y la sonrisa afloró en sus labios de inmediato, se irguió orgullosa, observándolos a todos y de inmediato su cabeza comenzó a seleccionar posibles aliados.

—Muchas gracias por el voto de confianza, les demostraré que han elegido bien, esto llevará a la empresa a un nuevo nivel dentro del mercado —pronunció, apoyando su mano en el hombro de su padre y lo apretó con suavidad, para darle las gracias por esa oportunidad.

Dominic se tensó ante el gesto, pero no se alejó del toque, rehuyó la mirada cargada de esperanza y emoción que le dedicara Silvya, sintiéndose aliviado, segundos después, cuando Deborah quitó la mano de su hombro. Se puso de pie con rapidez, dispuesto a salir de allí.

—Padre, espere. —Le pidió ella, tomándolo del brazo y buscando su mirada, necesitaba que la viera a los ojos—. Gracias por apoyarme —expresó con las emociones a flor de piel.

Dominic se acercó a ella para hablarle al oído y evitar que los demás escucharan lo que le diría.

—Esto no es una oportunidad, es un nuevo reto Deborah, así que no te sientas triunfadora ni te confíes… Y no me agradezcas nada, porque yo no te apoyo en esta locura, solo me quedaré sentado a ver cómo te estrellas. —Su tono de voz era cortante y el toque que le dio en el brazo, demostraba que hablaba en serio, se alejó sin mirarla a los ojos.

Deborah se quedó congelada en ese lugar, sin poder comprender por qué su padre la odiaba tanto, por qué no cedía una vez en esa guerra que le había declarado desde hacía tanto y de la cual ella no se sentía merecedora. Sintió el toque de Silvya en su mejilla, cuando se despidió de ella con un beso, pero ni siquiera eso la hizo salir del trance donde se encontraba.

CAPÍTULO 16

Había pasado casi una semana desde que Deborah tuviera aquel sueño con Diego, que la dejó completamente perturbada, sus nuevas ocupaciones en la empresa le ayudaban a no pensar mucho en lo sucedido; no obstante, siempre que veía al moreno trabajando en el jardín, sentía que sus latidos se aceleraban. Había buscado mantenerse lejos de él, pero sabía que su fuerza de voluntad estaba llegando al límite.

Suspiró, apretando sus párpados para obligarse a dormir, pero después de dos minutos, terminó abriéndolos y se llevó las manos a la cabellera, sintiéndose frustrada; lanzó las sábanas fuera de su cuerpo y se levantó hasta quedar sentada. Desvió la mirada al ventanal, por donde se colaban algunos rayos de la luna, a través de las suaves cortinas de gaza, no había corrido las más gruesas esa noche.

—Solo será una vez… Ya lo has hecho otras veces, puedes tener sexo con un hombre una vez y nunca más repetir, si eres clara desde el principio… —decía, intentando llenarse de valor.

Se puso de pie y caminó hasta el balcón, pero no salió, solo se quedó tras la puerta de cristal, mientras buscaba con la mirada, la habitación que ocupaba el jardinero junto al invernadero. Allí estaba, sentado de esa manera tan poco prudente en esa vieja silla, mientras fumaba; lo vio apagar la colilla y ponerse de pie.

—Decídete de una vez, Deborah… Hazlo o no podrás sacarte a ese hombre de la cabeza, no conseguirás concentrarte en nada más y bien sabes que no puedes permitirte eso —esbozó, mirando cómo Diego desaparecía en el interior de la pieza.

No le dio más vueltas a la idea y solo se dejó llevar por sus deseos, tomó el salto de cama que hacía juego con su camisón estilo *halter*, de encajes y satín, en tono lila. Se paró ante el espejo, mirando su reflejo y se peinó el cabello con los dedos, dejándolo que cayera de manera natural sobre sus hombros.

—Solo una noche… Te quitas las ganas y te olvidas de todo esto después. —Se aseguró, mirándose a los ojos.

Salió de su habitación, caminando con confianza por el pasillo, una vez más se encontraba prácticamente sola en la casa, pues su padre había decidido quedarse a dormir con su amante. Abrió con cuidado la puerta de la cocina y salió hacia el jardín, las dudas hacían estragos en su interior, pujando contra el deseo y la expectativa que sentía por lo que estaba a punto de hacer.

No se dirigió directo a la habitación de Diego Cáceres, eso sería ser demasiado evidente, así que buscó la puerta principal del invernadero y entró al lugar. Si se arrepentía al verlo, bien podía decir que estaba allí porque no podía dormir. No tenía por qué explicarle que había ido allí a buscarlo para tener sexo con él.

Al entrar al lugar, el intenso aroma de las orquídeas la envolvió, el aroma de esas flores parecía brotar con más fuerza en las noches. La noche estaba bastante fresca, pero dentro de ese espacio, se sentía cálido y la luz que entraba a través del techo abovedado, hecho por completo en cristal, le permitía el paso a la luz plateada de la luna.

Caminó, sintiendo que a cada paso que daba, el temblor en su cuerpo se intensificaba, respiró profundamente para calmarse, mientras se reprochaba mentalmente por ser tan cobarde y al mismo tiempo por la locura que estaba a punto de hacer. Miró a su alrededor, buscando

distraerse y actuar de manera casual, si él aparecía y la veía allí, no podría asegurar que fue en su busca.

«Debe estar durmiendo ya, es casi medianoche… Lo mejor que puedes hacer es aprovechar que estás a tiempo de detener esta locura y regresar a tu habitación. Bien puedes masturbarte o darte un baño de agua helada.»

Pensó, mientras se mordía el labio inferior y veía la puerta al fondo del invernadero, que llevaba a la pieza donde dormía Diego Cáceres, giró dispuesta a largarse de ese lugar y tropezó con una estantería donde había varias masetas, una de ellas fue a parar al suelo, estrellándose.

—¡Maldición! —expresó en voz baja, mientras se sobaba la pierna donde se golpeó.

Suspiró, observando el desastre que había hecho y se dobló para intentar recogerlo, la tierra estaba húmeda, le ensució los dedos y la planta allí, ya no tenía salvación. Pensó en salir de allí y que el jardinero se encargara de eso a la mañana siguiente.

—¿Qué hace aquí?

Deborah se levantó de inmediato, al escuchar la voz de Diego detrás de ella, sintió cómo su cuerpo comenzaba a temblar y se reprochó en pensamientos por esa reacción tan estúpida. Se volvió para mirarlo a los ojos, debía mostrarse dueña de la situación.

—Puedo estar donde me plazca, por si se le olvida, esta es mi casa —mencionó, elevando la barbilla en una actitud arrogante.

—Perfecto… y vino expresamente a… ¿qué? —preguntó él, mirándola a los ojos, acercándose a ella.

Ella retrocedió, al sentir que estaba muy cerca, invadiendo su espacio. En ese instante se dio cuenta de que solo la sábana que traía alrededor de su cintura, lo cubría; era evidente que no llevaba nada más debajo y su cuerpo reaccionó a eso, llenándose de expectativa, al tiempo que sus latidos se aceleraban.

—Yo no tengo por qué darle explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, creo que eso ya se lo he dicho muchas veces… Necesito un lugar donde lavarme las manos. —Cambió de tema, dándole a entender que no le daría respuestas.

—Y también recoger este reguero —comentó él, mirando la maseta hecha trizas y una de las jodidas orquídeas destrozada.

—¿Disculpe? —cuestionó Deborah, sin poder creer el atrevimiento de ese hombre.

Él resopló, sin darle una respuesta y bajó para recoger el desastre que ella había hecho, tomó los restos de la maseta, cuidando que la arcilla no lo fuese a cortar, se levantó y le dio la espalda, para caminar hasta el pote de basura.

—Debería al menos disculparse, mañana seguramente su padre pondrá el grito al cielo, cuando se dé cuenta que le falta una de éstas —mencionó, regresando con una pala y una escoba.

—¿Disculparme? ¿Con quién, con usted? ¡Por favor, no me haga reír! —La sorna en su voz fue palpable.

—Entiendo, vino aquí para destrozarlas y que su padre tenga un motivo concreto para echarme…

Deborah lo interrumpió, soltando una carcajada y se acercó a él de manera retadora, mientras lo miraba a los ojos.

—No se crea tan importante, Diego. No necesito inventarme algún plan y venir aquí a medianoche para ejecutarlo. Si hubiera querido que mi padre lo echara, ya no estaría aquí.

—¿Por qué no lo ha hecho entonces? —cuestionó, manteniéndole la mirada y aproximándose más a ella.

—Digamos que… lo hice por su padre, Roberto es un buen trabajador y estuvo muchos años

con nosotros.

—Qué considerada de su parte… Recuérdeme hacerle una estatua a mi padre después de esto —dijo, sin ocultar su resentimiento y se volvió, dándole la espalda.

La visión de esos músculos y los tatuajes hizo que una vez más su cuerpo se excitara, sus pezones se tensaron y sus manos fueron presas del deseo de tocarlo. Al ver que estaba a punto de irse y dejarla allí, se apresuró a buscar algo para retenerlo.

—No sabía que esa puerta existía —mencionó, casi exigiéndole una respuesta y caminó tras él.

—Estaba sellada, pero yo la abrí… Su padre me paga para estar al pendiente de sus "plantitas" las veinticuatro horas, los siete días de la semana —dijo, con fastidio.

—Eso sinceramente me parece una estupidez, no se necesita de su presencia aquí todo el tiempo, es decir, ¿qué haría un jardinero después de las seis de la tarde? —preguntó de nuevo, negándose a dejarlo ir.

Diego se dio la vuelta para mirarla y abrió la puerta de su habitación, la miró de pies a cabeza, disfrutando de la visión que la sensual ropa de dormir le permitía apreciar, dejó ver una sonrisa ladeada, recordando cuánto había deseado tenerla allí.

—Pase. —La invitó, mirándola a los ojos y cuando vio que ella temblaba, supo que no la dejaría salir en un buen rato.

—Pero… ¿Quién se piensa…?

—Me dijo que necesita lavarse las manos, ¿no es así? —La vio asentir con un movimiento rígido—. Bueno, puede hacerlo en el baño —indicó, elevando una ceja.

—¿Acaso no hay una llave de agua en otro lugar? —inquirió, deseando hacerle las cosas difíciles, no entraría tan rápido.

—Sí, al otro lado… Igual ya está aquí, ¿qué puede perder? A menos claro está, que me tenga miedo —contestó, sonriendo.

—No diga estupideces —respondió con molestia y entró al lugar, paseando su mirada por el mismo.

Era pequeño, pero al menos estaba limpio y ordenado, tenía pocas cosas allí, únicamente lo necesario, su vista se posó en la cama y el calor en su cuerpo aumentó. En un viejo reproductor de música, se escuchaba una canción que había estado de moda hacía un par de años, arqueó una ceja cuando la letra caló en su mente, dándole un sentido a ese momento que ella no deseaba y que la hizo sentirse incómoda.

Can you be my doctor?
Can you fix me up?
Can you wipe me down
So I can, I can...
make you give it up, give it up
Until you say my name
Like a Jersey, Jersey
shuttin' down the game.

Él le indicó con un movimiento de cabeza, la puerta que presumía debía ser el baño; caminó, abriéndola de un tirón y lo primero que vio fue su reflejo algo perturbado, en el pequeño espejo sobre el lavamanos.

«¿Qué demonios estás haciendo? Sal de aquí, Deborah ¡Ahora!»

Se ordenó en pensamientos, pero sabía que no podía marcharse sin hacer lo que se suponía la

llevó hasta allí. Abrió el grifo y el agua helada la hizo estremecer, se lavó las manos con rapidez, intentando mostrarse completamente relajada y cuando terminó, giró sobre su eje, para marcharse de ese lugar.

Al hacerlo, Diego se encontraba muy cerca de ella, por lo que sus rostros quedaron a escasos centímetros, ella liberó un jadeo, cargado de sorpresa y en un acto reflejo, se hizo hacia atrás, mientras él solo mostró una sonrisa cargada de malicia.

—Tome… Para que se seque —mencionó él, extendiéndole una toalla de mano, mirándola a los ojos.

—Gracias. —La recibió y no pudo mantenerle la mirada.

—¿Sabe algo? Yo también me estuve preguntando lo mismo. ¿Qué puede hacer un jardinero en esta mansión, después de la seis de la tarde? —inquirió, buscando los ojos azules de Deborah.

—Perder el tiempo, seguramente. La verdad no lo sé y tampoco me interesa. Sus servicios son para mi padre, no para mí —contestó, moviéndose para salir.

—Quizás podamos cambiar eso —acotó, tomándola por el brazo y arrinconándola entre la pared y su cuerpo.

—¿Qué…? ¿Qué hace? —Su corazón comenzó a latir más rápido y sus piernas a temblar.

—Ofrecerle mis servicios —respondió, estirando la mano para cerrar la puerta y la sintió temblar, cuando se escuchó el sonido del cerrojo.

—Diego… Se está equivocando —esbozó, de manera nerviosa y se removió para escapar.

—La verdad lo dudo… Usted vino aquí buscando algo y yo se lo voy a dar. —Su voz era arrogante, denotando lo seguro que se encontraba de lo que hacía.

—Yo no… no…

—No hable —pronunció, llevando un dedo a los labios de ella, para callarla y sonrió al ver cómo sus pupilas bailaban. Se acercó, dejando que su aliento cubriera los labios rojos y provocativos que se habían apoderado de sus fantasías—. No hace falta que diga nada, ni usted… ni yo —acordó, disfrutando del anhelo que veía en la mirada de Deborah Wallis.

Ella estaba rogándole que la besara, pero lo haría solo cuando quisiera. Hundió su rostro en el cuello blanco, suave y cálido, para aspirar el delicioso aroma de su piel y gimió, rozándose contra ella, para hacerla sentir cuánto lo había excitado. Movió sus caderas de nuevo, abriendo esta vez la cinta que mantenía cerrado el kimono de seda y la escuchó jadear, al sentir la presión de su miembro sobre el vientre, recibió eso como un sí, para tomar de ella lo que quisiera.

Deborah cerró los párpados pesadamente, apoyando sus manos en el pecho duro y caliente de Diego, para hacerle creer que deseaba alejarlo; incluso ejerció presión, pero él contraatacó, sujetándole las muñecas y las elevó por encima de su cabeza, las mantuvo allí, cerrándolas en un puño. Eso la dejó indefensa y comenzó a sentirse como en su sueño, abrió los ojos para exigirle que la soltara, removiéndose contra él.

—Tranquila… No voy a forzarte a nada —pronunció con lentitud, mirándola a los ojos—. Solo quiero que la pasemos bien un rato, nadie tiene porqué enterarse. Si me dices que no, te dejaré ir sin rencores… pero si me dices que sí, te prometo que voy a cogerte como no lo ha hecho ningún otro hombre —explicó su propuesta, alternando su mirada de los ojos a los labios, sin dejar de rozarse con ella.

—Todos los hombres prometen lo mismo y por experiencia sé, que muy pocos lo cumplen —esbozó ella con burla, en ese instante su verdadera esencia salió a flote.

—Yo sí lo haré. —Sentenció y al ver que ella iba a hablar de nuevo, la calló con un beso rudo, que los hizo estremecer.

Deborah sintió cómo esa lengua pesada y húmeda, le llenaba por completo la boca; el beso era

húmedo, haciéndole probar la saliva espesa, con sabor a nicotina. Intentó resistirse, pero el deseo fue más poderoso que la razón y terminó rindiéndose con un gemido. Lo sintió presionar más, aplastando sus senos, mientras mantenía sus manos sujetas, haciendo que sus hombros se resintieran ante la postura; jadeó, echándose hacia atrás para liberarse.

Diego no quería darle tregua, ya había esperado demasiado para poder tenerla así, un largo y tortuoso mes, donde lo único que lograba hacer para calmar sus deseos, era masturbarse, imaginándola. Su respiración era pesada y los latidos de su corazón se aceleraban cada vez más, la excitación estaba en su punto máximo y cada roce de su lengua, buscaba convencerla de tener sexo con él, de dejarse llevar.

La escuchó quejarse por la presión que estaba ejerciendo y cedió un poco, pero sin llegar a soltarla, sabía que seguiría resistiéndose y no pretendía violarla. Ninguna mujer valía lo suficiente para que él volviera al infierno que fue la prisión.

—Suéltame. —Le exigió, girando su rostro a un lado.

—Bien —espetó Diego, soltándola sin el mejor cuidado.

Ella se sobó las muñecas adoloridas, maldiciéndolo, a lo mejor le dejaría marcas, su piel era muy sensible y él había sido un bruto. Levantó el rostro para verlo, descubriendo que miraba hacia la puerta, quizás pidiéndole que se fuera, se acercó y le tomó el mentón con dos dedos para hacerlo volver.

—Mírame. —Demandó, con autoridad y al ver que no cedía, ejerció mayor presión, consiguiendo que sus miradas se encontraran de nuevo—. Vamos a hacer esto una vez, pero ni se te ocurra tratarme como a las prostitutas con las que seguramente estás acostumbrado a andar, yo soy una dama…

Decía, cuando él la tomó entre sus brazos, haciendo que sus cuerpos se chocaran de manera violenta y ella liberara un grito. Los nervios se dispararon una vez más en su cuerpo e intentó escapar, pero él había hecho una presa con sus brazos a su alrededor, impidiéndole moverse.

—A las damas a veces también les gusta que se las cojan como a las putas —pronunció, con una sonrisa arrogante y la vio abrir mucho los ojos, mostrándose ofendida—. Después de que lo haga, vas a quedar tan satisfecha, que seguro me darás la razón —agregó, llevando una de sus manos hasta la nuca de ella.

La atrajo y comenzó a devorarle la boca, a comérsela en un beso con el que buscaba no darle tiempo a pensar o a negarse, sabía que ella también lo deseaba, aunque se estuviera haciendo la difícil, ya había aceptado tener sexo con él y eso era lo único que necesitaba para llevársela a la cama y hacerle lo que se le diera la gana, la despojó del salto de cama, dejándolo caer al piso.

Deborah sentía que todo iba muy rápido y aunque debía reconocer que esa manera que tenía de tratarla la excitaba, no podía cederle todo el control, debía hacerle ver que ella era quien llevaba las riendas del juego y no él. Le dio la libertad a su lengua para que entrara al juego, acariciando la de Diego, obligándolo a ir más despacio y aprovechó que él ya no le aprisionaba los brazos para colgársele del cuello.

Él la sujetó por la cintura, elevándola y de inmediato las piernas femeninas se cerraron en su cintura, la sábana que lo cubría cayó al suelo ante el movimiento y quedó desnudo. Sonrió al ver la mirada de Deborah enfocarse en su erección y la instó a acercarse para rozarla; él tembló al sentir que ella no llevaba nada debajo del camisón, la sintió húmeda y caliente.

Llevó una de sus manos hasta una nalga, apretándola para sostenerla, mientras caminaba hacia la cama y con la otra le sostenía la nuca y así evitaba que se separaran, al tiempo que su lengua seguía llenándole la boca, haciendo el beso profundo y lascivo, mordiendo esos labios que eran suaves y deliciosos.

CAPÍTULO 17

Ella sintió cómo Diego la lanzó a la cama sin ser cuidadoso, su cuerpo revotó en el colchón y lo miró con reproche, advirtiéndole que dejara de tratarla de esa manera. Aunque su actitud oscura y demandante despertara sensaciones nuevas, no quería perderse por completo.

Se arqueó al verlo casi encima de ella, cuando subió a la cama y su peso hundió el colchón, no podía apartar la mirada del par de ojos que lucían mucho más oscuros, las pupilas se tragaban todo el iris, demostrando cuán excitado estaba y eso hizo que una ola de calor la barriera.

—Esta noche voy a hacerte todo lo que he deseado desde que te vi… —Bajó el torso, hasta quedar cerca de ella y le pasó la lengua por la mejilla, al tiempo que le apretaba con fuerza los senos, sonrió al escucharla jadear—. Te va a gustar —murmuró, ubicándose en medio de las delgadas y largas piernas.

No le apetecía mucho que fuera tan delgada, le gustaban las mujeres con más carne sobre los huesos, que tuvieran de dónde agarrarse y algo para morder; sin embargo, Deborah le parecía atractiva y ni que fuera una espiga de trigo, se le quitarían las ganas que tenía de cogérsela como había deseado, subió la seda de la camisola y le separó las piernas para verla mejor.

Gimió, aprobando lo que sus ojos veían, una pequeña línea de vello púbico que finalizaba justo antes de llegar a los labios vaginales acercó la mano y deslizó sus dedos por la piel suave y húmeda, que lo invitaba a perderse en ella, sonrió al sentirla temblar ante su toque y no quiso negarse algo que había formado parte de sus fantasías. Llevó sus dedos impregnados de la humedad de Deborah y los deslizó por su dura erección, mientras la miraba a los ojos, disfrutando de verla tan excitada.

Deborah inspiró con fuerza al verlo tocarse, su mirada no lograba despegarse del movimiento pausado que llevaban sus dedos sobre la erección y tuvo que apretar la sábana bajo su cuerpo para obligar a su mano a quedarse quieta, pues se encontró deseando acompañarlo, quiso tocarlo y sentirla.

Desde allí la veía enorme, muy dura, oscura y tan apetecible que su boca se humedeció al igual que su centro, cada vez que la soltaba, se erguía, casi alcanzándole el abdomen. Ya había tenido a hombres con ese tamaño y sabía el placer que podía brindarle si jugaba bien, aunque también, que podía llegar a ser un fiasco si no conocía cómo aprovechar ese privilegio que pocos tenían.

—¿Te gusta? —inquirió él con tono arrogante, al notar que no dejaba de mirar su pene.

—¿Quieres una respuesta para agrandar tu ego? —contestó con otra pregunta, arqueando su ceja derecha.

Él soltó una carcajada, pues no necesitaba que expresara con palabras lo que su mirada gritaba, siguió acariciándose el miembro, para ganar más firmeza y buscó con su mano libre la vulva de Deborah, una vez más.

—Yo no tengo problemas en agrandar el tuyo… Me gusta mucho lo que veo… —Hundió su dedo entre los pliegues resbaladizos, llegando muy profundo—. Y lo que siento.

Ella se arqueó, elevando las caderas para que él tuviera un mayor acceso, mientras abría sus muslos, invitándolo a masturbarla también, era vital que supiera tocarla, pues casi nunca llegaba a un orgasmo si no la estimulaban así; con la mera penetración, en ocasiones no lograba

conseguirlo.

—Sigue… sigue —Le pidió, moviendo sus caderas para llevarlos más adentro y buscar un poco de fricción sobre su clítoris, al tiempo que cerraba los ojos y se mordía el labio inferior.

—Como ordene, señorita Wallis —comentó con sorna y movió su dedo más rápido, pero al ver que ella estaba a punto de correrse, lo retiró y se rodó para tomarla de las caderas.

Deborah abrió los párpados, siendo extraída del paraíso donde apenas entraba; lo miró, exigiéndole una explicación, pero el muy desgraciado solo sonreía. La sujetó con fuerza, elevándola y comenzó a darle suaves golpes sobre sus labios vaginales con el glande hinchado y oscuro.

—Te voy a hacer gritar, Deborah Wallis —pronunció, de manera sugerente, deslizándose por la abertura empapada y caliente que lo traía loco desde hacía mucho.

—¡No!… no, espera, busca un preservativo —mencionó ella, haciéndose hacia atrás, para evitar que la penetrara.

—No jodas con el maldito condón ahora, estoy sano —contestó, halándola de nuevo hacia él.

—Me importa un carajo; o usas protección o voy a comenzar a gritar en serio. —Lo amenazó, apoyándose en uno de sus codos y manteniéndolo alejado con su mano extendida.

—¡Mierda! —expresó, poniéndose de pie con un movimiento brusco y caminó, para buscar su billetera en el armario.

Tomó los dos condones que siempre llevaba consigo y regresó con rapidez hasta ella, lanzó uno sobre la mesa de noche y sacó el otro del envoltorio para cubrirse, cuando ella habló, distrayéndolo de lo que hacía.

—Sí sigues en ese plan de troglodita, me voy a levantar de aquí y me largo… O te relajas y nos concentramos en disfrutar los dos por igual de esto, o no va más.

—No soy un tipo de caricias tiernas ni palabras dulces, si es lo que buscas te equivocaste de hombre… Tal vez debas esperar hasta mañana —mencionó, mirándola a los ojos con resentimiento, por querer que actuara como el pendejo de Maurice—. Ahora, si lo que quieres es saber lo que se siente coger con un hombre de verdad, yo estoy dispuesto a mostrártelo, así que tú decides Deborah, te quedas o te vas. —Sentenció, mirándola a los ojos con fiereza.

Ella se sintió furiosa por esa amenaza y las palabras que claramente insinuaban su relación con Maurice. Se levantó, quedando sentada, dobló la rodilla para recoger su pierna y abandonar la cama, pero sintió que él la tomaba por la cintura y la arrojaba de nuevo. Gritó, sintiendo de inmediato el peso de Diego sobre su cuerpo, poniéndola a su merced.

—Quiero irme —exigió con los dientes apretados, mientras se removía debajo de él y lo miraba con rabia.

—Tal vez en otra ocasión, pero no esta noche. No me dejará así, señorita Wallis —respondió, mirándola a los ojos.

No esperó a que ella protestara y con decisión volvió a besarla, presionando con sus labios, para obligarla a abrir la boca, y en cuanto lo hizo, su lengua se deslizó, haciéndolo sentir victorioso. Movió su pelvis contra ella, al tiempo que mantenía las piernas de Deborah separadas con sus rodillas, ella se quedó inmóvil, creyendo que con eso él dejaría de lado la idea de cogérsela, pero fue una pobre ilusa.

Ella se aferró a todo su autocontrol para no ceder, apretaba los párpados y la sábana bajo su cuerpo, mientras se tragaba todos los gemidos y jadeos. No le daría lo que deseaba, porque él no era más poderoso que ella.

—No vas a engañarme, haciéndome creer que no lo quieres.

Mostró media sonrisa, que desbordaba arrogancia y se movió, para dejar su rostro sobre esas

preciosas tetas que tenía, tomó una con la mano y deslizó su lengua por encima del encaje, humedeciéndolo; lo hizo sin apartar la mirada de ella.

—Solo me vas a tener esta noche, miserable —mencionó, arrastrando las palabras que iban cargadas de rabia.

—Ese era el plan desde el principio, ¿no? Solo una vez. Bueno, yo haré que esta noche valga por muchas —dijo sonriendo, apartando el encaje para tomar el pezón sin nada de por medio y la vio cerrar los ojos.

Deborah le hizo pagar esas palabras, halándole los cabellos con fuerza y ya no pudo seguir resistiéndose a lo que deseaba, envolvió las caderas de Diego con sus piernas, pegándolo a ella y gimió al sentir de nuevo la dureza del miembro, cuando la rozó.

—Eso es Deborah… Ahora sí estamos disfrutando los dos.

Ella gimió en respuesta y volvió a tirar de sus cabellos, él soltó una carcajada que ahogó en medio de los senos y hundió su nariz, aspirando el exquisito aroma que brotaba de los poros. Llevó sus manos hasta las caderas de ella, para mantenerla quieta y sin anticiparle lo que haría, la penetró de una sola embestida, deslizándose por completo en el interior, entre la humedad y la tibieza que ella guardaba.

—¡Dios! —Ella jadeó con fuerza, al sentir la ruda invasión.

—¡Sí! —exclamó él, sonriendo contra los labios femeninos, que temblaron cuando volvió a hundirse profundamente.

Deborah no sonrió, pero no pudo evitar que su mirada se iluminara al sentirse completamente colmada por él, fue como si fueran dos partes de una pieza y encajaran perfectamente; apretó los labios para no gemir, mientras sentía que él empujaba en su interior, hundiéndola contra el colchón, a un ritmo que le resultaba doloroso y excitante al mismo tiempo.

—Despacio… —pidió rozándole los labios, al sentir que él separaba más sus piernas, buscando espacio para llegar más profundo—. Diego, por favor —pronunció, acariciándole los oscuros tatuajes y dejando caer un par de besos en el cuello grueso, donde se apreciaban con facilidad unas venas.

Él bajó un poco el ritmo, apoyándose en sus codos, para liberarla del peso de su cuerpo. La verdad era que nunca había estado con una mujer como ella y comenzaba a sospechar que tenía razón, que no podía tratarla como a las otras mujeres con las cuales se había acostado; suspiró, drenando su ansiedad mientras la besaba, pero sin llegar a ser tierno.

Deborah se sentía cada vez más cerca, a punto de caer en ese instante donde apenas rozaba con sus dedos el éxtasis, pero no lograba alcanzarlo, extrañó el ritmo contundente que él llevaba minutos atrás, se descubrió deseándolo una vez más. Empezó a moverse a contra parte de Diego, dejando en libertad sus gemidos, para excitarlo, a los hombres les gustaba eso.

—Me voy —anunció en medio de un jadeo.

—¡No! Todavía no —ordenó él, moviéndose con agilidad para separarse de ella y le dio la vuelta, poniéndola sobre su estómago.

Se acomodó el condón, que se había deslizado por los movimientos, le acarició las perfectas nalgas, disfrutando de esa sensación nueva para él, pues no había tocado unas iguales en sus veinticinco años; eran blancas y suaves, como las de los bebés. Ella se removió, intentando escapar de esa posición y él descubrió el motivo enseguida.

—Quieta… quieta —susurró a su oído.

—Por allí no. —Le advirtió, mirándolo por encima del hombro y al ver la sonrisa perversa de él, sintió miedo—. Por favor… Diego —pidió con la voz trémula.

—Así es como me gustas, Deborah… Suplicándome, mansa como una paloma. —Le acarició

la espalda, bajando hasta las nalgas, sintiéndola temblar y llegó de nuevo a la vulva.

Deslizó su erección por los labios húmedos e hinchados que intentaron succionarlo en cuanto estuvo allí y volvió a entrar en ella, haciéndola estremecer cuando se hundió. Sus pieles se estrellaron, creando un sonido excitante que le calentó la sangre, comenzó a morderle con suavidad la nuca, bramando al sentir que no tardaría en correrse.

Deborah sintió que el alivio la llenaba de golpe y se relajó, dejándose envolver por la bruma que el deseo creaba en torno a ella, sentía la respiración pesada de Diego, estrellarse en su nuca y los dientes clavárseles en la piel, el dolor le recorría toda la columna, desencadenando estremecimientos que la humedecían más. Inspiró, intentando conseguir un poco de aire, pues la presión que ejercía el cuerpo de él sobre el suyo, se lo impedía.

—Tócame… Necesito… necesito que me toques —rogó, sintiendo que ese orgasmo que crecía dentro de ella, iba a destrozarla, pero no terminaba de llegar.

—Tú mandas allá afuera, en esta cama mando yo —advirtió, sujetándole las manos, para que no pudiera hacerlo ella.

—Por favor… por favor —suplicó, empujando sus caderas, estaba desesperada por correrse.

Diego sonrió contra la piel de su hombro y apoyando las manos en la delgada cintura, se lanzó en una carrera frenética, entrando y saliendo, arrancándole gritos y jadeos cada vez que le golpeaba las nalgas. Sintió cómo su miembro se tensaba, listo para desahogarse y en ese instante, llevó su mano hasta el clítoris de Deborah para presionarlo, jugando un poco.

Ella echó la cabeza hacia atrás, cuando el orgasmo empezó a recorrerla, elevándola; un intenso calambre viajó a través de su columna y todo su cuerpo comenzó a convulsionarse, mientras su intimidad era asaltada por él, sin contemplaciones y su garganta se desgarró en un grito, cuando estalló, corriéndose como nunca antes lo había hecho.

En medio de la neblina del placer que la cegaba, sintió que él se tensaba y vibraba en su interior, descargándose, sometiéndola a la tortura de los dientes, mordiendo su nuca con más fuerza y sus manos apretándole las nalgas.

Después de eso, salió de ella, dejándose caer a su lado y pudo sentir cómo estremecimientos tan poderosos como los que ella vivió, lo atravesaban a él también.

Después de varios minutos, la lucidez había regresado a los dos. Ella se movió, quedando de lado, sintiendo su cuerpo aún débil y cubierto de sudor, respiró profundamente, para ayudar a que los latidos de su corazón se sosegaran un poco.

Se levantó, quedando sentada al borde de la cama.

—¡Hey! ¿A dónde vas? —preguntó Diego, desconcertado.

—De regreso a mi habitación —contestó, poniéndose de pie y recogiendo el kimono del suelo.

—¿Ya? —inquirió de nuevo, con el ceño fruncido.

—Sí, ¿acaso esperabas que me quedara aquí toda la noche? —cuestionó con burla, mirándolo por encima del hombro.

Él no respondió, solo tensó la mandíbula, mirándola con resentimiento y se sentó, apoyando la espalda en la pared. No deseaba demostrarle que lo jodía esa actitud, pero por dentro se lo llevaba el diablo. Debió saberlo desde que la vio allí, que solo había ido para quitarse las ganas, lo había usado.

—¿Qué sucede? —cuestionó, mirándolo con lástima y después sonrió de manera perversa—. ¡Ay, pobre Diego!… No me digas que ahora harás un berrinche como un niño chiquito —inquirió, mirándolo con evidente sorna.

—Lárgate de aquí antes de que te agarre de nuevo y termines lamentándolo —masculló, sin ocultar su rabia.

—No lo creo… El acuerdo era una vez y ya la tuvimos. No puedo quejarme, eres bueno, aunque dudo que repitamos. —Caminó hasta la puerta, abriéndola—. Adiós, Diego Cáceres. Que duermas bien y gracias por el polvo —agregó, lanzándole un beso con la mano y después de eso salió, cerrando la puerta.

Él se quedó mirando la hoja de manera, mientras por dentro maldecía a Deborah Wallis y a él mismo por ser tan estúpido, se puso de pie, lanzando las almohadas contra la puerta. Después de drenar un poco la rabia, caminó hasta el baño, una ducha no le vendría mal, para contraatacar el calor que las burlas de ella habían despertado en él y también el deseo que parecía volver con la misma contundencia de minutos atrás y lo llevó a jurarse que volvería a tenerla, como que se llamaba Diego Cáceres.

CAPÍTULO 18

Había llegado el último miércoles del mes y como siempre, Rebecca Freeman cerraba la cafetería para dedicarse todo el día a hacer el inventario, junto a los tres empleados de mayor confianza y quienes eran casi parte de su familia. A decir verdad, la única que le quedaba, pues habían trabajado para su padre desde que era una niña.

Ese día también hacían una limpieza más profunda, ya que el ajetreo diario no les dejaba tiempo sino para una superficial y siendo un lugar de comida, no podían darse el lujo de que algún cliente se quejara por el aseo del local.

Sus pies se deslizaban de un lugar a otro, aprovechando el agua de jabón que habían lanzado al piso para cepillarlo, sujetándose a la barra para no terminar estrellándose en el piso y dándose un buen golpe. Traía el cabello recogido con una cola de caballo en lo alto de la cabeza, un short de jeans desgastados, que apenas le cubrían los muslos y una camiseta negra sin mangas, anudada a la cintura, con la imagen de *Bob Marley*.

—Deja de hacer eso o terminarás cayéndote.

La regañó Mary Dafoe, mientras la veía hacer peripecias, como si estuviera patinando sobre hielo. La mujer de color, contextura robusta y cabello blanco, que delataban su verdadera edad, pues su rostro aún lucía lozano, prácticamente había reemplazado a los padres de Rebecca, cuando la joven quedó sola en el mundo con apenas diecinueve años.

—Que va, ya soy una experta —contestó deslizándose y fue atajada por Louis, antes de estrellarse con unas mesas.

—Te vas a llevar una medalla de oro en las próximas olimpíadas —indicó él, con una sonrisa de burla. Era el hijo de Mary y casi un hermano para Rebecca, quien aunque fuera su jefa, jugaba con él de ese modo.

—Será mejor que nos demos prisa o pasaremos todo el día aquí y tengo un asunto que atender más tarde.

Freddy se acercaba con una caja de servilletas, cuidando de dónde pisaba para no terminar en el suelo; se le veía agotado y apenas era media mañana. El sudor manchaba las axilas de su impecable camiseta de algodón blanca. Aunque vivía solo desde que su mujer murió en un accidente, había conseguido encargarse de una casa, dos adolescentes y una niña, por quienes cada día se partía el lomo trabajando y al mismo tiempo, dedicándole tiempo de calidad, para que no fueran a descarrilarse.

—¿Un asunto? ¿Será por casualidad con Ingrid? —preguntó Louis con una sonrisa ladina, recibiendo la caja.

—No es tu problema —advirtió, con el ceño fruncido.

—No tienes que molestarte Freddy, es simple curiosidad. —Intervino Rebecca, sonriendo con picardía.

—¡Hey ustedes dos! Ya dejen al pobre hombre en paz y manos a la obra, que nos queda mucho por hacer.

La voz de mando de Mary hizo que todos adoptaran posiciones militares y regresaran a lo que hacían, aunque los más jóvenes no dejaban de reír y jugar como si fueran niños. Ya Rebecca era una mujer de veintiséis años y Louis tenía veintiocho, él estaba pronto a graduarse, pero ella

había tenido que renunciar a sus sueños de estudiar arte, porque el dinero destinado a ello se usó para costear los tratamientos del cáncer de su madre.

Al final, la enfermedad terminó llevándosela, después de casi tres años de lucha, donde la fortuna familiar quedó en las arcas de los hospitales. Solo les quedó ese pequeño restaurante y un montón de deudas. Su padre le prometió que recuperaría el dinero y que ella podría cumplir su sueño de ser una gran escultora como su adorada *Camille Claudel*.

Sin embargo, nada de eso sucedió, porque William Freeman murió dos años después de que lo hiciera su mujer, dejando a su hija ahogada en deudas y con sus esperanzas rotas. Rebecca no tenía más familia a quien acudir, porque su padre fue huérfano y su madre fue rechazada por sus padres, al quedar embarazada de ella. No aceptaron la relación y tampoco se acercaron a ella ni siquiera cuando se enteraron de la enfermedad que padecía.

—Pongamos un poco de música —mencionó Rebecca.

—Sí, por favor Becca. El velorio de mi bisabuela estuvo más animado que este lugar. —La apoyó Louis, mientras organizaba los estantes más altos, montado sobre un banco de madera.

—¡Muchacho, respeta a los muertos! —Le reprochó Mary, mirándolo con asombro, mientras negaba con la cabeza, ese hijo suyo nunca crecería. Miró a Rebecca—. Pon algo de música hija, pero que no sea nada escandaloso, de eso que les gusta a los jóvenes hoy día —pidió, pasándose un pañuelo por la frente, para secarse el sudor y continuó ordenando los vasos que había dejado impecables.

Rebecca asintió en silencio, caminando hacia el reproductor de música, que estaba en el mueble junto a la caja registradora, tomó la lista de discos compactos apilados y los fue pasando, pues ninguno era de su agrado en ese momento, al final dio con el indicado, mostrando una gran sonrisa, lo puso en la bandeja para cd y después de unos segundos, el lugar se llenó de las notas de *Uptown Funk,* ella se levantó y comenzó a moverse al ritmo, mientras caminaba. Louis se acercó por detrás, uniéndose al baile, mientras cantaba imitando a *Bruno Mars*.

—¡Vamos Becca! Mueve ese cuerpo. —La instó, moviéndola por los hombros y riendo.

—***I'm too hot… hot damn… Called a police and a fireman… I'm too hot…hot damn… Make a dragon wanna retire man, I'm too hot, hot damn… Say my name you know who I am.*** —Rebecca cantaba, sintiéndose animada y le dio pista para que Louis continuara.

Mary y Freddy miraban a ese par divertirse en grande, Louis se acercó hasta su madre, siguiendo la coreografía de la canción y la tomó por la pronunciada barriga, ella intentó resistirse, pero el encanto de su hijo era demasiado poderoso para hacerlo, había heredado el humor y lo apuesto del padre.

—***Girls hit your hallelujah ¡whoo! Girls hit your hallelujah ¡whoo! Girls hit your hallelujah ¡whoo!*** —Louis caminó, llevándola con él para hacer un tren junto a Rebecca y por último la exótica morena con rasgos asiáticos, capturó a Freddy, tomándolo de la cintura para unirlo al baile.

'Cause uptown funk gon' give it to you
'Cause uptown funk gon' give it to you
Saturday night and we in the spot
Don't believe me just watch (come on).

Se olvidaron por unos minutos del trabajo y de las complicaciones que cada cual llevaba sobre sus espaldas, o de las penas que habían atravesado en el pasado, las mismas que habían compartido siempre, como una familia.

Mary los sorprendió, demostrándoles que, a pesar de tener casi setenta años, podía mover sus

caderas con la destreza de una chica de treinta y Freddy, animado por los retos que le hacía Louis, hizo un par de pasos y también mostró que tenía lo suyo.

—¡Vaya! Con razón Ingrid está loca por ti —comentó Rebecca riendo y al ver que el hombre se sonrojaba, se acercó para abrazarlo, dándole un beso en la mejilla.

Al pobre Freddy se le notaba mucho, pues su piel a pesar de estar curtida por el sol seguía siendo muy blanca. Frunció sus espesas cejas pelirrojas, pero se dejó conquistar por la ternura de Rebecca y le regaló una sonrisa tímida.

—Yo pensé que solo era por la buena sazón que tiene, ya saben, por aquello que dicen de que a las mujeres se les conquista con la comida —pronunció Louis, riendo a costa de su amigo.

—Eso funciona más con los hombres —acotó Mary, riendo y dejó libre un suspiro—. No en vano tu padre me aguantó durante cuarenta y cinco años y una de las cosas que dijo antes de morir fue, que lo que más extrañaría, serían mis comidas. —Agregó, mostrando un poco de nostalgia.

Su Martin se había marchado, hacía ya cinco años, pero para ella, el tiempo se había detenido en ese momento y seguía extrañándolo como si apenas acabase de dejarla. Aunque todos los días se esforzaba por no dejarlo ver a sus hijos, no era fácil adaptarse a una vida, sin tener a su lado al hombre que la acompañó por tanto tiempo.

—Bueno, bueno… Ya basta de perder el tiempo, manos a la obra, que nos queda mucho por delante —esbozó, retomando su habitual energía y los instó a todos a seguir.

Dio un par de palmadas para sacarlos de la elipsis donde se habían sumergido; de los allí presentes, todos habían tenido pérdidas importantes en sus vidas, que seguían doliendo, pero la vida no podía detenerse para los que quedaban en pie.

◆◆◆

El agua caliente se deslizaba por las estilizadas curvas de la figura de Deborah, mientras ella con los ojos cerrados, intentaba bloquear los recuerdos de lo sucedido la noche antes, aunque su cuerpo no se lo permitía.

Allí estaban presentes muchas de las sensaciones que experimentó entre los fuertes brazos de Diego Cáceres, sometida por él bajo su peso y ese calor que estuvo a punto de calcinarla, en cada roce de sus manos.

—¡Por Dios, Deborah, no seas estúpida! Estás exagerando, el hombre estuvo bien… se portó a la altura, pero de allí a que estés sintiendo todo esto y no puedas sacártelo de la cabeza, es absurdo —dijo en voz alta y tomó la esponja para frotarse el gel de baño por segunda vez, creyendo que quizás eso se llevaría todo lo que seguía experimentando.

Estuvo en la ducha diez minutos más, recordó que se le hacía tarde para ir a la oficina, pues se había quedado dormida. La sesión de sexo la dejó tan relajada, que apenas tuvo fuerzas para darse un baño rápido que se llevara el sudor.

Sin embargo, debía apurarse, porque se estaba tardando mucho y lo último que deseaba era darle motivos a su padre para que la molestara por el retraso. Concentrarse en el trabajo, sería la manera perfecta de alejar al jardinero de sus pensamientos, poner distancia entre los dos.

Así, cuando se volvieran a ver, actuaría de manera casual, como si entre ellos dos no hubiera sucedido absolutamente nada.

Salió del baño y se le presentó otro problema, el imbécil de Diego le había dejado marcas en la nuca, cuando la mordió allí, mientras tenía su orgasmo, así que debía buscar con qué cubrirlas.

Caminó al armario, dejando escapar un suspiro cargado de fastidio y lo primero que buscó fue

su ropa interior.

—¡Maldita sea! —exclamó, sintiéndose frustrada por no hallar una ropa acorde, cerró los ojos, armándose de paciencia, debía concentrarse—. Recuerda cobrarle la gracia Deborah, ahora tendrás que mantener a Maurice a distancia también, pues como llegue a darse cuenta, montará el drama del año.

Tomó una blusa de seda en color rosa palo, que tenía el cuello alto, sin mangas y sin perder más tiempo, buscó algo con lo cual combinar, terminó por escoger una falta en un rosa más claro, casi blanco y una chaqueta que le hiciera juego.

Bajó las escaleras, con más prisa que de costumbre. Si no se apuraba, llegaría tarde a la oficina; por suerte encontró a Maurice hablando con otra de las empleadas en el salón y no tuvo que ir a buscarlo a la cocina, todavía no se sentía preparada para ver a Diego Cáceres y menos frente a otras personas.

—Buenos días, Maurice. Tengo un poco de prisa —indicó, mirándolo a través de sus anteojos oscuros.

—Buenos días, vamos —contestó, entregándole una sonrisa.

Le encantaba ver que Deborah se estaba tomando muy en serio lo de su labor en la empresa, sabía que era una mujer responsable y capaz, pero temía que los desprecios de su padre pudieran afectar su empeño en seguir.

Era consciente de que el miserable de Dominic le estaba poniendo todo cuesta arriba; sin embargo, su mujer era extraordinaria y no se dejaría vencer tan fácilmente. Eso podía asegurarlo.

—¿Todo bien? —preguntó, al verla tan tensa.

—Sí… sí claro, es solo que me quedé dormida y no deseo llegar tarde, sabes cómo es mi padre con la puntualidad —respondió, intentando no mostrar los nervios que esa pregunta de la nada le provocó.

—No te preocupes, haré que llegues a tiempo —acotó, sonriéndole a través del espejo retrovisor y aceleró.

En casi la mitad del tiempo, se encontraba en el estacionamiento subterráneo de la empresa, tomó su bolso y esperó a que Maurice bajara, para que le abriera la puerta como tenían por costumbre, elevó el rostro, buscando su mirada, al ver que él no salía del auto.

—¿Qué sucede? —inquirió, desconcertada.

—¿No me darás mi beso de buenos días? —contestó con otra interrogante, mientras se acercaba a ella.

Deborah suspiró, sintiéndose aliviada, por primera vez en su vida se sentía nerviosa por haber estado con otro hombre. Era como si sintiera que todo el mundo podía leer sus pensamientos y supieran que la imagen de Diego seguía ocupándolos.

Posó sus labios sobre los de Maurice, pero él no la dejó escapar tan rápido, mantuvo el beso cerca de un minuto y hubiera sido más, si ella no le hubiese recordado que debía ir a trabajar.

CAPÍTULO 19

La jornada en la empresa la había dejado agotada, pasó todo el día en reuniones, que parecieron interminables y se sentía luchando contra la corriente. Los trabajadores de la planta que había seleccionado para empezar a buscar nuevos productos, que fueran bien dentro del catálogo y de lo que deseaba, no le estaban colaborando mucho, no tenía que ser adivina para saber que la mano de su padre estaba en todo eso.

Era evidente que deseaba ponerle las cosas cuesta arriba, para que ella terminara dejándose vencer, pero no le daría el gusto, no había nacido el primer hombre que le pusiera el pie encima y Dominic Wallis no lo sería. Entró a su estudio, dejando caer el maletín sobre el diván negro de terciopelo, fue el único de los antiguos muebles que dejó allí, le tenía un cariño especial, pues era el fiel testigo de sus encuentros con Maurice.

—Ni siquiera te tengo aquí para que me consientas, como siempre haces —pronunció en voz alta, al encontrarse allí sola.

Extrañaba a su habitual amante, pues, aunque había tenido sexo la noche anterior con Diego Cáceres, éste no le daría nunca el trato que le daba Maurice, su breve encuentro ya se lo había dejado claro.

Se llevó una mano a la nuca para masajearlo un poco, pero la presión lastimó la mordida que le había dado el salvaje jardinero y una vez más, lo maldecía en pensamientos.

Miró a través del ventanal y su vista se topó de inmediato con la figura masculina que había ocupado su mente, durante gran parte del día. Su cuerpo se cargó de energía al verlo sudado, con el torso desnudo y unos ajustados jeans azul marino.

El recuerdo de ese pecho fuerte, rozando su espalda mientras la penetraba con intensidad, hizo que la sangre en sus venas se calentara en cuestión de segundos.

—Bueno, puede que no me trates como lo hace Maurice, pero estoy segura de que en este momento conseguirías relajarme, después de todo, anoche quedé rendida en cuanto me metí en mi cama. —Rozó sus labios con los dedos y después esbozó una sonrisa cargada de malicia.

Un toque en la puerta la sustrajo de su fantasía, se volvió para mirar la hoja de madera cerrada, sin dar la orden de seguir y caminó para tomar asiento en su escritorio. Nadie podía descubrir que espiaba a Diego, mientras trabajaba.

—Adelante —ordenó, encendiendo su computador.

—Permiso señorita Deborah, le traigo el jugo de moras que pidió —mencionó Katherine, entrando al lugar.

—Gracias, ponlo allí por favor —indicó de manera distraída y antes de que la chica saliera, la detuvo—. Katherine… Quiero una docena de rosas blancas, ya las otras están marchitas.

—Por supuesto señorita, enseguida se las traigo. —Le dio la espalda para salir y hacer lo que le pedía.

—No, que las traiga el hijo de Roberto…

Katherine se detuvo en seco, antes de abrir la puerta y se volvió para mirar a Deborah, sin poder esconder su asombro. La miró a los ojos, para comprobar que hablaba en serio.

—¿Diego? —preguntó, desconcertada.

—Sí, él —contestó con dureza, no le había gustado que ella lo llamara por su nombre. Le

mantuvo la mirada para intimidarla y continuó—: necesito pedirle algo para mi padre, algo relacionado con las orquídeas, así que ve y dile que venga.

—Como usted diga.

Katherine bajó la cabeza y salió del despacho, sintiendo que el corazón se le encogía de dolor, la actitud de la hija de su patrón solo gritaba una cosa: Deseaba llamar la atención de Diego, como si no fuera suficiente con tener la de Maurice. También buscaba la del otro hombre, que le había resultado atractivo dentro de esa casa.

«Cada vez te odio más, Deborah Wallis. Ojalá y Diego te dé un buen plantón, él no es como los demás hombres con los que juegas.»

Pensaba, mientras se dirigía hasta el jardín, para darle el recado a Diego. Sabía que no podía negarse a hacer lo que le pidió su jefa, pero mantenía la esperanza de que al menos él no cediera, si ella comenzaba a insinuársele, aunque en el fondo, lo dudaba.

Deborah se asomó de nuevo para mirar hacia el jardín, vio a la insulsa de Katherine acercarse a Diego y sonreírle como una tonta, él bajó de la escalera donde se encontraba podando los árboles y le entregó una de esas sonrisas sensuales y perversas que parecían ser parte de su repertorio de conquistas, pues con ella también las había usado.

Dejó escapar un suspiro, para drenar la molestia que ese gesto le causó y aunque intentó alejarse del ventanal, para no seguir presenciando la escena, no pudo.

Notó que él recibía la noticia con algo de desconcierto, pero segundos después, caminó hasta una cubeta con agua y se lavó primero las manos, para después mojarse el rostro y el cabello. Lo vio secarse con un trapo que traía amarrado a la cintura y después ponerse una camiseta de algodón, cuello redondo, negra, que se le ajustaba a cada músculo del torso y los brazos.

Deborah descubrió que no era la única que lo miraba de manera lasciva, la estúpida de Katherine también parecía querer comérselo con los ojos. Se alejó de la ventana, sintiéndose furiosa cuando lo vio desaparecer entre el rosal, seguido por la morena que parecía una perra faldera.

Diez minutos después, escuchó un llamado a la puerta y por la manera en que lo hacían, supo que era él. Su toque no era mesurado; por el contrario, se escuchaba fuerte y decidido. Respiró profundamente, mientras se reprochaba por dejar que sus latidos se aceleraran de esa manera.

—Adelante. —Fijó la mirada en la pantalla, para mostrarse casual, mientras se repetía que debía controlarse.

—Sus rosas —mencionó Diego, con tono adusto.

—Gracias… Puedes dejarlas en esa mesa —señaló la que se encontraba en una esquina del lugar.

—¿Me necesitaba para algo más? —preguntó él, sin andarse con rodeos, después que dejó el jarrón con las flores.

—Veo que aún sigues molesto conmigo —pronunció ella con voz melosa y se puso de pie para acercarse a él.

—Molesto no sería la palabra, tal vez defraudado… Pensé que era más arriesgada, más mujer. —Lanzó su estocada.

—¿Qué edad tienes, Diego? —inquirió con una sonrisa ladina y aprovechó la cercanía para rozarle el pecho.

—¿Y eso qué importa? —cuestionó, mirándola con recelo.

—Es que actúas como un niño y comienzo a preocuparme, quizás me he acostado con un chico menor de edad —contestó, mirándole los labios, mientras creaba un camino con dos de sus dedos hacia el abdomen de él.

—Creo que ayer te demostré que soy un hombre y hasta te hice suplicarme para que te hiciera correr. —Le detuvo la mano, sujetándola con fuerza por la muñeca, no dejaría que jugara con él de nuevo—, pero si tienes dudas, puedo darte otra lección en este mismo instante —pronunció, tomándola por la cintura con fuerza y pegándola a su cuerpo, dispuesto a besarla.

—No, este no es el momento ni el lugar adecuado —dijo ella, ladeando el rostro, para evitar que la besara.

Lo vio molestarse y suspiró, armándose de paciencia. Le tomó el rostro para mirarlo a los ojos, descubriendo que no eran negros como creía, tenían cierto tono verde, aunque era muy oscuro para poder distinguirlo, si no se le miraba de cerca, suponía que la luz que entraba por el ventanal y se le reflejaba en el iris, también ayudaba a que pudiera apreciarlo.

—No me gustan los juegos —mencionó él, con determinación, manteniéndole la mirada.

—Esto no es un juego —susurró Deborah y le soltó la cara, para retomar su postura controlada —. Alguien puede entrar y encontrarnos… Mi padre por ejemplo y dudo que desees que algo así ocurra —agregó, alejándose de él.

—¿Entonces para qué me llamaste? —preguntó de nuevo.

—Porque deseaba verte y saber si aún seguías enfadado por lo de anoche —respondió, con un tono de voz sumiso.

—Perfecto, ya me viste y descubriste que continúo molesto, ahora me voy… Con su permiso, señorita Wallis. —Le dio la espalda y caminó hasta la puerta para salir.

Ella sentía que ese afán de él por resistirse, solo la excitaba más, le encantaba que, por primera vez en su vida, pudiera tener un desafío y no lo dejaría escapar tan fácil, menos después de haberle demostrado lo bueno que era en la cama.

—También quería sugerirte que dejaras la puerta de tu habitación abierta… Por si esta noche requiero de tus servicios.

Él negó, con la cabeza gacha, intentando esconder la sonrisa que se dibujó en sus labios. Volvió medio cuerpo y la miró, elevando una ceja, no necesitó decir nada más, eso era un sí.

◆◆◆

Dominic Wallis acababa de llegar a su casa, después de tener un día complicado en la oficina y a raíz de una discusión con Silvya, no se quedó esa noche con ella. Caminaba hacia su despacho para dejar el maletín, mientras se aflojaba la corbata, cuando vio salir al hijo de Roberto, del salón donde Deborah había instalado su estudio.

No le gustó en absoluto la presencia de ese hombre dentro de la mansión y menos en el lugar donde trabajaba ella. De inmediato, la furia con la cual abandonó la oficina y que se había aplacado durante el trayecto, recobró vida, haciéndose más intensa. Dejó que el hombre pasara de largo, sin delatarle su presencia, ya después ajustarían cuentas, su objetivo en ese momento se centraba en Deborah. Se dirigió hasta la puerta por donde había salido el jardinero y sin llamar, la abrió.

—¿Qué hacía ese hombre aquí? —preguntó a quemarropa.

Deborah se sobresaltó ante la intromisión de su padre en el estudio, lo miró con los ojos muy abiertos por su actitud y la interrogante que le había formulado, se aclaró la garganta para darle una respuesta sin titubear.

—¿Qué hombre? —Hizo la pregunta, para ganar tiempo.

—No me creas estúpido, Deborah. Sabes bien de quién te hablo. El hijo de Roberto, ¿qué hacía aquí dentro? —cuestionó una vez más, mirándola a los ojos.

—Vino a traer esas rosas —contestó, aparentando que no le daba importancia al asunto.

—¿Y acaso eso no es trabajo de las mujeres de servicio?

—Sí, aunque él es el encargado del jardín —contestó ella, encogiéndose de hombros y poniéndose de pie para marcharse.

Esa actitud exasperó mucho más a Dominic, quien se acercó hasta Deborah, impidiéndole salir, tomándola con fuerza del brazo. Ella se volvió a mirarlo, con asombro.

—Te voy a decir esto solo una vez Deborah: te he pasado por alto muchas cosas, tus amoríos con la mitad de los hombres de Nueva Orleans y que andes en boca de todos, pero no voy a permitir que sigas ensuciando el apellido Wallis. Ya tu madre lo hizo bastante, así que piensa bien lo que haces, porque puedes terminar arrepintiéndote.

—¿Por qué siempre viene con lo mismo? ¿Por qué buscar cualquier ocasión para humillarme como se le da la gana?

—Porque tú no mereces un trato diferente, no te lo has ganado, eres igual a tu madre… Una zorra y una desvergonzada —espetó, mirándola con desprecio.

—¡Ya cállese! Deje de hablar de mi madre de esa manera… Respete su memoria —exigió, soltándose del agarre.

—¿Qué? ¿Acaso te duele la verdad? Porque esa es la verdad, Christie no era la santa que crees, era igual que tú… Has heredado eso de ella, no podía vivir sin tener a un hombre entre las piernas y no le importaba quién fuera… Era una ninfómana, una enferma —decía con toda la intención de herirla.

—¡Ya basta! ¡Basta! —gritó, dejando que el llanto que la ahogaba se escapara y rodara por sus mejillas—. Usted hizo la vida de mi madre un infierno y pretende hacer lo mismo conmigo, pero no se lo voy a permitir.

—¿Que no me lo vas a permitir? —inquirió, sujetándola del brazo de nuevo, con fuerza—. Mientras vivas en mi casa, vas a hacer lo que se me dé la gana, ya he aguantado muchas de tus altanerías… No me hagas tratarte como años atrás, Deborah. —La amenazaba, apretando con fuerza el delgado antebrazo.

—Atrévase y verá de lo que soy capaz… Ya no soy una chica a la que puede encerrar en su habitación y manejar a su antojo. Ese tiempo se terminó, así que analice usted lo que hace, porque puede pesarle —mencionó con determinación y se soltó de un tirón, empujando a Dominic con la mano libre.

—Si fueras inteligente, no me declararías la guerra —advirtió, con la voz fría, al tiempo que la miraba con rabia.

—Y si usted lo fuera, entendería que tampoco le conviene declarármela a mí, porque somos iguales, yo también estoy dispuesta a lo que sea por conseguir lo que quiero y usted no será quien me lo impida… Padre —mencionó, dándose la vuelta para salir, pero antes de hacerlo, se volvió a mirarlo—. Y mi madre no era ninguna enferma y si buscaba en otros hombres lo que usted no le daba, estaba en su derecho, no piense que voy a criticarla por ello… Después de todo, el que esté libre de pecados, que lance la primera piedra.

Se marchó, lanzando la puerta con fuerza, provocando que se estrellara con un golpe seco y el sonido junto a sus palabras, quedaron vibrando en el ambiente, mientras Dominic se llevaba las manos a la cabeza, sintiéndose acorralado y sin salida.

Dominic salió de allí como si se lo llevara el diablo, caminó sin detenerse a ver ni escuchar a nadie, aunque el peso que llevaba en su espalda, a causa de las acusaciones de Deborah, intentaba aplastarlo a cada paso que daba.

Entró a su habitación y comenzó a caminar de un lado a otro, como una fiera enjaulada, sabía

que no podía sentarse o acostarse, porque todas sus murallas se vendrían abajo, así que decidió que lo mejor era entrar al baño y darse una ducha, el agua se llevaría todo.

Se despojó de su ropa, descargando en ésta toda la rabia que sentía, mientras luchaba por sacar de su cabeza la voz de ella, trayéndole esos recuerdos de los cuales deseaba escapar, pasó de largo el espejo, sin ver su reflejó en él y se metió bajo el agua helada de la regadera. Ni siquiera supo en qué momento las lágrimas que le hacían girones la garganta, comenzaron a brotar de sus ojos, confundiéndose con el agua.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —exclamó, golpeando con el puño cerrado la pared frente a él, sin percibir el dolor en la mano, pues el que sentía en el pecho era mucho peor.

Se apoyó con sus antebrazos en la pared, mientras hundía el rostro contra éstos y dejaba de lado la coraza que siempre usaba, se permitió ser vulnerable y llorar como hacía tiempo no lo hacía, dejando libre todo lo que llevaba por dentro y de lo cual no podía liberarse por más que luchara.

◆◆◆

Llevaba casi dos horas estacionado dentro de su auto, a un lado del camino que llevaba a los pantanos, lo había hecho en un desvío que lo ocultaba de los autos que transitaban por la carretera principal, sabía que en esa dirección había varias casas que pertenecían a familias pobres o de clase media, que preferían vivir a las afueras de la ciudad, porque los servicios eran más económicos y también era más tranquilo.

Algunos de sus trabajadores lo hacían y fue gracias a dos de ellos que se enteró de que Christie visitaba con frecuencia una casa en esa zona. Por supuesto, no se lo dijeron directamente, él los escuchó, mientras murmuraban las aventuras de su mujer con un hombre joven, un trabajador del aserradero, con quien la señora Wallis pasaba las tardes encerradas, algunos días a la semana y las risas burlonas fueron el detonante para que él investigara sobre ello.

Deslizaba sus dedos sobre la piel oscura y el cañón de su revólver Taurus, sin despegar la mirada del camino, a la espera de ver el auto de su mujer; tenía toda la intensión de seguirla, para encontrarla junto a su amante y matarlos a los dos. A cada minuto que pasaba allí, la ira dentro de él crecía y su imaginación le hacía crueles jugarretas, al imaginarla acostándose con otro hombre, burlándose de él, como siempre.

De pronto vio el celaje del convertible rojo, que iba en dirección a la ciudad y no hacia la ruta que llevaba a los pantanos, eso lo desconcertó, pues ya tenía un plan trazado. Necesitaba saber dónde vivía el desgraciado, para poder mandarlo al infierno y tener las pruebas suficientes para hacerlo con ella también, ya no podía seguir en esa situación.

—No me vas a engañar de nuevo… No voy a creer en tus lágrimas de mentira otra vez Christie, hasta hoy te dura la buena suerte… hasta hoy —esbozó, encendiendo el auto.

Lo puso en marcha, con una velocidad exagerada, que hizo patinar los neumáticos en el camino de tierra, provocando una nube de polvo y tomó el camino hacia la ciudad, para ir tras ella. La velocidad que llevaba hizo que la alcanzara justo antes de entrar a la casa, vio que ella lo miraba a través del espejo del retrovisor, mostrándose nerviosa de inmediato.

La siguió por el camino que llevaba a la mansión y estacionaron casi al mismo tiempo, los dos contaban con choferes, pero esa tarde cada uno había decidido conducir por cuenta propia y eso ya los ponía bajo sospecha a ambos.

—Entra a la casa —le ordenó, mirándola con desprecio.

—¿De dónde vienes? —preguntó ella, nerviosa.

—Del mismo lugar de donde lo haces tú… Ahora, entra. No volveré a dar un espectáculo delante de los empleados.

La tomó del brazo, halándola con fuerza, mientras caminaba de manera apresurada, intentando escapar de las miradas intrigadas de los sirvientes; algunos no podían disimular la lástima que le tenían y eso lo enfurecía aún más. Subió las escaleras y caminó hasta la habitación, que le hacían creer a todos que compartían.

—¿Qué demonios te ocurre, Dominic? —preguntó ella, una vez que estuvieron solos.

—¿Que qué me ocurre? ¿Quieres saber en verdad lo que me ocurre, Christie? —Demandó, acercándose a ella de manera amenazante—. ¿Por qué no intentas adivinarlo? O mejor, ¡¿por qué no me dices toda la verdad, maldita mentirosa?! —Explotó, tomándola por los brazos, para zarandearla con fuerza.

—¡Suéltame!… ¡Suéltame, Dominic! —Comenzó a gritar, intentando zafarse de la presión que le ejercía.

—Te voy a soltar… Lo voy a hacer, para que te largues de esta casa ahora mismo —espetó, liberándola con brusquedad.

Christie abrió los ojos con asombro y comenzó a temblar, sabía que no tenía nada y que, si él la echaba de allí, terminaría en la calle y moriría de hambre. Nadie se atrevería a darle cobijo, porque eso sería enemistarse con el dueño de media ciudad.

—No me iré a ningún lado. —Sentenció, mirándolo de manera desafiante.

—¿No lo harás? —preguntó, con los dientes apretados.

—No, no lo haré. —Confirmó, manteniéndole la mirada.

—Entonces, me tocará sacarte por la fuerza.

—Vas a tener que matarme. —Advirtió.

Él la miró en silencio, cerca de un minuto, mientras en su interior luchaban cientos de emociones. Su cuerpo estaba cubierto de sudor y su respiración era agitada, sentía los latidos de su corazón golpeando con fuerza dentro de su pecho y de manera molesta en las sienes.

—Si eso es lo que quieres —pronunció, llevándose la mano a la espalda, por debajo del saco y extrajo la pistola.

Christie dio un respingo, alejándose de él y su cuerpo empezó a temblar de manera involuntaria, los colores abandonaron su rostro, al tiempo que miraba con miedo y asombro a Dominic.

—No vas a lastimarme… No vas hacerlo —balbuceó, dando un paso hacia atrás, llevándose una mano al pecho.

—Lo que te haga, no será ni la mitad de lo que tú me has hecho a mí. Te quiero fuera de esta casa ¡Ahora!

—Tengo… tengo que recoger mis cosas y buscar a Debbie —pronunció con voz temblorosa.

—Ella se queda —mencionó él, mirándola a los ojos.

—No, ella es mi hija y no vas a separarnos —dijo, negando con la cabeza y el llanto se hizo presente.

—Dije que ella se queda. —Acercó su rostro al pálido de Christie y continuó—: te vas tú y lo harás como llegaste a esta casa, con las manos vacías… Solo con lo que llevas puesto.

—Me iré, pero a mi hija me la llevo, no la dejaré para que la sigas maltratando. Tú ni siquiera la miras y ahora quieres que te la deje… ¡Pues no! —exclamó, sin dejarse intimidar.

Caminó con determinación hacia la puerta, pero cuando estaba por llegar, él la tomó de la cintura y la pegó con fuerza a la pared, lastimándola. La desesperación se apoderó de su cuerpo, al ser consciente de que podía perderlas a las dos.

—Déjame, Dominic —exigió ella, removiéndose para escapar.

—¿Por qué me haces esto, Christie? ¿Por qué me lastimas de esta manera? —preguntó, con la voz quebrada por el llanto.

—Tú mismo te lo haces… tú, con tu maldita desconfianza, por habernos abandonado a tu hija y a mí —contestó sollozando, al tiempo que intentaba empujarlo.

—Yo te lo di todo… ¡Te lo di todo, maldita sea y lo arrojaste a la basura! —gritó, dejando que su aliento se estrellera contra el rostro de Christie, el que estaba sonrojado por las lágrimas.

—¡Olvida de una vez lo que sucedió esa noche! Fue un error… fue un maldito error y ya me lo has hecho pagar durante cinco años, se lo has cobrado también a tu hija… Ya olvídalo, Dominic… Por favor, olvídalo —rogó en medio de sollozos, mientras le acariciaba el rostro tenso.

—¿Y lo de hoy? Lo que has estado haciendo todas estas semanas en la cabaña de ese hombre… ¿También tengo que olvidarlo, Christie? ¿Tengo que olvidarme de eso y de cuántos más? —cuestionó, apartándole las manos de su cara, con un movimiento brusco, con la mirada cargada de resentimiento.

—Nada de eso tiene importancia, porque no pasó nada… no pude hacerlo… no pude —respondió, negando con la cabeza.

—¡Perra, mentirosa! ¿Acaso piensas que voy a creerte? Vas a casa de ese hombre y te encierras con él, ¿y no pasa nada? —esbozó con una mezcla de odio y asombro.

—¡¿Con cuántas mujeres te has acostado tú en estos años, Dominic?! ¡¿Con cuántas me has engañado?! Y yo he soportado todo en silencio, sin decir una palabra, porque pensaba que esa era mi penitencia por lo que hice, pero… ¿Hasta cuándo tengo que pagar? ¡¿Hasta cuándo?! —inquirió, completamente descontrolada y comenzó a pegarle en el pecho.

—Tú te lo buscaste… ¡Ya cálmate! —La zarandeo con fuerza, para que se controlara.

—Ya no eres el hombre del cual me enamoré… Ese hombre ya no existe, ya no quiero seguir así, no quiero —expresó con la voz cargada de dolor, hundiendo el rostro en el pecho de él—. Necesito al Dominic de antes… Por favor… por favor —esbozó, buscando su mirada y comenzó a besarlo.

Él se tensó ante los gestos de ella, pero no se apartó; por el contrario, dejó que Christie se apoderara de su boca, en un beso cargado de pasión y eso despertó el deseo que sentía por ella.

La tomó en sus brazos, levantándola y la llevó hasta la cama, se tumbó junto a ella, abriéndose espacio entre las piernas de su mujer, sintiendo cómo la sangre en sus venas se hacía más espesa y los latidos de su corazón se desbocaban.

—Hazme el amor —pidió ella entre besos, al tiempo que le quitaba el saco de los hombros, moviéndose debajo de él.

Dominic la aprisionó con fuerza con su cuerpo y comenzó a subirle la falda, mientras le besaba el cuello. Necesitaba desesperadamente hundirse en ella y acabar con la tortura a la que lo sometía su orgullo. Con manos agiles, le quitó el panty y se abrió la cremallera para liberar su erección; la sintió húmeda, cálida, ansiosa y antes de penetrarla la miró a los ojos.

—No, no puedo… no puedo —pronunció con dolor.

La pasión no pudo sanar esa herida que seguía abierta en su pecho. Verla así, le recordaba que seguramente se mostraba igual con otros hombres, que él la había escuchado rogarle a otro de la misma manera y que había disfrutado siéndole infiel.

Se puso de pie, alejándose de Christie, como si ella lo hubiera quemado y le dio la espalda, para salir de ese lugar con pasos apresurados.

Ya llevaban cinco años en esa situación, él no había vuelto a acostarse con ella, se desahogaba

buscando a otras mujeres, pero siempre pensaba en ella, se había obsesionado y ya no era dueño de su vida, no era dueño de nada.

CAPÍTULO 20

Deborah se encontraba tendida de lado en su cama, después de haber estado bajo la ducha por más de una hora, intentando sacar de su cabeza las hirientes palabras que le había dicho Dominic; sin embargo, estas seguían allí, latentes, causándole daño. Las lágrimas se deslizaban, hasta desaparecer en la impoluta almohada blanca bajo su cabeza, mientras ella absorbía con fuerza para retenerlas, pero cuanto más lo hacía, más se empeñaban en salir.

«Eres igual a tu madre… una zorra y una desvergonzada… Christie no era la santa que crees, era igual que tú… Has heredado eso de ella, no podía vivir sin tener a un hombre entre las piernas y no le importaba quién fuera… Era una ninfómana, una enferma.»

Deborah hundió el rostro en la almohada, para ahogar allí un grito desesperado, que pareció desgarrarle la garganta, mientras con el puño golpeaba una y otra vez la cama. Todo su cuerpo se estremecía a causa de los sollozos que brotaban de manera descontrolada de sus labios, sentía que estaba a punto de quebrarse de tanto dolor, no podía entender que él la odiara tanto y todo por una mentira.

—¡Para ya, Deborah! Deja de llorar como una estúpida. —Se exigió, incorporándose en la cama y se llevó las manos al rostro, para secar las lágrimas.

Se puso de pie, tomando el kimono negro, a juego con su camisón y se cubrió con éste, mientras caminaba hacia el balcón, sus ojos viajaron hasta la pieza junto al invernadero, esa noche Diego no estaba fumando en la terraza, como siempre, suponía que debía estar esperándola dentro. Dejó escapar un suspiro trémulo, al tiempo que apretaba los párpados con fuerza.

—Esta noche no, Diego. No estoy de ánimos.

Se dio media vuelta y regresó hasta su habitación, paseó la mirada por el lugar vacío, que la hizo sentir aún peor, no era de las personas que le temiera a la soledad; por el contrario, disfrutaba de ésta, pero justo en ese instante, daría lo que fuera por tener a alguien allí, que pudiera alejar la pena que pesaba sobre su cabeza. Miró el iPod sobre la mesa de noche y lo tomó, acostándose de nuevo, escogió una lista de reproducción de música actual y dinámica, pues necesitaba con urgencia algo que la distrajera.

Se llevó los auriculares a los oídos, subiéndole todo el volumen, sin hacer caso de la advertencia que aparecía en la pantalla y cerró ojos, dispuesta a dejarse llevar por la música. Una vibrante melodía comenzó a retumbar dentro de su cabeza y segundos después, la extraordinaria voz de *Florence Welch* iniciaba la canción.

So, I put my faith in something unknown.
I'm living on such sweet nothing
But I'm tired of hope with nothing to hold
I'm living on such sweet nothing
And it's hard to learn
And it's hard to love
When you're giving me such sweet nothing.

A medida que la melodía avanzaba, apretaba los párpados y su barbilla temblaba, por el

esfuerzo que hacía para retener las lágrimas que inundaban su garganta, no soportaba seguir escuchando más la letra de esa canción y el dolor que ésta le causaba, le estaba lacerando el corazón, pues sentía que le gritaba en la cara la verdadera naturaleza de la relación que había mantenido con su padre desde hacía mucho.

Se arrancó los auriculares y lanzó el iPod, estrellándolo contra la pared, escuchó cómo la pantalla se hacía pedazos y la música cesaba; sin embargo, eso no aplacó el dolor que sentía dentro del pecho, se llevó las manos al rostro, cubriéndolo, mientras su cuerpo se convulsionaba a causa de los sollozos que le rompían la garganta y le hacían difícil respirar.

No supo por cuánto tiempo estuvo llorando amargamente, solo que la desolación y el cansancio la dejaron rendida, sumiéndola en un sueño intranquilo, plagado de dolorosos recuerdos de su niñez. Ni siquiera ese estado de inconsciencia logró alejarla de la cruel realidad que era su vida.

La alarma del reloj digital junto a su cama, la despertó con un sobresalto, sentía los párpados pesados y la cabeza iba a estallarle de dolor.

Rodó, extendiendo la mano para callar el maldito sonido que le taladraba las sienes y rodó hacia un costado. Pensó en quedarse allí ese día, no deseaba ir al trabajo, no quería levantarse ni ver a nadie, lo único que quería era que el mundo se detuviera por completo.

Intentó dormir de nuevo, pero ya su mente había despertado y no la dejaría hacerlo; suspiró, sintiéndose agotada a pesar de haber dormido varias horas, se incorporó en la cama, apoyándose en el codo y sentía que el cuerpo le dolía de tanta tensión. Terminó por ponerse de pie, caminando con lentitud hasta el baño, miró su imagen en el espejo y en ese instante, odió un poco más a Dominic Wallis.

Lucía fatal, los párpados hinchados y enrojecidos por las horas de llanto, la mirada apagada y pronunciadas sombras bajo sus ojos, que mostraban la miserable noche que había tenido. Rehuyó la mirada del reflejo, dirigiéndose directamente hasta la ducha, con rapidez dejó sus prendas en el cesto de la ropa y entró a la lluvia de agua caliente, que alivió el peso que llevaba en sus hombros.

Estuvo allí durante varios minutos, para dejar que el agua aliviara la hinchazón de sus párpados, pero no fue mucho lo que sirvió, lo descubrió al mirarse al espejo de nuevo y ver que seguían allí los estragos de tanto llanto. Suspiró, buscando su estuche de maquillaje y comenzó a aplicarse un montón de correctores para disimular las ojeras.

—Si te muestras vulnerable, él sabrá dónde herirte y lo hará siempre que lo desee, debes demostrarle que no te afectan sus palabras ni su actitud. —Se dijo, mirándose al espejo.

Casi una hora después, se encontraba lista. Con un vestido jersey, de cuello alto y manga larga, que le llegaba por debajo de las rodillas; era negro y sobrio, como su ánimo ese día, pero el mismo, se ajustaba como un guante a su figura, dándole un toque de sensualidad; lo complementó con unas elegantes sandalias estilo romano, de tacón alto y sus inseparables gafas oscuras. Se miró por última vez en el espejo, sintiéndose satisfecha y después salió, dispuesta a dar la pelea.

Vio a su padre salir de su habitación y de inmediato le dio la espalda, caminaba sin prisa, pero con determinación, para dejarle claro que pretendía ignorarlo, ni siquiera le dio los buenos días.

—¿A dónde vas? —preguntó Dominic, siguiéndola. No se animó a tomarla por el brazo y detenerla.

—A la oficina, tengo muchas cosas que hacer —contestó, sin detenerse siquiera a mirarlo.

—Necesito hablar contigo —habló con un tono pausado.

Había pasado una noche espantosa y sabía que ella también, porque la escuchó llorar. Aun así,

no tuvo el valor de ir hasta su habitación y disculparse. No estaba acostumbrado a hacerlo, lo habían criado haciéndole creer que él siempre tendría la razón, aun si se equivocaba, debía mantener su postura, porque lo contrario, demostraría debilidad.

—No tengo tiempo ahora —mencionó, sin detenerse, dejándolo parado en medio del pasillo.

Dominic se quedó mirándola, sin encontrar las palabras para retenerla. El peor defecto de los Wallis era el orgullo y en él, parecía ser más fuerte que en cualquier otro ser humano. Entró de nuevo a su habitación, para no sentirse como un estúpido y dejó las cosas así. Si su relación con Deborah se dañaba aún más de lo que ya estaba, al menos no le quedaría en la consciencia el peso de saber que no hizo nada, ella había desaprovechado la oportunidad.

Deborah llegó hasta el salón, donde ya la esperaba Maurice. Como siempre, tenía en sus manos unos papeles, seguramente seguía estudiando para sus exámenes y esa tarde tampoco se quedaría para traerla de regreso. Le tocaría lidiar con la insoportable presencia de Gaël, nuevamente.

—Hola, Debbie. Luces hermosa, como siempre. —La saludó, con una sonrisa que iluminaba sus ojos grises.

—Gracias, Maurice. Vámonos ya, por favor… Dominic desea hablar conmigo y hoy no estoy de humor para aguantarlo —mencionó, mirándolo a través de las gafas.

—Claro, vamos —respondió, caminando con ella.

La ayudó a subir al auto y dos minutos después, se pusieron en marcha, la miró por el retrovisor, pero ella no lo veía, solo observaba el camino, aunque era evidente que ni siquiera era consciente de ello. Su mente no estaba en ese lugar.

—¿Te está poniendo las cosas difíciles en la empresa? —Se aventuró a preguntar, al detenerse en un semáforo.

—En la empresa, en la casa… Sabes que su pasatiempo favorito es hacerme la vida un infierno —contestó de manera mecánica, la verdad no quería hablar de ello.

—¿Qué hizo esta vez? —inquirió de nuevo, con molestia.

Ella dejó escapar un suspiro y estaba por contarle, para desahogarse con él, como siempre hacía, solo que, en ese momento, recordó que la causa de la discusión había sido Diego Cáceres. Sabía que Maurice apenas soportaba al jardinero y que, si llegaba a sospechar lo que había sucedido entre los dos, tendría un problema mucho mayor y en ese instante no estaba dispuesta a soportar un reclamo más.

—Mejor cambiemos de tema, no quiero amargarnos el día. ¿Cómo vas con las pruebas en la universidad? —Su tono de voz cambió por completo, se obligó a mostrarse interesada en él.

Maurice comenzó a hablar con entusiasmo de sus exámenes, de los trabajos que debía entregar y las notas que esperaba sacar en cada uno, se había esforzado mucho en salir sobresaliente, para poder mantener la beca que le cubría la mitad de las matrículas. Le agradaba ver que Deborah se interesaba por sus cosas y que, además, se mostraba feliz por cada logro que él conseguía y por esa complicidad que siempre compartían.

Deborah le hizo creer durante todo el trayecto, que verdaderamente le estaba prestando atención a sus comentarios, en parte fue así, pero su mente siempre terminaba vagando en medio de todos los problemas que tenía; sin embargo, se esforzó por no demostrarle a Maurice su falta de atención y sonreía de manera efusiva cada vez que lo veía a él hacerlo.

Se despidieron como siempre, en el estacionamiento, compartiendo un par de besos rápidos. Deborah no estaba de humor para muestras de cariño, pero se lo permitió a él, para relajarse antes de llegar a su oficina y encontrarse con el mismo panorama desalentador del día anterior.

No obstante, la molestia le sirvió de algo, pues tomó las riendas de su proyecto y el carácter

Wallis se hizo presente, esta vez no pidió las cosas por favor, sino que les ordenó a todos hacer exactamente lo que les decía, sin rechistar. Se había planteado formar un equipo de trabajo, pero las personas que la rodeaban evidentemente no querían lo mismo, así que los obligó y desde ese momento, las cosas comenzaron a marchar.

Cuando llegó a su casa, se sentía menos agotada que los días anteriores, incluso podía decir que la energía que le había provocado enfrentarse a los empleados ese día, seguía vibrando dentro de ella.

Era viernes y pensó que no le vendría mal salir a algún club en la ciudad, comer en un restaurante o sencillamente pasear un rato, así que llamó a sus amigas para acordar verse con ellas.

Después de media hora, ninguna podía, todas tenían planes ya, imaginó que era una represalia por haberles rechazado invitaciones a todas en las últimas semanas, no era su culpa, pues en verdad había estado muy ocupada y no se rebajaría rogándoles para que la acompañaran. Decidió que se daría un baño en la tina, con esencias, para consentirse un rato, si seguía con ganas de salir después, lo haría por cuenta propia.

Llamó a Katherine, para que le trajera una copa de vino blanco, mientras ella misma se preparaba la bañera, le gustaba ponerle sus esencias favoritas y que el agua tuviera la temperatura justa. Se sumergió, dejando su cabeza apoyada en una toalla al borde de la tina y cerró los ojos.

—Señorita, Deborah… Su copa.

Mencionó Katherine, sacándola de su estado de ensoñación, ella abrió los ojos y recibió lo que le entregaba, dándole un sorbo, disfrutado del exquisito sabor, durante unos segundos, en su paladar y después dejó que se deslizara por su garganta. La puso con cuidado en un estante cercano y cerró los ojos, disponiéndose a relajarse de nuevo.

—Gracias, Katherine. Ya puedes marcharte.

—¿Bajará a cenar? —preguntó, antes de irse.

—No… Creo que lo haré fuera, no quiero toparme con mi padre hoy —contestó, sin darse cuenta de que estaba dando información de más a la sirvienta.

—El señor no vendrá esta noche, llamó y le mencionó a Marcus que se quedaría con la señora Bolton. —Le informó.

—Me acabas de dar la mejor noticia del día —suspiró sonriendo, sin abrir los ojos—. Entonces lo haré aquí, en una hora me subes la cena y otra copa, eso es todo.

—Como usted ordene. —Salió del baño, dejándola allí, dándose la vida de una reina, mientras ella se partía el lomo todos los días, al menos ya estaba trabajando.

Dos horas después, Deborah se miraba frente al espejo, mientras sonreía con verdadera satisfacción, comprobando lo sensual que lucía su cuerpo, envuelto en la picardía azul rey, que llevaba puesto; se roció perfume en los senos y puso unos toques detrás de sus orejas. Sabía que no necesitaría de nada de eso para volver loco a Diego Cáceres, pero siempre le había gustado lucir bien, sobre todo si se trataba de seducir a un hombre.

Tuvo que esperar a que todos los empleados se fueran a dormir, para poder bajar y salir de la casa sin que ninguno la viera, por suerte la paranoia de su padre no había llegado al límite de contratar personal de seguridad, así que después de las diez de la noche, podía caminar con absoluta libertad.

Entró al invernadero, cuidando de no hacer ruido ni tropezar con nada, todo estaba muy callado y pensó que quizás Diego estaría durmiendo.

El brillo de la luz a través de la rendija de la puerta, le anunció que no lo hacía. Se paró para

acomodarse el cabello y abrir un poco el kimono, pero sin ser tan evidente. Caminó despacio, deteniéndose frente a la puerta, para tomar aire.

—Vamos, Deborah… Sabes que lo deseas —susurró, para infundirse valor y giró la manilla de la puerta, que estaba sin seguro, tal como le había pedido.

Lo encontró tendido en la cama, con la mirada en el techo, pero al sentir su presencia allí, se incorporó con un moviendo ágil. La miró elevando una ceja, mientras se sentaba al borde de la cama. Solo llevaba puesto un slip negro, que se ajustaba perfectamente a su anatomía. Su cuerpo se calentó de inmediato, al recordarlo desnudo; suspiró, manteniéndose pegada a la puerta, que cerró tras ella.

—Pensé que te habías arrepentido —pronunció, deslizando su mirada por el cuerpo de ella, excitándose al verla tan sensual y hermosa, pero también algo tímida.

Deborah negó con la cabeza, mordiéndose el labio inferior y después sonrió, estirando sus labios como una gata que buscaba mimos, acortó la distancia entre los dos, con lentitud.

—No soy una mujer de arrepentimientos —susurró, apoyando las manos sobre los hombros duros y tibios de Diego, subiendo a sus fuertes piernas, para mirarlo—. Ni de culpas.

Él tenía las manos apoyadas en la cama, sin darle la satisfacción de tocarla. La haría rogar primero, aunque dudaba que fuera suficientemente fuerte, para resistirse a esa mujer.

—Yo tampoco soy un hombre de arrepentimientos —dijo, mirándola a los ojos y después la bajó a esos labios excitadores, que se encontraban entreabiertos.

—No lo pareces… Creo que sí estás arrepentido, es más, podría jurar que deseas echarme de aquí. —Dejó ver una sonrisa arrogante, para provocarlo y se movió, rozándose contra el miembro, que comenzaba a despertarse—. Aunque tu cuerpo me dice que deseas lo contrario —susurró, repitiendo el movimiento de sus caderas y lo vio tensar la mandíbula.

Diego mandó a la mierda a su orgullo, le agarró las nalgas con fuerza y comenzó a moverse debajo de ella, disfrutaba de los gemidos que salían de los labios de Deborah y de cómo su mirada azul se oscurecía tras la sombra del deseo, llevó una mano hasta la nuca de ella, para bajarla y devorarle los labios.

—Con cuidado. —Le advirtió, quejándose del dolor que aún sentía por las mordidas en esa zona de su cuello—. Me dejaste un recuerdo… No muy grato.

Él sonrió con malicia y suavizó el agarre, pero no fue gentil al momento de apoderarse de esa boca que lo volvía loco, su lengua invadió el interior, sin pedir permiso, haciendo que se tragara el gemido que ella liberó. Le encantaba el sabor a menta y algo dulce que no lograba adivinar lo que era, pero a lo cual se estaba volviendo adicto y lo hacía querer más.

Deborah comenzó a participar del beso y él aprovechó eso para despojarla de la bata de seda, deshizo el nudo y la sacó, dejándola caer al suelo, después la tomó por la cintura, sin el menor esfuerzo; ella era alta, pero apenas pesaba, para él. La acostó de espalda en la cama; con la rapidez de un felino, subió, encerrándola entre sus piernas y se dio un minuto para mirarla.

—¿Te gusta, Diego? —preguntó ella, coqueta, mientras deslizaba los dedos por el escote, haciendo que él fijara la mirada en sus senos.

—Es sexy… Pero más me gusta lo que hay debajo —contestó, llevando una mano para bajar el escote.

—¡Qué poco sutil eres! —reprochó, dándole un manotazo, para alejarlo de sus pechos.

—¿Me vas a decir acaso que te la pusiste para mí? —apuntó con sorna, al tiempo que la miraba a los ojos.

—¡Pues sí! —exclamó, sintiéndose ofendida—. No suelo usar esto para dormir —agregó, rodando los ojos.

Él liberó una carcajada, que exudaba masculinidad y bajó para darle un beso en los labios, el primero calmado, desde que comenzaron con esa relación; bajó al cuello, donde procuró no morderla, para no dejarle marcas, aunque lo que le provocaba era hacerlo, para que el estúpido de Maurice lo viera.

—Así que la señorita deseaba seducirme —esbozó con un tono prepotente, besándole la oreja.

—¡Por favor, no seas tonto! —expresó, buscando la mirada de él—. No necesito vestirme así para acostarme contigo, Diego Cáceres… Solo quise hacerte consciente de lo perfecta que es la mujer con la que vas a tener sexo —pronunció, en el mismo tono que él usó y arqueó la ceja derecha.

—Tienes razón, Deborah. Eres perfecta y no necesitas de esto para ponerme duro como una piedra… Igual gracias por el gesto, me hace sentir halagado. Ahora voy a darte mi recompensa —murmuró contra los labios de ella y bajó, dejando que su aliento le calentara la piel, erizándola.

Deborah se arqueó, llena de expectativas ante las palabras de Diego, deslizó su mano por las figuras oscuras pintadas en su brazo y suspiró al sentir que él bajaba la seda para dejar uno de sus senos al aire libre y comenzó a lamer el pezón.

Una primera ola de humedad se hizo presente en medio de sus piernas y no pudo evitar temblar, cuando los lametazos pasaron a suaves mordidas, que enviaban descargas eléctricas a todo su cuerpo.

—Me gusta tu piel… Hueles tan bien, mejor que las orquídeas que tanto mima el viejo Wallis… Eres mejor que cualquiera de ellas —dijo, sin dejar de lado lo que su boca hacía.

Ver el placer reflejado en el rostro de ella y esa mirada brillante, lo ponían cada vez más duro, por lo que sabía que ese preámbulo no duraría mucho, le urgía ahogarse en ella y hacerla gritar como la otra noche.

—Diego —susurró, echando la cabeza hacia atrás.

Sus palabras crearon una emoción dentro de su pecho, que nunca había experimentado, dejó escapar un suspiro trémulo, sintiendo que, con cada roce, la hacía estremecer y estaba hipnotizada por el movimiento de la pesada lengua sobre sus pezones, la manera en cómo se los metía a la boca por completo y los succionaba, dejándolos enrojecidos, hinchados y húmedos.

Su vagina también estaba rogando por atención, quería tenerlo dentro, empujando con fuerza, que la hiciera tener un orgasmo igual de maravilloso que el primero que le dio, pero al mismo tiempo, no quería renunciar a lo que vivía en ese instante, a menos que fuera por algo por lo que disfrutara igual.

—Dame sexo oral —le pidió junto al oído, en un susurro.

Él elevó la mirada, mostrando una sonrisa sensual y deslizó su lengua por la piel enrojecida de la areola, después la chupó con fuerza, manteniéndola allí, la vio separar los labios en un jadeo.

—Me vas a tener que devolver el favor después, belleza. —Llevó el índice hasta los labios voluptuosos y lo metió en la humedad del interior—. Estoy ansioso por saber qué tan buena eres con la boca —dijo con un tono perverso y ella lo hizo gemir, cuando cerró los labios en torno a su dedo, succionándolo con fuerza, para darle una pequeña demostración.

Terminó de quitarle la picardía, dejándola desnuda, para su deleite y se movió con rapidez, bajando por el vientre plano y blanco, que temblaba ante cada beso que dejaba caer.

La miró antes de separarle las piernas, disfrutando de ver el deseo instalado en las pupilas de ella y de cómo se mordía el labio.

—Muévete un poco… Invítame —pidió, con una sonrisa ladina, acariciándole la sensible piel del pubis y le dio un par de palmadas suaves sobre el clítoris para animarla.

Deborah sonrió, divertida ante la propuesta de él y al mismo tiempo se sentía excitada por su manera de tocarla, estaba mucho más relajada que la primera vez, tal vez fueron las dos copas de vino que tomó o que él también se mostraba más juguetón y no tan hosco como la otra noche.

Movió sus caderas con sensualidad, mientras se acariciaba los senos que habían quedado huérfanos de los labios de Diego. Gemía, invitándolo a tocarla, a seducirla con su lengua y sus labios.

CAPÍTULO 21

Diego comenzó alternando sus besos en cada labio íntimo y con sus dedos los separaba para deslizar su lengua, robando la espesa humedad que los bañaba, la sentía estremecer y repetía la misma acción una y otra vez. Rozaba su tupida barba en el interior de los muslos de Deborah y también en el depilado pubis, provocándole estremecimientos y cosquillas que le arrancaban esos gemidos excitantes, que lo animaban a darle más. Respiraba profundamente, embriagándose de ese exquisito olor que ella le regalaba y que cada vez se hacía más intenso.

Deborah halaba la sábana bajo su cuerpo, al tiempo que se convulsionaba, azotada por las descargas de placer que la recorrían, estaba muy cerca de alcanzar un orgasmo y sentía que entre más se aproximaba, más se iba perdiendo; él estaba haciendo que dejara de pensar y se entregara al placer, como nunca lo había hecho con ningún otro hombre.

—Sí… Me encanta —expresó, elevando la pelvis, para invitarlo a ir más allá—. Usa tus dedos… Por favor, penétrame —pidió, temblando y se aferró a los cabellos oscuros de Diego.

Él suspiró contra la rosada y voluptuosa piel, exploró un poco más con la lengua, sintiendo cómo ella se contraía, aprisionándola. La movió con rapidez, desencadenando una secuencia de gemidos y de temblores en Deborah, estuvo a punto de hacer lo que le pedía, pero después lo pensó mejor, la haría esperar, para cobrarle que lo hubiera dejado plantado la noche anterior.

—No… Si lo hago, vas a correrte y no quiero que lo hagas, no todavía. Quiero disfrutar de esto un poco más.

—Diego… Por favor —suplicó, moviéndose contra sus labios, apoyándole las piernas en los hombros, para obligarlo.

Él sonrió, al ver el desespero en Deborah y se liberó de esa llave que pretendía hacerle; tal vez había visto muchas peleas de la UFC o se creía Ronda Rousey. Extendió las delgadas, pero poderosas piernas a ambos lados y volvió al ataque, llevándola al borde y dejándola justo allí, para que aprendiera la lección.

—¿Quién manda aquí, Deborah? —preguntó, con una sonrisa perversa, dándole palmadas en la vulva.

—Miserable… Ya deja de jugar. —Su respiración agitada, apenas le permitía hablar, intentó incorporarse, pero él la tenía sometida—. Maldición, Diego. No es gracioso… Suéltame. —Demandó, removiéndose y mirándolo con rabia.

—¿Quién manda aquí? —inquirió de nuevo, sujetándole las manos al ver que pensaba tocarse ella misma.

Deborah apretó los dientes, sintiéndose en verdad furiosa y buscó la manera de zafarse una vez más, reprochándose internamente por haber cedido a sus estúpidas ganas de tener sexo con él, era un bruto, que no sabía cómo tratar a una mujer.

—Eres experto en joder las cosas —espetó, mirándolo.

—Solo quiero una respuesta —pronunció con lentitud.

—¡Jódete! —Le gritó ella a la cara y tiró de sus manos.

Diego, en lugar de molestarse, se sentía cada vez más excitado, le gustaban las mujeres que se hacían las difíciles. Maniobró para alcanzar el condón que tenía en la gaveta de la mesa de noche, sin soltarla, aunque tuvo que hacerlo para poder ponérselo.

—Ni se te ocurra, Diego… Suéltame —exigió, echándose hacia atrás y comenzó a golpearle el pecho.

—Vamos, Deborah… Sabes que te mueres por esto —dijo, mirándola a los ojos, mientras sonreía y deslizaba su miembro contra los labios húmedos e inflamados de ella—. ¿Acaso no me pediste que te penetrara? —preguntó con sorna.

—Pero no así… Eres un animal —siguió defendiéndose y le esquivó el rostro, cuando intentó besarla.

Diego la aprisionó contra el colchón, dejando caer todo su peso sobre ella y le sujetó las muñecas con fuerza, para tenerla a su merced; después se abrió espacio entre las piernas con sus rodillas y se puso justo en la entrada hacia la gloria.

—Pídemelo de nuevo. —Le murmuró al oído, con la voz ronca y sensual, mientras se movía despacio.

—¿Qué? —inquirió ella, aunque sabía a lo que se refería, no le daría el gusto de ceder tan rápido.

Lo vio elevar una ceja, indicándole que era demasiado evidente lo que pedía y no le quedó más remedio que suspirar, dejándose derrotar. En el fondo estaba loca por ceder.

—Penétrame… penétrame, Diego —susurró, moviéndose bajo él, mientras le acariciaba la espalda.

Él no respondió con palabras, sino con actos, entró en ella con un empuje certero, que la hizo liberar un grito y arquearse al sentirlo tan profundo, en realidad estaba muy dotado y ese tipo de movimientos bruscos, la lastimaban; sin embargo, la sensación de incomodidad ante el primer empellón fue desapareciendo a media que la excitación crecía y ella se movía también, intentando llevar un ritmo menos rudo.

Los besos se volvieron feroces y exigentes, el lugar se llenó de jadeos y gemidos, que estallaban en el aire o se ahogaban en sus pieles y el roce de sus lenguas impregnaba de humedad cada espacio al que llegaban, degustando la saliva espesa o el sudor producto del sexo, de ese sexo que era lujurioso, oscuro y prohibido, de ese que les estaba dando una experiencia extraordinaria a los dos, como nunca antes la habían vivido.

Diego llevó sus manos hasta las rodillas de Deborah, para flexionarle las piernas y crear un mejor espacio, empujaba de manera constante, sintiendo que estaba a punto de correrse y no quería hacerlo aún, pero tampoco podía detenerse.

Bramaba como un toro enfurecido, contra la piel enrojecida del cuello de ella y la besaba, buscando en ese gesto una distracción; de pronto se detuvo, jadeando, apoyando su frente sobre la de ella.

—Sigue… Por favor… sigue —rogó Deborah, moviéndose desesperada por alcanzar el clímax.

—Respóndeme lo que te pregunté hace unos minutos. Si en verdad quieres correrte, contesta a mi pregunta. ¿Quién manda aquí, Deborah? —preguntó, dispuesto a obtener su victoria.

—Tú… tú mandas aquí, Diego… tú mandas —expresó en medio de sollozos, se sentía realmente urgida por liberarse.

Él sintió que el pecho le estallaba de orgullo, se apoyó en sus manos, alejándose un poco de ella y salió casi hasta abandonar el cuerpo de Deborah, después entró por completo, de un solo empuje, dejando escapar un jadeo que acompañó el grito de ella.

—¡Oh, Dios! ¡Diego… Diego! —balbuceó, estremeciéndose y sujetó con fuerza la almohada bajo su cabeza, para soportar cada embiste y las poderosas descargas de placer que le provocaba, mientras sentía sus ojos llenarse de lágrimas.

Él repitió la misma acción unas cinco veces, cada una con más potencia y sentía que su miembro se tensaba a punto de desbordarse. Se acercó de nuevo a Deborah, metiendo sus brazos bajo ella y la sujetó por los hombros, para desbocarse en su interior, apretando los dientes, esforzándose para no correrse.

Ella sentía que estaba a punto de desmayarse, todo su cuerpo era una hoguera y cada vez que él se hundía en medio de sus piernas, ella se hacía líquida; apenas lograba conseguir el aire, para respirar y de sus labios solo conseguían salir jadeos; se aferró con brazos y piernas a él, mientras le mordía el hombro.

Alcanzaron la cima del placer casi al mismo tiempo, en medio de sollozos de ella y gemidos guturales de él, estremeciéndose con tanta fuerza, que movían la cama, y el aire a su alrededor se volvió denso, cargado del olor que brotaba de sus cuerpos y ese calor que parecía estar a punto de calcinarlos.

Diego buscó la boca de Deborah y la besó con ardor, a pesar de no tener ya casi oxígeno, no le importó ni tampoco que ella estuviera luchando por respirar, la deseaba con tanta fuerza, que estaba dispuesto a hacer lo que fuera por prologar el placer en ambos, así que aún consciente de que su erección comenzaba a perder firmeza, volvió a arremeter contra ella.

—Por favor… por favor… Me vas a hacer pedazos. —Apenas alcanzó a decir Deborah, negando con la cabeza, era la primera vez que le rogaba a un hombre de esa manera.

—Pídemelo de nuevo, Deborah… Pídeme que no me pare… Pídemelo —pronunció, urgido por darle un segundo orgasmo y conseguir la proeza de tener otro él.

—No… no te detengas… no te pares, Diego. Por favor —mencionó, dejándose llevar por la locura, ofreciéndole su lengua.

Él la capturó entre sus labios, haciéndola gemir y después la rozó con la suya, tomándose unos segundos de calma, antes de desbocarse de nuevo en el interior de Deborah. La humedad le permitió sumergirse por completo y ella lo succionaba tan deliciosamente, que, sin siquiera anticiparlo, se tensó de nuevo, a las puertas de un nuevo orgasmo, mientras ella ya viajaba en el suyo.

El clímax la catapultó tan alto, que, al caer, apenas fue consciente de su entorno y del peso del cuerpo de Diego, que se desplomó sobre el suyo. Cerró los ojos y una sonrisa se dibujó en sus labios, mientras los latidos de su corazón poco a poco iban retomando su ritmo normal.

Sintió que él se dejaba caer a su lado y después soltaba un gruñido, poniéndose de pie con rapidez, para ir al baño. Ella rodó sobre su costado, dispuesta a ponerse de pie, para marcharse, pero sus fuerzas no dieron para ello y se tumbó de espaldas nuevamente.

Diego regresó a la habitación, encontrando a Deborah dormida. Seguía siendo la misma mujer, sensual y hermosa, pero había algo distinto en su semblante, lucía más joven mientras dormía, como la chica que seguramente era, y no esa mujer que en ocasiones llegaba a ser insoportable.

Subió a la cama, cuidando de no despertarla y aunque el espacio no era muy grande, se hizo un lugar, pegándose a ella, para disfrutar del calor y la suavidad que le entregaba la figura femenina.

Deborah despertó en mitad de la madrugada, envuelta por el abrasador calor que brotaba del cuerpo de Diego, parpadeó para ajustar su visión a la oscuridad que reinaba en la habitación, sintiéndose un poco desconcertada, por no reconocer el lugar.

Cuando logró que su consciencia estuviese despierta por completo, recordó todo lo sucedido, dejó escapar un suspiro pesado, al caer en cuenta que se había quedado dormida allí y eso era algo que no se podía permitir. Nadie podía enterarse de lo que ocurría entre Diego y ella, por suerte aún era de noche.

Se movió con cuidado, para liberarse del pesado brazo de él, que le colgaba de la cintura.

Debía salir sin despertarlo, pues no quería entablar una charla post sexo con Diego, no era el tipo de hombre que se lo inspirase.

Estaba por liberarse de la presa, cuando él despertó con un sobresalto y la aprisionó contra la cama, apoyándole el antebrazo sobre el cuello con violencia y aún en medio de la penumbra, Deborah pudo ver la mirada asesina que le dedicó, dejándola helada.

—Diego… —Lo llamó con un hilo de voz, para hacerlo reaccionar, mientras su cuerpo temblaba entero.

Él se quedó mirándola, como si fuera una extraña, aumentando el miedo en su interior, liberó un suspiro trémulo y le tocó la mejilla con la punta de los dedos, en una leve caricia.

—¿A dónde ibas? —inquirió él, con la voz ronca, mirándola algo apenado y la liberó del peso de su antebrazo.

—Necesito ir al baño —contestó Deborah, en tono sumiso.

—Claro… claro. —Se alejó de ella, dándole espacio y se llevó la mano al rostro, para liberarse del estado de letargo.

Deborah se puso de pie, con cuidado y su único deseo era tomar su ropa para salir de ese lugar tan rápido como pudiera, se había llenado de pánico al sentirse atrapada de esa manera; sin embargo, lo pensó mejor y decidió actuar con naturalidad, pues no quería arriesgarse a que Diego tuviera otro ataque violento, obviamente era un tipo de cuidado y ella de estúpida no había evaluado mucho eso a la hora de involucrarse con él.

—Siento mucho… haberme despertado así.

La detuvo antes de que caminara hacia el baño, se acercó y le dio un beso en la espalda, para recuperar su confianza, había visto el miedo en ella y no quería que lo rechazara.

—No pasa nada —mencionó ella, estremeciéndose al sentir la caricia lenta pero posesiva, sobre su cadera.

—Tenía una pesadilla… Fue solo eso. —Mintió.

Desde hacía mucho, no dormía tan bien, aunque ese maldito miedo con el que había vivido en prisión seguía instalado en él y por eso siempre que se despertaba de manera abrupta, lo hacía de forma violenta, dispuesto a defenderse.

Deborah volvió a asentir, en silencio, para hacerle creer que todo estaba bien y caminó con prisa hasta el baño, cerró la puerta tras ella, respirando aliviada ante ese aparente estado de seguridad, miró su reflejo en el espejo y sus ojos gritaban que estaba aterrorizada, incluso sentía sus piernas temblar.

«Contrólate… contrólate, no ha sido nada, él solo ha tenido un mal sueño y por eso despertó así, no iba a hacerte daño.»

Se dijo en pensamientos, intentando calmar los latidos de su corazón, abrió el grifo y el agua helada la hizo estremecer, se llevó las manos mojadas al rostro y al cuello. Miró el bidé y eso despertó sus ganas de orinar, cruzó las piernas, negándose a usar ese lugar, pero la sensación solo aumentó.

¡Por Dios, te has acostado con el hombre! No te vas a morir por usar su baño… y al menos se ve limpio, esto es para que recuerdes no quedarte dormida la próxima vez, ¿próxima? No. No lo creo.

Cedió a su necesidad, llenándose de alivio al vaciar su vejiga.

—Pensé que te habías quedado dormida allí —pronunció Diego con burla, cuando la vio salir.

—Es tarde, tengo que irme. —Fue la respuesta de ella y buscó su ropa para vestirse.

Diego salió de la cama y caminó hasta Deborah, bajando la cabeza para buscar su mirada azul. Al ver que ella le rehuía, le llevó un par de dedos a la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

—En verdad lamento lo de hace unos minutos.

—Te dije que estaba bien. —Ella se esforzó por mantenerle la mirada, pero sus pupilas bailaban con nerviosismo.

—No, no lo está… Deborah, puedo reconocer el miedo en la mirada de las personas solo con verlas y tú sentiste miedo, aún en este momento lo sigues teniendo —esbozó, mirándola a los ojos, se acercó y ella retrocedió, de manera instintiva, dándole la razón; él suspiró e intentó aproximarse de nuevo—. No te haré daño, ¿sí? Sé que mi aspecto y la manera en cómo me desperté te pueden hacer creer que soy un tipo peligroso y en cierto modo puede que lo sea, porque me ha tocado defenderme a las malas, pero no soy un hijo de puta maltratador de mujeres —pronunció con sinceridad, mirándola a los ojos.

Deborah asintió en silencio y el miedo comenzó a alejarse de ella, sintió que podía confiar en lo que él le decía y no sabía con certeza porqué. Pero Diego debió verlo en su mirada, porque le entregó una sonrisa, una verdadera, de esas que les llegaban a sus ojos, dándole un brillo especial. Le acarició la cintura, dándole ligeros toques de labios, que rápidamente le exigieron más.

Él le quitó el camisón y el kimono de las manos, arrojándolos a un sillón cercano, ella intentó protestar, pero una vez más, la callaba con un beso intenso y abrasador, de esos que la hacían temblar. Gimió al sentir que la pegaba a su cuerpo, casi fundiéndola en la dureza de sus músculos; le tomó la cabeza entre las manos, hundiendo sus dedos largos y gruesos en su cabello, mientras la besaba de esa manera que minaba todas sus fuerzas y solo la hacía desear más.

—Diego… En serio, tengo que…

—Shhhhh, no digas nada… Aún es temprano —susurró contra los labios hinchados de ella y la llevó en brazos hasta la cama, depositándola con suavidad esta vez.

Necesitaba borrar la impresión que Deborah tenía de él, si quería volver a tenerla en su cama, no estaba dispuesto a renunciar a ella tan rápido y negarse el placer de ese cuerpo que lo traía loco, del que tanto había disfrutado y del que planeaba seguir haciéndolo, mientras pudiera.

Deborah sentía que el deseo se hacía más intenso a cada segundo, quería seguir, pero una parte de ella le decía que estaba perdiendo el control de la situación, así que pensó en hacer las cosas rápidas y a su manera; le daría lo que él quería y ya después vería cómo calmar sus propias ansias, en la soledad de su habitación. Lo esencial era salir de allí y luego analizar si continuaba o no con ese juego junto a Diego.

Se movió, obligándolo a darse la vuelta, para que quedara de espalda y comenzó a tocarlo, ya estaba excitado, sus dedos envolvieron la gruesa y caliente erección, mientras seguía besándolo, persuadiéndolo para que la dejara a ella llevar el control. Su mano comenzó a deslizarse, ejerciendo presión sobre el músculo que iba cobrando mayor firmeza a cada segundo.

—Te voy a devolver el favor —susurró contra los labios de Diego y después los acarició con la punta de su lengua.

—Si lo haces, ve asumiendo que te irás de aquí casi al amanecer, porque no te dejaré salir por esa puerta sin haberte cogido un par de veces más —mencionó, mirándola a los ojos.

Ella se estremeció ante esas palabras y todo su cuerpo fue barrido por una ola de calor, que se desbordó en medio de sus piernas, humedeciéndolas, sabía que esas declaraciones solo le harían más difícil salir de allí, sin llevarse un orgasmo más, así que reconsideró su idea de darle sexo oral para complacerlo a él y después marcharse.

—¿Qué propones? —inquirió, elevando una ceja.

Él sonrió de manera perversa, estirando los gruesos y rojos labios, fue consciente de que una

vez más, ganaba la partida. Le acarició la espalda hasta llegar al formado trasero, separándole las nalgas para poder tocarla, de nuevo ella se tensó ante esos avances, así que siguió de largo y hundió su dedo medio entre los pliegues que ya estaban húmedos, permitiéndole llegar muy profundo, ella se arqueó y él aprovechó para atrapar con su boca los suaves y rozados pezones.

—Vamos por otro, uno rápido, Deborah… Pero quedas en deuda conmigo, así que tendrás que volver para saldarla —respondió, moviéndose con rapidez en la cama y estiró la mano para tomar otro condón de la gaveta.

Ella apenas fue consciente del instante en el cual él la hizo poner a gatas y sin previo aviso, la penetró con la misma rudeza de siempre. Comenzó con un ritmo acelerado, que le arrancó más de un grito e hizo que su cuerpo se cubriera de sudor, mientras le clavaba los dedos en las caderas, llevándola a la locura una vez más.

Diego dejaba escapar gemidos roncos de su pecho, al tiempo que se hundía una y otra vez en ella, sin darle tregua; llevó una mano por toda la columna de Deborah y se apoderó de la espesa cabellera negra, encerró varios mechones en un puño y tiró de ellos con rudeza, pero que ella pudiera tolerar; solo dejándose llevar por la pasión del momento y por esas ansias que ella despertaba en él.

Deborah se aferraba a las sábanas con fuerza, para soportar el contundente asalto de Diego y aunque el cuero cabelludo le ardía por el agarre, ese dolor se esparcía por toda su columna, intensificando las sensaciones dentro de su cuerpo.

Los jadeos brotaban de ella cada vez con mayor fuerza y el temblor que la recorría, le anunciaba que estaba aproximándose al orgasmo y que una vez más, terminaría hecha pedazos.

Él intentaba alagar tanto como le era posible el acto, pero ver el perfecto cuerpo de ella contraerse, cada vez que empujaba dentro, lo estaba llevando al delirio; se dobló, acercándose sin dejar de mecer sus caderas y dejó caer un par de besos allí, donde se podía apreciar la marca de sus dientes. Sonrió sintiéndose satisfecho, pues eso evitaría que el cabrón de Maurice se le acercara por un buen tiempo.

—Diego… Diego, no puedo… no puedo más —expresó, temblando al sentirlo tan profundo.

Esa postura le gustaba, pero con un hombre de su tamaño, era difícil controlar cuán adentro llegaba y sentía que el placer comenzaba a confundirse con el dolor, no uno que la hiciera arrepentirse de tener sexo con él, pero sí de la molestia que seguramente tendría después.

—Tócate, Deborah… Yo no voy a aguantar mucho.

Jadeó, al sentir que se hacía más estrecha y supo que había comenzado a correrse, eso le dio libertad para hacerlo él también.

—¡Diego! ¡Santo cielo! —exclamó, cerrando los ojos.

Se contrajo con fuerza en torno al poderoso miembro de Diego, que vibraba descargándose en su interior, sus manos no pudieron seguir soportando su peso y se dejó caer, apoyando la mejilla sobre la almohada, mientras sollozaba. Todo lo que él le daba, comenzaba a ser tan intenso, que no lograba darle el sentido que lo definiera, solo sabía que le fascinaba.

—Mierda… Eres perfecta, Deborah —esbozó, con una sonrisa, dejándole caer varios besos en la espalda, antes de salir de ella.

Se retiró el preservativo, pues odiaba la sensación del látex y el semen resbalando sobre su piel, bajó de la cama para ir hasta el baño y lanzarlo a la papelera.

Deborah aún se encontraba recuperándose del orgasmo, cuando lo vio caminar y la visión del culo de Diego, hizo que la sonrisa en sus labios se hiciera más evidente. Debía admitir que él tenía un cuerpo extraordinario, desde donde se le mirara.

Él regresó con una toalla húmeda en la mano y se la extendió, ella se incorporó,

agradeciéndole el gesto con una sonrisa y se secó el sudor del cuerpo y la humedad de entre sus piernas.

Lo vio encender un cigarrillo y comenzar a fumarlo, aprovechó que él se concentraba en ello para ponerse de pie y comenzó a vestirse, podía sentir la mirada de Diego, siguiendo cada movimiento que hacía y se decía que era imposible que estuviera pensando en sexo de nuevo. Cuando estuvo lista, lo miró a los ojos y no daba con las palabras para despedirse.

—Descansa, belleza… Te quiero como nueva esta noche —mencionó él, ante el silencio de ella y se puso de pie para besarla.

Deborah no dijo nada, solo sonrió, respondiendo al beso con entusiasmo y al fin logró reunir la voluntad suficiente para separarse de él. Lo miró por encima del hombro, antes de abrir la puerta y después de regalarle un guiño, salió.

CAPÍTULO 22

Quedó de encontrarse ese sábado en la tarde con sus amigas en el *Du Monde*, al parecer las ingratas se sintieron culpables por haberse negado a salir con ella la noche anterior y deseaban recompensarla, invitándola a su café favorito.

Si supieran que más que un desplante le habían hecho un gran regalo, pues casi podía asegurar que ningún hombre con el que hubiera coincidido la noche anterior, la habría hecho sentir como lo hizo Diego Cáceres, debía reconocer que el jardinero cada vez se lucía más en el plano sexual y estaba rebasando todas sus expectativas, la dejaba verdaderamente satisfecha.

La cita con sus amigas también le sirvió de excusa para librarse del molesto de George Stevenson, quien llevaba días insistiendo para que salieran de nuevo, pero ella no aceptaría hacerlo hasta que no pudiera sacar algún provecho de él. Esa era su táctica y siempre le había funcionado de maravilla, así que no la cambiaría.

El auto se detuvo frente al famoso local, donde lo que más resaltaba era el techo en colores blanco y verde, descendió del vehículo ayudada por Gaël. Una vez más, Maurice se encontraba de permiso y su padre lo cubría, para evitar que Dominic hiciera algún comentario, amenazando con echar a su hijo.

—Le pediré a alguna de las chicas que me lleve o tomaré un taxi, no es necesario que vengas a recogerme. —Le informó, apenas mirándolo, antes de entrar al local.

—Como usted diga, señorita —mencionó, con su habitual tono serio y caminó para subir al auto.

El sentimiento entre los dos era mutuo, no se soportaban y ambos tenían sus razones, Gaël veía en Deborah a una mujer egoísta y peligrosa, era una serpiente que sabía cómo engatusar a los hombres, muestra de ello era su hijo Maurice, quien estaba perdidamente enamorado y no escuchaba de consejos ni razones, simplemente vivía para complacerla.

Y Deborah por su parte, sabía perfectamente lo que Gaël pensaba de ella. No le importaba, porque sabía que tenía motivos; sin embargo, eso no evitaba que siempre la hiciera sentir incómoda; además, que era el principal perro guardián de su padre.

—¡Hasta que por fin llegas!

—Pensábamos que nos dejarías plantadas.

—Hola, Debbie. Teníamos casi un mes sin verte.

Sus amigas la saludaron, poniéndose de pie, para recibirla con besos en la mejilla y abrazos, como siempre. Sonreían, mostrando sus perfectas dentaduras, pero sus miradas no manifestaban el mismo gesto; por el contrario, se podía notar la envidia y la hipocresía a leguas, pero así era toda la alta sociedad de Nueva Orleans y algo a lo cual estaban acostumbrados todos.

—He estado muy ocupada —contestó, tomando asiento.

—¡Sí, ya nos enteramos! —exclamó Hilary, quien era la perfecta rubia americana, que parecía haber salido de la fábrica de *Mattel*. También era la más escandalosa y falsa de todas.

—Tienes que contarnos todo —apuntó Janeth, una hermosa morena, quien, de todas, era la más cercana a Deborah.

—Así que ahora eres toda una empresaria, al menos espero que tengas un puesto dentro de la junta directiva y no de secretaria —comentó Estefanía, con sorna.

Provocó la risa de las otras dos, quienes intentaron disimular, al ver cómo el semblante de Deborah se endurecía. La pelirroja que había hecho el comentario, sí la mostró en todo su esplendor y después se llevó la copa de agua a los labios, para darle un sorbo.

—En realidad, me estoy preparando para asumir la presidencia de empresas Wallis —respondió Deborah, adoptando una postura arrogante. Estaba mintiendo, pero se le daba tan natural, que las tres se sorprendieron.

—¿Acaso tu padre piensa retirarse? —inquirió Janeth, tornándose seria, mientras la miraba.

—Por ahora no, todavía le quedan un par de años activo, pero siendo su heredera, debo prepararme bien para asumir la empresa… Después de todo, seré la dueña de media ciudad —contestó con simpleza, como si eso no fuera de relevancia.

Sonrió, satisfecha de haberle devuelto la estocada a la estúpida de Estefanía y recordarle cuál de las dos era la mejor. Aunque eran amigas desde la preparatoria, nunca habían superado esa rivalidad que nació desde la adolescencia.

Un incómodo silencio se instaló en la mesa, pues a su modo, cada una de las familias de Hilary, Janeth y Estefanía, dependía de los Wallis, como muchos en Nueva Orleans.

—Bueno, pero no vinimos aquí solo para hablar de tu entrada a la empresa de tu padre. —Retomó la conversación Janeth, quien siempre fungía de árbitro. Sonrió, mirándolas a todas—, sino de nuestro tema favorito: los hombres, ¿cómo van las conquistas? ¿Tienes algo nuevo que contarnos, Deborah? —preguntó, mirándola con malicia.

—Seguramente no. Ahora que trabaja todos los días, no tendrá acceso a nadie más que a su adorado Maurice. —Volvió a atacar Estefanía, riendo.

—Maurice es adorable y sexy… pero es un chofer —apuntó Hilary, quien también había tenido amoríos con un empleado de la empresa de su padre, pero terminó antes de que se enteraran de la relación y se creara un escándalo—. Vas a tener que ponerle punto final a esa relación Debbie, aunque estés enamorada de él, es lo mejor, te lo digo por experiencia.

—No estoy enamorada de Maurice, no digas tonterías.

—Pero llevas mucho tiempo con él —acotó, mirándola.

—Maurice para mí es… —decía, pero no pudo continuar, porque Estefanía intervino de nuevo.

—Le tienes un afecto especial, porque fue quien te quitó la virginidad, aunque no lo quieras admitir, eres una sentimental Deborah y jamás vas a dejar a Maurice. Hasta podría asegurar, que el día que tu padre muera, vas a terminar casándote con él.

—Pensé que la única que decía estupideces era Hilary, pero tú acabas de quitarle el primer lugar, Estefanía —pronunció, mirándola con una mezcla de burla y rabia.

—Sabes que no son estupideces, solo digo la verdad y es tanto el amor que le tienes, que hasta puede que no esperes a que Dominic deje de existir, te irás con él en cuanto se gradúe y te veremos viviendo en una casa en los suburbios. Terminarás con tres niños y un perro de mascota —mencionó, con toda la intención de hacerla enfurecer.

—Eso no sucederá jamás. —Sentenció Deborah, mirándola a los ojos, pero supo lo que estaba jugando y quiso darle un golpe bajo—. Aunque tal vez siga tu ejemplo y me case con un viejo, pero siga manteniendo a mi antiguo amante. Tal vez hasta corra con la misma suerte y pueda hacerle creer a mi marido que el hijo que le dé sea suyo y no de otro —dijo, hundiendo el puñal hasta el fondo, mientras sonreía.

—Eres una…

—Por favor, chicas, no tenemos que llegar a estos extremos. —Intervino Janeth, antes de que Estefanía se le fuera a lanzar encima a Deborah, esta vez su amiga se había excedido.

—Debbie, esas cosas son secretos de amigas y no debemos hablar de ello en público. —Hilary miró a su alrededor, para comprobar que nadie había escuchado a Deborah.

—Allan es hijo de mi esposo, así que no vuelvas a decir una maldita mentira como esa, porque te juro que haré que te arrepientas. —Le advirtió Estefanía, mirándola con verdadero odio.

—Creo que están muy sensibles hoy… Quizás sea mejor que me vaya —mencionó Deborah, dispuesta a marcharse.

—Debbie… No tienes que hacerlo; además, hace mucho que no te veíamos y solo queremos pasar una tarde agradable, ¿puedes por favor ayudarnos a que sea posible? —preguntó Janeth, con tono conciliatorio, mientras le tomaba la mano.

—Entonces ustedes también pongan de su parte. Desde que llegué están burlándose de mí… ¿Saben algo? Mantener un trabajo y lidiar con toda la presión que ser la hija de Dominic Wallis conlleva, no es fácil; tampoco lo es mi relación con Maurice, así que les agradecería que se abstuvieran de hacer comentarios estúpidos —exigió, mirándolas a todas.

—A mí se me quitaron las ganas de compartir una tarde "agradable". Tal vez en otra ocasión podamos hacerlo chicas, cuando la compañía sea mejor —pronunció Estefanía, poniéndose de pie, iba a sacar un billete para pagar.

—No te preocupes, yo invito —apuntó Deborah, viéndola.

Las otras dos se quedaron en silencio, sin saber cómo salvar la situación, lidiar con el carácter de sus amigas no era fácil y sabían que ambas habían actuado de mala manera, pero ninguna de las dos se disculparía, eran demasiado orgullosas. Se pusieron de pie, para despedirse de Estefanía, pero Deborah se mantuvo sentada y solo le hizo un ademán con la mano.

—Debbie… Creo que esta vez fuiste muy lejos. —Le reprochó Janeth, mirándola con severidad—. Estefanía está pasando por una situación complicada con su esposo y este tipo de comentarios, la ponen mucho más tensa.

—Pues que vaya con el amante para que la relaje y a mí que me deje en paz, no voy a ser el blanco de sus frustraciones.

—Creo que ese es el problema… Su amigo se está cansando de la situación y la está presionando —susurró Hilary, quien estaba más enterada de todo, porque era la confidente de la implicada en el trío amoroso.

—En fin, dejemos ese tema de lado… y cuéntanos más de tu trabajo, ¿cómo es tu oficina? ¿Tus compañeros son guapos? ¿Has conocido a alguno interesante? —Janeth lanzó todo un cuestionario, mientras llamaba a un mesonero para ordenar.

—El trabajo está bien… un poco complicado, pero marchando, la oficina es hermosa y la mayoría de los empleados son viejos —contestó, haciendo una mueca al final—. Pero les tengo otra noticia… Maurice no ha sido el único al que he visto en estos días —esbozó con la mirada brillante.

—¿Alguien de la oficina? —preguntó Hilary, interesada.

—No… no es de la oficina, acaba de llegar a la ciudad —respondió, esquivándole la mirada.

Ya estaba cansada de que la criticaran por tener una relación con su chofer, no quería que agregaran más reproches a su lista, si se enteraban de que su nuevo amante era el hijo del antiguo jardinero de la mansión.

—¿Y ese caballero misterioso, tiene nombre? —Janeth la miró realmente intrigada, al ver la reacción de su amiga.

—Por supuesto que tiene nombre… y Debbie nos lo va a dar en este preciso instante. Tenemos que averiguar todo sobre él —comentó Hilary de nuevo.

—No les diré nada, por ahora… No es algo serio, solo estamos saliendo —dijo para salir del

paso.

—¿Ya tuvieron sexo?

—¿Pueden dejar el interrogatorio? Me siento como en un juicio. —Se sintió salvada por la chica que llegó con sus pedidos.

—¡Contesta! ¿Ya se acostaron? —Janeth la presionó.

—¡Sí! —exclamó, exasperada—. Sí, tuvimos sexo, ¿contenta?

—¿Y qué tal estuvo? —inquirió Hilary, emocionada.

—Esta mañana apenas podía sentarme, por el dolor en las caderas… Es un animal —contestó y le ocurrió algo que no le sucedía en años, se sonrojó como una chiquilla.

—Perra con suerte —pronunció Janeth entre dientes.

—Debbie, tienes que presentárnoslo… Si ya tuvieron sexo, es algo serio, así que debemos darle el visto bueno —puntualizó Hilary, dándole un sorbo a su copa de agua.

—Aún es pronto, solo hemos salido un par de veces… Quizás más adelante se los presente —comentó y bebió de su café, excusándose en ello.

—Más te vale, o no te hablaremos en mucho tiempo. —Advirtió Janeth, quien la veía muy entusiasmada con el extraño.

Deborah buscó cambiar de tema, para no revelar nada más sobre su relación con Diego. Claro, si es que a eso que tenían se le podía llamar así, la verdad era que solo habían tenido sexo, nada más.

Ni siquiera se habían dado tiempo para hablar y conocerse un poco más, al menos de Maurice lo conocía todo, pero Diego Cáceres, seguía siendo un completo enigma para ella.

Rebecca caminaba, admirando el bello atardecer frente al río Mississippi, las sombras de la noche comenzaban a robarse las hermosas luces naranjas, que eran las últimas del día y la suave brisa transportaba en el aire todos los aromas de la exótica ciudad que la vio nacer.

Salió del restaurante por un par de horas, para dar una vuelta. Aunque no tenía nada más que hacer que atender su negocio, a veces necesitaba de esos momentos de paz, que caminar por el malecón le brindaban.

Iba tan distraía, que no era consciente de las personas a su alrededor y una ráfaga de viento removió su espesa cabellera ónix, cubriéndole el rostro; buscó apartarlo con sus manos, pero antes de hacerlo, sintió que chocaba contra otro cuerpo y se tambaleó, pero consiguió mantenerse en pie.

—¿Por qué no se fija por dónde anda?

Demandó una voz femenina, que ella reconoció de inmediato. Elevó la barbilla en un gesto altanero, una vez que logró apartar su cabello y clavó la mirada en Deborah Wallis.

—Por supuesto, tenías que ser tú. Siempre andas perdida.

—Déjame en paz… Ni siquiera te vi venir. —Se defendió, intentando alejarse, pero ella la detuvo, tomándola del brazo.

—Deberías al menos disculparte, ¿qué le sucedió a la educación que te dieron en la preparatoria? ¿También la perdiste? —Rebecca se quedó mirando la mano de Deborah en su brazo y cuando iba a responderle, Deborah continuó—: bueno, no es de extrañarse, ahora que eres una camarera y pasas todo el día en esa pocilga —mencionó, fingiendo pesar y después sonrió.

—No deberías jugar con mi paciencia, Deborah. Sabes que tengo muy poca. —Le advirtió, mirándola a los ojos y zafándose con brusquedad del agarre.

—Sí, sí… Sé que eres una salvaje, eso es algo que no cambian los buenos colegios —comentó, haciendo un ademán despectivo, mientras la miraba de arriba abajo.

—Y lo amargada no te lo quita que te cojas a la mitad de los hombres de Nueva Orleans. —Contraatacó.

Deborah soltó una carcajada, fingiendo que el comentario le había causado gracia, aunque en realidad odiaba que todo el mundo se creyera con el derecho de juzgar su comportamiento.

—No tengo la culpa de ser más hermosa y deseable que tú.

—Yo diría: "Más fácil" —sonrió, al ver el gesto de rabia que Deborah no pudo controlar y decidió continuar—: por lo menos a mí, con todo lo que me ha sucedido, no me ha tocado prostituirme y me he levantado por mis propios medios… En cambio, tú, que lo tienes todo, debes andar abriéndote de piernas a cuanto hombre conoces, para que te den un poco de atención.

—¡Cállate, estúpida! —La amenazó y se acercó a ella.

—¿Qué? ¿Te duele? ¡Oh, por favor! Creo que ya deberías estar acostumbrada, todos en Nueva Orleans opinan lo mismo de ti —pronunció, sonriendo.

Deborah respiró profundamente, para no salir de sus cabales. No daría un espectáculo en plena vía pública, por culpa de aquella miserable. La miró con desprecio antes de hablar.

—¿Sabes algo, Rebecca? Existe una gran diferencia entre tú y yo… Más allá de la física, que es evidente y es que yo tengo el dinero para callar cualquier rumor que gire en torno a mí, yo seguiré siendo la intachable señorita Wallis donde me pare, mientras que tú, no serás más que un don nadie y te aseguro, que ninguna persona en Nueva Orleans se atreverá a insultarme en mi cara.

—Yo acabo de hacerlo, su majestad —apuntó, riendo y le hizo una venia, para intensificar su burla.

—Y puedo destruirte por ello… Así que será mejor que la próxima vez, cuides lo que dices, si no quieres acabar en la calle, pidiendo limosna, porque te aseguro, que no encontrarás trabajo ni siquiera de puta —espetó, mirándola con seriedad.

No esperó una respuesta por parte de Rebecca y se dio media vuelta, para caminar hasta la avenida. Le extendió la mano a un taxi, que paró de inmediato y subió al vehículo. Antes de darle la dirección al chofer, miró una vez más a la morena parada en la cera, con la mirada cargada de desprecio.

Rebecca también la veía, sintiendo un inmenso deseo de bajarla de ese auto y arrastrarla por todo el muelle de los cabellos, de sacar de su pecho la rabia que sentía y la estaba quemando por dentro.

Solo por una persona había sentido odio en su vida y esa era Deborah Wallis.

Desde que se conocieron en la secundaria, la famosa heredera de la mitad de la ciudad se encargó de hacerle la vida imposible, humillándola y menospreciándola; simplemente porque ella no pertenecía a su misma clase y porque su padre era un comerciante, quien se había hecho de una fortuna con esfuerzo duro y no legado por sus antepasados, como era el caso de la mayoría de las ilustres familias de Nueva Orleans.

Ella carecía de abolengo, no era descendiente de franceses, su padre fue un hombre de color, un huérfano que sobrevivió los primeros años de su existencia, gracias a la caridad de algunas personas, pero que se labró un camino hasta llegar a ser alguien importante.

Su madre fue una hermosa vietnamita, que llegó junto a su familia desde Asia, quienes también eran comerciantes y habían escapado de la guerra.

No, ella no tenía sangre aristocrática ni dinero ni propiedades, pero tenía dignidad y Deborah Wallis no seguiría pisoteándola, aunque tuviera que trabajar el doble, saldría adelante como lo hicieron sus padres y le demostraría, que era mejor que ella.

CAPÍTULO 23

Sus fuertes manos se hundían en el oscuro abono, mientras silbaba una melodía actual y movía el pie derecho al ritmo de esta, habían pasado dos semanas desde que metiera a Deborah Wallis a su cama y sentía que apenas cabía en él de la satisfacción que eso le brindaba. Jamás pensó que en serio tendría un chance con esa mujer, era más de lo que algún día hubiera aspirado, era sensual, hermosa, elegante y lo mejor de todo era, que sabía moverse muy bien.

Aunque sus visitas al invernadero no eran todas las noches, porque cada uno debía cumplir con sus jornadas de trabajo y también debían mantener en secreto sus encuentros, pues cada vez que se hallaban en ese lugar, ardía Troya. Ella ya se mostraba más desinhibida y accedía a todas las cosas que él le sugería, aunque seguía dejándolo con las ganas de montarla por detrás y hundirse en el apretado culo que tenía, sabía que tarde o temprano lo conseguiría.

—Por supuesto que lo harás… Como que te llamas Diego Cáceres. —Se dijo, en voz alta, limpiándose las manos en un trapo ya sucio por el uso y lo lanzó en el estante.

Continuó silbando Give Me Everything, mientras bailaba al ritmo de la música, que salía por los altavoces del pequeño equipo de sonido. Su habitación quedaba al lado del depósito, donde estaba preparándose para finalizar el día.

Deseaba terminar pronto, darse un baño y descansar un par de horas, pues tenía la esperanza de gozar de Deborah una vez más. Había estado la noche anterior y la habían pasado genial, como siempre, pero los dos quedaban con ganas de más, así que ella se fue, prometiéndole que haría todo lo posible por volver esa noche y él se quedó deseándola desde que salió.

—¡Vaya, te veo muy animado!

La voz de su padre lo hizo sobresaltarse, como cuando era un mocoso y lo atrapaba en una travesura. Cortó de inmediato sus pensamientos, para que Roberto ni siquiera sospechara en lo que había estado pensado, a su cuerpo siempre se le daba por reaccionar a los recuerdos de la pelinegra, poniéndose duro como bloque de granito.

—Pensé que ya se había ido —mencionó, esquivando el comentario de su padre, quien lo miraba sonriente.

—Regresé porque necesitaba ir al baño y no quise esperar hasta llegar a la casa, sabes que está lejos, ¿puedo usar el tuyo? —preguntó, caminando hacia la puerta de la habitación.

—Claro… pase —le indicó con la mano, que podía pasar.

Se volvió para seguir haciendo lo suyo y procuró no mostrarse tan efusivo esta vez, no quería que su viejo comenzara a hacerle preguntas y por su manera de mirarlo, sabía que había quedado intrigado, al verlo tan contento.

Roberto entró al baño, comprobando que Diego había hecho un buen trabajo allí, lo mantenía limpio y ordenado, aunque suponía que era más trabajo de las chicas de la casa, que de su hijo. Se entretuvo en hacer lo que debía y cuando caminó para lavarse las manos, uno de sus pies que cada vez estaban más torpes por la maldita artritis, tropezó con la papelera.

—¡Mierda! —Se quejó, viendo que el contenido se volcaba en el piso—. Lo que me faltaba.

Buscó con la mirada, algo que le sirviera para recogerlo y con alivio vio que había una pala plástica y una escoba, al parecer se había equivocado y su hijo sí era el encargado de hacer él mismo la limpieza de su habitación, sonrió ante la idea, pues nunca quiso hacerla, estando en su

casa, cuando era chico.

—Lo que la vida se encarga de enseñarnos, Diego —esbozó, tomando las cosas y comenzó a barrer los papeles.

Su mirada se llenó de sorpresa al ver entre los mismos, dos preservativos usados, sus pensamientos se volvieron un remolino y después de un minuto, haciendo posibles conjeturas, terminó de recoger todo y salió, sintiendo un fuego en el pecho.

—¿Qué carajo hacen dos condones en tu papelera? —preguntó sin rodeos, acercándose a Diego.

Él se volvió, sobresaltándose una vez más y miró a su padre como si fuera un extraterrestre. Su mente se había quedado en blanco y le llevó cerca de un minuto reaccionar.

—Eso no es asunto suyo —contestó, con determinación y se volvió, dándole la espalda, para seguir con lo suyo.

—¿Que no es asunto mío? ¡Pues claro que es asunto mío! Te traje a esta casa para que fueras mi reemplazo, le pedí el puesto a Dominic Wallis y le aseguré que no tendría problemas contigo y ahora me sales con que te estás cogiendo a una de sus empleadas —pronunció, casi sin respirar, por la rabia que lo recorría de arriba abajo. Tenía ganas de darle un garrotazo, para hacerlo reaccionar y que le prestara atención.

Diego sintió que se llenaba de alivio, al escuchar esa última palabra. Empezó a controlar el temblor que se había apoderado de su cuerpo, al creer que su padre descubriría lo suyo con Deborah. Se volvió a mirarlo, con la resolución de enfrentarlo.

—Que yo sepa, aquí no trabaja ninguna menor de edad, así que como adultos que somos, podemos hacer lo que nos plazca y ya deje el drama, ¿o caso me va a decir que usted nunca mojó la verga, mientras estuvo aquí solo y mi madre estaba en Argentina con Germán y conmigo? —cuestionó, sintiéndose furioso al ver la hipocresía de su padre.

Roberto acortó la distancia entre los dos con rapidez, a pesar de sus huesos adoloridos, lo hizo llevado por la ira y le dio una bofetada con todas sus fuerzas, volteándole la cara.

—¡Respetas a tu madre y me respetas a mí, carajo! —gritó, señalándolo con un dedo.

Diego se volvió con los ojos colmados de lágrimas, debido al dolor que le produjo el golpe, pero el odio no dejó que las derramara; por el contrario, se irguió cuan alto era y miró a su padre con desprecio, mientras un músculo se contraía en el lado derecho de su mandíbula y su rostro se enrojecía.

—Te vas a cagar en la última oportunidad que quizás tengas en tu vida, Diego —mencionó con un tono de voz más pausado, pero que seguía siendo severo.

—¿La última oportunidad? ¿Usted en verdad pretende que yo me quede aquí?, ¿que mi vida sea solo esta mierda de abono, estas malditas flores y ser tratado como un imbécil? —preguntó.

Miraba a su padre sintiéndose furioso y ofendido, porque él no lo creía capaz de aspirar a más, porque desde que era un chico, lo único que le importó fue darle lo mejor a Germán y dejar que él se fuera a la mierda, solo eso y en ese preciso momento se lo dejaba muy claro.

—¿Dime qué otra cosa vas a hacer? ¡No estudiaste! No trabajaste de manera honrada… Te metiste con aquellos miserables que te embaucaron y por su culpa, pasaste cinco años en prisión… —decía, alterándose cada vez más—. Tienes antecedentes por posesión de drogas, Diego ¿Quién coño crees que te va a dar empleo? Tú solo te jodiste la vida… ¿Sabes qué? Ya estoy cansado de estar intentando salvarte una y otra vez… Si lo que quieres es joderte una vez más, pues hazlo —dijo con resignación, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Acaso es un pecado lo que estoy haciendo? ¡¿Tengo que volverme un maldito monje estando aquí, para complacerlos a todos?! —exclamó, creyendo que el rencor que sentía hacia

Roberto cada vez era mayor.

—No se trata de eso. Si quieres mujeres, en la calle hay miles, pero debes cuidar el trabajo, si el viejo Wallis o su hija llegan a enterarse de que te acuestas con alguna de las empleadas… que sospecho ya de quién se trata, ambos saldrán de aquí despedidos y eso no es justo para esa pobre chica —mencionó, para hacerlo entrar en razón.

Había llegado a la conclusión de que la mujer con la cual estaba acostándose su hijo era Katherine. La hija de Martha era a quien había visto muy entusiasmada con Diego, compartiendo miradas y siempre sonriéndole de manera coqueta.

—Nada de eso pasará —masculló Diego, esquivándole la mirada y salió del depósito, para caminar hacia la habitación.

Le pareció ver el reflejo de alguien en el invernadero, pero la rabia que lo recorría le impidió cerciorarse de ello, siguió de largo, deseando escapar de la presencia de su padre.

—Diego, esto no es juego —dijo Roberto y caminó tras él.

—A ver… ¿Qué es lo que tanto le molesta? Nunca estuvo pendiente de mi vida y ahora viene a querer dársela del padre ejemplar, que desea ayudar al hijo perdido a volver al rebaño… Pues puede tomar sus buenas intenciones y limpiarse el culo con ella, ya me tiene harto.

—¡Diego, deja de hablarme de esa manera! ¡Respétame, que soy tu padre! —Roberto volvía a salirse de sus casillas.

—Entonces deje de meterse en mi vida y de revisar mis cosas, ¿cómo carajos se dio cuenta de los condones? —preguntó, pues hasta el momento, no lo había hecho.

—Tropecé con la papelera y la boté, pero no se trata de eso, sino de las consecuencias que puede tener lo que estás haciendo, tienes que parar esto de inmediato… No seas insensato, Diego. Ya no eres un chico, ¡tienes veinticinco años, carajo! —expresó, sintiéndose frustrado y se agarró del marco de la puerta, la descarga de adrenalina había pasado, dejándolo cansado.

—Perfecto, entonces puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana y usted no tiene por qué decirme nada, váyase y no regrese por aquí… Ya no necesito que me enseñe ni que me ayude con nada más, váyase y ríndale pleitesías a su hijo favorito, al que lo ha hecho sentir orgulloso siempre —dijo, mirándolo por encima del hombro.

Entró al baño, cerrando la puerta con un golpe seco tras él y lo dejó allí parado, haciéndole ver que no seguiría escuchándolo más. Ya estaba harto de que estuviera diciéndole todo el tiempo qué hacer y que solo resaltara las cosas que hacía mal, sus equivocaciones, sus errores, nunca sus aciertos.

Ni un solo día le había reconocido que ya había aprendido cómo tratar las putas orquídeas, ni tampoco que los árboles del jardín lucían mucho mejor por el sistema de riego que había hecho o que el mismo viejo Wallis se había mostrado satisfecho por la manera en cómo estaba cuidando del rosal. Nada de eso parecía importar y no sabía por qué mierda le extrañaba, si no era la primera vez, si siempre había sido así.

Su mirada se encontró con su reflejo en el espejo y lo enfureció mucho más, ver que estaba llorando como un pendejo y que su mejilla estaba roja, allí donde le había pegado. Se limpió las lágrimas con un movimiento brusco y se desvistió, dispuesto a darse un baño y olvidarse de todo eso, el agua seguramente le apagaría el fuego que ardía dentro de su pecho y lo instaba a agarrar cualquier cosa y hacerla pedazos, para descargar la rabia que sentía en ese momento.

◆◆◆

Deborah había llegado ese día más temprano que de costumbre a la mansión. Se sentía feliz,

porque su proyecto al fin comenzaba a marchar tal y como había esperado. En lugar de subir a su habitación directamente, dejó el portafolio en su estudio y caminó hacia el invernadero, quería ver a Diego y sabía que a esa hora ya debía encontrarse allí, no pretendía tener sexo con él a esa hora o tal vez sí, un polvo rápido para celebrar que se encontraba tan eufórica.

Igual pensaba regresar más tarde, cuando todos estuvieran durmiendo, para pasar algunas horas con él. Tener sexo con el jardinero, se le había vuelto casi una adicción, aunque luchaba por mantener el control, siempre terminaba cediendo a sus deseos y lo visitaba cada dos noches.

Caminaba, sintiéndose en las nubes, cuando escuchó dos voces en el lugar y supo que Diego no se encontraba solo. Se llenó de temor, pensando que podía ser su padre, pero recordó que este había salido de la empresa en compañía de Silvya, desde el mediodía y no había regresado, así que era poco probable que fuera él; igual tomó sus precauciones y se escondió, quedando cerca de donde pudiera descubrir quién estaba allí.

No podía escuchar bien lo que decían, pero sí verlos y fue testigo de cómo Roberto le daba un fuerte golpe en la cara a Diego, se llevó la mano a la boca, para acallar el jadeo que ese acto le provocó y una molesta sensación le encogió el estómago.

El tono de voz de ambos aumentó, permitiéndole oír de lo que hablaban, no pudo descubrir el motivo concreto de la discusión, pero sí escuchar cada uno de los reproches que ambas partes se hacían y se quedó en shock al enterarse de que Diego había estado en prisión durante cinco años, por posesión de estupefacientes. Eso nunca lo hubiera imaginado; o por lo menos, no lo habría sospechado.

Creía que todos esos tatuajes y esa pinta de chico malo, eran solo para llamar la atención de su padre o dar la impresión del chico sexy y rebelde, por el cual muchas mujeres morían. Verlos, fue como tener un reflejo de lo que eran ella y su padre; la imagen le causó dolor y rabia. Hasta el momento, Dominic nunca le había puesto una mano encima para lastimarla, pero las palabras podían herir más que los golpes y eso lo veía también en Diego, Roberto le estaba haciendo daño.

—Deberías dejarlo en paz —susurró, furiosa.

Diego salió del depósito, para escapar del constante agobio de su padre y ella tuvo que esconderse con rapidez, detrás de unas orquídeas colgantes, para evitar que la viera. Se agachó, cuidando no tropezar con nada y revelarles su presencia en ese lugar. Caminó hasta la pequeña ventana, que daba a esa zona del invernadero y estaba entreabierta, eso le permitió seguir escuchando la discusión y cada palabra de reproche que hacía Roberto, era mucho más dura.

Escuchó la puerta del baño estrellarse con fuerza, haciéndola sobresaltarse y se arriesgó a mirar por la rendija, vio a Roberto de pie en la habitación, mirando la hoja de madera cerrada. Se escondió de nuevo, al verlo volverse para salir de la habitación. Sus pasos eran más lentos de lo habitual y lo hacían ver como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. La verdad no le produjo ni siquiera lástima, era igual de malnacido que su padre.

Liberó un suspiro, cerrando los ojos, siendo consciente en ese momento de que Diego no tendría ánimos de estar con ella. Debía respetar su deseo de estar solo, después de todo, podía comprenderlo mejor que nadie, porque siempre pasaba por lo mismo. Salió de su escondite, para regresar hasta la mansión, se daría un baño y descansaría un rato.

Luego regresaría, porque tampoco podía dejar de hacerlo, se lo había prometido; además, se sentía realmente intrigada por lo que ocurrió entre él y su padre. Quizás podía averiguarlo esa noche y por qué no, podría hasta compartirle parte de lo que había sido su vida también.

—Tal vez va siendo hora de que empecemos a conocernos, Diego Cáceres —expresó en voz alta, al salir del invernadero.

Llegó hasta la casa, encontrándose con la mirada llena de curiosidad de algunos empleados, entre ellos Maurice, quien la sorprendió, apareciéndose allí, pues hasta donde sabía, debía entregar el último trabajo del trimestre en la universidad.

Entraron al estudio y tal como sospechaba, él deseaba tener sexo con ella. Maurice estaba loco por hacerla su mujer, pues ya tenían dos semanas sin estar juntos, las mismas que ella tenía acostándose con Diego y que le había estado rehuyendo.

Deborah se negó una vez más, alegando que estaba cansada y él se marchó furioso. Pensó que a lo mejor debió haber cedido y tener relaciones con él, después de todo, no sería la primera vez que tendría sexo con Maurice, después de haber estado recientemente con otro hombre.

Sabía que no corría riesgos de ningún tipo, porque siempre usaba protección con todos y, además, se cuidaba con un método anticonceptivo, pero igual, ya él se había marchado y no podía hacer nada, después buscaría la manera de contentarlo.

◆◆◆

Eran las diez y cuarto de la noche, cuando Diego escuchó la puerta de su habitación abrirse, se había quedado dormido y apenas despertaba. Sabía que era Deborah, quien entraba a su habitación y en medio del letargo que le provocaba el sueño, la vio acercarse y subir a la cama, para terminar de despertarlo con un par de besos, ese fue un gesto de ternura que nunca hubiera esperado de ella y que realmente lo sorprendió.

La envolvió entre sus brazos, poniéndola bajo su cuerpo, para besarla mejor y aprovechando la erección con la cual había despertado, comenzó a excitarla para no perder tiempo y tener sexo con ella. Ni siquiera la desnudó por completo, solo le subió el sexy camisón de seda y se abrió espacio entre las piernas con sus rodillas, sintiéndola cálida y lista para él.

Ella le tomó el rostro entre las manos, para atraer su atención y le indicó con la mirada que se estaba olvidando de algo, Diego resopló y estiró la mano para rebuscar en la gaveta, tomó un preservativo y Deborah se lo quitó para ponérselo, tocándolo con mimo, recompensándolo por complacerla.

Se había excitado, nada más con verlo dormido boca abajo, desnudo y tan atractivo, que el deseo hizo explosión dentro de su cuerpo, activando cada fibra de su ser y simplemente se dejó llevar, cuando Diego hizo de sus cuerpos uno solo.

CAPÍTULO 24

Ambos estaban tumbados de espalda en la cama, mirando el techo, mientras se recuperaban del orgasmo compartido. Diego se puso de pie y caminó hasta el baño, sin decir una palabra. Eso era poco habitual en él, pues siempre hacía una broma o le entregaba algún gesto cargado de picardía a Deborah, esta vez no hizo nada de eso.

A ella no le extrañó su comportamiento, pues lo había notado distinto durante el acto. No hubo frases perversas, ni miradas lascivas, tampoco esas demandas que él le hacía y la molestaban en la misma media que la excitaban. Simplemente se limitó a embestirla con la misma fuerza de siempre, pero más que estar disfrutando, parecía querer huir de algo… o de alguien.

Pensó en marcharse y dejarlo solo esa noche, suponía que podría dormir muy relajada después de ese orgasmo y ya tendrían otra oportunidad más adelante. Una donde ambos estuvieran igual de animados que siempre y no arruinar las cosas teniendo sexo solo por tenerlo, eso nunca le había gustado.

Diego regresó a la habitación, antes de que Deborah pudiera levantarse y salir de allí. La vio acostada de lado, se sentó al borde de la cama y le dedicó una sonrisa, mirando los hermosos pezones que la transparencia del encaje dejaba ver. Llevó su mano hasta uno y le dio un suave pellizco.

—¡Hey! —Se quejó ella, dándole un manotón—. Eso duele.

—Pero te gusta —mencionó él, aliviando el daño con el pulgar, acariciándolo en círculos.

—Eso está mejor —indicó Deborah, gimiendo.

Su comentario le sacó una sonrisa a Diego, se estiró para tomar el control del equipo de sonido y llenar con alguna canción el silencio que se instalaba después de tener sexo con Deborah. Anteriormente no había sentido que la necesidad fuese tan imperiosa, pero en ese instante, lo que realmente deseaba era acallar la voz de su padre, que le repetía que estaba cometiendo un error al acostarse con ella.

Las intensas y rápidas notas de un piano, a las que se le unieron las de violines y violonchelos, con las que iniciaba la canción, inundaron el espacio, seguida de la voz de *Sam Martin*, quien capturó de inmediato la atención de Deborah, ella se incorporó quedando sentada en la cama y se movió, buscando la mirada de Diego, quien estaba entretenido abriendo un paquete de cigarrillos para fumarse uno.

—¿Esa canción intenta hacer alusión a algo en específico? —preguntó con la mirada brillante, cargada de curiosidad.

Diego fue tomado desprevenido, por lo que se quedó en silencio, sin saber qué contestar. Elevó una ceja, mirándola por encima del hombro y después ladeó la cabeza, concentrándose en la letra de esa canción, que había puesto al azar.

I don't know where the lights are taking us
But something in the night is dangerous
And nothing's holding back the two of us
But, baby, this is getting serious
Oh oh oh
Dan-danger-dangerous

Oh oh oh.

Ella lo miraba llena de expectativas, mordiéndose el labio inferior, mientras estudiaba su reacción a lo que decía la canción. Hasta ese momento, no se había detenido a mirar bien a Diego y debía reconocer que era un hombre muy atractivo, a pesar de estar un poco descuidado y de tener su piel tostada por el sol, seguía siendo muy apuesto. Su nariz recta y sus cejas gruesas, le daban un aire muy masculino, así como la barba, que, además, lo hacía lucir mayor, pues recordó que apenas tenía veinticinco años, según dijo Roberto y ella no podía creerlo, le hubiera puesto unos treinta.

—No escogí la canción a propósito, solo está dentro de esa lista de reproducción, pero si tuviera que hacer alusión a algo, sería a que eres una mujer peligrosa, Deborah… Tú eres el peligro —mencionó, volviéndose y recostándola para besarla.

—Yo podría decir lo mismo de ti… —Se detuvo, gimiendo al sentir los besos de Diego en su cuello y le acarició la espalda, deleitándose con la piel caliente, con cada músculo—. Eres un hombre peligroso, Diego y muy adictivo —susurró, envolviéndole la cadera con su pierna, para pegarlo a ella.

Él sonrió contra la suave piel de la garganta de Deborah, haciéndola temblar. Le gustaba tener el poder de seducirla de esa manera, que ella no pensara nunca en negarse a lo que le pedía, que le dijera que sí a todo.

—***It's dangerous, so dangerous… I wanna do it again, come on, baby… It's dangerous, so dangerous, I wanna do it again.*** —Le cantó Diego, en medio de risas y besos, los que dejaba caer en la piel de Deborah, al tiempo que le acariciaba los senos.

Ella se movió con rapidez, tumbándolo sobre su espalda y lo inmovilizó, sentándose encima de él. Atrapó las manos de Diego, las que intentaron recuperar el control y las aprisionó contra la almohada, entrelazando sus dedos. Comenzó a balancear sus caderas, rozando la naciente erección, para llevarla al punto más alto, mientras le sonreía de manera maliciosa.

—Entonces… ¿Soy peligrosa, Diego? —preguntó en un tono mimoso y seductor, sin dejar de lado lo que hacía.

—Puedes matar a un hombre, moviéndote así —contestó él, intentando alcanzar los pezones que se movían sobre su boca.

Consiguió atraparlos y se apoderó de ellos, con una secuencia de succiones, que hizo gemir con fuerza a Deborah. Ella liberó sus muñecas y apoyó sus antebrazos a cada lado de su cabeza, para acercarse más y poner sus senos a su completa disposición.

El deseo volvía a correr por sus venas, haciendo que la sangre se transformara en ríos en plena crecida, viajando a esos rincones, donde sus cuerpos se hacían más sensibles. La temperatura aumentó y sus pieles se cubrieron de una ligera capa de sudor, haciendo mucho más excitante cada roce.

Una vez más, la pasión los desbordaba y esta vez la voz cantante la llevó Deborah, quien fue la encargada de someter a Diego, con el baile de sus caderas y llevarlo a un orgasmo poderoso y prologando, el mismo que un minuto después, hizo estallar dentro de ella cientos de sensaciones y emociones, con la fuerza de una supernova, dejándola tendida y sin una pizca de fuerza, sobre el pecho de Diego, quien mostraba el esfuerzo que hacía por respirar.

—¿Por qué los hombres hacen eso siempre, después de tener sexo? —preguntó ella, mientras lo veía fumar un cigarrillo.

Habían pasado unos minutos y ya se encontraba recuperada del segundo orgasmo de esa noche. Estaba acostada de medio lado, apoyando la cabeza en la palma de su mano derecha, desnuda, pues se había quitado la picardía, cuando estuvo encima de él.

Lo veía embelesada, siguiendo cada movimiento que hacían sus manos, cómo sus labios se cerraban en torno a la colilla y halaban, consumiendo el cigarrillo, para segundos después, separarse, expulsando el humo; a veces también lo dejaba salir por su nariz, llenando el aire del fuerte olor a nicotina y éste en lugar de molestarle, le resultaba atrayente.

—¿Hacer qué? —inquirió, sin saber a ciencia cierta a qué se refería ella, los hombres hacían varias cosas después del sexo.

—Fumar… Casi siempre enciendes un cigarrillo después de que acabas —contestó, deslizándole un dedo por el pectoral, allí donde tenía lo que parecía una cantidad escrita en números romanos, o tal vez era una frase, no lo sabía.

—Yo lo hago para cerrar con broche de oro una buena cogida —contestó, escogiéndose de hombros, ligeramente—, y creo que todos los demás hacen lo mismo.

—¡Vaya, gracias por el halago! —expresó Deborah, con sarcasmo. No le molestó, aunque hubiera dado esa impresión por la forma en como él la miró—. Quiero probar, ¿me das uno?

—¿Alguna vez has fumado?

—No, pero nadie nace haciéndolo, todos aprenden en algún momento y así celebro el haber tenido una buena cogida —contestó, siguiéndole el juego, con ese lenguaje que él usaba.

Él sonrió, al escucharla hablar así y en lugar de darle un cigarrillo nuevo, le ofreció el que tenía en la mano. Ella intentó tomarlo y él negó con la cabeza, indicándole que sería él quien se lo ofrecería, sosteniéndolo.

—Vas a darle una halada, despacio… y corta —susurró, mirándole los labios y cuando la vio envolver el cigarrillo en ellos, él sintió su miembro palpitar—. Ahora vas a dejar salir el humo suavemente… sin prisa.

Ella retuvo el humo e intentó hacerlo como él le decía, pero se sintió desesperada por soltar el aire que estaba conteniendo y todo salió de manera brusca, acompañado de un ataque de tos.

Diego comenzó a reír, alejando el cigarrillo y se acercó para acariciarle la espalda, ayudándola a respirar. Cuando la vio más recuperada, terminó con una última calada y apagó la colilla en el cenicero, miró a Deborah, quien aún tenía los ojos enrojecidos y llorosos por haber tosido tanto.

—Dame otro… Lo intentaré de nuevo —pidió, moviéndose para quedar sentada, suponía que por haber estado acostada fue que no pudo controlar su respiración.

—Eres terca, ¿verdad? —preguntó, tomando la cajetilla.

—Perseverante —acotó ella, poniéndose de rodillas entre las piernas de Diego, quien se sentó en la cama, apoyando la espalda en la cabecera—. Déjame hacerlo a mí…

—Bien, pero sigue mis instrucciones, despacio y corta. —Señaló, entregándole el cigarrillo. Ella se lo puso en los labios y él lo encendió, mirándola a los ojos, viendo la llama reflejarse en esos espejos azules, que lo tenían fascinado.

Después de varios minutos, ya Deborah se desempeñaba mejor. Gracias a los consejos de Diego, fue mejorando su técnica y podía aguantar varios segundos con el humo en su boca, sin ahogarse. Entre besos y risas, él le fue enseñando, descubriendo que eso también podía ser un juego erótico, del cual podían disfrutar por igual y el tiempo pasaba sin que se dieran cuenta.

De pronto se quedaron en silencio, mirándose y Deborah sintió que el corazón comenzaba a latirle más rápido. Había algo en él que la atraía y la asustaba al mismo tiempo, que no conseguía explicarse, pero que comenzaba a alejarse del mero deseo sexual, era una especie de complicidad.

—Tengo que irme —dijo, alejándose, mientras buscaba con la mirada dónde había quedado su camisón.

—Aún es temprano.

Diego intentó retenerla, viendo la hora en el reloj despertador sobre la mesa de noche, iban a ser la una de la madrugada y por lo general ella se iba más tarde.

—Tengo que descansar, a veces siento mucho sueño en la oficina y no puedo darme el lujo de distraerme. Eso le daría motivos a mi padre para aplastarme… —decía y se detuvo, recordando en ese momento la discusión que había escuchado entre él y Roberto—. ¿Sabes algo? Dominic Wallis es un verdadero bastardo y no le perdona nada a nadie, menos a mí; por el contrario, conmigo es peor, a mí me juzga, me presiona y me exige mucho más… Nada de lo que hago parece ser importante o suficientemente bueno —confesó, con la mirada puesta en sus manos y dejando escapar un suspiro, se puso de pie.

—Lo sé —mencionó él, sorprendiéndola, ella lo miró, así que continuó—: sé que es un miserable, que te pone el pie encima e intenta mantenerte en el suelo todo el tiempo… Pero también sé, que tú eres una guerrera y luchas contra él a diario.

—¿Cómo…? ¿Cómo sabes eso? —preguntó, desconcertada, moviendo sus pupilas con rapidez.

—Las personas hablan, Deborah… He escuchado algunos comentarios durante las comidas, o a veces cuando entro a la casa y encuentro a las chicas de servicio charlando —contestó y la vio bajar el rostro, reflejando molestia y vergüenza—. No debes sentirte mal por ello, es él quien debe estar apenado por tratarte de esa manera, por insultarte todo el tiempo y no ver a la gran hija que tiene.

Deborah se puso de pie, alejándose de Diego, no le gustaba esa nota de lástima que podía escuchar en su voz; caminó, dándole la espalda, para vestirse con rapidez y salir de allí.

—Tal vez no es el único que deba sentir vergüenza, después de todo, ¿cuánto hay de mentira en sus palabras? ¿Acaso lo sabes, Diego? —inquirió, poniéndose una coraza para hacerle creer que eso no la afectaba.

—No lo sé y tampoco me interesa, es tu vida y puedes hacer con ella lo que te dé la gana… Nuestros padres vivieron la suya y tomaron sus propias decisiones. No tienen derecho a decirnos cómo llevar las nuestras. —Sentenció, mirándola a los ojos, sintiendo cómo la molestia de esa tarde volvía a apoderarse de él—. Si te acuestas con diez, con veinte o treinta hombres, es asunto tuyo, es tu cuerpo, tú decides con cuántos y con quiénes.

—Gracias, es muy gratificante de tu parte pensar así —dijo, sintiéndose un poco dolida y ofendida también.

—Deborah… Mierda, no te estoy diciendo esto por mal o como un reproche, no te juzgo. Nunca seré como él, porque odio al tipo de hombres que son así… Simplemente, te digo que no me importa lo que hagas fuera de aquí y que… ¡Maldita sea! Sí me jodería mucho enterarme que te acuestas con otro hombre, pero qué carajos puedo hacer yo para evitarlo —cuestionó, mirándola.

Ella se quedó en silencio, observándolo, mientras sentía que muchas emociones viajaban dentro de su cuerpo, chocándose entre sí. No podía entender lo que estaba sintiendo y eso la llenaba de miedo e impotencia, la hacía sentir perdida; sin embargo, no salió huyendo de ese lugar, caminó hasta él, colgándosele del cuello y le atrapó los labios en un beso, que los golpeó con la fuerza de una descarga eléctrica de alto voltaje.

Diego le apretó la espalda con fuerza, dejando las marcas de sus dedos en la piel blanca, mientras la pegaba a él y le saqueaba la boca con ese beso que no les daba respiro. Se separaron jadeantes, sin abrir los ojos, pues temían lo que sus miradas pudieran mostrar en ese momento y que nada tenía que ver con el amor, pues lo que realmente les aterrorizaba, era mostrarse vulnerables uno frente al otro.

Deborah se estaba esforzando por retener el llanto que pujaba por salir, cerrándole la garganta hasta el extremo de sentir que la asfixiaba. Intentó poner distancia entre los dos, pero él no la dejó avanzar, la tomó por la cintura y la llevó de nuevo hasta la cama, haciendo que se sentara. Ella respiró profundamente y abrió los ojos, cuando a su cabeza llegó la única manera que conocía para olvidarse del mundo.

—Ven… ven Diego, cógeme —pidió, tumbándose en la cama y separando las piernas, al tiempo que lo acercaba.

—No era esa mi intención al retenerte aquí. —La miraba un tanto desconcertado, por ese cambio de actitud.

—Pero sí la mía al quedarme… Haz que todo desaparezca, saca de mi cabeza la maldita voz de Dominic, ven… Te necesito —esbozó, dándole desesperados toques de labios.

—Haz lo mismo tú conmigo… Ayúdame a liberarme de todos los reproches y de toda la mierda que hay en mi vida… —expresó, poniéndose encima de ella.

Una vez más, el sexo era el universo donde los dos se perdían, allí nadie les reclamaba o los juzgaba por sus acciones, ni le decían que lo que hacían estaba mal ni que era una enfermedad. Eso era natural, era su naturaleza como hombre y mujer, no era una aberración; por el contrario, era lo único capaz de hacerlos verdaderamente libres.

CAPÍTULO 25

Deborah miraba emocionada el catálogo en sus manos, le había pedido a un concesionario que le hiciera llegar uno, pues planeaba comprarse un auto, ya estaba cansada de depender de los demás, para tener que trasladarse por la ciudad o que Dominic no perdiera oportunidad en fastidiarla, como hizo el día antes, haciéndola irse en taxi hasta la casa, como si fuera una simple empleada más y no una socia de la empresa.

Le gustaban tres o cuatro modelos de los que veía, pero no sabía nada con relación a las características, jamás se había interesado por aprender sobre autos, así que en ese aspecto se sentía perdida. Levantó el auricular de su teléfono y le dijo a su secretaria, la que le había asignado recursos humanos después que tuvo prácticamente que exigirla, que llamara a Maurice para que viniera a su oficina, él la ayudaría a escoger el mejor.

—Pediste verme —mencionó él, entrando cinco minutos después de su llamada, sonriendo emocionado.

—Sí, necesito que me ayudes con algo… Ven acá —lo invitó a acercarse, haciéndole un ademán con la mano y entregándole el mismo gesto de él.

Maurice no dudó en acortar la distancia y acomodarse en el sillón junto a Deborah. Comenzó a acariciarle una pierna, aprovechando que la tela del vestido negro que llevaba era ligera y le daba la libertad para hacerlo.

—Maurice… Aquí no podemos hacer esto. —Le advirtió Deborah, mirándolo a los ojos y al ver que el fruncía el ceño, endureciendo su semblante, dejó libre un suspiro y le acarició el rostro —. Mírame, por favor, Maurice, no actúes como un niño y mírame. —pidió, intentando no perder la paciencia.

—¿Para qué me mandaste a llamar? —preguntó, con tono hosco, queriendo alejar el rostro, pero no lo hizo.

—No fue para tener sexo —contestó, divertida.

—¿Entonces para qué, Deborah? —inquirió, tornándose más serio y se puso de pie, al no poder soportar las burlas de ella.

—¡Por Dios, Maurice! Últimamente estás tan amargado. —Se quejó.

—Y tú últimamente estás tan distinta… y ni siquiera dejas que te toque, ¿qué demonios está pasando? —preguntó, dejándose de rodeos.

Ella se quedó en silencio, sintiéndose acorralada, le esquivó la mirada, encontrando en el catálogo su salvación y reaccionó de inmediato, aunque le costó dar con las palabras correctas, para comenzar a hablar con él. Esa actitud que tenía no le haría fácil las cosas, casi podía jurarlo.

—No está pasando nada, solo estoy muy ocupada… Tú sabes eso perfectamente, Maurice y deberías ser comprensivo conmigo, así como yo lo soy contigo, cada vez que debes ausentarte por tus estudios. —Le reclamó, volteando el juego a su favor.

—Estoy haciendo esto por los dos… —Se defendía, pero ella no lo dejó avanzar más allá.

—No, haces esto por ti… Y está bien, lo aplaudo y te apoyo, solo te pido que me des el mismo trato. Me estoy esforzando mucho para sacar mi proyecto adelante, dejando todas mis energías en este lugar y si no he tenido tiempo para ti en los últimos días, ha sido por ello… No porque algo esté sucediendo.

No sabía de dónde sacaba el valor para mentirle de esa manera, mirándolo a los ojos, sin siquiera titubear. Antes se le hacía más complicado, tanto que había temido mucho llegar a ese momento, así que poder hacerlo con tal naturalidad, la sorprendía, pero no se lo dejó ver.

Maurice se quedó sin argumentos ante las palabras de Deborah y la seguridad que mostraba, se llevó las manos al cabello, entrelazando sus dedos en las hebras rubias oscuras y resopló, dándose por vencido, tomó asiento de nuevo.

—Bien, ¿qué necesitas? —inquirió, en un tono más relajado y su mirada se posó en la revista que tenía ella en sus manos.

—Que me ayudes a escoger un auto, hay varios que me gustan, pero no sé nada sobre sus características. Sabes que apenas me enseñaste para obtener la licencia y aunque soy buena conduciendo, tú siempre hacías el resto —explicó con entusiasmo, mientras buscaba los que le habían gustado.

—¿Para qué deseas un auto? ¿Acaso el que yo uso no está a tu disposición siempre? —cuestionó, mirándola desconcertado y sin poder dejar de lado su desconfianza.

—No siempre y lo sabes, cada vez que pides permiso, debo requerir los servicios de tu padre y no me gusta. Gaël y yo apenas soportamos respirar el mismo aire —respondió.

—Pues eso no será necesario, el próximo semestre organizaré mejor las clases y no tendrás que recurrir a mi padre ni trasladarte conduciendo tú misma. —Aseguró, sin siquiera mirar las imágenes de los autos modelos del año.

—Por favor, Maurice. No seas intransigente… Quiero hacer esto, quiero un poco de independencia. —Se detuvo, intentando no desesperarse ante su negativa—. No tienes ni idea de lo humillante que fue para mí, cuando ayer tuve que quedarme parada en la acera, viendo cómo mi padre se negaba a dejar que Gaël me llevara, porque él lo ocuparía y tuve que marcharme en taxi, como si fuera una estúpida secretaria —mencionó, sintiendo que la indignación y la molestia se apoderaban de su ser, nuevamente.

—Le hubieras pedido el favor a alguno de los choferes de la empresa y seguramente te habría llevado hasta la casa.

—¿En qué auto? ¿En los camiones de distribución? —inquirió, horrorizada ante la sugerencia de él—. Mira, si vas a seguir burlándote de mí, es mejor que te largues, ya buscaré a alguien más que me ayude con esto… Ni para eso sirves —comentó, furiosa y se puso de pie, regresando a su escritorio.

Él la detuvo antes de que se sentara, dándole la vuelta, la aprisionó contra la elegante mesa de cristal, donde trabajaba y su cuerpo, sintiendo de inmediato cómo el calor se desataba dentro de él, despertando todas sus ansias.

—No vuelvas a decir algo como eso, Deborah. —La amenazó, acercándole el rostro casi hasta hacer que sus labios se rozaran y la miró a los ojos—. No se te ocurra llamarme inútil de nuevo.

—Suéltame, Maurice —exigió, intentando empujarlo.

Contrario a lo que le pedía, Maurice le envolvió el cuello con las manos y se apoderó de su boca con un beso demandante, que en un principio le lastimó los labios, pero que a medida que avanzaba, iba derribando sus murallas, haciéndola temblar, aunque no le dio el gusto de tocarlo, no pudo evitar darle una respuesta y participar del beso, con el mismo entusiasmo. Escucharon un toque en la puerta, que los hizo separarse, sobresaltados. Ella lo miró con reproche, pero él se mostró inmutable, le acercó la boca al oído antes de soltarla.

—Voy a ayudarte a escoger el maldito auto, pero que te quede claro, que no estoy de acuerdo con ello —susurró, con los dientes apretados y después se alejó, para que ella diera la orden de seguir, a quien llamaba.

—Sal de aquí, hablamos después —contestó Deborah, con premura, despidiéndolo.

Se volvió para mirar hacia la puerta y estaba por responder al segundo toque, cuando dio un respingo, al sentir un fuerte azote en su nalga izquierda y su mirada cargada de odio voló hacia Maurice, quien ya caminaba hacia la puerta, dándole la espalda.

—¡Miserable! —dijo, en un tono de voz, que no pudiese escuchar quien estaba afuera, pero él sí.

Deborah respiró profundo y se acomodó un poco para ocultar lo que había sucedido entre ellos dos y no demostrar la rabia que en ese instante le quemaba el pecho. Vio las miradas cargadas de curiosidad de su secretaria y de Silvya, en cuanto Maurice abrió la puerta, mientras ella se esforzaba por fingir una sonrisa para las dos mujeres.

La asistente de su padre había ido a verla para invitarla a almorzar, Deborah no se sentía de ánimos para compartir con Silvya, pero no podía seguir negándose, contrario a lo que pudiera haber esperado de la amante de su padre, ésta se había vuelto uno de los principales pilares para su proyecto, la apoyaba e incluso muchas veces terminaba defendiéndola de su padre. Así que pensó que quizás era hora de que tuviera que tragarse el rencor que le tenía y aceptar comer con ella, quizás hasta podría sacar algún provecho de esa reunión.

Tomó la elegante chaqueta negra de diseñador del perchero y su bolso Burberry, para salir de su oficina junto a Silvya, pero antes, le recordó a su secretaria, que, a su regreso, debía entregarle la encuesta que había enviado a realizar, para discutirla con el jefe del departamento de mercadeo. Ya tenían lista la nueva línea de productos, ahora solo debían buscar una imagen atractiva para el objetivo al cual iría dirigida la campaña, jóvenes en su mayoría.

—Ya te manejas como un pez en el agua. —La elogió Silvya, con una sonrisa, mientras subían al ascensor.

—Gracias, la verdad es que tú has sido de gran ayuda. —Deborah dio comienzo a su plan para reclutar otra aliada.

—No tienes nada que agradecerme, deseo lo mejor para la empresa… Es parte de mi vida y tenerte aquí, es algo que realmente me agrada —comentó, mirándola.

—Lástima que mi padre no comparta el mismo sentimiento.

—Bueno, Dominic es Dominic… No es fácil lidiar con él, pero no es una mala persona, solo hay que saber cómo sobrellevarlo. —Apuntó y las puertas se abrieron.

—Pues en ese aspecto, tú me llevas ventaja…

—¡Claro que no! Tú eres su hija y él, tarde o temprano, va a tener que admitir que ya eres una mujer adulta y que puedes manejar esta empresa… Eres la heredera directa, va a tener que cederte todo esto algún día —confirmó, para animarla—. ¡Demonios! olvidé que mi auto está en el taller… ¿Tu chofer está disponible? —preguntó, volviéndose a mirarla.

—¿Maurice? Sí… Claro —esbozó, sacando su teléfono del bolso y con rapidez le tecleó un mensaje.

- **Necesito que vengas para que nos lleves a un restaurante… y trata de ser discreto delante de Silvya, por favor.**

Lo envió y estaba por guardar el teléfono en su bolso de nuevo, cuando lo sintió vibrar. En la pantalla se anunció la llegada de un mensaje, lo activó con su huella dactilar.

- **Por supuesto señorita Wallis. Prometo no volver a azotarla, hasta que estemos los dos desnudos en su estudio… Lo cual espero que sea esta tarde o de lo contrario, le irá peor.**

Por mucho que se esforzó, no pudo contener la sonrisa que afloró en sus labios al leer el mensaje, bloqueó el teléfono de nuevo, para guardarlo. Cuando subió el rostro, su mirada se topó con la de Silvya, que estaba cargada de curiosidad y tenía una sonrisa pícara. Deborah adoptó una postura seria enseguida.

—Ya viene, ¿tienes pensado algún lugar en específico? —preguntó, mirándola a los ojos con una de sus cejas arqueada.

—Sí, vamos a mi restaurante favorito. Estoy segura de que te encantará —respondió, sonriendo de manera efusiva.

Caminaron hacia la entrada del edificio, en cuanto vieron el elegante Lincoln Continental estacionarse. Maurice bajó para abrirles la puerta, invitando primero a Silvya a subir al auto, después le dedicó una sonrisa a Deborah, al ver su cara de reproche y tuvo que reunir todas sus fuerzas para no besarla.

—Con que azotes, ¿eh? —inquirió ella, en un susurro. Lo vio encogerse de hombros y hacer más amplia su sonrisa, lo que la molestó mucho más—. ¿Sabes algo? Yo que tú y lo pensaba mejor, no vaya a ser que quien termine recibiendo una paliza, sea alguien más —agregó y su voz mostró cuán serio hablaba.

Maurice podía sentir la intensidad de la mirada de Deborah, incluso a través de los espejuelos oscuros de sus gafas y eso solo lo animó aún más a provocarla, así que le respondió.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. Me encanta tener luchas de cuerpo a cuerpo contigo. —Le entregó un guiño y una sonrisa, para después cerrar la puerta, cuando ella entró.

Silvya apenas podía disimular la sonrisa en sus labios, no tenía que ser adivina para ver la atracción que existía entre esos dos; además, ya Dominic le había hablado sobre su sospecha del tipo de relación que Maurice y Deborah llevaban. A diferencia de otras personas, a ella no le escandalizaba; después de todo, el hijo de Gaël era un chico inteligente, apuesto y carismático, que prácticamente se había criado junto a Deborah. Así que no le extrañaba que un día, entre ellos hubiera nacido un sentimiento.

Llegaron hasta la elegante construcción colonial, de paredes rojas y grandes ventanales, pintadas de un amarillo mostaza, ubicada en pleno centro del barrio francés. El hombre en la entrada se acercó al auto para ayudar a bajar a las damas y darles la bienvenida con una gran sonrisa a ***Muriel´s***.

Maurice estacionó al otro lado de la calle, para esperar a que ellas disfrutaran de su exquisita gastronomía, mientras él buscaba algo más acorde a su presupuesto, para almorzar. Caminó un par de calles y entró a un modesto local que estaba a reventar de personas, se sentó en la barra, pues no había mesas vacías.

—Bienvenido a ***"Meeting point"***, la especialidad de hoy es la cazuela de camarones en salsa de tomate picante y también tiene lo que está en la pizarra, tome su tiempo para decidir y enseguida vengo por su pedido —mencionó Rebecca, dedicándole una sonrisa, para luego pasar al cliente que seguía.

—Muchas gracias —contestó Maurice, enfocando la mirada en la pizarra negra, donde había siete menús, escritos con tiza blanca y todos despertaron su apetito.

Se le ocurrió hacerle una broma a Deborah y sacó su teléfono para escribirle un mensaje, sonreía mientras tecleaba en la pantalla y lo envió. La hermosa morena que le parecía un tanto conocida, regresó con libreta en mano, para tomar su pedido; él se decidió por la cazuela y una jarra de cerveza, pues cuando los habitantes de Nueva Orleans hablaban de picante, lo hacían en serio y era mejor estar preparado.

◆◆◆

Deborah y Silvya fueron ubicadas en una de las mejores mesas del ***Muriel´s***. El mismo encargado del local, en cuanto las vio llegar, se acercó hasta ellas para darles la bienvenida y puso a su disposición al sommelier, para que las atendiera. El hombre les hizo sus sugerencias y se retiró, para permitirles que ordenaran con tranquilidad.

—Todos los platillos son excelentes, el chef tiene la habilidad para preparar las recetas más finas y combinarlas con los platos tradicionales de la ciudad, es increíble —mencionó Silvya, emocionada, mientras miraba el menú.

Deborah asintió en silencio, paseando su mirada por las propuestas. La verdad no tenía mucho apetito y con una ensalada le iría bien, pero pensó que eso la dejaría en una posición de desventaja con Silvya, quien, al parecer, deseaba ordenar todo el menú. Sintió de pronto su teléfono vibrar y aunque no acostumbraba a atender durante la comida, hizo una excepción en ese momento y lo buscó.

- **Deberías pedir algo con mariscos, ya sabes que son afrodisíacos y puede que hoy necesites de energía extra… Voy a cobrarte mucho por la asesoría con lo del auto y ya sabes cómo me gusta que me paguen.**

Deborah se removió en el asiento, después de leer el mensaje y percibir cómo los músculos de su intimidad se tensaban, cómo incluso se humedecía al imaginar lo que sucedería esa tarde. De pronto, pensó en Diego y en lo molesto que seguramente se pondría si llegaba a enterarse, pero de inmediato se negó rotundamente a que él la condicionara, ella no le pertenecía a ningún hombre y podía hacer lo que se le diera la gana, con quien quisiera.

Después de todo, él se lo había dicho, que no le importaba lo que ella hiciera fuera de la habitación donde tenían sexo, así que no existían motivos para que se negase a lo que Maurice le pedía; además, debía admitir que extrañaba la manera que tenía de tratarla, cuando tenían relaciones, era tierna y pausada. No todo en la vida era coger, como decía Diego, ni tenía porqué ser rudo. Debía existir la variedad y ella aprovecharía que la podía disfrutar de ambos, pocas mujeres se podían jactar de ello.

—Disculpa, tengo que responder este mensaje —pronunció, mirando con rapidez a Silvya y se concentró en teclear.

- **Seguiré tu sugerencia, aunque tú deberías hacer lo mismo, incluso compra una bebida energética, pues de seguro la vas a necesitar hoy… Ya sabes que siempre pago mis deudas y además, cuán generosa soy.**

Después de releer el mensaje y enviarlo, sintió cómo una descarga eléctrica le recorría el cuerpo, despertando todas sus terminaciones nerviosas y una sonrisa se apoderó de sus labios, dejándola en evidencia delante de Silvya.

—Supongo que no es de la oficina —acotó, con picardía, mientras miraba la reacción de Deborah.

—No, es de un amigo… pero ya me despedí —contestó, guardando su teléfono y lo puso en silencio para no caer en la tentación de ver la respuesta—. Tomaré los langostinos, hace tiempo que no como mariscos y hoy se me antojan.

La comida transcurrió en un ambiente agradable, para sorpresa de Deborah. Compartir con Silvya no resultó ser una tortura, como ella se imaginaba; por el contrario, tuvo que admitir que la mujer tenía una conversación inteligente y era bastante alegre. No sabía qué le había visto a su

padre o cómo podía llevar una relación con él.

—¿Por qué tú y mi padre no se han casado? —preguntó, llena de curiosidad, mientras la miraba.

Silvya se quedó en silencio, cerca de un minuto, analizando su respuesta. La verdad nunca se había planteado directamente unir su vida a Dominic de manera definitiva, se limpió los labios con la servilleta y le dio un sorbo a su copa de agua.

—No lo sé, creo que no lo he visto como algo que sea necesario. A nuestra edad, algunas cosas no lo son… Siento que así estamos bien —contestó, manteniéndole la mirada.

—Y seguramente él no te lo ha propuesto. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Una vez me sugirió que me mudara a la mansión, tú estabas en el último año de universidad y él llevaba mucho tiempo solo —mencionó, cuidando sus palabras, para no molestar o herir a Deborah.

—¿Y por qué no aceptaste? —cuestionó, intrigada, pues la consideraba una arribista y rechazar una propuesta como esa, no encajaba en el perfil que se había creado de ella.

—No quise renunciar a mi independencia y mi comodidad, no tengo que contarte lo insoportable que puede llegar a ser tu padre a veces… Así que mi departamento aún sigue siendo mi santuario de paz, el que no cambiaría por nada.

—Tienes suerte de tener un espacio para ti… —decía, pero no pudo continuar, porque Silvya la interrumpió.

—¿Por qué no buscas uno? Ya eres una mujer adulta, Deborah y con los medios para hacerlo, con el dinero que te dejó tu abuelo, puedes comprar un departamento.

—Porque no me iré de la casa que fue de mi madre y que ahora es mía —respondió, con tono brusco.

Silvya supo que había tocado la tecla equivocada y solo asintió en silencio, la vio a ella enfocarse en su comida, así que hizo lo mismo y el silencio se apoderó de las dos, al menos hasta que llegó el postre; sin embargo, la tensión seguía y la sensación agradable de minutos atrás, no volvió a la mesa.

CAPÍTULO 26

Maurice se encontraba tendido sobre su estómago, en la mullida alfombra del estudio de Deborah. Tenía en sus manos el catálogo de autos que ella le había entregado, leía con atención las características de sus favoritos, pero era difícil concentrarse, teniendo a su mujer encima, besándole la espalda y deslizando su maravilloso cuerpo desnudo sobre el suyo, que estaba en igual condición.

Deborah seguía deleitándose con la suave piel de Maurice, con ese olor que brotaba de sus poros y ella conocía de memoria, así como conocía cada lunar, cada peca o cicatriz que tenía el cuerpo del hombre, que acababa de hacerla volar. Pensó que después de la manera en la que la trataba Diego Cáceres, todo lo que hiciera Maurice palidecería, pero se equivocó, él seguía excitándola y dándole un placer exquisito, sublime.

Diferente, era cierto, el desempeño de los dos era abismalmente distinto, pero ambos cumplían el mismo objetivo, hacerla sentir la mujer más deseada sobre la tierra. La manera que tenían de tratarla, de tocarla, de mirarla y seducirla, era asombrosa. Sentía que cada uno, a su manera, era el complemento que cualquier mujer necesitaría, el equilibro perfecto. Lo complicado era, que, en lugar de ser las dos caras de una misma moneda, eran dos hombres que no soportaban estar en el mismo lugar.

—¿En serio te gusta este? —preguntó, señalando el *Corvette Stingray*, negro, que estaba en la imagen.

—Sí, es hermoso… pero no lo quiero en ese color —susurró, besándole el hombro y sonrió ante la mirada de asombro de Maurice, le dio otro beso—. Creo que lo encargaré en un rosa metalizado —dijo, conteniendo una carcajada.

—¡Sobre mi cadáver! No permitiré que dañes una belleza como esta, con un color así —expresó, volviéndose y quedando de espalda a la alfombra—. Tal vez azul… Como tus ojos.

—¡No! No me gusta, es muy masculino… y rojo se parecería al Ferrari. No quiero algo que todo el mundo asocie con un auto común —decía, cuando él la detuvo.

—¿El Ferrari, un auto común? Obviamente no sabes mucho de autos, Debbie. —Soltó una carcajada y la besó para borrar el puchero que hizo ella con los labios—. Tienes suerte de contar con un experto… Veamos los otros colores que ofrecen.

—Me gusta este rojo… Es más oscuro. —Señaló otra de las imágenes—. Es femenino y atractivo.

—Es como tú… A tu padre le dará un infarto si llegas a comprar este auto. —Le advirtió. No quería desanimarla, pero debía recordarle su realidad.

—No creo correr con tanta suerte —comentó, con picardía y soltó una carcajada ante el asombro de él.

Maurice no pudo evitar sentirse atraído por la hermosa mujer sobre su pecho, decir que estaba enamorado de Deborah no era una novedad, ni siquiera sentía que eso podía abarcar todo lo que ella despertaba en él, era mucho más. Dejó la revista de lado y rodó, poniéndola bajo su cuerpo, disfrutando del roce de sus pieles y de esa belleza que en ella se desbordaba, llenándolo de orgullo al verla tan radiante y feliz.

—¿En cuánto tiempo harían la entrega? —preguntó, mirándola a los ojos, mientras le rozaba

los labios.

—En ocho días, si lo tienen disponible; si no, tardarían unos quince.

—Perfecto, entonces espero que no tengan en este momento y eso me dará quince días para seguir siendo tu chofer —dijo, con algo de nostalgia, pero se sacrificaría por verla tan contenta.

—Puede que sí o puede que no —esbozó, gimiendo y moviéndose debajo de él, cerrándole las piernas en las caderas.

—¿A qué te refieres? —inquirió, lleno de curiosidad.

—A qué vas a tener que enseñarme a controlar esa máquina y además, que seguirás conduciendo para mí, mientras estés libre de tus asuntos con la universidad… Incluso, puedo prestártelo para que alardees un poco —respondió, acariciándole la espalda.

—Me estás jodiendo —afirmó, pues no podía creerlo.

—¡Sería incapaz! —exclamó y después sonrió, al ver la mezcla de emoción e incredulidad en la mirada gris de Maurice—. Pero como me llegue a enterar de que subes a otra mujer, te lo quito y te lo paso por encima. —Lo amenazó.

Maurice comenzó a reír, llenando con el sensual y varonil sonido, todo el espacio. Era la primera vez que Deborah le mostraba celos de esa manera tan abierta y debía admitir que su pecho estuvo a punto de estallar de la emoción.

Se apoderó de los voluptuosos labios rosados, agradeciéndole más que el gesto del auto, que le demostrara que sí le importaba sentirlo suyo.

—Sabes que esa amenaza no tiene fundamentos. Solo tengo ojos para mi hermosa y sensual Debbie —esbozó, acariciándole la mejilla, al tiempo que rozaba sus labios con los de ella.

—Pues espero que tus ojos y esto. —Apretó con fuerza el miembro de Maurice, que comenzaba a levantarse en una erección—, también sea solo para la hermosa y sensual Debbie, o de lo contrario, vas a lamentarlo.

—Deborah… —Se quejó, mostrando una mueca de dolor, en medio de la risa que la actitud de ella le provocaba.

Deborah dejaba aflorar en ese instante su poderoso lado egoísta, que no la dejaba ver más allá, que solo le exigía cumplir sus caprichos y ser quien tuviera el control de todo. Era la menos indicada para pedirle fidelidad a Maurice y lo sabía, pero, aun así, necesitaba hacerlo, necesita saber que él nunca la traicionaría ni la dejaría por otra mujer.

—Soy tuyo, Deborah… por completo, ya sabes que te amo, te amo desde la primera vez que te tuve así.

Las caricias y los besos renovaron el deseo en ellos, invitándolos a entregarse una vez más, desbordando pasión y locura, cuando la necesidad aumentaba, desencadenando un ritmo más intenso en sus cuerpos.

Maurice era el único hombre al cual ella no le exigía usar preservativo, con él se daba la libertad para sentir el extraordinario roce de piel contra piel y la húmeda sensación de la esencia de un hombre colmándola.

Llevaban dos horas allí encerrados y eran conscientes de que todos los que se encontraban en la casa, debían estar sospechando lo que hacían, pero en ese instante, no les importaba, pues solo deseaban seguir sintiéndose libres; además, contaban con la certeza de saber que Dominic no llegaría.

Silvya se había encargado de retenerlo esa noche en su departamento, volviéndose la cómplice de los dos, sin saberlo o al menos, eso pensaban ellos. Aunque la mujer se mostró bastante divertida con ambos, de regreso a la empresa, después del almuerzo.

Incluso estuvieron recordando algunas cosas de cuando Maurice llegó a la mansión Wallis y se

había convertido en un hijo adoptivo para Dominic, pues apenas era un chico.

◆◆◆

Cuando Diego llegó hasta la cocina, para cenar junto a los otros empleados de la mansión, se topó con Maurice, el chofer salía por la puerta, llevando una vianda con comida. Ni siquiera intercambiaron palabra, él apenas le dio un vistazo, pero consiguió ver que traía el cabello desordenado, la ropa arrugada y una sonrisa que Diego quiso quitarle a patadas. Le sorprendió verlo, ya que, por lo general, no se quedaba hasta tan tarde, pero descubrió el motivo en cuanto se sentó a la mesa.

Las empleadas empezaron a murmurar que había pasado varias horas junto a Deborah en el estudio, las más jóvenes, reían con picardía e incluso se aventuraron a hacer algún comentario subido de tono, que fue reprendido de inmediato por Martha.

La mujer lo hacía más por respeto hacia su amigo Gaël, que hacia la hija de su patrón. Para ella Deborah era una chica caprichosa, que se aprovechaba del amor que le tenía Maurice y que tarde o temprano, terminaría destrozándolo.

Él se puso de pie, llevándose su plato, para simular que deseaba comer en la comodidad de su habitación, cuando la verdad era que había perdido el apetito y lo único que deseaba en ese momento, era buscar a Maurice Favre, para reventarle el alma a patadas. Pero…

«¿Quién era él para hacer algo así? ¿Acaso era el marido engañado de Deborah? Esa mujer ni siquiera era suya.»

Le había dicho que ella podía hacer lo que quisiera fuera de la habitación y era evidente que había seguido sus palabras al pie de la letra y que, además, había decidido turnar a su amante y el ganador había sido el imbécil del chofer.

Esa noche, Diego se quedó despierto más allá de la medianoche, esperando a Deborah, pero ella nunca llegó y él tuvo que tragarse la rabia que sentía, pues desde el principio, supo qué papel jugaría.

◆◆◆

George aprovechó una reunión con Dominic, para ir hasta la empresa y hacerle de paso una visita a Deborah. Tenía casi quince días que no la veía y comenzaba a desesperarse, pues sentía que estaba perdiendo todo el terreno que había ganado.

Caminaba con andar elegante y decidido, por el largo pasillo de paredes en color crema, mientras la mullida alfombra en tonos tierra, vino y negro, amortiguaba sus pasos, llegó hasta el pequeño cubículo frente a la oficina de Deborah.

—Buenos días, Kelly ¿Cómo te encuentras? —La saludó con una sonrisa, mientras apoyaba el maletín en el borde de la estructura de cristal y acero cromado.

—Buenos días, doctor Stevenson —contestó, devolviéndole el saludo—. Me encuentro bien, gracias por preguntar, ¿cómo le va a usted? —inquirió con protocolo.

—Digamos que me podría ir mejor —acotó, con una sonrisa—. He venido para ver a tu jefa, ¿se encuentra en su oficina? —Él no podía saberlo, porque las oficinas de las empresas Wallis, no tenían paredes de cristal, como otras edificaciones. Ese lugar era viejo, aunque lo mantenían bien.

—La señorita Wallis está reunida con Dennis, para escoger los diseños que llevará la publicidad del nuevo producto, pero no deben tardar, pues ya llevan como dos horas allí —

comentó Kelly, mientras seguía tecleando un documento.

—Entiendo, supongo que no habrá problema si la espero por aquí, necesito comentarle algo muy importante.

Se negaba rotundamente a marcharse de allí sin ver a Deborah; además, que no le cayó en gracia el comentario de la secretaria. Pensar que ella podía pasar tanto tiempo junto a otro hombre, lo exasperaba, aunque fuera en plan de trabajo.

—En lo absoluto, tome asiento, por favor.

Lo invitó con una sonrisa amable a hacerlo en un sillón gris humo, de tres puestos, con cojines en los mismos colores de la alfombra. George intentó relajarse, hundiéndose en la suavidad del asiento y buscó distraerse, revisando los balances que le había entregado Dominic Wallis para aumentar el capital de la empresa, lo necesitaba para pedir un crédito bancario.

Escuchó que la puerta de la oficina se abría y de inmediato su mirada se clavó en el hombre que salía. No era el jefe del departamento de mercadeo, sino su asistente y eso le causó un alivio enorme, el fulano llamado Dennis era rubio, pequeño, sin gracia y además, gay. Así que su hermosa Deborah, no corría ningún riesgo estando con él a solas en su oficina.

—¿Qué tal? —preguntó Kelly, en tono cómplice al chico.

—Increíble, pensé que sería una bruja, como todo el mundo dice, pero la verdad, nos llevamos de maravilla. Por fin uno de los directivos sabe apreciar mi talento y tenía que ser mujer —respondió, pavoneándose—. Quedó encantada con las propuestas. Solo debemos evaluar unos detalles, para que la campaña arranque la próxima semana.

—Me alegro muchísimo, Dennis. La verdad no es tan odiosa, solo cuando se estresa… pero comparada con el padre, es más buena que las niñas del coro de la iglesia —murmuró la mujer, sonriéndole a su amigo.

George se aclaró la garganta, para recordarles que se hallaba presente, los miró con severidad, por estar hablando de Deborah a su espalda, aunque no fueran cosas desagradables, igual le parecía una falta de respeto. Se puso de pie, tomando su maletín, para entrar a la oficina, pero antes de que pudiera hacerlo, la mujer lo detuvo, tomando el auricular.

—Permítame anunciarlo, doctor Stevenson —expresó, de manera nerviosa, marcando el número.

—No es necesario que lo haga, Deborah y yo somos amigos. No necesita anunciarme —dijo, elevando una ceja, de manera arrogante y se irguió cuan alto era, para entrar a la oficina.

Su corazón se aceleró en cuanto la vio. Lucía muy hermosa allí, concentrada en su ordenador, con el entrecejo ligeramente fruncido y la barbilla apoyada en su mano.

—Si Mahoma no va a la montaña, entonces la montaña irá a Mahoma —pronunció, con una gran sonrisa.

Deborah elevó la mirada, sorprendiéndose por esa intromisión, odiaba que entraran a su oficina de esa manera. El único que acostumbraba a hacerlo era su padre, quien jamás se anunciaba. Tuvo que tragarse toda su molestia, al ver que quien llegaba era George Stevenson, se obligó a emular una sonrisa, igual de estúpida a la que el hombre tenía en los labios.

—George, ¡qué alegría verte! —expresó, poniéndose de pie.

—La verdad, nadie lo pensaría. Me has tenido completamente abandonado. —Le reprochó, acercándose a ella y le envolvió la cintura con las manos, para después besarle las mejillas.

—Tienes todo el derecho para reclamarme, he sido una completa desconsiderada, pero tengo fuertes motivos para haberte relegado por estos días. —Se excusó, mirándolo a los ojos, con más inocencia que una niña de cinco años.

—Lo sé, lo sé bien, cariño y por eso te perdono; créeme, con gusto hubiera trasladado mi

oficina hasta aquí, para ayudarte y estar a tu disposición siempre —comentó, con una sonrisa, aprovechando la cercanía para acariciarle la cintura.

Deborah luchó por mantener la sonrisa y no empujar al estúpido abogado, se liberó de manera sutil, ejerciendo presión en los hombros de él, para hacerle ver que debía soltarla y lo invitó a la silla frente al escritorio, mientras ella caminaba hasta la suya, poniendo distancia entre los dos.

—Nunca permitiría algo así, tú debes atender tus cosas y dejar que yo aprenda a manejar las mías. Tenerte aquí todo el tiempo, no me ayudaría a ser la mujer independiente y capaz que deseo, George… Eso no me ayudaría en nada, para demostrarle a mi padre que puedo con esto y con la presidencia, cuando él tenga que retirarse —comentó, mirándolo con seriedad, pero sonriendo para no hacerlo sentir tan rechazado.

—Bien, bien, tendré que privarme de la experiencia de disfrutar de ti todos los días —pronunció, intentando ser gracioso, no era tonto y podía ver cuando ella le ponía límites.

—¿Qué te trajo hasta aquí hoy? Y no me digas que solo viniste a verme, porque no voy a creerte. —Deborah llevó la conversación hacía un tema que le interesara más.

—Tu padre necesita mis servicios como siempre, debo ir al registro para gestionar un aumento de capital, lo necesita para un préstamo…

—¿Otro préstamo? —preguntó Deborah, alarmada.

—Sí, pero no debes preocuparte, ya casi salda los dos anteriores y creo que está apostando por tu proyecto. Supongo que espera que sea un éxito y con ello cubrir este nuevo que hará… La empresa está pasando por una mala racha, pero no es la primera vez, seguro se recuperará muy pronto. —Explicó, mirándola a los ojos para aliviar su preocupación.

—Si fuera algo más grave, ¿me lo dirías, verdad George? Esta empresa también es mía, es mi herencia y me gustaría estar al tanto de cada detalle. —Le mantuvo la mirada al abogado, para evitar que le mintiera.

—Sabes que te diría tanto como pueda, Deborah… —Dudó un instante y después mostró una sonrisa—. Pero no debes preocuparte, tu empresa está en buenas manos, mientras yo esté en la parte legal, evitaré que tu padre cometa alguna estupidez… Aunque no puedo estar en todo, pero cuenta conmigo para resguardar tu patrimonio. —Aseguró, extendiéndole la mano.

Deborah tuvo que cederle la suya y recibir el suave apretón que George le dio; mostrándole, además, una sonrisa de agradecimiento. La retiró con rapidez, en cuanto pudo y miró su reloj, buscando una excusa para liberarse de la presencia del abogado.

—Tengo un compromiso dentro de unos minutos —dijo, poniéndose de pie para despedirlo.

—Qué pena, yo venía para invitarte a almorzar… Tengo reservación en tu restaurante favorito —expresó con pesar y la desilusión se apoderó de su semblante.

—Si me hubieras llamado antes, habría cancelado todo lo demás para almorzar contigo. —Mintió, dedicándole una mirada que expresaba una pena que no sentía—. Podemos dejarlo para la próxima semana, pero recuerda avisarme con tiempo o puedes decirle a Kelly, para que lo ponga en mi agenda —agregó, caminando con él hasta la puerta.

—Claro… claro, bueno, será la próxima semana entonces, ¿te parece una cena? O puedo llevarte a bailar si lo deseas. —Sugirió, sintiéndose entusiasmado ante la idea de conseguir algo más.

«George… George, ¿de verdad me crees tan estúpida? ¿Crees que no veo tu juego? No habrá cena, ni baile y mucho menos sexo, asume tu realidad y deja de estar perdiendo tu tiempo conmigo.»

Se sintió realmente tentada de decir eso en voz alta y no solo en pensamientos, pero supo que no era prudente rechazarlo de esa manera, quizás podría necesitarlo más adelante.

Lo despidió, permitiéndole que la besara en la mejilla y la estrechara entre sus brazos, necesitaba que George Stevenson siguiera manteniendo sus tontas esperanzas.

CAPÍTULO 27

A cada paso que daba, sus pies parecían hacerse más pesados, como si se estuvieran convirtiendo en plomo y su corazón latía de manera frenética, se obligaba a tragar las lágrimas que le hacían girones la garganta, mientras la opresión en el pecho era mayor a cada minuto y su única medida de defensa era mirar al frente, siempre al frente, para no mostrar el miedo que iba subiendo por su cuerpo como la hiedra venenosa.

—Miren lo que tenemos aquí… Carne nueva.

—Esta noche te quito la virginidad, cara bonita.

—Voltea hacia acá niñita y lánzame un beso para ver qué tan grande es tu boca, me gustan la garganta profunda.

Cada una de esas palabras iba calando en sus oídos, aumentando el miedo que sentía y que internamente le advertía que quizás no saldría vivo de ese lugar. Desde el mismo instante en que lo atraparon, llevando la droga que debía entregar al control del vecindario, supo que estaba jodido.

Con apenas diecinueve años, había caído preso por posesión y el gran negocio de su vida, no le había hecho ganar lo suficiente como para poder pagar un buen abogado y una fianza que lo liberara de ese infierno. Lo máximo que consiguió, el que su padre pudo pagar, fue la pena mínima por el delito que había cometido y que no fuese enviado a una prisión de máxima.

—Te hubiera traído un tubo de vaselina, pero no está permitido —mencionó con sorna, el guardia que lo llevaba.

Diego no respondió a la provocación, no porque no deseara hacerlo, sino porque no encontraba su voz, estaba tan asustado que su único acto de valentía era el silencio y apretar con fuerza los dientes, para no comenzar a llorar como un niño, sabía que eso empeoraría las cosas, que los demás presos en lugar de condolerse de él lo verían como el bocadillo de esa noche.

—Que tengas dulces sueños, princesa… Y da gracias al cielo, porque te tocó la suite presidencial. —Volvió a decir el guardia, quitándole las esposas y moviendo su cabeza hacia la celda, al tiempo que le mostraba una sonrisa burlona.

Él entró a la pequeña habitación, que tendría poco más de cuatro metros cuadrados, pintada toda en blanco, luciendo igual de fría. Tenía una ventana con paneles de cristal reforzado y barrotes, por donde entraba luz natural durante el día, pero pensó que, en la noche, debía ser oscuro como boca de lobo.

Vio una litera, ubicada al lado derecho, pintada de gris, con sábanas blancas y rojas, a simple vista lucían limpias. En la parte inferior, se encontraba un hombre mayor, leyendo un libro, que, al parecer, estaba muy entretenido, porque ni siquiera había notado su presencia allí.

Su mirada se topó con el lavamanos y el bidé al otro lado, encontrándolo igual de pulcro que las sábanas. No se esperaba algo como eso, sino una verdadera pocilga.

—La de arriba es la tuya… Pagué por este colchón y mis huesos ya no dan para subir a la otra.

Se sobresaltó al escuchar la voz del hombre, que, aunque era calmada, lo tomó desprevenido, asustándolo. Asintió en silencio, acomodando la cobija y la almohada en el compartimento superior, que quedaba junto a la litera, suponiendo que era el suyo.

—Mala señal… Diego —Yorgos se levantó con lentitud, quedando sentado al borde de la

cama, mientras miraba con intensidad al chico que lo veía con asombro.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó, encontrando su voz.

—Sé todo lo que ocurre entre estas paredes… Digamos que soy un huésped con privilegios —contestó, mostrando una sonrisa torcida y se levantó, quedando a la misma altura que él—. Pero tu nombre me lo dijo tu hermano Germán… El doctor vino a verme hace quince días, para pedirme un favor.

—¿Qué favor? —cuestionó Diego, notando algo extraño en esa situación. Su hermano jamás pediría un favor para él.

—Me pidió que cuidara de ti, mientras cumplías tu condena, le dije que intentaría hacerlo… Pero no te aseguro nada —dijo, encogiéndose de hombros y cruzándose de brazos—. Lo primero que debes hacer es quitar esa cara de miedo que traes y no vuelvas a sobresaltarte de esa manera, nada más con escuchar otra voz que no sea la tuya. —Le aconsejó, mirándolo fijamente.

—¿Y a cambio de qué le hace este favor? ¿Qué tendría que hacer yo por usted? —inquirió, sintiendo náuseas nada más de imaginar que su hermano lo odiase tanto, como para arreglar que él fuera la puta del viejo pervertido que tenía delante.

Yorgos soltó una carcajada al ver la estúpida e inútil rebeldía que mostraba el muchacho, la misma que en ese lugar le traería muchos problemas; sin embargo, pensó que podía moldearla y hacerle un carácter que le sirviera para defenderse. Según le contó Germán, era un chico astuto y arriesgado, aunque también impulsivo y eso último fue lo que lo llevó a estar allí.

—Empecemos por algo, Diego… No me van los hombres, así que guarda la altanería para los de las demás celdas, a mí no tendrás que chupármela ni ponerte en cuatro patas para que te coja… Yo prefiero pagar a bellas y expertas prostitutas para que hagan eso —comentó con sorna.

—No entiendo… Mire… —Se detuvo, pues no sabía el nombre, hasta el momento no se había presentado.

—Yorgos Thalassinos, famoso asesino, falsificador, ladrón y en mis ratos libres, espía de la KGB, sin sueldo, ni medallas… Encantado. —Mostró una gran sonrisa y le extendió la mano.

Diego recibió el saludo, esforzándose por no dejar caer su quijada al piso, conocía al hombre, pues era una leyenda, aunque nunca vio una foto de él y la verdad lo creía más joven, fuerte y alto, pensó que le estaba mintiendo.

—Un hombre como usted… en un lugar como este —mencionó, mirando a su alrededor.

—Esto es una celda cinco estrellas, comparada con las otras. No te quejes chico y más bien da gracias a tu hermano de que estés aquí conmigo —decía, cuando Diego lo interrumpió.

—Muchas gracias por su hospitalidad, Yorgos, pero sigo sin entender, ¿qué puede llevar a un hombre como usted a hacerle un favor a Germán Cáceres? —cuestionó con desconfianza.

—Le salvó la vida a mi hija más pequeña… Tess solo tenía quince años cuando enfermó del corazón y debía ser operada de emergencia, muchos doctores se negaron a hacerlo, porque era una cirugía complicada… Solo el doctor Cáceres se condolió de la desesperación de mi mujer y la intervino, le salvó la vida a mi pequeña princesa —contestó, siendo completamente sincero.

Diego se quedó mirando al hombre, en silencio.

Después de dos horas de charla, Yorgos logró convencerlo de que no le haría nada, ni le cobraría como la mayoría lo hubiera hecho allí, tampoco lo obligaría a prostituirse a cambio de drogas. No era un hombre de esos, él era un caballero que había caído en ese lugar, cuando el peso de todos sus errores se le vino encima.

Le contó un poco acerca de ese gran hombre que había sido unas décadas atrás, cuando sus artes para el engaño lo llevaron a ser una leyenda y alardeó de saber hablar cuatro idiomas, además de ser un hombre realmente culto.

—Un último consejo, Diego. Nunca vayas a las duchas solo… Espera a que todos lo hagan y que los guardias estén presentes; o de lo contrario, ve preparándote, porque aquí no tienen compasión por los nuevos —mencionó, segundos antes de que apagaran la luces.

Esa misma noche Diego supo a lo que se refería, los viejos reclusos le daban la bienvenida a los nuevos, los malditos les pagaban a algunos guardias corruptos, para que les dejaran las puertas abiertas y así entrar a las celdas, donde dormían los recién llegados, para violarlos.

Los gritos de desesperación, impotencia y dolor, no lo dejaron dormir durante varias horas y después de ello, fue el miedo el que le impidió cerrar los ojos. Esperaba que en cualquier momento la puerta de su celda se abriese y un grupo de hombres entrase para hacerle lo mismo.

Por suerte todos parecían respetar a Yorgos, pues los primeros rayos del sol llegaron, anunciando un nuevo día y Diego seguía intacto, aunque no sabía por cuánto tiempo. No se despegó del hombre en ningún momento, cuando salieron al patio o cuando pasaron al comedor, hasta pensó en no bañarse ese día, pero era obligatorio que todos los reclusos lo hicieran.

—No los mires, no les demuestres miedo… Lo único que te queda en este lugar es el respeto, Diego Cáceres. Si no consigues que ellos te respeten, te convertirás en el objetivo de cada uno de esos hombres y créeme, no dudarán en conseguirte y volverte su puta todas las noches… Lo harán y las autoridades se harán de la vista gorda. Aquí nadie se hará responsable de ti… aquí, si no te haces respetar, eres nada —mencionó Yorgos, durante el almuerzo, mientras veía la mirada de todos los depredadores puestas en su compañero de celda.

Diego despertó sobresaltado, como siempre que sus sueños eran invadidos por esos recuerdos, que a pesar de tener más de un año fuera de prisión, seguían torturándolo. Su cuerpo estaba bañado en sudor y su respiración agitada, daba muestra de la lucha interna que seguía librando.

Nunca pudo imaginar el alcance que tendría en su vida, el tiempo pasado en aquel agujero, debía agradecer que no fuera peor, le agradecía a Yorgos y en parte, también a su hermano, aunque éste último nunca fue a visitarlo.

Sin embargo, sabía que se mantenía en contacto con Yorgos mediante cartas y siempre le pedía que lo cuidara, gracias a los dos y al carácter que se formó con los años, consiguió no haber sido una víctima más, de aquellos malnacidos sádicos, igual tuvo su cuota, pues ya en libertad, seguía siendo atormentando por el daño psicológico que recibió.

Varios de los chicos con los que hizo amistad, fueron golpeados por los guardias y por los otros reclusos, solo por negarse a ser unas piltrafas, a dejar que pisotearan su dignidad y tal como había mencionado Yorgos, nadie pagó por ello, nunca hubo justicia para esos pobre infelices. Algunos hasta decidieron acabar con sus vidas, antes que seguir enfrentando ese infierno, aprovechaban la más mínima oportunidad para hacerlo.

Se sentó al borde de la cama, restregando con ambas manos su rostro, para librarse del sueño. No quería volver a dormir y que esos recuerdos volvieran, ya no quería seguir pasando por eso nunca más. Se puso de pie para ir hasta el baño y antes de entrar, puso música, elevando el volumen, ya que eso le ayudaría a distraerse y evitaría que los gritos volvieran a resonar en sus pensamientos, eso era lo peor de aquellas pesadillas.

—No van a poder conmigo, hijas de puta —expresó en voz alta, mientras entraba al baño.

Estuvo cerca de media hora bajo el chorro del agua, dejando que se llevara todos esos episodios. Se había prometido nunca más pisar ese lugar, pero cuando se enteró de que Yorgos estaba enfermo, no pudo controlar la necesidad de ir a verlo, después de todo, el hombre se había portado casi como un padre con él.

◆◆◆

Deborah abrió la puerta de la habitación de Diego, encontrándose el lugar vacío, miró hacia el invernadero, pensado que él podía estar allí, pero tampoco se hallaba, se decidió por entrar y escuchó el sonido de la regadera, en medio de la estridente música que llenaba el lugar.

Dejó ver una sonrisa sensual, sintiéndose tentada de entrar y acompañarlo, pero desistió, pues no tenía mucho tiempo esa noche. Al día siguiente tenía una junta directiva y no podía desvelarse, solo lo buscó porque necesitaba estar relajada en la reunión y el sexo era la mejor manera para conseguirlo.

Se quitó el camisón de seda, dejándolo sobre el sillón y se tendió de lado en la cama, no se cubrió con la sábana, pues deseaba que Diego se excitara en cuanto la viera, suponía que debía estar desesperado por estar con ella, ya que habían pasado tres días desde la última vez que lo hicieron.

Una sonrisa cargada de deseo se dibujó en sus labios, en cuanto lo vio salir del baño. Estaba desnudo y se frotaba el cabello con una pequeña toalla azul marino, lucía tan carnal, tan apetecible.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, sorprendiéndose al verla en su cama, lanzó la toalla sobre el perchero junto a la puerta.

—Vine a visitarte —contestó Deborah, con tono mimoso, mientras deslizaba su mano por la sábana verde olivo.

—Pensé que se te había olvidado el camino. —Su voz dejaba claro el reproche y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Estuve muy ocupada, Diego —mencionó acercándose a él, atraída por la imagen de ese glorioso cuerpo desnudo.

Se apoyó en su mano derecha, para aproximar su rostro a la piel broceada, salpicada por algunas gotas, desprendiendo ese calor que a ella le encantaba. Cedió ante el deseo de deslizar sus labios por las divisiones, que le adornaban el abdomen y el estómago, mientras aspiraba el olor a jabón, mezclado con el de él y que ningún baño conseguiría llevarse.

—Sí, me enteré de ello… Estuviste ocupada con el pendejo de Maurice —mencionó, alejándose de los labios de Deborah.

Ella le dedicó una mirada sorprendida, aunque segundos después se llenó de brillo y una sonrisa descarada se apoderó de sus labios. Era evidente que deseaba provocarlo, pues se acostó boca abajo, dejando su sensual trasero al aire y comenzó a mover las piernas, como si fuera una colegiala.

—¿Estás celoso, Diego? —preguntó, sonriendo con malicia.

—¿De Maurice? Lamento desilusionarte Deborah, pero necesitas a uno más hombre que Maurice, para poder despertar celos en mí… Lo que él me provoca es lástima —dijo, en un tono arrogante y no cedió ante la invitación que ella le hacía.

—¿Más hombre que Maurice? ¿Acaso ya te has acostado con él para saber qué tan hombre es? —cuestionó, dispuesta a seguir con su juego de provocación.

—El hecho de que tú sigas viniendo aquí, me deja claro que no es tan bueno cogiéndote —espetó, deslizando su mirada por el cuerpo de Deborah y su miembro iba tensándose a cada minuto, pero se mantuvo en su posición.

Ella gimió, apretando los labios y después soltó una carcajada, estaba deleitándose con ver el poder que tenía sobre Diego. Ni siquiera lo había rozado y ya él comenzaba a tener una erección. Podía querer mostrarse molesto con ella, pero la verdad era que estaba loco por hundirse en medio de sus piernas; lo miró, girándose para quedar de frente y comenzó a acariciarse los senos, al tiempo que movía sus caderas.

—Nunca he dicho que no me gusta cómo me coge Maurice… —Se llevó la mano al vientre, acariciándolo—. De hecho, me gusta mucho cómo lo hace —sonrió, viendo cómo la mirada de Diego se oscurecía, mezcla de odio y deseo.

—¿Entonces qué coño haces aquí? —preguntó con brusquedad, mirándola a los ojos.

Se sentía furioso con ella, por el maldito juego que se traía y con él mismo, por no poder dejar de mirarla, por desear meter sus dedos en esa vulva sonrosada, suave y brillante de humedad, que lo estaba volviendo loco, pero sobre todo, porque no podía esconderle su reacción, su verga cada vez se ponía más dura.

—Es que también me gusta cómo me coges tú… Intenso, rudo y las cosas que me dices… —respondió y al ver el músculo que latió un par de veces en la mandíbula de Diego, soltó otra carcajada y le lanzó más leña al fuego, ejerciendo presión sobre su clítoris, con dos de sus dedos y arqueándose, exponiéndose a él.

Diego inspiró con fuerza, refrenando su deseo de ser él, quien tocara ese suave brote rosado, quería meterlo en su boca y chuparlo con fuerza, que ella se volviera loca por sus besos, que le suplicara a gritos hasta quedarse sin voz. Nunca había conocido a una mujer tan descarada como Deborah Wallis.

—No pienses eso de mí. —Le advirtió Deborah, al ver la manera en cómo él la miraba, dejó de tocarse, tornándose seria y se incorporó, apoyándose en sus codos.

—¿Qué se supone que estoy pensando? —Elevó una de sus gruesas cejas y su rostro, mostrando un aire sombrío.

—Que soy una puta… ¡No lo soy! —exclamó, poniéndose de rodillas y quiso pegarle, al ver que él se quedaba en silencio.

—No… no eres una puta, solo eres una dama a la que le gusta la variedad —mencionó él, con sorna.

La tomó por la cintura, tumbándola de nuevo sobre la cama y ella liberó un grito, al revotar en el colchón, lo miró con reproche, intentando levantarse de nuevo, pero él le dio la vuelta, como si fuese una muñeca de trapo y la puso a gatas.

Deborah intentó zafarse, agarrándose de las sábanas, pero una vez más, él la tomaba de las caderas, pegándola a su cuerpo fuerte y caliente. Ella jadeó ante el brusco contacto y lo miró por encima del hombro, para exigirle que la soltara.

Ver la sonrisa arrogante de él, mientras se ponía un preservativo, dando por sentado que tendrían sexo, la puso más furiosa y se liberó, aprovechando esa distracción, se volvió con rapidez, quedando de espalda sobre la cama y como una gata, comenzó a defenderse, estuvo a punto de escapar, pero Diego la detuvo.

—No tan rápido, Deborah… —Advirtió, con los dientes apretados y la hundió en el colchón con su peso—. Te gusta la variedad, ¿no es así? Bueno, hoy te toca duro… Voy a darte hasta hacerte gritar, belleza —agregó, con un tono de voz ronco y profundo, producto de la excitación.

Ella no le dio una respuesta audible, pero comenzó a golpearle la espalda con los puños cerrados. Jadeó, quejándose cuando sintió que él les explayaba las piernas a ambos lados, haciendo que su pelvis se resintiera, lo escuchó reír y apretó sus labios para no quejarse cuando entró en ella con un embiste certero, que lo metió hasta el fondo, pero tampoco gimió, para no demostrarle que le había encantado, no le daría ese gusto.

—Vamos pequeña fiera… Sigue golpeándome, sé que te gusta así —decía, entrando y saliendo de ella con fuerza, resoplando, como si fuera un toro bravío—. Te gusta duro.

Deborah sintió que se derretía, en medio de las poderosas acometidas de Diego y cerró los párpados pesadamente, sintiendo cómo el placer iba creando espirales en su interior, cuando él le

rozó el clítoris y lo apretó con un toque exacto, sin llegar a ser rudo, pero tampoco blando.

Ella tenía las manos libres, por lo que quiso darle lo mismo y vengarse, consiguió meter su mano entre sus cuerpos y llegar hasta los testículos, inició dándole suaves caricias, pero un segundo después los agarró con fuerza entre sus dedos, apretándolos.

—¡Maldición, Deborah!… ¡Suéltalos! Deborah…

—Nos gusta jugar rudo, ¿no? —preguntó, con una mirada y una sonrisa perversa, acariciándole los labios con la lengua.

—Vas a pagar muy caro esto… —pronunció, arrastrando las palabras e intentando liberarse, pero ella reforzó el agarre—. Voy a morderte una teta como no me sueltes, Deborah Wallis. —amenazó, mirándola a los ojos, para que supiera que hablaba en serio.

Ella soltó una carcajada al verlo tan apurado y lo liberó, no lo hizo tanto por su amenaza, sino porque en su interior, sentía que empezaba a perder dureza y necesitaba correrse esa noche. Lo escuchó liberar un suspiro de alivio y volvió a reír, sintiéndose muy poderosa.

Él reaccionó, dándole una serie de contundentes penetraciones, en respuesta a lo que había hecho.

Diego le iba hacer pagar muy caro su atrevimiento, se separó de ella, después de dejarla a punto de tener un orgasmo y la hizo ponerse de pie, ella lo miraba desconcertada, exigiéndole una explicación, pero él no dijo nada. La puso de cara contra la pared, pues necesitaba una superficie más dura que la cama, la aprisionó con fuerza y entró en ella una vez más, haciéndola estremecer, al tiempo que liberaba un grito.

Deborah sintió que era avasallada por la fuerza de un huracán, cuando él les dio riendas sueltas a sus caderas y con golpes contundentes, se hundía en su interior, sin darle tregua, sin dejar de moverse, hasta que la hizo estallar de placer en un orgasmo y no había pasado un minuto, cuando la tumbó en la cama, arrancándole otro que compartió junto a ella y fue como una supernova, que no dejó nada en pie.

CAPÍTULO 28

Rebecca miraba por enésima vez el formulario que debía llenar, para su solicitud de ingreso a la Universidad Estatal de Luisiana. Ya se había convertido en una tradición, que llevaba varios años haciendo y como siempre, después que terminaba, la depositaba en un sobre amarillo, le ponía los sellos y lo guardaba donde tenía unas quince solicitudes reunidas.

Simplemente lo hacía para no renunciar del todo a su sueño de cursar una carrera universitaria, pues en el fondo, sabía que no podía hacerlo, que no tenía el dinero para costear las matrículas y tampoco podría pedir un préstamo, ya que tenía una hipoteca pendiendo sobre su cabeza.

—Algún día —susurró, lanzando el sobre en la caja dentro de su armario, donde tenía las demás.

Se puso de pie, caminando hasta la ventana, dispuesta a empezar un nuevo día. Abrió las cortinas y los delgados rayos de luz que entraban, anunciando el alba, la bañaron. Sonrió, mirando su reflejo borroso en el cristal de la ventana.

Dejó escapar un suspiro, obligándose a mantener la sonrisa que luchaba contra las lágrimas que le inundaban la garganta; le dio la espalda a la ventana y acortó la distancia hasta el baño con rapidez, no podía darle más poder a sus sueños frustrados o terminarían aplastándola y se había prometido que eso nunca sucedería.

Después de media hora en la ducha, se secó el cabello con rapidez y se vistió con un sencillo suéter gris, de cuello redondo y mangas largas, unos jeans azules de mezclilla y sus zapatillas deportivas favoritas; se recogió el cabello en una coleta, mientras caminaba hacia la cocina. Podía desayunar en el restaurante, pero siempre prefería los alimentos caseros, que se preparaba en la intimidad de su pequeño departamento, que quedaba ubicado justo al lado del negocio.

Se preparó algo rápido, mientras intentaba organizar un poco su hogar, aunque casi todo estaba en orden, pues vivía sola y era más el tiempo que pasaba en el restaurante que allí, pero debía encargarse ella sola de todo, tampoco podía darse el lujo de pagar a una mujer que le ayudara con los quehaceres.

Terminó con rapidez y salió, cerrando la puerta para caminar unos veinte metros, hasta el local donde tenía ubicado su negocio.

—Buenos días —saludó con una gran sonrisa a Louis, quien ya se encontraba picando vegetales.

—Buenos días, Becca ¿Cómo amaneces? —preguntó, aunque lo hizo más por formalismo, ya que sabía lo de la solicitud, al ser él quien le entregó el correo el día anterior.

—Bien, igual que siempre… Con ganas de trabajar —comentó, poniéndose un delantal y caminó para sacar las frutas del gran refrigerador de cuatro puertas.

—Sí, eso veo… ¿La enviarás esta vez? —Fue directo al grano, pues así era él, no se andaba por las ramas.

—¿Enviar qué? —contestó con otra interrogante.

—No te hagas la tonta, Rebecca Freeman. Sabes perfectamente de qué te hablo. ¿Enviarás la solicitud o no? —inquirió, mirándola a los ojos, para que no escapara.

—Sabes perfectamente que no puedo hacerlo —respondió, rehuyéndole la mirada, mientras tomaba el afilado cuchillo.

—¿Entonces por qué sigues con ese juego macabro? Bien sabes que eso solo te hace daño y aunque crees que no me doy cuenta, te equivocas; en realidad todos lo hacemos y si no te decimos nada, es para no hacerte sentir peor, pero nos duele ver cómo te deprimes y lo peor es, que te esfuerzas tanto por ocultarlo, que terminas sufriendo más —mencionó, sacando de su pecho todo lo que sentía en ese instante.

—Primero, no es ningún juego macabro, es… Simplemente necesito mantener este sueño vivo —decía, pero Louis no la dejó continuar.

—¡No! Lo que necesitas es hacer realidad ese sueño. —Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella, al ver que bajaba la cabeza, mostrándose triste.

—¿Cómo se supone que puedo hacerlo, Louis? Todavía estoy ahogada en las deudas que dejó la enfermedad de mamá y después el sepelio de mi padre. Nadie me dará un crédito más, para pagar las matrículas de la universidad —comentó, sin mirarlo y tomó las piñas para comenzar.

—Pues te graduaste con excelentes notas de la preparatoria y estoy seguro de que podrías conseguir una beca, eso te ayudaría…

—¿Y el restaurante? ¿Y los gastos que implicaría mudarme a un campus universitario o a algún departamento en Baton Rouge? No, no puedo Louis, tengo que ser realista, como siempre lo he sido y mantener los pies sobre la tierra —concluyó, concentrándose en su tarea.

—Becca… Creo que… —Intentó de nuevo.

—Se nos hace tarde, Louis.

Eso finalizó la conversación entre los dos amigos, él sabía que cuando Rebecca adoptaba esa postura, nada la haría cambiar de opinión. Le dolía y hasta llegaba a enfurecerlo, que fuese tan terca y pesimista, pero no podía obligarla; como su amigo, solo debía respetar su decisión, brindarle su apoyo y estar allí para ella cuando lo necesitara, solo eso.

Ambos se concentraron en sus tareas, sin volver a tocar el tema, minutos después Mary y Freddy llegaron, para unirse a ellos, junto a los otros cuatro empleados que trabajaban en el horario de la mañana del Meeting Point, cada uno se ocupó de lo que le correspondía y Rebecca asumió de nuevo su papel de dueña del restaurante.

Las horas pasaron rápidamente entre el ajetreo del día a día, pero la actitud de ambos jóvenes era distante. Eso no pasó desapercibido para Mary, quien los conocía muy bien, incluso como si Rebecca fuese una hija salida de su vientre, al igual que lo era Louis.

Aprovechó que ella fue un momento a la oficina, en el piso superior del local, para atender a unos proveedores y se acercó a su hijo, para averiguar lo que sucedía.

—¿Qué ocurre entre ustedes dos? —preguntó, siendo directa.

—Nada… —decía, pero al ver que su madre elevaba una ceja y le dedicaba esa mirada de “no me creas estúpida”, dejó escapar un suspiro y miró a todos lados, antes de hablar—: Becca recibió ayer el formulario para solicitar un cupo en LSU.

No tuvo que decir nada más, pues el semblante de Mary se descompuso de inmediato, dándole a entender que comprendía todo, negó con la cabeza y estrujó la tela de su delantal con las manos, drenando en éste la impotencia que sentía.

—Intenté hacerle ver que ya es hora de que se arriesgue y haga realidad su sueño de estudiar arte, pero como siempre, me salió con lo de las deudas, lo del negocio y todo el montón de excusas que siempre usa, para no enviar de una buena vez esa bendita solicitud —comentó, sintiéndose exasperado.

—Louis, sabes que no es fácil para Becca dar ese paso y aunque lo desea, son muchas cosas las que la limitan —expresó, mostrándose comprensiva.

—Lo único que realmente limita a Becca es ella misma. Madre, yo soy un ejemplo de que

cuando uno quiere algo, lucha y lucha hasta conseguirlo, dentro de poco recibiré mi título y no ha sido fácil… pero aquí estoy, luchando por seguir mis sueños.

—No puedes compararte Louis, son situaciones muy distintas y lo sabes. La pobre Becca ha perdido casi todo y lo único que le queda es este lugar y nosotros. —Le puso una mano en el hombro, para calmarlo—. Cuando alguien ha perdido tanto, como lo ha hecho Becca, le teme a los cambios, a dejar las cosas que ya cree seguras y da por sentadas —dijo, mirándolo a los ojos y dedicándole una sonrisa.

—Yo solo quiero que ella sea feliz en verdad, sabes que la quiero como a una hermana y que estoy dispuesto a ayudarla en lo que necesite… Por eso no puedo quedarme de brazos cruzados o callado, cuando veo cómo sufre por esto.

—Vamos a darle tiempo, lo que ella dice es verdad, en este momento tiene muchas deudas todavía y este negocio apenas se mantiene a flote. Debe estabilizarse primero, ya después se verá, ella es una chica joven e inteligente, estoy segura de que conseguirá cumplir todos sus sueños.

Mary no vio muy convencido a su hijo y podía comprenderlo, Louis había heredado el carácter impulsivo de su padre y quería hacer todas las cosas enseguida, pero el tiempo era sabio y cuando las cosas estaban destinadas a suceder, nada podía detenerlas, solo ocurrían y ya.

—Vamos, tenemos cosas que hacer y ten paciencia, muchacho, que la vida es muy larga para angustiarse y muy corta como para pasársela corriendo detrás de todo, solo… debemos vivirla como se nos vaya presentando. —Lo aconsejó, con una sonrisa.

Louis no pudo evitar sonreír ante las sabias palabras de su madre y sus cariños, asintió en silencio y le dio un abrazo.

El sol caía cuando salieron del local, estaban exhaustos, pero felices, pues había sido otro día productivo, por lo general el restaurante solo trabajaba hasta las cuatro de la tarde y todos los empleados tenían la noche libre, a menos que fuesen los fines de semana de verano, los de navidad y por supuesto, el famoso Mardi Gras, pero como ya estaban en otoño y todo volvía a la normalidad, sin turistas deseosos de vivir las vibrantes noches de Nueva Orleans y los jóvenes casi regresaban a la universidad, como era el caso de Louis, a quien solo le quedaba esa semana en la ciudad, antes de volver a Baton Rouge.

Él se quedó mirando a Rebecca, después que la ayudó a poner los candados a las protecciones de hierro forjado que resguardaban los cristales del restaurante.

Ellos eran los últimos que quedaban, como siempre, pues los demás trabajadores, casi salían corriendo después de terminar sus labores.

Todo el día había transcurrido de esa manera, entre silencios, miradas esquivas y sonrisas forzadas, la verdad era que Rebecca tenía un poder extraordinario para hacerlo sentir culpable y para ese momento, estaba loco y urgido de disculparse por presionarla, aunque sentía que no debía hacerlo, pero ella era su mejor amiga y odiaba esa tensión entre los dos, que los distanciaba, así que se armó de valor, para hablarle.

—¿Quieres salir a tomar algo? —preguntó, en un tono sumiso, mirándola a los ojos.

—Me encantaría, Louis… pero me siento algo cansada.

—Está bien, quizás mañana o la próxima semana, antes de que yo regrese a la universidad. —Intentó mostrarse casual, se acercó para darle un beso en la mejilla y despedirse.

Rebecca lo vio darse la vuelta para alejarse, dejó escapar un suspiro, sintiéndose una miserable. No era justo que ella pagara sus frustraciones con Louis, él no había hecho otra cosa que estar allí siempre, en cada momento difícil y en los buenos también, era su mejor amigo.

—Espera… Tal vez me venga bien —mencionó, deteniéndolo y le regaló una sonrisa, cuando

lo vio volverse—, pero solo dos, porque mañana debemos trabajar.

—Sí, sí, ya lo sé, jefa —pronunció él, poniendo los ojos en blanco y la acercó a su cuerpo, envolviéndole los hombros con el brazo, mientras sonreía.

Rebecca sonrió y le dio un beso en la mejilla. Cualquiera que los viera en ese instante, pensaría que eran un par de novios que se acababan de reconciliar, incluso en algún tiempo, Mary, Freddy y las personas más cercanas a ambos, llegaron a pensar que estaban enamorados.

La verdad es que eran dos grandes amigos, hombre y mujer de esos que pocas veces existían, pues muchos decían que una amistad así no era posible, al menos que él fuera gay, pero Louis estaba muy seguro de sus gustos sexuales e incluso tenía una novia, a quien adoraba y Rebecca también había tenido varias relaciones y aun así, nada de eso había afectado la amistad de años que llevaban.

Entraron a uno de los tantos bares a las orillas del río Mississippi, de esos que mostraban el ambiente festivo de un jueves por la noche, aprovechando el dos por uno en parejas, se sentaron en la barra y pidieron dos cervezas, ella no era de las chicas que exigían cocteles caros; con una buena cerveza le bastaba, para calmar la sed y liberar parte del estrés del día.

—Lo siento —esbozó él de pronto, después de darle un largo trago al licor ámbar y espumoso.

—No tienes por qué, sé que lo hiciste para intentar abrirme los ojos y animarme a dar este salto —comentó, bajando la mirada hasta sus manos sobre la madera, algo gastada por el uso.

—Te presioné y eso no estuvo bien. Becca, yo quiero lo mejor para ti, que luches por lo que deseas y lo consigas… pero como dice mi madre, creo que todo tiene su tiempo y si esto de llenar las solicitudes te hace mantener vivo tu sueño de estudiar arte, te prometo que te apoyaré. —Buscó los ojos de su amiga y le apretó con suavidad la mano—. Lo haré, como siempre.

Rebecca no era muy buena con las palabras, así que prefirió actuar, rodó sobre su asiento para acercarse a él y lo abrazó, hundiendo el rostro en el fuerte pecho de Louis, que tenía ese olor tan particular que todos ellos compartían, a comida y a alguna loción corporal, que intentaba disimularlo.

Se sumieron en esos reconfortantes silencios que compartían cuando lo necesitaban, ella apoyada con la mejilla en el pecho de él y Louis acariciándole la espalda, consintiéndola como si fuese una niña de diez años, como su hermana.

—Si Lucy entra en este momento y los ve así, a ti te cuelga de las pelotas y a Becca la arrastra por todo el local.

La voz de Dora los sacó de golpe de ese estado idílico que compartían, la mujer de contextura gruesa, piel blanca, salpicada por algunas pecas, abundante melena rojiza, que a la luz del sol lucía casi naranja y chispeantes ojos grises, que en ese instante los miraban con picardía, estaba al otro lado de la barra, con una sonrisa en sus labios que decía más que mil palabras.

—Lucy no haría nada de eso, porque sería una estupidez —masculló él, porque odiaba que intentaran enturbiar su relación con Rebecca y no pudieran aceptar la verdadera naturaleza de esta; se llevó la cerveza a los labios para darle otro trago, terminándola—. Dame otra y deja de inventarte cosas.

—Dora, la hermosa reina de las fiestas, no tiene nada que temer, porque Louis está perdidamente enamorado de ella —acotó Rebecca, con un tono cargado de burla.

Sabía que Louis no soportaba que le recordaran que su novia fue la reina del Mardi Gras y que, desde ese entonces, había tenido que lidiar con la mitad de los hombres de la ciudad, que la pretendían y muchos de ellos quizás con mejor futuro que él.

—Hablando de la reina… —mencionó Dora, con una gran sonrisa, viendo llegar a la bella morena de cabellera azabache.

La mujer la había visto entrar a su bar y por ello se acercó hasta Louis y Rebecca, quiso alertarlos jugándoles una broma, para no hacerlos sentir mal.

Sabía que los jóvenes no tenían nada que ocultar, pues ella los conocía desde hacía cinco años.

Sin embargo, era mejor evitar que las dudas, esas que toda mujer tenía, hicieran mella en la relación entre Lucy y su novio, o que creara algún tipo de desconfianza hacia Rebecca, quien era una extraordinaria muchacha.

—¿Están hablando de mí? —preguntó Lucy, con una gran sonrisa y de inmediato se le colgó del cuello a Louis—. Hola Becca, Dora… Por favor, sírveme algo.

—Claro linda, ¿cerveza o algo más? —inquirió, con una sonrisa sincera, estimaba a Lucy, era como una muñequita.

—Cerveza está bien, gracias.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí, amor! ¿Cómo estuvo tu día, cómo estás? —La saludó él, rodeándole la cintura con los brazos e intentó besarla, pero ella no cedió.

—Abandonada por mi novio, así estoy. —Reprochó, haciendo un puchero, mientras lo miraba a los ojos.

—Estuve ocupado hasta ahora, pero pasé todo el día pensando en ti y extrañándote.

—¿En serio? ¿Me lo juras por tu vida? —Su voz era un susurro, mientras le acariciaba el pecho.

—Te lo juro por mi vida… Sabes que nunca puedo sacarte de mi cabeza —contestó, acercándose para besarla.

—Me consta, hoy quemó dos carnes de hamburguesa, por estar pensándote… y va muy seguido al baño. Es un pervertido —comentó Rebecca, para hacerles una broma.

—¿Eso es cierto? Becca, la próxima vez que vaya a comer allá, dejas que sea Freddy quien me prepare la comida —indicó Dora, mirando a Louis con fingido asombro.

—Eres una mentirosa. —La acusó Louis, sintiéndose avergonzado y miró de manera nerviosa a la robusta pelirroja.

—Becca, no seas mala con mi bombón. —Se quejó Lucy también, mientras le acariciaba la mejilla sonrojada a su novio—. Aunque si es cierto que me piensas tanto como yo a ti, entonces te mereces una docena de besos… uno… dos…

De esa manera Lucy inició la recompensa para su novio, quien gustoso recibía cada uno de los toques de labios que ella le daba; él intentaba hacerlos más excitantes, rozándolos con su lengua, mientras sus manos bajaban, acariciando las firmes y redondas nalgas de la reina del Mardi Gras. Sonreía junto a ella, como si fueran dos adolescentes en su primera relación.

Rebecca y Dora rodaron los ojos, al ver ese despliegue de cursilería, que estaba a punto de enviarlas al hospital con un coma diabético.

Era increíble que Louis fuera un hombre de veintiocho años y Lucy una mujer de veinticuatro. No se comportaban como tal, cuando estaban juntos; por el contrario, eran pura miel sobre hojuelas y Rebecca no perdía oportunidad para molestarlos, solo por simple diversión.

CAPÍTULO 29

Deborah bajó esa mañana las escaleras, como todos los días, solo que un poco más temprano y aprovechó para ir hasta la cocina, no desayunaría, pero deseaba tomarse un jugo antes de salir a la empresa, pues odiaba la comida de la cafetería. Entró sin anunciarse y de inmediato todos los empleados dejaron de lado lo que estaban haciendo.

—Buenos días, señorita Deborah. —La recibió Martha, poniéndose de pie para atenderla.

Al saludo de ella, le siguieron las palabras de las demás chicas de servicio y también las de Diego, aunque éste solo masculló, sin siquiera tener la cortesía de mirarla. Habían pasado tres noches desde la última vez que se vieron y la tensión que los embargó en ese instante, parecía no haber menguado.

Él solo la había despedido con un frío “adiós”, antes de entrar al baño y dejarla recuperándose del orgasmo que le había dado, esperó varios minutos a que regresara y se mostrase más atento, pero eso no ocurrió. Se marchó del invernadero, sintiéndose más furiosa que satisfecha, esforzándose por no derramar las lágrimas de impotencia que le escocían los ojos.

Regresó de ese recuerdo, sintiendo la misma molestia que en aquella ocasión y arrancó su mirada de la figura prepotente de Diego Cáceres, para volverse hacia Martha y se esforzó por mostrar una sonrisa, no para agradar a la mujer, sino para demostrarle a Diego que no la afectaba en nada, habló de nuevo.

—Buenos días. Por favor, Martha ¿Me hace un jugo de moras?

—Por supuesto señorita, enseguida se lo hago llegar a su estudio —respondió la mujer, caminando hacia la nevera.

—No será necesario, lo tomaré aquí —mencionó en tono casual y tuvo que esconder su sonrisa, al ver el asombro que todos los presentes mostraron, mientras ocupaba una silla.

—Claro —esbozó Martha, sin salir de su asombro.

Con rapidez, comenzó a poner las moras en la licuadora, con varios trozos de hielo y poco azúcar, pues a Deborah le gustaba así. En menos de un minuto, le sirvió el juego en un vaso grande y se lo acercó junto a una servilleta.

—Gracias, Martha.

Sonrió a la mujer, que le devolvió el mismo gesto con nerviosismo, sabía que no había sido la más amable o accesible desde que tomó el mando de la casa, pero le parecía exagerado que le tuvieran tanto miedo.

—Por favor, no se limiten por mí, sigan con su desayuno —indicó, haciéndoles un ademán con la mano y dándole un sorbo a la bebida, gimió, aprobando la misma—. Está delicioso, voy a tener que pasar por aquí más seguido, antes de irme a la oficina.

Las chicas sonrieron ante las palabras de Deborah, pero en sus cabezas no encajaban lo que estaba sucediendo.

Algunas hasta temían que Deborah estuviera allí tomando nota, para después despedirlas y las que tenían más tiempo conociéndola, sencillamente pensaban que el trabajo en la empresa le estaba haciendo perder la razón, lo cierto era que nadie podía creerse ese despliegue de humildad y amabilidad, que estaba mostrando la señorita de la casa.

Diego, en cambio, sabía perfectamente a lo que estaba jugando Deborah. Era evidente que

seguía resentida con él, por haberla tratado como lo hizo la otra noche y la verdad poco le importaba esa actitud de niña malcriada que tenía. Deborah Wallis le gustaba mucho y la pasaba bien cogiendo con ella, pero todo tenía su límite y él no dejaría que lo hiciera su maldito títere, para eso ya tenía al imbécil de Maurice.

Él no seguiría perdiendo su tiempo, intentando complacerla, tenía otros asuntos que atender, como, por ejemplo, la manera de emprender un nuevo negocio, que lo sacara de ese maldito lugar.

Si ella lo buscaba de nuevo, la recibiría y disfrutaría, tal como había hecho hasta el momento, pero dejándole claro que era él quien mandaba y si no aceptaba sus condiciones, pues ya buscaría a alguien más en esa casa que le calentara la cama, después de todo, tenía varias candidatas.

—Buenos días.

La voz de Maurice lo sustrajo de sus pensamientos, lo vio de reojo acercarse a Deborah, con una sonrisa y posarse de manera casual tras la silla que ella ocupaba. El muy miserable no disimuló, cuando se le pegó, casi restregándole el meñique que debía tener por verga; haciendo su sonrisa más amplia cuando Deborah, en lugar de alejarse o al menos tensarse, se reclino un poco más hacia atrás, para sentirlo mejor.

Deborah se sintió como el jugador de póker, que tiene una excelente mano, así que decidió apostar unas fichas más y se volvió para mirar a Maurice, entregándole una de sus mejores sonrisas. Le importó un carajo que los demás estuvieran presente o que Gaël no pudiera disimular el desagrado que le tenía. Todo lo que deseaba, era que Diego se reventara de los celos, que supiera que ella no le pertenecía ni a él ni a nadie, recibió su recompensa, al verlo tensar la mandíbula y mirar a otro lado.

De inmediato, un sabor amargo se esparció por toda su boca y un intenso calor se apoderó de su pecho. Podía ser que no le afectaran los juegos caprichosos de Deborah, pero verla buscando en otro hombre, lo que él podía darle y que ella sabía era mucho mejor, lo enfurecía.

Pensó en ponerse de pie y abandonar la cocina, para no tener que seguir viendo esa patética escena; al final, decidió que no le daría el gusto a ella.

—Buenos días, hijo ¿Vas a tomar el desayuno? —preguntó Martha, con una sonrisa.

—No sé si me da tiempo —contestó a su madrina y después miró a Deborah—. ¿Me esperabas para ir a la empresa ya?

—Aún es temprano, puedes desayunar sin apuros, Maurice. —Se puso de pie, dejando el vaso de jugo casi vacío y lo miró a los ojos, acercándose a él—. Estaré en el estudio, imprimiendo algunos documentos, me buscas allá cuando termines —habló, usando ese tono ronco y sensual que era tan propio en ella, pero en ese instante lo hizo más evidente.

—Por supuesto.

La voz de Maurice también se había tornado grave y profunda, mostrando su excitación, así como sus hermosos ojos grises, que se habían oscurecido. La actitud sugerente de Deborah solo indicaba una cosa: ella quería que tuvieran sexo antes de ir a la empresa.

Sonrió, asintiendo en silencio, con el corazón latiéndole enloquecido. De pronto un estruendo hizo que todos se sobresaltaran.

—Lo siento —murmuró Diego, intentando recoger el desastre que había hecho sobre la mesa.

Había dejado caer el frasco de la mermelada, de manera intencional, pues no estaba dispuesto a seguir viendo cómo esos dos se burlaban de él en su cara o mejor dicho, cómo Deborah Wallis lo hacía y aparte de ello, lo disfrutaba.

—Déjame ayudarte —mencionó Katherine, acudiendo en su auxilio y comenzó a recoger con una cucharilla lo derramado.

—Qué torpe —pronunció Maurice, en un tono no muy alto, para no buscarse una pelea con el jardinero.

—Debería tener un poco más de cuidado. —Lo reprendió Deborah, mirándolo con desdén.

Martha también acudió en ayuda del hijo de Roberto y con un trapo húmedo, intentó quitar la mancha del mantel, pero Margot, quien era la encargada de lavar todo en la casa, le impidió que siguiera haciéndolo, pues extendía más la mancha.

—Solo fue un accidente… Si el mantel se daña, puede descontarlo de mi salario la próxima quincena y también el frasco de mermelada. —Diego no se amedrentó, ante el reproche de Deborah, pues lo hizo con intención.

—No se trata de eso, sino de no ser tan torpe, también manchó el uniforme de Katherine —mencionó Deborah, con dureza, mientras lo miraba fijamente.

La aludida se tensó de inmediato, al creer que a ella también la estaba reprendiendo. Se apresuró a buscar una servilleta, para limpiar las gotas de mermelada que habían caído en su ropa y evitar así que siguiera regañando a Diego.

—Pues de eso también me puedo encargar, señorita Deborah. Lavaré tu uniforme, Katherine y si te cayó mermelada en otro lado, igual puedo limpiarla toda —pronunció, con malicia, mientras miraba a la morena y sonrió al verla sonrojarse.

Deborah sintió que el infeliz de Diego la abofeteaba delante de todos. Una cosa era lo que ellos dos hicieran en las noches, en la intimidad de aquel cuartucho y otra muy distinta era, que ella le permitiera que la humillara en público.

—¿Se cree muy gracioso, Diego? —cuestionó, mirándolo.

—No, no lo creo, señorita… Soy mejor sacando gemidos que sonrisas —dijo, con toda la intención de hacerla enfurecer.

—Cuida tus palabras, hay damas presentes. —Le advirtió Maurice, quien comenzaba a impacientarse y estaba luchando con sus deseos de sacar a ese tipo a patadas, por fanfarrón.

—Solo estoy respondiendo a lo que me preguntan. —Diego se encogió de hombros—. Acepto mi descuido y me ofrezco a corregir el desastre que hice, no veo dónde radica el drama de todo esto —agregó, posando su mirada en Deborah.

—No voy a seguir perdiendo el tiempo aquí, el mantel le será descontado de su quincena, Diego y recuerde, que todos los empleados deben mantener las distancias… Eso va para todos —pronunció Deborah, con autoridad, mirando a Katherine.

Antes de salir, observó unos segundos a Diego, con evidente desprecio. Aunque quiso mostrarse glacial, el odio que bullía en su interior era demasiado poderoso.

Nunca había sido relegada a un segundo lugar por ninguna mujer y menos por una tan insignificante como Katherine, no dejaría que ese estúpido lo hiciera, ese juego se terminaría, pero lo haría ella y a su manera, no él.

—Muchacho, no deberías provocar de esa manera a la señorita Deborah, puedes terminar perdiendo el trabajo. —Martha lo aconsejó, pues no le parecía una mala persona, solo un poco descarrilado, pero era trabajador y colaboraba en todo.

—No le pida educación, a quien evidentemente nunca la ha tenido, Martha. —Lanzó la pulla Maurice, a quien no le había gustado para nada las libertades que se tomaba el infeliz con Deborah.

—Maurice, eso no es asunto tuyo —comentó Gaël, reprimiendo a su hijo y dedicándole una mirada severa.

—Hacer respetar a una dama es asunto de cualquier hombre que se considere un caballero, eso me lo enseñó usted —acotó él, mirando a su padre con molestia.

Diego soltó una carcajada estruendosa y burlesca, se levantó de la silla que ocupaba, con toda la intención de poner en su sitio al imbécil del chofer, pero Katherine lo detuvo, tomándolo del brazo y lo miró, pidiéndole paciencia.

—Tú no me darás clases de comportamiento a mí. —Señaló con el índice a Maurice, dejando clara su amenaza.

—Si quisiera perder mi tiempo en educar bestias, hubiese estudiado para entrenador de circos. —Lo retó, adoptando una postura rígida y manteniéndole la mirada.

—No, creo que te va mejor buscar trabajo en un rodeo.

Dejó esas palabras en el aire y salió de la cocina, sin esperar una respuesta por parte de Maurice. No estaba de ánimos para perder el tiempo con semejante cabrón y ya Deborah Wallis le había jodido bastante la mañana, como para dejar que alguien más le arruinara el resto del día. No seguiría prestándose para ese juego, él tenía otras prioridades que atender.

Maurice se quedó con una extraña e incómoda sensación en el pecho, por lo que el maldito jardinero había dicho. Pensó de inmediato en que eso tenía que ver con Deborah, pero tal y como siempre hacía, se negó ante cualquier posibilidad de que ella estuviera involucrándose con Diego Cáceres, no tenía motivos para pensar en ello y desconfiar de su mujer.

◆◆◆

Deborah llegó hasta la oficina con un humor que ni ella misma soportaba, descargó parte de este con el portero de la empresa, su secretaria y hasta el jefe del departamento de marketing, quien no tenía listas las impresiones de la publicidad que llevarían los envases. De manera caprichosa, las imágenes de lo ocurrido esa mañana se apoderaban de su cabeza, llegaban para torturarla y la furia en su interior, no menguaba con nada.

—Me vas a pagar esto, Diego. Ya me estoy cansando de tus juegos y de que estés todo el tiempo intentando hacerme quedar en ridículo… Eso no se lo he permitido nunca a nadie y tú no serás el primero, eso puedes jurarlo —expresó, en voz alta.

Se reclinó en la silla, cerrando los ojos, para intentar concentrarse en algo más y desterrar del todo, la estúpida sonrisa arrogante de Diego, esa misma que también le recordaba lo sensual que se mostraba, cuando se encontraba desnudo, encima de ella, moviéndose de esa manera que la volvía loca de placer.

Escuchó un golpe en la puerta y suspiró, exasperada, mientras negaba con la cabeza. No sabía si molestarse por ser alejada de la imagen de Diego Cáceres y ella teniendo sexo, o si debía dar gracias por la interrupción, pues cada vez que pensaba en ese hombre, perdía el control de sus emociones.

«¿Qué demonios hacía su secretaria? ¿Acaso no sabía cómo usar un intercomunicador y anunciar a quien llamaba?»

Se preguntó en pensamientos, al escuchar el segundo toque. Se irguió, quedando recta en la silla y movió el mouse de su computadora, para activar la pantalla que estaba en reposo.

—Adelante —ordenó a quien llamaba.

—Permiso, señorita Wallis. Disculpe que la interrumpa, pero su padre ha pedido verla en su oficina —comentó Julia, después de entrar al lugar y caminar hasta ella.

—¿Te dijo para qué desea verme? —preguntó Deborah, presintiendo que su estado de humor empeoraría.

—No señorita, solo me dijo que le avisara, que la espera en su oficina… Intenté avisarle a través de Kelly, pero no está en su puesto —contestó en tono sumiso, para no llevarse un regaño,

algo le decía, que la hija de su jefe no tenía buen humor ese día, era muy parecida al padre.

—Ella nunca está cuando la necesitan…

Se detuvo, al recordar que le había ordenado expresamente que no se despegara del jefe de marketing, hasta que no tuvieran lista la publicidad. Nunca reconocería un error delante de otro empleado, porque eso le restaría autoridad, así que no mencionó nada, pero en su cabeza maldijo a Diego Cáceres, pues él era el responsable de que estuviera tan distraída ese día.

—Dile a mi padre que estaré con él en diez minutos, debo terminar antes algo que tengo pendiente —indicó y esperaba que eso fuera suficiente para que Julia se marchara de su oficina.

—Por supuesto, señorita. Con su permiso —mencionó, dándose la vuelta, para salir del lugar.

Deborah no tenía nada pendiente, pero tampoco acudiría ante su padre al primer llamado, eso la haría parecer demasiado interesada en lo que pudiera decirle y seguramente sería algún reproche, pues su proyecto estaba a punto de concretarse y todavía faltaban algunas cosas por resolver.

Después de cinco minutos, no le quedó más remedio que ir hasta la oficina de su padre y averiguar qué era eso que deseaba comunicarle, se armó de paciencia y deslizó sus manos por la suave tela de su falda, con estampado escoces, en blanco, gris y negro, mientras se repetía como un mantra, que debía tener paciencia y no caer en sus provocaciones.

—Deseaba verme —mencionó, en cuanto Julia la dejó dentro de la oficina y se marchó, dejándolos solos.

—Así es. Pasa y toma asiento —indicó, sin siquiera despegar los ojos del documento que leía, tenía el entrecejo arrugado y los labios fruncidos, en señal de que no le agradaba lo que leía.

Deborah comenzaba a impacientarse, pero no se lo dejó ver, simplemente se relajó, paseando su mirada por la oficina. Era idéntica al despacho de su padre en la mansión, frío, anticuado y sobrio, se parecía a él, así que supuso que se sentiría a gusto allí; sin embargo, el día que ella ocupara esa oficina, todo eso cambiaría, lanzaría a la basura los muebles viejos, pintaría las paredes de colores más vivos y modernos.

—Estuve revisando esto y no me convenció, no voy a invertir tanto dinero en una campaña que, a la larga, no sabemos si dará resultado. —Le lanzó a Deborah el presupuesto de la publicidad en internet, que ella había sugerido.

—Dará resultado, se lo puedo asegurar…

—¿Por qué estás tan segura? ¿Crees que, porque eres joven e hiciste esta campaña en base a tus gustos, a los demás también les atraerá? —inquirió, cortando sus palabras, antes de que comenzara a parlotear con lo de la evolución a una nueva era y toda esa pendejada que decían los jóvenes—. Te diré algo, Deborah. No todas las personas de tu edad son tan esnobistas y frívolos como tú y esta campaña que te has creado irá enfocada a solo unos pocos, ¿qué hay del resto? ¿De los jóvenes trabajadores, que se costean sus propias cosas y no pueden gastar dinero en estos productos que deseas vender? —cuestionó una vez más, mirándola a los ojos.

—No me interesa ese target, sino el que le presenté, es para ellos para quienes estoy lanzando esta nueva línea de alimentos y a fin de cuentas, son los mayores consumidores. Aquí la economista y la que presentó las estrategias, fui yo. Déjeme hacer mi trabajo en paz y solo quédese allí sentando, a esperar los resultados —mencionó, poniéndose de pie, para marcharse.

No seguiría aguantando ese estúpido sermón moralista, de alguien que no tenía la más mínima idea del significado de esa palabra.

—Pues te equivocas, no puedo quedarme solo sentado aquí, viendo cómo llevas la empresa a un fracaso seguro, solo por cumplirte un capricho. Se trata de mi dinero y no te dejaré jugar con él, así que olvídate de esta campaña, se hará como se ha hecho siempre y no se habla más —dijo,

de manera determinante, mirando la espalda rígida de ella.

Deborah se volvió a mirarlo, de manera desafiante y elevó la barbilla en gesto altivo, aunque no caminó de regreso hasta él.

—Si ese es el problema, no se preocupe por ello, yo me encargaré de los gastos que genere la campaña publicitaria. —Señaló, mostrándose segura y mirándolo a los ojos.

—No tienes la autoridad para hacer eso… Por si lo olvidas, soy el presidente de esta compañía y quien decide qué se hace o qué no, entre estas paredes y no me da la gana de aprobar esto, así que olvídalo. —Dominic no dejaría que ella moviera la pelota dentro de su terreno de juego.

—Un presidente que debe rendir cuentas a una junta directiva, de la cual soy parte… Creo que a quien se le olvida que no es un todopoderoso, es a usted. —Lo amenazó, manteniéndole la mirada y al ver el asombro en él, continuó—: puedo incluso llamar a una junta, para discutir este asunto y que ambos hagamos nuestras propuestas. Ahora, creo que usted quedaría muy mal visto, si se niega a dar el dinero para la publicidad de un proyecto, que fue aprobado por la junta desde hace dos meses… Puede incluso que los socios empiecen a preguntarse, dónde está el dinero que debe ser destinado a esto. A ver padre, yo también soy socia, dígame ¿Dónde está ese dinero? —preguntó, consciente de que lo tenía agarrado de las pelotas, pues sabía mucho de las finanzas de empresas Wallis.

—Limítate a tu área, Deborah y haz lo que te ordeno. No quieras meterte en mis cosas, porque te juro que vas a lamentarlo, vas a salir de aquí en lo que tardo en parpadear, como sigas provocándome. —Le mostró una postura firme, pues no se dejaría amedrentar por ella.

—Entonces, apruebe el presupuesto y todos felices. —Esbozó una sonrisa cínica, haciendo un ademán con la mano.

—He dicho que no y es mi última palabra. La publicidad se hará de manera tradicional, para abaratar los costos del producto y no se habla más, es tu decisión: tómalo o déjalo.

—No desmejoraré la calidad de esta línea, porque he trabajado mucho en ella, así que, si el problema es el dinero, yo lo pagaré todo y esa es mi última palabra, ahora le toca a usted decidir. —Contraatacó, pues no cedería ni un milímetro.

—Estás apostando mucho en todo esto, ¿no crees que es muy arriesgado? Podrías terminar perdiéndolo todo, recuerda que delante de toda la junta directiva, mencionaste que de no obtener el éxito que esperabas, pondrías a deposición tu puesto y tus acciones… Déjame decirte, que te tomé la palabra ese día y hasta hice un documento, solo hicieron falta las firmas de cinco socios para que obtuviera validez. —No pudo evitar sonreír al ver la perplejidad, reflejada en los ojos azules de ella y regodeándose en la novedad, prosiguió—: ¿Qué sucede Deborah, acaso pensaste que eras la única inteligente en este lugar, o me crees demasiado bueno, como para no aprovecharme de tu estupidez y tu arrogancia? —inquirió, sonriendo.

—Es un… —Se interrumpió, para no perder del todo los estribos, respiró profundamente y habló de nuevo—. No daré un paso atrás, no importa cuántas veces me amenace, le voy a demostrar que soy capaz de conseguir lo que me propongo… Yo pagaré la publicidad y arriesgaré lo que tenga que arriesgar, pero esa línea sale al mercado tal y como la diseñé, le guste a usted o no. Ahora, si no tiene nada más que decirme, regreso a mi oficina, pues tengo mucho trabajo que hacer, para salvar a mi empresa de la quiebra a donde usted pretende llevarla.

Ni siquiera le dio tiempo a su padre de darle una respuesta, caminó con rapidez y salió de la oficina, lanzando la puerta al hacerlo, vio de reojo que Julia se sobresaltaba, pero no le importó, pues ya estaba harta de tener que estar guardando las apariencias, que todo el mundo se enterara de una vez la case de miserable que era Dominic Wallis.

CAPÍTULO 30

Maurice tuvo que regresar a la casa esa mañana, después de dejar a Deborah en la empresa. Martha necesitaba hacer las compras y él siempre era el encargado de acompañarla, ya que su padre jamás abandonaba a Dominic Wallis. Y como no era necesario que él viviera como la sombra de Deborah, ya que pocas veces salía de la empresa y casi siempre era hasta las fábricas que quedaban cerca del edificio Wallis, podía prescindir de sus servicios ese día.

Comenzó a bajar las bolsas que llenaban la maleta y el asiento trasero del auto, prefirió hacerlo solo, a tener que pedirle ayuda al jardinero, pues no quería toparse con él. Si en sus manos estuviera, hasta haría que lo echasen de esa casa. Vio que Katherine se acercaba y sonrió, entregándole dos bolsas de las menos pesadas.

—Gracias —mencionó, tomando él cuatro y caminó con ella.

—No tienes que agradecer, es parte de mi trabajo —comentó ella, quien estaba resentida después del regaño que le diera su madre esa mañana, sin motivos.

—No, no es parte de tu trabajo ayudarme, sino atender las cosas de la casa, pero siempre estás dispuesta a brindarnos una mano a todos —comentó, sonriéndole.

—¿Sabes algo? A veces no lo entiendo. —Apuntó, mirándolo a los ojos, a esos tan hermosos que él tenía.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Maurice, algo divertido.

—Cómo es que alguien como tú, tan amable, sencillo e inteligente, pudo haberse enamorado de una arpía como Deborah. —Lanzó sus palabras, sin ningún tacto, no tenía por qué hacerlo, ya que era lo que pensaba.

Él se tensó, quedándose en silencio por varios segundos y le esquivó la mirada, no le gustaba hablar de su relación con Deborah.

—Lo siento, no debí meterme, no es mi asunto. —Katherine continuó con su camino, entrando a la casa con paso rápido.

Maurice la siguió hasta la cocina, donde estaban depositando las bolsas con las compras, para que las otras empleadas organizaran todo y supo que no era el lugar adecuado para hablar con Katherine, así que salió de nuevo, ni siquiera tenía por qué darle una explicación, pues su relación con Deborah era parte de su vida privada, pero ella siempre había sido su amiga.

—Ella no es la persona que ustedes piensan, no es así como se muestra… Tiene un carácter difícil y es caprichosa, puede que arrogante en ocasiones, pero también es maravillosa, es hermosa e inteligente… y es de esa Deborah de la que yo estoy enamorado, de la que no se ha dejado vencer por los maltratos de su padre y todos los días se esfuerza por ser mejor. —Se detuvo con la garganta colmada de lágrimas y el corazón latiéndole muy rápido, suspiró para liberar la presión que esa marea de sentimientos le causaba—. Si supieras todo lo que ha tenido que sufrir, no la juzgarías de buenas a primeras.

—No la estoy juzgando, solo digo lo que veo y lo que he tenido que vivir, Deborah es déspota, es malvada… es egoísta y juega con las personas a su antojo —comentó, tomando dos bolsas y caminó para escapar de esa conversación.

—Es lo que todo el mundo dice, pero nadie ve el otro lado, es muy fácil recordar solo lo malo que hacen las personas, pero nadie se acuerda de lo bueno… ¿Acaso se te olvidó, la vez que les

prestó dinero a tu familia, para que pudieran operar a tu hermano? —inquirió, molesto.

—No, no se me olvida… Pero fue solo un préstamo, igual nos lo descontó de nuestro salario, no fue un regalo, así que no tengo nada que agradecerle —contestó, con rabia.

—Tu madre fue a tres bancos antes de hablar con Deborah, todos le negaron el dinero y la dejaron con la carpeta de los requisitos en las manos, en cambio la mujer a la que tanta rabia le tienes, no le pidió una sola prueba, simplemente confió en su palabra y le prestó más de la cantidad que necesitaba… Incluso le dio un permiso de dos semanas para que atendiera a Trevor. ¿Dime, dónde está la mujer mezquina de la que hablas, Katherine? —cuestionó, viéndola a los ojos.

—No tiene ningún caso hablar de ella contigo.

—Lo que no tiene caso es que le tengas tanto odio, solo porque ella nació con dinero y nosotros no, eso es ser resentida y envidiosa, además de no ser agradecida.

—No me hables de esa manera, Maurice y ya déjame en paz… No debí decirte nada, nadie aprende de las experiencias de otros, sino de las propias. Entonces, dejaré que seas tú mismo quien descubra, que tu adorada Deborah, no es tan buena como piensas. —Se marchó, llevando el resto de las bolsas, pues no pensaba regresar ni seguir ayudándolo.

Maurice se quedó una vez más con esa sensación que lo asaltó esa mañana, cuando Diego Cáceres le lanzó aquella indirecta, él no era un tonto ni un ciego, como para no darse cuenta de que Deborah tenía otros hombres tras ella y que su ego disfrutaba de ser el centro de atención, que le gustaba ser halagada y despertar el deseo; sin embargo, no era de las mujeres que se iban a la cama con cualquier, había tenido a otros hombres aparte de él; sí, eso ya lo sabía.

Pero ¿Qué mujer no ha tenido más de un hombre en su vida? ¿Qué mujer puede asegurar que solo ha sido del primero, nada más? ¿Cuántas parejas no se separaban y comenzaban relaciones con otras personas, pero las cosas no funcionan y después regresaban? No tenía nada que reprocharle a Deborah y no arruinaría su relación, por comentarios malintencionados.

Se quedó mirando la puerta de la cocina, como sumido en un trance, Katherine no salió más y supuso que no regresaría para ayudarlo, así que tomó par de lo que restaba, que ya era poco y se dijo que lo terminaría solo, después de todo, ese era su trabajo.

Sin embargo, no logró sacarse de la cabeza las palabras de Diego Cáceres y de Katherine, quienes obviamente pretendían insinuarle algo con relación a Deborah. En el caso del jardinero, no le daría mucho peso, pues ese hombre ni siquiera se le acercaba a su mujer, no los había visto hablar nunca, ni a ella visitando el invernadero, que era donde mayor tiempo pasaba el hijo de Roberto; por el contrario, ella odiaba ese lugar, así que, por lo tanto, no le daría crédito a lo que Diego mencionó.

Con Katherine era distinto, ella había sido su amiga desde hacía mucho, el mismo tiempo que tenía conociendo a Deborah, lo tenía conociendo a la hija de Martha, así que se podía decir que confiaba en ella, la pregunta era: ¿Cuánto? Si era lo suficiente como para sospechar de Deborah, necesitaba respuestas.

—Katherine… Necesito hablar contigo —comentó, al verla dirigirse al estudio de Deborah, para hacer la limpieza diaria.

—En este momento estoy ocupada, Maurice. Tal vez después. —Lo esquivó, abriendo la puerta con rapidez, entró y estaba por cerrarla, cuando él la detuvo, apoyando su mano en la hoja de madera y la miraba a los ojos.

—Necesito que hablemos —pidió, casi en un ruego.

—Maurice, por favor… Mira, yo no voy a perder mi tiempo hablándote de cosas que no quieres escuchar o lo que es peor, que no quieres creer, así que déjame tranquila —mencionó,

rehuyéndole la mirada e intentó nuevamente cerrar la puerta.

—Voy a escucharte, te prometo que voy a escuchar en silencio todo lo que me digas y al final, sacaré mis propias conclusiones… Por favor, no me dejes ignorante de las cosas que pasan, eres mi amiga, Katherine.

Ella lo miró dudosa, pues era consciente de que sus palabras podían herir a Maurice y no quería eso, tampoco estaba segura de lo que le diría, pues eran solo suposiciones suyas, después de todo, no tenía pruebas y a lo mejor no valía la pena, lastimar a un amigo, por una mujer como Deborah Wallis. Lo dejó pasar, ya que sabía que no la dejaría en paz si no lo hacía, caminó hasta el escritorio, para comenzar con su trabajo.

—No tengo nada que contarte —mencionó, sin mirarlo a los ojos, para que él no viera la mentira en ellos.

—No fue lo que me pareció hace un par de horas, mientras me ayudabas; por el contrario, creo que tenías mucho por decirme —habló, cruzando sus brazos sobre el pecho.

—Pues todo lo que tenía que decirte, ya te lo dije. Fin del asunto —respondió, sin dejar de lado su tarea.

—Katherine, me estás mintiendo, no me miras a los ojos cuando me hablas y eso te delata. —Caminó hasta ella, sentándose al borde del escritorio, para presionarla.

—¿Estudias para ingeniero o para abogado? —cuestionó ella, con rabia—, y levántate de allí, que vas a empañar el cristal.

—Está bien, si no me quieres decir nada, no lo hagas… Pensaba que éramos amigos y que podía contar contigo.

Katherine levantó la mirada, encontrándose con la resentida de Maurice, lo vio caminar hacia la puerta, para marcharse y se mordió el labio, consciente de que se iba a arrepentir si hablaba.

—Es Diego. —Se esforzó, para que esas dos palabras salieran de sus labios y tembló al ver que Maurice se detenía.

—¿Qué pasa con él? —inquirió, volviéndose para mirarla.

Solo escuchar ese nombre, despertó en Maurice el recelo y puso a su corazón a golpear de manera dolorosa dentro de su pecho, caminó de regreso hasta Katherine, mientras sentía que el aire a su alrededor se había vuelto denso y húmedo, permitiéndole apenas respirar.

—No lo sé… —Katherine estrujó entre sus manos el paño con el que limpiaba, esquivando la mirada de los ojos grises de Maurice, que reflejaban dolor y rabia a la vez—. No pasa nada, son solo suposiciones… No me hagas caso.

—¡No! No me lanzarás algo como eso y después te quedarás callada, como una cobarde, dime qué sucede entre ese hombre y Deborah —mencionó, dejando de lado su tono calmado y amable, por uno desesperado.

—¡No hay nada! Yo no he visto nada… Ella, ella no se la pasa aquí, sino en la empresa, así que ni siquiera se ven —contestó, de manera nerviosa.

—Katherine, habla por favor —pidió y después tomó aire, para controlarse y no perder la paciencia.

—¡Bien! A Deborah parece no agradarle que yo comparta con Diego, siempre que me ve cerca de él, me reclama por no estar haciendo mi trabajo y me humilla, recordándome que soy una sirvienta y también lo hace con él.

—¿Y eso te hace pensar que ella está interesada en Diego Cáceres? ¡Por Dios! Eso es absurdo, Katherine… Deborah solo quiere mantener las normas de la casa, sabes que las relaciones entre empleados están prohibidas dentro de la casa.

—Están prohibidas entre empleados, pero no entre la hija del dueño y el chofer ¡Vaya descaro!

Tú y ella se encierran aquí, cada vez que se les da la gana, pasan horas cogiendo y nadie les reprocha nada —espetó con rabia e indignación.

—Son cosas muy distintas.

—¡Claro que son distintas! A ella nadie le reclama por sus acciones ni la humillan… Hace lo que se le da la gana, porque puede. Bien, eso me da igual, pero que venga a querer darnos clases de moral a los demás, es lo que me enfurece —pronunció, temblando de la rabia y lanzó el paño sobre el escritorio.

—Deberías más bien agradecerle, ese hombre no es de fiar, Katherine. Estuvo en prisión y es un patán… ¿Crees en verdad que te conviene tener una relación con él? —cuestionó, mirándola a los ojos.

—Tampoco he dicho que desee casarme con él, solo me agrada que coqueteé conmigo, que me mire y me haga sentir bonita, deseable… ¿Es que acaso la única digna de ser tratada de esa manera en esta casa, es Deborah Wallis? ¿No puedo yo inspirar también lo mismo? —preguntó, dejando libre todo su resentimiento, con las lágrimas nadando en sus ojos—. Ya ella tiene toda tu atención, tú la idolatras… Debería conformarse con eso y dejar que Diego y yo tengamos lo que sea que deseemos tener, total, son nuestras vidas. —Terminó, sintiéndose más calmada.

—Solo porque estás celosa de Deborah, te inventas todas esas cosas. —Maurice la acusó, sintiéndose furioso.

—¡No estoy celosa de ella! Y no me he inventado nada, lo que pasa es que tú eres tan ciego, que no te das cuenta, no ves cómo ella lo mira, cómo disfruta de discutir con él. En otros tiempos, un empleado que hiciera lo que ha hecho Diego con ella, ya no estuviera aquí, eso lo sabes perfectamente, ya ella hubiera hablado con el viejo Wallis para despedirlo, pero a Diego no le ha hecho nada, ¿no te parece sospechoso?

—Ese hombre se ha salvado por ser hijo de Roberto, solo por eso —argumentó, manteniéndole la mirada, aunque por dentro volvía a tener esa sensación desagradable y dolorosa de estar siendo engañado.

—Sí, por supuesto Maurice, solo por eso, pues te diré algo más. Tu adorada Deborah, el otro día, me pidió que le dijera a Diego que necesitaba verlo en este lugar, con la excusa de hablarle de unas supuestas orquídeas para su padre, todos en esta casa sabemos que ella odia todo lo referente a los gustos del viejo Wallis y que, si por ella fuera, destruiría cada flor en el invernadero. —Se interrumpió, al ver cómo el dolor desfiguraba el atractivo rostro de Maurice y suspiró, sintiendo que había hecho precisamente lo que no quería—, tú me pediste esto, no me culpes por lo que sientas en este momento.

Después de esas palabras, salió del estudio sin volverse a mirarlo, pues le dolía verlo sufrir por una mujer que jamás lo amaría como él se lo merecía, que ni siquiera lo valoraba.

Deborah se encontraba en el asiento trasero del auto, revisando los documentos que debía aprobar para ser ella quien costeara la publicidad de su proyecto, quiso apostar mucho más de lo que su padre se había propuesto y pidió ampliar el mercado; sin embargo, las letras y los números bailaban ante sus ojos, se sentía cansada, frustrada, sobre todo, molesta por la amenaza que le hizo Dominic.

Levantó la mirada y a través del espejo retrovisor, vio el semblante de Maurice, que la sorprendió, pues se le notaba más serio de lo habitual y podía hasta decir, que algo lo había molestado, no estaba para interesarse por los problemas de él, cuando ella tenía los suyos, pero tampoco podía dejarlo así, pensó que, si le pedía poner algo de música, aligeraría el ambiente pesado, así que arrojó las hojas dentro de la carpeta a su lado y se acercó.

—¿Puedes poner algo de música?… No soporto este silencio y después del día de hoy,

necesito algo para distraerme —susurró, acariciándole el hombro, esperando que él le sonriera.

—Por supuesto —comentó, con tono hosco y extendió la mano hasta el reproductor.

—¿Te sucede algo? —preguntó Deborah, extrañada ante esa actitud y movió el rostro para mirarlo mejor.

—¿Acaso tendría que ocurrirme algo? —contestó, con una nueva interrogante, mientras buscaba una lista de reproducción.

—Pues no lo sé… Supongo que no, pero todo parece indicar que es así —respondió ella, alejándose para volver a su postura en el asiento del auto y se cruzó de brazos.

Maurice tuvo que hacer su mayor esfuerzo, para tragarse todas las palabras que le quemaban la garganta, pues el semáforo cambió de color, dándole vía libre y a él le tocó avanzar. La miró a través del espejo retrovisor, sintiéndose todavía más furioso, al ver que a ella le daba igual si le contaba lo que le ocurría o si no, allí estaba lo que le decía Katherine, Deborah era una egoísta que solo pensaba en ella.

Volvió la mirada a la pantalla del reproductor y vio una canción que le iría muy bien a ese momento, esperaba que fuese lo suficiente inteligente, como para comprender el mensaje, al menos hasta que llegaran a la casa y él pudiera tener la libertad y darse el gusto de decirle unas cuantas cosas a la cara, porque ya estaba harto de la misma situación.

La potente voz de *Jon Bon Jovi* junto a los sonidos de la batería, una guitarra y el bajo que iniciaban *You give love a bad name* estallaron en el interior del auto, haciendo que Deborah se sobresaltara, miró con reproche a Maurice, pero no le pidió que le bajara el volumen a la música, quizás era mejor así, pues tendría una excusa para no entablar una conversación con él, no estaba de ánimos para lidiar con su postura infantil.

Shot through the heart and you're to blame
You give love a bad name
(Bad name)
I play my part and you play your game
You give love a bad name
(Bad name)
Hey, you give love a bad name.

Ella arqueó su ceja derecha, al escuchar la letra de la canción, que por supuesto, conocía. Miró a Maurice de nuevo, viendo cuán animado tamborileaba sus dedos en el volante y no pudo evitar que una sonrisa maliciosa se apoderara de sus labios.

Él era tan evidente cuando se ponía celoso, que, a ella en lugar de molestarla, le causaba diversión. La verdad era que no conocía el motivo en esa ocasión, pues hasta donde recordaba, no estaba saliendo con nadie y hacía mucho que no iba de fiesta.

«A no ser, que Diego le hubiera dicho algo esa mañana, después de que ella saliera de la cocina… ¡Maldito indiscreto!»

Pensó, cerrando los ojos y recordándose que debía dejarle las cosas en claro, antes de mandarlo a la mierda. Ningún hombre se le había impuesto y ese estúpido jardinero, no sería el primero. La canción seguía sonando y aunque sabía que quizás no era el mejor momento, para intentar contentar a Maurice, decidió arriesgarse; después de todo, necesitaría a un amante que sustituyera a Diego Cáceres, no podía pelearse con los dos.

—Me gusta esa canción —susurró, dejando que su aliento se estrellara contra la sensible piel de la oreja de Maurice.

—A ti te va de maravilla —comentó él, sin caer en el juego.

Deborah dejó libre una carcajada sensual y ronca, deslizó su mano por el pecho de Maurice, bajando en busca de su bragueta, comenzó a acariciar y él se removió en el asiento.

—Deja de hacer eso, estoy conduciendo. —Exigió, dedicándole una mirada de advertencia, a través del espejo retrovisor.

—Otras veces has dejado que lo haga… y si mal no recuerdo, me has dejado hacer cosas más osadas. —Deslizó la cremallera y sonrió al ver que él tragaba en seco.

—Pues hoy no estoy de ánimos —espetó, apartando la mano de ella, con un movimiento brusco y se subió el zipper.

—¿No estás de ánimos? —preguntó, asombrada y al ver que él se quedaba en silencio, la furia estalló dentro de ella—. ¿Qué demonios está pasando, Maurice? —Demandó, moviéndose para intentar mirarlo a los ojos.

—¿Quieres saber en verdad lo que me está sucediendo? ¡Perfecto, te lo diré! —expresó molesto, viéndola a los ojos.

Giró con fuerza el volante, para tomar uno de los caminos alternos, que llevaban a los parajes cerca de los pantanos. Los neumáticos patinaron al entrar en el camino de tierra, creando una densa nube de polvo y Deborah liberó un grito, cuando rodó en el asiento, pues no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Él se asustó, pensado que se había lastimado, pero al verla bien, la rabia volvió a bullir en su interior y no le prestó atención a sus protestas.

—¿Por qué demonios haces eso? ¡Pudiste hacer que nos estrelláramos! —exclamó ella, furiosa por el golpe que se dio en el hombro contra el cristal—. ¡Maurice, detén el maldito auto enseguida! ¡Te estoy dando una orden! —gritaba, cada vez más fuerte y tenía ganas de golpearlo, pero no le pareció prudente.

Maurice se detuvo de golpe, en un claro en medio del bosque, a pocos metros de donde se podía apreciar el agua verdosa de un pantano y los árboles que creaban un laberinto en medio de este, con los colores naranja, amarillo y marrón, propio del otoño que ya se encontraba instalado.

Se desabrochó el cinturón y bajó del auto, lanzado con fuerza la portezuela, dejando a Deborah sola y sin darle una explicación.

CAPÍTULO 31

Deborah se quedó estática dentro del auto, el corazón le latía demasiado rápido y su respiración acelerada hacía que sus senos parecieran ir en un vaivén, nunca había visto a Maurice actuar de esa manera, él era tan amable y sumiso, que resultaba adorable; sin embargo, en ese momento tenía ante ella a un hombre impetuoso, decidido y cuya sangre parecía estar hirviendo de furia, tragó en seco, para pasar la sensación de zozobra que le hacía nudos en el estómago y se aventuró a bajar con cuidado del auto, no sabía qué esperar de él.

—¿Qué sucede Maurice?… Por favor, necesito que me mires. —le pidió, sin alejarse del auto, sabía que debía darle su espacio.

Él no se volvió a mirarla, tenía las manos en la cintura y dejaba que bocanadas de aire caliente salieran de sus labios, para drenar toda la presión que sentía en el pecho y calmar la molestia que punzaba en sus sienes.

Cerró los párpados, inhalando profundamente el oxígeno a su alrededor, el que estaba cargado de los aromas de la naturaleza y después los abrió, volviéndose, para mirar a Deborah directamente a los ojos.

—¿Qué hay entre Diego Cáceres y tú? —Lanzó la pregunta a quemarropa y no le pasó desapercibida la tensión en ella.

—Yo… yo… No tengo nada con ese hombre, ¿qué quieres decir? ¿Acaso crees que me estoy acostando con él? —respondió con otras preguntas y se esforzó por mostrarse ofendida, no debía demostrar temor o él la descubriría.

—Te estoy haciendo una pregunta clara y sencilla, Deborah y quiero una respuesta igual, ¿por qué demonios eres tan condescendiente con él? ¿Por qué después de todas las veces que te ha retado, aún sigue trabajando en la mansión? —cuestionó, acercándose hasta ella.

—Yo no soy condescendiente con nadie y ni siquiera superviso el trabajo de ese hombre… Apenas sí he hablado con él, ¿qué demonios te sucede, Maurice? ¡Esto es lo último que me faltaba hoy! Que tú me dijeras que estoy acostándome con el jardinero, es increíble… ¡Por Dios! —expresó, mirándolo furiosa.

—¿Qué de extraño tendría? Te acuestas conmigo, y soy el chofer —comentó, con desdén.

—Son cosas muy distintas y lo sabes, a ti me une algo más…

Maurice acortó la distancia en dos largas zancadas hasta ella y dejó su rostro casi rozando el de Deborah, la miró a los ojos, para impedirle que escapara o lo siguiera engañando.

—¿Qué te une a mí? Dímelo, Deborah, porque hasta ahora, no he podido descifrarlo… Para lo único que siempre te he servido, es para escucharte, para estar a tu lado y complacerte en el plano sexual, pero nada más… En cambio, yo, siempre te he dado más —pronunció, con la voz ronca por el nudo de lágrimas que le cerraba la garganta.

Ella se quedó mirándolo, en silencio y no supo qué responderle, porque todo lo que Maurice decía era verdad y eso la hacía tal vez una mujer despreciable, pero no era su culpa no poder expresar sus sentimientos, no poder corresponderle como él deseaba y en el fondo, eso le dolía.

Eso era parte del daño que le habían causado sus padres, de ver cómo se destruían entre ambos y cómo descargaban en ella sus frustraciones. No podía amar, no tenía la capacidad para hacerlo.

—¿Qué es lo que deseas, Maurice? —Su voz tembló y luchó por retener las lágrimas.

—Que me mires a los ojos y me digas lo que sientes por mí, que me digas que esto es real —pidió y las lágrimas llenaron sus ojos grises, pero él no dejó que se derramaran.

—Yo te quiero, Maurice… Lo sabes. —Llevó su mano hasta la mejilla de él, para acariciarla con suavidad.

—No quiero que me quieras, necesito que me ames… que me hagas sentir que soy el único hombre en tu vida, así como tú eres la única mujer en la mía… Deborah, necesito tener todo de ti, no solo un cuerpo y palabras vacías. —Exigió, con sus pupilas siguiendo las de ella, mientras la tomaba de los brazos con fuerza, para sentirla allí, con él.

—Lo que te doy es todo lo que puedo entregarte, Maurice. No me pidas más, porque no sé cómo hacerlo… ¡¿Es eso lo que querías oír?! ¿Que no sé amar? —cuestionó, iracunda y se alejó.

Él se quedó perplejo, ante esa confesión, pero, sobre todo, ante su actitud, pues nunca la había visto de esa manera, tan vulnerable y dispuesta a dejarle saber lo que sentía en verdad. Dudó unos segundos en acercarse a ella, pero al ver que se estremecía y que dejaba escapar algunos sollozos, no pudo seguir allí, sin hacer nada, mientras ella sufría.

—Debbie. —La llamó, acariciándole la espalda.

—¡No! No me digas nada… No quiero que me trates con lástima. —Se volvió para mirarlo y sus ojos destellaban de ira y de dolor—. Antes prefiero que me odies y que me desprecies.

Se vio tentada de decirle toda la verdad, que ya se había cansado de él y que estaba acostándose con Diego Cáceres, que estaba harta de todas sus exigencias y de sus reproches, que nunca le daría lo que él le pedía, porque ya nada era lo mismo, porque ella no era la misma chica que él hizo mujer; que él debía dejar atrás el maldito espejismo del cual estaba enamorado.

—Yo nunca podría odiarte, Deborah… no podría hacerlo, porque te amo, como a nadie más en esta vida —expresó, tomando el rostro de ella entre sus manos.

Deborah sintió que todo el cuerpo se le contraía de dolor, por tener que atajar sus palabras y dejar que se le ahogaran en la garganta, el dolor que le causaron era insoportable y la única manera de liberarlo, fue mediante un torrente de lágrimas y sollozos, que la hicieron temblar.

«¿Cuántas veces su padre le habría dicho esas mismas palabras a su madre? ¿Cuántas promesas vacías le hizo en nombre del amor? De ese amor que se hizo pedazos en la primera tempestad.»

—No quiero sentirme así —confesó, cerrando los ojos para escapar de su realidad y de lo que sentía.

—Perdóname… Por favor, por favor, mi amor. —Maurice le besaba la frente para consolarla, mientras se esforzaba por no llorar también—. Lo siento, todo estará bien, Debbie… Te prometo que todo estará bien —susurró, dándole suaves toques de labios, al tiempo que retiraba las lágrimas con sus pulgares.

—Voy a hacerte daño, Maurice, lo sé… Sé que voy a lastimarte y no quiero, no quiero… —Lloraba, mientras negaba con la cabeza, intentando escapar de la mirada de él.

—No me harás daño… y si lo haces, no importa, el amor a veces duele, Deborah —expresó, bajando el rostro para mirarla.

—Eres un tonto… —dijo, mirándolo a los ojos, mientras sorbía las lágrimas, sintiéndose avergonzada.

—Eso también lo hace el amor. —Él sonrió, acariciándole las mejillas y luego le dio un beso suave—. Nos hace tontos y felices por igual. Lamento haberme portado como un estúpido y reclamarte por algo que no tiene sentido, ¿me perdonas? —inquirió, mirándola a los ojos, para que ella viera que estaba arrepentido.

—Nunca debes sentirte celoso de nadie, lo que siento por ti, nadie más puede inspirarlo,

Maurice… y todo lo que puedo dar, ya te lo he entregado a ti. No hay nada más —susurró, dándole toques de labios y gimió al sentir que él se apoderaba de su boca con contundencia, con uno de esos besos que la hacían temblar.

Deborah le estaba diciendo la verdad en ese momento, porque a pesar de que otros hombres habían tenido su cuerpo, a ninguno le había permitido ir más allá de eso.

Solo Maurice era el dueño de ese privilegio, él había vivido junto a ella sus momentos de vulnerabilidad, de furia, de entrega absoluta, así que, si alguna vez llegaba a descubrir lo que era el amor, quería hacerlo con él y que el mundo se cayera.

Maurice le rodeó la cintura con las manos y la elevó, pidiéndole con la mirada que lo envolviera con sus piernas, ella lo hizo de inmediato y se sostuvo de los fuertes hombros, él caminó hasta el auto, cuidando de no tropezar con alguna piedra, la sentó sobre la parte delantera, sin dejar de besarla y comenzó a subirle la falda.

—¿Qué haces? —preguntó, algo nerviosa, pues estaban demasiado expuestos fuera del auto.

—Quiero hacerte mi mujer —susurró, contra sus labios rojos e inflamados por los besos.

—Pensé que habías dicho que hoy no estabas de ánimos. —Le recordó, arqueando una ceja.

—Ya acordamos que soy un tonto. —Admitió, mientras se deleitaba con las hermosas piernas de Deborah, envueltas en elegantes y sensuales medias negras, con encajes y ligueros.

—Entremos al auto —pidió ella, acariciándole el pecho.

—Solo relájate y deja que yo me encargue de ti —murmuró él, separándole las piernas, la miró a los ojos y le dio un beso antes de quitarle el panty, dejándole todo lo demás.

—Maurice… —Deborah volvió a intervenir, la excitaba estar allí y pensar que alguien podía verlos, pero al mismo tiempo, la asustaba que algo como eso sucediera.

Él la calló, posando un dedo sobre sus labios y sonrió con picardía. Antes de que ella pudiera detenerlo, se puso de cuclillas, tomando las piernas de ella, para flexionarlas y apoyarlas en el parachoques del lujoso auto, sin importarle si los delgados tacones, aruñaban la superficie cromada.

Deborah intentó incorporarse y parar esa locura que Maurice pretendía hacer, pero solo fue cuestión de segundos, para que su mundo se tambaleara, jadeó de manera ruidosa y se dejó ir hacia atrás, apoyándose en los codos, mientras cerraba los ojos. Su cuerpo se volvió una masa trémula y cientos de latidos que la recorrían de arriba abajo, comenzaron a orquestar los gemidos que salían de sus labios.

Maurice concentró todas sus ansias en el sexo húmedo y palpitante de Deborah, deslizó su lengua con lentitud, recogiendo todo el néctar que de ella brotaba y luego dejó que el frenesí lo desbordara, cuando le deslizó un par de dedos en el interior, marcando el ritmo justo, para llevarla a la locura.

—¡Dame más, Maurice! —suplicó, dejándose caer por completo sobre el capo del auto y arqueó el cuerpo, al tiempo que abría sus piernas, para darle mayor libertad—. ¡Dame más, por favor… por favor! —exclamaba, con la voz tan temblorosa, como sus extremidades y su vientre.

Maurice sabía exactamente lo que ella deseaba, había dejado de lado ese brote suave y rosado, donde se concentraban todas las sensaciones que recorrían a Deborah, con la mano libre lanzó la falda de ella hacia arriba, para tener la libertad de verla antes de hacer un par de círculos con su lengua.

Su vientre fue el epicentro del placer, cuando Maurice le dio a sus dedos el mismo ritmo acelerado, que mantuvo su lengua sobre el clítoris, que erecto se contraía, pulsando como si todos los latidos de su cuerpo se concentraran allí.

—Eres tan deliciosa… tan perfecta —expresó él, viéndola.

Deborah no dijo nada, porque no tenía voz para hacerlo y porque expresar lo que sentía en ese instante, era prácticamente imposible, estiró su mano, para acariciarle la cabellera bronce, que lucía más oscura en sus raíces por el sudor. Sus ojos azules poco a poco iban recuperando su color habitual y los rayos del sol le sacaban hermosos destellos, mientras ella suspiraba.

—Estás loco —esbozó, con un tono de voz más grave de lo habitual y buscó la mirada de Maurice—, me acabas de dar sexo oral, encima del capo del auto y a plena vista de todos.

—Yo no veo a nadie por aquí —comentó, encogiéndose de hombros y acariciándole las piernas.

—No, por suerte no, pero estamos cerca de los pantanos y pudo haber un grupo de personas de excursión en botes.

Esa era una actividad muy habitual para esas fechas, muchas personas venían y los pantanos eran uno de los principales atractivos turísticos de Nueva Orleans, su actitud había sido muy arriesgada y quizás por ello sumamente excitante.

—Te aseguro que nuestro espectáculo les hubiera resultado más entretenido que ver reptiles. —Maurice soltó una carcajada, al ver el asombro reflejado en el rostro de Deborah.

Ella se incorporó, quedando sentada y lo golpeó en el hombro, por descarado. Intentó bajar, pero sus piernas flaquearon y él la sostuvo, tomándola de la cintura. No le resultó extraño sentir la erección de Maurice, cuando él la pegó a su cuerpo, apretándole las nalgas y supo que ese encuentro no había terminado, lo de minutos atrás, fue apenas el primer asalto.

—Vamos al auto —susurró al oído de él y después lo tomó de la mano, para llevarlo con ella.

Deborah lo hizo sentarse en el puesto de atrás e intentó subir sobre él, pero el espacio no era tan amplio, no le permitía desenvolverse con facilidad. Vio el entrecejo fruncido de Maurice y sus claros deseos de romper esa estructura, que tenía el Lincoln entre los asientos, sonrió, pero para no aumentar la frustración en él, escondió su rostro en su cálido cuello, que comenzó a besar.

—Juro que tu padre compró este auto con un solo propósito. —Se quejó, intentando encontrar acomodo en el asiento.

—¿Que no sedujeras a su hija y tuvieras sexo con ella aquí? —preguntó ella, aguantándose las ganas de reír.

—Es un miserable —masculló, golpeando el posa brazos.

—Vamos a demostrarle entonces que no puede detenernos —susurró, moviéndose—. Echa hacia delante este asiento, Maurice y el tuyo si puedes hacia atrás —ordenó, dejándole el espacio libre a él para maniobrar.

Con rapidez, hizo lo que le pedía Deborah, pensando que era un idiota, pues no se le ocurrió primero a él; en el antiguo auto, nunca habían tenido problemas e incluso, era súper cómodo para tener sexo, porque era más amplio.

—Listo —mencionó, con una sonrisa, extendiéndole la mano, para invitarla a subir de nuevo.

Deborah tenía otros planes, así que, en lugar de montar a Maurice, se puso de rodillas en el espacio frente al asiento y elevó sus manos, para bajarle la cremallera. Le liberó la erección, tomándola entre sus manos y la llenó de satisfacción, ver que él cerraba los ojos y apoyaba la cabeza en el espaldar, cuando comenzó a acariciarlo.

Había aprendido a leer el cuerpo de Maurice, después de todos esos años como amante, sabía perfectamente cómo enloquecerlo, cómo llevarlo hasta el límite y le gustaba sentir ese poder que tenía sobre él. Uno mucho mayor del que hasta el momento, podía decir que tenía sobre Diego. Al jardinero no podía dominarlo de la misma manera, el muy desgraciado siempre parecía tener ventaja sobre ella.

Él se estremeció de pies a cabeza, cuando sintió los suaves labios de Deborah deslizarse por su falo erecto y posarse sobre el glande. Gimió, al sentir la humedad de la lengua envolverlo, con lentos movimientos en círculos y segundos más tarde, ya se encontraban en la húmeda calidez de la boca femenina.

Llevó sus manos hasta el rostro de ella, para acariciarle las mejillas, ahuecadas por las succiones que le daba y abrió los ojos para verla, encontrándose con esa imagen tan erótica que ella le ofrecía; tanto, que no pudo contenerse y con un vaivén acompasado, comenzó a mover sus caderas.

Deborah gimió, al sentir cómo él tomaba parte del control y se deslizaba sobre su lengua, llegando profundo, pero sin alcanzar el fondo de su garganta, así que no le resultó desagradable, sino placentero.

En ese instante, se atravesó en sus pensamientos, Diego, pues a él fue al último a quien le había dado sexo oral y aunque no quiso hacer comparaciones, lo estaba disfrutando más con Maurice.

El jardinero era brusco y solo buscaba su propia satisfacción, esa noche, apenas la dejó respirar, mientras se encontraba en su interior; no se detenía ni siquiera cuando ella le hacía ver que iba muy rápido o que le costaba llevarle el ritmo; en definitiva, fue un acto que, si bien la excitó, no le dio el grado de placer que estaba viviendo en ese instante junto a su amante de siempre.

—Lo haré en tu boca. —Le anunció Maurice, sintiendo esas corrientes que le recorrían la columna y le tensaban aún más los testículos, liberó un gemido ronco.

—No… Arruinarás mi ropa —esbozó ella, después de detenerse y sacarlo de sus labios, le dio un par de besos en el abdomen, dos más en el pecho y llegó hasta la sensual boca masculina, para atraparla en un beso intenso.

—Debbie… necesito desahogarme, ya —rogó, cuando sus labios se separaron y le subió la falda para tocarla.

Ella también se había excitado de nuevo y necesitaba que él calmara el fuego que ardía en su interior, aprovechando el espacio que tenían, se volvió de espaldas a él y buscó con la mano la erección de Maurice, para llevarla a su interior.

Se unieron de manera perfecta, jadeando al mismo tiempo. Deborah no perdió tiempo y comenzó a deslizarse en torno a la rigidez que la invadía, moviéndose arriba y abajo, mientras sentía las fuertes manos de Maurice acariciarle los senos y gemir en su cuello.

El clímax no tardó mucho en envolverlos, pues los dos estaban muy excitados, así que, en minutos, estallaron en el interior del auto, haciendo protagonistas a los jadeos, los temblores y los gemidos que inundaron el ambiente.

El sol empezó a esconderse entre el espeso entretejido que creaban los cipreses y los sauces llorones, algunos adoptaban figuras macabras, a medida que la oscuridad iba ganando terreno, las ranas también iban ganando protagonismo, al iniciar su acostumbrado concierto y la brisa que recorría entre las copas de los árboles, creaban una especie de silbido.

—Salgamos de aquí… No me gusta estar cerca del pantano, cuando cae la noche —mencionó Deborah, con la voz un poco adormilada, pues se había quedado sumida en un estado de letargo, después de ese segundo orgasmo que Maurice le dio.

—¿Acaso temes que se te aparezca *Marie Laveau*? —preguntó con sorna y al ver la mala cara de ella, la besó en la nariz—. Bien, regresemos a la mansión. —Acordó, bajando del auto.

Una vez más, cada uno ocupaba el puesto que le correspondía, ella en la parte de atrás, como la señorita Deborah Wallis y él conduciendo el auto, como era su deber de chofer.

CAPÍTULO 32

Había pasado una semana sin ir a ver a Diego, para castigarlo por sus acciones y también porque debía ser más cuidadosa. Ya Maurice le había dejado saber que sospechaba algo y no podía arriesgarse a que la descubriera. Con él todo iba de maravilla, como en los viejos tiempos.

Como cuando se la pasaban compartiendo momentos cómplices y mucho más desde que a ella le entregaron el auto, con el cual ambos estaban encantados, él se auto asignó la tarea de darle el entrenamiento necesario para poder conducirlo sin problemas, también le explicó algunas cosas puntuales del mecanismo y del mantenimiento.

Sin embargo, no todo era felicidad, en la intimidad de su habitación, cuando caía la noche, su cuerpo comenzaba a protestar por la ausencia de Diego, siempre pasaba un par de horas dando vueltas entre las sábanas, antes de caer dormida.

Sabía que poner distancia era lo mejor, al menos por el momento, pero no era sencillo desacostumbrarse de esas sesiones de sexo rudo y excitante, que la hacían sentir viva y traspasar los límites.

Con Maurice no encontraba eso, porque él no se parecía a Diego en nada y aunque le gustaba mucho tener sexo con su amante de toda la vida, en ocasiones extrañaba el morbo que despertaba en ella el lenguaje sucio del jardinero.

—Vas a terminar loca, Deborah. —Se dijo en voz alta, mientras miraba su apellido, escrito en letras doradas, revotar de un espacio a otro en la pantalla de su computador. Dejó escapar un suspiro y se puso de pie—. No hagas esto… no puedes ceder y verlo, no te ayudará a aclarar tus ideas.

Volvió a repetirse, mientras negaba con la cabeza y se detuvo a medio camino del ventanal, de donde veía a Diego trabajar.

No tuvo la voluntad suficiente para regresar a su escritorio, suspiró, dejándose derrotar por sus deseos y acortó la distancia hasta el ventanal que ocupaba más de media pared; se quedó detrás de las cortinas, para que él no pudiera verla, si llegaba a voltear hacia la casa. La emoción con la que latía su corazón ante la expectativa de verlo fue reemplazada por la ira que la llenó, cuando sus ojos captaron a Katherine junto a él.

Cerró los párpados con fuerza, para arrancar esa imagen de su cabeza, pero era demasiado tarde, se había instalado en ella, torturándola. Pensó que era exagerado sentir esos celos por Diego, después de todo, él no significaba nada más que una buena cama para ella y ya muchos otros habían ocupado ese lugar, así que le daba igual lo que él hiciera con otra mujer.

—No te daré ni siquiera la cortesía de terminar contigo, sencillamente, dejaré de ir a verte y te ignoraré como al principio… Voy a demostrarte que no vales nada para mí, Diego Cáceres —sentenció, clavando su mirada en los dos.

Eran un par de descarados, que no respetaban el lugar de trabajo, se sonreían con complicidad y coqueteaban como si estuviesen en la barra de algún club nocturno.

Cuando vio que él se aprovechaba de la cercanía, para besarle el cuello y que ella no se alejaba, sino que, por el contrario, se pegaba más a él, acariciándole los brazos, el fuego dentro de su pecho se hizo más intenso, se volvió, dispuesta a acabar con ese juego.

No obstante, cuando su mano se aferró al picaporte, comprendió que estaba actuando como

una estúpida. No debía dejarse llevar por la rabia, cuando se estaba así, las decisiones que se tomaban siempre eran malas, no debía apresurarse y quedar expuesta delante de los demás, debía ser más inteligente que todos y mover las fichas a su favor.

—Voy a ser que los dos caigan por su propio peso… Ni siquiera tendré que decirles nada, no a ustedes, pero quizás tenga una conversación con Martha y con Roberto muy pronto —esbozó con malicia y apartó la mirada de ellos.

No era tan masoquista como para seguir presenciando ese patético cuadro, si Diego quería cogerse a Katherine, que lo hiciera, eso sería lo único que obtendría en esa casa, porque a ella no la tocaría nunca más, no era segundo plato de nadie.

Salió rumbo a la cocina, aprovechando que a esa hora Martha casi siempre se encontraba sola, pues las demás chicas se retiraban a sus habitaciones, después de haber hecho la limpieza, para prepararse y ayudar a la mujer con la cena. Tal como esperaba, la consiguió desmoldando una exquisita tarta de manzana, la mujer la miró sorprendida, pero de inmediato se limpió las manos en un pañuelo.

—Buenas tardes, señorita Deborah —saludó con una sonrisa amable, a la hija de su patrón.

—Buenas tardes, ¿el postre de hoy? —preguntó Deborah, señalando lo que Martha hacía.

—Sí, así es señorita… Su padre avisó que hoy no venía y como sé que es su favorito, pero no el de él, lo hice para usted —contestó, mostrándose amable.

—Muchas gracias, Martha… Nadie lo hace mejor que tú, ¿puedo? —acercó su mano al recipiente, donde reposaba una miel hecha con jugo de manzana y guindas para adornar la tarta.

—Por supuesto, desde niña era lo que más te gustaba… Venías aquí y me pedías que te picara una manzana entera, la mojabas en el néctar y podías comerla toda —esbozó con una sonrisa, mientras le servía como años atrás.

Deborah también sonrió, recordando aquellos episodios. Su mamá se molestaba, decía que podía hacerle mal y debía llegar escondida hasta la cocina o Martha le enviaba el dulce con alguna de las chicas, en esos momentos a pesar de todo, era feliz.

—Ya lo he dicho, eres la mejor, Martha —mencionó, antes de tomar parte del postre y gimió, aprobándolo, como siempre.

Había pasado mucho tiempo desde que hiciera eso, que estuviera cerca de la cocinera y compartiera con ella esos momentos de complicidad. Pensó que no tenía sentido amargar a la mujer, reprochándole el comportamiento de su hija, después de todo, Martha había sido una empleada ejemplar.

—Gracias por el postre de hoy, tengo que regresar al estudio y terminar las cosas pendientes, antes de la cena —decía, poniéndose de pie, cuando vio entrar a Katherine, sonriente y toda la sensación de alegría que sentía, se fue al piso—. Ojalá tu hija herede el arte que tienes para la cocina, Martha, pero por lo que se ve, está más interesada en otras cosas, es una pena.

Se dio media vuelta y salió sin decir nada más, pues la última mirada que le dedicó a Katherine debía dejarle claro a la chica, que no debía abusar de su buena suerte. Y también, tuvo el poder para sembrar las sospechas en la madre, pues no le pasó desapercibida la manera en la cual Martha miró a Katherine, después que ella dijera esas palabras.

Regresó a su estudio, pero no para continuar con lo que hacía minutos atrás en su computador, sino junto a la ventana. Caminó, cediendo a sus deseos de ver a Diego con total libertad y sin la molesta presencia de Katherine. Todas sus esperanzas se vinieron abajo, cuando no lo vio por ningún lado. Miró el reloj y éste marcaba las seis y treinta de la tarde, hacía media hora que había acabado su turno.

Una imagen mental se apoderó de su cabeza y maldijo en silencio, al imaginar que se

encontraba en su habitación, relajado o duchándose, después de haberse acostado con Katherine y por eso ella había entrado tan sonriente a la cocina; el solo pensar en algo así, le revolvió el estómago y despertó en ella unos instintos asesinos.

◆◆◆

Diego se miraba en el espejo empañado del baño, mientras se afeitaba. Había conseguido un calentador, que lo libraría de ganar una pulmonía en el invierno, que ya estaba próximo. Aprovechó esa hora, para dedicarle tiempo a su barba, ya que no podía dormir. Desde que Deborah había dejado de visitarlo, su insomnio había regresado, tal vez porque tenía más horas para dormir o porque su cuerpo se negaba a olvidarse de la condenada mujer.

Esa tarde perdió la oportunidad de cogerse a Katherine y estaba furioso por ello, tuvo que haber sido más persuasivo, insistirle más, pero en cuanto ella se negó por segunda vez, la dejó ir sin más. La morena le atrajo desde el primer día que la vio, al llegar a esa casa, era hermosa, agradable y tímida.

Además, tenía ese cuerpo lleno de curvas, que feliz recorrería y un culo como los que le gustaban a él, era del tipo de mujeres que lo volvían loco y la tuvo justo allí, para hacer con ella lo que le diera la gana, pudo convencerla para tener un polvo rápido y dejarla con ganas de regresar, pero no lo hizo y eso lo hacía el más grande de los pendejos.

◆◆◆

Una nueva semana comenzaba para Deborah y estaba enfocada en hacer que fuese excelente. Desde que despertó ese lunes, lo hizo con una mejor actitud, sonrió al estirarse cuan larga era en su cama y se dedicó a consentir su cuerpo, mientras se duchaba, negándose a pensar en Diego Cáceres.

Solo le dio placer a su cuerpo, recordando sus encuentros con Maurice y lo maravilloso que se sentía tener sexo con él, quien por supuesto, la dejaba participar del juego de seducción por igual y no intentaba imponérsele en ningún momento. Cuando salió de la ducha, se sentía llena de vida, sobre todo después de ese delicioso orgasmo, que alcanzó gracias a sus dedos y a su gran imaginación.

Caminaba dentro de su armario, observando el espacio donde estaban los sobrios y elegantes trajes ejecutivos, que usaba para ir a la empresa, pensó que ese día se sentía muy animada, para usar algo tan serio, así que corrió la puerta de ese espacio y se dirigió a uno más informal.

—Esto… Eres perfecto para llevarte puesto, hoy —dijo en voz alta, tomando un ajustado pantalón de cuero, negro.

Buscó entre sus blusas, una que fuera adecuada y escogió una negra de seda, ligera y holgada, que le llegaba a la cintura, también tomó una elegante chaqueta roja que le daría algo de seriedad al atuendo y unos elegantes zapatos negros de tacón, con suela roja, para completar su atuendo de ese día.

Minutos después, se admiraba en el espejo, sintiéndose más que feliz con su apariencia, llevaba el cabello suelto y le caía sobre los hombros y la espalda, un maquillaje tenue en los ojos, pero resaltó sus labios, con un labial rojo y pocos accesorios.

—Buenos días —saludó con entusiasmo a los empleados, cuando entró a la cocina por su ya habitual jugo de mora.

—Buenos días, señorita Deborah.

Saludaron varios de los empleados a la vez, sorprendiéndose al verla tan animada ese día, pues los anteriores había estado de muy mal humor y ellos fueron el blanco de sus frustraciones.

—Creo que les prohibiré que me llamen “señorita Deborah”, me hacen sentir como maestra de primaria —expresó, fingiéndose horrorizada, pero después sonrió.

Algunos empleados compartieron su buen humor y se mostraron dispuestos a acatar su petición. Maurice ya la llamaba por su nombre delante de los demás y aunque todos sabían el motivo de ello, sentir que Deborah proponía ese acercamiento, era algo que los hacía sentir como si ella los considerara personas, en verdad y no solo que estaban allí para servirle.

—Deborah… Tu jugo. —Martha le entregó un gran vaso y fue la primera en llamarla por su nombre, lo hizo un poco dudosa, pero con una gran sonrisa.

Ella respondió con el mismo gesto y asintió en silencio, aprobando la iniciativa de la mujer. No había dejado de lado su plan de ganarse a Martha, para tenerla de su lado, cuando le tocara reprochar el comportamiento de Katherine y por supuesto, que fuera su aliada para separarla de Diego.

El mismo que en ese instante estaba ignorando por completo y quien parecía querer devorarla con la mirada.

Terminó su jugo y se acercó a Maurice, quien parecía hipnotizado por su imagen. Le sonrió, poniéndole una mano sobre el hombro y su mirada se hizo más oscura e intensa al recordar lo que había vivido esa mañana en su ducha.

Él se puso de pie, quedando solo unos centímetros por encima de ella y con sus rostros muy cerca. La mirada de amor que le dedicó era tan evidente, que todos hicieron silencio y miraron a otro lado, para no profanar ese momento de intimidad.

Todos a excepción de Diego, quien los veía con ganas de querer matarlos a ambos. Se levantó sin siquiera terminar su desayuno, pues había perdido el apetito. Le dio las gracias a Martha y salió de la cocina con paso apresurado, controlándose para no estrellar la maldita puerta.

Mientras caminaba, se juraba que ese día haría hasta lo imposible por llevarse a Katherine a su pieza y se la cogería, lo haría hasta quitarse todas las ganas que traía acumuladas por culpa de la perra de Deborah Wallis.

Maurice la acompañó hasta el auto, como todas las mañanas, con la excusa de cerciorarse de que todo estuviera bien, ya que Deborah aún seguía olvidando cosas.

—Me encanta cómo te queda ese pantalón —mencionó, observando sin el menor disimulo el culo de Deborah, enfundado en el ajustado cuero negro.

—¿Y la blusa? —inquirió ella, abriéndose en un gesto casual el escote, para que le viera los senos, los mismos que el brasier hacía lucir más voluptuosos y sensuales por el encaje.

—También me gusta mucho… Deborah, tienes las tetas más hermosas y perfectas que he visto en mi vida —comentó, sin apartar la mirada y con rapidez elevó su mano, para apretar una.

—¡Hey! No toques. —Le dio un manotón, para alejarlo—, ¿y cómo es eso de que las mejores que has vistos? ¿Acaso has visto muchas? —cuestionó, mirándolo a través de los lentes oscuros.

—Unas cuantas —dijo con simpleza y recibió un manotazo de ella en el estómago, por su respuesta, pero no pudo evitar sonreír y aprovechó que nadie los veía para robarle un beso.

Solo fue un toque de labios, pero a Deborah le encantó, sonrió, sintiéndose como cuando eran adolescentes y él se la pasaba robándole besos, en cada oportunidad que tenían. Maurice le abrió la puerta, invitándola a subir y ella lo hizo, metió la llave en el contacto, haciendo rugir el motor.

Le encantaba la descargada de adrenalina que recorría su cuerpo ante ese sonido, lo miró sonriente y se llevó las gafas oscuras al cabello, para poder verlo mejor.

—Ven acá —pidió, invitándolo con un gesto con su dedo índice.

—¿Olvidamos algo? —preguntó sonriente, acercándose.

Ella negó con la cabeza, mientras sonreía y sus ojos tenían un brillo especial, le haló la solapa del traje, para atrapar sus labios en un beso más prologado que el anterior, donde sus lenguas tuvieron un excitante encuentro, que los hizo gemir y desear más, pero ella recobró la cordura.

—Gracias —expresó y terminó el beso con un último toque húmedo de labios, al tiempo que lo miraba a los ojos.

—¿Por qué? —preguntó intrigado.

—Por el orgasmo que me diste esta mañana —susurró, en un tono ronco y sensual al oído de él.

Maurice la miró sorprendido, sin comprender, pero al ver la malicia bailando en las pupilas de Deborah, tuvo una idea de a qué se refería y sonriendo le hizo la pregunta.

—¿Dónde? —Su voz se había tornado grave también.

—En el baño, mientras me duchaba…

Él no la dejó terminar, le tomó el rostro entre las manos y se adueñó de los labios de Deborah, con un beso ardoroso.

—Voy a tener que escabullirme en tu habitación, para hacer realidad esa fantasía —contestó, cuando se separaron.

—¿Qué te parece esta tarde, cuando regrese de la empresa?

Sugirió, arañándole el pecho por encima de la impecable camisa blanca y su mirada prendada de ese par de labios que adoraba besar. Lo vio fruncirlos y supo que algo no estaba bien.

—Hoy tengo que reunirme con unos compañeros del curso, para debatir los puntos de un proyecto… pero puedo cancelar. —Se apresuró a decir, mirándola a los ojos.

—No, no harás nada de eso… podemos hacerlo otro día.

Maurice asintió, no muy gustoso con la idea, pero Deborah tenía razón, no podía cancelar su reunión, porque de ese proyecto dependía cerrar el semestre siendo el número uno de su clase. Le dio un último beso, que intentó prologar tanto como pudo, pero al que tuvo que renunciar para que a ella no se le hiciera tarde, sabía que debía conducir con cuidado y si iba retrasada, no lo haría, ya la conocía.

Se alejó del auto, mirándola completamente embelesado y con una sonrisa que iluminaba sus ojos, que, gracias a la luz del sol, lucían más claros, al igual que los de ella.

Deborah se puso en marcha, al fin, dejándolo allí, flotando en una nube, la misma de la cual se sintió caer, cuando su mirada se topó con la de Diego. Era evidente que el hombre estaba interesado en Deborah, pero sobre su cadáver la tendría.

Antes de comenzar a caminar, se llevó la mano a la entrepierna, acomodando la ligera erección que las palabras de su mujer habían provocado en él, hizo su sonrisa más amplia y lo miró de manera retadora, para dejarle claro que no tenía ningún chance con ella, que Deborah era demasiada mujer para alguien como él, quien no era otra cosa que un pobre diablo.

Diego lo miró, deseando partirle el cráneo con la pala que tenía en las manos, en realidad quiso golpearlo para dejarlo inconsciente y después arrastrarlo hasta el invernadero, donde lo torturaría, utilizando cada maldita herramienta, lo haría gritar como el marica que era y pedir clemencia, una que él no le daría.

Caminó de regreso hasta el depósito y buscar las cosas que le hacían falta, necesitaba alejarse de la presencia de ese imbécil, antes de que no pudiera controlar al Pitbull en su interior y que clamaba por la sangre de aquel cabrón de mierda.

Drenó parte de la rabia, golpeando los sacos de abono y acabó con los nudillos hinchados y algunos desollados hasta sangrar, cuando se percató de lo que había hecho, maldijo a Maurice

Favre y a Deborah Wallis.

◆◆◆

El auto se deslizaba por la larga carretera, bordeada de árboles pintados ya de naranja y marrón, propios del otoño, parecía ir en el aire, en lugar del duro asfalto.

Deborah se sentía mucho más feliz de lo que despertó esa mañana, fue consciente en todo momento de la mirada de Diego clavada en ella y Maurice, mientras se despedían hacía unos minutos y por lo que pudo ver en el semblante del jardinero, éste se encontraba verdaderamente furioso y eso la hizo sentir vengada.

—Que pruebe un poco de su propia medicina, por imbécil —mencionó, estirando la mano, para poner algo de música. Sintonizó un clásico que le encantaba.

Disfrutando de la suave brisa que acariciaba su rostro y desordenaba ligeramente su cabello, del brillante sol de esa mañana, que le prometía un día espléndido y de esa sensación de felicidad que parecía desbordarla, se dispuso a seguir la letra de *What's love got to do with it* de *Tina Turner*.

—***What's love got to do, got to do with it… What's love but a second hand emotion…? What's love got to do, got to do with it… Who needs a heart when a heart can be broken?***

En solo segundos, se encontró cantando la canción, mientras movía su cuerpo al ritmo de esta y sentía la emoción crecer en su interior, la sonrisa en sus labios era una muestra de la euforia que la embargaba en ese instante.

—***I've been taking on a new direction, but I have to say… I've been thinking about my own protection… It scares me to feel this way.***

Le subió todo el volumen y se recordó que debía comprar la canción, para tenerla en su iPod, desde ese momento sería un recordatorio de que le había dado una lección a Diego Cáceres y que lo había vencido con elegancia.

CAPÍTULO 33

El buen humor le duró poco a Deborah, al final de esa semana, había discutido una vez más con su padre, por sus habituales “peros” hacia el proyecto, esta vez por los malditos envases. Tuvo que recurrir a demostrarle con pruebas, que lo que él proponía era absurdo y aunque la exasperaba su actitud, se dio el gusto de romper sobre uno de sus costosos y anticuados trajes un yogurt, para que viera así la mierda que eran los recipientes que él deseaba para su línea de productos.

Sin embargo, eso no fue todo lo que la llevó a tener un humor horrible ese día, también había discutido con Maurice, pues él una vez más se ausentaba por sus trabajos en la universidad y ella hizo lo que jamás imaginó que haría, lo siguió una noche como si fuera una estúpida novia celosa, patética e insegura, que no confiaba en la palabra del hombre a su lado.

Por suerte no descubrió nada fuera de lo habitual. La reunión era con otros chicos y dos mujeres, pero a él no se le vio interés por ninguna de las dos, aunque ellas le coqueteaban cada vez que podían. Igual la última discusión los dejó en malos términos, cuando ella se negó a acostarse con él, lo estuvo esperando toda una maldita semana y solo le propuso tener un encuentro rápido en su estudio, así que lo mandó a la mierda.

Parte de su mal humor tenía un motivo específico y aunque ella se negaba a reconocerlo, era demasiado evidente, extrañaba las noches de sexo junto a Diego y la emoción que la recorría por estarse adentrando en algo prohibido, nuevo y excitante. No quería ceder y no lo haría, aunque se estuviera muriendo por ello, ante todo estaba su orgullo y ningún hombre por muy bueno que fuese en la cama, valía que ella se rebajase, buscándolo y suplicándole por sexo.

—El mar está lleno de peces, Deborah. Sal esta noche y busca otro, sabes que candidatos te sobraran. —Se aseguró, buscando su teléfono móvil para llamar a Janeth.

La conversación se llevó media hora, pero al fin consiguió que su amiga la acompañara y que, además, convenciera a Hilary para que también se uniera a ellas, sabía que con Estefanía no podía contar, pues desde que era una mujer casada, las salidas a clubes nocturnos quedaron negadas de manera rotunda para ella y eso era lo mejor, porque deseaba tener una velada agradable.

Se preparó la bañera y estuvo una hora dentro de la misma, para relajarse. Necesitaba liberar parte del estrés acumulado durante la semana y mientras estaba allí, imaginaba qué podía usar esa noche, quería algo que creara impacto. Hizo un repaso mental por parte de su armario y el atuendo indicado saltó entre las decenas que tenía. Cuando compró ese vestido, le pareció algo osado y había esperado seis meses por una ocasión para lucirlo, definitivamente esa noche era la indicada.

Eran las ocho de la noche, cuando bajó las escaleras con ese andar elegante que era parte de su esencia, lo hacía despacio, para cuidar que la abertura en su pierna no se abriese mucho, dejándola expuesta. Aunque llevaba ropa interior, no deseaba recrear las miradas de Marcus y Gaël, quienes la veían sin poder disimular su asombro.

—Buenas noches, señorita Deborah. —La saludó el mayordomo, quien era uno de los pocos que seguía tratándola de esa manera, jamás rompía las distancias.

—Buenas noches, Marcus. Voy con mis amigas a algún club, que nadie me espere despierto

—comentó, caminando hasta la puerta y esperó a que el hombre le abriera.

—Por supuesto, señorita. Que disfrute de su velada.

—Gracias —contestó, ajustándose el abrigo de piel negro que llevaba, para resguardarse del aire frío.

Sentía sobre ella la mirada reprobatoria del padre de Maurice y no le permitiría que le arruinara la noche, así que lo ignoró por completo, mientras caminaba hasta su auto. Lo encendió, esperó unos segundos a que el motor tomara la temperatura adecuada, como le había enseñado Maurice y después de eso, salió de la propiedad a una velocidad bastante peligrosa.

—Vamos a revivir viejos tiempos, Deborah.

Las personas en la fila junto al local clavaron la mirada en su auto en cuanto se estacionó, de inmediato uno de los hombres de seguridad se acercó hasta ella, dándole el trato de siempre, era una habitual visitante del *Bourbon Heat*. El local no estaba ubicado en la zona más exclusiva de Nueva Orleans, pero era uno de los pocos que se salía de las tradicionales veladas amenizadas por el jazz, para ofrecer un caleidoscopio más variado, donde la fusión de ritmos era su plato fuerte.

Admiró la construcción clásica, con estructuras de hierro forjado en intrigadas figuras de enredaderas, que distanciaban mucho de la decoración con modernas luces de neón en el interior del lugar. Caminó, ignorando los comentarios vulgares de algunos hombres en la fila, quienes la miraban como si quisieran saltarle encima, llegó hasta el hombre junto al cordón de seguridad y éste de inmediato lo quitó para que ella pasara.

Fue recibida por Annette, quien le sonrió y la llevó hasta el apartado vip que siempre ocupaba cuando iba allí. Su mirada se paseó con disimulo por la concurrida asistencia de esa noche, observando a quienes bailaban en la pista, la mezcla que el dj local hacía de éxitos de otros pinchadiscos de mayor renombre.

—Empezaba a creer que, papi Dominic, no te había dejado salir —comentó Janeth con una gran sonrisa, cuando la vio llegar y corrió para abrazarla.

—Papi Dominic hace años que no me ordena qué hacer —contestó con sorna, mirando a su alrededor—. ¿Estamos solo nosotras? —preguntó un poco desanimada, esperaba que Janeth hubiese invitado a algunos hombres.

—¿Cuándo me has visto llegar a una fiesta sin bocadillos? —preguntó con picardía, se alejó para admirar a su amiga—. Por lo visto esta noche vienes dispuesta a matar, te ves impresionante, Debbie… Algo me dice que no te irás sola hoy.

—La verdad, solo vine a pasar un rato agradable. —Mintió.

—Sí, claro y yo vine a expiar mis pecados —comentó riendo, se acercó a Deborah para susurrarle algo al oído—. Hoy nos acompañarán cuatro caballeros, uno para mi querida Hilary, que espero no nos deje embarcadas, uno para ti y dos para mí. —La emoción en su voz hacía que ésta vibrara.

—Eres una depravada. —Deborah sonrió, negando con la cabeza, mientras la miraba a los ojos sin poder creerlo.

—Si Hilary no llega, tú también serás una depravada, como yo, porque te tocará disfrutar de dos caballeros esta noche —dijo con malicia, guiñándole un ojo, mientras le sonreía.

Deborah sintió que una ola de calor la barrió de pies a cabeza, pero no por imaginarse en medio de esos dos hombres, que ni siquiera había visto, sino por la escena mental que protagonizó junto a Maurice y Diego, que la hizo apretar las piernas al sentir que su intimidad se contraía expectante y los labios, para no liberar el jadeo que revoloteó en su garganta.

—¡Wow! ¿Qué habrá imaginado esa perversa mente que tienes, que te has quedado tan

callada? —cuestionó Janeth, sonriendo.

—Nada, no me he imaginado nada y sabes que esas cosas no me van. —Caminó hasta uno de los sillones de terciopelo negro, para escapar de la mirada inquisitiva de su amiga.

—No te van porque no las has probado, pero cuando lo hagas, no vas a querer dejarlo. ¿Por qué crees que aún no me he casado, Debbie? —preguntó, sentándose junto a ella.

—Porque eres una zorra —comentó con burla, eso no era una ofensa para Janeth, era la forma como ellas se trataban.

—¡No! —exclamó, fingiéndose ofendida—. No me he casado porque aún no han legalizado el matrimonio entre tres personas; cuando lo hagan, será el día que me veas caminar hacia el altar.

—Pues dudo que lo hagan algún día y tampoco imagino a un cura dándole la bendición a tu matrimonio de tres.

—Bueno… Me conformo con que lo haga un juez —dijo, batiendo las pestañas con gracia y suspirando, ilusionada.

Deborah comenzó a reír, divertida por la reacción de Janeth, se sirvieron dos copas de la exclusiva champagne *Piper-Heidsieck*, ícono dentro de la alta sociedad norteamericana, brindaron para que la noche fuera un éxito y se pusieron de pie, cuando el local se llenó de las vibrantes notas de *Runaway de Galantis*. Comenzaron a mover sus cuerpos al ritmo de la excitante música, dejándose llevar por el animado ambiente y por las luces blancas, violetas y fucsias que bañaban sus figuras curvilíneas.

De pronto Deborah sintió cómo unas fuertes manos se apoderaban de sus caderas y se tensó, al ser abordada de esa manera, buscó con la mirada a Janeth y a ella también se unían dos caballeros, la morena le guiñó un ojo a su amiga, anunciándole que esos eran los “bocadillos” a los que se refería.

Deborah se volvió para descubrir el rostro de su acompañante y tuvo que reconocer que Janeth siempre escogía lo mejor. El hombre era alto, con el cabello rubio, en un estilo bastante casual, rasgos muy masculinos, que exudaban testosterona, ojos azules, de mirada intensa y unos labios que se juró probar esa noche, le mantuvo la mirada, negándose a ver el resto de su anatomía, para no mostrarse tan interesada.

Rodrick Smith, por el contrario, la devoró con la mirada y deslizó sus manos hasta posarlas en las paradas nalgas, la sintió tensarse y le regaló una sonrisa felina, sin abandonar su mirada, estudiando cada gesto que Deborah Wallis hacía y le indicaba por dónde moverse, se acercó a esos tentadores labios, dejando que su aliento se estrellara contra ellos.

I wanna run
Chase the morning sun when I'm with U
Give it all away
Catching fire as the wind blows
I know that I'm rich enough for pride,
I see a billion dollars in your eyes
Even if we're strangers til we die…

El calor comenzaba a aumentar en ese lugar, acompañado por la música que la invitaba a dejarse llevar y eso precisamente era lo que había ido hacer esa noche, a olvidarse de todo el mundo y dedicarse por completo a su placer. Deslizó sus manos por los fuertes hombros del hombre junto a ella y sonrió, invitándolo a acercarse; él no perdió tiempo, por lo que desapareció todo espacio que pudiera existir entre los dos y antes de que ella pudiera adivinar lo que haría, la besó.

Deborah sintió una descarga de emoción y placer recorrerla, cuando sus labios se abrieron, aceptando la invasión de esa pesada y húmeda lengua, que colmó su boca; gimió, dejándolo tomar la delantera, pero segundos después, se unió al juego.

—Así que tú eres la famosa Deborah Wallis —mencionó Rodrick, después de terminar el beso con roce de labios.

—Así que ya me conoces… Ahora siento que estoy en desventaja y eso no me agrada mucho —contestó, mirándolo.

—Janeth me ha hablado mucho de ti —respondió.

—Espero que no haya sido en una charla poscoital.

Él soltó una carcajada muy varonil, que le recorrió el cuerpo, despertando fibras dentro de su ser, que la hacían sentir viva; él la tomó de la mano y regresó con ella hasta los sillones, donde estaba Hilary con otro hombre.

Eso inició la velada, que prometía estar muy entretenida, las botellas de champagne llegaban una tras otra. Janeth propuso hacer un juego que era tan divertido como peligroso, pues hacía que el licor se le subiera al cabeza muy rápido. Deborah intentó negarse, pero los demás la convencieron, después de todo, era su velada.

—Odio comer estas cosas —mencionó, refiriéndose a las alas de pollo frito, que estaban bañadas por una salsa picante.

El reto era decir una verdad o comer, a diferencia de los otros juegos donde podías librarte de beber un trago tras otro, allí el alcohol seguía siendo protagonista, porque para pasar el sabor picante, era necesario beber una y hasta dos copas de champagne, así que Deborah bebió casi una botella ella sola en una hora, pero se negó a seguir participando, al sentirse mareada.

La música los invitó a ponerse de pie, cuando el dj terminó con su set de hip hop y le dio paso a la electrónica de nuevo. *Turn Up The Speakers* retumbaba en las paredes del local, mientras en su apartado, ellos bailaban, dejándose llevar. La mirada de Deborah veía a Janeth besarse con uno de sus acompañantes, mientras el otro le besaba el cuello y la tomaba por las caderas, empujando su pelvis contra ella.

El rostro de su amiga era la viva estampa del goce, que recorría a su cuerpo, en medio de dos cuerpos fuertes, calientes y deseosos de darle placer, hasta dejarla satisfecha. Su mirada se topó con la de Allan, quien la miró con intensidad, pero ella la esquivó, sintiéndose avergonzada e intentó concentrarse en su pareja de esa noche.

—Hazme espacio, Rodrick.

La voz ronca del hombre, la sobresaltó y cuando quiso reaccionar, estaba en medio del rubio y del moreno de ojos claros, quienes la aprisionaban. Intentó protestar, pero Allan la cayó con un beso, uno rudo, que le lastimó los labios antes de deslizar la lengua dentro de su boca, haciéndola probar esa mezcla de picante, cigarrillo y champagne que la hizo gemir.

—¿Quieres jugar hoy con los dos, Deborah? —preguntó en un murmullo, después de besarla y le acariciaba los senos con posesión, deseando que esa noche fueran suyos.

—¿Todos ustedes comparten? —preguntó ella, con una mezcla de curiosidad y deseo.

—Yo no —espetó Rodrick tras ella y la pegó a su cuerpo, mientras miraba de manera amenazadora a Allan.

—No eres tú quien tiene la última palabra, sino ella. Si Deborah desea tener a dos hombres, que le den placer esta noche… los tendrá, contigo o sin ti… ¿Qué dices, Steven? —Le preguntó a su compañero, quien veía la escena con malicia.

—Estaría encantado… siempre que nos llevamos a esta muñeca, también —mencionó, refiriéndose a Janeth.

—Si están organizando una fiesta, no se olviden de invitarnos —intervino Alfred, quien era la pareja de Hilary esa noche.

El deseo de sexo era algo que flotaba en el aire y que ninguno podía negar, Deborah pensó que la decisión estaba en sus manos, pero no encontraba su voz para dar una respuesta.

—Voy al baño —mencionó y se alejó con rapidez.

Entró al servicio privado, que quedaba junto a la zona vip que ocupaban, abrió la llave del agua fría y dejó que el gélido líquido mojara sus manos, se llevó una al cuello para calmar el calor que parecía calcinarla.

—¿Todo bien? —preguntó Janeth, entrando al lugar y la miraba a través del espejo.

—Sí… sí, es solo que necesitaba usar el sanitario, he bebido mucho champagne. —Se excusó y caminó al cubículo.

Decidió hacer uso de este, pues en verdad lo necesitaba, escuchó que Janeth entraba al otro y con más facilidad que ella, logró liberarse del exceso de líquido.

—Puede que los chicos resulten intimidantes… pero son unos caballeros Deborah, solo harán aquello que tú desees, a lo que estés dispuesta —suspiró con ensoñación—. Te lo digo por experiencia. —Salió del cubículo, encontrándose con su amiga.

Deborah no le dijo nada, se concentró en lavarse las manos.

—Amiga… Hasta ahora no me he arrepentido de vivir de esta manera, puede que a algunos les parezca una puta insaciable, ninfómana o lo que mierda piensen… Eso no me importa, porque se trata de mi cuerpo, de mi deseo y cuando dos hombres se esmeran para darme varios orgasmos en una noche, el mundo para mí bien puede irse al carajo —mencionó, animada por el alcohol que corría por sus venas.

—Lo dices de una manera que resulta tan sencillo, pero en realidad no lo es. —Apuntó Deborah, retocándose el maquillaje.

—¡Claro que lo es! A ver, dime ¿Qué lo hace complicado? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Que no es con esos hombres con quien deseo tener una experiencia así, no existe la confianza para ponerme en sus manos de esa manera —contestó con sinceridad.

—Maurice no te compartirá jamás, porque está enamorado de ti, si es a él a quien te refieres —comentó, quitándole el labial para ponerse ella.

—No hablaba de Maurice —mintió y fue tan evidente, que Janeth soltó una carcajada—. Bueno, sí, lo admito… Me gustaría que él fuese uno. —Se mordió el labio, negándose a pronunciar el nombre de Diego.

—Y el otro es ese hombre del que nos hablaste, del «animal» —pronunció con picardía, subiendo al mármol del lavamanos.

—Esto no tiene ningún caso, ya terminé con él y es mejor que regresemos antes de que la pobre Hilary sea violada por cuatro tipos. —Cerró su cartera estilo sobre y huyó antes de que Janeth siguiera haciéndole preguntas y descubriera la verdad.

—Yo más bien diría, pobres tipos, vamos a rescatarlos de Hilary —esbozó riendo y salió tras Deborah.

El ambiente volvió a tener el ánimo festivo de minutos atrás, después de que los caballeros controlaran sus instintos cavernícolas y se dedicaran únicamente a disfrutar de la velada.

—¿Quieres que vayamos a mi departamento? —preguntó Rodrick, besándole el cuello. Sus manos ya estaban bajo el vestido de Deborah, pero deseaba mucho más de esa mujer.

Ella se quedó mirándolo, en silencio, pensó que sería sencillo como las veces anteriores, solo decir que sí y dejarse llevar por el deseo, pero en ese instante parecía estar bloqueada.

—Voy al baño y regreso para irnos. —Le dio un beso.

Se levantó, tomando su bolso y caminó sin mirarlo, sentía el corazón golpeando muy fuerte dentro de su pecho, una punzada molesta en las sienes y una extraña sensación en el pecho. Entró al lugar, captando su reflejo en el espejo, se vio tan vacía en ese instante, era una mujer bella, sensual y elegante, pero más allá de eso, no había nada.

—¡Mierda! ¡Mierda! —expresó, sintiéndose frustrada y furiosa por no poder ser la misma Deborah de meses atrás.

Supo que no podía irse esa noche con Rodrick, era un hombre extraordinario, de esos que tiempo atrás podían llevarla a la luna, la besaba y la tocaba de maravilla, pero le faltaba algo o quizás era que se estaba volviendo loca o algo peor, estúpida.

Salió del baño y en lugar de regresar al reservado, caminó con rapidez hacia las escaleras procurando que no la vieran y bajó, internándose entre las personas.

El aire a su alrededor estaba cargado del olor a sudor, tabaco, alcohol, marihuana y otros más que no quiso averiguar. Tropezó con algunas personas, que apenas conseguían seguir en pie y la música se escuchaba mucho más fuerte en ese lugar, la aturdían *John Newman* y *Calvin Harris*, quienes hacían estremecer las paredes de Bourbon con su éxito *Blame*.

Guilt is burning
Inside I'm hurting
This ain't a feeling I can't keep
So blame it on the night
Don't blame it on me
Don't blame it on me

Deborah aceleró el paso, al sentir que las lágrimas comenzaban a subir en un torrente por su garganta y la estaban ahogando, necesitaba tomar aire fresco y liberar el dolor que sentía, el dolor de saber que estaba actuando mal, que ya no deseaba seguir a la deriva, que no podía acostarse con otro hombre, porque no dejaba de pensar en los estúpidos de Diego y Maurice, era a ellos a quienes deseaba con cada fibra de su ser, con cada respiro y cada latido.

CAPÍTULO 34

Deborah contó con la maravillosa suerte de no ser detenida por un oficial de policía, con el grado de alcohol que tenía en la sangre, se exponía como mínimo a perder la licencia y ser llevada a la comisaría, de donde solo saldría pagando una fianza de miles de dólares y comprometiéndose a hacer servicio comunitario. Abrió el portón de entrada a la mansión y condujo a menos velocidad hasta la entrada; apagó el auto, pero las piernas no le daban para bajar, sentía que todo el cuerpo le temblaba, que la cabeza le daba vueltas y todo a su alrededor era una mierda.

—Recuerda no beber de esta manera nunca más, Deborah. —Se dijo, apoyando la frente en el volante y cerrando los ojos.

Intentaba poner sus pensamientos en orden, pero sabía que ellos no eran el problema, lo que la estaba jodiendo eran sus sentimientos, era allí donde estaba fallando y no podía permitir que algo así sucediera. No quería complicarse la vida, se sentía muy a gusto dentro de su zona de confort y no deseaba abandonarla, sería estúpido dejar que las cosas avanzaran con Diego Cáceres o darle más esperanzas a Maurice.

—Deborah, eres una estúpida… ¡Una grandísima estúpida! Debiste aceptar la invitación de Rodrick, él te hubiera demostrado que esto que estás sintiendo, son puras pendejadas, que no le debes nada a nadie, que tú no le perteneces a nadie. Comenzó a inhalar profundamente y después exhaló muy despacio, necesitaba oxigenar sus neuronas para ver si funcionaban.

—¡Maldito Diego Cáceres! Toda esta mierda es culpa tuya, desde que llegaste, me has complicado la vida, nunca debí meterme contigo… nunca —golpeó el volante con fuerza.

La rabia que se desató en su interior, la llevó a actuar de manera impulsiva, bajó del auto y cerró la puerta con un golpe seco, de soslayo miró hacia la casa, pues, aunque estuviera borracha, no debía olvidar que tenía que ser cuidadosa. Por suerte todo pareció seguir en orden, ya que ninguna luz se encendió, seguro dieron por sentado que no regresaría a dormir esa noche, por lo general nunca lo hacía.

Entró al invernadero y caminó con andar enérgico hasta la puerta al fondo, la misma que comunicaba el lugar con la habitación de Diego y comenzó a golpearla con fuerza. Si el miserable estaba durmiendo con Katherine, mataría dos pájaros de un solo tiro, pues los lanzaría a la calle a ambos.

—¡Diego, abre la puerta! —exigió, golpeando de nuevo, no recibió respuesta y eso la enfureció más—. ¡Que abras la maldita puerta en este momento! ¡Abre, abre la puerta! —Seguía golpeando, vio una luz encenderse y escuchó ruidos dentro.

Estaba por tocar de nuevo, cuando él abrió y casi se cae de bruces, logró mantenerse en pie, sosteniéndose del pecho de él, miró los ojos oscuros, que en ese momento destellaban de ira. Él tenía la desfachatez de mostrarse furioso con ella; él, que no había hecho otra cosa que joderla en los últimos días.

—¿Qué demonios haces…? —preguntó Diego, arrastrando las palabras, pero ella no lo dejó continuar.

Con todas las fuerzas de las cuales disponía en ese momento, le dio una bofetada que le dejó la mano doliendo y a él le volteó la cara, la miró con ese gesto de bravucón que ella tanto odiaba, así que lo atacó de nuevo, le dio otra bofetada con la misma fuerza, deseaba lastimarlo y que

supiera lo que era sentirse como ella en ese momento, quería causarle daño de verdad y estaba por darle una más, pero esta vez la mano de Diego la detuvo.

—Vuelve a pegarme y vas a lamentarlo, Deborah… Hablo en serio —pronunció, con la voz más grave que de costumbre y le soltó la mano con brusquedad, la tomó de los hombros para meterla dentro de la habitación—. ¿Qué carajos te pasa? ¿Acaso te has vuelto loca o deseas que nos descubran? —cuestionó, pegándola con fuerza a la pared.

—Eres un maldito miserable —esbozó, con los dientes apretados e intentó liberarse, pero él la pegó de nuevo contra la pared, lastimándole la espalda—. ¡Suéltame, infeliz! ¡No me toques! ¡No me toques después de tocarla a ella! —Le gritaba, como si estuviera poseída subió su rodilla, quería pegarle en la entrepierna, si corría con suerte lo dejaría jodido para siempre.

—¡Ya cálmate! Pareces una maldita loca… mírame. —Le sostuvo la mandíbula con fuerza, para hacer que lo viera a los ojos—. ¡Mírame! Si no te calmas, no te voy a soltar… ¿Te vas a quedar tranquila, Deborah? —preguntó, mirándola fijamente.

Ella asintió como pudo, pues la presión que él ejercía sobre su mentón, apenas se lo dejaba mover, le dolía, pero no se quejaría, no le daría ese gusto ni en mil años. Cuando al fin la dejó libre, lo empujó con ambas manos y le dio la espalda, dispuesta a abandonar ese lugar.

—¡Hey! ¿A dónde crees que vas? —La tomó de la muñeca, para retenerla y ella forcejeó para liberarse—. ¿Acaso piensas que puedes llegar aquí, despertarme en medio de la noche, pegarme e insultarme a tu antojo y marcharte como si nada? —cuestionó, mirándola con rabia y la tomó por los brazos para zarandearla.

—¿Dónde la tienes? Vamos, no seas cobarde… Dime dónde la escondiste, tal vez está en el baño… No, quizás está debajo de la cama —mencionó Deborah, mirando a su alrededor.

—¿De qué demonios hablas? ¿Dónde tengo a quién? —inquirió desconcertado, con el entrecejo fruncido.

—¡Ah, por favor! No te hagas el pendejo Diego, sabes perfectamente de lo que hablo. —Se acercó a él, dejando sus rostros a escasos centímetros—. ¿Dime dónde tienes a la zorra de Katherine? ¿Acaso no es a ella a quien te estás cogiendo ahora? —preguntó, mirándolo a los ojos con odio.

Diego se sintió perplejo ante las palabras y la actitud de Deborah, soltó una carcajada, estrellándosela en la cara, porque le parecía demasiado ridículo que ella llegara hasta allí, para hacerle esa patética escena de celos, precisamente ella, quien no tenía ningún derecho, porque todos los malditos días se la pasaba cogiendo con el cabrón de Maurice.

—¿Sabes qué, Deborah?… Será mejor que salgas de aquí, que te vayas, te des un baño y duermas, para que se te pase la borrachera que tienes, tal vez mañana no recuerdes nada de esto y la resaca moral no sea tan grave —mencionó, señalándole la puerta.

—Esta es mi casa y tú no eres nadie para decirme a dónde ir o qué hacer, eres un miserable… y no estoy borracha. —Se defendió, intentando golpearlo de nuevo por ofenderla.

—¿Ah no? Entonces debes estar drogada… —Le sujetó la muñeca con fuerza, al ver que ella quería cachetearlo de nuevo—. ¡Hey! Cuidado con lo que haces, te lo advertí, Deborah, una más y vas a lamentarlo.

—¿Qué vas a hacerme? ¿Acaso vas a pegarme? —Lo retó con sus palabras y con su actitud, acercando más su rostro a él.

—No… Haré algo mejor. —Dejó ver una sonrisa ladeada y antes de que ella pudiera protestar, la tomó por la cintura, como si tuviera el peso de una pluma y la lanzó a la cama—. Voy a cogerte, voy a cogerte una… dos, tres veces y todas las que me dé la puta gana —mencionó, posicionándose sobre Deborah.

Antes de que ella pudiera decir una sola palabra, ya él estaba devorándole la boca, tal como esperaba, no sería fácil dominarla, pero sí un placer poder conseguirlo, sabía que ella después se ponía tan mansa y complaciente que cogérsela era un verdadero goce, así que no desistiría en su empeño.

Deborah sentía que estaba cayendo de nuevo en el mismo pozo, se juró durante días no regresar al mismo punto, no ceder ante Diego Cáceres nunca más, pero su cuerpo no le ayudaba, cada beso y caricia que él le daba, parecían robarle la voluntad. Gimió, sintiendo ese exquisito vaivén que él marcaba con sus caderas y sin siquiera oponer resistencia, separó las piernas para sentirlo más cerca, la abertura en su vestido favoreció el roce y sus intimidades solo estaban separadas por la tela transparente de su panty, la misma que se humedecía a cada segundo.

—Déjame en paz… Ya no quiero seguir haciendo esto —murmuró ella, cuando al fin consiguió liberarse del beso.

—No mientas… no mientas Deborah, sabes que deseas esto tanto como yo —susurró, dándole toques de labios.

Hizo a un lado la tela de su vestido, exponiendo el perfecto seno y no tardó un segundo en llevarse el pezón a la boca, para darse un festín. Ella se arqueó, dándole mayor libertad y la recompensó succionando con fuerza, lamiéndolo una y otra vez, hasta conseguir que se pusiera duro como una piedra.

—Diego… No, por favor, no. —Deborah estaba luchando por conseguir algo de control sobre su cuerpo y su raciocinio, pero ni el deseo ni el alcohol jugaban a su favor, era como si no tuviera voluntad, lo único que conseguía hacer, era temblar y gemir—. Para ya… Déjame ir, tengo que irme… Solo vine aquí a terminar contigo —esbozó con la esperanza de que eso lo enfureciera y así poder liberarse de él.

Diego la miró a los ojos, intentando descubrir lo que verdaderamente sentía, no sabía por qué carajos le dolía el pecho, porqué sentía esas malditas ganas de llorar. Le tomó el rostro entre las manos y la miró fijamente antes de hablar.

—Está bien… Si hoy se acaba esto, entonces tengamos nuestra despedida —mencionó con una mezcla de rabia y dolor.

—Solo vamos a empeorar las cosas…

—¿Y qué carajos importa? —preguntó, dejándose llevar por la rabia, le atrapó la boca en un beso violento y se separó de ella jadeando, pegó su frente a la Deborah, con los ojos cerrados, para no mostrarle ese dolor que lo recorría—. ¿No ves que me estoy muriendo por tenerte? ¿Que necesito tenerte? —confesó, con sus pupilas fijas en las de ella y el corazón latiéndole a mil.

Deborah separó sus labios para darle una respuesta, pero no encontró ni las palabras ni su voz, solo conseguía mirarlo y antes de que él dijera algo más, era ella quien lo besaba. Llevó sus manos a la nuca de Diego, aferrándose a él, mientras le saqueaba la boca, no le dio tregua y tampoco deseaba dársela a su razón, que le gritaba que estaba cometiendo un error.

Diego no le daría chance a que las dudas regresaran y arruinaran su posibilidad de tener esa noche con Deborah, debía tener su mejor desempeño para asegurarse que ella no lo dejara. Sin esperar más, buscó el broche del vestido, tardó al menos un minuto en comprender que estaba en el jodido collar dorado que sujetaba al vestido de su cuello, pero durante ese tiempo, no dejó de acariciarla ni de besarla, mucho menos de mover sus caderas contra la suavidad del vientre y de la cálida intimidad, para hacerle sentir cómo lo tenía.

Ella desafiaba una vez más al mundo y se entregaba a esa relación peligrosa, sensual, adictiva, esa que la hacía sentir verdaderamente viva, como nunca antes se había sentido. Su cuerpo desnudo se movía desesperado debajo de Diego, estaba loca por sentirlo dentro de ella una vez

más. Sintió cómo él bajaba, dejando caer besos húmedos en sus senos, su estómago y su vientre, que temblaba ante cada toque de labios.

Movió sus caderas en una invitación silenciosa, para que continuara besándola, dejó escapar un grito, cuando le subió las piernas para sacarle el panty y dejarla más que expuesta frente a él. Diego apoyó las manos en la parte interior de sus muslos, para mantenerle las piernas flexionadas y sin previo aviso, se adueñó de su intimidad con besos sonoros, profundos, con movimientos invasivos de su lengua, que pesada y tibia, se hundía entre sus pliegues, mientras ella sentía que se ahogaba con sus propios jadeos y gemidos.

—Mantén tus piernas así, Deborah… Sujétalas con tus brazos. —Le pidió, tendiéndose sobre su estómago en una posición más cómoda, la vio asentir a través del hueco que hacían sus piernas.

Sonrió al ver la necesidad en ella y esa sumisión que lo ponía duro como una piedra, se pasó la lengua por los labios, para demostrarle cuánto disfrutaba de su sabor, antes de deslizar su lengua una vez más, ese rincón se había convertido en una obsesión para él, quería devorarlo completo. Deborah comenzó a mover sus caderas, para crear un mayor roce y era evidente que estaba loca por tener un orgasmo, pero él tenía otros planes, la acarició con un par de dedos antes de penetrarla y moverlos de manera pausada en su interior.

—¡Dios!… ¡Sí Diego, sí! —expresó, temblando de pies a cabeza, le encantaba ser tocada de esa manera, que la estimularan así y no solo se desesperaran por el coito.

Él comenzó a ir más rápido y cuando la tuvo justo en el borde, sacó sus dedos impregnados de humedad, antes de que Deborah protestara comenzó a besarla de nuevo, llevando uno de sus dedos lubricados al sensible espacio entre la vulva y el ano, la sintió tensarse, pero lo ignoró.

—Diego… —Le advirtió con voz suplicante, ya otras veces le había dicho que nada de sexo anal.

—Te va a gustar… Solo relájate —pidió, dándole un par de besos y lentamente su dedo comenzó a invadir ese espacio de ella, que él se moría por conquistar—. Voy a ir despacio. —Le aseguró, mirándola a los ojos, estaba demasiado apretada y eso solo significaba algo: que Deborah nunca le había entregado eso a otro hombre, así que se juró en ese instante que sería él quien consiguiera hundirse en el perfecto culo de la señorita Wallis.

Deborah se quedó completamente quieta, para evitar que Diego le hiciera daño, ya la habían tocado de esa manera, así que sabía que cualquier movimiento brusco, le dejaría consecuencias; intentaba controlar su respiración y sosegar los latidos acelerados de su corazón. Lo veía estudiando cada gesto y aunque la invasión no era molesta, tampoco podía decir que estuviese disfrutándola, lo sintió retomar sus besos y concentrarse esa vez en su clítoris, el placer iba apoderándose de su cuerpo de nuevo y cuando el dedo en el interior de su cuerpo aceleró sus movimientos se tensó.

—Relájate… respira despacio y no pienses en lo que estoy haciendo, solo disfruta de la sensación —susurró, al sentir que ella se apretaba en torno a él y gemía, haciéndole una advertencia para que fuera más despacio.

Ella cerró los ojos y se dejó ir hacia atrás, buscando relajarse por completo, sintiendo cómo el calor aumenta, bañando su cuerpo de sudor. Gimió, demostrándole a Diego que comenzaba a disfrutar de esa experiencia y todo se aceleró en su cuerpo, cuando él dejó que sus dedos, su lengua, sus dientes y sus labios, hicieran magia en su intimidad, cómo se apoderaron de todos sus espacios sensibles a la vez, haciéndola gritar y sollozar cuando el orgasmo la embargó, llevándola tan alto, que no supo de ella en un buen rato.

—Te ves tan sensual cuando te corres, casi provocas que yo lo haga también —mencionó

Diego, mirándola a los ojos.

Sonrió al ver que ella también lo hacía, le permitió relajar las piernas, poniéndola en una posición más cómoda, se arrodilló en medio, para disfrutar de la imagen de Deborah desnuda, sonrojada y con la piel brillante de sudor. No pudo contener sus deseos, tomó su dura erección y la acercó a la sensible piel del ano de Deborah, pero ella intentó alejarse.

—No voy a penetrarte, tranquila… Solo dame un premio de consolación. —Buscó sonar divertido, para ganarse su confianza, lo consiguió al verla asentir, pero no dejó de mirarlo.

Le entregó una de sus mejores sonrisas, antes de rozar el glande en la corrugada piel, todo su cuerpo vibró ante ese roce y tuvo que amarrar con fuerzas sus locas ansias de hundirse allí.

Deborah seguía tensa, pues no confiaba en el instinto masculino y mucho menos en el de Diego, que era de los que no lo pensaba dos veces para obtener lo que deseaba en el sexo. Gimió, sintiendo el suave y excitante roce de sus pieles desnudas, sus párpados se entornaron cuando él le acarició la piel del vientre, que seguía muy sensible por el orgasmo.

—¿Te gusta, Deborah? —preguntó, sin dejar de tocarla. Ella asintió en silencio, mordiéndose el labio inferior y él supo que estaba siendo comedida—. ¡Vamos! Puedes ser más efusiva que eso, dime… ¿Te gusta esto? —hizo el roce más intenso.

—Sí, me gusta… Pero no tanto como para dejarte tomarme por allí. —Su voz era grave y le dejó claro que lo decía en serio.

—Por ahora… No me dejarás, por ahora. Igual voy a mantener la esperanza, señorita Wallis. —sonrió y se alejó de esa sensación de placer y tortura que le provocaba rozarla así.

—Bueno… Puedo darte un mejor premio de consolación —mencionó ella, acariciándole la espalda cuando él se acostó, cubriéndola con su poderoso cuerpo.

—¿En serio? Soy todo oído, escucho propuestas.

—Júrame que estás sano… que no tienes ninguna…

—No, no tengo ninguna enfermedad, estoy completamente sano, Deborah… Es mi salud, mi vida y no juego con eso —contestó, mirándola a los ojos para que viera que era sincero.

Ella asintió en silencio y tragó en seco, sintiendo decenas de emociones revolotear en su vientre y su estómago, así como la expectativa que tensó todos los músculos de su cuerpo, rozó los labios de Diego con suavidad y suspiró antes de hablar.

—Entonces, hoy no usaremos preservativo —Las palabras salieron en un murmullo y su mirada tenía cierta timidez.

—Te prometo que te va a gustar mucho más sentirme así —mencionó, creyendo que era la primera vez que ella se permitía esa libertad o al menos eso quiso pensar.

Deborah asintió, subiendo sus labios para pedirle un beso, le agradó percibir que Diego intentaba ser más gentil y le brindó suaves roces que fueron avivando el deseo y el fuego que ardía en los dos, que hacía latir sus corazones más rápido, acompañando cada gemido y jadeo que liberaron al mismo tiempo, cuando sus cuerpos se fundieron. Justo en ese momento Maurice perdía uno de sus privilegios.

Él comenzó a marcar el ritmo, con embistes lentos, pero profundos, que iban aumentando las ansias dentro de su cuerpo, no estaba acostumbrado a moverse con tanta parsimonia y controlarse era un verdadero suplicio; sin embargo, se mantuvo porque sabía que se estaba jugando su carta para repetir con Deborah, le acarició las piernas, abriéndose más espacio y sintiendo cómo ella lo succionaba en medio de esa humedad tan exquisita y cálida, con lo que estaba volviéndolo loco.

—Me encanta que te mojes así… Tienes un paraíso entre las piernas, Deborah Wallis —pronunció, con la voz ronca y cuando se movió, llevándolo más profundo, soltó un gemido

gutural—. Sí, muévete así, belleza… Méteme, méteme más.

—Diego… Diego, más rápido… Por favor, hazlo más rápido, como siempre, como te gusta —suplicó, en medio de gemidos y se aferró a la espalda de él, apurando ella misma el vaivén de sus caderas, para alcanzar su orgasmo.

Él se apoyó en sus manos, alejando el torso del cuerpo de Deborah y desde esa distancia, comenzó a embestirla con mayor contundencia, el movimiento de sus senos lo tenía hipnotizado, eran tan perfectos que su boca se humedeció, deseándolos. Un temblor le recorrió toda la columna, cuando ella le clavó las uñas en las nalgas, para usarlas de apoyo. Comenzó a subir y bajar las caderas, jadeando cada vez que lo llevaba al fondo.

—¿Lo quieres ya? —preguntó, aprovechando la desesperación en ella, le encantaba hacerla suplicar.

—Sí… sí, lo quiero ya… dámelo ya. —Deborah no se cohibió en pedir lo que deseaba, pues sabía que él se lo daría.

—¿En tu boca? —Probó, pues se sentía con suerte.

—Donde quieras… Solo dámelo, Diego. Dame un orgasmo y haz lo que desees —pidió, en medio de un sollozo, estaba a punto de correrse y en ese estado cedería a cualquier cosa.

—Has dicho las palabras mágicas —mencionó, riendo.

Se puso de rodillas, tomándola por las caderas para no separarse y la elevó, de modo que pudiera seguir penetrándola en esa posición, le ofreció una vista completa de sus sexos uniéndose y vio cómo la mirada de Deborah se oscurecía, brillando de deseo al ver cómo entraba y salía de ella.

La locura se apoderó de cada rincón de sus cuerpos y ambos se lanzaron en una carrera frenética hacia la cima del placer, Deborah no podía contener los gemidos, los jadeos y los sollozos que salían descontrolados de sus labios.

Se aferraba a las sábanas debajo de su cuerpo, para soportar el torbellino que la envolvía, mientras veía cómo los músculos del abdomen de Diego se contraían en cada embestida, que lo llevaba muy dentro de ella, no quería cerrar los ojos y privarse de ese espectáculo.

Él tenía un cuerpo extraordinario, tan masculino y sensual, le encantaba su piel bronceada, cubierta con todos esos tatuajes, los hilos de sudor que le bajaban y le humedecían el vello púbico, los poderosos brazos que mostraban la tensión de los músculos, esas manos de dedos gruesos y largos, que se le hundían en la piel y, por último, el falo que se alzaba orgulloso, en todo su esplendor, para llevarla a la locura.

La imagen catapultó a Deborah a un orgasmo que la llevó a gritar el nombre de su amante y aferrarse a él como si de ello dependiera su vida, la secuencia de contracciones se extendieron más de lo que hubiera experimentado antes y supo que no había vivido el clímax una vez, sino dos, dos veces seguidas.

Diego no pudo mantenerse y en medio de las succiones que le daba Deborah, dejó que parte de su esencia se desbordara en los labios íntimos y se movió tan rápido como pudo, pero las gotas se derramaron sobre sus senos, él dejó escapar un suspiro de frustración al no conseguir su objetivo de hacerlo en la boca femenina que le sonreía.

Pero Deborah le dio la sorpresa, al deslizar un dedo por las gotas de líquido blanco que perlaban su piel y se lo llevó a la boca, succionándolo, mientras lo miraba a los ojos. Él intentaba recuperar el aire perdido en el esfuerzo físico y sonrió emocionado, por ese gesto, sin importarle que acabara de probar su semen, se acercó y le dio un beso, por supuesto, ella no perdió la oportunidad de hacer más intenso e invasivo.

Después de unos minutos, regresaban de la ducha, era la primera vez que la compartían y la

disfrutaron mucho, aun sin tener sexo en ella. Deborah mostró sus intenciones de irse, pero Diego se lo impidió, la acostó a su lado y le aseguró que la despertaría antes de que el sol saliera para que su secreto se mantuviera a salvo.

Se obligó a estar despierto durante dos horas y por primera vez, tuvo la libertad de admirarla, teniéndola así de cerca, tuvo que reconocer por milésima vez, que esa mujer era la más hermosa que había visto en su vida y que él era el tipo más afortunado en la tierra por tenerla, aunque fuese en esos términos, donde debía compartirla con otro.

—Deborah… Ya es de día… Tienes que regresar a la casa.

Ella se negaba a despertar, así que no le quedó más remedio que llamarla para conseguirlo, deslizó su nariz por las raíces del espeso cabello negro, encontrando el dulce aroma de algún champú costoso y de humo de algún cigarrillo, seguramente del club donde había estado bebiendo antes de aparecerse allí.

—No quiero… Tengo sueño y estoy cansada —murmuró, hundiendo el rostro en el pecho de él.

—Te dejaría dormir todo el día aquí… pero tu auto está estacionado afuera, así que cuando vayan a tu habitación y no te consigan, comenzarán a buscarte o a sospechar.

—No importa… Que me busquen en el pantano —masculló una vez más, contra la piel cálida de él.

Diego soltó una carcajada que lo hizo estremecer y ella también se movió, eso la terminó de despertar. Bostezó, restregándose los ojos para ser consciente de su entorno y casi entró en pánico al darse cuenta de la situación.

—¡Diego, dijiste que no dejarías que me quedara dormida! —Le reprochó, moviéndose para salir de la cama.

—Y por ello llevo media hora intentando despertarte —esbozó divertido, acariciándole una nalga.

—Pues me hubieras lanzado una cubeta de agua. —indicó, mientras se ponía con rapidez el vestido, tomó los zapatos y buscaba por todas partes su ropa interior—. ¿Has visto mi panty? —preguntó, volviéndose a mirarlo.

—Sí, lo tengo aquí… y me lo voy a quedar. —Se puso de pie con rapidez, mirándola a los ojos —. ¿Vendrás esta noche? —preguntó y al verla dudar, elevó una ceja.

—No lo sé —susurró sin mirarlo.

Él se acercó más y la envolvió entre sus brazos, dándole un beso que envió descargas de placer al cuerpo de ambos, despertando esas ansias que parecían no acabar nunca.

—Ahora lo sabes. —Aseguró sonriendo, le dio otro beso y la dejó ir, antes de que sus deseos se desataran de nuevo.

Deborah abandonó ese lugar, casi corriendo, caminó hasta el auto y dentro de él intentó acomodarse un poco, después entró a la casa como si apenas hubiera llegado, por suerte estaba desolada y los empleados seguían durmiendo.

CAPÍTULO 35

Una vez más, sentía que su mundo era perfecto y no había nada que la hiciera más feliz, que el equilibrio que le brindaban Diego, Maurice y su trabajo. Tenerlos a los tres y sentir que podía manejarlos era maravilloso; complicado de cierto modo, pues debía dedicarse por completo a ellos, pero satisfactorio.

La última semana estuvo bajo mucha presión, estaba segura de que hubiera enloquecido de no ser por los consejos y la ternura de Maurice o la pasión desenfrenada de Diego, que la dejaban relajada y lista para comenzar cada día sintiéndose renovada.

Sentía que los dos en su justa medida, le daban un poder que no había experimentado antes y justo ese día se sentía la reina del universo. Y lucía como tal, llevaba un elegante vestido negro de *Alexander McQueen*, el jersey se ajustaba a su figura como una segunda piel y eran las muñequeras doradas las que le daban ese toque sofisticado, que lo hacía un diseño exclusivo, escote en V, profundo, y de largo hasta las rodillas, elegantes sandalias negras con dorado, del mismo diseñador. Traía el cabello recogido y un maquillaje acorde con su atuendo.

Al fin había llegado el momento que tanto tiempo llevaba esperando, dentro de minutos entraría a la sala de presa de la empresa y presentaría su línea de productos. El dulce sabor del triunfo le inundaba el paladar, estaba segura de que el lanzamiento sería un éxito, que todo el mundo hablaría de su acierto, del cuidado que había tenido con cada detalle, para crear un producto de excelencia, que representase en verdad al apellido Wallis y a su padre no le quedaría más que tragarse cada una de sus palabras y reconocer que era una gran profesional.

Caminaba, repasando en su cabeza el discurso que le diría a la prensa, intentando alejar los nervios que a momentos querían apoderarse de su cuerpo. No debía dejar que eso sucediera, porque quedaría en ridículo, ese era su momento para demostrar que una vez que Dominic se retirara, ella sería la mejor para ocupar su puesto, no solo por ser su hija y heredera directa, sino porque se ganaría ese puesto.

Escuchó un par de golpes en la puerta y se sobresaltó, pensando que ya había llegado el momento, se quedó mirando al vacío, hasta que segundos después, logró reaccionar y dar la orden para que su secretaria siguiera.

—¿Lista? —preguntó Maurice, entrando al lugar.

—Pensé que era Kelly, ¿qué haces aquí? —Se acercó a él, mientras le sonreía, agradeciéndole que estuviera allí.

—Me escabullí para desearte suerte… Te ves tan hermosa. —Le rodeó la cintura con los brazos, acercándose para besarla.

—Maurice… Aquí no podemos —pronunció, evitando que tocara sus labios y le acarició la mejilla para compensarlo.

—Está bien… pero prométeme que seré yo quien te quite ese vestido —expresó, sintiéndose orgulloso y más enamorado.

—En cuanto termine la presentación y quede libre, nos escapamos para celebrar. —Prometió, sonriendo. Cedió ante la tentación y le dio un toque rápido de labios.

Escucharon otro llamado a la puerta y esta vez sí era Kelly, para informarle que los socios comenzaban a reunirse en la sala de prensa. Ella se tensó sin poder evitarlo, pero la sonrisa que le

dedicó Maurice, la ayudó a relajarse, caminó junto a él para salir de la oficina, llevando sus fichas.

En el pasillo se encontró con George, quien como de costumbre, buscaba acercarse más de la cuenta, saludándola con un abrazo y un par de besos en las mejillas. No le pasó desapercibida la reacción de Maurice, así que le entregó una mirada para que confiara en ella, al menos podía jurar que nunca en su vida se acostaría con George Stevenson.

—¡Hola, Debbie! —exclamó Janeth, quien casi corrió para abrazar a su amiga al verla en el pasillo.

—¿Qué… qué haces aquí? —preguntó desconcertada, pero feliz de verla—. Pensaba que seguías molesta conmigo —susurró, consciente de que Maurice estaba cerca.

—Y lo estoy… pero no podía dejar de venir a apoyarte hoy.

Deborah nunca había sido muy sentimental, pero en ese momento tuvo ganas de llorar de la emoción, le dio un fuerte abrazo para agradecerle y después la miró a los ojos, no necesitó decir nada más para que Janeth la comprendiera.

—Estás de infarto, Debbie. Me encanta tu vestido… Te ves lista para triunfar; por cierto, la próxima me avisas para no pasar vergüenza con estas fachas —dijo, bajando la mirada a su ropa.

—No digas tonterías, te ves hermosa. —Sonrió con sinceridad y se fijó en lo que llevaba puesto.

Un hermoso pantalón chino en raso negro, la blusa de seda púrpura y la chaqueta negra del mismo material del pantalón, con apliques de cuero y cremalleras doradas en los bolsillos.

—Intenté lucir acorde con el evento; por cierto, Hilary me llamó y dijo que debió llevar a su padre al médico, ya sabes lo manipulador que es el viejo William… Te envió un mensaje, pero quizás no lo has visto, así que me pidió que te dijera que te desea el mejor de los éxitos —comentó, mientras caminaban.

—No he visto el teléfono, en cuando termine le respondo.

—También me llamó Rodrick… Pensé que después del platón que le diste, no lo haría nunca más, pero creo que el hombre está muy interesado, porque me pidió tu número…

—No se lo diste, ¿verdad? —La interrumpió, haciendo la pregunta en voz baja, para que Maurice que venía detrás con George, no escuchase.

—¿Tú qué crees? —La miró con malicia.

—Perra —masculló Deborah, sintiéndose nerviosa.

—Se veían muy bien justos y a pesar de tu repentina huida, algo me dice que ese hombre en verdad te gusta.

—Pues ahora mismo no tengo tiempo para una relación.

—Nadie está hablando de una relación, el tipo lo que quiere es tener su revancha con una buena cogida, nada más. —Se calló, al ver el rostro de horror que puso Deborah por sus palabras y sonrió con picardía, guiñándole un ojo.

Entraron al salón que se encontraba colmado por periodistas. Medios locales y algunos nacionales habían sido convocados esa tarde, tal como le ordenó a la relacionista pública; sonrió, empezando a ver los frutos de su trabajo de meses. Se detuvo detrás del púlpito, desde donde se haría el anuncio, puso sus fichas en la pizarra y estaba por dar inicio.

—Buenas tardes, bienvenidas damas y caballeros.

La voz de Dominic resonó en la sala, captando la atención de todos los presentes en cuanto entró, con ese andar enérgico que lo caracterizaba, caminó directamente hacia Deborah y la miró a los ojos, casi exigiéndole que se apartara.

—Yo me encargaré —habló en voz baja, para que el resto de los presentes no escuchara, quitó

las fichas y se las entregó a Deborah con desdén, mientras fijaba su mirada en los asistentes.

—Pensé que yo haría esta presentación, es mi proyecto. —Ella no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

—Deborah por favor, ve a sentarte y déjame trabajar…

—No vaya a arruinar mi proyecto… Por favor, padre —suplicó, buscando la mirada de él.

—Ve a sentarte o sal de aquí, pero ya deja de fastidiarme —mencionó sin mirarla y tomó el vaso con agua a su lado, para darle un gran sorbo, después le entregó una sonrisa falsa al público —. Anda… ve, no tengo toda la tarde. —Agregó ante el ruego silencio de ella, se había propuesto darle una lección.

Deborah no tuvo más remedio que alejarse y buscar una de las sillas al fondo, pues las de enfrente ya estaban ocupadas por otros socios, ninguno de los miserables fue capaz de cederle un puesto o quizás tenían órdenes expresas de ignorarla. Se sentó, sintiendo que la barbilla le temblaba, por tener que contener las lágrimas de ira e impotencia que le escocían los ojos, respiró profundamente, apretando los labios para evitar que los sollozos que pujaban por salir lo hicieran.

Bajó la mirada y la posó en sus manos trémulas, que estaban apoyadas en sus piernas, lo hizo para huir de la mirada desconcertada de George, la que estaba segura desencadenaría en lástima en solo segundos, igual a aquella que le dedicó Silvya, cuando vio la manera en la cual su padre la echaba.

Se sentía tan furiosa que tuvo deseos de ponerse de pie y marcharse, salir de allí y no regresar nunca más, pero eso sería demostrarle que la había vencido, que había conseguido lo que buscaba.

Se obligó a tragar las lágrimas y elevó el rostro con un gesto altivo, posando su mirada en todos los asistentes, que en ese instante estaban atentos a las palabras de Dominic, ella también lo hizo y ni siquiera disimuló el odio que la recorría.

—Este proyecto me ha llevado mucho esfuerzo, dedicación y dinero, por supuesto. —Dominic bromeó con el público, quienes de inmediato le correspondieron con sus risas—. Debo admitir que en un principio me encontraba un tanto dudoso… Dar un paso como este, para una empresa con la tradición de Wallis, no era sencillo, pero desperté un día y me dije “¿Por qué no?” —inquirió, escogiéndose de hombros.

Deborah sentía que cada palabra que salía de esa maldita boca mentirosa era una puñalada que le clavaba y lo peor de todo, era que ninguno de los presentes se inmutaba ante la gran falsa que estaba montando su padre. Todos los socios sabían la verdad, ellos eran conscientes de que ese proyecto era suyo, que fue quien dio todo para sacarlo adelante y que Dominic se lo estaba robando delante de medio país.

—Así que nos embarcamos en una nueva y excitante aventura. Lo primero fue estudiar el mercado, hacer encuestas, brindar pruebas… Después vino la publicidad, en la que también decidimos innovar y, por último. —Hizo una pausa, repasó su mirada por todos los presentes, y continuó—: escoger los mejores ingredientes. Porque si hay algo que caracteriza a la marca Wallis, es la calidad y eso es lo que encontrarán en esta línea de productos, damas y caballeros, solo lo mejor.

Continuaba con su discurso, sin volverse un solo instante hacia los demás socios, sabía que no podría seguir, si veía a Deborah a los ojos y aunque se sentía como un miserable por lo que estaba haciendo, ya se encontraba en ese barco y no lo abandonaría hasta llevarlo a puerto.

—Después de cada uno de los procedimientos, en donde no se escatimó un solo centavo, tuvimos el resultado final y es este delicioso manjar de dioses, que ustedes están a punto de

probar… Damas y caballeros, con ustedes, nuestra nueva línea de yogures ***«Ligera»*** —mencionó con una gran sonrisa.

Deslizó el trozo de seda negro que ocultaba las presentaciones: Yogurt líquido natural o con frutas, yogurt semi cremoso con trozos de frutas y por último, el yogurt natural firme. Los productos fueron el blanco del lente de todas las cámaras en el lugar, los fotógrafos se pusieron de pie, para obtener buenas imágenes. Las tres modelos que Deborah había contratado entraron con bandejas, para repartir pruebas a todos los entusiastas invitados, quienes las recibían con una sonrisa.

Deborah miró hacia el gran ventanal con vistas a la ciudad, para no tener que presenciar cómo su padre le robaba ese sueño por el cual había trabajado tanto, durante dos meses.

Una lágrima la traicionó, rodando por su mejilla, la limpió con rapidez, para no quedar en evidencia y esperó a que Dominic, por lo menos tuviera la cortesía de dejarle ser quien respondiera las rondas de preguntas, se esforzó por calmarse y mirar de nuevo a los asistentes, quienes, para su orgullo, lucían satisfechos con sus productos, porque eran suyos, aunque su padre dijera lo contrario.

También vio la mirada de Janeth, quien mostraba algo de desconcierto, fue tan evidente lo que su padre había hecho, que no le pasó desapercibido a su amiga; sin embargo, le sonrió para animarla y mostró una cara muy graciosa, cuando se llevó una cucharada de yogurt a la boca; ella le devolvió la sonrisa, en un gesto de agradecimiento y asintió.

Después de varios minutos, el orden volvía a la sala y su padre se paraba detrás del estrado, los periodistas preparaban sus preguntas. El corazón le latía demasiado rápido y antes de que su padre comenzara a hablar, sintió deseos de ponerse de pie y quitarle el mando de la presentación, delante de todos.

No lo hizo y más tarde se lamentaría por ello, sus manos temblaban, mientras leía las fichas con toda la información que estaba dando Dominic, tenía la vista empañada por las lágrimas y el pecho oprimido por ese dolor que apenas la dejaba respirar. Levantó la mirada, encontrándose con la traidora de Silvya junto a él, sonriendo como si lo que ambos hacían, fuese para sentirse orgullosos, eran unos malnacidos, traidores, unos ladrones.

El tiempo corría y ella seguía allí, recibiendo un golpe tras otro, tendida en el suelo, no de manera literal, pero justo así se sentía, tal como le había mencionado Diego una vez. Soltó un suspiro para evitar ponerse a sollozar como una estúpida, cuando Dominic culminó el acto, lo hizo sin nombrarla una sola vez, ni una maldita vez habló de ella y todo el trabajo que había hecho, no la puso ni siquiera como parte del equipo.

Fue él quien posó para la fotografía junto a los productos, él con las modelos que había contratado ella, llamó a algunos socios para que también se acercaran, mientras sonreía y le hizo un ademán con la cabeza, mirándola para que ella se sumara y posaran en la imagen, Deborah se puso de pie y caminó.

«¡Que se meta por el culo toda su maldita empresa! Que agarre los productos y se haga una piscina con ellos, que se los coma hasta ahogarse.»

Pensó, ignorándolo al pasar por su lado y antes de salir, lanzó sus fichas a la papelera junto a la puerta, vio que varios periodistas posaron la mirada en ella, pero ninguno se acercó para hacerle preguntas o algún comentario, tal vez era lo mejor, porque si soltaba todas las palabras que tenía atoradas en la garganta, la ilustre familia Wallis sería el escándalo del año.

Caminó con prisa hasta su oficina, para buscar su bolso, necesitaba salir de ese lugar cuanto antes y de ser posible, no volver nunca más. Cuando salió, se encontró con Janeth, quien la miraba con preocupación, pero no le dijo nada, por eso era su mejor amiga, porque sabía cuándo

callar.

—¿Qué tal? ¿Cómo te fue? —preguntó Maurice con emoción, pero algo desconcertado, cuando la vio llegar al estacionamiento junto a su amiga.

—No quiero hablar de ello ahora —respondió con un tono glacial y siguió de largo hasta su auto.

—Espera un minuto… ¿Qué sucedió? —inquirió de nuevo, negándose a dejarla ir en ese estado de aparente calma.

—Maurice… —Janeth lo sostuvo por el brazo, mientras negaba con la cabeza, para advertirle que no insistiera.

Deborah llegó hasta su auto, desactivó la alarma y quitó los seguros, se disponía a subir, cuando sintió una mano que la tomaba por el brazo, impidiéndolo.

—Voy contigo —pronunció Maurice, mirándola.

—No, quiero estar sola. —abrió la puerta y haló el brazo, para que la soltara.

—No te voy a dejar ir así… Debbie, no lo haré. —Insistió.

—¡Te dije que quiero estar sola! —gritó, liberándose del agarre de un tirón—. Maldita sea, Maurice… No necesito a nadie, solo quiero estar sola. —Agregó sin mirarlo, porque le dolió tratarlo así y ver el gesto que él hizo.

—Bien —mencionó, echándose un par de pasos hacia atrás.

Deborah se metió al auto, lo encendió y segundos después, salió del lugar como si fuera un alma que llevara el diablo, no le importó siquiera atravesarse en el tráfico sin precaución, consciente de que pudo haber causado un accidente. Lo único que deseaba era salir de ese maldito edificio y olvidarse de todo.

Maurice no se quedaría de brazos cruzados y menos después de ver cómo había dejado ese lugar, estaba muy perturbada, aunque intentaba ocultarlo con ese semblante calmado, él la conocía y sabía cuándo algo no andaba bien.

—¿Qué ocurrió? —interrogó a Janeth, volviéndose hacia ella.

—El miserable de su padre le robó el proyecto, no le dio ningún crédito y ni siquiera la dejó acercarse a la prensa —contestó, sintiendo que la ira también bullía en su interior.

—Es un maldito —masculló Maurice, quien era el más consciente de todo lo que Deborah había entregado en ese proyecto y lo entusiasmada que estaba—. Necesito buscarla, no dejaré que le pase nada o cometa alguna locura por culpa de Dominic. —Caminó hasta el Lincoln negro y subió con rapidez.

Janeth asintió en silencio y con una mirada le deseó suerte, aunque Deborah dijera que quería estar sola, ella sabía que Maurice le ayudaría a sobrellevar mejor la decepción y el dolor.

◆◆◆

Deborah sentía cómo el dolor comenzaba a ser más poderoso que la ira, su corazón latía desesperado y las lágrimas estaban a punto de desbordarla, solo podía drenar lo que sentía pisando a fondo el pedal. Tomó la vía hacia su casa, aunque ni siquiera sabía si deseaba estar allí, solo sabía que debía alejarse de la presencia de Dominic.

Su mente seguía recreando la escena de lo ocurrido, las mentiras que salían de boca de su padre y ese deseo que sintió de golpearle la cabeza contra el púlpito, hasta sacarle el maldito, egoísta y manipulador cerebro que tenía. Se asustó, cuando escuchó un auto detrás de ella, tocándole bocina y cuando vio por el retrovisor, descubrió que era Maurice.

—¡¿Por qué demonios tienes que ser tan terco?! —Le preguntó en un grito, cuando logró

ponerse a su lado.

—¡Baja la velocidad! ¿Acaso quieres matarte? —Le reprochó Maurice, haciéndole señas para que se orillara en el camino.

—¡Déjame en paz!

Aceleró con toda la intención de dejarlo atrás, pero Maurice era mucho más diestro al volante que ella y se le adelantó, cerrándole el camino, Deborah no pensaba detenerse, así que aprovechó que se encontraban en una intercepción y tomó el atajo que siempre usaban hacia los pantanos.

—¡Condenada mujer! —exclamó él, golpeando el volante y giró con rapidez para seguirla.

Deborah se vio en un callejón sin salida, cuando llegó al final del camino y no tuvo nada más frente a ella que el Manchac, dejó escapar un grito cargado de frustración, descargando parte de su rabia en el volante, miró por el espejo retrovisor el auto de Maurice.

Apagó el suyo y bajó sin perder tiempo, caminó con algo de dificultad, pues los delgados tacones se hundían en la tierra cubierta de musgo. En cuanto salió, se le lanzó para golpearlo por meterse de esa manera en su vida y obligarla a exponerse derrotada delante de él.

—¡Te dije que quería estar sola!

Maurice no le dio tiempo para agredirlo, la envolvió entre sus brazos con fuerza, para calmarla, ella forcejeó, pero él tenía mucha más fuerza, así que los intentos de Deborah eran en vano. Poco a poco la adrenalina fue abandonando el cuerpo de su mujer, ella dejó libre el dolor que sentía con un torrente de lágrimas y sollozos, tan dolorosos que él mismo sentía que lo estaban matando, en pensamientos maldijo a Dominic Wallis.

—Ya… ya… No llores, Debbie, no llores, amor —susurraba, acariciándole el cabello y la pegó más a su cuerpo, al sentir que se escurría de entre sus brazos.

—Me robó, Maurice… Todo mi esfuerzo, todo el dinero… el empeño que puse, me lo quitó todo, ¡Todo! —pronunció, con más dolor que rabia y hundió el rostro en el pecho de él.

—Debbie… Mi amor, mírame. —Le levantó la barbilla—. Tú vales mucho más que un proyecto, Deborah y si él hizo eso, es porque estaba celoso, porque vio que eres una competencia… Se sintió amenazado, ¿acaso no lo ves? ¡Lo tienes! Tú tienes la victoria que deseabas —mencionó para animarla.

—No, no tengo nada… ¿De qué me vale haber dado tanto, si todo el mundo piensa que lo hizo él? —cuestionó, mirándolo.

—Eso piensan los periodistas que fueron hoy, pero las personas dentro de la empresa saben que la mente que ideó ese proyecto fue la tuya y Dominic ha cometido un grave error, robar una idea de esa manera tan descarada y lo que es peor, hacerlo con su propia hija. Le restará credibilidad entre los socios… Escucha lo que te digo, él mismo se puso la soga al cuello —expresó, mostrándose emocionado para animarla.

—No lo sé… Ahora lo único que deseo es matarlo, por miserable —suspiró, sorbiendo las lágrimas.

—Yo no estoy en tu lugar, pero créeme, anhelo exactamente lo mismo. —Le acarició la mejilla y después le besó la frente.

—Lo que dices es cierto, Maurice… pero igual eso no alivia el dolor y la rabia que siento en estos momentos.

—Lo sé mi amor, si necesitas desahogarte hazlo. Debbie, sabes que yo siempre estaré aquí para ti —comentó al ver cómo esos hermosos ojos azules se llenaban de lágrimas de nuevo.

Ella asintió en silencio, pues su voz había sido secuestrada por el dolor, la barbilla le tembló antes de comenzar a llorar nuevamente y se aferró a Maurice, dejando de lado esa coraza que siempre se ponía para protegerse o parecer más fuerte. Lo necesitaba a él para que la ayudara a

soportar todo lo que estaba sintiendo, para que no la dejara derrumbarse por completo.

Después de una hora, Deborah se encontraba más calmada, al menos había dejado de llorar y se mantenía en silencio, pero Maurice sabía que estaba mejor, solo necesitaba desahogarse y él le dio la libertad para hacerlo. Tuvo que controlar su propia furia contra Dominic, para no acrecentar el odio en Deborah, porque sabía que eso le hacía más mal que bien.

—Vamos a la mansión —pidió ella, con la voz ronca.

—¿Estás segura? Podemos ir a mi casa… Puedes quedarte esta noche allí, en realidad me gustaría mucho que lo hicieras —mencionó, no como una propuesta sexual, sino porque necesitaba cuidar de ella, estar seguro de que estaría a salvo.

—Voy a estar bien, Maurice —indicó, al descifrar la mirada de él—. No puedo mostrarme como una cobarde y es probable que mi padre ni siquiera regrese hoy a la casa.

Él dejó escapar un suspiro, resignándose y le dio suaves besos antes de soltarla, para que regresara a su auto, igual la escoltaría hasta la mansión Wallis y de ser preciso, la dejaría durmiendo en su cama, asegurándose que nada la perturbara.

CAPÍTULO 36

Dominic no se sorprendió cuando salió de la sala de prensa y descubrió que Deborah se había marchado de la empresa; por el contrario, se sintió satisfecho, porque ese había sido su objetivo desde un principio y lo había conseguido. Aunque se negaba a admitir que la victoria no le había dejado un buen sabor de boca. No acostumbraba a hacer las cosas de esa manera, fue un robo descarado lo que le hizo, pero ella lo había llevado a eso.

Todavía así tuvo la desfachatez de cerrar el anunció con un brindis entre los socios, sin contar con su presencia y ya no pudo seguir manteniendo la mentira delante de Silvya. Le había hecho creer que deseaba ayudar a Deborah si todo salía bien con el proyecto y darle el reconocimiento por ello durante el lanzamiento de su línea de productos, todo no fue más que una treta, para sacarle información y apoderarse del proyecto.

Sufrió las consecuencias como era de esperarse, en cuanto puso un pie en su oficina, Silvya no tardó cinco segundos en iniciar un sermón, que les llevó por lo menos una hora y que terminó en una discusión bastante acalorada. Entre sus planes no estaba pasar esa noche en la mansión y puede que sea un acto cobarde de su parte, pero la verdad no quería mirar a Deborah a la cara esa noche, no después de lo que le hizo.

—Buenas noches, señor Wallis —saludó Marcus.

—Buenas noches, ¿cómo está todo por aquí? —preguntó, para saber de Deborah, pero sin hacerlo de manera directa.

—Todo perfecto señor, como siempre. —Marcus adoptó esa postura recta y elegante que le daba la seguridad de hacer un trabajo impecable—. ¿Desea que dé la orden para servir la cena? —inquirió, observándolo.

—¿Deborah ya llegó? —Tenía la esperanza de que le dijera que no, si corría con suerte, no tendrían un enfrentamiento.

—Sí, señor Wallis, su hija llegó hace un par de horas y subió a su habitación…

Se detuvo, para no revelar que lo había hecho en compañía de Maurice y que el joven no había bajado, sino una hora después; no quería meter al hijo de Gaël en problemas. Tampoco mencionó que a la chica se le notaba bastante triste y que suponía que Maurice no la había dejado sola por el mismo motivo; por lo general, ellos eran muy discretos con su relación, aunque ya todo el mundo en la casa estaba al tanto.

—No tengo apetito ahora… Si me provoca algo, bajaré y se lo pediré a Martha directamente, gracias, Marcus.

Le dio la espalda al amo de llaves y se encaminó hacia la escalera, para evitar ese encuentro que estaba temiendo. No era que actuara como un cobarde, sino que prefería que las aguas se calmaran un poco, antes de dar por finalizado el capricho de Deborah de seguir en la empresa. Fue muy tarde para completar su huida, cuando iba por la mitad de la escalera, Deborah se le mostró en la cima de esta y aunque él le desvió la mirada e intentó esquivarla, ella no le siguió el juego.

—Necesito hablar con usted —mencionó, con un tono gélido y la mirada ausente de sentimientos.

—Tendrá que esperar a mañana, estoy muy cansado y no deseo hablar ahora —comentó,

intentando seguir su camino.

—Me importa un carajo que esté cansado o no, dije que necesito hablar con usted ahora y más le vale que diga que sí o de lo contrario, haré tal escándalo, que van a hablar de ello por meses, así que usted decide. —Lo retó, mirándolo a los ojos.

—Vamos a mi despacho. —Aceptó, pues no tenía sentido alargar más ese asunto, entre más rápido acabase, mejor.

Caminó, dejando detrás de él a Deborah, pero cuando llegó hasta la puerta de su despacho, se detuvo, la abrió, invitándola a pasar con una mirada. Ella lo hizo sin decir una sola palabra y caminó hasta el centro del estudio, no tomó asiento, quizás a la espera de que él se lo ordenara, soltó un suspiro para liberar la molesta presión en su pecho y la rigidez que embargaba su cuerpo, mientras caminaba hacia su escritorio, cuando ella habló.

—Es un miserable ladrón —dijo entre los dientes.

—¿Es así como iniciaremos esta conversación? —preguntó con ironía y no tomó asiento, para no estar en desventaja, solo se apoyó contra el escritorio y la miró con burla.

—¿Conoce acaso otro modo de llamarle, a alguien que hizo lo que usted hoy? —contestó con otra pregunta y antes de que él respondiera, lo hizo ella—. No, espere un momento… Sí la hay, en realidad hay muchas maneras, por ejemplo: estafador, buitre, tramposo, farsante…

—¡Ya basta, Deborah! —gritó, deteniendo los insultos de ella y la señaló con el índice—. Yo no te he robado nada, tú al igual que cada una de las personas en la empresa, trabajan para mí… cada idea, cada proyecto… Todo lo que se realiza entre las paredes del edificio Wallis y con mi dinero, me pertenece —mencionó con un tono de voz autoritario.

—El hecho de que usted financie un proyecto no le da derecho a apropiarse del mismo, como si fuera completamente suyo, sin darle créditos a nadie y si hablamos de dinero, creo que está olvidando que yo costeé parte también, por no decir que todo y cada una de las ideas, eran mías; así que usted, no es más que un miserable ladrón —expresó, temblando de la ira y con los ojos colmados de lágrimas, con las cuales luchaba para no derramarlas.

—Eres una tonta… No pienso perder más el tiempo contigo —mencionó, intentando esquivarla.

—Todavía no he terminado.

—Pues yo sí, no voy a seguir aquí, aguantando tus malcriadeces. Cuando empieces a actuar como una mujer madura y sepas diferenciar entre tus caprichos y el trabajo, entonces puede que te preste atención; mientras tanto, procura estar lejos de mí… Tu sola presencia me causa fastidio —comentó, haciéndola a un lado y dio un par de pasos.

—¿Mi trabajo? ¿Acaso cree que voy a regresar a la empresa, después de la humillación a la que me sometió delante de todos? —preguntó, sin poder creer la desfachatez de su padre.

—Eres igual de exagerada que tu madre. —Espetó, mirándola.

—Estúpida es lo que no soy, puedo equivocarme una vez, pero no dos y no trabajaré para que después venga usted a robarme. —Su mirada dejaba ver todo el resentimiento que sentía por él en ese instante.

—Bueno, es tu decisión, yo no puedo hacer nada más, acepto tu renuncia en este instante, no tendrás ni siquiera que volver —pronunció, con tono casual y se dio la vuelta.

Deborah sintió que un rayo la partía a la mitad al comprender que todo había sido parte de un plan de Dominic, una a una las piezas del rompecabezas fueron encajando, la manera tan fácil en cómo él había cedido para que entrara en la empresa, las constantes advertencias de las consecuencias que tendría si su proyecto fracasaba y lo último, el robo tan descarado que le había hecho.

—¿De esto se trataba todo? ¿De hacer que yo misma decidiera no regresar a la empresa? —La voz le vibraba a causa de la ira, que viajaba por sus venas—. Pues bien, entonces yo también jugaré a mi manera, venderé mis acciones.

—¿Cuánto pedirás por ellas? —preguntó y después se arrepintió al ver la sonrisa en los labios de Deborah, ella había lanzado un anzuelo y él lo picó como un estúpido.

—Nada de lo que usted posee me interesa… Así que ni crea que se las voy a vender, lo haré a quien a mí me dé la gana —dijo con prepotencia y caminó dispuesta a marcharse.

—No dejaré que hagas una estupidez como esa. —La amenazó, tomándola del brazo con fuerza.

—Trate de impedírmelo —esbozó con sorna e intentó liberarse—. ¡Suélteme! —Forcejeó de nuevo—. ¡Que me suelte!

—Vas a poner esas acciones a mi nombre, si no quieres que te eche de esta casa. —Reforzó el agarre sobre el delgado brazo.

—Esta casa es de mi madre.

—Tu madre está muerta y esta casa nunca le perteneció, ella perdió todos los derechos el día que la irrespetó, metiendo a un hombre aquí para tener sexo con él —expresó, dejando ver todo el desprecio que sentía por esos dos traidores.

—¿Podría superar de una maldita vez el pasado?… Deje a los muertos descansar en paz y continúe con su vida, busque a la zorra de Silvya, cásese con ella y olvide todo lo demás.

—No tienes ni idea de lo que dices, el pasado jamás se olvida y lo que tu madre me hizo, mucho menos. Tú estás aquí para recordármelo todos los malditos días. —La zarandeó con fuerza, para hacerle sentir el dolor que lo atormentaba.

—¡Déjeme, me hace daño! ¡Suélteme! —comenzó a gritar.

Él la soltó con brusquedad y ella perdió el equilibrio, intentó poner sus manos por delante para amortiguar la caída, pero ya era muy tarde. Su rostro impactó contra la pequeña mesa de madera, donde reposaba un hermoso arreglo de orquídeas blancas, que se estrelló contra el piso y el jarrón que las contenía se hizo añicos, lanzando cristales por todo el lugar.

Deborah quedó tendida sobre su estómago, aturdida por el fuerte golpe que recibió sobre su labio superior. Sentía que los oídos le zumbaban y cuando abrió los ojos, su vista estaba borrosa. Intentó ponerse de pie, pero resbaló con el agua que se había derramado y algunas estillas de vidrio, le hirieron las manos, se quejó ante el ardor, pero un dolor mucho más fuerte comenzó a latirle allí, donde se había golpeado.

—¿Deborah, estás bien? Déjame ayudarte.

Escuchó la voz de Dominic, que evidenciaba preocupación y sintió cómo la tomaba por la cintura, para ponerla de pie. Sin fuerzas para alejarlo, le permitió que le brindase su apoyo, se puso de rodillas, llevándose las manos al labio y sintió un líquido tibio saliendo de la parte superior, cuando sus ojos vieron que era sangre, el pánico se apoderó de su cuerpo.

—¡Mierda! —exclamó Dominic, al ver la sangre que brotaba sin parar del labio de Deborah, sacó de inmediato un pañuelo de su bolsillo y estaba por hacer presión en la herida, pero ella no lo dejó—. Necesitas detener la hemorragia.

—¡No me toque! —gritó, empeorando el dolor de la herida.

Se llevó la mano para intentar hacerlo ella, pero sus dedos temblorosos no servían de nada y en segundos, estaban empapados del viscoso tinte rojo que no dejaba de salir. Ella comenzó a llorar, mientras temblaba y se puso de pie como pudo, corrió al escritorio, buscando algo que le ayudara, pero en su desesperación, no encontraba nada.

—Tenemos que ir al hospital, esa herida parece grave, Deborah. —Dominic intentó un nuevo

acercamiento.

—¡Lárguese y déjeme en paz! —El grito hizo que el corte se abriera más y ella liberó un jadeo, cargado de dolor.

—No seas terca, déjame llevarte al hospital… Te verá un médico y tomará unas puntadas, estaremos de regreso en un par de horas. —Alargó la mano, para apoyársela en el hombro, pero ella al sentir el toque, lo sacudió.

Deborah, al final dio con una caja de servilletas y tomó varias, para ejercer presión sobre la herida, que le dolía como un demonio. No podía dejar de llorar y las lágrimas saladas, solo empeoraban su dolor, las sorbía, intentando detenerlas, pero todo era imposible, tampoco podía dejar de temblar.

—Debbie. —La llamó, como hacía de niña—, por favor, vamos a un hospital. —Su tono de voz era conciliatorio.

Ella se dejó caer en un sillón, imaginando la horrible cicatriz que le quedaría y eso le causaba quizás más dolor que la herida en sí, su miedo aumentaba al ver que las servilletas seguían empapándose de sangre y no la ayudaban. Su padre tenía razón, debía ir al doctor para que detuvieran la hemorragia y le saturaran el corte, pero era tanta la rabia que la embargaba contra él, que prefería desangrarse allí.

—Si no quieres que te lleve, llamaré a emergencias para que vengan a buscarte… —dijo, sacando su teléfono.

—No quiero que haga nada… ¡Usted es el culpable!

—Fue un accidente, Deborah. —Se defendió.

—No… no lo fue ¡Usted me empujó y por eso me golpeé! —Se puso de pie, mirándolo con tanto odio que lo hizo retroceder y colgar la llamada—. Váyase ahora mismo… Déjeme en paz o iré con la policía y le diré que usted me hizo esto.

—¿Acaso te has vuelto loca? —cuestionó, asombrado.

—No, pero estoy a punto de hacerlo, así que váyase… ¡Lárguese! ¡Ya, ahora! ¡Salga de aquí! —gritó, como una posesa, sintiendo el corazón latiéndole a mil y un intenso fogaje recorriendo todo su cuerpo.

Dominic comenzó a alejarse, sin dejar de mirarla, no quería dejarla allí, pero era evidente que quedarse, solo empeoraría las cosas. Le dio la espalda, justo antes de salir, dedicándole una mirada, con la que le pedía perdón y le mostraba cuán preocupado se encontraba. Nunca quiso lastimarla, nunca en su vida lo había hecho, al menos no de manera física y le dolía mucho lo que acababa de suceder, le dolía dejarla allí, así como estaba.

Algunos de los empleados se habían reunido en el salón de la entrada, al oír el escándalo, no solo estaban alarmados por los gritos que se escuchaban en el estudio, sino que estaban listos para intervenir, de ser necesario. No habían vivido una situación como esa, desde que la señora Christie falleciera, las discusiones entre padre e hija jamás habían llegado a ese extremo.

—Señor… —Se acercó Marcus, cuando lo vio tan pálido.

—¿Gaël ya se marchó? —preguntó, sin mirar a nadie en específico, seguía muy aturdido.

—Sí, señor. Se fue hace unos minutos —contestó Marcus, sin dejar de mirarlo, aunque intentaba disimular.

—Dame las llaves del auto, me voy —pidió, viendo al hombre delante de él, como si fuese un extraño.

—Pero señor… No creo que sea…

—¡Dame las malditas llaves, Marcus! —exigió y todos los empleados se sobresaltaron, algunos hasta huyeron de allí.

—Por supuesto, señor —dijo, con tono sumiso.

Caminó hasta su habitación, que era donde guardaba todas las llaves de los autos, eran su responsabilidad, una vez que los choferes se marchaban. Martha le tenía pavor a su patrón, porque era un hombre de carácter fuerte y desde que llegó a esa casa, no había logrado superar ese miedo. Quería saber qué había sucedido y por qué la señorita Deborah gritaba así, pero no se animaba a preguntarle.

—Martha… Busca el botiquín de primeros auxilios y ve al estudio, Deborah se tropezó y se hizo una herida… Necesita de tu ayuda. —Se detuvo, al ver el gesto de horror en el rostro de la mujer—. Fue un accidente, pero el corte parece profundo; por favor, convéncela para que vaya al hospital o llama a alguien que venga a verla. Si no accede, habla con el hijo de Gaël… Seguro a él le hará caso —pronunció, esquivándole la mirada a la empleada, no soportaba ver la acusación en sus ojos.

No sabía qué hacer y por eso apeló a todo lo que pudiera solucionar lo ocurrido, incluso a dejarles ver a todos, que él no era el estúpido que creían y que también estaba al tanto de la relación que su hija tenía con el chofer. Recibió la llave de su auto y salió sin saber a dónde iría, pues Silvya también estaba molesta con él y si se enteraba de lo sucedido, se pondría peor.

Martha ni siquiera esperó a que su patrón abandonara la casa, corrió hasta la cocina y buscó el botiquín, después de eso, lo hizo hasta el despacho, donde se encontraba Deborah. La encontró hecha un mar de lágrimas, con la ropa machada de sangre, sostenía varias servilletas de papel, debajo de su nariz, con la que intentaba controlar la hemorragia.

—¡Por Dios, mi niña! —susurró, sintiéndose muy triste.

Deborah comenzó a sollozar con más fuerza, al verla llegar e hizo algo que hacía mucho no se permitía, se aferró al cuerpo robusto de la mujer, buscando consuelo en ella.

—No llores… no sigas llorando, que será peor. Ven, déjame curarte eso —mencionó, sin alejarla.

Tomó asiento junto a ella e hizo que descansara la cabeza en sus piernas, por suerte la luz en el lugar era buena y le permitía ver la herida, intentó no mostrarse impresionada, cuando ella retiró las servilletas, no quería asustarla más de lo que ya estaba.

—Es horrible, ¿verdad? —preguntó en medio de un sollozo y más lágrimas salieron de sus ojos.

—¡No! Es pequeño, fue solo un cortesito. —Le habló como si fuera una niña, pues justo así lucía Deborah en ese instante.

Deborah asintió en silencio y la barbilla le tembló, por tener que retener las lágrimas. Cerró los ojos, soportando el ardor que le provocó el roce del algodón, humedecido con alcohol antiséptico, sentía la suave caricia de Martha en su cabello y eso la hizo llorando aún más, pero se obligó a hacerlo en silencio.

—Mi niña, debemos ir al hospital, ese corte necesita de algunas puntadas… Serán pocas, pero es mejor que las hagan.

—No quiero que me vean así —contestó, escuchó que la puerta se abría e intentó levantarse.

—¿Cómo está? —preguntó Marcus.

—Fue una herida pequeña, pero necesita sutura. —Ayudó a Deborah a sentarse y le dedicó una sonrisa, limpiándole las lágrimas—. Creo que debemos llamar a Maurice, él te llevará.

—No, él tardará mucho en llegar, iré a buscar a Diego… Yo la llevaría, señorita Deborah, pero mi visión no es muy buena de noche. —Se excusó Marcus, antes de darse la vuelta, pero ella lo detuvo.

—No es necesario… Puedo esperar a Maurice —mencionó, sintiéndose nerviosa, no sabía qué

reacción podría tener Diego, cuando la viera así, ya él odiaba a su padre.

—Marcus, ve por Diego y tú Katherine, sube a la habitación y tráele algo a Deborah, para que se cambie, yo iré a ponerme otra cosa y te acompañaré. —Martha tomó el mando de la situación y nadie más se atrevió a contradecirla.

Minutos después, Diego entraba solo al lugar, porque Marcus estaba buscando las llaves, Katherine había salido para traerle un vaso con agua y azúcar a Deborah y Martha aún no regresaba. El mayordomo le dio muy poca información, pero solo bastó con que dijera que tenía que llevar a Deborah al hospital, para que él se pusiera lo primero que encontró a mano y se presentase en el estudio, donde ella se encontraba.

—¿Qué sucedió? —preguntó, caminando hasta ella y le tomó el rostro con cuidado, descubriendo la herida sobre su labio.

Deborah quiso darle una respuesta, pero en lugar de palabras, de sus labios solo salieron sollozos y sin importarle que alguien pudiera entrar, se abrazó a él, buscando consuelo.

—Fue tu padre —masculló, sintiendo que la sangre le hervía.

Ella solo asintió, esquivándole la mirada, sentía vergüenza de que la viera de esa manera, sabía que Martha mentía, pues el dolor y la cantidad de sangre que seguía derramando, le decían lo contrario. Se alejó de Diego, al ser consciente de que, si alguien entraba y los veía así, su secreto quedaría al descubierto.

—Voy a matar al maldito… lo voy a matar —pronunció con los dientes apretados, buscó la mirada azul y le tomó la mano para acariciarla—. Te prometo que le haré pagar por esto que te hizo, se va a arrepentir —dijo, determinante.

Ella dejó escapar un par de lágrimas, que se deslizaron gruesas por sus mejillas, suspiró para parar con eso ya, porque odiaba ser débil y ese día se había mostrado muy vulnerable delante de todos. Sintió el suave beso que Diego le dio en la frente y ese gesto le dio consuelo a su corazón; se alejaron, al sentir pasos que provenían del pasillo.

CAPÍTULO 37

Diego contó con la suerte de no haber llegado solo con Deborah al hospital. Si no hubiera contado con la presencia de Martha, lo más probable es que lo hubieran detenido, creyendo que él había sido el causante del daño, pues Deborah se desmayó antes de llegar al hospital. La falta de alimento y la pérdida de sangre hicieron estragos en ella.

Él bajó con rapidez, dejando el auto mal estacionado y la tomó en brazos, para llevarla con uno de los doctores de emergencia, no pudo disimular su angustia delante de Martha, aunque lo intentó, pero por suerte, la mujer estaba tan asustada como él y no le prestó atención a su actitud. Después de media hora, los dejaron pasar a verla, la tenían en una camilla de los cubículos y estaba dormida, por el sedante que le pusieron para el dolor. La doctora les informó que le habían realizado algunas placas, para descartar cualquier daño por el golpe.

Ninguno de los dos sabía qué decir, cuando les preguntaron cómo había sucedido el accidente. Por suerte Martha se las ingenió, diciendo que ella se había resbalado en la bañera, solo esperaba que Deborah respaldara su versión o si no, se meterían en problemas con el oficial que les tomó la declaración. A Martha la dejaron quedarse junto a Deborah, pero Diego tuvo que permanecer en la sala de espera, estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas y las manos cruzadas en su boca.

«Esta te la cobro, Dominic Wallis. Aunque tenga que hablar con los muchachos del barrio y pagarles para que te den una buena paliza, lo haré. Te voy a enseñar que a las mujeres no se les pega, malnacido… Te voy a reventar el alma a patadas, estaré allí y lo haré yo mismo.»

Pensaba, mientras recordaba el dolor que vio en la mirada de Deborah, en cuanto entró al estudio. Ella no merecía que ese maldito la tratase como lo hacía, ningún padre debía maltratar a un hijo y menos si es mujer, era un cobarde de mierda.

Deborah fue dada de alta, casi a las tres de la mañana, las placas no mostraron daños; la herida sobre el labio, solo se llevó tres puntadas internas, porque era profunda y tres superficiales. Le quedaría una leve cicatriz, que podía hacer desaparecer con una cirugía estética nada complicada, después de pasadas dos semanas, según le contó la doctora que la atendió. Eso lo comentaba Martha, mientras iban de regreso a la mansión, pues Deborah seguía algo adormecida por los calmantes.

Diego la llevó en brazos hasta su habitación, a pesar de sus protestas, quería valerse por sí sola, pero fue evidente que no podía hacerlo, cuando se tropezó con sus pies y casi cae. Él la depositó con cuidado en su cama, tenía pensando retirarse en cuanto lo hiciera, pero Deborah se lo impidió.

—Quédate un minuto. —Le susurró al oído y lo miró a los ojos, después buscó a Martha, que entraba por la puerta—. Tengo mucha sed… ¿Puede ir y traerme un poco de agua, Diego?

—Por supuesto, señorita Deborah —mencionó él, siguiéndole el juego y le dio la espalda.

—No te preocupes, hijo… iré yo, también estoy muerta de sed, mejor quédate aquí por si a Deborah se le ofrece algo y necesita ayuda, regreso enseguida —indicó y después que lo vio asentir, volvió por donde había llegado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó en voz baja, arrodillándose junto a la cama, una vez que se cercioró de que estaban solos.

—Como una tonta… Todo me da vueltas.

—Es el efecto de los medicamentos, en cuanto despiertes, te sentirás mejor. —Se acercó y le dio un beso en la frente.

—Ahora estarás castigado… No vas a poder besarme en los labios por varios días —dijo ella, frunciendo el ceño.

—Esos no son los únicos labios que me gustan besar, tienes otros que también me enloquecen —mencionó con picardía y le acaricio con suavidad el pubis.

—¡Ay! —Ella se quejó, pues esas palabras la hicieron sonreír y la herida se tensó ante el gesto.

—No se ría, señorita Wallis. La necesito recuperada muy pronto —comentó, entregándole un guiño.

—Vamos a hacerlo, Diego —pronunció, mirándolo.

—¿Hacer qué? —inquirió, sorprendido y desconcertado.

—Vamos a matarlo —respondió con serenidad.

Diego la miró, sorprendido, por lo fácil que lo dijo, como si estuviera pidiéndole una taza de café o la hora, estudió la mirada de Deborah y era insondable, no parecía haber emociones en ella, ninguna. Pensó que debía ser el efecto de las drogas y no le respondió, pero ella lo sujetó del brazo, para captar su atención y habló.

—No quiero seguir viviendo así… Tengo que liberarme y eso solo sucederá, si él muere. Tenemos que matarlo, Diego. —Esta vez su voz mostraba la súplica en cada palabra.

—Deborah, le podemos dar una lección, ya pensé en ello y cumpliré mi promesa de cobrarle esto que te hizo… Pero matarlo, es otra cosa… No podemos matarlo, es tu padre —expresó, mirándola a los ojos, para que entrara en razón.

—No lo es… Él no es mi padre. —Soltó esas palabras que iban cargadas de rabia y en ese instante de certeza.

Él se quedó viéndola, perplejo. No podía creer lo que Deborah le decía y después de varios segundos, le adjudicó su reacción a la rabia que sentía. Ella no podía estar hablando en serio, todo el mundo sabía que era la única hija del viejo Wallis, sabía que se llevaban mal, pero solo eso. No le había escuchado a ninguno de los empleados decir algo contrario.

Estaba por responderle, cuando escuchó los desgastados tacones de Martha, resonando en el piso de madera, se puso de pie con rapidez y le esquivó la mirada a Deborah. No sabía qué decirle o cómo actuar ante esa petición de ella, era algo demasiado arriesgado, él había estado en prisión por posesión de drogas, no por asesinato, eran dos cosas muy distintas.

—Yo me retiro, para que pueda descansar, señorita —mencionó, cuando sus miradas se encontraron. La de ella le exigía una respuesta, así que asintió, para salir del paso, pero ya después le diría que no—. Que descanse.

—Gracias, Diego. Igual usted —lo despidió y lo siguió con la mirada, hasta que salió de la habitación.

Apoyó la cabeza en la almohada, dejando libre un suspiro pesado. Debía convencer a Diego de hacer lo que le había pedido, era arriesgado, pero lo haría, lo haría o de lo contrario, sería ella la que acabaría muerta.

◆◆◆

Maurice llegó esa mañana muy temprano a la mansión Wallis, el sol ni siquiera salía y la mayoría de los empleados estaban durmiendo todavía, pero como él tenía llaves de la puerta de

la cocina, no tuvo problemas para entrar. No pudo seguir esperando para ver a Deborah, necesitaba comprobar que estaba bien, para poder estar tranquilo. La noche anterior apenas había dormido, se sentía inquieto y sabía que esa sensación de zozobra tenía que ver con ella.

Estaba por salir de la cocina, para ir hasta la habitación de Deborah, cuando vio entrar a Martha. La mujer, como siempre, era un reloj, aunque se le notaba algo cansada; le dedicó una sonrisa, saludándola con un beso y un abrazo.

—Buenos días, madrina.

—Buenos días, hijo. Llegas muy temprano hoy, parece que te caíste de la cama —comentó, mientras buscaba para hacer café.

—La verdad no pude dormir bien anoche —confesó, tomando asiento, ya no podía escabullirse.

—Aquí tampoco lo hicimos… —Se interrumpió, sin saber si era prudente contarle a Maurice lo sucedido.

Se concentró en preparar el café, dándose tiempo para buscar la mejor manera de decirle, después de todo, su ahijado merecía saberlo, él estaba enamorado de Deborah.

—¿Y eso por qué? —preguntó, recibiendo la taza con café.

Martha se sirvió una ella también y se sentó antes de hablar, dejó escapar un suspiro, para después fijar su mirada en él.

—El señor Dominic y Deborah discutieron anoche…

—Ya lo sospechaba —comentó Maurice, frunciendo el ceño, sabía que ella no se quedaría tranquila.

—Fue muy fuerte, los gritos se escuchaban hasta fuera del despacho… —Bebió un trago y continuó—: ella tropezó con una mesa y se golpeó, haciéndose una herida, tuvimos que llevarla al hospital para que la atendieran —mencionó con pesar, al recordar la escena.

—¿Dónde está? —preguntó Maurice, quien se había puesto blanco como una hoja de papel, se puso de pie enseguida.

—En su habitación, debe estar dormida por los sedantes… —Lo vio salir corriendo de la cocina—. Maurice, espera, no puedes subir, ella necesita descansar. —Salió tras él, pero era muy tarde, ya subía las escaleras y no lo detendría.

Él entró con cuidado a la habitación de Deborah, no quería hacer algún ruido que fuera a despertarla y alertar a alguien más de su presencia allí, había actuado de manera irracional, pero no pudo evitarlo, necesitaba ver con sus propios ojos lo que había sucedido y más allá de eso, le urgía hacerle saber que estaba allí, que iba a protegerla del miserable de Dominic.

La habitación estaba en penumbras, así que caminó despacio, para no tropezar. Cuando su vista logró ajustarse a la oscuridad, pudo divisar la figura de Deborah en medio de la cama, estaba cubierta por gruesas cobijas y dormía profundamente. Se quitó el saco, dejándolo sobre el diván frente a la cama y se metió bajo las sábanas, se pegó a ella con suavidad, envolviéndola en sus brazos, la escuchó gemir y después susurrar algo.

—Ya… Sigue durmiendo, estoy aquí para cuidarte, mi amor. —Le dijo al oído, mientras le besaba el cuello y el hombro.

—Maurice… Quédate aquí.

Deborah descubrió que era él, aún en medio de ese estado de sopor, ningún otro hombre la abrazaba ni le hablaba de esa manera, solo él y era porque la amaba, porque en verdad la amaba. Suspiró, sin abrir los ojos y acarició el brazo que le rodeaba la cintura, su mundo sería perfecto si se redujera a ese instante, sin dolor ni complicaciones.

Sin embargo, cuando a su mente llegó la imagen de Diego, su fantasía se esfumó, dejándola

envuelta en tinieblas, haciéndola consciente de que le sucedería lo mismo que a su madre. Su vida también estaría divida entre dos hombres y eso la haría un infierno. Dejó escapar un sollozo, al sentir que el peso de esa verdad la aplastaba, pero de inmediato sintió que el abrazo que Maurice le daba, se hacía más estrecho, que él intentaba salvarla, como siempre. Era tonto, nunca se daba por vencido.

Maurice siguió velando el sueño de Deborah, no podía dormir, pues en su cabeza daban vueltas cientos de ideas, necesitaba hallar la manera de sacar a su mujer de esa casa antes de que el malnacido de Dominic fuera a hacerle algo peor.

—No imaginas lo que daría por verte así todas las mañanas, por despertar abrazado a ti, mi amor… Te amo Debbie, te amo con mi alma —susurró y después le besó el cabello, suspiró, cerrando los ojos, mientras rogaba que el tiempo corriera más lento, que él no tuviera que alejarse de ella nunca más.

El sueño de Deborah había sido intranquilo, hasta antes de que Maurice llegara, luego de eso, fue profundo y reparador, era como si él fuera capaz de alejar todos sus demonios. Cuando despertó, la herida le punzaba, causándole un dolor agudo, no igual al de la noche anterior, pero la hacía consciente de que estaba allí.

Parpadeó con lentitud, para ajustar su vista a la oscuridad que reinaba en la habitación, las cortinas estaban corridas y solo un delgado halo de luz, se colaba por debajo, iluminando el piso de madera. Se movió despacio, para no despertar a Maurice, creyendo que estaba dormido. Él se movió, haciéndole ver lo contrario, la pegó a su cuerpo, besándole el cabello y de no ser por el temor de lastimar su herida, hubiese sonreído ante ese gesto tan cariñoso que le entregó.

—Necesito ir al baño —pronunció, para que él la escuchara y la liberara del abrazo.

—Claro… Yo te llevaré. —Maurice se incorporó.

Hasta ese momento, no le había visto bien la herida, no quiso moverla para examinarla y que ella despertara, intentó no fijarse en ese momento tampoco, para no hacerla sentir mal.

—No hace falta, Maurice… Puedo hacerlo sola —dijo, evitando que la tomara en brazos, no le gustaba sentirse como una inútil—. ¿Hace cuánto que estás aquí? —preguntó, buscando la hora en el reloj digital, eran casi las ocho.

—Unas tres horas… Quería ver que todo estuviese bien.

—Pues ya ves que no —comentó, con evidente molestia.

Entró al baño, cerrando la puerta. Una cosa era que ellos tuvieran sexo y otra que compartieran cosas tan íntimas como que la viera orinar, sabía que tener pudor después de diez años de relaciones era algo estúpido, pero había cosas que no deseaba cambiar. Después que terminó, se acercó al espejo y su curiosidad la llevó a mirarse la herida, separó un poco el parche de su piel y alcanzó a ver los puntos, de inmediato los ojos se le llenaron de lágrimas y el pecho se le encogió.

—Te odio… te odio —pronunció en voz baja, dejando el llanto correr por sus mejillas—. Te vas a arrepentir de esto. —Aseguró, clavando su mirada cargada de odio en el reflejo de sus ojos en el espejo y se limpió el llanto con brusquedad.

Tomó su cepillo de dientes, dispuesta a continuar con su vida, pero no podía evitar lastimarse mientras los lavaba.

—¡Maldición! —gritó, sintiéndose frustrada y tiró el cepillo en el lavamanos, abrió el grifo y tomó agua, para retirar el exceso de crema dental.

—¿Estás bien? —preguntó Maurice, entrando y su mirada encontró la de Deborah, a través del espejo.

—Sí… —respondió, tomando una toalla de mano.

La rabia la hizo lastimar la herida de nuevo, volvió a quejarse y salió de allí empujando a Maurice con el hombro, al pasar por su lado. Se sentó en el borde de la cama, llevándose las manos al rostro, para ocultar su llanto, mientras todo el cuerpo le temblaba; enseguida sintió el peso de Maurice, sentándose a su lado y sin mirarlo, se volvió para abrazarlo, hundiendo su rostro en el cálido pecho de él, quien la abrazó para consolarla.

—Ya… ya no llores, mi amor. No llores Debbie, vas a estar bien. —Le acariciaba la espalda, casi arrullándola, como si fuera una niña y le besaba el cabello.

—No… no voy a estar bien, estoy espantosa, esa maldita herida me dejará una cicatriz horrible —expresó, entre sollozos.

—¡Hey! No digas eso, tú eres la mujer más hermosa que existe en el mundo y una cicatriz no cambiará eso nunca. —Aseguró, buscando su mirada y cuando la atrapó, le dio un beso en la nariz y sonrió al ver que ella hacía un mohín—. Hoy te veo igual de bella que ayer.

—No digas mentiras… No intentes engañarme y no me tengas lástima, odio eso y lo sabes —exigió, alejándose de él.

—Sabes muy bien que no te miento, para mí siempre serás la mujer más encantadora, aunque te quedes tuerta.

Ella lo miró, asombrada y él sonrió, acariciándole las mejillas.

—Muy gracioso, señor Favre —masculló y frunció el ceño.

—Me encanta hacerte reír —esbozó, acariciándole con cuidado el labio inferior, deseándolo, pero su deseo de cuidarla fue más poderoso y no se acercó para besarla.

—Pues pasará tiempo para que pueda hacerlo de nuevo. —Deborah no pudo esconder el gesto de tristeza en su rostro.

—No solo tus labios saben sonreír, tu mirada también lo hace y cada vez que eso sucede, me enamoras más —dijo, fijando su mirada en esas gemas azules y Deborah le entregó ese gesto, del cual le hablaba, haciendo que su sonrisa fuera más amplia—. Justo allí está… Esa sonrisa también me enamora.

—¡Ay! —exclamó ella, llevándose dos dedos a la herida, pues las palabras de Maurice la hicieron sonreír de verdad—. Creo que no puedo hacer solo una cosa a la vez. —Rodó los ojos, fingiendo fastidio y le alegró ver sonreír a Maurice de nuevo.

Él le tomó el rostro entre las manos, con cuidado y lo llenó de besos, deslizando sus labios por cada espacio, hasta llevarlo a sus labios, los cuales rozó con tal delicadeza que ella tuvo que preguntarse si de verdad lo había hecho.

—Ven conmigo, Debbie… Salgamos de aquí y no regresemos nunca más —susurró contra sus labios, mirándola a los ojos y la petición también estaba reflejada en ellos.

Deborah tragó, para pasar el nudo de lágrimas que enseguida se formó en su garganta, sus pupilas se movieron con nerviosismo por las de Maurice, quien la miraba fijamente y sintió el corazón hacérsele un puño y comenzar a golpear con fuerza dentro de su pecho, suspiró, para evitar que sus emociones se desataran en una tempestad.

—Maurice… Yo no puedo irme de aquí —contestó, esquivándole la mirada y se alejó de él.

—Por favor, Deborah ¿Qué vas a esperar? ¿A que Dominic te haga daño de nuevo? —preguntó, sintiéndose furioso y frustrado, mientras la miraba.

—Primero lo hago yo —dijo con la voz cargada de odio y se volvió a mirarlo, para que supiera que hablaba en serio.

—Lo que harás es acabar como tu madre, si no sales de esta casa ahora —se arrepintió cuando vio que eso la había herido, se llevó la mano al cabello, descargando allí la rabia por su estúpido error—. Debbie… Por favor, ven conmigo.

—¡¿A dónde, Maurice?! ¿Ir contigo e internarme en esa pocilga donde vives?, ¿quedarme allí estancada, en el maldito papel de la perfecta ama de casa y ver cómo todo el mundo avanza, menos yo? Lo siento, pero no lo haré. —Deborah dejaba salir la rabia que sentía a causa de sus palabras.

—Lo único que te pido es que salgas de aquí, si no quieres ir a mi casa, no tienes que hacerlo —mencionó, sintiendo que la molestia también se había instalado en su interior—. Para eso tienes dinero suficiente como para comprar un apartamento, para hacer la vida que desees y salir adelante sin tu padre.

—No haré eso, porque sería dejarlo ganar, sería dejarlo derrotarme y prefiero morir, antes que eso pase —expresó, temblando de ira, mientras lo miraba.

—¡Perfecto! Entonces los dos acabarán matándose… ¿Sabes qué, Deborah? Se nota que son padre e hija, ambos son orgullosos y tan malditamente tercos, que nunca dejarán de lado ese odio, no lo harán porque es la única manera que tienen de demostrarse los sentimientos. —Maurice cada vez elevaba más la voz y aunque intentaba controlarse, no podía.

—Sal de aquí ahora —ordenó, dándole la espalda.

—Por supuesto, esta es la manera en cómo tú solucionas las cosas, como todos los Wallis lo hacen, ¡dando órdenes! —Caminó hacia la puerta, pero se detuvo antes de abrirla, dejando escapar un suspiro—. A veces es preferible tener una derrota y no que tu vida se convierta en un infierno.

Después de decir esas palabras, salió sin volverse a mirarla, no quería hacerlo y terminar allí, rogándole, como siempre. Estaba cansado de tener que ser el ancla de Deborah, el que estuviera allí siempre y que al final, ella no hiciera otra cosa que despreciar todo lo que le ofrecía, que pisoteara sus sentimientos.

Deborah se quedó allí, mirando el espacio vacío y un jadeo escapó de sus labios, ante la impresión que le causó ver a Maurice marcharse, pero ese sentimiento fue reemplazado de inmediato por el hueco que se le abrió en el pecho, al ver que él la había dejado sola, aun sin importarle su estado y lo que le había ocurrido. Se dejó caer en el diván, llorando amargamente.

CAPÍTULO 38

El resto del día lo pasó sentada en el sillón, con la mirada perdida en el jardín, el cual estaba casi en su totalidad pintado de tonos rojos y naranjas, mientras que el suelo cerca de los inmensos árboles estaba cubierto por una alfombra de hojas secas. La puerta a la terraza estaba cerrada, pues Martha le dijo que el aire frío podía hacerle daño, ella había estado allí hacía un par de horas, acompañándola, le llevó un caldo para que se alimentara y también le curó la herida.

Sabía que estaba intrigada por la visita de Maurice de esa mañana, pues le había mencionado algo a la espera de que le dijera algún comentario por su parte, pero no le dijo nada, porque no quería hablar de él, ya había llorado mucho y sentía que no tenía lágrimas, así que se mantuvo en silencio, durante la mayor parte de la visita de la cocinera, para no terminar como horas atrás, cuando Maurice la dejó.

Dejó escapar un suspiro, cerrando los ojos, al sentir que nada llenaba el vacío que sentía y esos recuerdos contra los que siempre luchaba, se apoderaban de ella una vez más, aunque esta vez no opuso resistencia, porque ya no tenía fuerzas para hacerlo y tampoco quería. Tal vez llenar su corazón de odio, le ayudaría a mantener la decisión que había tomado esa madrugada.

◆◆◆

Se miraba en el espejo, con una gran sonrisa, llevándose las manos al cabello, para mantener el peinado que le había hecho su nana y esperaba mostrarle a su padre en cuanto llegase, era su cumpleaños número ocho y él le había prometido una gran sorpresa. Se imaginaba alguna bella muñeca o un inmenso peluche, tal vez accedería a comprarle una mascota, le gustaban todos los animales y cualquiera que le regalara, la haría feliz.

Sin embargo, lo que más la emocionaba, era que su padre por fin regresaría de ese viaje de negocios tan largo, había estado lejos de casa por más de una semana y lo extrañaba muchísimo, esperaba que regresara siendo el mismo papá de antes, ese que la consentía todo el tiempo y no ese en que se había convertido en los últimos meses.

Vio entrar a su madre a la habitación y caminó desfilando para ella, al tiempo que en sus labios se mostraba una amplia sonrisa, una idéntica a la de Christie en ese momento, quien le abrió sus brazos para recibirla y llenarla de besos.

—¿Crees que a papi le guste? —preguntó, con sus hermosos ojos azules llenos de expectativa.

—¡Claro que sí! Se va a caer sentado en cuanto te vea.

Deborah asintió en silencio, sonriendo y se preparó para ser la protagonista de su fiesta de cumpleaños; bajó en compañía de su madre hasta el jardín, que se encontraba decorado con globos de vivos colores, cintas, lazos y todo tipo de adornos, que hacían lucir el lugar como el castillo de una princesa. Christie no había escatimado en gastos y hasta había enviado a hacer un escudo azul y plateado, donde resaltaba una gran W en dorado, que hacía lucir la inicial de su apellido, como hecha en oro.

Las horas pasaban entre risas, juegos y alegres canciones, ese día era casi perfecto para Deborah, quien solo esperaba por alguien. De vez en cuando miraba a su madre, pidiéndole una explicación, pero ella solo le sonreía y la animaba a seguir disfrutando de su fiesta.

La tarde ya estaba cayendo, por lo que muchas de las madres comenzaron a insistirle a Christie para que cantaran el cumpleaños y cuando se lo anunció a Deborah, ella no quiso, porque su padre no se encontraba presente.

—Mi amor… La fiesta debe terminar, tus amigos tienen que regresar a sus casas —decía, intentando explicarle.

—No me importa… Yo solo quiero que papi llegue —dijo, en medio de sollozos —. No quiero pastel, no quiero nada.

—Debbie, tu papi va a llegar, seguro que esa sorpresa que te trae es muy pesada y por eso no ha llegado aún —dijo, intentando animarla y le secó las lágrimas con los pulgares.

—Dime que sí va a venir. —Rogó, con sus ojos azules colmados del llanto que seguía derramando.

—¡Por supuesto que va a venir! —expresó con certeza—. Debes dejar de llorar así, o te pondrás fea y arrugada, como una pasa… y no quieres que él te vea así, ¿verdad? —preguntó y su hija negó con la cabeza, Christie le hizo algunas cosquillas, para sacarle una sonrisa, lo consiguió y después le besó las mejillas—. ¡Ven, vamos a cortar ese pastel que está delicioso!

Deborah caminó junto a ella, de regreso a la fiesta, pues se había escapado a la casa, porque no quería seguir respondiendo a sus amigas, cuando le preguntaban por qué su papá no estaba allí. Las llamas de las ocho velas danzaban ante sus ojos, mientras entonaban el «Feliz Cumpleaños». Al final, Christie le recordó que pidiera su deseo y ella cerró los ojos con fuerza.

«Deseo que mi papá llegue pronto, que me traiga un hermoso regalo y juegue conmigo toda la noche.»

Terminó con sus tres deseos y abrió los párpados, mostrando una radiante sonrisa, antes de soplar las velas. Tuvo que poner todo su esfuerzo, para conseguir apagarlas a la primera. Sus amigas se acercaron para abrazarla y las mamás de ellas también, todas las hermosas señoras le entregaban sus mejores deseos.

Las ilusiones de Deborah iban desvaneciéndose, a medida que pasaban los minutos y su padre no aparecía por ningún lado. Cuando todos los invitados se fueron y ella quedó junto a su madre, mirando el camino de entrada a la mansión, ya no pudo seguir manteniendo sus esperanzas, rompió a llorar y corrió hasta su habitación, quería quedarse allí para siempre.

—Debbie… Mi amor, no llores. —Christie entró y comenzó a acariciarle la espalda, que le temblaba a causa de los sollozos.

—Él ya no me quiere… Se olvidó de mí —expresó con la voz ahogada por la almohada, donde hundía el rostro.

—¡No! Claro que no… No digas eso Debbie, tu padre te adora, hija… Es solo que tiene muchos compromisos, pero él me prometió que estaría aquí y lo va a cumplir —mencionó, queriendo consolarla, se acostó a su lado y la abrazó con fuerza—. Hoy jugaste mucho, debes estar agotada… Por qué no duermes un rato y cuando despiertes, seguro que Dominic estará aquí, con un inmenso regalo para ti —sugirió, sonriéndole.

—¿Lo prometes? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Lo prometo —contestó Christie, sonriendo y le dio un beso en la frente, para después pegarla a su pecho, arrullándola hasta hacerla dormir.

Christie se quedó allí, velando el sueño de su hija, mientras lloraba en silencio, para no despertarla, odiándose por lastimar de esa manera a su pequeña princesa, porque era inocente de todos sus errores, pero también odiando a Dominic, por castigarla a través de Deborah. No tenía sentido ese rencor que se había despertado en él, hacia su niña y solo esperaba que, por su bien, eso que había hecho, no fuera de manera consciente o saldría de allí, llevándose a Deborah con

ella.

Escuchó el motor de un auto y con cuidado, apoyó a su hija en la cama, para no despertarla. Salió de la habitación, con la esperanza de que quien había llegado, fuera Dominic y viniera dispuesto a compensar su ausencia en el cumpleaños de Deborah. Efectivamente, lo vio entrar con su maletín en mano, nada más, no traía ni siquiera un presente para su hija y eso le rompió el corazón, no podía creer que fuese tan desalmado.

—¿Olvidaste qué día es hoy? —preguntó, deteniéndolo antes de que subiera las escaleras, al tiempo que lo miraba con rabia.

—Acabo de ver los globos en la entrada… En verdad lo siento, el viaje fue espantoso, se estalló un neumático y casi nos salimos del camino —respondió, excusándose en eso.

—¿Y acaso no pudiste acercarte a una cabina telefónica, para al menos llamarla? ¿No pudiste ni siquiera comprarle un regalo? —cuestionó furiosa, con un deseo enorme de pegarle y borrar esa maldita indiferencia que veía en su rostro.

—¡Por favor, Christie! ¡No me jodas en este momento! Me siento muy cansado y no estoy para reclamos —advirtió, esquivándola para seguir con su camino.

—¡Tú nunca estás para nada! Últimamente haces un viaje tras otro y a tu familia que se la lleve el demonio. —Ella lo sujetó del brazo, ya estaba harta y no seguiría callándose.

—Eso no debería molestarte… después de todo, tienes más libertad para que puedas meter a tu amante y revolcarte con él donde se te pegue la gana.

—Dominic… Por favor —susurró, bajando la cabeza.

—Desde ese día, lo último que deseo es estar en esta casa y menos en tu presencia, si permití que te quedaras, fue para evitar un escándalo y para que Deborah no sufriera las consecuencias de tu traición… pero no me pidas nada más, porque no lo tendrás. —Sentenció, retomando su camino.

Ella no estaba dispuesta a rendirse tan fácil, aunque había pasado meses rogándole a Dominic por su perdón, lo haría el resto de su vida si era necesario, lo único que deseaba era que volvieran a ser la familia feliz que tiempo atrás fueron. Lo detuvo antes de que entrara a su habitación, sujetándolo con suavidad por el brazo y buscó esa mirada gris que deseaba le entregara el mismo amor que la hizo tan feliz y por el mismo que no se rendiría.

—Dominic… Yo sé que fallé y no te pido que me perdones, no te pido que olvides todo de la noche a la mañana. —Le mantuvo la mirada, intentando ver más allá de esa expresión, que no le decía nada, suspiró, negándose a ceder—. Pero Debbie no tiene la culpa de nada… Por favor, no le hagas esto a nuestra hija, no la hagas pagar por mis errores, porque no es justo y tú eres un hombre justo —pidió, con los ojos colmados de llanto.

Él se quedó en silencio, mirándola e intentando no caer en el embrujo que esa mirada azul creaba a su alrededor, quería poder liberarse del deseo y del amor que Christie le seguía inspirando, pero al mismo tiempo, sentía que la deseaba como nunca, que ella era y sería la única mujer en el mundo que haría latir su corazón, como lo hacía en ese instante.

—Estoy cansado… Tal vez mañana le compre algo… —dijo, liberándose del agarre, al tiempo que se odiaba por ser tan débil y estar a punto de creerle una vez más.

—Debbie te esperó toda la tarde… Se puso su mejor vestido y se arregló el cabello, solo para que la vieras hermosa —dijo con rabia, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas, sorbió con fuerza—. Tuve que convencerla para que cortara el pastel, porque no quería hacerlo sin ti y no te imaginas lo que me dolió verla llorar, porque resulta que el padre a quien adora se olvidó de su cumpleaños… Ya que a él le resulta más importante cerrar un negocio, que estar a su lado —mencionó, temblando de la rabia, sin poder contener su llanto.

—No seas exagerada… Ya te dije que mañana lo solucionaré, le traeré un peluche enorme, como le gustan y se pondrá feliz.

—Tú le rompes el corazón a tu hija y crees que un maldito juguete puede solucionarlo… ¡Eres un miserable, Dominic Wallis! ¡En mala hora vine a quedarme embarazada de ti! —gritó, sin poder contener la ira que viajaba en sus venas.

Él se acercó, con andar amenazante y la tomó de los brazos con fuerza, para mirarla a los ojos, el celeste habitual había desaparecido, dejando solo unas pupilas oscuras y cargadas de odio, acercó su rostro a Christie, para hablarle.

—¿De mí? ¿De mí, Christie? —preguntó, mientras la zarandeaba y su aliento se estrellaba en el rostro de la mujer.

—Ya basta… ya basta —rogó, en medio de sollozos lastimeros y un torrente de lágrimas—, acaba con esto de una vez, Dominic… Hay métodos para que te liberes de dudas, yo estoy dispuesta a hacer lo que me pidas, pero acaba con esto ya.

Él la soltó, al ser consciente de que estaba perdiendo los estribos y nunca había sido un hombre violento. Se llevó la mano a la nuca, para aliviar la tensión que estaba a punto de romperlo y suspiró, intentando calmarse. No quería mirar a Christie, para no sentirse culpable, pero sobre todo, para no sentirse tentando a creer en sus mentiras y que ella lo engatusara de nuevo.

Sin decirle nada, regresó sobre sus pasos, haciéndolo de manera apresurada, para huir de ella y desapareció en el pasillo, llegó hasta el auto, al cual subió, para minutos después salir de la propiedad e internarse en el camino, que comenzaba a cubrirse por las sombras de la noche.

Deborah había despertado en cuanto escuchó la voz de su padre, salió de la cama con rapidez, calzándose las zapatillas y se miró al espejo, para acomodarse, esperando que él viera lo hermosa que se había puesto, abrió la puerta y estaba por salir, cuando vio que una vez más, ellos estaban discutiendo y todas las cosas que se dijeron, le dolían mucho, aunque no las comprendía a cabalidad.

Cerró de nuevo y se tumbó en la cama a llorar, porque tal como había dicho Christie, Dominic le había roto el corazón y esa fue solo la primera vez, de muchas.

Dos horas después, su padre la despertaba, dándole suaves besos en el cabello, pero ella no quería abrir los ojos, porque le dolían de tanto llorar y sabía que lucía fea, como una pasa, hundió el rostro en la almohada, negándose a verlo.

—Debbie… Princesa, despierta, mira lo que te traje —susurró él, sacando una hermosa muñeca de una bolsa de juguetería, contó con la suerte de encontrar una abierta.

—No quiero nada —masculló, aferrada a la cobija.

—No digas eso… Se pondrá triste y venía muy feliz cuando le dije que la había comprado para una hermosa niña, llamada Deborah Wallis —comentó, haciéndole cosquillas.

Ella comenzó a reír, sin poder evitarlo y giró, quedando de frente a su padre. La sonrisa en su rostro se hizo más amplia, al ver la hermosa muñeca que él tenía en sus manos; se incorporó, quedando sentada y la recibió con un brillo en la mirada, que hacía que sus ojos lucieran más hermosos. Se puso de rodillas en la cama, dejando el regalo de lado y llevó sus brazos al cuello de su padre, para darle un largo beso en la mejilla; después, lo miró a los ojos, sintiéndose en verdad feliz.

—Gracias papi… Es hermosa.

—Tú lo eres más, luces como una princesa… Me gusta mucho tu vestido —mencionó él, abrazándola y por un instante, se obligó a olvidarse de esas dudas que lo torturaban.

—¿Quieres que lo desfile para ti? —preguntó con entusiasmo y se movió con rapidez, para

bajar de la cama.

—Por supuesto, seré el jurado principal del *Miss América* —respondió riendo y adoptó una postura seria, para seguirle el juego a Deborah, descubriendo que cada día estaba más bella.

Christie vio, cuando Dominic llegó con el regalo y pensó que debía aprovechar esa oportunidad, necesitaba recuperar a su familia y alejar los fantasmas que atormentaban a su esposo. Fue a la cocina, para buscar un pedazo de pastel y subió hasta la habitación de su hija; se emocionó al ver la escena.

—Te traje pastel —mencionó, captando la atención de los dos y se acercó hasta su esposo.

—Está riquísimo, papi. Tienes que probarlo. —Deborah también se unió a su madre y le robó parte de la cubierta dulce.

—Claro. —Recibió el pastel, sin mirar a su mujer y lo comió todo junto a Deborah, dándole la razón, estaba muy bueno.

Después de unos minutos, ya la niña estaba lista para dormir, se había quitado el vestido, aunque no quería; se bañó y Christie estaba cepillándole el cabello, ante la mirada embelesada de Dominic. Él intentó marcharse, pero ellas no lo dejaron y como se sentía con cargo de conciencia, no pudo negarse.

—¿Puedo dormir con ustedes? —pidió Deborah, antes de meterse a la cama, como su madre le indicaba.

—Mi amor… Tu papi está cansado del viaje y…

—Por favor, por favor papi… di que sí. —Se aferró al cuello de su padre—, todos los días soñaba que volvías, pero cuando despertaba, no estabas… Así que quiero asegurarme, que mañana, todavía estarás con nosotras. —Sus expresivos ojos azules, no dejaron escapar la mirada de Dominic un segundo.

—Está bien, vamos —dijo, tomándola en brazos.

Mientras caminaba, hacia su habitación, sentía que cada paso era más pesado y sus músculos estaban rígidos, no había compartido la cama con Christie desde hacía dos meses.

—Si deseas, yo puedo dormirla, mientras tú te duchas… y después, la llevamos de regreso hasta su habitación —mencionó Christie, aprovechando que Deborah estaba peinando a su muñeca y no los escuchaba.

Ella deseaba más que nada en el mundo volver a sentir el amor de su esposo, pero no quería que fuera bajo presión, necesitaba enamorar de nuevo a Dominic y hacer que la deseara como al principio, pero sabía que debía tener paciencia.

—No hay problema… Me quedaré hasta que se duerma y después, iré a otra habitación —comentó, sin mirarla.

Se acostaron en la cama, dejando a Deborah en medio, ya Christie tenía su ropa de dormir, un sugerente camisón de seda con transparencias, de los que siempre usaba. Dominic se quedó con el pantalón gris y la camisa en tono guayaba.

—Buenas noches, Debbie. Sueña con los angelitos —dijo, dándole un beso en la frente.

—Buenas noches, papi. —Ella subió para darle un beso en la mejilla y se tendió de nuevo en la cama—. ¿No le darás un beso de buenas noches a mami? —preguntó, pues le resultó extraño.

Los esposos se miraron, tensándose y no encontraban las palabras para darle una explicación a su hija, al final, Dominic tomó el asunto en sus manos y se acercó a Christie, dándole un suave toque de labios; ella lo prolongó, apoyando su mano en la nuca de él, para evitar que se alejara.

Después de unos minutos, Deborah se había quedado dormida, Dominic se puso de pie, dispuesto a irse, Christie dejó escapar un suspiro pesado, sintiéndose frustrada y lo detuvo.

—No descansarás con esa ropa —mencionó, levantándose y caminó hasta el armario—. ¿Por

qué no te duchas, mientras te busco un pijama? —sugirió, sin mirarlo, para no mostrarse muy interesada, le estaba dando su espacio.

—Está bien… No tardo.

Entró al amplio cuarto de baño de su recámara y le pareció un tanto extraño, hacía mucho que no lo usaba, pues en los últimos días, había estado de viaje u ocupando otra habitación, cuando se encontraba allí. Se despojó con rapidez de su ropa y se metió bajo la regadera, el agua templada, fue bien recibida por su cuerpo, que comenzó a relajarse; por error, destapó el gel de baño de Christie y sus sentidos fueron golpeados por una descarga de deseo, que hizo reaccionar a su cuerpo.

Ella dudó mil veces, antes de entrar al baño, sabía que se exponía a otro cruel rechazo por parte de Dominic, pero necesitaba hacer algo, no podía quedarse de brazos cruzados, debía aprovechar esa oportunidad. Se quitó la ropa con agilidad, siendo silenciosa y entró a la ducha.

—Christie… ¿Qué haces…? —Se volvió a mirarla, sorprendido y la visión de ese espectacular cuerpo, que lo volvía loco, fue demasiado para su voluntad—. Esto no solucionará nada… Lo sabes, ¿verdad? —cuestionó, acudiendo a su cordura.

—Lo único que sé, es que te deseo… que deseo a mi esposo, haciéndome el amor, apoderándose de mí, de mi alma —contestó, besándole el cuello y llevó su mano al miembro, para tocarlo, necesitaba que dejara de pensar y se limitara solo a sentir—. Tócame, Dominic… tócame, por favor —rogó, antes de devorarle la boca, en un beso que no le dio tregua.

Él cedió ante ese poderoso deseo, que lo empujaba y lo atrapaba, dejándolo sin escapatoria, mientras sus manos hicieron fiesta en el cuerpo de Christie, arrancándole gemidos y jadeos. El encuentro de sus cuerpos fue excitante, pero demasiado rápido, para saciar las ansias acumuladas en ambos, así que dejaron a Deborah durmiendo en su habitación y se escaparon a otra, para tener sexo durante toda la noche. Se quedaron dormidos casi al amanecer, desnudos sobre las sábanas, impregnadas del sudor y la esencia que se liberó de las explosiones de sus cuerpos.

Despertaron y se quedaron en silencio por varios minutos, observándose, temiendo que una palabra pudiera romper ese equilibrio perfecto que habían conseguido. Él no quería hablar y cuando vio que ella intentaba hacerlo, la calló haciéndole el amor de nuevo, esta vez lo hizo con pausa y a consciencia, con la luz del día bañando sus cuerpos.

Cuando bajaban, para desayunar en compañía de su hija, que, por suerte, no notó su ausencia la noche anterior, lucían como la familia que meses atrás había sido.

—¡Papi! —exclamó Deborah, cuando sus ojos se toparon con el inmenso oso de peluche blanco, que se encontraba en el salón de la entrada—. ¡Qué hermoso es, me encanta! —Se liberó del agarre de su madre y corrió hasta el muñeco, comenzó a tocarlo, mirándolo con emoción.

—Dominic… ¡Qué hermoso! —esbozó Christie, sonriendo.

—Yo no he comprado eso —masculló, bajando las escaleras con desconcierto y un mal presentimiento—. ¿Quién trajo esto, Marcus? —preguntó al mayordomo y esperaba o mejor dicho, deseaba, que el hombre le dijera que había sido su padre.

—Llegó hace una hora, señor. Viene con una tarjeta a nombre de la señorita Deborah y de madame Christie.

Dominic vio la tarjeta roja, que colgaba del cuello del peluche y la quitó de un tirón, sus pupilas se pasearon por las letras, al tiempo que su pecho se llenaba de ira y el corazón le latía tan fuerte, que el pecho le dolía. Miró el regalo con desprecio, para después darle una patada, lanzándolo al piso.

—¡Papi! —gritó Deborah, asombrada, haciendo un puchero.

Él ni siquiera la miró, se dio la vuelta y caminó en dirección a Christie, quien lo veía con

asombro y algo de miedo.

—Creo que él intenta ser mejor padre que yo —pronunció, con los dientes apretados y le estrelló el sobre en los senos.

—¿De qué hablas? —preguntó ella, liberando un jadeo.

—Averígualo tú misma, aunque quizás ya lo sepas, pues de algún modo tuvo que enterarse de su cumpleaños.

Caminó, dejando a Deborah llorando en el salón y a Christie sin poder creer lo que había sucedido, mientras él sentía que el fuego de los celos lo calcinaba. Una vez más, el infierno abría sus puertas y arrastraba a la familia Wallis a su interior.

CAPÍTULO 39

Deborah regresó de sus recuerdos con el rostro bañado en lágrimas y el corazón hecho un puño dentro de su pecho, sentía que hasta respirar le dolía y aunque apretó los párpados con fuerza, para borrar de su cabeza esos recuerdos, le resultó imposible. Se puso de pie, sintiendo el cuerpo entumecido, por todas las horas que estuvo allí sentada, miró a su alrededor y la noche ya caía, sumiendo en penumbras la habitación, encendió la luz y caminó hasta el baño, para prepararse la bañera.

Escuchó que llamaban a la puerta, pero no deseaba ver a nadie, así que no respondió, apagó la luz, para hacerles creer que se encontraba dormida y volvió al baño. La persona que llamaba se fue al no recibir una respuesta y ella se sintió relajada de nuevo, no quería explicarle a nadie porqué lucía tan devastada, mucho menos, que la miraran con lástima, con la misma maldita lástima que había inspirado desde niña.

Duró casi una hora en la bañera, mientras luchaba contra la estúpida tristeza que no la dejaba en paz, necesita salir de allí y distraerse o tal como le dijo Maurice, terminaría como su madre: Tomando un frasco de pastillas y ahogada en la bañera. La imagen la hizo estremecer dentro del agua que comenzaba a enfriarse y con rapidez se puso de pie.

Se envolvió en un mullido albornoz morado y evitó mirarse en el espejo, porque sabía la imagen que debía tener y no quería ser consciente de ella. Se puso un conjunto de pantalón largo y camiseta de tiras en algodón y encajes, era ese tipo de prendas que usaba en el invierno, sentía mucho frío y no era uno que proviniera del exterior, sino de dentro de ella.

Aunque dijera que no le importaba, le dolía saber que su padre no había ni siquiera llamado para saber cómo estaba.

Diego se encontraba en su habitación, tendido en su cama, con la mirada clavada en el techo, era cerca de medianoche, pero él no lograba dormir y el motivo era su preocupación por Deborah, tuvo que contenerse en más de una ocasión durante el día, para no escabullirse en la mansión e ir a verla.

Las respuestas que le dieron Martha y Katherine no satisfacían su curiosidad, no quería exponerse delante de ellas, así que no insistió más y tuvo que conformarse, pero la angustia seguía latente.

—Diego… ¿Qué te está pasando con esa mujer? —Se preguntó en voz alta, sintiendo el corazón acelerársele al recordarla.

Suspiró, cerrando los ojos, intentando dejar de pensar en Deborah. No tenía sentido eso que estaba sintiendo por ella y sería una gran estupidez alimentar algo que no tenía futuro, él sabía perfectamente que las mujeres como ella, jamás se quedaban al lado de un hombre como él.

Podían ser el juguete que la entretuviera por algún tiempo, pero tarde o temprano la aventura terminaría. La vida no era una película, donde las distancias sociales desaparecían, en la realidad todo era una mierda y ellos se quedarían justo donde estaban.

—¡No, no me jodas con eso, Diego! Tú no te vas a quedar aquí… —Se aseguró, abriendo los ojos y después chasqueó los labios con fastidio—. Pero ella tampoco lo hará, al menos no a tu lado y ni siquiera junto al imbécil del chofer, por mucho que estudie para estar a su altura, jamás lo estará.

Eso le dio cierto alivio, pues odiaría en verdad ver a Deborah junto a Maurice. Si debía perderla, que fuese por un hombre contra el que no pudiera luchar, porque tuviera el dinero que no tenía él o esos malditos apellidos rimbombantes que los ricos buscaban, pero no con aquel cabrón, que no era más que él. Se concentró en seguir las notas de la canción que sonaba en ese momento y cerró los ojos, para intentar conciliar el sueño.

(Do I wanna know?)
If this feeling flows both ways
(Sad to see you go)
Was sorta hoping that you'd stay
(Baby we both know)
That the nights were mainly made for saying
Things that you can't say tomorrow day.

La letra de *Do I Wanna Know*, era la descripción perfecta de la escena que vivía en ese instante y una sonrisa afloró en sus labios, al ver lo irónica que era esa casualidad. Acomodó la almohada bajo su cabeza, suspirando de nuevo y de pronto sintió que la puerta se abría. Se giró con rapidez y grande fue su sorpresa, cuando se encontró con la figura de Deborah debajo del umbral; estaba iluminada apenas por la luz grisácea de la luna, que se colaba por el techo de cristal del invernadero y le daba un aspecto tan hermoso que era casi irreal, como si fuese una ninfa.

—Hola. —Lo saludó, entrando al lugar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, saliendo de ese estado de embelesamiento y se puso de pie—. Deberías estar en tu habitación, descansando… Estás fría —dijo, sintiendo la piel de sus mejillas, cuando le tomó el rostro entre las manos.

—No podía dormir… No quería estar sola —confesó, mirándole el pecho, no quería dejarle ver sus debilidades.

—Somos dos los trasnochados… Ven, quédate conmigo —mencionó, tomándola de la mano y llevándola hasta la cama.

—No lo sé… Creo que no fue buena idea venir.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó, con el ceño fruncido.

—Es qué… —Se detuvo, observando el cuerpo desnudo de Diego y todo dentro de ella se tensó—. La doctora me recomendó que no tuviera sexo al menos en tres días y…

—Y haces bien en seguir sus indicaciones —completó él y sonrió al ver el desconcierto en la mirada de Deborah—. ¿Acaso no me crees capaz de estar en una cama con una mujer, sin que sea para coger? —Elevó una ceja, mirándola fijamente.

—La verdad… —Deborah negó con la cabeza.

—¡Mujer de poca fe! —exclamó, sintiéndose ofendido.

—¿Acaso alguna vez lo has hecho? —inquirió, fingiéndose seria y cruzándose de brazos.

—¡Por supuesto! Cuando tenía siete años y dormía con la abuela —contestó, dejando escapar una carcajada al ver el gesto de ella entre desconcierto y rabia, porque se había burlado.

Deborah le dio un golpe en el hombro, sintiendo el fuerte músculo bajo la piel tatuada, pero no pudo resistirse al encanto que irradiaba Diego o a esa sonrisa que él pocas veces dejaba ver y era tan hermosa. Él se acercó, envolviéndola en sus brazos y ella se dejó guiar hasta la cama, mientras lo miraba a los ojos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, acariciándola.

—No me duele… Los medicamentos han hecho su función —contestó, enfocándose en su

estado físico, pues no deseaba hablar del emocional, se acostó, haciéndole espacio a Diego, para que él lo hiciera junto a ella—. Espera… Ponte algo antes de meterte a la cama. ¿Por qué siempre andas desnudo?

—Porque no hay nadie aquí que me impida estar así y es más cómodo. —Se encogió de hombros.

—Con este frío, lo dudo… Ya ve a vestirte —ordenó, porque verlo desnudo, la excitaba y se suponía que solo dormirían.

Él comenzó a reír, disfrutando de la reacción de Deborah, era demasiado evidente y verlo así, la ponía caliente. Le acarició la espalda, dándole un beso en la frente, pensando que se había convertido en un estúpido blandengue junto a esa mujer, era a la primera que besaba de esa manera, pues ni con su madre lo había hecho nunca, de seguro se decepcionaría si lo viera.

Caminó hasta el pequeño armario donde guardaba sus pocas pertenencias y tomó un pantalón de chándal negro, se lo puso y regresó a la cama, para dormir junto a Deborah, esas dos palabras no parecían conjugar bien dentro de su cabeza, sonaban extrañas incluso en pensamientos.

—¿Complacida? —preguntó, abrazándola.

—Sí… ¿En serio no te da frío? Este lugar no es muy cálido que se diga —comentó ella, que lo sentía y estaba más vestida que él.

—No, soy un hombre de sangre caliente. —La sonrisa en sus labios se hizo más amplia, cuando ella rodó los ojos—. Atrévete a decir que es mentira —dijo, retándola.

—Eres tan engreído… además, mentiroso. Ya te veré en invierno, a ver si sigues manteniendo esta costumbre y el frío haga que se te congelen…

—Eso nunca, las pelotas es lo que más caliente tengo. —La detuvo, jugándole una broma y soltó una carcajada.

—¡Hablaba de los pies, tonto! No de tus… ¡Eres tan vulgar!

—Soy sincero, si quieres las tocas y verás que están bien calientes —sonrió con picardía, invitándola.

—Creo que mejor me voy. —Se movió, para salir de la cama.

—No, ven, quédate… Te prometo que me portaré bien.

—Pues hazlo o tendré que irme, no puedo estar aquí contigo, tentándome todo el tiempo y pretender que deseas dormir.

—Está bien, me quedaré callado… Tampoco es fácil para mí tenerte aquí y controlar las ganas que tengo de…

—Vuelves a decirlo y me voy, pero antes te pego —indicó, posando sus dedos en los labios de él.

Diego sonrió, satisfecho al ver el poder que tenía sobre Deborah, hasta hacía unos minutos se preguntaba qué sentido tenía esa relación, en ese instante lo veía claramente y se sentía cómodo con ello, no necesitaba de nada más que el maravilloso sexo que Deborah le daba, solo coger y disfrutar con ella. Elevó las manos en un gesto de rendición y se acostó, dejando que ella se apoyara en su pecho, cerró los ojos sin dejar de sonreír.

Deborah se sintió a salvo con ese cambio de actitud de Diego, ella también se moría por tener sexo con él, pero la sola idea de lastimarse y que eso tuviera consecuencia en la cicatrización de la herida, la llenaba de horror. Ya bastante tenía con tener que lidiar con ese espantoso parche por varios días y después con una intervención para borrar la marca.

El silencio le permitió escuchar la música que sonaba en ese instante y le sorprendió ver cuán variado era el gusto musical de Diego, a veces escuchaba unas canciones que le hacían sangrar los oídos, pero justo en ese instante, tenía una de sus favoritas, cerró los ojos, dejándose envolver

por los sonidos de *Secrets* de *OneRepublic* y la suave caricia que él le brindaba en la espalda.

Tell me what you want to hear
Something that will light those ears
Sick of all the insincere
I'm gonna give all my secrets away
This time, don't need another perfect lie
Don't care if critics ever jump in line
I'm gonna give all my secrets away.

Algo dentro de ella comenzó a despertar y la empujaba a abrirse con Diego, a contarle su vida y cada herida que le había causado Dominic Wallis, quería que él comprendiera porqué le había pedido que la liberara, que lo asesinara. Quería, no, necesitaba que escuchara de sus labios todo el daño que le había causado ese que las personas creían su padre, pero que no lo era y quizás conociendo su verdad, podría ayudarla a acabar con todo lo que él representaba y que no la dejaba ser feliz.

—Una noche cuando tenía siete años… Un hombre, amigo de mi madre, llegó a la mansión, se mostró muy amable conmigo y me miraba como si me conociera de siempre, su nombre era Leonard, solo eso supe de él esa noche… eso y que llegó a destrozar a mi familia. —Comenzó con un tono de voz que parecía ausente de sentimientos.

Diego se movió un poco, para mirarla a los ojos y comprender lo que ella estaba a punto de decirle, no porque no entendiese sus palabras, sino porque sospechaba que esa era una verdad, que nadie más conocía. Deborah clavó su mirada en él, confirmándole lo que pensaba y después la desvió de nuevo, posándola en un punto lejano dentro de la habitación.

Los planes que tenían de dormir se esfumaron en ese instante, él se quedó en silencio, dejándola desahogarse con total libertad, sintiendo que debía escucharla, porque Deborah Wallis al igual que él, no era de las personas que se abrían de esa manera y se aseguró de valorar el voto de confianza que le daba.

◆◆◆

Diez días después de su accidente, Deborah se encontraba mucho mejor y había tenido el tiempo suficiente para armar un plan, después de que le contase a Diego el infierno en el cual había vivido, él se mostró más receptivo con su idea. Aún tenía dudas y ella también, pero eran mayores las certezas, sobre todo cuando hablaban del dinero que ella heredaría y del cual por supuesto, él tendría una buena parte.

Sin embargo, no era sencillo planear el asesinato de alguien tan importante como Dominic Wallis, debían ser muy cuidadosos y planear el crimen perfecto. Lo primero que se planteó fue que volvería a la empresa y actuaría como la hija amorosa, no podía dejarle ver a nadie que odiaba a su padre.

También estaba el asunto del dinero, tenía que asegurarse que Dominic le dejaría toda su fortuna y para eso necesitaba ver antes el testamento, no podía solo confiar en la *"buena voluntad"* de Dominic, porque podía darle una desagradable sorpresa, heredándole todo a alguien más y dejándola a ella en la calle o bueno, sin la parte que por derecho le correspondía.

Miró la hora en su elegante reloj de pulsera y dejó escapar un suspiro, demostrando su impaciencia. Había citado a George Stevenson para almorzar en su casa y el hombre tenía quince

minutos de retraso.

Ni siquiera tenía apetito, pero no soportaba que fuesen impuntuales y menos cuando se encontraba tan ansiosa; intentó relajarse, recordando que debía actuar de manera casual, el abogado menos que nadie debía sospechar.

Después de cinco minutos, al fin le anunciaron que el hombre había llegado y la esperaba en el salón, ella se miró en el espejo, aprobando el sencillo pero elegante vestido vino tinto que se había puesto metió las manos por su brasier, elevando sus senos para hacerlos ver más voluptuosos y sensuales, a través del escote profundo del vestido.

—Bueno, Debbie. Debes convencer a ese idiota de que te dé lo que deseas, no puedes aceptar un no por respuesta. —Se dijo, mirándose al espejo, para infundirse confianza.

George se sentía muy apenado por haber hecho esperar a la mujer que había conquistado su corazón, tenía más de una semana sin verla y estaba a punto de volverse loco, no sabía por qué Deborah Wallis se había convertido en una obsesión.

Quizás era porque después de cuatro meses, aún no había conseguido ni siquiera un beso y no es que fuera un casanova, pero para un hombre de su edad, era una vergüenza que no hubiera logrado un avance con una mujer como ella.

—Mi querida Deborah, te pido perdón mil veces por haberme retrasado, el tráfico estaba insoportable. Están haciendo unas reparaciones en el puerto y tiene a medio Nueva Orleans hecha un caos. —Se excusó, en cuanto la vio bajar las escaleras y se acercó a ella para saludarla con besos.

—Por favor, George, no tienes que disculparte… por el contrario, soy yo la que te debe una disculpa, por haberte hecho venir hasta aquí, con todas las ocupaciones que debes tener, soy una desconsiderada —dijo, recibiendo los besos del hombre en cada mejilla y después lo miró a los ojos—. Pero debo confesar que me alegra muchísimo verte.

—Dejaría tirado hasta al mismo presidente por venir a verte Deborah, sabes que tú eres muy importante para mí.

—Eres tan especial… Por favor, acompáñame, que me harás sentir peor, si sigo quitándote tiempo —mencionó, tomándolo por un brazo, para caminar con él hasta el comedor.

La que no deseaba seguir perdiendo el tiempo con él era ella, no soportaba la presencia del hombre o esa estúpida sonrisa que se apoderaba de sus labios cada vez que estaban juntos y que la obligaba a ella a mantener una también, siempre terminaba con las mejillas adoloridas por tener que fingir tanto.

Las empleadas sirvieron el exquisito menú que Deborah escogió para ese día, al menos era una de las pocas labores que seguía llevando en esa casa y en las que su padre no interfería. Intentó actuar de manera natural los primeros minutos y dejó que el hombre disfrutara de la comida, necesitaba que se relajase para poder ir al grano.

—Deborah… Esto está delicioso, tu cocinera tiene manos mágicas y tú un don para brindar solo lo mejor. —La halagó, saboreando cada bocado con verdadero deleite—. Es el mejor arroz *Jambalaya* que he probado en mucho tiempo.

—Me alegra que te guste, la verdad estaba algo dudosa de qué ofrecerte, tu familia es de las más tradicionales y antiguas de la ciudad, por lo que supuse que estabas acostumbrado a disfrutar de recetas deliciosas —mencionó, para tener eso como tema de conversación, mientras buscaba en su cabeza las palabras adecuadas para dar inicio a lo que le interesaba.

—Pues te has lucido con este almuerzo… Daría lo que fuera por disfrutar de tu compañía y esta comida todos los días de mi vida —expresó, tomándole la mano con suavidad, al tiempo que la miraba a los ojos, fue demasiado directo, pero no se arrepintió, tal vez había llegado el

momento de serlo.

Deborah luchó por mantener la sonrisa en sus labios y no arrebatarle la mano, en verdad le caía mal ese estúpido hombre, suspiró y aprovechó que terminaban, para invitarlo a tomar el postre en la terraza, por lo general ella lo hacía en ese lugar.

—George… El motivo por el cual te invité hoy a almorzar fue primero que nada para verte, porque disfruto mucho de tu compañía. —Inició la que debía ser una de sus mejores actuaciones, suspiró para hacerla más dramática—. Sin embargo, también existe otro… La verdad no sé cómo iniciar esta conversación —mencionó sin mirarlo a los ojos.

—Por favor, puedes hablar con confianza, Deborah… Somos amigos. —Él aprovechó para tomarle la mano de nuevo.

—Es algo muy delicado… Yo… —Hizo una pausa adrede y suspiró de nuevo—. George, sé que tú eres el abogado de mi padre y que le debes fidelidad a él, que existen cosas que tu ética no te permite… y por eso no quisiera ni siquiera hablarte de este tema, créeme, no lo haría si no lo considerara tan vital.

—¿A qué te refieres, Deborah? —preguntó, mostrándose preocupado mientras la miraba a los ojos.

—El… el testamento de mi padre está en tu posesión, ¿verdad? —Tanteó el terreno antes de lanzarse de lleno.

—Sí, por supuesto, como su abogado, soy el encargado del documento, aunque no conozco su contenido, pues fue redactado por mi padre —respondió sintiéndose desconcertado.

—Yo… George, yo quisiera saber si existe alguna posibilidad de conocer su contenido en este momento, antes de que mi padre fallezca. —Se arriesgó, haciendo la petición sin rodeos.

George se quedó en silencio cerca de un minuto, tenso como la cuerda de un violín, mientras analizaba las palabras de Deborah, después se obligó a meterse en la piel del profesional.

—Tal como mencionaste, es algo que escapa de mis manos, Deborah. Podría meterme en un problema muy grave si accedo a lo que me pides y esto llegara a saberse.

—Nadie tiene porqué enterarse, te prometo que nadie lo hará, George… pero en verdad necesito tener esa información —rogó, tomándole las manos y fijando la mirada en él.

—¿Por qué es tan importante esto justo ahora? Hasta donde sé, tu padre es un hombre sano, no padece ninguna enfermedad ni algo que te haga desear ver ese contenido —mencionó, anteponiendo sus deseos a su deber como abogado.

—¡Gracias a Dios mi padre está bien! Y espero que sea así por mucho tiempo, George. La verdad no sé qué haría sin él a mi lado… El día de la presentación, me salvó de hacer el ridículo, me vio tan nerviosa que me preguntó si estaba preparada, le contesté que no y él se encargó de todo por mí…

—Yo pensé que tu padre se había apoderado de tu idea.

—Pensaste mal. —Apuntó de manera tajante, para hacerle creer que lo que decía era verdad —, él en realidad hizo que el proyecto fuera un éxito, tiene la experiencia de la que yo carezco y no te imaginas lo agradecida que estoy y estaré siempre por ese gesto… Dentro de unos días regresaré a la empresa y estoy dispuesta a aprender todo lo que pueda de él, será mi mentor —dijo, intentando no ser tan efusiva, cuando vio que George la miraba con algo de desconfianza.

—No hubiera creído que las cosas se dieron de esa manera, mucho menos después de la forma en cómo saliste del salón ese día. —Recordó cómo se le veía llena de rencor.

—Me sentía avergonzada, por eso me marché así… Fue tanta mi depresión, que me puse mal y me caí en la bañera, por eso me lastimé. —Esa era la mentira que había planeado decirles a todos, no daría un paso atrás en su plan—. George, sé que te puede parecer algo extraño todo

esto… pero mis intenciones no son perjudicarte, no haría algo como eso nunca.

—Deborah… Sabes bien que yo haría lo que fuera por ti, pero cosas como esas… No lo sé, es arriesgado; además, todavía no me has dicho para qué deseas esa información. —Mantuvo la mirada en ella, para evitar que le mintiera.

—Deseo mudarme… e invertiré el dinero de la herencia que me dejó mi abuelo para comprar un apartamento y necesito estar segura de que mi padre me dejará una buena parte de la herencia, para poder solventar mis gastos en un futuro.

—No entiendo, ¿y las acciones? —inquirió.

—Comprometí parte de las acciones en este proyecto y para ti no es un secreto que la empresa no está en su mejor momento; además, mencionaste el otro día lo de los préstamos, necesito saber que tendré algo para vivir y que mi padre no me dejará en la calle o pondrá todo a nombre de Silvya.

George se quedó en silencio unos segundos, analizando las palabras de Deborah y les encontró sentido, todo el mundo sabía de la relación entre Dominic y su asistente, así que el miedo de Deborah tenía lógica; sin embargo, no era fácil acceder a lo que le pedía, estaba poniendo en riesgo su carrera.

—Deborah, primero, no creo que tu padre sea tan miserable como para dejarte sin un centavo, segundo… Si te dejo ver el documento, estaría rompiendo la cláusula de confidencialidad y eso me puede costar la licencia.

—Por favor, George, no seas tan severo. Mira, yo no tengo que ver el documento… Solo necesito saber si estoy allí y cuánto es el porcentaje de la herencia que me corresponde, solo eso —pronunció, tomándole la mano de nuevo—. Por favor, ayúdame con esto y estaré eternamente en deuda contigo, te prometo que haré lo que me pidas cuando me toque pagarte… Y yo siempre pago mis cuentas. —No pudo seguir quedándose en su zona de confort, debía ofrecerle algo a cambio o él no le daría nada.

George una vez más guardó silencio, dudando entre lo que era correcto y lo que él deseaba, se llevó las manos a la cabeza ausente de cabello, para frotarla varias veces.

«Si le doy lo que me pide, puede que más adelante obtenga lo que deseo o no, tengo que hacer que se comprometa en serio y eso solo lo conseguiré llevándola a mi terreno de juego.»

Pensó antes de darle una respuesta, bajó la cabeza para ocultar su sonrisa y negó como queriendo decir lo difícil que le resultaba ceder, pero al ver que ella se alejaba, habló al fin.

—No puedo citarte en mi despacho y mostrarte el testamento, porque podemos levantar sospechas… —Se detuvo, para provocar más expectativa en ella—. Lo más conveniente será que nos veamos en mi casa, llevaré el testamento y podrás leerlo con comodidad… Prometo además cocinar para ti, soy un excelente chef —pronunció, sonriéndole.

Deborah supo que el muy maldito la tenía en sus manos, si se negaba, no tendría nada de él; se sintió acorralada y en ese momento, comenzó a odiarlo en verdad. Tragó en seco, para pasar esa sensación de asco que le revolvía las entrañas y se obligó a mostrar su mejor sonrisa.

—¡George, eres maravilloso! Te juro… te juro que nadie se enterará de esto y, además, te prometo que tendremos una velada que no olvidaremos jamás… Muchas gracias por ayudarme. —Le tomó las manos y se acercó para darle un beso en la mejilla, haciendo su mejor esfuerzo para que fuese un gesto sugerente.

Él se sintió completamente realizado, al fin conseguiría lo que tanto había deseado, a Deborah Wallis y la tendría una noche entera para hacer realidad todas las fantasías que se había imaginado con ella, se prometió hacer que ese riesgo valiera la pena y que esa mujer quedara deseosa de regresar a él.

CAPÍTULO 40

Maurice había estado toda la semana intentando una reconciliación con Deborah, pero ella seguía manteniéndolo a raya, al menos ya había dejado de ignorarlo, aunque aún no le permitía acercarse ni siquiera cuando estaban a solas. La vio en compañía del abogado de Dominic y se sintió extrañado, hasta donde tenía entendido, ella no soportaba a ese hombre y solo lo trataba por protocolo, pero en ese instante, se le veía muy a gusto junto a él, le sonreía e iban tomados del brazo.

Se quedó escondido detrás de unos de los pilares de la fachada y observó la escena, mientras ella se despedía de George Stevenson. Sintió como si le patearan las pelotas, al ver las libertades que se tomaba ese miserable, de abrazarla y besarla, tan cerca de los labios, que daba la impresión de que fuera sobre ellos o al menos él deseaba pensar que no lo hacía allí y lo peor de todo, era ver que Deborah no lo rechazaba ni ponía distancia.

—¿Está todo bien? —preguntó, cuando la vio subir la escalinata, notándola algo preocupada.

—¡Demonios, Maurice! —exclamó, sobresaltándose y lo miró con rabia—. ¿Por qué todo el tiempo tienes que darme estos sustos? —cuestionó, dándole la espalda.

—Siempre he actuado de la misma manera, no sé por qué ahora esto te asusta, ¿qué ocurre, Deborah?

—Nada, no ocurre nada… y deja ya de hacer tantas preguntas, pareces policía. —Caminó hacia la entrada, escapando de él.

Maurice no se quedaría con esa respuesta y la siguió, miró a su alrededor, comprobando que no había nadie en el salón, la tomó por la cintura y prácticamente la arrastró hasta su estudio.

—Espera… Maurice, ¿se puede saber qué demonios te pasa? —inquirió, asombrada, intentando liberarse.

—Necesito que hablemos.

Deborah accedió, aunque de mala gana. Se sentía furiosa por encontrarse en las manos del maldito abogado y lo último que deseaba, era lidiar con Maurice también, en ese preciso momento no deseaba ver a nadie y mucho menos hablar con nadie, lo único que necesitaba era subir a su habitación, cambiarse e ir al gimnasio para descargar toda su furia en la clase de kickboxing, que había dejado de lado por la herida.

—Ok, perfecto, ya estamos aquí. Ahora dime qué deseas y que sea rápido, porque tengo cosas que hacer —indicó, mirándolo a los ojos, mientras se apoyaba en el escritorio.

—Esta última semana has estado muy extraña, me esquivas y no deseas hablar de lo que está pasando, y no se te ocurra decir que nada, porque sabes que no te creeré, así que habla de una buena vez —exigió, manteniéndole la mirada.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó, elevando sus brazos en un gesto de fastidio—. Estar encerrada aquí, me pone de mal humor. Me había acostumbrado a una rutina en la empresa y he decidido regresar, por eso estaba Stevenson aquí hoy… —contestó lo primero que se le vino a la cabeza, aunque no todo era improvisado, suspiró, liberando la presión en su pecho.

—¿Después de lo que Dominic te hizo, piensas volver? —Maurice estaba perplejo ante esa noticia.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que me quede aquí encerrada, demostrándole que obtuvo lo que

quería, que me venció? De eso ni hablar, voy a regresar y voy a poner las cartas sobre la mesa esta vez… además, fuiste tú quien me dijo que yo obtuve de cierto modo mi victoria; bueno, ahora quiero disfrutar de ella —esbozó, acariciándole el pecho, mientras le miraba los labios.

—Eres idéntica a tu padre…

—¡No me compares con él! —expresó con rabia e intentó alejarse, pero Maurice la detuvo.

—Lo siento… Sé que lo odias y tienes motivos, no volveré a hacerlo nunca más, Debbie. —Se disculpó, mirándola a los ojos.

—Está bien. —Ella recapacitó, no debía demostrar un odio tan abierto hacia su padre, ni siquiera delante de Maurice, suspiró llevando sus manos a los hombros de él—. Tampoco es que lo odie, es solo que necesito sanar mis heridas, para poder convivir con él. ¿Sabes algo Maurice? Empiezo a cansarme de vivir de esta manera, entre discusiones y desprecios, que solo nos hacen daño… La verdad es que deseo que todo termine, que seamos una familia normal y nos tratemos como padre e hija.

Él ladeó su cabeza, para mirarla como si la estudiase, quería comprobar que la mujer a su lado era en verdad Deborah o se la habían cambiado, tal vez el golpe había tenido consecuencias severas y apenas se estaban dejando ver.

—No me mires de esa manera —reprochó Deborah, removiéndose, pues la hacía sentir extraña.

—Estoy evaluando qué tan fuerte fue el daño que te causó la contusión, ¿estás segura de que las pruebas no arrojaron daño cerebral? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡Maurice, eres un estúpido! —Se quejó y al escucharlo reír, hizo un puchero, pero se vengó, golpeándolo en el pecho.

—¡Ay! Y tú una salvaje —mencionó, apretándola con fuerza entre sus brazos, al tiempo que empezaba a darle suaves toques de labios.

—Bueno, resulta que planeaba ir al gimnasio a mis prácticas de kickboxing, cuando usted me detuvo señor Favre, así que ahora le toca servirme de instructor y recibir los golpes —mencionó, dándole uno más en el hombro, mientras sonreía con malicia y disfrutó de verlo quejarse.

—Tengo una mejor idea, practiquemos otra cosa mucho más entretenida y que te hará sudar igual. —Comenzó a subirle el vestido, al tiempo que su mirada se posaba en el escote.

—No, no te lo has ganado —Deborah le apartó las manos.

—¡Vamos, Debbie! No seas mala… Me has tenido más de una semana en abstinencia y te recuerdo que soy un hombre, mi carne es más débil, así que puedo…

—¿Que puedes qué? —preguntó, tomándole el mentón con la mano, en un gesto rudo y lo miró a los ojos.

Por lo general, no actuaba de esa manera, pero ese tipo de juegos que hacía con Diego, le excitaban mucho y quiso ponerlos en práctica también con Maurice, sabía que quizás era una estupidez, porque contaminaría una relación con otra; sin embargo, no pudo evitarlo y se vio encarándolo de la misma manera en que Diego lo hacía con ella.

—¿Celosa? —preguntó él, intentando no mostrarse muy emocionado, pero la verdad era que lo estaba.

—¿Yo? ¡Por favor! No vas a encontrar a nadie mejor en toda Nueva Orleans. —Se dio la vuelta, moviendo su trasero.

De inmediato sintió la protuberancia, que era la muestra fehaciente de la erección de Maurice. Se dio a la tarea de rozarlo con absoluto descaro y se llevó una mano de él al seno, para que se lo acariciara, mientras ella gemía, apoyando la cabeza en el hombro de su amante. Eso era mejor que darle explicaciones o profundizar en el hecho de su regreso a la empresa, sabía que Maurice

dejaba de cuestionar todo lo que decía o hacía, cada vez que ella le insinuaba sus deseos de tener sexo con él.

Deborah sabía cómo hacer que terminara rendido a sus pies, cómo despertar cada fibra de su ser y ponerlo a clamar por más de eso que le daba. Hizo más contundente el movimiento de su mano sobre el turgente seno y deslizó la otra, debajo del vestido, llegando al pequeño panty, que ya imaginaba era de esos que ocultaban muy poco y lo ponían muy caliente.

Sus dedos comenzaron a serpentear sobre la delicada piel del pubis, hasta llegar a los resbaladizos y voluptuosos pliegues, donde se hundieron; gimió contra la nuca de ella, al sentir esas exquisitas contracciones que los capturaron y con agonizante lentitud, fue penetrándola, al tiempo que presionaba con su pulgar, el brote de nervios que se tensaba más y más.

—¿Ya me lo gané? —preguntó en un susurro, al oído de Deborah y acarició con su lengua la sensible piel de la oreja.

Ella gimió, pero no le dio la respuesta que esperaba, así que hizo sus movimientos más rápidos y cuando vio que la respiración de Deborah se volvía más pesada, delatándole que estaba cerca del orgasmo, se detuvo.

—No… no hagas eso, por favor —rogó, con los ojos cerrados y se movió, buscando la fricción que la hiciera correrse.

—Tienes que ganártelo —respondió, sonriendo contra su cuello y le sacó los dedos para que no pudiera hacer nada.

Deborah inspiró, sintiéndose frustrada y pensó en una manera rápida de conseguir lo que deseaba de él, movió las cosas del escritorio, haciendo espacio y apoyó los codos sobre el cristal, al tiempo que movía su peso de un pie a otro, para hacer que sus nalgas se movieran, invitándolo.

—¿Lo quieres o no? —preguntó, mirándolo por encima del hombro y sonrió con malicia, al ver que él tragaba en seco.

Ella no cedía ante las demandas, ella las creaba y a esas alturas, Maurice debía saberlo, pero si no era así, se lo demostraría.

Él enloqueció ante la invitación de Deborah y no perdió el tiempo, le subió la tela del vestido, amontonándola en la cintura, para después con agilidad, bajarle la prenda íntima hasta los muslos y se puso de cuclillas, dejando que su aliento cubriera ese lugar por el cual moría, le dio un par de besos, compartiendo la humedad de ella, con la que colmaba su boca; la sintió estremecerse y eso lo excitó mucho más.

Deborah movió una de sus manos, para posarla en la cabeza de Maurice y mantenerlo allí, hasta que encontrase lo que deseaba; sin embargo, él tenía otros planes, así que una vez más, se alejó y cuando estaba por protestar, lo sintió llenándola con un asalto tan contundente, que la hizo jadear con fuerza.

—Maurice… —pronunció, con la voz enronquecida, por ese placer que hacía espirales dentro de ella.

Cerró los ojos, dejando todo su placer en manos de él, sintiendo cómo a cada segundo que pasaba, se elevaba, rozando con sus dedos la cima del éxtasis, casi nunca se quedaba en una actitud pasiva en sus relaciones, pero en ese instante, se lo permitió, le encantaba ese ritmo exacto que Maurice le daba a sus caderas, la manera en cómo la seducía con movimientos lentos, que después se desbocaban en esas acometidas rápidas y certeras, sentía el orgasmo crecer dentro de su cuerpo.

—Debbie… Qué hermosa eres, mi diosa… mi amante —hablaba, mientras disfrutaba de la visión de sus cuerpos uniéndose y de todas las sensaciones que viajaban por su cuerpo; se tensó, reteniendo su liberación—. Mi mujer… Eres perfecta.

Ella sonrió ante sus palabras, la hacían sentir orgullosa y la satisfacción que le provocaban, aumentaba su excitación; movió sus caderas hacia atrás y en círculos, para recompensarlo y abrió los ojos, para mirarlo por encima del hombro.

Justo en ese instante, la figura de Diego se atravesó en el ventanal, no se paró a observarlos, solo caminaba por allí, ella dudaba que los hubiera visto; sin embargo, eso hizo que la excitación de Deborah se fuera en picada y los nervios se apoderaran de ella, inspiró con fuerza, removiéndose, pero no para excitar a su amante, sino para liberarse.

—Maurice… Maurice. —Lo llamó, pues él no dejaba de moverse y se mostraba indiferente a su necesidad de parar.

—¿Qué sucede? —Bajó el ritmo, pero no se detuvo.

—Vamos al sillón… Aquí estoy incómoda, los tacones me hacen doler las piernas. —Le dio la excusa que creyó más valedera e intentó mostrarse casual.

—Está bien.

La tomó por la cintura y la llevó en vilo hasta el sillón, disfrutando de la hermosa risa de Deborah, quien se mostraba muy divertida, seguramente por la urgencia que veía en él. La hizo poner de rodillas sobre el asiento, pues no estaba dispuesto a perder el privilegio que le daba esa posición y con premura, volvió a unirse a ella; deslizó la cremallera del vestido, para besarle la espalda, los hombros y el cuello.

—¿Mejor así, mi amor? —inquirió, moviéndose despacio, pero llegando muy profundo gracias a la humedad en ella.

—Maravilloso… Sigue así, justo así, Maurice —pidió, cerrando los ojos y relajándose de nuevo, consciente de que allí nadie podía verlos, que ese era su espacio secreto.

La experiencia junto a Maurice fue como de costumbre, excitante, pero sin perder ese toque sublime que él le brindaba. El hecho de que la amara hacía que la tratara de una manera especial y única.

Justo así la llevó al paraíso de nuevo, haciéndola estallar en pedazos, en una explosión de felicidad y placer, que culminó con el nombre de él expresado entre jadeos y sollozos y con su cuerpo saciado por completo.

Maurice también tuvo su propio torbellino de emociones, que desbordó en el interior de Deborah, temblando, con la respiración agitada y gemidos guturales que llenaban el espacio dentro del salón, dándole ese toque erótico, que tenía cada vez que ellos dos se encerraban allí y hacían fiesta con sus cuerpos.

Deborah se olvidó de ir al gimnasio, pues ya no necesitaba descargar la molestia que le había provocado George, Maurice se había encargado de relajarla de nuevo y mientras estuvo allí con él, se negó a dejar que los recuerdos de la conversación con el abogado la perturbaran, ya después buscaría la manera de obtener lo que deseaba, sin dar nada a cambio.

◆◆◆

Era casi medianoche y Diego se movía de un lugar a otro dentro de la pequeña pieza donde dormía. Parecía uno de esos tigres de los circos, que están hartos del maltrato y se pasean de un lado a otro, dispuesto a arrancarle la yugular de un tajo, al primero que se atravesase frente a él.

Se había pasado toda la maldita tarde esperando por Deborah, para saber qué había dicho el abogado, pero la muy desgraciada prefirió encerrarse en el estudio, para coger con el malnacido de Maurice.

Sentía que ella le pateaba las pelotas cada vez que hacía eso, sabía que había aceptado tener

una relación en esas condiciones y que era ridículo de su parte reclamarle algo; sin embargo, eso no lo liberaba de la sensación que le carcomía las entrañas, de esos instintos asesinos que lo embargaban, cada vez que veía al imbécil del chofer pavonearse, como si fuera el dueño de esa mujer, la misma que él también se cogía, cuando le daba la gana.

—Por fin llegas —masculló, cuando la vio entrar.

—¡Uy, pero qué humor traes! —mencionó, sonriendo y se acercó para besarlo, pero Diego la esquivó—. ¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendida, mientras lo miraba.

—¿Que qué ocurre? —contestó, sin poder creer su desfachatez, bufó, dándole la espalda, pero se volvió de nuevo, porque si se quedaba con las palabras atoradas en la garganta, era capaz de reventar de la rabia. —. Ocurre que mientras yo trabajaba como un animal, en ese maldito jardín, Maurice y tú disfrutaban, cogiendo como locos —espetó, con el pecho bajándole y subiendo, por su respiración acelerada.

Deborah se quedó callada, sin saber qué decirle, la imagen de esa tarde regresó a su cabeza y cerró los ojos, sintiéndose en verdad mal. Las cosas se les estaban saliendo de las manos y no podía permitirlo, no si deseaba seguir con sus planes.

Cuando abrió los párpados, Diego estaba de espalda a ella; se le notaba tenso, como una piedra y supo que todo pendía de un hilo. Debía ser inteligente, para recuperar lo que había conseguido con él hasta ese momento.

Se acercó despacio y le rodeó la cintura con los brazos, él intentó alejarse, pero ella no lo dejó, cerró más el agarre y comenzó a besarle la espalda, dándole suaves toques de labios, que se deslizaban por los cálidos músculos bajo la piel bronceada y aspiró ese aroma que le encantaba, cerrando los ojos.

—Lo siento, Diego… En verdad, lo siento —susurró.

Él dejó escapar un suspiro, dejando que la rabia que sentía, poco a poco se fuera drenando, pero no lo abandonó del todo, Deborah necesitaba más que mostrarse de esa manera, para redimirse con él.

Sin embargo, pensar en cogérsela después de tener la certeza de que Maurice también lo había hecho ese día, le provocaba una sensación extraña y aniquilaba sus ganas.

—¿Qué viniste a hacer aquí, Deborah? —preguntó, con tono hosco, sin siquiera mirarla.

Ella sí buscó la mirada oscura de Diego, se mostró un tanto desconcertada, porque se suponía que él se lo había pedido; inspiró profundamente para organizar sus ideas y sensaciones, no se movió para mirarlo, pues no sabía cómo tomaría lo de George, si se había puesto así por Maurice, al que ya había aceptado, no quería ni pensar lo que diría por el abogado.

—Me pediste que viniera para contarte sobre mi reunión con Stevenson —respondió con cautela.

—¿Qué te dijo? —Su actitud no cambiaba, seguía huraño.

—Accedió a mostrarme el testamento —respondió en voz baja y sin mirarlo. Odiaba actuar de esa manera tan sumisa, pero no le quedaba de otra, si lo quería de su lado.

—¿Y qué te pidió a cambio? —La miró por encima del hombro, con el ceño fruncido, sabía que ella le estaba ocultando algo y su silencio se lo confirmó—. ¿Que qué te pidió, Deborah? —Repitió con su mirada fija en ella.

—Yo me encargaré de ello, no te preocupes. Una vez que tengamos la certeza de que estoy en el testamento y que la cantidad que me herede Dominic sea la que deseo, entonces podremos poner en marcha nuestros planes —contestó con entusiasmo y se alejó de él, para no mostrarle sus nervios.

—Te pidió que te acostaras con él. —Diego no lo preguntó, porque no necesitaba una

respuesta, ya ella se la había dado. Gruñó, sintiendo que la rabia se desataba en su interior y lanzó un golpe en el aire—. ¡Es un maldito! Lo sabía, sabía que él no dejaría pasar esta oportunidad… Está loco por cogerte y ahora tiene todo a su favor para hacer…

—Diego… Diego, por favor —mencionó Deborah, intentando calmarlo, pero él parecía una fiera, caminando de un lugar a otro; al final lo sujetó del brazo con fuerza—. ¡Diego, mírame! —gritó, con la voz ahogada por las lágrimas.

—No voy a seguir con esto… No voy a dejar que ese maldito te toque, ¿o acaso tú también lo quieres? ¿Quieres eso, Deborah? ¿Quieres acostarte con ese miserable? —La agarró con fuerza por los brazos, para mirarla a los ojos.

—Si lo quiero o no, a quién le importa… La cuestión es, que tengo que hacerlo para poder leer el maldito testamento —respondió, mostrándose desesperada y furiosa.

—A mí me importa… Deborah, necesito que seas sincera por una vez y me lo digas, mirándome a la cara… ¿Quieres coger con Stevenson? —La presionó, pues no estaría quieto, hasta tener una respuesta de su parte y de eso dependería todo lo demás.

—¡No! No quiero… ¡No quiero y me da asco nada más imaginarlo! —Estalló en gritos y en llanto, ante la clara desconfianza que él le tenía, apoyó su frente en el pecho de Diego, para que no la viera llorar.

Él la abrazó con fuerza, pegándola a su pecho, sintiendo una desesperación que muy pocas veces lo había embargado en su vida y le llenó el cabello de besos. Le sostuvo el rostro entre las manos, para obligarla a que lo mirara a los ojos y rozó sus labios temblorosos en un beso lento, un gesto nada propio en él.

—No dejaré que eso suceda…

—Diego, esto no tiene otra salida… Necesitamos saber el contenido de ese testamento, no podemos arriesgarnos por nada —mencionó, acariciándole la espalda.

—No dejaré que lo hagas… —Vio que ella iba a protestar y habló con rapidez—. Tendrás el maldito testamento, pero ese hombre no conseguirá lo que quiere… Que se busque una puta y se la coja, pero a ti no; porque tú eres mi mujer. —Aseguró, mirándola a los ojos y estaba por besarla, cuando ella lo detuvo.

—¿Qué harás para darme lo que quiero? —preguntó, intrigada, no lo dejaría besarla hasta que le respondiera.

—Ya lo verás.

Sonrió, negándose a darle más detalles, por el momento. Debía organizar muy bien la idea en su cabeza y después se la contaría. La besó con premura, obligándola a ceder ante sus demandas, la tomó en sus brazos, para llevarla a la cama y teniéndola donde quería, se olvidó de todo lo demás.

CAPÍTULO 41

Una vez más Deborah se preparaba para ir a la oficina. Ese día se vistió con el mismo esmero que la última vez que lo hizo para ir hasta la empresa, luciendo un elegante y sensual vestido blanco, de *Stella McCartney*, que se ajustaba a su figura como una segunda piel y la hacía lucir justo como deseaba. Como una mujer segura, hermosa e inteligente, una mujer que no se dejaría pisotear de nuevo por el miserable de Dominic.

Esta vez su objetivo no era presentar un proyecto ante la prensa, sus intereses habían cambiado radicalmente, ya no se preparaba para ser solo una empleada más que intentaba resaltar entre los demás, en ese momento, lo hacía ambicionando ser dentro de poco, la presidenta de empresas Wallis. Sonrió, llenándose de expectativas, terminó retocando su labial rojo burdeos, que hacía lucir sus labios muy sensuales y voluptuosos.

Bajó las escaleras despacio, por lo ajustado del vestido, pero con la misma elegancia de siempre. No había nadie en el salón y supuso que debían estar en la cocina, miró la hora en su reloj de pulsera, comprobando que aún era temprano, pero ella no podía esperar más, apenas había logrado dormir la noche anterior y tomando en cuenta que no fue a encontrarse con Diego, eso era algo fuera de lo habitual.

—Buenos días —saludó a todos, entrando a la cocina.

No pudo evitar sonreír al ver las miradas sorprendidas de cada uno de los presentes, incluso las de Diego y Maurice, quienes estaban al tanto de su regreso a la empresa. Se acercó a la mesa y dudó un instante en lo que debía pedir, las miradas cargadas de orgullo y deseo de sus dos amantes la pusieron nerviosa.

—¿Jugo de mora, Deborah? —preguntó Martha, mirándola con emoción y sintiéndose satisfecha, al ver lo guerrera que era.

—Sí, por favor, Martha —contestó, tomando asiento en la cabecera de la mesa.

Entre sus planes también estaba su estrategia de ganarse al personal y ponerlo de su parte, sabía que los necesitaría cuando se iniciara una investigación, después de la muerte de Dominic.

—¿Me dejarás llevarte hoy? —preguntó Maurice, en voz baja.

Deborah estaba por responderle, cuando escuchó cómo Diego chocaba los cubiertos, era evidente que lo había escuchado y no dejaba de sorprenderla el buen oído que tenía, parecía que lo hubieran entrenado para escuchar hasta lo más mínimo. Miró a Maurice, concentrándose en él, no debía dejarse presionar por ninguno de los dos, ella era quien tenía el mando de la situación y no lo cedería a nadie más.

—Deseo ir sola, muchas gracias, Maurice —contestó, dedicándole una sonrisa y una mirada, con la que le agradecía el gesto, era consciente de que lo hacía para apoyarla.

—De nada, estoy a la orden, por si cambias de parecer. —Sus labios se extendieron en una sonrisa lobuna, de esas pícaras, que iluminaban sus ojos grises.

Diego estaba controlándose, para no lanzarle el cuchillo que tenía en la mano y clavárselo en el pecho. Era esa actitud la que odiaba del chofer, que el imbécil no disimulaba lo que tenía con Deborah, mientras que a él le tocaba quedarse callado y aguantar, como un cabrón, sin que ella hiciera nada para detenerlo, dejando que lo humillara de esa manera.

«¿Qué sucedería si en ese instante él también entrase en el juego y le comentara a Deborah

sobre las noches que habían pasado cogiendo como salvajes en el invernadero?»

Se preguntó en pensamientos y sonrió ante la imagen que se apoderó de su cabeza, al visualizar la escena, más de uno acabaría sentando de culo en el piso. Intentaba no mirarla, pero le era casi imposible, la condenada era demasiado hermosa y sabía cómo sacar provecho de sus atributos. Recordó lo rico que esos labios daban una mamada y sintió una pulsación en la entrepierna, tomó aire para relajarse, o saldría de allí con la verga dura, como una piedra.

—Muchas gracias, Martha. El jugo estuvo delicioso, como siempre. —Se puso de pie y no pudo evitar que su mirada buscara a Diego, quien en ese instante también la veía.

—Es un placer hacerlo para ti, espero que hoy te vaya de maravilla en la empresa —mencionó la mujer, tomándose la confianza de acariciarle una mano, como si fuera una madre.

—Muchas gracias, yo también lo espero. —Le dio un suave apretón, para demostrarle con eso, que no le molestó su gesto, aunque en principio se tensó.

—Te acompaño —dijo Maurice, levantándose y se acercó hasta ella, con una sonrisa cariñosa.

Deborah asintió en silencio, aunque pudo ver la tensión en Diego, no podía negarse a algo que Maurice siempre hacía con ella, eso sería levantar sospechas y no podía permitirlo, nada podía parecer fuera de lo normal. Se dio la vuelta y pudo escuchar claramente la reacción que tuvieron los dos hombres cuando vieron el escote en su espalda, que le llegaba hasta la cintura, agradeció que eso sucediera, porque la ayudaba a relajarse.

En cuanto Diego los vio salir por la puerta, también abandonó la cocina, se le había ocurrido una idea y se dejó llevar por su lado impulsivo; a la mierda si era una imprudencia de su parte. Su instinto de macho, le exigía marcar territorio y así lo haría. Corrió hacia el jardín, esperando contar con el tiempo suficiente para ver a Deborah antes de que se marchara.

Se encontraban junto al auto y Maurice aún se sentía renuente de dejar ir a Deborah sola, quería acompañarla y hacerle sentir su apoyo, pero ella era demasiado terca. La miraba a los ojos, mordiéndose las ganas que tenía de devorarle la boca en un beso. Lucía tan hermosa y sensual esa mañana.

—Debbie… Me vendré en un taxi. —Insistía, hablando con un tono suave y ronco, para hacer que aceptara.

—No, Maurice, de verdad. Agradezco mucho que desees estar conmigo, pero esto es algo que debo hacer sola… Necesito que sea así, por favor, compréndelo —mencionó, subiendo al auto.

—Está bien, me rindo… pero si ocurre algo, cualquier cosa, no dudes en llamarme y estaré allí enseguida. —La vio asentir, pero eso no le bastaba—. Quiero que me lo prometas, Deborah y otra cosa, al mediodía paso por ti para llevarte a almorzar.

—¡Eres tan insistente! Bien, lo prometo… ¿Y a dónde me llevarás? —preguntó con una ceja arqueada, sabía que él no tenía para invitarla a los lugares que ella frecuentaba.

—Ya me las ingeniaré… Tengo dinero guardado.

—No, ni hablar. No dejaré que gastes toda tu quincena, llevándome a un restaurante, mejor… —Abrió su bolso rojo estilo sobre y sacó tres billetes de cien dólares—. Toma, compra algo de comida en donde almorcé el otro día con Silvya y la llevas a la oficina, comeremos allá juntos —indicó, mirándolo.

—¡Oye, puedo permitirme pagarle un almuerzo a mi mujer! —expresó, sintiéndose ofendido. No era verdad, pero tampoco se lo dejaría ver, no si deseaba algún día formar un hogar junto a ella y tener una familia.

—¡Lo harás! Cuando recibas tu primer salario de ingeniero, pero hasta entonces, dejarás que yo lo pague y no discutas más, o me harás llegar tarde… Me llamas cuando estés en el restaurante, para hacer el pedido. —Metió los billetes en el bolsillo de la chaqueta de Maurice y

subió al auto.

—Espera… —pronunció antes de que cerrara la puerta, aprovechó que el auto tenía el techo y se acercó—. Tu beso de buena suerte. —Sonrió, aproximando sus labios a los de ella.

—¡Señorita Wallis! ¡Espere un momento! —gritó Diego, corriendo hacia el auto.

Maurice y Deborah se sobresaltaron, al escuchar la voz del jardinero, el beso quedó suspendido en el aire, pero los latidos de sus corazones se desbocaron, ambos por razones muy distintas, nervios en el caso de ella y furia en el de Maurice.

—¿Qué demonios ocurre? —inquirió Maurice, irguiéndose en una actitud ofensiva, mirando a Diego con ira.

—Maurice, por favor. —Lo retó Deborah—. ¿Qué desea, Diego? —preguntó, tomando el control de la situación.

—Disculpe que la moleste… Solo quería entregarle esto y desearle suerte con su regreso a la empresa —mencionó, ignorando al chofer y acercándose a ella, para entregarle un par de rosas blancas.

Deborah sintió que el corazón se le instalaba en la garganta y una mezcla de sentimientos viajó a través de su cuerpo, su mirada buscó los ojos oscuros de Diego, los que mostraban un brillo especial y tuvo que luchar con sus deseos de sonreírle. Extendió la mano, recibiendo las flores y se obligó a responderle, intentando mostrarse casual frente a Maurice.

—Muchas gracias, Diego… están hermosas. —Lo miró a los ojos, reflejando con los de ella, la sonrisa de la que él le había hablado.

Él asintió, respondiéndole con un gesto igual.

El bufido de Maurice los sacó de manera abrupta de la burbuja que se había creado en torno a ellos, regresándolos a la realidad. Deborah puso las rosas en el asiento del lado, junto a su bolso y extendió la mano, para cerrar la puerta del auto.

—Se me hace tarde —esbozó, sin mirar a ninguno de los dos.

—Te llamo después —comentó Maurice, con tono hosco, mirándola directamente, pero ella mantuvo la vista al frente.

—Está bien, hasta entonces… —Estaba por salir, pero agregó algo más—: gracias de nuevo Diego, que tenga un buen día.

Después de eso, abandonó el lugar, con esa velocidad que era habitual en ella y dejó a ambos hombres mirándose con ganas de asesinarse. Pudo verlos a través del retrovisor y una sonrisa mezcla de varias emociones se apoderó de sus labios, negó con la cabeza, encendiendo el reproductor de música y al llegar al portón de hierro forjado, se puso las gafas.

She's just a girl, and she's on fire
Hotter than a fantasy, longer like a highway
She's living in a world, and it's on fire
Feeling the catastrophe, but she knows she can fly away
Oh, she got both feet on the ground
And she's burning it down
Oh, she got her head in the clouds
And she's not backing down.

Sonrió al escuchar la primera canción que saltó en el reproductor, la potente voz de *Alicia Keys* no podía amenizar mejor ese momento, le subió el volumen y comenzó a seguirla en voz alta, dándose la libertad para cantarla a todo pulmón.

—***This girl is on fire… This girl is on fire… She's walking on fire… This girl is on fire.***

Pisó el acelerador a fondo y la velocidad que tomó el auto lanzó su cuerpo hacia atrás, podía conducir de esa manera por esa ruta, así que se relajó y dejó que el mundo girara, llevándola en esa espiral que la hacía sentir viva.

◆◆◆

Diego se dio la vuelta y estaba por regresar hasta el depósito, para iniciar un nuevo día de trabajo, cuando sintió la mano de Maurice tomarlo con brusquedad por el hombro, de inmediato reaccionó de forma violenta, como estaba acostumbrado en esos casos y la apartó con un fuerte manotazo, que produjo un sonido seco.

—¡Quita tu mano, si no quieres que te parta la cara! —gritó, señalándolo con el índice.

—Quien te va a romper el alma a patadas seré yo, como vuelvas a acercarte a Deborah. —Lo amenazó, mirándolo con odio.

—Pues lamento decirte que eso no se podrá… Por si lo olvidas, ella es mi patrona y debemos tener cierta relación… laboral —comentó con sorna—. Y te guste o no, me vas a tener que ver por aquí por un largo tiempo.

—Yo que tú no lo daría por hecho… Aquí nadie es indispensable, Diego y yo puedo hacer que te echen a la calle mañana mismo… ¿Y sabes por qué? —cuestionó, mirándolo con desprecio, lo vio encogerse de hombros y sonrió con arrogancia—. Porque mi situación con Deborah es muy distinta a la que tiene con otros empleados y lo sabes… y también sabes que será algo que tú jamás conseguirás.

—Solo en una cosa te daré la razón, Maurice. Nadie es indispensable —mencionó con prepotencia, cruzándose de brazos y le dedicó una sonrisa burlona.

—Aléjate de ella y no intentes llamar su atención, porque pierdes tu tiempo… Deborah no es como las mujeres con las que acostumbras a andar, ella es demasiado para un miserable expresidiario —mencionó, buscando herirlo donde más le dolía, haciéndole ver que era una escoria de la sociedad.

Diego tuvo que amarrarse la lengua, para no decirle a la cara a ese maldito idiota, que no solo se había acercado a Deborah, sino que se la había cogido de todas las maneras que había deseado, que esa mujer de la que tanto se jactaba de ser el dueño, era a la que él, el expresidiario y el sucio jardinero, hacía gritar su nombre cada vez que se corría, la que siempre le rogaba por más y la que se juraba, le quitaría.

No se había planteado tener a Deborah solo para él, pero desde ese momento, ese sería su nuevo objetivo. Si ella quería que la ayudase con el viejo Wallis, entonces tendría que botar al cabrón de Maurice. Se dio la vuelta, regalándole esa aparente victoria al chofer, pero al final, sería él quien ganara la guerra y eso era tan seguro, como que se llamaba Diego Cáceres.

Todos los socios se encontraban reunidos en la sala de juntas, como siempre que debían discutir un asunto importante o hacer un balance de los pendientes, todo se vislumbraba como una reunión de rutina y charlaban entre sí, relatando alguna anécdota del fin de semana. Dominic entró como siempre, con ese don de mando que lo caracterizaba y de inmediato cada uno ocupó su puesto en el lugar que le correspondía, pues al presidente de la empresa, no le gustaba perder tiempo.

—Buenos días, señores. Los asuntos a tratar hoy serán breves, así que esto nos llevará poco tiempo y así cada uno de nosotros podrá regresar a sus labores…

Su voz fue interrumpida por el sonido de la puerta al abrirse, se volvió de inmediato, dedicándole una mirada de severidad a quien llegaba tarde a la reunión, pero esa expresión

cambió de inmediato por una de sorpresa, cuando a quien sus ojos encontraron, fue a Deborah.

—Buenos días, señores, disculpen mi retraso… Estaba concentrada, evaluando algunas cosas y no me di cuenta de la hora —mencionó, entregándoles una sonrisa a los presentes y se acercó hasta Dominic, para darle un beso en la mejilla—. La verdad es que nadie me avisó de esta reunión —susurró, para que solo él pudiera escucharla y después se alejó, sonriendo.

Dominic se quedó sin voz para responderle y mucho menos después de ese gesto de saludarlo así, hacía años que Deborah no le brindaba algún tipo de demostración afectuosa y aunque lo hizo para poder reclamarle, seguía sintiéndose extraño. Miró la carpeta sobre la mesa e intentó concentrarse en su trabajo, inhaló profundamente y levantó el rostro, para descubrir a todos los hombres presentes, mirando descaradamente el escote en la espalda de su hija y eso lo llenó de rabia.

—Señores… ¿Podemos iniciar la junta? —Demandó, con el ceño tan fruncido, que sus cejas parecían ser una.

Todos se volvieron hacia él, pero ninguno le mantuvo la mirada, se escondieron como malditas avestruces en las carpetas frente a ellos. Deborah le dedicó una sonrisa amplia y tan soberbia, que lo hizo enfurecer más. Cada día le dejaba más claro, que había heredado todo de Christie, tal vez también tenía algo del descarado que la engendró, pero no de él, nada de él.

—Perfecto, comencemos —mencionó, captando la atención.

Dos horas después, Dominic se encontraba en su oficina, sumido en un montón de papeles, cuando escuchó la puerta abrirse. La única que entraba a su oficina sin anunciarse, era Silvya, así que ni siquiera levantó la vista; sin embargo, el andar apresurado y enérgico, le anunciaba que algo no iba bien, suspiró dispuesto a armarse de paciencia, pues algo le decía que eso tenía que ver con Deborah y su regreso a la empresa.

—Tu hija tiene varias horas aquí y tú no has buscado la manera de acercarte a ella, para saber cómo está. —Reclamó, sin rodeos, con las manos en la cintura y una mirada de reproche.

—Estoy ocupado —contestó, sin dejar de lado lo que hacía.

—¡Por el amor de Dios, Dominic! —exclamó, sintiéndose frustrada—. Esto no puede seguir así entre ustedes, alguien tiene que ceder y creo que ya Deborah ha dado el primer paso, al regresar a la empresa… Acabo de hablar con ella y me dijo que no deseaba hablar de lo que sucedió, que prefería dejarlo en el olvido —mencionó, mirándolo a los ojos.

—¿Y qué se supone que significa eso? —inquirió, poniéndose de pie, para estirar los músculos entumecidos.

—Pues que ella no desea seguir llenándose de rencor. Pensé que me encontraría con una chica llena de odio hacia ti e incluso hacia mí, pero fue todo lo contrario.

—Tú no la conoces, Silvya… No sabes el poder que tiene para manipular a las personas, es igual a Christie —dijo, mirando a través del ventanal el ir y venir de los barcos en el Mississippi.

—Por favor, Dominic. No seas dramático —comentó ella, riendo y se acercó a él para abrazarlo—. Haz las paces con Deborah, estoy segura de que eso es lo que ella desea y que, en el fondo, tú también. —Lo vio mover la cabeza, para mirarla por encima del hombro, con el ceño fruncido, pero sin dejar de hacer nada, así que supo que era su oportunidad—. Es una excelente profesional, es inteligente, hermosa y arriesgada… Tiene tus cualidades, así que no la dejes ir. —Agregó, acariciándole el pecho.

—No lo sé… ¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó, sintiéndose exasperado.

—Primero, dejar la actitud tan hosca que siempre tienes con ella y segundo, pedirle disculpas por lo del proyecto, no estaría mal que le reembolsaras el dinero que invirtió y sobre todo, que le hagas saber cuánto lamentas lo del accidente —respondió.

Dominic se quedó varios minutos en silencio, analizando la situación y todos sus sentimientos eran un enredo, eso solo le había pasado con dos mujeres en su vida y las dos llevaban la misma sangre. Sabía que la situación con Deborah no se arreglaría con una simple disculpa, al menos se permitiría cultivar la esperanza de que fuera posible.

—Está bien, que Julia le avise que necesito verla y la haga venir a mi oficina —comentó, liberándose del abrazo, para regresar hasta el asiento y seguir trabajando.

—¡Dominic, es tan difícil negociar contigo! Se supone que eres tú quien debe ir hasta allá y pedirle disculpas —indicó, mirándolo.

—Por favor, Silvya. Soy el presidente de esta empresa, permíteme conservar algo de dignidad. —Exigió, mirándola a los ojos, esperando que con eso le dieran fin a la conversación.

—Está bien, señor presidente. —Silvya sonrió, al verlo en ese plan de niño malcriado y salió para hacer lo que le pedía.

Dominic se obligó a sosegar el latido acelerado de su corazón e intentó concentrarse de nuevo en su trabajo, sacó de una de las gavetas su chequera y llenó uno, dejando de último la cifra que le pondría, dudó con la pluma sobre el papel y al final puso una, bastante generosa.

Minutos después, su secretaria entraba a la oficina, acompañada por Deborah, él elevó la mirada, pero no se puso de pie para recibirla, un hueco se hizo en medio de su estómago, cuando vio la mirada fría que ella le dedicaba.

—Bien, aquí estoy… ¿Qué es lo que deseaba decirme? —Deborah fue directa, sentía que no soportaba ni verlo.

—¿Podrías tomar asiento? —Sugirió, haciendo un ademán, hacia las sillas frente a su escritorio. La vio acercarse y hacer lo que le pedía, pero sin abandonar esa actitud defensiva, él suspiró, armándose de paciencia—: ¿Cómo has estado?

—¿Acaso le interesa? —cuestionó, elevando una ceja.

—Por supuesto —contestó, indignado.

—Pues cualquiera pensaría lo contrario. Han pasado dos semanas y no tuvo siquiera la gentileza de llamar y preguntar cómo estaba y ahora me dice que le interesa. —Deborah soltó una carcajada, cargada de cinismo y resentimiento.

—Deborah… Por favor, ¿será posible que tengamos una conversación, dejando de lado tanto odio…?

—¿Odio? ¿Quién ha mencionado esa palabra, padre? Nosotros no nos odiamos; por el contrario, somos tan unidos y amorosos… Al menos eso es lo que debemos mostrarle a los demás, ¿no es así? —inquirió, disparándole directo al pecho, sin darle tregua para defenderse—. Supongo que ambos hemos desempeñado nuestros roles con éxito, así que esta reunión no tiene sentido. —Se puso de pie, para marcharse.

—Espera un momento… Comprendo que estés resentida conmigo por el desafortunado accidente que tuviste, pero sabes que no fue mi culpa, Deborah; yo jamás hubiera hecho algo para lastimarte, no soy un hombre violento y lo sabes. —No dejaría que ella lo acorralara y lo hiciera sentir como un miserable.

—¿Un desafortunado accidente? Qué sutil manera de llamarle a lo que hizo —acotó, mirándolo con rabia, después se recordó que debía controlarse—. En fin, no perdamos más el tiempo en esto, tengo muchas cosas que hacer y supongo que usted también y si solo me llamó para saber cómo estaba, pues ya me ve… —Extendió sus brazos a ambos lados, para demostrarle que estaba entera y más fuerte que nunca—. Estoy aquí y dispuesta a ir detrás de lo que deseo, mantendré las acciones y seguiré siendo socia.

—Perfecto… —masculló, manteniéndose en esa actitud pasiva que odiaba, no era hombre de

usar guantes de seda—. También te llamé para hacerte entrega de esto.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, mirando con desconfianza.

—El cheque por el reembolso de lo que invertiste en el proyecto y un bono adicional por el éxito del lanzamiento.

Deborah dejó ver media sonrisa, con la que intentó disimular la rabia que la recorrió y tomó el cheque, no se dejaría humillar de esa manera nunca más. Tomó la pluma de su padre que estaba sobre el escritorio, escribió algo y se lo dio de regreso, para después darle la espalda y caminar hacia la puerta.

Dominic se quedó congelado al leer «Jódase» en el cheque, la vio salir con ese andar soberbio y desenfadado, sin volverse a mirarlo un solo instante, antes de abandonar su oficina.

CAPÍTULO 42

El resto del día fue para Deborah volver a la rutina, se sumergió en el trabajo, para olvidarse del episodio con su padre, pues no quería que eso la afectara. Antes del mediodía, tal como Maurice le había prometido, la llamó para saber qué le llevaba de almuerzo, llegó minutos después y aprovechando que su secretaria no estaba, almorzaron juntos en su oficina, dándose la libertad para compartir entre sonrisas y miradas cómplices, así como uno que otro beso robado.

Deborah sabía que él se estaba conteniendo, para no mencionar nada con respecto a lo que hizo Diego esa mañana y que tal vez esperaba que ella lo hiciera, pero seguiría esperando, porque ni loca lo haría, aunque se dijo en pensamientos que debía reclamarle al jardinero por tal imprudencia; aunque debía hacerlo con mucho tacto, pues gran parte de sus planes estaban en sus manos, así como ella.

Cuando llegó la hora de encontrarse con Diego, llevaba las rosas en las manos, las había conservado y sentía una agradable emoción en el pecho, cada vez que las miraba; sin embargo, antes de abrir la puerta, se recordó que debía ser objetiva y no dejarse llevar por las emociones, ya que parecía que cada vez que entraba a ese lugar, su cerebro se desactivaba.

—Diego, no tengo mucho…

Entró como siempre, sin llamar y no lo encontró allí, le extrañó, pues él sabía que tenían un asunto del qué hablar, estaba por regresar al invernadero, cuando lo vio salir del baño.

—Puntual como siempre, señorita Wallis —comentó, sonriendo y se acercó a ella para besarla.

—Espera… Antes quiero que me expliques qué fue esto. —Le puso una mano en el pecho y en la otra alzó las rosas.

—Quise tener un gesto amable contigo —mencionó, encogiéndose de hombros.

—Sí, claro y tenías que hacerlo delante de Maurice… Esto no fue un gesto amable, Diego, fue una enorme imprudencia —acotó, mirándolo a los ojos.

—¿Acaso tu novio te reclamó? —preguntó, disfrazando su rabia de burla, pero en sus ojos se podía ver que estaba furioso.

—Maurice no es mi novio y no me dijo nada, es simplemente que debemos ser cuidadosos, Diego; nadie debe sospechar que tenemos una relación —expresó en un tono más sumiso y le acarició el pecho.

—Por supuesto, él menos que nadie, supongo. —Esta vez no pudo ni quiso esconder la amargura que lo embargó.

—Diego… Celos no, por favor. Acordamos que tendríamos una relación libre, ya no te he molestado más por Katherine; si quieres cogértela, es tu problema. —Intentó que su voz no mostrara la rabia que sentía por tener que ceder en eso.

—Bien, ya no volveré a regalarte nada. —Le arrebató las flores y estaba por lanzarlas a la papelera.

—¡Oye! Esas rosas son mías —indicó, extendiendo la mano para recuperarlas, pero él las alejó —. Diego, no seas malcriado, regrésame las rosas…

—Dijiste que no las querías —espetó él.

—No. Dije que había sido una imprudencia, entregármelas delante de Maurice… pero la verdad me encantó que tuvieras un gesto así, eres un hombre tan hosco y verte llegar con ellas,

fue casi como presenciar un milagro —pronunció, con una sonrisa, para convencerlo.

—No eres la primera mujer a la que le regalo rosas, Deborah Wallis —acotó con un gesto arrogante.

—¿A quién más le has regalado? —inquirió, sintiendo que un calor se apoderaba de su pecho al pensar en Katherine.

—A mi abuela —contestó y al ver el gesto contrariado de ella, comenzó a reír, devolviéndole las flores.

—Voy a empezar a sentir celos de tu abuela —dijo riendo, contagiada por el buen humor de Diego, se acercó para darle un beso, como premio por regresarle las rosas.

—No tienes que sentir celos de nadie.

Él le sujetó la cabeza para mantenerla allí, mientras le daba uno de esos besos que la hacían delirar, usaba su boca completa, para apoderarse de la suya, sin dejar un solo espacio sin explorar.

—¿Conseguiste lo que necesitabas? —preguntó, cuando él la liberó unos segundos, para tomarla en vilo y llevarla a la cama.

—Sí… Tengo todo lo que necesito —mencionó, subiéndole el sensual camisón, para deleitarse con el cuerpo desnudo de Deborah, mientras le besaba el vientre—. ¿Ya te confirmó cuándo se verán? —seguía besándola, a pesar de estar hablando de un tema de mucho cuidado.

—Sí… será el viernes —contestó entre gemidos, al sentir el aliento tibio y la pesada respiración de él sobre su pubis—. ¿Me dejas verla? —pidió, incorporándose un poco.

—Claro… Está dura, como siempre —comentó, poniéndose de rodillas y comenzó a acariciar su erección.

—No hablaba de eso. —Intentó que su voz sonara como un reproche, pero no podía evitar sonreír ante el descaro de él, suspiró, sintiendo el roce del músculo duro y caliente contra su intimidad—. Hablaba de lo otro, Diego. Muéstramela.

—¡Mierda, Deborah! Tú eres la única mujer que conozco, que prefiere ver un arma, antes que coger. —Se movió, para abandonar la cama, ante la mirada divertida de ella.

—No soy como las demás mujeres —acotó ella, acostándose sobre su estómago y lo miró caminar hasta el baño.

—Me doy cuenta de ello, la mayoría les tienen miedo a estas cosas y procuran estar alejadas. —Regresó, con una hermosa Beretta que le extendió con cuidado—. No está cargada, pero ya la probé y funciona bien, la conseguí a buen precio.

—Es pesada… —Deborah la sostuvo en su mano, admirándola y a cada segundo que pasaba, su corazón latía más rápido—. Espero que no tengas que usarla —mencionó con preocupación y buscó la mirada de Diego.

—Yo también lo espero.

—¿La llevarás cargada? —preguntó, con voz trémula.

—Sí, es mejor estar prevenido, no sabemos si Stevenson también tenga un arma en su casa, que es muy probable. —Le extendió la mano, pidiéndosela.

—No la guardes, quiero que la uses esta noche… Para irme acostumbrando. —Se armó de valor y tomó la mano de Diego, le puso el arma y lo instó a que la deslizara por su cuerpo.

—No tendría sentido, si no te muestras asustada —indicó él, sintiendo la adrenalina correr por sus venas.

—Lo que deseo es tener el control de la situación, solo así podré seguir tu plan al pie de la letra, pero si estoy nerviosa, puedo equivocarme… —confesó, mirándolo a los ojos.

—Está bien, pero ahora no me pidas que vaya por las municiones, porque no haré eso —

indicó, elevando una ceja y la miró con seriedad. Al verla asentir, subió a la cama.

—Soy arriesgada, pero no estúpida, señor Cáceres. Sé que cuando estás dentro de mí, te vuelves loco y apenas puedes pensar… Toda la sangre se te va allí. —Señaló con sus labios la entrepierna de Diego y al ver que él fruncía el ceño, sonrió.

Él le hizo pagar sus burlas, cerrándole el cuello con una mano y con la otra, deslizó el arma hasta su pubis, ejerciendo presión con el cañón, justo allí. Ella cerró los ojos, estremeciéndose ante la caricia que le brindaba el helado metal y hundió la cabeza en la almohada, intentando escapar del agarre en su cuello.

La imagen de Deborah hizo que la excitación en él se disparara, se acercó para comérsele la boca en un beso, sin dejar de lado lo que hacía y cuando la sintió separar sus piernas, se movió con agilidad, cubriéndola con su cuerpo. Tal como ella le dijo, una vez que se unían, dejaba de pensar y solo se dedicaba a gozar del glorioso cuerpo de la mujer debajo de él y nada más, el mundo solo giraba para ellos en ese instante.

◆◆◆

George Stevenson revisaba por undécima vez que todo estuviera en su lugar, se había esmerado en preparar una exquisita cena y había pedido el postre en la mejor pastelería de toda Nueva Orleans. Eso en cuanto a la cena, pues a lo que su apariencia física se trataba, había visitado un spa y se había hecho varios tratamientos. Se sentía como en su primera cita, cuando las hormonas bullían dentro de su cuerpo.

Aunque debía reconocer que los años no pasaban en vano, así que también optó por tener ayuda extra y compró Viagra, a través de internet. No la había usado antes, pero tratándose de Deborah, se arriesgaría, quería darle su mejor desempeño.

Se deslizaba por la barra de su cocina, siguiendo el ritmo de la canción *Can't take my eyes off you* de *Frank Sinatra* y movía su cuerpo, intentando hacerlo de manera sensual. Se dijo que le dedicaría esa canción a Deborah y comenzó a practicar en el espejo del salón, las miradas que le entregaría esa noche y sus sonrisas, quería conseguir, no solo una noche con ella, sino muchas más, hasta donde sabía, estaba soltera, así que él tenía el camino libre para iniciar una relación.

You're just too good to be true
Can't take my eyes off of you
You feel like heaven to touch
I wanna hold you so much…

At long last love has arrived
And I thank God I'm alive
You're just too good to be true
Can't take my eyes off of you.

Les comentó a algunos amigos que esa mujer lo traía loco y por fin tendría una oportunidad en serio con ella, lo hizo en plan de confidentes, sin mencionar nada del acuerdo que había hecho para conseguirlo, claro está. Ellos le dijeron que era una mujer de cuidado y que estaba loco por querer meterse con la hija de Dominic Wallis, no solo por ser éste el hombre más poderoso y temido de toda la ciudad, sino porque Deborah, tenía una reputación bastante dudosa; él se puso furioso ante esas acusaciones, no comulgaba con actitudes tan retrógradas.

En el fondo, sabía que lo hicieron por envidia, pues ellos debían conformarse con sus mujeres

frígidas, llenas de cirugías, para intentar lucir hermosas y que, en muchos casos, nunca estaban disponibles, cuando ellos deseaban tener sexo con ellas. En cambio, Deborah era otra cosa, era una mujer sumamente bella, enigmática, que transpiraba deseo sexual y podía excitar a un hombre con solo una mirada.

—¡Aquí estás, mi amor! Hoy serás toda mía —expresó emocionado, cuando escuchó el timbre, se pasó la mano por la cabeza, comprobando que estaba impecable.

Caminó con rapidez hasta la puerta y miró por el ojillo, para comprobar que era ella. Estaba de espaldas, pero él la reconocería entre decenas de mujeres, los latidos de su corazón se aceleraron, por lo que respiró profundamente para calmarlos un poco y mostrarse confiado, eso les atraía a las mujeres. Abrió la puerta con una sonrisa y ella elevó la mirada, devolviéndole el gesto antes de entrar, así que le ofreció la mano.

—Bienvenida a mi humilde palacio, princesa —esbozó, llevándose la mano de ella a los labios, para besarla.

—George, eres adorable —mencionó ella, dándole un beso en cada mejilla, mientras le sonreía.

—Y déjame decirte que nuestra noche apenas empieza, pero antes de que termine, vas a estar totalmente encantada conmigo. —La sonrisa en sus labios, era una pequeña muestra de lo dichoso que se sentía en ese instante.

Ella no respondió al comentario, solo bajó la cabeza en una actitud tímida, mientras sonreía y esta vez lo hacía de verdad, al recordar sus propios planes. Caminó al interior de la casa y al menos tuvo que reconocer, que el hombre tenía buen gusto para la decoración; el ambiente era moderno y muy masculino; le entregó su cartera roja, estilo sobre, con una sonrisa.

—¿Me permites? —mencionó George, llevando sus manos al abrigo rojo que ella traía puesto.

—Por supuesto. —Abrió los botones y lo movió para que él terminara de sacarlo, actuando de manera seductora.

—Tienes una casa genial, me encanta —comentó, paseando la mirada por el lugar y en su mente, iba hilvanando las ideas.

—No es nada, comparada con la mansión Wallis.

La invitó a tomar asiento en el largo sillón blanco de piel, que quedaba frente a la chimenea, mientras él caminaba hasta el bar, ubicado en una esquina, para servirle una copa de vino.

—Mi casa es anticuada, mi padre no me ha dejado nunca mover un mueble, para redecorarla… Por eso estoy ansiosa por comprar un espacio para mí, donde pueda hacer lo que se me antoje e invitar a quien desee. —Lo miró a él con emoción, para hacerle creer que era de quien hablaba.

—Pronto tendrás esa posibilidad. —Le extendió la copa.

—Brindemos por ello —expresó, con una sonrisa que iluminaba sus hermosos ojos azules.

George hubiera preferido que ese brindis fuera por los dos y por la velada que tendrían esa noche, pero no le quedó de otra que complacerla, asegurándose que ya después lo haría, cuando la tuviera en su cama, desnuda, preferiblemente. Sonrió, llevándose la copa a los labios y le dio un sorbo, sin apartar la mirada de Deborah. La alarma que había puesto para que le anunciara que la cena estaba lista, sonó y él se excusó para ir a atenderla.

Deborah aprovechó para mirar con disimulo a su alrededor y asegurarse de que el hombre no tenía cámaras o algún dispositivo de seguro electrónico, vio la alarma en cuanto entró, pero la luz de activada estaba apagada, así que Diego tendría la entrada fácil.

—Está delicioso el vino —dijo, poniéndose de pie, para tener un mayor alcance del espacio completo.

—Es un Riesling y va perfecto con la cena de esta noche. —Se mostró orgulloso, pues ella comenzaba a apreciar todo lo que había hecho—. ¡*Voila*! Una exquisita merluza a la marinera —presentó los platos con una gran sonrisa.

—George, se ve increíble y el aroma… Acabas de despertar mi apetito… Nunca hubiera imaginado que eras tan bueno para la cocina —expresó, fingiéndose maravillada.

—Esta noche estoy dispuesto a sorprenderte, mi hermosa Deborah —dejó los platos en la mesa y se acercó a ella—, y te demostraré que soy muy bueno en otras cosas —mencionó, apretándole con suavidad la barbilla y mirándola con deseo.

«Eso solo si, Diego te deja, pedazo de imbécil… No me tendrás nunca en tu cama ni siquiera con este sucio chantaje, solo eres un miserable de mierda. Pude haber cedido, si me hubieras abordado de otra manera, porque tampoco es que seas tan horrible, pero el solo hecho de haberme coaccionado, te saldrá muy caro… Me las vas a pagar, George Stevenson.»

Pensaba, mostrándole una sonrisa efusiva para hacerle creer que la tenía a sus pies, completamente cautivada y deseosa por meterse en la cama con él. No le dejaría ver el asco que le tenía, aunque se muriese por gritárselo a la cara.

Se sentaron a la mesa, para disfrutar de la cena que Deborah esperaba, no le cayera mal, al tener que aguantar tantas estupideces por parte de Stevenson. Por lo menos debía agradecerle la comida, pues estaba realmente exquisita, el pescado estaba en su punto justo de cocción, al igual que las gambas y los vegetales que lo acompañaban.

Sin embargo, los nervios que sentía y que intentaba mantener a raya, no la dejaban relajarse por completo, lo miraba y fingía que escuchaba cada uno de sus comentarios, pero su mente estaba enfocada en Diego. Daría lo que fuera por saber lo que él estaba haciendo en ese momento, por tener la certeza de que llegaría para salvarla de tener que acostarse con el abogado.

—Todo estuvo delicioso, George —mencionó, una vez que terminaron y él se alejó, llevando consigo los platos.

—Espera a que pruebes el postre… Sé que eres amante del chocolate y lo que pedí te va a encantar —pronunció con entusiasmo, mientras dejaba todo organizado en la cocina.

—Si es algo con chocolate, tengo una maravillosa idea —susurró ella al oído del hombre, con tono sugerente y le acarició la espalda—. Pero antes, me gustaría ver lo que me prometiste.

—Por… por supuesto —tartamudeó como un estúpido, al sentir el roce de la mano de Deborah, que lo hizo estremecer, la miró a los ojos, descubriendo un brillo malicioso en ese par de espejos azules—. Está guardado en la caja fuerte que tengo en mi habitación… Es el lugar más seguro. —Agregó eso último, para intentar justificarse, al ver que ella se tensaba.

«¡Maldito! ¡Maldito, George Stevenson! ¡Eres un bastardo!»

Deborah sintió que el estómago se le revolvía, al escuchar esas palabras. El muy miserable había planeado todo y no tenía ni siquiera la sutileza, de plantearle la situación de otra manera, la estaba tratando como a una vulgar puta.

—Claro… claro, entiendo… ¿Puedes indicarme dónde queda el baño, por favor? —pidió, caminando hacia la mesa, donde había dejado su cartera, intentando mostrarse relajada.

—Por supuesto, hermosa. Es esa puerta, al final del pasillo.

—Regreso enseguida y mientras, tú ve preparando el postre, estoy ansiosa por probarlo —sonrió y después le dio la espalda.

Deborah entró al baño y tuvo que contenerse para no comenzar a estrellar las cosas, se sentía atrapada y, sobre todo, furiosa. Sabía que ese momento llegaría, pero no esperaba sentir tanta repulsión y odio por George Stevenson. Comprendía que él era un hombre y que había preparado toda esa escena, para tener sexo con ella, pero querer mostrarse como un caballero, cuando no

era más que un malnacido, la enfurecía.

Buscó el teléfono móvil de prepago, que había enviado a comprar días antes con Diego y le escribió a ese que él también había adquirido. Sabían que no podían tener contacto con sus celulares personales. Con rapidez tecleó un mensaje, indicándole dónde estaba el testamento y para reforzar la decisión de su cómplice, le mencionó lo ofendida que la estaba haciendo sentir el miserable de George.

La función está por empezar, vamos a darle el postre a este maldito, para que aprenda a no desear lo que jamás podrá tener. El testamento está en la caja fuerte de su habitación… Yo solo quiero leer el documento, todo lo demás que consigas, es tuyo.

Lo envió y miró su reflejo en el espejo, no se veía como lo hacía habitualmente, había algo más en su mirada y supo que era determinación. Segundos después, recibió la respuesta de Diego y su mirada se iluminó, sabía que él no le fallaría.

Me importa una mierda lo que haya en la caja. Voy a ir por ti y te voy a coger delante de ese hijo de puta, para que sepa a quién le perteneces. Va a desear no haberte mirado nunca.

Deborah dejó ver una sonrisa malévola, le tecleó un mensaje rápido, donde le indicaba que esperara su orden para entrar, al tiempo que le daba luz verde para que cumpliera con su papel del delincuente a cabalidad y la “violara”. Después de todo, muchas mujeres fantaseaban con eso y ella no era la excepción.

Sintió la excitación dispararse en su interior, tensando cada músculo en su cuerpo, deslizó sus manos por el vestido y bajó su escote, para exponer más sus senos y después de mirar su imagen en el espejo, salió.

CAPÍTULO 43

George aprovechó la ausencia de Deborah, para buscar la pastilla de Viagra que dejó en uno de los gabinetes de la cocina y la tomó, haciéndolo con agua, para que el alcohol no disminuyera el efecto que debía tener. Pensó en no hacerlo, pues esa mujer lo excitaba con solo caminar, como lo hizo minutos atrás, pero era mejor estar prevenido y que su desempeño esa noche la dejara con ganas de volver por más.

Escuchó que la puerta se abría y con rapidez caminó hasta el salón, llevando dos copas de vino, le ofreció una a ella con una sonrisa y acercó la suya, para hacer un brindis.

—Por nosotros y porque el resto de esta velada sea maravilloso e inolvidable —pronunció lo que había deseado toda la noche y sonrió de manera efusiva, al ver que ella lo hacía.

—En verdad eres tan encantador, que no pareces un hombre normal. Creo que te has escapado de algún cuento de hadas —comentó Deborah, intentando que la burla en sus palabras no fuera tan evidente y caminó hasta el sillón de nuevo.

—¿Quieres leer el testamento ya, o prefieres hacer algo más? —preguntó de manera directa, pues temía que la pastilla comenzara a hacer efecto enseguida.

—Me prometiste un postre de chocolate.

—Sí… sí, por supuesto, dame un segundo. —Se puso de pie y caminó hasta el refrigerador, donde estaba el Coulant de tres tipos de chocolate y lo metió al microondas—. Te va a encantar, es una verdadera delicia —mencionó, sacándolo con rapidez.

Ella lo miró, fingiendo emoción y exclamó, llevándose las manos a la boca, cuando lo vio, lucía espectacular, pero no era el momento para disfrutarlo. Tal vez lo haría luego, junto a Diego.

—Me has hecho sentir tan especial esta noche, George.

—Es un placer, Deborah… Sabes lo que siento por ti.

Confesó, sintiendo los latidos de su corazón desbocados y le miró la boca, cuando se llevó la cucharilla con el postre, dejando que el chocolate impregnara sus labios y eso provocó que su miembro palpitara dentro de sus pantalones. No seguiría esperando, si no se arriesgaba en ese instante, no lo haría nunca. Se acercó a Deborah, deslizando su mano por la pierna de ella.

—George… yo, la verdad es que me siento muy a gusto contigo, eres un hombre encantador, pero…

—Deborah, te prometo tratarte como te mereces y hacer solo lo que desees… Soy ante todo un caballero. —Se apresuró a hablar, antes de que ella lo rechazara.

—¿En serio harás lo que desee? —preguntó, mirándolo a los ojos y acercó sus labios a él.

—¡Por supuesto, mi amor! —expresó, sintiendo que estaba a un paso de tenerla, quiso sujetarla, pero ella se alejó.

—Me alegra mucho escuchar eso… porque tengo un secreto que contarte —mencionó, tomando su cartera y vio la expectativa en la mirada oscura de él, sonrió, abriéndola para sacar un par de esposas—. Te presento a mis amigas…

George se quedó perplejo, mirando los aros de metal en las manos de Deborah y en un principio no supo cómo interpretar lo que estaba ocurriendo, pero después sonrió, pensando que aún estaba chapado a la antigua y por eso se sorprendió, ya que, en la actualidad, muchas mujeres gustaban de esas prácticas.

—¿Qué sucede? ¿No te gustan? —preguntó ella, con gesto inocente, mirándolo a los ojos.

—No… es decir, sí… es… es solo que nunca he esposado a una mujer —contestó, sonriendo de manera nerviosa.

—Y no lo harás… Estas esposas no son para mí —indicó, mientras negaba con la cabeza y sonreía—. Me gusta jugar… Me excita tener el control, George —susurró, alternando su mirada de los labios a los ojos de él.

—¿Y eso… qué quiere decir? —preguntó con la voz estrangulada, mezcla de nervios y excitación.

—Eso quiere decir que… que, si en verdad quieres complacerme, dejarás que sea yo quien lleve la batuta. Me dejarás esposarte y te prometo que te daré la mejor noche de tu vida… Voy a cogerte tan bien, que vas a querer repetirlo muchas veces y yo te daré tanto como me pidas, si te muestras sumiso —pronunció, casi sobre los labios de George y sonrió al verlo temblar.

Él sintió el deseo dispararse dentro de su cuerpo, con una fuerza arrolladora. No podía apartar la mirada de Deborah y sentía que el corazón le saltaría del pecho de un momento a otro. Tragó en seco, para pasar esa sensación, que le había secuestrado la voz, mientras se obligaba a buscar las palabras adecuadas para responderle.

—¿No lo deseas? ¿No te gusta jugar? —cuestionó Deborah, acariciándole la pierna, con su mirada clavada en los ojos de él.

—No… no es eso, es… solo que… —Volvía a tartamudear, como un tonto y era que no sabía cómo actuar.

—¡Ya sé! Necesitas un incentivo —mencionó ella con entusiasmo y se puso de pie. Se alejó un par de pasos y ante la mirada atenta de George, llevó sus manos gasta la cremallera del vestido, la deslizó y después se dio la vuelta—. ¿Me ayudas? —pidió, mirándolo por encima del hombro.

—Por supuesto.

Con rapidez lo bajó, abriendo el vestido hasta el final, que le permitió ver la ropa interior de Deborah. Quiso sujetarla, para hundir su rostro allí, pero ella se alejó una vez más.

—¿Te gusta lo que ves, George? —preguntó con voz seductora, dejando caer el vestido a sus pies.

—Por todos los cielos… Eres perfecta, Deborah —expresó, con la respiración acelerada y su erección ya no se podía disimular—. Ven aquí… Déjame tocarte.

—No… así no va el juego, siéntate en aquella silla. —Le ordenó, después de negar con la cabeza.

George estaba tan desesperado, que no se hizo de rogar, se cambió a la silla *Mies van der Rohe* y de inmediato varias escenas sexuales protagonizadas por Deborah y él, comenzaron a mostrarse en su mente. Recargó todo su peso en la estructura de flejes de acero, que le permitía sentirse totalmente seguro y relajarse, al tiempo que sonreía, mirándola.

—¿Estás cómodo? —Deborah se acercó, doblándose, para dejar que su aliento cubriera los labios de él y a la vez, poder darle una visión privilegiada de sus senos en el corpiño.

—Y listo, para ti —contestó George, removiéndose en el tapizado capitoné, de cuero blanco.

Ella sonrió, guiñándole un ojo mientras se mordía el labio y caminó, moviendo sus caderas de manera sugerente, para ponerse tras él, le masajeó los hombros, ejerciendo presión, para relajarle los músculos y también le llevó su mano hasta la cabeza, deslizando sus dedos por la calva brillante, lo sintió estremecerse y rodó los ojos en un gesto de fastidio.

—Dime… George, ¿quieres ser mi juguete esta noche? —susurró al oído de él, sonando las esposas contra el acero de la silla.

—Hazme tu juguete, Deborah —suplicó, sintiendo que su miembro le dolía de lo tenso que se encontraba.

Deborah sopló sobre su oreja y después liberó una carcajada ronca y sensual, sintiendo que lo tenía justo donde lo quería, lo instó a llevar sus manos detrás de su espalda, pasándola por debajo de los posa brazos y metió las esposas entre las rejillas de la silla, de modo que no pudiera liberarse una vez que estuviera esposado. Intentó tratarlo con cuidado antes de cerrar sus manos en los aros de acero y una vez que lo tuvo completamente cautivo, se alejó.

—¿Te importa si cambio la música? —preguntó, para tener eso como excusa y poder tomar el teléfono desechable de su cartera; se quedó de espaldas a él y con rapidez, le dio la orden a Diego para entrar, lo escondió de nuevo y sacó su iPod y su teléfono también—. Me gustaría algo más movido.

—Por supuesto, haz lo que desees —contestó, hipnotizado por la figura de Deborah, que lucía muy sensual en el conjunto.

—Perfecto.

Caminó hasta la base del iPod y puso el suyo, vio que estaba justo frente a donde se encontraba sentado George y se le ocurrió otra idea, no sabía si le serviría de algo, pero siempre era bueno tener un seguro, así que puso la cámara para grabar todo y sonrió al ver la canción que iniciaba esa lista de reproducción, ninguna podía ser más perfecta.

I say why does it feel so good?
So good to be bad
Getting what I want, boy
Why does that make you so mad?
You see, why does it feel so good?
So good to be bad.

Se volvió, caminando hacia George con una sonrisa sensual y lamentó mucho no tener en ese momento una fusta, le habría encantado usarla con él. Se detuvo, quedando a solo centímetros, mientras lo miraba con una ceja arqueada y una sonrisa malévola, al saber que él no podría tocarla, disfrutando de ver su desesperación por rozarla al menos.

—***'Cause if it's trouble that you're looking for… Oh baby, here I am*** —susurró, con su mirada clavada en los ojos oscuros de ese depravado, sonriendo, sintiéndose a salvo.

Supuso que esa era una extraordinaria metáfora, que reflejaba lo inalcanzable que era y sería siempre; se acercó, golpeando con sus rodillas las de él, para hacerse espacio; se dio la vuelta, dejando su trasero justo frente al rostro sonrojado y sudado de George, para hacerlo sufrir más.

—¡Dios!… Deborah… Acércate más —rogó, luchando por alcanzarla, pero las malditas esposas no lo dejaban.

—¿Así? —preguntó, empujando hacia atrás y lo escuchó gemir, ella chasqueó los labios, dándose la vuelta de nuevo, con una sonrisa cargada de malicia—. Tal vez te guste más esta vista, George… ¿Qué me dices? ¿Te gusta más esto? —Llevó una mano debajo del panty de encajes y gimió, cuando sus dedos se deslizaron por sus labios húmedos, que solo esperaban a Diego.

George sintió que el corazón se le instalaba en la garganta y su erección comenzó a llorar, suplicando por ser liberada, no debió dejarse convencer de que ella lo esposara y lo torturara de esa manera, le tocaba pagar el precio por estúpido.

—Deborah… Desnúdame, voy a correrme solo viendo cómo te tocas, por favor, mi amor… Jugaremos lo que quieras, pero déjame tenerte primero, una vez… solo una vez —suplicó,

lanzándose hacia delante y el dolor en sus muñecas le recordó que estaba atado.

—Espera, creo que… —Deborah se detuvo y sacó con rapidez los dedos de su interior, se tensó al sentir la presencia de Diego en el lugar, aunque no podía verlo—. George…

—¿Qué ocurre? —preguntó desconcertado, al verla tan pálida y cómo su actitud había cambiado por completo.

—Creo que hay alguien… Alguien entró en la casa —susurró, poniéndose de rodillas para esconderse tras él.

—Eso no es posible…

—¡Te digo que me pareció ver la sombra de alguien! —expresó, con voz trémula y lo miró horrorizada, cuando vio a Diego aparecer por la cocina, todo vestido de negro, con un pasamontaña, su mirada destelló cargada de emoción, pero se obligó a seguir con el plan—. ¡Oh, Dios mío! ¡Tiene un arma…! ¡George, tiene un arma! —habló en medio de sollozos e intentó gatear hacia atrás.

—Busca las llaves, Deborah… Quítame las esposas. —Intentó no desesperarse, pero estar así no le ayudaba.

Diego casi aplaude al ver la actuación de Deborah y luchó por no sonreír, por mantenerse en su papel de ladrón. El abogado estaba de espaldas a él, por lo que no podía verlo, pero un gesto de ella le indicó que había llegado su momento.

—¡Quietos! No se muevan… Tú, no te muevas. —Demandó, con tono amenazante y caminó con rapidez hasta Deborah, mientras apuntaba a George con el arma.

—¡No, no, no, por favor!… No me haga nada… —Ella elevó las manos, quedando sentada sobre la alfombra y bajó el rostro.

—¡Hey! Cálmate, amigo… cálmate, puedes llevarte lo que desees, no tienes que lastimar a nadie. —Intervino George, con tono pausado, para no alterar al delincuente.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó, apuntándolo.

—No tengo efectivo aquí… Solo cosas materiales, toma lo que desees y sal antes de que venga la policía. —Su voz comenzaba a vibrar, por los nervios.

—Los tipos como tú siempre tienen dinero en sus casas, no me hagas perder la paciencia y dime dónde está el maldito dinero… ¡Ahora! ¡O le pego un tiro! —Llevó la pistola a la cabeza de Deborah, y aunque le había puesto el seguro, se recordó que debía tener el dedo lejos del gatillo —. ¡Habla, el dinero!

—¡Oh, por Dios! George… George… por favor, por favor. —Comenzó a rogar ella, mientras temblaba a causa de los sollozos y se cubría el rostro con las manos.

—No le hagas nada… Aleja el arma de ella y te daré lo que quieres… Cálmate —pidió, mirándolo a los ojos—. En mi habitación hay un armario, allí está mi billetera con todo el efectivo que tengo y también algunas prendas de valor, tómalo todo y vete de aquí… Es la primera puerta a la derecha en el pasillo —explicó, con tono pausado.

—¿Acaso me crees pendejo? —preguntó, renovando su furia—. Te daré una oportunidad más, si no me dices lo que te pregunto, le voy a pegar dos tiros a esta perra y después te meteré el resto a ti. —Lo amenazó, tomando a Deborah por el cabello, con fuerza y ella liberó un grito.

—No… no le hagas daño… Te lo diré, pero antes suéltala. —George intentó levantarse de la silla y una vez más, el tirón en sus muñecas le recordó que estaba esposado.

—Por favor, no me haga nada… Yo tengo dinero en mi cartera, tómelo todo, pero no me lastime —pidió, mirándolo a los ojos y las lágrimas bañaban sus mejillas.

Diego había ensayado todo eso con ella, así que verla llorar de esa manera, no le afectaba; debía reconocer que era muy buena actriz y recordó que su madre lo fue, era evidente que

Deborah había heredado su talento. La puso delante de su cuerpo, cerrándole la cintura con el brazo, para pegarla a él y la apuntó con el arma en la sien, sintió que se tensaba, pero no desistió, era mejor que se mostrara asustada.

—Si no me das lo que te pido en este momento, puedes ir despidiéndote de ella… —Lo amenazó, mirando a George directamente a los ojos y comenzó el conteo—. Uno…

—¡George, por favor! —exclamó Deborah, viéndolo aterrorizada e incrédula, el infeliz dejaría que la asesinaran con tal de no revelar que tenía una maldita caja fuerte.

—Dos —mencionó Diego, arrastrando las palabras y volvió a tirar del cabello de Deborah, haciéndola gritar.

—¡Para! ¡Tengo una caja fuerte! No le hagas nada, no le hagas nada… Detente, por favor —rogó, con la voz ronca por las lágrimas y los nervios que sentía.

—Ahora sí nos entendemos… ¿Cuánto hay allí? —Demandó una respuesta rápida.

—Diez mil en efectivo… y un Rolex —contestó—. Suéltala por favor y ve por ello, tómalo todo y sal de aquí.

—Las órdenes las doy yo, dame la clave. —Exigió, apuntándolo y al verlo dudar, se acercó para pegarle en el estómago, un golpe fuerte y certero—. La maldita clave, ya.

—George… Por favor, dale lo que te pide —rogó Deborah, mirándolo con angustia, al verlo ponerse rojo a causa del golpe.

—SGT… veintiocho, cero, dos… diecinueve, noventa y siete, SGJ. —Le dio la clave que eran sus iniciales, las de su hijo mayor y la fecha de nacimiento de este.

—¡Repítelo! —Exigió, para grabarlas en su memoria.

George lo hizo y no solo él las memorizó, sino también Deborah, ella era muy buena para los números y lo hizo a la primera, pero con esa segunda vez, ya no la olvidaría. Tuvo que contenerse para no sonreír en ese momento y seguir con su papel de la pobre víctima, miró a George con agradecimiento e intentó liberarse de Diego, para hacerle creer al abogado que se refugiaría en él, eso también lo habían ensayado.

—No tan rápido… Tú vendrás conmigo. —La retuvo, apretándola con fuerza y hundió su rostro en la espesa cabellera.

—No… no, por favor, no… —suplicó, sollozando.

—¡Déjala aquí! Ya te di lo que querías, suéltala… Por favor. —Mesuró su tono, al ver la mirada amenazante del delincuente.

—Dijiste que podía tomar todo… y eso creo que la incluye a ella. Por lo visto te gustan los juegos… Creo que yo puedo enseñarte algunos —esbozó con tono lascivo, masajeándole una teta, pero sin sacarla del sostén, no le daría ni eso al abogado.

Deborah comenzó a llorar y a retorcerse para escapar, pero Diego la apuntó de nuevo con el arma y ella se quedó quieta, él vio la mirada asesina que le dedicó George Stevenson, lo que lo animó más a hacer justo lo que deseaba.

—Ese no era el trato, me pediste el dinero… Ya puedes ir por el, no hay necesidad de que la lleves contigo —acotó, mirándolo con rabia y con el corazón latiéndole a mil.

—¿Acaso crees que los ladrones tenemos palabra? ¿O tal vez me crees tan imbécil, para dejarlos a los dos aquí y que llamen a la policía, mientras yo estoy allá?… ¡No! Tal vez tengas una maldita pistola en algún lugar y en cuanto me dé la vuelta, vas a dispararme… Ya he hecho esto antes, miserable y me conozco todos esos trucos. La perra viene conmigo y tú te quedas esposado, justo allí… —Señaló con sus labios la silla y sonrió, de manera malévola—. Lo siento, pero te tocará ser segundo esta noche, a esta, primero me la cogeré yo —mencionó, triunfante y le sujetó el mentón con fuerza a Deborah, para besarla.

—¡No! Déjeme, desgraciado. —Deborah hizo el intento de zafarse de su agarre, rechazándolo; mostrando ante George el supuesto temor que sentía y la repulsión hacia ese desconocido.

Diego sonrió con malicia al ver el maravilloso desempeño de Deborah, se le mostraba altanera como la primera vez que visitó su pieza en el invernadero y el recuerdo lo excitó. Le apretó con fuerza una nalga y la pegó a su cuerpo haciéndola gritar.

—Tú decides… Hacemos esto por las buenas o por las malas, yo lo voy a disfrutar de todas maneras. —Le tiró del cabello para que levantara la cabeza.

—No me haga daño… por favor… —suplicó ella mirándolo a los ojos, mientras sollozaba.

George no podía seguir soportando esa escena, tenía que hacer algo para persuadir a ese hombre que dejara a Deborah en paz, no podía permitir que le hiciera daño. Lo vio besarla a la fuerza y la furia se desató dentro de él.

—¡Maldito infeliz! ¡Suéltala! —George forcejeó para liberarse y las esposas le hirieron las muñecas.

—¡Quieto! —gritó Diego, propinándole una patada y lo hizo caer hacia atrás, junto a la silla, el tipo quedó con las piernas al aire.

Deborah no pudo contener la sonrisa que afloró en sus labios, pero por suerte él no podía verla desde esa posición.

—No sabes con quién te estás metiendo, le llegas a poner una mano encima a la chica y te vas a arrepentir toda tu vida… Ella es una mujer muy importante. —Intentó intimidar al hombre con eso.

—Mucho mejor, nunca me he cogido a ninguna mujer importante en mi vida… Serás la primera, belleza —comentó, sonriéndole a Deborah y le acarició el culo.

—No me haga nada… por favor… No me lastime. —Siguió pidiéndole, pero su mirada gritaba que lo deseaba—. George… Ayúdame, no dejes que me lleve.

Diego se la subió al hombro, como si fuera un bulto de abono y comenzó a caminar con ella hacia el pasillo. George seguía forcejeando con el piso, para liberarse de las esposas o al menos respirar mejor, pues sentía que esa postura le oprimía los pulmones, miró desesperado cómo ese hombre se llevaba a Deborah y ella solo gritaba, pidiendo que no se lo permitiera.

Dejó libre las lágrimas, cuando ellos desaparecieron tras la puerta de su habitación, en ese instante la impotencia comenzó a hacer estragos dentro de él y aunque le dolían las manos, no cesaba en su esfuerzo por liberarse de las malditas esposas, necesitaba salvar a Deborah de ser violada por ese malnacido.

CAPÍTULO 44

La situación dentro de la habitación era parcialmente distinta a lo que George imaginaba. En cuanto entraron, Deborah corrió, buscando la caja fuerte para abrirla, pero Diego la detuvo, ella no llevaba guantes, así que sus huellas quedarían, dieron con la misma, detrás del reloj colgado en la pared y él se encargó de abrirla, marcando la clave que ella le dio.

Rebuscó en el interior, haciendo el dinero a un lado y tomó varios sobres, se los extendió a Deborah con una sonrisa, que era menos efusiva que la de ella y fue recompensado con un excitante beso.

—Eres el mejor, Diego —pronunció, emocionada.

—Recuerda repetirlo cuando estemos en la cama. —Sugirió él y la dejó encargarse de los papeles, mientras él tomaba el dinero.

—Es este… ¡Es este! —expresó, sentándose en la cama para leer con calma, se saltó un montón de términos legales y fue a la parte que le interesaba—. ¡Oh por Dios! ¡Oh por Dios! —Se llevó la mano a la boca, para controlar su felicidad.

—¿Qué dice? —preguntó, interesado.

—¡Setenta por ciento de la fortuna Wallis está a mi nombre!

Se le colgó del cuello a Diego y comenzó a besarlo, brincando como una chica a la que han elegido capitana de las porristas, él se contagió con su felicidad y también reía, pero sin dejar de lado el estado de alerta, que debía tener por el abogado.

—Espera… No entiendo, ¿y el otro treinta por cierto para quién será? —inquirió, cayendo en cuenta de eso.

—Un veinte por cierto para Silvya. La verdad me da igual, la perra se lo merece por aguantarlo y dejar que se la coja todos estos años… y el otro diez por ciento, se repartirá entre los empleados más antiguos de la casa… Tu padre aparece allí —contestó, mirando el documento, para cerciorarse.

—Bueno, de algo le valió al viejo lamerle el culo a tu padre por tantos años… ¿Es eso lo que querías? —Le gustaba verla tan contenta y le acarició la mejilla en un gesto poco usual.

—Sí, por supuesto, llegué a pensar que no me dejaría nada… Incluso esperaba que me expusiera ante todo el mundo, declarando aquí que yo no soy su hija… Supongo que prefiere heredarme todo, que pasar la vergüenza de hacerlo público.

—Tal vez sea porque…

—No, no lo soy —pronunció ella, de manera tajante.

—Está bien, ¿ahora qué hacemos? —No quiso ahondar más en el tema, porque sabía que a ella no le gustaba hablar de ello.

—Seguir con el plan, como habíamos ideado y celebrar lo que acabamos de descubrir. —Guardó el documento, justo como estaba y llevó su mano hasta el miembro de Diego, para acariciarlo, al tiempo que subía sus labios, pidiéndole un beso.

—¿Estás segura de hacer esto? —preguntó, pues no creía que pudiera relajarse y coger con ella a gusto, teniendo al abogado lanzando amenazas en el salón.

—Sí… Después de una violación, ninguna mujer dejaría que otro hombre la tocase… Hazlo Diego y demuéstrale cómo coge un hombre de verdad —respondió, abriéndole el pantalón y al

ver que no estaba tan duro, bajó para ponerse de rodillas.

Se lo llevó a la boca, mientras lo miraba a los ojos y lo metió hasta el fondo de su garganta, compartió un gemido con él y consciente de que no tenían mucho tiempo, aceleró el ritmo, deslizó el músculo grueso y caliente por su lengua, degustando ese sabor almizclado que le encantaba. Lo sentía palpitar y ganar dureza a cada segundo; cerró los ojos, concentrándose en ejercer la presión que a él le gustaba y dejó que su boca lo bañara de humedad. Los gemidos de Diego le indicaron que ya estaba listo para ella y se detuvo, poniéndose de pie.

—Te voy a hacer gritar, Deborah… y quiero que lo hagas, quiero que grites muy fuerte, para que ese hijo de puta te escuche y sepa que soy yo quien te hace gozar —mencionó, tomándola por los brazos y la lanzó sobre la cama.

—Hazlo… Te quiero como un animal, Diego; te quiero cogiéndome como un salvaje —pidió, separando las piernas.

Diego la agarró por las caderas, para atraerla hacia él, ni siquiera la desnudó, solo hizo el sexy panty a un lado y sin muchos preámbulos, entró en Deborah con una estocada violenta, ella liberó el primer grito, al tiempo que se arqueaba, la vio cerrar los ojos y fruncir el ceño, mostrado cierto gesto de dolor, pero no se detuvo, solo siguió arremetiendo contra el húmedo y caliente centro, una y otra vez.

Ella estaba sobre la cama y él se mantuvo de pie al borde de esta, llenando la habitación con el sonido de sus pieles chocando, con el olor a sexo, que brotaba de sus cuerpos e impregnaba todo el aire a su alrededor, así como las sábanas de las que Deborah tiraba para desordenarlas, los gritos de ella y los gemidos guturales de él, iban en aumento, teniendo como sonido de fondo las amenazas de George Stevenson, quien parecía un cerdo, chillando, antes de ser llevado al matadero.

—¡Oh por Dios! ¡Por favor, no! ¡Por favor, no! —exclamaba Deborah, con un terror en la voz que su rostro no mostraba.

Ella le sonreía, moviéndose a contra parte, para intentar llevar el ritmo, pero Diego estaba actuando verdaderamente como un salvaje, era tan rudo que le dolía, pero saber que había encontrado lo que llegó buscando a ese lugar, la hacía feliz y pasaba por alto todo lo demás. Jadeó con fuerza, cuando Diego la volteó, poniéndola de espaldas y le dobló las rodillas, dejándola mucho más expuesta, para él.

—Sujétate los pies con las manos, te ves tan caliente que estoy a punto de correrme. —Le susurró al oído, sin dejar de mover sus caderas, buscando ir más adentro.

—No lo vayas a hacer sin mí. —Le advirtió ella y soltó un grito, al sentir el fuerte azote sobre su nalga—. ¡No! ¡No hagas eso! —exclamó, pero al ver que él lo repetía, lo llamó por su nombre en voz baja—. Diego… Miserable, no me pegues.

—¿Acaso crees que un violador va a tratarte con suavidad, belleza? —preguntó, con una sonrisa socarrona.

—Me dejarás marcas y no me gusta.

—Mejor, así no te cogerás al maricón de Maurice.

Ella iba a protestar, pero él la azotó de nuevo y también la asaltó con una serie de embistes rápidos, que le hicieron creer que el corazón le estallaría, gritó y hundió el rostro entre las sábanas, para no expresar su nombre en voz alta, no se creía capaz de controlar las sensaciones que esa mezcla de dolor y placer le provocaban en todo el cuerpo.

Diego supo que la tenía donde la quería y deslizó un dedo por los pliegues inflamados que lo envolvían, robando la tibia humedad que los bañaba, y al sentir que estaba bien empapado, lo llevó al trasero de Deborah. No le dio tiempo ni siquiera de anticipar lo que haría y lo hundió en

el apretado espacio, que aún no había conquistado, ella se contrajo de inmediato, para impedirle avanzar y gritó, intentando escapar.

—¡No, no! ¡Por allí no! —exclamó y esta vez el miedo en su voz era verdadero, la tensión en su cuerpo se lo demostraban.

—Relájate… No lo haré… Solo respira y confía en mí —mencionó en voz baja, sin dejar de moverse.

—Me duele… Diego, por favor. —Su voz se quebró, se sentía abrumada por esa sensación de estar colmada por ambos lados.

—Te duele porque no te relajas… Solo respira. —Le besó la espalda, bajando por la columna, haciendo sus movimientos más lentos y deslizó la lengua por toda la piel perlada de sudor, en el camino de regreso—. No pienses en el dolor… Solo siente lo apretada que te pones y lo rico que es tenerme dentro.

Ella intentó hacer lo que le pedía, descubriendo que en parte funcionaba, pero el temor no la abandonaba del todo; se relajó, dándole el voto de confianza que pedía, pero al sentirlo acelerar sus movimientos de nuevo, irguió sus defensas y se tensó.

—Necesito… correrme, quiero estar arriba, Diego —pidió, consciente de que en esa posición ella tendría mayor control.

Él le concedió lo que pedía y se tumbó sobre la cama, quedando con las piernas colgando, no tenían mucho tiempo, para entretenerse como estaban acostumbrados. Deborah se movió con rapidez y le acarició la erección, antes de llevarlo a su interior; bajó, tomándolo por completo y ambos gimieron ante esa unión perfecta, él la sujetó por las caderas para apurar el ritmo, meciéndola hacia delante y hacia atrás.

Deborah retomó su actuación, que había dejado de lado y comenzó a gritar, sollozando para hacerle creer a George que sufría, cuando era todo lo contrario, estando así, le daba una sensación de poder que le encantaba, porque era ella quien dominaba toda la situación.

—Te ves tan atractivo y peligroso vestido así… Creo que vamos a tener que repetir esto —esbozó, bajando para besarlo, él no se había quitado el pasamontaña.

—En verdad eres una pervertida —respondió y la castigó, empujando con fuerza desde su posición, haciéndola rebotar y que sus senos se bambolearan, calentándolo aún más.

—Es tu culpa, me has corrompido… Yo era una niña buena, antes de conocerte —pronunció, con la voz ronca y contradijo sus palabras, cuando movió sus caderas con rapidez, tomándolo muy profundo, al tiempo que le mordía el cuello.

—¡Maldición! —expresó Diego, cerrando los ojos, al sentir el placer que hacía espirales en su abdomen y tensaba sus testículos, unido al dolor de la mordida de Deborah.

—No creerás que una víctima de violación no vaya a intentar defenderse —expresó ella con malicia y lo besó con ardor.

Sus cuerpos retomaron ese ritmo desesperado de minutos atrás y una vez más, la pasión se desbordaba, haciendo protagonistas a los gritos, los gemidos y los jadeos que estallaban, anunciándoles lo cerca que estaban del éxtasis.

Ella no pudo seguir conteniendo sus emociones y sensaciones, todo estalló, haciendo pedazos el dique que las resguardaba y en medio de esa danza, en la que movía sus caderas, se corrió, dando alaridos, sollozando y tragándose el nombre de él.

Diego empujó tres veces más, con ímpetu, desde abajo y después, se quedó quieto. Con la respiración acelerada y la vista nublada, se desahogó con fuerza, llenando a Deborah de su espeso y caliente semen, gruñendo como un animal salvaje, cuando ha conseguido vencer a otro de su misma manada, proclamándose como el más poderoso, pues justo así se sentía, al acabar

dentro de esa mujer.

◆◆◆

George seguía llorando, revolcándose en su frustración, al escuchar cómo ese maldito sádico abusaba de Deborah y él allí, tendido, sin poder hacer nada. Cada grito que ella liberaba era como si le clavaran un puñal en el pecho, cerraba los ojos para escapar de la cruel realidad, pero no podía hacer nada para acallar los alaridos de ella. No existía nada más espantoso que lo que vivía en ese instante, no poder siquiera ser consciente por completo de lo que ella estaba sufriendo, del tipo de daño que ese hijo de puta le haría, para saciar su apetito depravado.

Todo quedó en silencio unos instantes y al fin, lo vio salir de la habitación, cargando con una mochila. Ella no lo acompañaba y el peor de sus temores lo golpeó, aplastándolo contra el suelo.

El mundo se le vino abajo, al imaginar a Deborah muerta en su habitación y después fue consciente de que, si ese hombre la había asesinado, el siguiente sería él, pero no actuó como un cobarde, lo miró a los ojos, con todo el odio que sentía.

—¡¿Qué le hiciste?! —Demandó en un grito, forcejeando para liberarse de la silla y caerle a patadas a ese malnacido.

—Nada que ella no disfrutara… La dejé tan satisfecha, que dudo mucho que tengas algún tipo de chance hoy… Lo siento —mencionó, con una sonrisa burlona, pasando de largo.

—¡Eres un malnacido! ¡Maldito, hijo de puta! Te voy a buscar y te voy a reventar el alma a patadas… Te vas a arrepentir toda tu miserable vida de esto… ¡Te lo juro! —gritaba, como si estuviera poseído y ya no le importaba el dolor en su hombro por la posición que tenía allí tirado.

—Desde allí se te ve muy amenazador, pendejo —comentó, riéndose y se acercó para darle dos bofetadas, sabía que ese golpe resultaba mucho más ofensivo que doloroso.

—¡Eres un bastardo, maricón! Tienes que forzar a una mujer para tener sexo con ella, no tienes los huevos para conquistarla y hacer que te mire… Perdedor… ¡Maldito perdedor! —George estaba loco de ira y no le importaba recibir una paliza.

Diego le dio una mirada furibunda y se levantó, para tener la libertad de patearlo, dándole dos puntapiés en el estómago, que hicieron que el abogado se doblara de dolor y se callara la maldita boca, eso fue lo que consiguió con la fuerza del golpe y la punta de metal, de su bota de seguridad.

—Ella me suplicó por más… Cuando la veas a los ojos, sabrás que te digo la verdad. —Le dijo en voz baja, arrastrando las palabras y después lo abofeteó de nuevo.

Se puso de pie, para largarse de una vez de ese lugar, no podía seguir arriesgándose, pues algún vecino, alarmado por los gritos que ese imbécil dio, pudo haber llamado a la policía. Deborah le dijo que ella se encargaría del resto y que se verían en la entrada de la mansión, debía confiar en ella y continuar con el plan, tal como habían acordado.

George lo vio alejarse y supo que lo mejor era quedarse callado, pues si seguía retándolo, ese hombre acabaría asesinándolo. Esperó a que pasaran unos minutos, para llamar a Deborah con todas sus fuerzas.

—¡Deborah! ¡Deborah! ¡Por favor, responde!

La llamaba, rogando que ella estuviera bien, que emitiera algún sonido, que le dijera que seguía con vida o de lo contrario, sabía que su mundo se vendría abajo y que Dominic Wallis lo asesinaría con sus propias manos.

Ella se encontraba en el baño, obligándose a llorar frente al espejo, se mojó el rostro para hacer que su maquillaje se corriera, pero le faltaba más dramatismo a su expresión, por eso se

frotaba la nariz y los ojos para enrojecerlos. Ya traía el cabello revuelto y lo dejó así. Diego le había ayudado a romperle las medias y los encajes del brasier, no tocó su panty, porque no quería que George viese un pedazo más de su piel y ella lo agradeció, tampoco quería mostrarse desnuda ante él.

—Deborah… Deborah… Por el amor de Dios…

George lloraba de manera desconsolada, al no obtener una respuesta y se esforzó por ponerse de rodillas por enésima vez, luchando contra el peso de su cuerpo y sus músculos adoloridos. Al fin, la vio salir de la habitación, con pasos trémulos y toda desaliñada, como si hubiera atravesado una tormenta. El alivio lo llenó por completo al saberla viva, pero el miedo no se esfumó, al verla tan maltratada.

—¿Qué te hizo ese miserable? —preguntó, mirándola.

Ella negó con la cabeza, mientras su barbilla temblaba y soltó un sollozo, caminó hasta donde había quedado tirada su cartera, tomó las llaves de las esposas y se acercó de nuevo a él, sin decir una sola palabra. George la miraba angustiado y cada vez que intentaba decir algo, Deborah negaba con la cabeza, pidiéndole que se callara, mostrándose avergonzada y vulnerable.

—Lamento haberte esposado… No debí hacerlo —expresó, en medio de sollozos.

—No… no llores, no es tu culpa, Deborah… no llores, por favor —pidió, tomándole el rostro y vio cuán demacrada lucía, sentía que la rabia contra ese malnacido y el dolor que verla así le provocaba, pujaban dentro de él—. Déjame llevarte al hospital, necesitas que te vea un doctor.

—No… no quiero que nadie me vea así, no, George. —Negó con la cabeza, al tiempo que le esquivaba la mirada, lo liberó y caminó con dificultad, para buscar su vestido.

—Deborah, no estás bien… Ese hombre te hizo daño.

Ella volvió a negar, mientras se vestía. La verdad es que Diego no le había dado nada más que una buena cogida, y no estaba para nada adolorida; las nalgas le ardían un poco por los azotes y sentía una leve molestia también, por la doble penetración, pero fuera de eso, no sentía nada más que no fuera satisfacción; sin embargo, debía actuar de esa manera, para no levantar sospechas en George. Solo debía mantenerlo a raya y largarse de allí, tan pronto le fuera posible.

—No me voy a someter a la humillación pública de que todo el mundo se entere de lo que pasó aquí —dijo, negándose categóricamente y fingiendo que se esforzaba para no seguir llorando, odiaba tenerlo dando vueltas, como una mosca.

—Tenemos que poner la denuncia… Ese hombre tiene que pagar por lo que te hizo. —George insistió, pues como hombre de derecho, era su deber acudir a la justicia.

Deborah notó que la música seguía sonando y recordó que había dejado el teléfono grabando, no se podía acercar allí, teniendo a George cerca, así que pensó en una manera de alejarlo, para poder tomar sus cosas.

—No soportaría verlo de nuevo… y a eso me expondría la policía, por no hablar de la serie de estudios que me harían y todo esto tarde o temprano saldría a la luz pública. ¿Imaginas acaso lo que diría mi padre? ¿Lo que dirían mis amistades? —preguntó, dejando ver todo su rencor—. No me hagas pasar por una humillación más esta noche, George. Por el amor de Dios… Solo déjame en paz.

—Pero, Deborah…

—Si quieres ayudarme en verdad, dame algunos calmantes, con eso estaré bien… Ya le pagaré a un terapeuta para que se encargue del resto —dijo, llorando y le dio la espalda.

—Enseguida regreso… —Dio un par de pasos, pero regresó y le dio un beso en el cabello—. Todo estará bien.

Ella rodó los ojos, con fastidio, aprovechando que él no podía verla y cuando lo sintió

marcharse, caminó hasta la consola, tomó su iPod y el teléfono, los guardó con rapidez, regresando para tomar su abrigo, necesitaba salir de allí.

—Dos serán suficientes… —Le hizo entrega de las pastillas y al ver que ella pensaba irse, habló para disuadirla de hacerlo—. Deberías quedarte, yo te cuidaré, Deborah.

—¿Como lo hiciste antes? —cuestionó con rabia, vio el dolor y la vergüenza reflejadas en el semblante de él y se recriminó por ser tan dura; a fin de cuentas, solo era un pobre desgraciado —. Lo siento… Sé que no fue tu culpa, pero entiéndeme… Quiero estar sola y tratar de sacar lo que sucedió de mi cabeza… No puedo quedarme aquí, no puedo volver a esa habitación —explicó, entre sollozos.

George no era un psicoanalista, pero suponía que lo que Deborah necesitaba, era precisamente alejarse del lugar donde sufrió la agresión; ella tenía razón en querer marcharse y él solo le estaba haciendo las cosas más difíciles. Asintió en silencio, concediéndole la razón y caminó hasta el perchero, para tomar sus llaves y llevarla hasta la mansión Wallis.

—Vamos… Te llevaré a tu casa —indicó, rodeándola con sus brazos e intentó darle un beso, pero ella lo esquivó.

—¡No! No quiero que me toques… ¿Acaso no comprendes lo que me sucedió? No quiero sentir el roce de ningún hombre en estos momentos… ¡Solo déjame en paz! —gritó y tomó su cartera para salir de allí, no le daría más largas a ese asunto.

—Deborah… Por favor, perdóname. —Él la siguió fuera de la casa—. ¡Por favor, no te vayas así! ¡Deborah, lo siento! ¡Tienes que creerme! —gritaba, intentando detenerla.

—Tal vez si le hubieras dicho desde el principio dónde estaba la maldita caja fuerte, él no se hubiera enfurecido y no me habría hecho pagar a mí por eso… —Le reprochó, entrado al auto y lo encendió, sin atender a sus súplicas.

—Por favor… No fue mi intención que algo así pasara, debes saberlo, yo quise defenderte, pero no pude, lo sabes… Tú lo viste —mencionó él, aferrándose al auto.

—Lo único que vi fue, que te quedaste allí, sin hacer nada, mientras ese maldito abusaba de mí… Solo eso, George.

Su voz fue tan cortante, que dejó al estúpido abogado sin argumentos, hundió el pedal y salió de allí disparada, sin importarle que lo hiciera caer al momento de arrancar. Con alivio, vio que no le pasó por encima de las piernas y no bajó la velocidad, hasta que abandonó el vecindario.

Hora y media después, estacionaba frente al inmenso portón de hierro forjado de la mansión Wallis, por suerte se había librado de George Stevenson y que el hombre no la siguió.

—Dijiste una hora. —Reclamó Diego, saliendo de entre las sombras—. Estaba a punto de congelarme aquí afuera… Cinco minutos más y me hubiera saltado la cerca.

—¿No eras tú el hombre de sangre caliente? —preguntó ella, riendo, mientras se acercaba para besarlo y hacer que entrara en calor, él tenía razón, estaba helado.

—Dentro de mi habitación, no a la intemperie y a las dos de la madrugada —acotó, mirándola con detenimiento—. ¿Por qué tardaste tanto? —cuestionó, con recelo.

—Deja de mirarme así, no me acosté con ese imbécil… No tendría sentido todo nuestro plan, si lo hacía. Él muy idiota no quería dejarme venir, insistió en llevarme al hospital para que me viera un doctor y prácticamente tuve que escaparme de su casa… pero antes de irme, lo dejé con una culpa del tamaño del Mississippi —respondió, sonriendo.

—¿Qué quieres decir? —La miró, intrigado.

—Le dije que había sido su culpa por no decir a tiempo que tenía una caja fuerte, que eso te enfureció y por eso te vengaste, violándome… Creo que debí decirle que habías sido salvaje, aunque por el desorden que dejamos en su habitación seguro llegará solo a esa conclusión —

contestó, sonriendo, con la mirada brillante de emoción.

—Eres… eres tan malvada, que hasta yo empiezo a tenerte miedo, Deborah Wallis —comentó, asombrado.

—Tal vez harías bien en tenerlo, Diego Cáceres. —Sugirió, mirándolo a los ojos y después se acercó para morderle el labio inferior; él gimió, sintiendo el dolor y ella sonrió satisfecha.

Diego la tomó por la cintura, pegándola a él y se apoderó de esa apetitosa boca, una vez que ella le soltó el labio, le hizo pagar ese gesto, mordiéndola también, besándola de esa manera posesiva, donde los dos quedaban casi sin aire, donde respirar por la nariz, no les bastaba y la mente se les nublaba, ante el deseo y la falta de oxígeno.

Esa mujer le despertaba las ganas en cuestión de segundos, no habían pasado tres horas desde que se la había cogido quedando satisfecho por completo. Sin embargo, allí estaba una vez más deseando hundirse en ese glorioso cuerpo y darle riendas sueltas a toda la pasión que llevaba dentro.

—Hagámoslo aquí —murmuró contra la piel blanca y cálida del cuello mientras le tocaba una teta por encima del abrigo.

—¡Diego Cáceres eres un hombre insaciable! —expresó asombrada, ella también se excitaba con sus besos debía admitirlo, pero él quería tener sexo todo el tiempo.

—Es tu culpa por estar tan buena… y por coger tan bien —Movió su mano buscando meterla bajo la falda.

—No… no, deja tus manos quietas ya tuviste suficiente de mí por hoy, no podemos exponernos así —Le tomó el rostro entre las manos para verlo a los ojos y que le prestara atención.

Él resopló sintiéndose frustrado, aunque debía darle la razón era peligroso estar allí pues el imbécil del abogado pudo haberla seguido para verificar que hubiera llegado bien a la casa.

Ella encendió el auto de nuevo y él se replegó en el asiento para esconderse en caso de que Marcus o Martha estuvieran despiertos esperando a Deborah.

—Ve a darte una ducha fría —comentó ella sonriendo con picardía antes de que él bajara.

—Haré algo mejor, me voy a dar una paja en tu nombre… —Sonrió al ver el asombro en ella —. Y no es la primera así que no me mires de esa manera —acotó robándole un beso.

—Pervertido —lo acusó mientras sonreía.

Se despidieron con un último beso fugaz y Diego bajó con rapidez para correr de manera sigilosa hasta el invernadero. Deborah actuó más natural, después de todo, los empleados estaban acostumbrados a que saliera de fiesta y regresara tarde.

CAPÍTULO 45

Quince días después, George seguía intentando acercarse a Deborah, en cinco ocasiones ella se había negado a verlo, cuando fue a la empresa queriendo hacerlo; la llamaba por teléfono y siempre lo enviaba al buzón de voz, donde por supuesto, le había dejado varios mensajes y ninguno recibió una respuesta.

También intentó contactarla en el gimnasio al que asistía, donde les preguntó a sus amigas por ella, pero ninguna le dio una respuesta que lo dejara satisfecho. Después de ir allí durante una semana y no verla, finalmente se dio por vencido.

Suponía que no estaba de ánimos para interactuar con otras personas y retomar su rutina; según le había dicho Kelly, la secretaria de Deborah, su jefa había estado taciturna y muy pensativa las últimas dos semanas, apenas sí le ordenaba hacer algo y tomando en cuenta que era tan exigente, como Dominic, eso era algo muy extraño.

Él conocía el motivo, pero no quiso ahondar en ello, para no ponerla en evidencia, comprendía que estuviera herida por lo sucedido, que intentara protegerse de los recuerdos; aun así, le dolía que lo viera como el culpable de la situación y que no le permitiera ayudarla.

Él ni siquiera había puesto la denuncia, para evitar que la policía iniciara una investigación donde ella se viera involucrada. Como abogado, tenía una ética y no cometería perjurio, ocultando evidencia o callando parte de la historia. Hizo todo eso para subsanar el daño y protegerla, porque se sentía mal por no haber hecho nada cuando ese hombre la dañó, por no haberse esforzado más por liberarse.

Aquella noche, dejó que la frustración y la impotencia lo dominaran, no pensó con cabeza fría y poder encontrar la manera de liberarse y socorrerla, eso lo hacía odiarse a momentos.

Cada día se sentía más desesperado, por lo que optó por un último recurso, iría hasta la mansión Wallis. Sabía que ella salía de la oficina después de las tres de la tarde y se iba directo a su casa, así que tenía la esperanza de que allí, Deborah no se negara a verlo. Pensó en llevarle flores, pero conociéndola, sabía que no era una mujer que le gustase inspirar lástima y podía malinterpretar su gesto; además, Dominic Wallis tenía plantas más hermosas y exóticas que el jardín botánico de la ciudad.

—Buenas tardes, señor Stevenson. Pase adelante, qué gusto tenerlo por aquí —lo saludó, con su habitual amabilidad, pero en realidad, le extrañó la presencia del abogado.

—Buenas tardes, Marcus. También me alegra mucho verte… La verdad es que esta vez, no vengo por motivos de trabajo —comentó, sonriendo; aunque tan efusivo, como estaba acostumbrado y caminó hasta el salón—. He venido a visitar a la señorita Deborah, quisiera conversar con ella un rato… Últimamente el trabajo no nos ha permitido reunirnos y siendo tan buenos amigos, es algo imperdonable. —Agregó, sin mirarlo a los ojos.

—La señorita acaba de llegar de la empresa y debe estar en su habitación, si lo desea, puede esperar aquí, mientras envío a alguna de las chicas para que le avise que usted vino a visitarla.

—Por supuesto… —contestó, sintiéndose esperanzado.

—Con su permiso, enseguida regreso. —Marcus se dio la vuelta y se disponía a ir hasta la cocina, cuando vio a una de las chicas bajar las escaleras—. Katherine, ¿puedes subir y decirle a la señorita Wallis que el señor George Stevenson vino a verla, por favor? —pidió, con la

educación que lo caracterizaba.

—Vengo de la habitación de la señorita y no está allí, tal vez se encuentre en su estudio —comentó, mirándolo.

—Ve a buscarla allá y le avisas, por favor.

—Por supuesto —masculló Katherine, fastidiada.

—Perdón que me meta… —intervino Angie, quien entraba al salón y escuchó la conversación —. Pero acabo de ver a la señorita Deborah entrar al invernadero, quizás fue a pedirle algunas flores a Diego, para su estudio.

—Yo puse unas rosas esta mañana, no era necesario que ella se molestara en ir hasta allá. —Katherine no pudo disimular la rabia en su voz, no le gustaba que estuviera cerca de Diego.

—Bueno, en ese caso, no se preocupe por anunciarme… Iré yo mismo y le daré la sorpresa, muchas gracias por su ayuda. —George les sonrió a los tres y se encaminó, sintiéndose animado.

Sabía que, si llegaba de improvisto, Deborah no tendría oportunidad de negarse a verlo, aunque siempre podía rechazarlo; pero estaba dispuesto a demostrarle que lucharía por estar cerca de ella. Era consciente de que a las mujeres les gustaban esas cosas; Melissa siempre le reclamó su falta de interés y que no se esforzara más por su relación, decía que él nunca debió darse por vencido tan fácil; bueno, ya había aprendido la lección y no cometería el mismo error con Deborah.

Llegó hasta el lugar y le extrañó no verla, pero no quiso llamarla, ese lugar era grande y en algunos lugares, las plantas creaban unos laberintos y las enredaderas de las orquídeas, creaban cortinas que dividían los espacios. Debía reconocer que el joven hijo de Roberto era un excelente jardinero, había mantenido todo como si su padre siguiera siendo el encargado.

Siguió caminando para hallar a Deborah, seguramente ella estaba allí, solo debía buscarla sin ponerla sobre aviso, no cesaría hasta dar con ella y podía jurar que no se iría de esa casa sin antes hablar y zanjar ese asunto que los atormentaba a los dos. Se acercó a una puerta al final del lugar, la cual se encontraba cerrada, pero le pareció oír voces, sabía que no era correcto escuchar conversaciones ajenas; sin embargo, algo le decía que debía hacerlo, su instinto de abogado lo llevó a acercarse un poco más.

Se detuvo justo detrás de la hoja de madera y reconoció de inmediato una de las voces, era la de Deborah, pero no logró distinguir lo que decía, después escuchó una segunda voz, que paralizó su cuerpo, pero los latidos de su corazón se desbocaron. Sintió que la boca se le secaba y un escalofrío le bajaba por toda la columna, haciéndolo estremecer. Reconocería esa maldita voz entre miles, pues no había dejado de perseguirlo en sus pesadillas, durante dos semanas.

«Esto… esto no puedo ser… no puede ser, tiene que haber una confusión… George, debes estar paranoico, aún no te recuperas de ese episodio y estás confundiendo las cosas ¡Sí! Tiene que ser eso… Ese hombre no puede ser el mismo que los atacó; además, ¿qué haría Deborah con él? No… Nada de esto tiene sentido, tiene que haber una equivocación.»

Se dijo en pensamientos, pero su instinto le exigió que agudizara el oído, para distinguir bien las voces y así conseguir escuchar la conversación que ellos tenían, debía resolver las dudas que a cada minuto se multiplicaban en su cabeza y comenzaban a lastimarlo.

◆◆◆

Después de terminar su jornada por ese día, Diego se encaminó hasta su habitación; debía prepararse para salir, pues tenía el fin de semana libre, aunque no le gustaba pasarlo en casa de sus padres, porque sentía que ellos vigilaban cada paso que daba y no disimulaban sus caras

angustiadas, si lo veían salir para una fiesta o cuando alguno de sus amigos iba a buscarlo, para jugar un rato al fútbol. Le jodía ver que siempre estaban a la espera de que cometiera alguna estupidez y eso ya lo había cansado, por suerte ese fin de semana se mudaría.

Había conseguido un lugar cerca del distrito nueve, justo en la parte alta, donde los destrozos de Katrina ya habían sido reparados en su mayoría. Buscó un sitio pensando en Deborah, no quería prescindir de su compañía, durante sus fines de semanas libres y por suerte dio con uno, que esperaba cumpliera con las exigencias de su hermosa y millonaria amante.

El apartamento era mucho más grande que esa pieza donde dormía; era limpio, cómodo, ya estaba equipado y lo mejor fue, que le dieron buen precio, ya que pocas personas deseaban ocupar esas viviendas, por temor de revivir las aterradoras experiencias del dos mil cinco. Pudo alquilar ese lugar con el dinero que obtuvo en el robo a Stevenson y también cumplir un capricho que había tenido desde que era un chico.

—Hola.

La seductora voz de Deborah lo recibió en cuanto abrió la puerta, se estaba quitando los guantes, por eso no la vio, pero al levantar la cabeza, ella le entregó una hermosa sonrisa y sus ojos azules brillaban con intensidad.

—Hola, belleza… ¿Y esto? ¿qué haces aquí a esta hora? —preguntó, desconcertado, acercándose a ella.

—Quise venir a despedirte —contestó, poniéndose de pie y lo detuvo con su cuerpo, para que no avanzara más, mientras extendía la mano y le pasaba el cerrojo a la puerta—. No te has ido aún y ya siento que me harás mucha falta. —Le ofreció los labios, al tiempo que le acariciaba el pecho sudado.

—Pues yo tenía otros planes para nosotros este fin de semana —mencionó, acariciándole las nalgas y dándole suaves succiones, en esos labios que lo enloquecían.

—¿Planes? —inquirió, llena de curiosidad.

—Sí, quería llevarte a un lugar… y también mostrarte algo que compré con parte del botín obtenido en la casa de Stevenson —contestó, sonriendo con picardía. Le regaló un sensual guiño e intentó besarla, pero ella lo esquivó.

—No menciones esas cosas aquí, Diego. —Le reclamó, mirándolo con severidad y se alejó.

—¿Qué tiene de malo? Estamos solos, Deborah —acotó, molestándose por el reproche de ella —. El otro día nos reímos de lo sucedido y del infeliz; me agradeciste por haber conseguido lo que querías y haberte salvado de él; incluso me pediste disfrazarme de nuevo, para repetir la buena cogida que te di ese día… No entiendo a qué viene este reclamo ahora.

—Era de noche y todos dormían… Ahora no, alguien puede venir y escucharnos… Sabes lo que pasaría si algo así sucediera —mencionó, acariciándole el pecho, para aliviar la tensión en él —. Además, te pedí que no gastaras el dinero en tonterías o que fueras demasiado evidente. — Debía hacerle comprender que estaba siendo imprudente y al ver que él seguía en su plan de niño malcriado, tomó su abrigo para marcharse.

—¿A dónde vas? —preguntó, tomándola de la muñeca.

—A mi habitación, voy a darme un baño y a descansar… Tuve una semana muy ocupada en la empresa.

—Se suponía que venías a despedirme —mencionó, tomándola por las caderas, pegándola a su cuerpo.

—No tiene caso, si nos vamos a ver este fin de semana —indicó, cerrando los párpados pesadamente, al sentir las manos de él, subiéndole el vestido y recargó su peso contra el cuerpo lleno de músculos de Diego.

Él sonrió, al saber que ella una vez más, se había rendido. Le quitó el abrigo y lo lanzó al viejo sillón en la esquina; la tomó por el cabello, haciendo un puño con su mano, de esa manera que lo hacía sentir poderoso y sabía que a ella la excitaba; la pegó a la pared, inmovilizándola con su cuerpo y le bajó el cierre del vestido, para desnudarla.

—Diego… —susurró y el deseo vibró en su voz.

—No hables… Deja que yo me encargue de todo.

Comenzó a besarle el cuello, usando también su lengua, para humedecer la suave piel, la sentía estremecer y eso lo calentaba mucho más, se iba poniendo duro rápidamente. Quería tenerla completamente dispuesta para él y llevó una de sus manos hasta las turgentes nalgas, deslizando sus dedos debajo del encaje de la prenda íntima, para tocarla como a ella le gustaba, gimió al sentirla húmeda, caliente y ansiosa.

—Siempre estás tan mojada… Me encantas —esbozó, mordiéndole el hombro y después lo lamió para aliviar la marca.

—Me pasa cada vez que te tengo cerca. —Admitió, estremeciéndose y cerró los párpados, cuando él aceleró el ritmo de sus dedos, enviando descargas de placer a su cuerpo.

—Y tú me pones duro, solo con mirarme… Me traes loco, Deborah y ya no puedo pensar en otra cosa que no sea en tenerte así —murmuró, liberando su erección.

No terminó de desnudarla y tampoco la acostó en la cama; justo así, como estaba, se hundió en ella, arrancándole un grito ahogado. Era consciente de que el tiempo corría en su contra, así que les dio riendas sueltas a sus caderas y tenerla de esa manera, lo aceleró todo.

Se veía tan sensual apoyada contra la pared, con esas medias negras tan sexys y sobre esos zapatos que la ponían a su altura, hundió su rostro en la nuca de ella, mientras empujaba en su interior con fuerza y la habitación se llenó de esos sonidos que solo producía el buen sexo.

◆◆◆

George se llevaba las manos a la cabeza, pasándolas una y otra vez, para intentar bloquear lo que acababa de descubrir, eso que sentía lo estaba desgarrando por dentro. Tuvo que apoyarse contra la pared, para no terminar tirado en el suelo, llorando y totalmente destrozado, como lo estuvo dos semanas atrás, cuando esos mismos sonidos, llenaron sus oídos.

No podía contener sus lágrimas, pero se tragó todos los sollozos que le hacían girones la garganta, para no delatar su presencia allí, necesitaba averiguar toda la verdad y una vez la tuviera, les iba a hacer pagar por lo que le habían hecho.

◆◆◆

Diego ayudó a Deborah a vestirse de nuevo, después de que se quitaran el sudor de sus pieles en el baño. Ella no quiso ducharse con él, por obvias razones, si alguien la veía salir recién bañada del invernadero, no tardarían en descubrir su secreto, ya se había arriesgado mucho en ir a verlo a plena luz del día.

—¿Vas a pasar estos días conmigo? —preguntó él, acariciándole la cintura y besándola para convencerla.

—Bueno… No tenía planes.

—Ahora los tienes… Te quedarás conmigo —pronunció en un tono de voz, que no admitía una respuesta negativa.

—¿Me dejarás dormir? —inquirió, mirándolo a los ojos, fingiéndose seria, pero estaba llena de expectativas.

—Es probable que no lo haga —contestó con simpleza y se encogió de hombros, mostrando una sonrisa ladina.

—Eres un degenerado insaciable, Diego Cáceres —apuntó, sonriendo y no pudo contener sus deseos de besarlo.

—Y es precisamente por eso que te gusto tanto —dijo con arrogancia, antes de apoderarse de su boca.

Deborah no podía resistirse a esos labios, que se habían convertido en una adicción para ella, le encantaba la forma que él tenía de besarla, cómo deslizaba esa lengua pesada y húmeda, haciéndola estremecer; excitándola.

—Ya, déjame ir. —pidió, entre roces de labios.

—Está bien… Nos encontraremos en la Fuente del Mardi Gras a las ocho, solo te esperaré media hora, así que procura no llegar tarde, ve en un taxi porque tendré transporte después.

—No me gusta ese lugar, Diego. A veces merodean por allí delincuentes… Mejor te daré la dirección de una amiga, dejaré el auto en su departamento y de allí, podemos irnos juntos.

—Como gustes… Lo hacía para mantener nuestro secreto a salvo —comentó, frunciendo el ceño.

—Con ella no hay problema. Te estaré esperando.

Después de cinco besos más, Deborah al fin se liberó de Diego y consiguió abrir la puerta para salir de allí, él la había cerrado tres veces, atrapándola de nuevo para besarla. Al final cedió, consciente de que ella debía regresar a la casa y él pasar por el despacho de Marcus, para recibir su pago de la quincena, despedirse de los demás y marcharse.

Deborah caminaba algo distraía y con una sonrisa en los labios que no conseguía borrar, debía admitir que compartir con Diego la ponía de buen humor. Tal vez por eso cedió tan fácil a su propuesta de pasar el fin de semana juntos, también porque sabía que eso no le traería problemas con Maurice, ya que él se había marchado ese fin de semana, para hacer un estudio de campo.

Entró al salón, por la puerta de la terraza que daba al jardín, pensó que hacerlo por allí, no levantaría sospechas del lugar donde se encontraba tan solo minutos atrás. Aunque no tenía por qué darles explicaciones a los empleados de lo que hacía, era mejor no darles de qué hablar.

Se encontró con Marcus, quien como siempre, parecía una estatua más en ese lugar, le mostró una sonrisa a modo de saludo y se disponía a subir a su habitación, cuando el mayordomo la detuvo.

—Señorita Wallis, tiene visita —mencionó, para anunciar al abogado, quien se hallaba sentado en uno de los sillones.

George había regresado a la casa, alegando que no pudo encontrarla en el invernadero y prefirió esperarla allí. Debía ser más inteligente que Deborah y descubrir hasta dónde eran capaces de llegar ella y su amante.

Se tragó toda la rabia, la decepción y el dolor que sentía, para poder verla a la cara, mostrando una sonrisa, que por más que intentó fuera efusiva, se vio forzada.

—Hola, Deborah. —Se puso de pie, acercándose a ella, pero se detuvo antes de saludarla. No la tocaría, porque le dio asco recordar que venía de revolcarse con ese hombre—. He venido a verte, porque necesito hablar contigo.

—Hola, George… Claro, lamento no haber atendido tus llamadas, pero no me encontraba en condiciones —comentó, caminando hasta los asientos.

—Supongo. —Vio las intenciones de ella de hablar en presencia de terceros y la detuvo—. Creo que deberíamos tratar el asunto por el cual he venido en un lugar más privado.

Ella se lo quedó mirando y vio en los ojos oscuros del abogado, que hablaba en serio. Lo

notaba algo extraño y eso le provocó un mal presentimiento.

Asintió con la cabeza, al tiempo que le hacía un ademán con la mano, para conducirlo hasta su estudio. Cuando la puerta se cerró, los latidos de su corazón eran lentos y dolorosos, algo no andaba bien, lo sabía, podía sentirlo.

—Bien, George. Tú dirás. —Lo instó a iniciar la conversación.

Él se la quedó mirando, aún sin poder creer, que lo que descubrió en el invernadero, fuera cierto; le costaba ver en ella, quien era una mujer educada, hermosa y distinguida, a esa que acababa de tener sexo con un sucio jardinero, pobre y, además, exconvicto.

No podía imaginar qué pudo atraerle a Deborah de un hombre como ese, no conocía mucho de él, pero lo poco que averiguó, cuando Dominic le pidió investigarlo antes de hacerle un contrato de trabajo, no lo mostraba como un hombre ejemplar; por el contrario, era un vago, sin estudios ni futuro.

—Estuve muy preocupado por ti estas dos últimas semanas —comenzó, con algo de parsimonia.

—Lo sé… lo sé y lamento mucho no haberme puesto en contacto contigo —acotó, con una actitud sumisa, evitando mirarlo a los ojos—. No ha sido sencillo para mí lidiar con todo lo que sucedió… Tú mejor que nadie deberías entenderlo, porque estuviste allí. —Esta vez su mirada se ancló en la de él.

—Por supuesto, yo estuve allí… Esposado y tendido en el suelo, lleno de impotencia, por tener que escuchar cómo ese miserable abusaba de ti… Cómo te hacía sufrir —mencionó, dejando que su semblante mostrara un dolor que no sentía.

—Es mejor no hablar de ello… Eso me recomendó la terapeuta a la que comencé a asistir esta semana.

—¿Y qué más te aconsejó tu psicoanalista? ¿Qué fueras y te acostaras de nuevo con tu presunto violador, para superar el trauma? —preguntó, cansado de los rodeos.

Deborah sintió que la garganta se le cerraba y el corazón le comenzó a latir desesperado dentro del pecho; sus ojos se abrieron con asombro y todo su cuerpo fue recorrido por un desagradable escalofrío, que la paralizó.

—Vamos, Deborah… Sigue mintiendo, continúa con el teatro; después de todo, debiste heredar parte del talento que tenía tu madre —indicó, al ver que ella no reaccionaba.

—No te atrevas ni siquiera a nombrar a mi madre. —Logró dar con su voz, para defender el recuerdo de su madre, ya bastantes insultos recibían su memoria de parte de su padre, como para que ese miserable también lo hiciera.

—¿Por cuánto tiempo más pensabas que podías mantener esta mentira? ¿Cuánto más jugarías conmigo, haciéndome sentir culpable? —Demandó y sintiéndose furioso, se acercó a ella.

—No sé de qué demonios me hablas, George.

—No te atrevas a negarlo, porque juro por Dios que voy ahora mismo a la policía y los denuncio a los dos, a ti y a tu maldito amante. —La amenazó, mirándola con furia.

—Te has vuelto loco… —dijo, intentando no delatar los nervios que la recorrían y la hacían temblar.

—No, aún no, pero puedo hacerlo… ¿Qué demonios pretendías con todo ese teatro? ¡Habla! —Le exigió, tomándola por los brazos con fuerza, zarandeándola.

—¡¿Qué pretendías tú con el tuyo?! ¿Acaso crees que no sabía lo que buscabas, llevándome a tu casa? Preparaste toda esa maldita escena del caballero atento y encantador, para hacer que me acostara contigo a cambio de dejarme ver el testamento de mi padre… Vienes aquí, haciéndote el ofendido, cuando la única que debería sentirse de esa manera sería yo, si tú hubieras conseguido

lo que querías.

No pudo seguir conteniéndose y dejó que la ira lanzara fuera, cada una de esas palabras. Se soltó de él, empujándolo con todas sus fuerzas y ambos estuvieron a punto de caer.

—Eso era lo que tú querías… —mencionó, intentando defenderse y la ira comenzó a menguar ante sus acusaciones.

—¡No! Fue eso a lo que tú me arrimaste, con tu maldita obsesión. Eres un depravado… un sádico.

—¡Cállate! Yo nunca te obligué a nada, tú fuiste por tu propia cuenta a mi casa… Nunca te engañé. —Se acercó de nuevo, pero prefirió guardar distancia, cuando la vio tomar con disimulo un cortapapel—. No dejaré que se salgan con la suya, me importa una mierda que Dominic Wallis sea tu padre; eso no te hace intocable para la justicia. Tú y ese maldito delincuente van a pagar por lo que hicieron… Buscaré las pruebas, para mandarlos a los dos a la cárcel.

—No tienes manera de demostrar nada. —Ella lo retó, mirándolo con intensidad a los ojos, no podía dejarse intimidar.

—¿No? Ya lo veremos, Deborah Wallis. Ningún crimen es perfecto y tú tienes un punto débil. Tu cómplice es un hombre con antecedentes y no me será nada difícil hacer que le abran una investigación… Voy a mandarlo una vez más a la cárcel y esta vez, tú te irás con él. A ver si así aprendes a no jugar con los hombres… ¡Zorra! —espetó, con dolor y rabia.

Se dio media vuelta y caminó hacia la puerta, necesitaba alejarse de ese lugar, antes de que sus sentimientos lo traicionaran y ella terminara convenciéndolo una vez más.

Se odiaba por ser tan débil ante ella, pero ver esa mirada azul que adoraba, tan aturdida e indefensa, le dio remordimiento; no quiso ofenderla con esa última palabra. En el fondo deseaba creer que todo lo sucedido había sido mentira, pero ella le dejó claro que todo era verdad, que lo despreciaba y solo había jugado con él.

Deborah se quedó congelada en ese lugar, mientras su mente era un torbellino, que la lanzaba de un lugar a otro con fuerza, no le daba tregua y no conseguía ordenar sus ideas, para saber cómo actuar, debía conseguir la manera de detener a George, de reparar el daño que había causado su imprudencia. Estaba segura de que él acababa de enterarse de todo; de lo contrario, no hubiera tenido tanta paciencia en esas dos semanas.

Se llevó las manos al rostro, para ahogar el grito de impotencia que subió por su garganta y le desgarró el pecho, no podía permitir que todo se fuera a la mierda por el estúpido abogado, necesitaba hacer algo y debía ser cuanto antes.

Comenzó a caminar, para sosegar la angustia que la embargaba y no le dejaba concentrarse, cerró los ojos, sintiéndose frustrada al no conseguirlo y al cabo de media hora en esa situación, vio su cartera tirada en un mueble, buscó con rapidez su teléfono y le marcó a Diego, él era el principal involucrado.

—Necesito verte. Ahora —mencionó, apenas le contestó.

—Estoy ocupado, ¿qué pasó?

—No puedo explicarte por teléfono… Tiene que ser en persona, ve a la dirección que te di en una hora —le ordenó.

—Deborah, ¿qué mierda ocurre? No me gustan los rodeos.

—Ya te dije que no puedo hablar ahora, solo haz lo que te digo. —Exigió, descargando en él parte de su rabia y colgó.

Necesitaba encontrarle una solución a ese problema antes de que llegara a oídos de su padre; de lo contrario, todo lo que había planeado, se vendría abajo y no podía permitirlo, no sacrificaría su libertad por el maldito de George Stevenson y si tenía que asesinarlo a él también,

lo haría.

CAPÍTULO 46

Deborah bajó de su auto, en el estacionamiento del lujoso edificio donde vivía Janeth, quien ya la estaba esperando, pues le había dicho que solo pasaría a dejar allí su auto. Iba vestida con un pantalón negro, ajustado, de cuero, suéter de algodón cuello alto y manga larga, del mismo color, una chaqueta del mismo material de su pantalón y botas altas de tacón fino.

A Janeth le había extrañado un poco la llamada de Deborah, ellas siempre se mantenían en contacto y su amiga no le había mencionado nada sobre esos repentinos planes misteriosos. Supuso que debió ser algo que surgió a último momento, con ese hombre enigmático, de quien aún no había conseguido sacarle mucha información y lo poco que sabía, es que era el amante de turno de Deborah.

—¡Wow! ¿Y ese estilo de Femme Fatale? —inquirió Janeth, en cuanto la vio bajar del espectacular auto deportivo.

—Hola. —Se acercó, para darle un abrazo.

—Hola, Debbie ¡Cuanta seriedad!… ¿Qué sucede? —preguntó de nuevo, al ver el semblante de su amiga.

—Nada… Solo unos pequeños problemas, que espero solucionar hoy mismo, no te preocupes —contestó, esquivándole la mirada y se forzó a sonreír.

Caminó con ella hasta el portaequipajes y sacó un elegante bolso negro, de mano, Gucci. Seguiría con su plan de pasar el fin de semana fuera de casa, tal vez solucionar lo de George, le llevaría más tiempo y no quería que nadie en la mansión, notara algo sospechoso, así que lo mejor era estar en otro lugar.

—Bueno, por cómo vas vestida, creo que lo solucionarás todo muy rápido. Seguramente ese hombre va a caer muerto en cuanto te vea —mencionó con una sonrisa y la siguió.

—Eso sería maravilloso, pero creo que necesitaré mucho más que esta ropa para ello. —Deborah sabía que Janeth estaba lanzando anzuelos, para que ella pescara alguno y se viera en la necesidad de contarle y aunque confiaba en ella, no podía hacerlo.

—Entonces lo vas a tener más sencillo, desnúdate y haz que te ruegue —esbozó con una sonrisa, para animarla.

Deborah se lo agradeció, emulando el gesto, pero eso ya no le serviría, George Stevenson sabía cuáles eran sus armas y cómo las usaba a su favor, así que dudaba que cayera de nuevo en alguno de sus trucos de seducción.

—¿No subirás a tomarte una copa, siquiera? —preguntó, cuando vio que se dirigía hacia la entrada del edificio.

—La persona que viene por mí, debe estar por llegar —contestó, mirando hacia la calle; las paredes de cristal de la recepción le permitían hacerlo.

—Puedes invitarlo a subir, también. No tengo problema con eso —comentó, con una sonrisa cargada de picardía.

—Pues yo sí —acotó, elevando una ceja, al verla tan entusiasmada, aunque no lo hacía por celos, puesto que sabía que Janeth nunca rompería su código de amistad.

—¿Acaso crees que me voy a meter con él? —cuestionó, mostrándose ofendida.

—No, claro que no… pero esta noche no estamos para ser muy sociables, quizás más adelante

—contestó y sintió su corazón desbocarse en latidos, cuando lo vio llegar, vestido de negro, igual que ella y en una motocicleta Ducati—. Acaba de llegar, vendré por el auto el domingo por la noche… Gracias por todo Janeth. —La abrazó, para despedirse de ella.

—Espera un momento, no te irás de aquí sin presentármelo. —Agarró a Deborah por el brazo y dio un par de pasos para salir junto a ella, el hombre la había intrigado demasiado.

—Janeth… —Intentó negarse.

—Deborah Wallis, ni se te ocurra negarte, entre nosotras nunca han existido secretos y con este hombre, ya tienes muchos, así que al menos déjame verle el rostro y saber su nombre.

Deborah la miró, sintiéndose sin escapatoria, sabía que Janeth no la dejaría marchar, si no le daba lo que pedía, y de hacerlo, se ganaría una buena discusión cuando se viesen de nuevo. Analizó rápidamente la situación y concluyó que no habría problemas.

—Está bien… pero solo será un saludo, él y yo tenemos muchas cosas que atender. —Cedió, mirándola a los ojos.

—No seas avara, ¿tendrás al hombre todo un fin de semana para coger con él y no puedes brindarle cinco minutos a tu mejor amiga, para que lo vea al menos? —comentó, fingiéndose seria y caminó llena de expectativas, hasta el motorizado.

Deborah no dijo nada más y acortó la distancia que la separaba de Diego, mientras rogaba internamente para que Janeth no lo fuera a asociar con el viejo jardinero de la mansión Wallis, por el apellido. Así como se veía su amante, no parecía un hombre pobre; por el contrario, la motocicleta y esa ropa, le daban un aire moderno, casual y por qué no decirlo, elegante.

—Hola. —Lo saludó, dedicándole una mirada, con la que le pedía que actuara de manera casual.

—Hola, belleza —respondió, extendiéndole la mano para tomar el bolso, era consciente de la mirada interesada de la amiga de Deborah, pero no dijo nada.

—Diego… Te presento a mi amiga…

—Mejor amiga. —La interrumpió la aludida, haciendo énfasis en la primera palabra, mientras trataba de capturar la mirada del esquivo hombre frente a ella y le extendió la mano—. Soy la mejor amiga de Deborah. Encantada, Janeth Smith.

—Un placer, Diego Cáceres —respondió, de manera escueta y le dio un rápido apretón de manos.

—¡Vaya! ¡Latino! Esto es una novedad. —Miró a Deborah y sonrió, para aligerar la tensión que veía en su amiga.

—Digamos que soy mitad y mitad, llegué junto a mi familia a este país cuando tan solo tenía diez años… y de eso ya han pasado quince —explicó, intentando ser amable, suponía que Deborah deseaba que lo fuera; de lo contrario, no lo habría presentado a su mejor amiga.

—Bueno, nosotros debemos ir… —Intervino Deborah, al ver la sorpresa en el rostro de Janeth. No tenía que ser adivina para saber lo que estaba pensando: que Diego era menor que ella. Aunque dos años no era gran diferencia—. Vendré el domingo por el auto. Toma, puedes usarlo, para que no digas que soy una mala amiga… Pero no vayas a cometer alguna infracción, por favor. —Le advirtió, al entregarle las llaves.

—Ojalá así me prestaras todo lo tuyo —esbozó con picardía.

Ella hizo ese comentario más por molestar a Deborah, que porque en verdad lo desease; tenían un código de honor entre amigas, donde ninguna se metía con los hombres de las otras, ni siquiera cuando pasaban a ser ex y eso había influenciado para que después de quince años, siguieran siendo amigas. Claro está, que esa norma no las limitaba de expresar libremente sobre las cualidades a resaltar en los varones con los cuales habían compartido y en el caso del señor

Cáceres, Janeth podía apreciar varias; en verdad era muy atractivo y misterioso.

Deborah sabía a lo que estaba jugando su amiga, pero no estaba de ánimos esa noche para seguirle la corriente. Tal vez si fueran otras las circunstancias, entre las dos, hubieran logrado intimidar a Diego y se hubiesen reído un rato a su costa. Lo vio encargarse del bolso, amarrándolo al soporte trasero de la moto y después se acercó a ellas de nuevo.

—Me agradó conocerte, Janeth. —Le extendió la mano para despedirse, al tiempo que la miraba a los ojos.

—A mí también, Diego. Fue un placer… Espero que la próxima vez, tengan menos prisa y pasen a tomarse algo —dijo, pero en lugar de recibir la mano, se acercó para darle un beso en cada mejilla y abrazarlo, el pacto no delimitaba esos gestos.

Él se tensó un poco, ya que no estaba acostumbrado a que mujeres como ella se acercaran y lo trataran de esa manera. Estaba seguro de que Deborah, no le había dicho que él era el jardinero de la mansión Wallis, pues podía jurar que lo hubiera tratado diferente. Subió en la moto, dándole tiempo, para que ella se despidiera de su amiga. Se le notaba tensa y eso lo preocupaba, sabía que algo malo había sucedido.

—Cuídate mucho, Debbie… —La abrazó, dándole un beso en la mejilla y aprovechó para susurrarle algo—: Disfruta de tu fin de semana, no lo dejes dormir siquiera… Yo en tu lugar, no lo haría. —Soltó una risa cargada de malicia.

—Ya basta… Pareces una ninfómana —murmuró Deborah, sintiéndose algo apenada y ni siquiera sabía el porqué, ya que su vida sexual era un libro abierto para Janeth.

—No te hagas la santa, que sé que este fin de semana te vas a devorar completo a ese delicioso bocadillo… y bueno, ya no te retengo más, para que puedas aprovecharlo al máximo —dijo y le dio otro abrazo rápido, para despedirla.

Deborah asintió en silencio y caminó hasta donde Diego la esperaba con la motocicleta encendida, subió como él le indicó, ya que nunca antes lo había hecho; se puso el casco que le extendió y se aferró con fuerza a la cintura de él, sintiendo la fuerza de la poderosa máquina vibrar entre sus piernas.

Janeth elevó la mano para despedirlos y los vio alejarse con una velocidad que los hizo desaparecer de su vista en segundos; evidentemente, el amante de Deborah era muy diestro con las motocicletas, además, lucía extremadamente sexy sobre esa bella Ducati, se dijo que debía buscarse a un amante motorizado, para vivir la misma experiencia de su amiga.

Diego y Deborah llegaron al edificio donde él había rentado el apartamento, unos quince minutos después, no quedaba muy lejos de la zona donde vivía Janeth y aunque el trafico estaba bastante congestionado, por ser noche de viernes, ellos lograron escapar de los embotellamientos con rapidez. Él estacionó y mantuvo estable la moto para que ella bajara primero, después se encargó de asegurarla, tomó el bolso y le ofreció su mano libre a Deborah, para llevarla junto a él.

—¿A dónde vamos? —preguntó, sintiéndose intrigada.

—Ya lo verás —contestó él, mostrando una sonrisa.

Deborah observaba el conjunto de edificios, hechos en ladrillos, de amplios ventanales blancos, con balcones de figuras ornamentales en hierro forjado, típicas de la región de Luisiana. Entraron por un camino de adoquines, iluminado tenuemente por farolas, que los llevó hasta un pequeño jardín con diversas plantas, que ya estaban en sus esqueletos, a la espera del invierno.

Diego se detuvo frente a la reja de hierro forjado, que antecedía al lobby de su edificio, sacó una llave de su bolsillo y abrió, invitando a Deborah a pasar, para él hacerlo después. Solo sonrió al ver la mirada que ella le dedicaba y caminaron hasta el ascensor, que seguía el mismo modelo

antiguo de la edificación, corrió la reja que chilló al abrirse y cerrarse.

—¿Esto es seguro? —preguntó ella, un tanto nerviosa al escuchar cómo el aparato tragueaba y se estremecía.

—Claro, ya lo he usado antes… Estaremos en el quinto piso, así que es más cómodo por aquí, que por las escaleras.

Ella asintió, tragándose el miedo y fijó su mirada en la aguja que iba marcando los números de los pisos que ascendían. Suspiró aliviada, cuando vio que se detenían en la quinta planta y el aparato seguía en pie; apenas esperó a que Diego abriera la reja, para bajar tan rápido como le fue posible.

—Para ser tan malvada, eres bastante cobarde —comentó con sorna, al ver la palidez que tenía el rostro de Deborah.

—Estoy acostumbrada a hacer ejercicios, así que la próxima vez, lo haré por las escaleras —mencionó, obviando su comentario.

—Como desees, tampoco soy un hombre flojo, puedo subirlas incluso corriendo, si quiero.

La invitó a seguir por el pasillo, con un ademán de su mano y después de tres puertas, la hizo detenerse; usó la otra llave y abrió la puerta, para luego buscar el botón de encender la luz.

—Hemos llegado. Bienvenida, Deborah… Este será nuestro segundo refugio —anunció con una gran sonrisa y la mirada cargada de emoción, mientras le envolvía la cintura con el brazo, para hacerla caminar junto a él—. Espero que esté a tu altura.

—¿Qué es todo esto, Diego? —preguntó, desconcertada.

Su mirada se paseó por la pequeña sala, donde había un sillón de dos puestos, marrón oscuro, con cojines naranja, dos butacas del mismo tono chillón y una mesa de centro en madera, cristal y acero cromado. Caminó sin poder creer que él hubiera rentado ese lugar, no era que la deslumbrase el espacio en sí, pues era bastante sencillo, pero el gesto la había dejado sin habla.

Sus pies tropezaron con la alfombra en tonos tierra, que apenas cubría esa parte del piso de madera; al otro lado, había una pequeña biblioteca vacía y un cuadro con figuras abstractas del mismo tono del juego de recibo. Se volvió a mirarlo, con decenas de preguntas en sus ojos y él solo le sonreía, satisfecho por haberla sorprendido, se acercó y le dio un beso en los labios, al cual apenas pudo responder, debido a la sorpresa.

—No puedo creerlo. —Fue todo lo que pudo esbozar.

—Espera a que veas la habitación —comentó, emocionado como un chiquillo y la haló de la mano para llevarla—. Esa de allí es la cocina, no tendrás que pisarla, ya sé que no sabes hacer nada… Yo me encargaré de alimentarte —dijo, señalando el diminuto espacio, donde predominaban los mismos tonos marrón y naranja—. No tenemos comedor, solo esa barra con tres sillas, pero será suficiente; esto de aquí es un armario, donde está toda la ropa de cama y las toallas —indicó, tocándolo.

—Diego… Espera un momento, ¿cómo hiciste para conseguir este lugar? —preguntó, intentando detenerse, pero él la instó a seguir hasta el final del pasillo.

—Y esta será nuestra habitación —pronunció, después de abrir la puerta y encender la luz, para que ella pudiera admirarla.

Deborah, a esas alturas no podía con su asombro y no era precisamente emoción lo que corría por su cuerpo, sino miedo e impotencia. Si él había conseguido todo eso con el dinero de Stevenson, como sospechaba, estarían en serios problemas. Apenas le dio un vistazo a la cama, cubierta con cobijas, que seguían el mismo decorado de toda la casa, el espacio era pequeño, pero se veía elegante y acogedor. Debía admitir a pesar de todo, que le gustaba mucho y era un cambio asombroso de aquel cuartucho detrás del invernadero.

—El baño te lo muestro después… Cuando lo usemos juntos —mencionó, besándole el cuello y llevó sus manos hasta la cremallera de la chaqueta, para quitársela.

—No… no, espera… Todo esto está mal, Diego. —Se alejó, odiando tener que romper las ilusiones que veía en él.

—¿Qué es lo que está mal? ¿Acaso no te gusta? —cuestionó, desconcertado, mirándola con el ceño fruncido—. Deborah, esto es mejor que aquel chiquero donde duermo en la mansión… Es lo mejor que logré conseguir, que he tenido en toda mi miserable vida —expresó, sintiéndose dolido y furioso por el rechazo de ella, pensaba que se pondría feliz.

—¿Conseguiste esto con el dinero que robaste en la casa de George Stevenson? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Sí… Me sirvió para el depósito y un par de meses de renta.

—¿Y la motocicleta? ¿También fue con ese dinero? —Su voz comenzó a demostrar la desesperación que la embargaba.

—Obtuve casi treinta mil dólares entre el Rolex y los anillos que vendí, pero no lo gasté todo…

—¡Maldición! ¡Maldición, Diego! Estamos jodidos… Te dije que esperaras para vender esas cosas, ¿por qué demonios no me hiciste caso? —Demandó, mirándolo con rabia.

—Era más peligroso tener eso en mi poder Deborah, no podía dejarla en casa de mis padres y mucho menos en el invernadero, ¿a qué viene todo este drama? —cuestionó furioso.

—¡El maldito de George Stevenson nos descubrió! ¡A eso viene todo este drama, Diego! —gritó, sintiéndose fuera de sí. Él se quedó en silencio, mirándola perplejo y ella continuó, por si acaso no la había escuchado bien—: hoy, cuando regresé a la casa, después de estar junto a ti en el invernadero, él me estaba esperando y prácticamente me exigió que habláramos —explicó, mirándolo a los ojos y no podía evitar llorar.

—¿Cómo se enteró? ¿Qué te dijo? —La desesperación comenzaba a crecer dentro de él.

—Me dijo que nos enviaría a la cárcel, que iba a hacer que te abrieran una investigación y que sería fácil, porque tienes antecedentes… y que los dos acabaríamos presos —pronunció, con voz trémula; el dolor que le causaba esa idea hizo que se doblara y que apenas pudiera respirar.

—¡Eso no pasará! No voy a regresar a ese lugar… Primero mato a ese maldito bastardo. —Sentenció, caminando hasta el armario, donde había guardado sus cosas.

—¿Qué haces? —preguntó ella, alarmada de ver que rebuscaba de esa manera y jadeó al verlo sacar la pistola—. Diego… Diego espera, por favor, no seas impulsivo… No actúes como un idiota y mírame. —Lo sujetó con fuerza por el brazo.

—Tú no tienes ni idea de lo que es ese infierno, Deborah y no voy a regresar, antes lo mato a él o me mato yo —indicó, soltándose de un tirón.

Sabía que esta vez no correría con la misma suerte de la otra vez, Lobo no estaría allá para salvarlo y él había dejado varios enemigos, que estarían encantados de tenerlo de vuelta. Revisó que el arma estuviera cargada, le puso el seguro y se la guardó en la espalda, disponiéndose a salir. Deborah se atravesó en la puerta, cortándole el paso y el inspiró profundo, para armarse de paciencia y no lanzarla a un lado; le dedicó una mirada glacial, para advertirle sin palabras, que era mejor que se quitara.

—No te dejaré cometer una locura… Yo también estoy involucrada en esto y tengo mucho más miedo que tú. Yo no sabría cómo defenderme en una prisión… y estoy segura de que Dominic dejaría que me pudriera en ella, así se libraría finalmente de mí… No me dejes sola en esto Diego, por favor… por favor. —pidió, abrazándolo con fuerza y comenzó a llorar.

—Tenemos que hacer algo… No me voy a quedar de brazos cruzados, mientras él reúne

pruebas para enviarnos a la cárcel —mencionó, con tono hosco. Las lágrimas de Deborah no aplacaban la ira que corría por sus venas.

—Y lo haremos… lo haremos, solo que esta vez debemos ser cuidadosos, no podemos permitirnos un error más, Diego… Por favor, ven a sentarte y ayúdame a pensar en una solución. —Lo tomó de la mano y lo llevó hasta la cama.

Se sentaron al borde de esta y ella se obligó a dejar de llorar y concentrarse en algo que los sacara de esa situación, le acariciaba la mano para aligerar la tensión en él, no podía permitir que perdiera el control o todo acabaría peor.

Después de unos minutos, no habían logrado dar con nada, la rabia lo tenía bloqueado; además, no tenía elementos para trabajar; no sabía nada de Stevenson y sin conocer al enemigo, no se podía crear una estrategia de ataque, eso se lo había enseñado su mentor. Al recordar a Yorgos su mente se iluminó y miró a Deborah, buscando sus ojos.

—Tenemos que presionarlo… ¿Stevenson tiene familia? —preguntó, con urgencia.

—Sí… sí, su familia es de las más importantes de Nueva Orleans, su padre era el antiguo abogado de Dominic y tienen varios negocios juntos —contestó, sin entender la pregunta.

—No hablo de ellos… Me refiero a una familia más cerca, esposa, hijos, nietos… Necesito algo que sea en verdad suyo.

—Hasta donde sé, es divorciado… Tiene dos hijos, que se quedaron en Nueva York con su exesposa. ¿Por qué me preguntas todo esto? —Lo interrogó, mirándolo.

—¡Mierda!

Eso había aniquilado sus planes, no podía trasladarse hasta Nueva York. Bueno él no, pero alguien que le debía un favor sí; y además, tenía los medios para hacer lo que necesitaba. Se puso de pie y buscó ese teléfono prepago que Deborah había comprado para él, marcó el número que se sabía de memoria, pues era una especie de seguro de vida.

—Hola, Lobo —saludó, cuando escuchó que recibían la llamada y esperaban a que él hablara para decir algo.

—Hola, muchacho. Qué alegría escucharte, o al menos eso espero y no que me llames porque estés en problemas.

—A mí me alegra mucho más escucharte… y has acertado en lo segundo, necesito de tu ayuda —dijo sin rodeos.

—¿Por qué será que no me extraña, Lobito?

Diego escuchó que lo llamaba de esa manera cariñosa con la que empezó a hacerlo, después de que él se tatuara un lobo en su antebrazo. Lo hizo en honor a Yorgos, el hombre que lo mantenía a salvo y fue precisamente el día del cumpleaños número cincuenta del veterano espía, como un regalo para su mentor y protector.

—Un maldito abogado se metió con mi mujer… Quiso chantajearla para que se acostara con él, a cambio de darle una información que necesitábamos; yo fui más astuto que él y entré a su casa, para conseguirlo por mis propios medios, el hombre se enteró y ahora quiere enviarnos a la cárcel —explicó sin dar muchos detalles, aunque sabía que Yorgos se los pediría.

—Comprendo… Te dije muchas veces que la violencia no es la manera de resolver un conflicto, al menos no si tenemos otros medios para conseguir lo que deseamos, sin usarla.

—¡Apenas toqué a ese malnacido! —Se quejó por el regaño que el veterano le daba y respiró profundo, para calmarse—. Le robé cerca de treinta mil dólares… pero no creo que sea eso lo que más le duele, ya que ni siquiera puso la denuncia, sino que no haya conseguido cogerse a mi mujer —indicó en un tono serio, mientras caminaba por el lugar.

—¿Y por qué no dejas que lo haga?

—¡Eso nunca! —sentenció Diego y las aletas de su nariz se movieron, evidenciando la rabia que el comentario le provocó.

—Bueno, era solo una sugerencia; después de todo, a las mujeres no les resulta tan difícil, vienen entrenadas para engañar a los hombres y manejarlos a su antojo, cuando prometen abrirles las piernas.

Deborah escuchaba parte de la conversación que Diego estaba teniendo y a cada segundo, sentía que sus nervios empeoraban. Le parecía una estupidez compartir tanta información por teléfono, intentó hacerle ver que debía cortar la llamada, pero él la ignoró por completo.

—Lobo… Solo necesito presionar al maldito abogado, para que nos deje en paz, tiene esposa e hijos en Nueva York…

—Casualmente la ciudad donde me encuentro.

La voz del hombre estaba cargada de ironía, pero igual llenó de esperanza a Diego, sabía que lo ayudaría.

—Supongo que deseas que le haga una visita, ¿no es así?

—Sí, pero solo de cortesía… Es para amenazar al infeliz y conseguir que nos deje en paz, que se desaparezca —contestó.

—Está bien, haré esto solo porque sé que no puedes regresar a prisión; de hacerlo, no saldrías de allí con vida… Dame la dirección.

—Necesito la dirección de la familia de Stevenson en Nueva York. —le pidió a Deborah, tapando con su mano el auricular.

—No la tengo… Nunca le pregunté por sus hijos o su exmujer, no me interesaban —contestó ella en voz baja.

—Maldición —masculló y respiró profundamente, armándose de valor para hablarle a Yorgos —. No tengo la información que pides, sé que tú puedes conseguirla… De verdad necesito que me ayudes, por favor Lobo —rogó al hombre al otro lado de la línea.

—Por supuesto que necesitas mi ayuda, siempre la has necesitado… Bueno, veamos ¿Tienes al menos los datos del hombre?, ¿número de seguro social?, ¿nombre completo?, ¿lugar de nacimiento?, ¿nombre de los padres?… Necesito alguna de esas cosas para poder dar con su información.

—Dame un minuto —pidió y se acercó hasta Deborah—. Dame todos los datos que conozcas de Stevenson, nombre de los padres, dónde nació… Todo eso.

—Diego… No me gusta esto, es demasiada información, ¿confías en ese hombre, tanto como para exponernos así? —preguntó, sintiéndose angustiada.

—Confío más en él de lo que pudiera llegar a confiar en Dios. Dame lo que te pido, Deborah… Es el único que nos puede ayudar —dijo, mirándola a los ojos para que no se desviara del tema.

—Está bien.

Deborah le contó todo lo que sabía de George, el hombre le pidió a Diego que lo llamara en media hora y cuando lo hizo, le informó que estaba camino a la casa de la ex mujer de Stevenson, iba acompañado de tres de sus hombres de confianza, para hacerle la visita. Le enviaría fotos, audios y todo lo que le pudiera servir para presionar al abogado.

CAPÍTULO 47

Diego sentía que no podía perder el tiempo, fue hasta el baño para buscar las cosas que había usado junto a Deborah, cuando entraron a la casa de Stevenson y que él decidió esconder en ese lugar, tomó las esposas y el pasamontaña, para guardarlos en los bolsillos internos de su chaqueta.

Cuando se miró en el espejo, su reflejo le mostró la ansiedad y la rabia que lo embargaba; abrió el grifo, dejando que sus manos se llenaran con el agua helada, para lavarse la cara y después salió.

—¿A dónde vas? —preguntó Deborah, preocupada.

—A hacerle una visita a Stevenson…

—Voy contigo —mencionó, mirándolo a los ojos.

—Deborah… Será mejor que te quedes aquí, las cosas esta vez, pueden complicarse. Debo estar concentrado y no puedo hacerlo si además de cuidar de mí, también tengo que hacerlo de ti —pronunció con seriedad y se soltó del agarre.

—No puedes dejarme aquí… No saber nada, me destrozaría los nervios, Diego; te prometo que haré todo lo que me pidas y que me cuidaré sola, pero por favor… por favor, llévame contigo —rogó, mirándolo a los ojos y lo sujetó por la cintura.

Él se quedó en silencio, debatiendo internamente entre lo que era prudente y lo que no, ver la angustia en ella le provocaba una extrañaba, pero agradable sensación dentro del pecho, solo a su madre había visto de esa manera, realmente preocupada por él. Tomó el rostro de Deborah entre sus manos y le dio un beso en la frente, el que prologó cerca de un minuto.

—Deborah, esto será arriesgado. —Le advirtió, con su mirada ahogada en la azul que lucía más oscura.

—Lo sé y no me importa, solo llévame contigo.

—Bien, tal vez puedas ayudarme… Antes de que salgamos, te enseñaré algo —indicó, alejándose un poco de ella, se puso en posición de defensa y al ver el desconcierto en la mirada de ella, habló de nuevo—: bien, quiero enseñarte algún golpe, para que puedas inmovilizar a Stevenson. Tú irás primero y le harás creer que estás sola. Él seguramente tendrá la alarma puesta, así que no podré entrar como la vez pasada, así que tú tendrás que abrirme, pero antes, debes desmayarlo.

—¿Y por qué en lugar de golpearlo, no usamos otra cosa para desmayarlo, no sé… tal vez formol o algo parecido? —preguntó, mirándolo.

—Porque para conseguir formol, tendríamos que ir hasta la parte baja del distrito nueve y hoy viernes, ese lugar no es seguro ni siquiera para mí, menos con la Ducati… Además, no tenemos tiempo —contestó, buscando algo que pudiera emplear para enseñarle y no daba con nada útil.

—Yo sé algunas técnicas, tomé clases de defensa personal y también practico kickboxing en el gimnasio… —Se calló, al ver la desconfianza y casi burla en la mirada de Diego—. ¿Acaso quieres que te lo demuestre? —preguntó, de manera altanera, sintiéndose muy segura, aunque sus piernas temblaban.

—Bien… Lánzame un golpe al cuello. —Se preparó para recibirlo, ella siguió su instrucción y él lo esquivó con rapidez, sujetándole el brazo para atraparla en una llave—. Eres rápida, pero

predecible, belleza.

—¡Tú sabías el golpe que lanzaría! —Se quejó, intentando soltarse, no quería pegarle porque él debía estar bien.

—Atácame, Deborah… ¿Dónde están tus clases? —Apretó más, para ponerla furiosa.

Ella se movió, bajando con rapidez y le lanzó un golpe, intentando alcanzarle la entrepierna, pero no lo consiguió del todo, igual el movimiento lo distrajo y aprovechó para pisarlo, pero las botas que él llevaba eran de seguridad y casi rompen su tacón. Se sintió frustrada al ver que cada vez, la sometía más.

—No… No dejes que la furia te gane, debes usarla como un arma y no permitir que ella te domine a ti… Respira… respira, concéntrate y ataca de nuevo. —La instó, forcejeando.

Deborah odiaba lo que iba hacer, porque era doloroso, pero sabía que era la manera más eficaz para liberarse de esa llave, lanzó su cabeza hacía atrás, para estrellarla contra la nariz de Diego, pero él una vez más se alejaba, adivinando el golpe.

—¡No puedo! —gritó furiosa e intentó pegarle con los codos en el costado, al menos allí pudo conectar un golpe, pero flojo.

—Bien… Eso está mejor. —Diego la soltó y la volvió, tomándola por los hombros, para mirarla a la cara. Ella le lanzó un rodillazo a sus pelotas, pensando que quizás él había bajado la guardia, pero era más astuto y se hizo hacia atrás—. ¡Hey! Cuidado con esa parte… Vas a terminar lamentándolo mucho si me das allí —comentó, sonriendo.

—Siempre te quedan otras partes que puedes usar —indicó, acariciándole los labios con su lengua y sonrió.

—Si yo no gozo, tú tampoco, Deborah. —Le hizo saber, mirándola con seriedad; suspiró, concentrándose de nuevo y prosiguió—: bien, tienes buena técnica, pero te desesperas rápido… Debes estar enfocada y dominar tu rabia; mírame —ordenó, señalando sus ojos con dos dedos—. Debes mirar siempre a los ojos, nunca bajes la mirada ni la esquives, siempre al frente, de esa manera inspirarás respeto en tu oponente y le dirás que no le tienes miedo; además, los ojos siempre anticipan las intenciones del otro… Cuando se decida a golpearte, antes de hacértelo sentir, te lo dirá con la mirada —explicó.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Acaso eres un tipo de maestro de artes marciales o algo así? —preguntó, entre curiosa y divertida y por qué no, deslumbrada también.

—Ya sabes que estuve en la cárcel, fueron cinco años en ese maldito infierno y tuve que aprender a defenderme, si no quería terminar siendo la puta de los otros reclusos. Mi compañero de celda fue el Lobo y él era una especie de espía, falsificador, asesino y demás, de la KGB… Fue mi maestro, este tatuaje me lo hice en honor a él y será quien nos ayude hoy —respondió, para aclarar todas las dudas en Deborah de una vez.

—Comprendo… —mencionó, sintiéndose angustiada de nuevo, nunca había conocido a alguien que hubiera estado en una penitenciaria y le aterraba la posibilidad de vivir algo así.

—No te pasará nada, Deborah… Tú no estarás nunca en un lugar como ese. —Vio el miedo reflejado en la mirada de ella, la abrazó para reconfortarla y le dio un beso en el cabello.

—Tampoco dejaré que tú lo hagas, otra vez.

—Preferiría morir antes. —Sentenció, mirándola a los ojos.

Sintió el teléfono vibrar en su bolsillo, con rapidez lo sacó y miró el mensaje que le había llegado, el mismo venía de un “número desconocido”, pero él sabía perfectamente quién era el remitente, suspiró, liberando la presión en su pecho.

Llegando en cinco minutos… Sal ya para donde el hombre y haz que disfrute del espectáculo en vivo.

—Vamos, la función está por empezar —mencionó, tomando a Deborah de la mano.

Recogió las llaves de la mesa junto a la entrada y bajó por el ascensor, ella guardó silencio esta vez, sin quejarse del aparato. Cuando salieron, el aire frío de la noche los hizo estremecer, Deborah se ajustó la chaqueta, cerrándola hasta el cuello e hizo lo mismo con la de él, mientras encendía la moto.

Después, ayudada por Diego, subió y se puso el casco, sentía que tanta tensión podía hacerla estallar, pero se obligó a mostrarse segura; si él la veía dudar, no la llevaría y necesitaba estar presente.

Se internaron rápidamente en el tráfico del Boulevard Martin Luther King, esquivando los autos para no quedar atrapados en un embotellamiento y en menos de quince minutos, se encontraban en la zona residencial donde vivía el abogado.

Él se detuvo a dos manzanas de la casa y miró todo a su alrededor, para asegurarse de que no había nada extraño; una vez más, el teléfono en el interior de su chaqueta le avisaba de la entrada de un mensaje, pero no lo revisó hasta cerciorarse de que todo estaba bien; podía sentir la tensión en Deborah y eso lo llevaba a pensar en ella antes que en los demás.

—Déjame ir sola, intentaré ganarme su confianza… Le diré que voy a devolverle las cosas y así me abrirá la puerta —dijo, bajando de la motocicleta.

—No creo que sea buena idea, Deborah —mencionó, deteniéndola y mirándola a los ojos.

—¿Acaso tienes una mejor? Tenemos que hacer esto o de nada servirá que tu amigo te esté ayudando.

—Está bien, iré contigo… Y no te preocupes, que no me verá; actuaré rápido —indicó, poniéndose el pasamontaña, pero sin llegar a cubrirse el rostro.

Ella quería mostrarse valiente, pero la verdad era que estaba aterrada. Sabía que se arriesgaba demasiado al intentar hablar a solas con George y que él podía hacerle daño, llevado por la rabia. Así que agradeció que Diego la acompañara, caminó con rapidez, para evitar que algún vecino la viera, él se quedó justo detrás de una de las vigas de madera del pórtico y ella avanzó hasta la puerta, respiró profundamente antes de llamar.

—¿Quién es?

Preguntó, un par de minutos después, el abogado; ella supo por el tono de su voz que estaba alerta.

—Soy Deborah… He venido para que hablemos y para regresarte las cosas que… que nos llevamos —habló en plural, pues sabía que Diego estaba escuchando.

—¿Y me crees tan estúpido como para abrirte la puerta? Seguramente estarás con ese delincuente.

—He venido sola, George… Por favor, acabemos con esto —pidió, con la voz trémula por los nervios.

—Tú y ese miserable iniciaron esto, ahora aténganse a las consecuencias, le tendrán que rendir cuentas a la policía.

—George, por favor, no me hagas esto… Yo nunca quise hacerte daño ni quitarte nada… Solo… solo quería independizarme de mi padre y para eso, necesitaba ver el testamento —mencionó, dejando libre un llanto fingido.

—Pudiste habérmelo dicho y no hacer que me ilusionara como un estúpido, para después engañarme.

—¡Sabes que no hubieses cedido! Lo único que querías era aprovechar la situación para meterme en tu cama… ¡Pues bien, si tanto lo deseas, aquí estoy! He venido a pagar mi deuda, abre esa maldita puerta y déjame pasar, para darte lo que deseas y acabar con todo esto —

pronunció, dejando de lado la sutileza.

Ella escuchó un silbido en el interior, que le anunciaba que él había desactivado la alarma y después los cerrojos, su mirada se iluminó al ver que abría la puerta, pero mantuvo la cadena puesta.

—No era así como te quería, nunca pensé en forzarte a nada, Deborah —pronunció George, mirándola por el pequeño espacio y desde allí parecía estar sola.

—Entonces, déjame pasar y hablemos —rogó con la voz ronca, por el llanto que amenazaba con desbordarse—. Por favor, George, por favor. —Dejó rodar una lágrima.

George no pudo soportar verla de esa manera y aunque una voz en su cabeza le gritaba que no cediera, que se mantuviera en su posición y a salvo, terminó por hacer todo lo contrario.

Quitó la cadena y apenas hizo espacio para que ella pasara, la vio hacerlo, demostrándole que en verdad estaba sola; sin embargo, cinco segundos después, todo cambió, algo muy fuerte le impidió cerrar la puerta, quiso reaccionar, empujándola y se volvió de inmediato, pero lo único que consiguió fue un golpe, justo debajo del cuello y después no supo más de él.

—¿Qué demonios has hecho, Diego? —preguntó Deborah alarmada, al ver el cuerpo de George caer aparatosamente al suelo y quedar allí tendido.

—Cálmate… No le hice nada, solo está inconsciente. —Lo revisó para comprobar que así era y después lo tomó de los brazos, para arrastrarlo hasta una silla—. Saca las esposas de mi bolsillo, Deborah. —ordenó, levantando el pesado cuerpo del hombre—. ¡Maldición, qué come este tipo! —se quejó, dejándolo caer.

Ella hizo lo que le pedía sin cuestionarlo, se quedó a un lado, mientras observaba a Diego encargarse de la situación; fue hasta la cocina, cuando le pidió un vaso con agua y se lo entregó, pensaba que era para él, por lo que se sobresaltó al ver que se lo lanzaba a George en el rostro, para despertarlo.

—¡No, no! ¡Suéltame! —exclamó George, reaccionando sobresaltado, haciendo el intento de levantarse de la silla.

—¿A dónde crees que vas, imbécil? —preguntó Diego, mirándolo con rabia y le dio una bofetada para tranquilizarlo.

George seguía aturdido, con la vista nublada y los latidos de su corazón acelerados, su mirada se encontró con la figura de Deborah y quiso saltarle encima, por traidora. La vio echarse hacia atrás, al tiempo que bajaba la mirada, escapando de la suya, que estaba cargada de odio.

—¿Esta es tu manera de solucionar las cosas, Deborah Wallis? —cuestionó a gritos y forcejeó, una vez más.

—¡Hey! Mírame. —Exigió Diego, llevándole la mano al cuello—. Ella no tiene nada que ver con lo que suceda hoy… Esto corre por mi cuenta y yo soy menos paciente que Deborah, así que será mejor que te relajes y colabores. —Agregó, soltándolo con brusquedad.

—¿Qué demonios quieres? ¿Qué hacen aquí?

—¿Ves? Así está mucho mejor… —mencionó Diego, sentándose en la silla alta, que había tomado de la barra y le indicó a Deborah con la mano, que lo hiciera en el sillón; se traqueó los dedos y continuó—: nuestra petición es muy sencilla, vas a dejarnos en paz… Te olvidarás de todo lo que ocurrió y te largarás de aquí, regresarás a Nueva York con tu mujer y tus hijos…

—¿Qué? ¿Acaso se han vuelto locos? —inquirió, asombrado.

Deborah vio que era su oportunidad para intervenir y hacer ella un par de exigencias también, aprovechando que tenía el juego a su favor en ese momento.

—Harás justamente eso, George y también dejarás de llevar los asuntos de mi padre… Vas a presentarle tu renuncia irrevocable hoy mismo y se la enviarás junto a todos los documentos de

la familia Wallis que tengas en tus manos. —Deborah se aventuró a mirarlo a los ojos y se obligó a que su voz no titubeara.

Al principio, le pareció muy ruda la manera en la cual Diego lo estaba tratando, hasta sintió pena por él, pero después, comprendió que solo de ese modo, George cedería a dejarlos en paz. Tenían que librarse de él, no podían tenerlo por allí, rondando, como una sombra o un hacha sobre sus cabezas.

—¿Y qué más quieres? ¿Que también ponga esta casa a tu nombre, perra? —La rabia lo llevó a tratarla de esa manera, nunca lo había hecho con ninguna mujer, pero ella lo merecía, porque justamente eso era.

Diego no fue suave esta vez y le estrelló el puño cerrado en la quijada al abogado, rompiéndole la boca, tuvo que contenerse, para no darle dos más, pues era lo que deseaba.

—Vuelves a llamarla así y te rompo la nariz —pronunció, con los dientes apretados, mirándolo con odio.

George ni siquiera le respondió, porque sentía que el golpe le seguía retumbando en la cabeza; miró al jardinero, reflejando el mismo odio que veía en él y sintió ganas de escupirle la sangre que inundó su boca tras el golpe.

—No voy a hacer nada de eso… Ustedes no pueden obligarme y esto que están haciendo, solo empeorará su situación.

—Supuse que eso me dirías, por lo que pensé en darte algo bastante concreto para que te sintieras motivado.

Diego sacó de su chaqueta el teléfono y buscó el vídeo que le envió Yorgos. Lo activó, acercándolo a la cara del abogado. Vio cómo el hombre miraba confundido la pantalla, pero a los segundos, comprendió lo que era y su semblante palideció por completo, la altanería que veía en él minutos atrás desapareció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

George no podía creer lo que sus ojos veían en ese momento, sus dos hijos y su mujer estaban maniatados y tirados en el piso del salón de su antiguo apartamento en Nueva York, los tres lloraban y temblaban, mientras dos hombres con los rostros cubiertos, los apuntaban con armas.

—¿Cómo demonios…? ¡Malnacido! ¡Le pones una mano encima a mi familia y juro por Dios que te mato! —gritó, alterado de nuevo, removiéndose en la silla para liberarse—. Y tú… tú… ¿Cómo pudiste prestarte para esto? ¿Cómo puedes ser cómplice de algo así? —cuestionó a Deborah.

Ella se tensó, pues no sabía a ciencia cierta lo que ese amigo de Diego haría en casa de la familia de George, lo poco que escuchó de la conversación, no le causó una buena impresión, pero al ver al hombre de esa manera, presintió lo peor.

—Deja el drama abogado, esto es solo una visita de cortesía; claro, que, si no haces lo que te digo, la próxima vez que los veas, será en el cementerio. Así que ahora que te has dado cuenta de que estamos hablando en serio, espero que cooperes y hagas exactamente lo que te decimos o si no, llamo a Nueva York y te quedas sin familia. Tú decides —explicó Diego, con esa naturalidad y frialdad que había adquirido en la cárcel.

—No pueden hacer esto… no pueden… ¡Deborah, son unos niños por el amor de Dios! —Solicitó la misericordia de ella, pero en lugar de responderle, solo le rehuyó la mirada.

—Solo haz lo que te pedimos, George —dijo sin mirarlo y trató de ocultar el temblor que la recorría.

—Es un buen trato, volverás a la gran ciudad de los abogados, con un mejor salario, una mejor oficina… Así como la de las películas —comentó Diego con sorna—, y lo mejor de todo, vas a recuperar a tu bella mujer y a tus dos hijos, ¿qué más puedes pedirle a la vida, abogado? —

inquirió, sonriendo de lado.

—¿Cómo puedo saber que ellos estarán bien, si yo accedo a hacer lo que me exigen? —preguntó aquello que era lógico.

—Te doy mi palabra, será un trato entre caballeros.

—¡Maldito infeliz! —masculló, deseando con todas sus fuerzas golpearlos hasta acabar con su existencia.

—Un insulto más y vas a lamentarlo. —Advirtió, después de darle un fuerte golpe en las costillas.

George tuvo un ataque de tos, pues la represalia lo había dejado sin aire, negó un par de veces con la cabeza, apelando a lo último de dignidad que le quedaba.

—¡Acepta el maldito trato, George! Hazlo o las cosas se pondrán peores y el único responsable serás tú. —Deborah no pudo aguantar tanta tensión y estalló, poniéndose de pie.

—Paciencia, belleza. Él va a aceptar —comentó Diego y se acercó para abrazarla por detrás, le dio un par de besos en la nuca, al tiempo que le acariciaba las tetas.

—Diego… Por favor. —pidió Deborah, deteniéndolo.

No quería que esas demostraciones empeoraran la situación, sabía que él lo estaba haciendo para marcar terreno con Stevenson, pero era una estupidez.

Caminó de nuevo hasta el abogado y lo miró a los ojos.

—Yo solo quiero mi libertad… y voy a conseguirla a cualquier precio, George; así que es mejor que hagas lo que necesito, o atente a las consecuencias —mencionó sin dudar.

—Voy a darte algo más para que termines de decidirte… Las personas que están en la casa de tu familia en este momento están fingiendo que son asaltantes comunes y que esto no tiene nada que ver contigo… Pero si sigues en esta postura y no aceptas, les voy a decir que maten a uno…

—¡No! —exclamó George, sintiéndose desfallecer.

—Diego… —mencionó Deborah, ella no quería llegar a eso.

—Les diré eso y después haré que les diga, que todo fue por tu culpa. —Miró a Deborah, para advertirle que no lo contradijera de nuevo—. Así que es tu decisión, esta es tu última oportunidad para que me des una respuesta y espero que sea la que deseo o si no… Bueno, quedará en tu conciencia.

Mencionó con frialdad, mirándolo a los ojos, mientras movía el teléfono en su mano, a la espera de esa respuesta que necesitaba por parte del abogado.

CAPÍTULO 48

George bajó la cabeza, rompiendo en llanto y asintió varias veces, sabía que no había nada más que hacer, él no dejaría que les hicieran daño a sus hijos nunca y menos por dos miserables como esos, que no valían la pena. Buscó la mirada de Deborah cuando alzó el rostro, dejándole ver todo el desprecio que sentía por ella en ese momento.

—Perfecto, me gusta hacer tratos con personas razonables —expresó Diego con ironía y le palmeó la mejilla al abogado, quien por supuesto, alejó el rostro con desprecio, él solo sonrió y continuó—: esto será lo que haremos. Primero, vas a hacer tus maletas, tampoco soy tan inhumano como para sacarte de aquí vestido en esas fachas. —Se burló, mirando el pijama de rayas que el hombre llevaba.

—¿Cómo piensas que lo haré estando aquí con estas malditas esposas? —preguntó con rabia, apostando a que el estúpido lo soltara y poder así escapar.

—Y vas a seguir manteniéndolas, no me creas tan pendejo como para quitártelas —dijo, mirándolo a los ojos y después se volvió hacia su amante—. Deborah, ven con nosotros. Necesitas los documentos y la tarjeta de crédito para que le compres un pasaje de avión a Stevenson, que salga mañana a primera hora… Y también escribirás la carta de renuncia —ordenó, sabiéndose dueño de la situación.

Durante los años que pasó junto al Lobo, aprendió muchas cosas, la más importante de ellas, era mantenerse calmado en situaciones complicadas y tomar el mando; los débiles jamás contradecían al fuerte. Caminaron hasta la habitación del hombre y abrieron de nuevo la caja fuerte. George había cambiado la clave y estuvo algo renuente para entregarla, pero un par de golpes lo hicieron cederla.

Diego sacó el efectivo, pero no tomó nada; solo había tres mil dólares y los metió en un bolso de mano, que había preparado Deborah. Ella insistió en hacerle también una maleta, pues eso resultaría menos sospechoso, por si a alguien se le daba por averiguar, empacaron todo lo que suponían era del gusto del abogado, sin perder el tiempo preguntándole.

Él se mantuvo vigilándolo, mientras Deborah buscaba el boleto de avión. Tenían que sacarlo de la ciudad cuanto antes y mantenerlo amenazado con la familia, para poder librarse del peligro que representaban sus acusaciones.

—¡Mierda! —mencionó ella, sentada frente a la laptop.

—¿Qué ocurre? —preguntó Diego, acercándose.

—No hay vuelos para Nueva York, no desde este aeropuerto. He buscado en todos los horarios, pero no consigo sino hasta el lunes —susurró para que George no la escuchara.

—Maldición… Busca en aeropuertos alternos, Deborah. Necesitamos montar a ese imbécil en un avión lo antes posible.

—Lo sé… lo sé, Diego.

Inició una nueva búsqueda y la misma le arrojó vuelos disponibles desde el aeropuerto de Jackson, supo de inmediato que esa no era una buena opción, pero parecía ser la única disponible, si al menos contaran con un poco más de tiempo, podría poner a George en una lista de espera.

—¿Tienes algo? —inquirió Diego de nuevo, al verla teclear los datos del hombre en un

formulario electrónico.

—Hay un vuelo mañana a las nueve de la noche, desde Jackson… Es lo único que pude encontrar —contestó, enviando a imprimir el boleto, tenía que hacerle todo a George, para evitar que se confundiera, sabía que estaba nervioso.

—Eso es arriesgado, Deborah —comentó, buscando los ojos azules, que estaban revisando todos los datos en la hoja.

—Pero es lo único que tenemos. Lo importante ahora es alejarlo lo antes posible de esta ciudad y de Dominic… —indicó, manteniéndole la mirada—. No le diremos nada, hasta que tengamos que partir hacia Jackson. Mientras, esperaremos aquí y lo mantendremos ignorante de todo esto.

—No puedo tener mucho tiempo más a Lobo y a sus hombres en la casa de Stevenson… Debemos actuar con rapidez, Deborah. El imbécil comenzará a sospechar. —Se volvió, para mirar a donde seguía llorando en silencio, con la cabeza gacha.

—Igual tenemos que esperar a que amanezca, para que él vaya a su despacho y le envíe todos los documentos a Dominic, junto a su carta de renuncia. Necesito cerciorarme de eso —dijo, siguiendo la mirada de Diego y sintió pena de nuevo por el abogado, pero recordó que debía endurecer su corazón, si quería conseguir todo lo que se había propuesto.

—Estás cansada… Recuéstate un rato; yo me quedaré vigilándolo —dijo, al ver que ella bostezaba y se llevaba la mano al cuello, para masajearlo.

—Estoy bien… Puedo mantenerme despierta.

—Ven conmigo —dijo, tomándola de la mano y la llevó con él hasta el sillón; se sentó con ella en las piernas, le masajeó ligeramente los hombros y después hizo que ella se tendiera, descasando la cabeza sobre su pecho—. Descansa un par de horas, te necesito completamente despierta después, Deborah.

Ella iba a protestar, pero al ver la mirada severa que él le dedicó, no lo hizo y cerró los ojos. Suspiró, permitiéndose bajar la guardia, para poder relajarse y descansar, confiando en que Diego cuidaría de ella, mientras lo hiciese.

George elevó la mirada, después de varios minutos, al sentir que ellos se quedaban callados y dejaban de merodear por el salón. Tuvo la vana ilusión de que tal vez lo hubieran dejado solo, pero sus ojos se toparon con una imagen que hubiera preferido no ver, porque, aunque se estaba obligando a odiar a Deborah, no podía luchar contra el sentimiento que ella había despertado en él y verla en brazos de otro, fue como recibir una puñalada en el corazón. Desvió la mirada hacia otro lado, para ocultar la lágrima que rodó por su mejilla.

—¿Por qué haces todo esto? —preguntó, volviéndose a mirar con odio al malnacido jardinero.

—Tú nos pusiste aquí… Yo solo estoy haciendo lo que debo, para salir —contestó, sin darle mucho énfasis al asunto.

—No hablo de esto… sino de todo, de lo del otro día… de ella, ¿piensas acaso que Deborah está enamorada de ti? ¿Que tú eres del tipo de hombre que pueda tener una relación y un futuro con ella? —Demandó, mirándolo con desprecio.

—Eres tan patético abogado, aquí el único que piensa en la estupidez del amor eres tú… y mira dónde estás. —Lo señaló con la mano y sonrió, burlándose.

—¿Entonces?

—Entonces… Lo que tengo con Deborah, solo se trata de sexo, de pasarla bien. Aquí donde la ves, tan seria y elegante, podría engañar a cualquiera, pero la verdad es que, la señorita Wallis, es maravillosa cogiendo; aunque claro, eso será algo que tú nunca sabrás, porque ella jamás será tuya. —Le dio un beso en el cabello a Deborah, al tiempo que le acariciaba la cadera.

—No… Hay algo más, pero te lo niegas y sabes bien porqué lo haces. Te burlas de mí, pero te veré así o peor.

La sonrisa en los labios de Diego se congeló, el maldito abogado había dado en una tecla que no quería tocar y se lo confirmó al quedarse callado, sin argumentos para refutar lo que decía, porque, aunque no quisiera aceptarlo, Deborah se estaba metiendo dentro de él con fuerza. Se puso de pie, asegurándose de que el hombre estuviera bien atado y fue hasta la habitación, no quería oírlo decir nada más, lo tenía fastidiado.

Entró al baño y rebuscó algo que pudiera usar para dormir a George, golpearlo de nuevo no era viable, porque terminaría mal y ese no era su objetivo, aunque sí su deseo, pero había aprendido a anteponer lo que debía hacer, a lo que quería. Dio con unas pastillas para dormir y regresó al salón, lo consiguió como era de esperarse, intentando librarse de las esposas, así que, como castigo, le dio un manotazo por la nuca y lo obligó a tragar dos pastillas del sedante.

Cuando el sol salió de nuevo, los encontró a los tres dormidos, aunque el sueño que los cubrió fue bastante intranquilo, incluso para George, quien estaba bajo el efecto de los fármacos. El primero en despertar fue Diego, se levantó, intentando no mover a Deborah, revisó que el abogado estuviera sedado aún y después caminó hasta la cocina, necesitaba tomar una taza de café para terminar de despertar.

—Ya lo sospechaba, solo tienes esta mierda descafeinada —murmuró, revisando la despensa. Escuchó el teléfono vibrando sobre la barra de granito y lo tomó con rapidez—. Lobo, aquí estoy, dime —respondió al ver el número.

—¿Cómo está todo?

—Bien, todo bien… El hombre aceptó lo que le propusimos y nos libraremos de él, muchas gracias por tu ayuda… Te debo una. Me salvaste el culo de nuevo —mencionó, frotándose los ojos para liberarse de esa sensación de pesadez.

—Me debes muchas ya, lobito… y procura no arriesgar el culo de nuevo, porque puede que, para la próxima, no esté. No deberías hacer algo así y menos por una mujer, no son de fiar… Lo sabes.

—No solo se trataba de ella, sino también de mí… También hago esto por mí, Lobo… Esa mujer es mi boleto para salir del maldito agujero donde estoy —respondió al regaño del hombre.

—Es tu pellejo el que está en juego, Diego. Solo eso te digo… Cuídate mucho y el trabajo está hecho. La familia quedó tranquila en casa, como siempre, pero con la clara advertencia de que no debían decirle nada de nuestro juego a nadie.

—Muchas gracias, espero no volver a molestarte en mucho tiempo, Lobo. Saludos a toda la manada —dijo, en un tono más cariñoso, al recordar a las chicas.

Estando en prisión, conoció a todas las hijas de ese hombre e incluso se sintió atraído por esa que su hermano había salvado, era una mujer hermosa, pero más que inalcanzable para él.

—Lo haré… No dejes de llamarme, sabes que me agrada saber de ti. Solo espero que la próxima vez que me llames, sea para invitarme a tu boda con esa mujer misteriosa.

—Eso no pasará… Yo no hago acuerdos frente a curas ni a jueces —comentó serio y escuchó la carcajada al otro lado.

—Solo pórtate bien, Lobito.

Yorgos se despidió con esas últimas palabras, que eran el consejo que siempre le daba, desde el primer día que lo vio. Salió del trance en el que había quedado, después de que el hombre cortara la llamada, cuando escuchó el sonido de los tacones de Deborah sobre la madera del piso.

—¿Por qué George se encuentra en ese estado? ¿Qué le hiciste, Diego? —preguntó alarmada.

Su mirada se enfocó de nuevo en el abogado, que tenía la cabeza gacha, con la baba saliendo de su boca hasta humedecer la camisa del pijama y por la postura, se veía completamente inconsciente. Se volvió para mirar a Diego, quien pretendía hacer un café sin mostrar intenciones de responderle.

—Diego, te hice una pregunta…

—Te escuché, deja de preocuparte por el pobre infeliz… No le hice nada, solo lo envié al país de las maravillas, con dos pastillas para dormir; estará despierto en un par de horas —comentó, resignándose a beber esa basura de café.

—No debiste hacer eso, puede ser peligroso. —Le recriminó.

—Pues ya está hecho, así que deja de quejarte… ¿Sabes por qué tu padre y tú se llevan tan mal? —Le preguntó, volviéndose para mirarla, ella no le respondió, solo se tensó—. Porque los dos viven para dar órdenes, todo el tiempo están: "Deberías hacer esto o lo otro" "Haz lo que te digo" "Las cosas deben ser como yo digo". Incluso cuando sugieres algo, es una orden. —Citó muchas de las frases que le había escuchado a ambos y siguió con su tarea.

—No me agrada que me compares con él —pronunció Deborah, en un tono hostil.

—¿No? Pues deja de actuar como él, entonces… Y no interfieras en mis métodos, que yo sé perfectamente lo que hago y no tengo que estar recibiendo órdenes.

Le dio la espalda de nuevo, sintiéndose molesto por esa actitud de ella, de querer imponerse como siempre, pero más allá de eso, lo que realmente le enfurecía, eran las palabras del maldito abogado, quien insinuó que estaba ilusionado con tener un romance con ella; las burlas disimuladas del Lobo, que podía jurar apuntaban a lo mismo y, por último, su propia incapacidad para aclarar sus pensamientos ni sus emociones.

Deborah no mencionó nada, tragándose el deseo de mandarlo a la mierda, porque no podía perderlo en ese momento, pero ganas no le faltaron. Caminó para ir hasta el baño y tratar de arreglarse un poco, odiaba dormir vestida con ropa como la que llevaba, ni tener siquiera un miserable cepillo de dientes y tampoco algo para cambiarse.

Ella entró al baño y se sintió peor cuando se vio en el espejo; tenía el maquillaje corrido y su aspecto era fatal; miró buscando con qué retirarlo, pero dudaba que George tuviera algo.

—Demonios, no voy a seguir soportando esta sensación en mi piel. —Se dijo y con rapidez comenzó a desvestirse.

Un par de minutos después estaba bajo la lluvia de agua caliente, que poco a poco fue relajando la tensión en sus músculos, el vapor la envolvió y por un instante la alejó de esa terrible situación que atravesaba.

CAPÍTULO 49

Después de quince minutos, a Diego le extrañó que ella no regresara y fue a buscarla; entró a la habitación, encontrándola vacía, pero de inmediato, pudo oír que la regadera estaba abierta. Entró al baño, descubriéndola desnuda, bajo la lluvia de agua y se deleitó con ese cuerpo que lo volvía loco, al menos hasta que ella fue consciente de su presencia allí y terminó con su baño.

—Pásame una toalla, por favor —pidió, abriendo la puerta de cristal templado, al tiempo que estiraba la mano.

—Ven, yo te ayudo —mencionó él, extendiendo una bata de baño blanca, que fue lo primero que vio.

—¿Ya se te pasó la molestia? —comentó ella, mirándolo apenas y metió las manos en el albornoz, puede que él hubiera olvidado que la trató mal, pero ella no.

—Solo estoy tenso por esta situación, Deborah…

—Pues yo estoy igual, pero no voy a descargar mi frustración contigo… Si te dije lo de George, fue porque me sentí preocupada por los dos, no por lo que pueda pasarle a él. Esas pastillas son peligrosas, Diego.

Le esquivó la mirada, para que él no viera cómo se humedecían sus pupilas, al recordar que así fue como murió su madre; tomando esas malditas cosas, porque ya no soportaba su realidad y prefirió dormir para siempre. Se volvió, tomando el enjuague bucal, para hacer un par de gárgaras y se estremeció al sentir las caricias de él, que obviamente buscaban darle consuelo, pero no sabía cómo hacerlo, porque no era tierno, sino sexual y porque obviamente no la amaba como Maurice.

—Lo lamento… No debí hablarte así —mencionó, mirándola a través del espejo y comenzó a besarle el cuello.

—Diego… Por favor, aquí no. —Detuvo la mano que él metió bajo la bata, para comenzar a tocarla.

—¿Por qué no? La última vez que lo hicimos aquí, lo disfrutaste mucho —dijo, sin detenerse y se pegó a ella para demostrarle que estaba duro.

—No es el momento adecuado… Debemos estar alerta, George puede despertarse y escapar. —Advirtió, mirándolo.

—El hombre no se levantará de allí en un par de horas, como mínimo y yo me muero por cogerte… Vamos Deborah, así nos relajaremos los dos. —le pidió, levantándole el albornoz.

—Hazlo rápido. —Concedió, pues sabía que tenía razón.

Después de cuarenta minutos, salieron de la habitación, recién bañados y sonrientes, pues tal como él le había mencionado, el sexo hacía que la tensión desapareciera de sus cuerpos. Diego se acercó hasta el abogado, para comprobar que todo estaba bien y vio que apenas comenzaba a despertar.

—Necesito agua… Tengo mucha sed… y debo ir al baño —balbuceó, en medio de ese estado de sopor.

—Voy a darte todo lo que pides, para que veas que no soy tan hijo de puta —comentó sonriendo, estaba de buen humor.

Le dio de beber casi dos vasos de agua y luego lo ayudó a ponerse de pie para ir hasta el baño.

Deborah se quedó en la cocina y revisó la nevera, para ver si encontraba algo de comer, pues la actividad física con Diego, la había dejado hambrienta y eran casi las ocho de la mañana.

—Ese hombre pesa una tonelada —dijo, cuando regresó a la cocina y le quitó de un mordisco la mitad del sándwich que Deborah tenía en la mano.

—¿Dónde lo dejaste? —inquirió ella alarmada, atragantándose con el bocado que acababa de comer.

—En la habitación, está más dormido que despierto, pero no te preocupes, que lo esposé a la cama, para asegurar que no escape —comentó, sacando cosas de la nevera, para preparar más emparedados, tenía mucha hambre.

—Seguramente se verá muy sexy —dijo ella, jugándole una broma y se mordió el labio con picardía.

—Sí, ve a verlo, con su pijama de rayas —comentó, sin caer en el juego de ella, con el que deseaba ponerlo celoso.

Deborah dejó libre una carcajada y se abrazó a él, dejándole caer besos por todo el rostro, sintiendo una emoción placentera nacer en su pecho; algo que ya había sentido antes con Maurice, cuando apenas iniciaban su relación y eso de alguna forma la asustó. Ella sabía dónde pisaba con su primer amante, pero con Diego, todo era distinto y no quería involucrarse más, así que, tratando de hacerlo de forma disimulada, se alejó de él.

Dos horas después, despertaron a George. Deborah lo alimentó, intentando no responder a ninguno de los reproches que le hacía el abogado; si hubiera sido por Diego, lo dejaban sedado todo el día, pero debían ir hasta su oficina, para buscar los documentos de los Wallis, que él tenía en su poder.

Que fuera sábado los beneficiaba, ya que no había ningún trabajador en el pequeño edificio de tres plantas, donde se encontraba el bufete y ellos podrían desplazarse con total libertad, después de pasar al viejo guardia de seguridad en la puerta.

—Tu padre no es tonto y va a sospechar, no sé lo que tú y ese hombre planean y tampoco me interesa… pero créeme, Deborah, no se saldrán con la suya —mencionó George, metiendo todos los documentos en una caja.

Ella se mantuvo en silencio, apuntándolo con el arma, parada junto a la ventana, para que Diego pudiera verla y comprobar que estaba bien. Él debió esperar en el auto, para que no resultara sospechosa la visita del abogado junto a dos personas.

—¿Sabes algo, George? Deberías estarme agradecido, porque te estoy salvando el pellejo. Si mi padre llegaba a enterarse de que aceptaste enseñarme su testamento, a cambio de tener sexo conmigo, te daría una paliza, te demandaría y haría que te quitaran la licencia… además, por supuesto de la deshonra que le causarías a tu padre, ¿crees en verdad que saldrías ileso, si todo esto sale a la luz? —preguntó, mirándolo con rabia.

—Eres una maldita manipuladora —masculló, controlándose para no saltarle encima y descargar todo el odio que sentía.

—No… Esto es un juego de ajedrez, querido; donde yo soy la reina y tú eres un simple peón —comentó con sorna.

—Y no soy el único, ¿no es así? —inquirió, señalando con la cabeza hacia la ventana, para indicar que Diego era otro.

—¡Vaya, George! Me sorprendes, puedes ser muy inteligente, cuando no estás pensando con la entrepierna —respondió, mientras sonreía con malicia.

Él lanzó el último fajo de papeles en la caja, sintiendo que un peso lo abandonaba; pensó que después de todo, no sería el único imbécil con el que Deborah jugaba y algo le decía que, al

jardinero, le iría mucho peor. Caminaron hasta el auto, donde Diego los esperaba, se detuvieron unos minutos en una agencia de correos, para enviar el paquete hasta la mansión Wallis.

—Bien, está todo listo… Tal y como querían, ¿a dónde vamos ahora? —preguntó George, queriendo terminar de una vez con esa situación y los miró a los dos.

—Tomarás un vuelo desde Jackson hasta Nueva York —respondió Diego, adoptando su papel de jefe.

—¿Cómo? ¿Cuándo se supone que será eso? —inquirió, desconcertado, alternando su mirada de uno a otro.

—Esta noche —indicó Deborah, sin mirarlo siquiera—. Sales a las nueve, así que debemos ponernos en camino enseguida.

Aún les quedaba tiempo, pero ella quería librarse ya de la pesada carga que era George; además, una tormenta estaba en camino y la interestatal siempre se congestionaba, porque los camiones debían ir más despacio para evitar accidentes.

—¿Ustedes me llevarán?

—Solo hasta Kentwood, de allí en adelante lo harás solo. Vamos a darte ese voto de confianza, abogado, pero si no estás mañana a las diez a más tardar en la casa de tu mujer, mis amigos la visitarán de nuevo y esta vez, no será una simple visita de cortesía —explicó, sin mirarlo a los ojos.

Diego tenía prohibido salir del estado de Luisiana durante dieciocho meses, solo le faltaban tres para cumplir con esa condición, con la que fue liberado y no la arriesgaría por nadie, ni siquiera por Deborah, mucho menos llevando secuestrado a un infeliz abogado, quien, al ver la presencia de los oficiales, podría alertarlos de lo que sucedía y joder todo.

Un pesado silencio se apoderó de los tres y George no tuvo más remedio que aceptar en silencio todo lo que el maldito delincuente decía, sentía que a cada minuto lo odiaba más y que disfrutaría muchísimo, cuando lo viera de nuevo tras las rejas.

Durante todo el trayecto, Deborah mantuvo el arma apuntándolo y Diego se encargó de conducir el auto, mientras George iba esposado, para evitar que fuera a cometer alguna estupidez como intentar hacer que se estrellaran. Comenzó a llover y el tráfico se volvió lento, Diego miraba el reloj en su muñeca, mientras chasqueaba los labios, fastidiado.

—Voy a poner algo de música o terminaré dormido —comentó, llevando su mano hasta el reproductor.

—Será mejor que pongas una emisora; de lo contrario, el gusto musical de George te pondrá en coma —acotó Deborah, burlándose del hombre.

Comenzó a sintonizar varias emisoras, pues la mayoría mostraban interferencia; después de dos minutos, logró dar con una donde sonaba *Psycho* de *Muse*, la dejó, porque la banda le gustaba y era justo lo que necesitaba para despertar.

George miró a Deborah con resentimiento, a través del espejo retrovisor, pues ella no dejaba de humillarlo; en ese instante sus miradas se cruzaron y ella le dedicó una sonrisa, esbozando con sus labios la palabra psicópata de la canción y supo de inmediato que no lo decía por él, sino por el jardinero. En eso lo había convertido ella, en alguien que acataba todas sus órdenes, sin cuestionar nada.

I could use someone like you
Someone who'll kill on my command
And asks no questions

I'm gonna make you

I'm gonna break you
I'm gonna make you
A fucking psycho
A fucking psycho

Deborah estaba jugando con la mente de George, el hombre era tan estúpido y manejable, que en verdad creía que ella tenía un poder absoluto sobre Diego. Si supiera que ese hombre tenía una voluntad de hierro y que, hasta el momento, no había conseguido dominarlo ni siquiera con el sexo, al menos no del todo.

—Me encanta esa canción —susurró al oído de Diego y le acarició el pecho, disfrutando de los músculos bajo la tela de la ajustada camiseta negra, que los marcaba muy bien.

Vio la tensión apoderarse del abogado y su sonrisa se hizo más efusiva, le dio un par de besos a su amante en el cuello, para provocarlo aún más y cuando al fin consiguió que George desviara la mirada a la ventanilla, compartió una sonrisa cargada de malicia con Diego, quien aprovechó que se detenían por el tráfico de nuevo y casi le comió la boca.

Eran cerca de las tres de la tarde, cuando llegaron hasta el pueblo de Kentwood. La tensión se apoderó de ellos de nuevo, pues todos sabían lo que debían hacer, pero ninguno decía una sola palabra. Diego se estacionó a unos quinientos metros del cruce de fronteras entre el estado de Luisiana y Mississippi, justo donde quedaba una línea de taxis, ya que Deborah y él debían volver por ese medio hasta Nueva Orleans, mientras George continuaría en su auto; respiró profundamente, antes de volverse a mirar al hombre, que lucía nervioso.

—Hemos llegado, abogado. A partir de aquí, todo lo que le pase a tu familia, será tu responsabilidad —mencionó, mirándolo a los ojos, sin titubear.

George sintió que el peso del mundo se ponía sobre sus hombros y un inmenso agujero se hizo en medio de su estómago, la sensación hasta le produjo nauseas. Miró a Deborah, buscando algo en esos ojos azules, que le dieran esperanzas, pero las pupilas oscuras lo habían consumido todo, haciendo esa mirada insondable.

—Tienes que jurarme que no les harán daño a mis hijos… tienes que jurarlo, Deborah —pronunció, lleno de miedo.

—Nada les pasará, si haces lo que te decimos. —Aseguró, mirándolo a los ojos para hacer que le creyera.

—Está bien. —Se resignó a creer en la palabra de esa mujer, que se había convertido en una desconocida para él.

Diego bajó del auto con rapidez, abrió la puerta del copiloto y agarró a George por los hombros, miró a todos lados, para comprobar que nadie los estuviera viendo.

—Dame las llaves, Deborah. Están en el bolsillo trasero de mi pantalón —indicó, sin quitarle la mirada de encima al hombre. Con agilidad, le quitó las esposas, intentando que sus manos no fueran contagiadas por el temblor que cubría las de George Stevenson—. Bien, eso es todo… Desde aquí hasta Jackson, solo serán dos horas, tres cuando mucho, si el tráfico continúa así. Procura no detenerte en ningún lado y no perderte, porque de lo contrario, quienes terminarán pagando, serán esos dos chicos que están en Nueva York. —Volvió a reafirmar su amenaza.

—Haré lo que me dicen… pero por favor, no les hagan nada. —Suplicó al jardinero, con los ojos colmados de llanto.

—Eso solo dependerá de ti. —Finalizó Diego y lo llevó hasta la puerta del piloto, para hacerlo subir.

—Aquí están los tres mil dólares que tenías en la caja fuerte, tus documentos y el boleto de avión… Vamos a dejarte el teléfono, para no levantar sospechas entre tu familia —dijo Deborah,

esquivándole la mirada; podía portarse como una desgraciada, pero no terminaba de serlo por completo.

—Ve abogado, se te hace tarde y no puedes perder ese vuelo.

George asintió en silencio, sintiendo que el nudo que le apretaba la garganta, lo asfixiaría, tragó con fuerza para pasarlo y encendió el motor; los vio correr hasta el pórtico de la estación de taxis, para resguardarse de la lluvia y decidió que debía marcharse, antes de que ellos cambiaran de idea y le pegaran dos disparos, dejándolo tirado al borde de la camioneta o en algún pantano, para que los caimanes cenaran con él.

Por el espejo retrovisor, podía ver que no se movían de ese lugar y sus miradas seguían clavadas en el auto, llegó a la alcabala fronteriza entre los dos estados y el agotado patrullero de turno, lo dejó pasar sin siquiera acercarse a mirarlo. Seguramente el hombre había tenido un día complicado por la tormenta y los accidentes de tránsito que nunca faltaban en días como esos, pero no estaba hecho mierda, como lo estaba él.

Después de estar conduciendo por largo rato, se detuvo al borde del camino, para llorar y liberar toda la presión que llevaba dentro del pecho, el remolino de sentimientos era demasiado fuerte para mantenerse en pie. Miró el reloj de pulsera que llevaba y el mismo marcaba las cuatro y media de la tarde, iba a más de medio camino, así que tenía tiempo de sobra, por lo que decidió parar en algún lugar, para tomarse un whisky.

Justo a pocos metros, vio un restaurante de camino y aparcó allí. Bajó, intentando no atraer la atención de las personas a su alrededor y caminó directamente hasta la barra.

Pidió un Jack doble y lo bebió de un trago, el calor del licor le tiñó el rostro de carmín y lo hizo estremecer, pero al mismo tiempo, empezaba a arrancarle de la piel ese estado de entumecimiento que lo había embargado durante todo el día, así que pidió otro.

Al cabo de media hora, llevaba varios tragos y su estado de ánimo era distinto; a veces reía o lloraba, sintiéndose estúpido, frustrado y sometido por esa maldita mujer a la que creyó amar. Su cuerpo le exigió hacer uso del sanitario, se levantó de la silla, sintiendo los estragos del alcohol en sus venas y caminó tambaleándose hasta el baño.

Cuando regresaba a la barra para beber un último trago, pagar la cuenta y largarse de allí, antes de sentarse, tropezó con el hombre en el otro asiento. El tipo lo miró con ganas de matarlo y pensó que eso era lo único que le faltaba ese día, pero todo empeoró, cuando su teléfono comenzó a sonar, mostrando una llamada entrante de Dominic Wallis. Seguramente el viejo ya había recibido “su correspondencia” y estaba como loco.

—¡Maldita sea! No pienso volver a ese lugar… Cuando todo se descubra, será una maldita locura y yo no estaré allí.

George miró al hombre a su lado, que pedía otra cerveza y pensó en brindársela él, para salvar el impase de minutos atrás; al principio se negó, tal como esperaba, pues parecía ser alguien de pocos amigos, pero al final terminó cediendo y pensó que al menos ganaba una ese día.

Cuando la pantalla de su móvil se iluminó, anunciando la tercera llamada, George lo agarró y lo apagó enseguida, no pondría en peligro a sus hijos ni tampoco se arriesgaría él, por algo que no le concernía.

Miró a su compañero en la barra que acababa de terminar su comida, él no había probado nada ese día, pero tampoco le apetecía hacerlo, suponía que su estómago no lo soportaría.

—Por cierto, me llamo George Stevenson. —Le extendió la mano presentándose.

—Encantado, Gonzalo Dorta —dijo, recibiendo el saludo.

George se concentró en la conversación con el hombre, necesitaba hablar con alguien de cualquier cosa o terminaría volviéndose loco, aunque era consciente de que no podía decir nada,

el alcohol y la rabia le exigía desahogarse y no le parecía mala idea hacerlo con aquel extraño.

Seguiría el consejo del miserable de Diego Cáceres, se olvidaría de todo y si tanto quería averiguar Dominic Wallis lo que estaba sucediendo, que lo investigara por sus propios medios o que se fuera a la mierda junto con Deborah y el maldito jardinero; que se jodieran todos, pero él no caería en ese juego, no participaría en esa peligrosa ronda mortal.

NO DEJES DE LEER

LA CONTINUACIÓN DE ESTA HISTORIA EN…



Gonzalo se detuvo al otro lado de la calle, frente al imponente edificio, donde funcionaban las oficinas administrativas de las empresas Wallis. Miró cerca de cinco minutos la estructura, de unos veinte pisos de hormigón, acero y vidrio. Todavía no tenía muy claro lo que haría, una vez se encontrase dentro de ese lugar, pero su instinto le exigía investigar más, sobre lo que le había contado aquel hombre, que se le presentó como el abogado George Stevenson.

No había logrado sacarse a Deborah Wallis de la cabeza, desde el día en que la vio. Ciertamente era una mujer que podía volverse la fijación de cualquier hombre y que despertaba el deseo, pero ese no era su caso. Aunque debía admitir que le resultó atractiva, lo que la mantenía en su cabeza, dando vueltas, era el supuesto plan que tenía para asesinar a su padre, el hombre más poderoso de Nueva Orleans.

Se decidió a bajar del auto, dejándolo estacionado en la zona que estaba permitido y cruzó la calle; lo primero que atrajo su atención, fue el monolito, donde resaltaba el apellido más importante de la ciudad, según le había dicho Rebecca y sus amigos. Entró a la elegante recepción y caminó directo al cubículo de información, para solicitar una reunión con la famosa heredera.

—Buenos días, señorita. —Se dirigió a la elegante mujer con lentes, detrás el mostrador, quien elevó la mirada al escuchar su voz.

—Buenos días, caballero. Bienvenido a empresas Wallis, ¿en qué puedo servirle? —Loren dio su habitual discurso, mirando al hombre frente a ella, quien le resultó desconocido.

—He venido a ver a la señorita Deborah Wallis.

—¿Tiene usted cita con ella? —preguntó, siguiendo la normativa.

—No —contestó, ya se esperaba eso y también que tendría que usar su profesión para obtener lo que quería.

—Lo lamento mucho señor, pero temo que la señorita Wallis no podrá atenderlo, solo lo hace mediante citas. —Loren solo seguía el protocolo, cuando vio al hombre llevarse una mano al interior de la chaqueta.

—Tal vez haga una excepción conmigo, dígale que soy el detective Gonzalo Dorta y que necesito hacerle algunas preguntas, que no me tomará mucho tiempo. —Su voz denotó autoridad, mientras su mirada estaba fija en los ojos de la mujer.

—Déjeme ver qué puedo hacer por usted, detective —mencionó Loren, tomando el auricular de la central.

Gonzalo asintió en silencio y miró hacia otro lado, para dejar que la mujer hiciera su trabajo, esta hablaba tan bajo, que él apenas podía escuchar lo que decía, así que se concentró en conseguir una manera de abordar el tema que lo había llevado allí. Claro, siempre y cuando Deborah Wallis accediera a verlo; de lo contrario, habría perdido su tiempo, pues no tenía otra manera de acercarse a ella.

◆◆◆

Deborah se encontraba revisando las últimas encuestas hechas a su línea de productos, sentía el pecho lleno de felicidad y orgullo, ya que los resultados eran mejores de lo que esperaba. “Ligera”, tenía poco más de un mes en el mercado, pero había calado rápidamente en el gusto de los consumidores, cuando el timbre de su teléfono la sacó de concentración.

—Dime, Kelly —respondió, sabía que era su asistente.

—Señorita Wallis, en la recepción hay un hombre que desea hablar con usted… No tiene cita, pero pidió ser anunciado.

—No atiendo a nadie sin cita, ya Loren y tú saben eso. —Le recordó a la mujer, con tono adusto.

—Lo sé señorita Wallis, pero el hombre dijo que es el detective Gonzalo Dorta y mencionó que solo desea hacerle unas preguntas, que no le llevará mucho tiempo.

Desde el instante en que Deborah escuchó la palabra “detective”, se le hizo un agujero en el estómago y todo el aire en su pecho escapó; su voz también desapareció, mientras un intenso temblor la recorría y cientos de imágenes de lo que Diego y ella le habían hecho a George Stevenson, colmaron su cabeza.

Continuará…

PLAYLIST

Satisfaction - Rolling Stones.

That girl - Justin Timberlake.

But Beautiful - Tony Bennett.

David Guetta feat Snoop Dogg – Sweat.

Mark Ronson feat Bruno Mars -Uptown Funk.

Calvin Harris feat. Florence Welch- Sweet Nothing.

Pitbull ft. Ne-Yo, Afrojack, Nayer - Give Me Everything.

David Guetta Feat Sam Martin – Dangerous.

Bon Jovi - You Give Love A Bad Name.

Tina Turner - What's love got to do with it.

Galantis – Runaway.

Calvin Harris feat John Newman – Blame.

Arctic Monkeys - Do I Wanna Know.

OneRepublic – Secrets.

Alicia Keys - Girl on Fire.

Frank Sinatra - Can't take my eyes off you.

David Guetta & Showtek feat. Vassy- Bad.

Muse - Psycho.

CONTACTA A LA AUTORA.

Lina Perozo Altamar - Escritora

Instagram: Lina Perozo Altamar

Twitter: Lina Perozo Altamar

Google+: Lina Perozo Altamar

Pinterest: Lina Perozo Altamar

YouTube: Lina Perozo Altamar